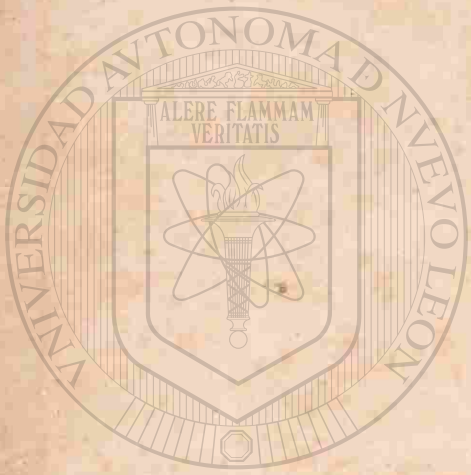
SEMANA

DE LAS

SEÑORITAS

AP63
S22
V.3
c.1



LA SEMANA

DE LAS SEÑORITAS

MEJICANAS.

Tom. III.

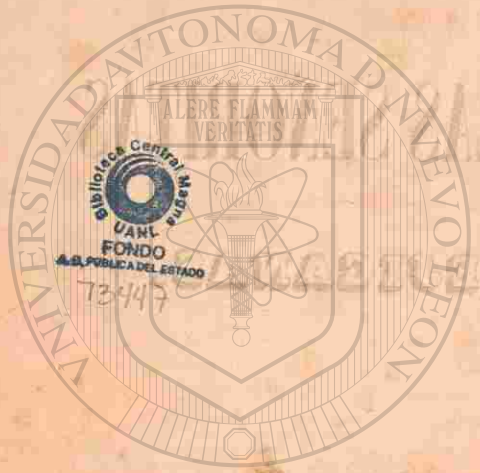
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉJICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO, CALLE DE CHIQUIS NUM. 6.

1851.

AP63
S22
V.3



INTRODUCCION.

No en vano invocamos el nombre de nuestras amables compatriotas desde la vez primera que nos determinamos á encomendarnos de este periódico. El éxito, correspondiendo á nuestras mas lisonjeras esperanzas, nos ha puesto de manifiesto que el bello sexo mejicano, no solamente admite con agrado el humilde don que le ofrecemos, sino que, cosa que anhelábamos sobre manera, contribuye él tambien á embellecer nuestra pobre ofrenda.

La Semana no se presenta hoy ya como un ensayo, sino sí como una obra acreditada en virtud de una larga existencia. El problema de si nuestras compatriotas la favorecerian con producciones suyas, está ya resuelto, y resuelto de la manera mas terminante y grata: la Semana aparece hoy, en el tercer período de su carrera, con el raro mérito, la peregrina recomendacion de contar con damas, y damas de esclarecido ingenio, entre el número de sus colaboradores.

Ahora, para lograr que la Semana ocupe dignamente el distinguido lugar que la benevolencia de las amables mejicanas le ha dado, están determinados á no escusar diligencia alguna, así el editor como

Los Redactores.

Méjico, octubre 7 de 1851.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA INCOGNITA.

POR EUFEMIO ROMERO.

I.

En una airosa tarde de cuaresma, á cosa de las seis, salian de la iglesia de San Pedro y San Pablo, adonde acababa de predicar el señor obispo Madrid, los fieles que por oir al predicador unos, por escuchar la palabra de Dios los menos y por miras puramente mundanas los mas, habian concurrido á la casa de devocion desde las tres y se habian mantenido allí, apiñados, sofocándose de calor y estrechez hasta la hora y punto en que el ministro del Altísimo, concluida su plática religiosa, habia bajado de la cátedra del Espíritu Santo.

Bien quisiera yo no mezclar con lo del mundo cosa tan respetable como la religion; pero como por un lado importa á mi intento el comenzar por donde lo hago aquí y como por otro lado no ha de volver á ofrecerse el tocar sermones ni iglesias en lo de adelante, porque no hay para qué, suplico á la lectora no se excuse por tal motivo de pasar sus ojos por estas líneas y de prestar su atencion á toda esta pequeña historia.

En tanto que la concurrencia del templo, cuyo mayor número era de mujeres, casi todas de lo mejorcito de Méjico; en tanto, digo, que la concurrencia salia poco á poco, con sumo trabajo á causa de lo angosto de la puerta, y desfilaba, gruñendo las viejas, sonriéndose y abochornándose alegremente las jóvenes, por en medio de una calle de ociosos, ocurrió una cosa que no pudo menos de llamarles la atencion, y mucho, á todos los circunstantes.

Una de las damas, al poner el pié en el estribo del coche, coche particular, dentro del cual ya se habia acomodado una señora de unos cuarenta años, tropezó, y espantándose los caballos del carruaje con el ruido que hizo su pié ó con el roce de otro coche, dieron una ligera salida, que haciendo perder á la dama el equilibrio, fué causa de que diera ella consigo en tierra.

A esto los alinendon mirones, á semejanza de una tropa que perdiendo su formacion se desperdiga, se dirigieron en confusion al punto, muy poco distante, en donde sucedia el fracaso, y todos, á cual mas solícito, hubieran ofrecido un auxilio, bien presentando su mano á la yacente dama, bien brindándose á traer un vaso de agua, bien de alguna otra suerte, á no ser porque en Méjico, en circunstancias críticas ó que piden arrojo, nadie quiere ser el primero, y aun con esto, no todos osan seguir al primero, y en resumidas cuentas, porque hay en los vecinos y natos de Méjico yo no sé qué cosa que los ataja cuando se trata de amparar al desvalido si fuera compadecerle y ser, á lo mas, espectador de su infortunio, tal cual.

Sin embargo, de entre el monton de curiosos, pues por mera curiosidad habian acudido allí todos, uno salió, se acercó á la dama, y levantóla entre sus brazos del suelo, mientras otro que con él iba se apresuró á traerle, de la pulpería inmediata,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un vaso de agua pura y fresca, de la cual instó á la dama á que bebiera unos tragos. Ella, mas afectada, al parecer, por el bochorno que por el efecto físico de la caida, se aborujó con su tápalo de seda de color oscuro, pero vistoso, y tomado que hubo el agua, insinuó á su compañera el deseo de marcharse.

El cochero recibió la consigna por medio del lacayo, tronó el látigo y partió el coche, tirado por dos soberbios caballos negros.

II.

Quince años antes de la escena que acabo de referir, otra de consecuencias muy mas lastimosas y trascendentales pasaba en un cuchitril de la calle del Puente de san Dimas, calle afamada por cierta circunstancia que no es dable decir aquí, calle á que no sin razon se ha dado el nombre de un ladron, aunque santo, calle en fin que de seguro nadie en Méjico pasará por mero gusto.

Ahora bien, en esta calle del Puente de san Dimas, en una mala casa habitada por mujeres malas, vense á la hora del mediodía un escribano sentado junto á una mesa de madera de imitacion, en una silla de mas de mediano uso, de la misma calidad: tenia el tal escribano delante de sí un pliego de papel sellado, y un tintero, el cual atestiguaba que no eran nada afectos á la caligrafía sus dueños, con haberseles convertido en tintero siendo él, como era, pura, legítima, é inequívocamente un jarrito de barro, y un jarrito quebrado y sucio y polvoriento. Un poco mas lejos, en otras sillas semejantes á la que ocupaba el escribano, pues todas las del escaso y *raquítico* ajuar eran iguales en un todo, posaban dos sugetos de ropa limpia, pero al parecer sucio corazon Y luego, á otro lado de la mesa, frente á frente del escribano, estaba una mujer, mujer de esas que llevan un apodo denigrativo hasta lo sumo, y que se oyen llamar con los apellidos mas infamatorios y que los toleran porque saben harto bien que no es dable tapar el sol con un dedo.

En el momento que he llegado al cuchitril yo solo, sí, pues llevar conmigo á la lectora seria un sacrilegio, en ese momento pues el escribano habia dado fin á su tarea y llenado el objeto que allí le habia llevado; pero si bien por no haber ocurrido á tiempo no puedo imponer á la amabilísima lectora de lo que pasó y dió motivo al concurso del ministro de la ley, tal vez mas adelante por la escuela de los sucesos, vendremos en conocimiento de lo que ahora ignoramos.

El escribano, despues de despedirse con muy poca cortesanía de las demás personas con quienes estaba, se ausentó llevándose consigo doblado y guardado el papel en que habia escrito no sé qué.

Yo, siguiendo su ejemplo, me apresuro á escaparme tambien de la casa maldita, sacudiéndome hasta el polvo de las botas; pues la infamia tambien se pega como la mas contagiosa de las enfermedades.

III.

Don Basilio era un hombre rico, sobre manera celoso y violento de genio fuera de toda comparacion: sobre esto tenia la otra nulidad de preocuparse de tal suerte contra una persona ó cosa, que no habia poder humano capaz de reconciliarle con lo que ó quien una vez le habia repugnado.

Don Basilio se habia desposado con una criatura, maravilla de hermosura y de virtud, y llevaba ya un año de vivir con ella tan amorosa y cuerdamente, como dice el bueno del padre Ripalda, que no parecia sino que el santo matrimonio habia en él hecho el efecto de convertirle en otro hombre muy diverso del que ha-

bia tenido costumbre de ser desde poco despues de haber quedado sin rollona.

No era cosa muy estraña esta, pues no faltan casos de haberse cambiado con el matrimonio una coqueta en mujer de recato. . . . y vice versa. Fenómenos mayores se ven en el mundo y nadie los repara ni mucho menos los admira, desde que han escaseado los milagreros.

Como quiera, don Basilio estaba, como se dice en el lenguaje familiar, descarnacion del pedantismo gramatical, de lo vivo á lo pintado, y para colmo de dicha, como para afianzar mas el sosiego y la satisfaccion, la buena inteligencia y la mutua amistad de los felices consortes, dióles el cielo una hija primorosa, á la que no se cansaban ellos de contemplar y mimar.

Ahora, oigamos cómo sobre el particular se explica la voz pública, pues á mí se me pudiera tildar de inventionero, y la voz del pueblo, segun el refran, es la voz de Dios.

En una de las casas de la calle de Plateros en las cuales se encuentra mesa franca á cualquiera hora, desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, y á que los franceses llaman *restaurants*[1], se ve á dos sugetos, jóven el uno y entrado en dias el otro. Apliquemos el oido á lo que dicen.

—Contentísimos vivian los dos casados, á lo que las gentes contaban; pero quiso su negra estrella y la mia, Leandro, que una noche, en el teatro, una noche que se representaba á Don Juan Tenorio, infernal drama, me encontré allí con ellos, y como daba golpe entonces Victoria por su amabilidad, virtud y hermosura, púsele la vista encima, la contemplé despacio y me gustó mas y mas. Considérate cuál no seria mi sorpresa y mi gusto al advertir que á poco rato ella tambien me miraba. . . . Allá en el segundo acto, cuando hay aquella ardiente declaracion, aquellos versos, aquellas palabras que ninguna mujer de recato debe oir ni puede tampoco oir sin abochornarse, cátate tú que se me sube la sangre á la cabeza, me imagino que soy otro don Juan y que Victoria es otra doña Inés y hago desde luego el propósito firme de emprenderla á toda costa.

—¿Con que miraba á usted, don Claudio?

—Sí; me miró, pero no fué por aficion. Despues supe que habia sido porque una amiga suya que allí estaba con ella le habia hablado de mí, en términos poco favorables por cierto, y la habia instigado á que me mirara para que me conociera y no me le despintara yo.

—Pues ¿qué interés? . . .

—Era una de las que yo habia engañado. Como iba yo diciéndote, hice propósito firme de emprenderla, y con malísimas intenciones, la verdad. Animado con sus miradas, que al pronto atribuí á que yo le habia caido en gracia, conté con que pronto me saldria con lo que deseaba. Aquella noche la seguí con disimulo hasta su casa, y me retiré con el infierno en el alma, pero lleno de esperanzas.

—¿Y despues?

—Despues. . . . La perseguí, la solicité con tezon, toqué todas las cuerdas, puse en juego todos los arbitrios. . . . ¡nada!

—¿Es posible?

—¡Nada! ¡nada, nada! Su resistencia me inflamaba mas y mas. La mucha aficion que le habia yo cobrado, junto con el despecho de ver humillado mi amor propio, me sugirieron un ardid luciferino. . . . Sabia yo que su marido era bárbaramente celoso. . . . Le dí que maliciar rondando embozado de noche por su casa, despues hice de suerte que llegara á sus manos un anónimo que decia poco mas ó menos así:

1. *Restorán* (restaurant) hosterías ó fondas.

Señor don Basilio: Un amigo de usted y de su honra le avisa en confianza que Victoria anda en malos pasos. Infórmese usted en la casa número tal del Puente de san Dimas y verá cómo mañana á tal hora de la noche, no estando usted en su casa, se ve allí con su sugeto. Guarde usted el secreto, y sobre todo, mucha prudencia.

Contando yo con que esto no dejaria de surtir efecto, preparé de antemano á la dueña de la casa consabida, gratificándola con una onza para que dijera que si habia estado allí Victoria con un hombre, y á fin de dar mas visos de verdad á la cosa, me valí de una vieja, *nana* de Victoria, en quien confiaban mucho, para que la sacara con cualquier pretexto á cierta hora y la condujera adonde yo intentaba hacerla ir.

Todo salió á medida de mi deseo. La *nana*, pretextando que una antigua conocida suya estaba agonizando y que le importaba mucho verla antes que diera el alma á Dios, cargó con la muchacha á pie y andando, la llevó á la calle, la metió en la horrenda casa. . . .

—¿Y usted estaba allí, por supuesto?

—No.

—¿No?

—No. No me convenia por ningun motivo verme con ella, es decir que me viera ella, porque entonces podia descubrirse la maraña. Al cabo, yo nada esperaba ya de ella.

—Pero tal vez eso podia haber servido para obligarla. . . .

—No: despues de las diligencias que yo habia hecho en balde, nada podia ya obligarla. Además, no por dejar yo de encontrarme allí con ella perdia la facilidad de utilizarme, llegado el caso, del lance, pues que siempre el hilo de la maraña lo tenia yo.

—¡No dejaria de costarle á usted todo eso!

—Muchísimas malas noches y dinero. . . . Robaba á mi padre.

—¡Ay!

—Volviendo á mi cuento, la *nana* fingiendo equivocar la casa, entró en la que yo tenia designada, en el zaguan aparentó advertir su yerro, y despues de unos cuantos minutos de titubear y ganar tiempo, salió y tomó el camino de la casa de Victoria, á quien fué contando que le habian dado mal las señas, que se habia metido en una casa de tan traza, que estaba alochornada del chasco y tamañita de que fuera á saber algo don Basilio, etc. Y en verdad, la pobre anciana, si bien habia convenido conmigo en llevarla á la tal casa, no sabia qué casta de casa era ni se habia pensado que pudiera jamás haber tenido aquel paso las trascendencias que yo me esperaba que tuviera. Estoy por decirte que si lo hubiera ella olido no me hubiera dado la mano para mi intento ni por un potosí.

—Pero. . . . Don Claudio, consuma usted. . . . ¡Mozo, otra botella! . . . . Pero ¡esa cómplice era un testigo!

—Sí; pero ¿cómo habia yo de precaverlo todo?

—Es verdad. Bebamos. . . . está riquísima la cerveza. . . . Con que. . . .

—El marido, enajenado, entigrecido por efecto de los zelos, echó á la calle á su mujer y á la *nana* sin dar oidos á cuanto quisieron decirle. . . .

Aquí el narrador dió un *vasazo* sobre la mesa, soltando una risotada luciferina. Encendidos sus ojos y bailándole en sus órbitas, temblándole los labios y agitado extrañamente todo su ser, parecia una personificacion del demonio del Rencor saboreándose con su venganza.

El otro interlocutor estaba pálido, desfigurado y mudo como el Terror.

A poco el primero tomó todos los caracteres del semblante de este, y este los del de aquel, viniendo á quedar en virtud de este extraño trueque animado el que antes parecia un cadáver y exánime cási el que acababa de mostrar tanta entereza.

En tanto que frente á frente de sus botellas permanecen callados nuestros dos personajes, mirando el uno de hito en hito al otro y el otro con la cara oculta entre sus manos, haremos una ligera reseña de la personalidad de entrambos.

El de mas edad, don Claudio, el narrador, era un sugeto no muy bien parecido, pero de facciones bien determinadas aunque no ordinarias. Su pelaje no era muy decente, pero una buena capa; reloj con una buena cadena de oro; un rico cintillo en el dedo anular y alguna otra alhaja daban bien á entender que algun dia habia sido él elegante, y usado buena ropa.

El otro, el auditor, Leandro, era un mozo de unos veinte años, bien parecido de cara, ojos y pelo negro, de buena presencia en fin: su traje era primoroso. Ya le hemos visto antes de ahora, pero no ha de caer en cuenta la lectora.

—Mira tú, pues, dijo don Claudio levantando la cabeza, lo que trae consigo y lo que cuestan esas impresiones de la juventud, esas ilusiones que nos asaltan de repente y que no queremos combatir, y que hacemos punto de reducir á realidades.

—Sí, pero yo estoy persuadido de que por mirarme tropezó y cayó.

Don Claudio meneó la cabeza.

—Y luego, prosiguió su compañero, nunca jamás haria yo lo que usted ha hecho.

Don Claudio se sonrió sin reir.

—Lo que usted hizo. . . . ¡oh! ¡lo que usted hizo con esa infeliz es horrendo!

Don Claudio bajó los ojos al suelo, pero no miraba ni el suelo ni nada: su vista estaba clavada en su alma, en su conciencia que le refregaba su infamia. Pasaba por don Claudio lo mismo que pasa por el que, poco antes de coger el sueño, ve con los ojos cerrados una infinidad de seres fantásticos que brincan y gesticulan entre una atmósfera oscura; con la diferencia sin embargo de que lo que don Claudio veia era horrible todo.

—Yo á ella la adoro con todas mis potencias y sentidos.

—¡Y no sabes quién es! saltó don Claudio arrancándose de su evagacion.

—Bien, es una criatura cuyos padres legítimos no se sabe quién son, que se ha criado en la casa, segun usted me ha dicho. . . . pero yo haré por sacar en limpio lo que haya en eso.

Dijo esto Leandro con suma resolucion

Don Claudio se levantó de su asiento y siguiéndole su compañero ausentáronse ambos de la hostería.

Dejémoslos ir, en paz el uno con su conzon y en guerra el otro con su conciencia; abrasado aquel en su amor y helado este con sus recuerdos.

(*Concluirá.*)

EL SUMAR DE UN CIEGO.

Un *gastrónomo*[1] ciego tenia, preciosa herencia trasmitida de padres á hijos! unas cuantas botellas de vino de Tocay, al cual era él apasionado y le economizaba con tierna avaricia; pero al viudo tambien le gustaba y no tenia el mismo respeto que su amo por el generoso líquido. Cada vez que podia robarse una botella, la vaciaba sin miramiento chico ni grande. Ahora bien, estos hurtos se fueron dificultando mas cada dia y las botellas habian llegado á reducirse á treinta y seis.

1 El que gusta de comer regaladamente: goloso.

El legítimo dueño y señor de las venerandas botellas, habiendo conocido sus sospechillas, determinó, como mas conveniente para la seguridad de ellas, mandar poner en su despensa un cajon hecho de intento, dividido en nueve compartimientos en virtud de los cuales podia el ciego pasarles todos los dias revista.

El cajon estaba vacío en medio y las botellas estaban puestas en los otros compartimientos de suerte tal, que por cualquiera lado que se contase, aquellas resultaban ser siempre nueve. El criado habia tenido él mismo parte en el acomodamiento, y al explicársele al amo le vió muy satisfecho de lo ingenioso de la traza.

1	7	1
7		7
1	7	1

Encantado de su invencion, el criado, al cabo de unos dias, avisó á su amo que la caja, recargada en el centro, corria riesgo de romperse y que era muy urgente cambiar el órden de las botellas. El amo podria siempre comprobar la escrupulosa fidelidad de su sirviente, puesto que las hileras formaban igualmente una suma de nueve botellas: la nueva distribucion se dispuso de la manera siguiente:

2	5	2
5		5
2	5	2

A poco, por motivos semejantes á los alegados en la otra ocasion, hízose otro cambio y las botellas quedaron en esto nuevo órden, el cual no alteraba en manera alguna la suma del ciego, y repartia con igualdad, segun decia el criado, la carga toda.

3	3	3
3		3
3	3	3

Por último, y siempre para impedir, al dicho del criado, que la parte de en medio se desfondara, aquel cada dia mas agudo de ingenio, ideó otra distribucion, y las botellas vinieron á quedar repartidas de esta suerte:

4	1	4
1		1
4	1	4

Falta saber si el astuto criado, apurando mas el entendimiento, habria logrado inventar otra nueva manera de acomodar las botellas en órden á seguir engañando al amo con perjuicio de su vino. Somos de parecer que no. De lo que sí estamos plenamente impuestos y por consiguiente podemos asegurarlo, es de que habiendo llegado el amo á reparar cierto descuidillo en su criado, cuando las cosas habian llegado á este punto, no pudo menos de caer en malicia; cogió pues y sacó del cajon todas las botellas que en él encontró, y contándolas echó al fin de ver que la suma parcial que habia estado haciendo hasta entonces no habia servido mas que para favorecer una *resta*, ó lo que es lo mismo un despojo de cuatro botellas en cada cambio, pues que en resumidas cuentas ya no le quedaban sino veinte botellas en lugar de las treinta y seis del vino exquisito, del vino que ni él habia querido gastar porque no se le acabara. Ocioso parece agregar que el criado fué á lucir á otra parte su habilidad en punto á matemáticas.

Ahora nosotros preguntamos á nuestras inteligentes suscritoras ¿si pueden darse cuenta de cuál fué la conducta del criado?

(Traducido para la Semana.)

ECONOMIA DOMESTICA.

EL ARTE DE GUISAR.—PRECEPTOS GENERALES.

POR ALEJO SOYER.

Toda sopa clara debe estar cargada de sustancia y debe tener un color trigueño, pajizo ó semejante al del vino de Jerez.

Toda sopa espesa, blanca ó parda debe ser un poco ligera y adherirse un poco al revés de la cuchara.

Todo caldo ó sopa de *purée*[1], debe adherirse un poco mas al revés de la cuchara.

Toda pasta italiana debe ser muy clara, bastante sustancial, y de un color morado pajizo.

Toda salsa de pescado debe ser mas espesa para el pescado hervido que para el frito y el asado.

La salsa trigueña debe ser un poco delgada y del color del castaño de Indias.

La salsa blanca debe tener el color del marfil y ser mas espesa que la salsa trigueña.

Todo género de pescado debe estar bien cocido, pero no demasiado cocido, sea que se ase ó se fría.

La vaca y el carnero debe estar á mediococer.

El cordero debe estar algo mas cocido.

La ternera y el puerco deben cocerse bien.

La caza debe estar á medio cocer, encarnada por en medio, llena de jugo, pero no cruda.

La volatería asada, cocida ó estofada debe estar completamente tierna, sin tener nada encarnado, pero con mucha sustancia.

Los faisanes y las perdices deben estar completamente cocidos, pero llenos de sustancia.

La gallina silvestre, los gallos negros y las gallinas pardas deben estar algo encarnadas, tener mucha sustancia, pero sin estar muy sancochados.

Todo género de ave acuática debe sancocharse no mas, de suerte que la sangre y la sustancia corran al trincharse.

Los frailecillos deben medio cocerse, pero por dentro y fuera.

Los conejos y los pichones deben cocerse bien.

Los platos fragrantes de segundo servicio, deben pasarse algo de sazon, pero no con exceso.

Todo pastel, ya cocido, debe ser claro, ligero y trasparente, de un hermoso pajizo; lo mismo el cuerpo de la costra.

Las empanadas y las cacerolas de arroz deben ser de un color dorado.

1 Voz francesa que significa "sustancia ó jugo del garbanzo, guisante, lenguas, etc, machacados despues de cocidos.

TABACO ECONOMICO.

Un miembro del colegio de medicina de Estocolmo ha descubierto que las hojas de la papa secadas hasta un punto conveniente, dan un tabaco superior, por lo que hace al aroma, al tabaco ordinario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALSAS

PARA UN GUISADO DE LENGUA CASTELLANA.

I

NOTA.—Lo que aquí va de letra cursiva, menos los términos de lengua extranjera, es castizo en sí, pero vicioso en su aplicacion ó en la acepcion que comunmente se le da. Lo que sobre ir de letra cursiva lleva un asterisco (*), no está admitido por la Academia en ninguna acepcion. Lo que va de letra redonda es correcto.

*Adjuntar** (*adjoindre* del francés, *to inclose* en inglés): incluir, acompañar.

*Alcabucear**: arcabucear ó fusilar.—*Alcabuceo** ó *arcabuceo*,* *alcabuceamiento** ó *arcabuceamiento**: véase *Fusilada*.*

*Amonedacion** (*monétisation* del francés, la accion de amonedar): acuñacion.

*Anormal** (*anormal* del francés, *anormal* en inglés): irregular.

*Apremiante** (*pressant* del francés): urgente, ejecutivo, aguijatorio, compulsivo, conctivo.

Arqueada ó *arqueo* (náusea): arcada.

Arquear (vomitar): provocar.

*Arrasante** (lo que arrasa ó destruye). Viento *arrasante**: ventarron ó viento fortísimo.

Calzar (poner ó escribir) una firma en un escrito: poner ó estampar una firma al pié (al *calce* no) de un escrito.

Casa de *amonedacion**: casa de moneda ó de acuñacion.

Con efecto (efectivamente, en realidad, de verdad; en conclusion, así que). en efecto (*en effet, effectivement, réellement; en conséquence* del francés; *in effect, reality, indeed, in fact* en inglés).

De conformidad con (segun, conforme, *conformément á, selon, en conformité avec* del francés; *conformably to, in accordance with* en inglés): en conformidad con.

*Democratizar** (*démocratiser* del francés) á una nacion, etc.: hacer que una nacion, pueblo, etc. se habitúe á la democracia, que la adopte[1].

Derecha de proposicion de ley: iniciativa de ley.—Ver *Proposicion iniciativa*.

*Descompletar**, *descompletor:** véase *Truncar, trunco*.

Destructor (lo que destruye, *destructeur* del francés, *destructive* en inglés): destructivo, destructorio: pues DESTRUCTOR es para las personas.

*Estiladera** (mortero de piedra para pasar el agua): destiladera, y mejor, destilador.

Estilar (correr lo líquido gota á gota ó pasar el agua por el mortero de piedra para que se adelgace): destilar (neutro).

*Formular** (arreglar alguna cosa conforme al estilo que le corresponde: *formuler* del francés): véase Estilar.

*Fraternizar** (*fraterniser* del francés, *to fraternize* en inglés): hermanar, hermanarse.

*Fusilada**, *fusilamiento*,* *fusilata*,* (*fusillade* del francés): la accion de fusilar ó pasar por las armas.

Hacer á alguno *favor* de una cosa (*faire le plaisir* del francés): hacer á alguno el favor (ó la gracia) de etc.

Hostigador, hostigante,* *hostigoso** (por la cosa que hostiga ó molesta, *ennuyeux* ó *vexatoire* del francés; *tedious, vexing* en inglés): molesto, enfadoso, enojoso; pues HOSTIGADOR es el (la persona) que hostiga.

[1] ¡Cuántas palabras, qué circunloquios por no admitir el verbo, por no deber una vez más á los franceses!

MISCELANEA.

CRONICA MUSICAL.

Por la presente el pianista mas á la moda en Paris es sin disputa Gottschalk. La claridad y perfeccion de su juego son tales, que ya no es posible hacer que dé mas de sí el piano. Su buen gusto le hace evitar el excesivo vigor, la transicion demasiado violenta, la supresion de los detalles en los pasos de mucha importancia, defectos harto comunes en el dia. No puede darse ejecucion mas brillante ni mas expresiva que la suya: no sabe uno qué admirar mas entre su talento para tocar y su ingenio para componer. No hay quien se precie de tocar el piano y no conozca ya La Bambula, La Sabana, El Banano, el capricho sobre El Sueño de una Noche de Verano, y otros varios trozos escritos con todo el fuego de la juventud y toda la ciencia del artista consumado. Entre sus nuevas inspiraciones, notables todas, merece especial mencion El Manzanillo, trozo original como los demás y que despide el perfume silvestre de los grandes bosques de la América, que han infundido á Gottschalk sus ideas tan nuevas y tan atractivas para los franceses.

Madama Hennelle[1], profesora distinguida y cantatriz notable, ha reunido su fiel auditorio de todos los años y le ha hecho admirar su hermoso Ave María de Cherubini[2], acompañado del delicioso oboé de Verroust[3] y Un Bolero de Dessauer[4].

El violinista europeo Vieuxtemps, despues de una larga ausencia, se ha dejado oir últimamente en un concierto dado por él. Nuevamente ha sabido electrizar á los que le conocen como artista de un vigor y de un arrojo fuera de toda comparacion; pues *quintuplica* la potencia del sonido de un instrumento ordinario y entre mil giros de fuerza ejecuta el gorjeo en octava que los mismos inteligentes pueden apenas comprender. Su ejecucion es sumamente clara y precisa; talento prodigioso, al que no se puede reprochar mas que el encaminarse mas bien á la admiracion que á la sensibilidad.

JULIO LOUVET.

LOS LIBROS.

No hay libro que sea malo absolutamente hablando ni lectura que no dé algun provecho. Con todo, las mujeres deben proceder con sumo tiento en lo relativo á la lectura de libros.

ENIGMA.

Soy de condicion tan fuerte,
Que en el fuego fuí ablandado;
Y á golpes, en dura pieza,
Muy perfecto me dejaron.
Afilando agenos dientes
Mi triste vida he pasado;
Tambien de remotos tiempos
Mi figura no ha cambiado;
Y con mis tres espinazos
A muchos he maltratado:
Para que mejor trabajen,
Rigor tal es necesario;
Mi cuerpo sajado fué
Como lo están declarando
Las profundas cicatrices
Que en él se ven harto claro.

MARGARITA MONTALVO.

La solucion en el número siguiente.

1 *Enél.*—2 *Querubini.*—3 *Verrú.*—4 *Dessáv.*

EL GRILLO DEL HOGAR.

POR CARLOS DICKENS.[1]

PRIMER CHILLIDO.

¡La olla, la olla es la que comenzó! Lo que ha dicho mistress[2] Peerybingle[3] me importa un bledo á mí, que yo sé á qué debo estarme.

Mistress Peerybingle podrá norabuena discurrir sobre el particular hasta la consumacion de los siglos; pero por mas que la pobre se devane los sesos, en los dias de la vida será capaz de decir cuál se adelantó. Yo digo que la olla, y yo debo saberlo seguramente.

La olla, la olla comenzó cinco minutos ¡y qué largos! antes que el grillo hubiera dejado oir el mas ligero grito. Testigo el cuclillito holandés que señala la hora en el ángulo del aposento.

Como digo, sostengo á pié juntillas que el cuclillo habia ya concluido de tocar y que el segadorzuelo que se mece temble teando arriba del cuclillo habia segado medio *acre* de su yerba imaginaria antes que llegase el grillo.

No tengo yo la costumbre de afirmar cosa alguna por tema, todos lo saben; por lo mismo, no hay consideracion ninguna que me hiciera sostener mi opinion contra la de mistress Peerybingle si no estuviese yo cierto á no dudarlo de lo que asiento. Pero la cuestion versa sobre un hecho y el hecho es que la olla principió cinco minutos, por lo menos, antes que el grillo hubiera chistado.

Como digais lo contrario, pongo diez minutos en lugar de cinco.

Solamente dejadme contaros cómo estuvo el caso. Tal vez, estoy pensándolo ahora, tal vez hubiera yo hecho mejor con principiar desde luego por esto.

Cualquiera hubiera dicho que habia una como lucha ó desafío entre la olla y el grillo. Ahora bien, ved qué fué lo que dió márgen á la tal lucha y cuáles fueron las resultas.

Mistress Peerybingle salió á boca de noche á la fuente á llenar la olla. Mistress Peerybingle volvió á poco rato y puso la olla en la lumbre. Al estar en esto la chicuela mistress Peerybingle tuvo un ligero acometimiento de mal humor, pues sus piés los tenia empapados, y el agua que estaba en el estado de la nieve que se derrite, es decir muy desagradablemente penetrante, le habia escurrido hasta las piernas. Y á fe á fe que harta razon hay para ponerse de mal humor en semejante caso, particularmente cuando ha tenido uno cuidado de calzarse de manera que los piés se conserven calientes y con su cierta elegancia.

Y luego, la olla hacia alarde de una obstinacion capaz de indignar á un santo. ¿Acaso queria la muy estólida dejarse poner sobre los carbones como Dios manda, y no habia dado en ladearse cual un ebrio, escurriéndose de esta suerte sobre el fogon? Y era tan malvada que silbaba y gangueaba horrendamente á la faz de la lumbre.

Por remate de ifiortunio, la tapadera, resistiéndose á los ceños de mistress Peerybingle, se volvió lo de abajo arriba, luego, con una resolucion digna de mejor causa, se sumergió oblicuamente hasta el fondo de la olla, y no son para imaginados los esfuerzos que se vió mistress Peerybingle en el caso de hacer para sacarla de allí.

La olla siguió con su cara insolente y terca. Su asa, tomando una postura provocante y erguiéndose su cuello con impertinente desden, parecian decir á mistress Peerybingle: ¡No queremos hervir! ¡no, no hemos de hervir por ninguna de estas mueve cosas!

Pasado el rato de mal humor, mistress Peerybingle estregó una contra otra sus manecitas gordetillas y se sentó delante de la olla riéndose á carcajadas.

Entre tanto la lumbre ardia alegremente y la llama alumbraba al segadorzuelo que parecia estar entonces inmóvil arriba del lomo del cuclillo.

Él, sin embargo, estaba muy agitado y le acometian convulsiones dos veces en cada segundo; pero su mal, al punto en que el reloj iba á tocar, ofrecia un espectáculo espantoso y cada vibracion de la campana de aquel producia en su cuerpo el efecto de un terremoto.

El infeliz segadorzuelo no sosegaba sino hasta que aquella conmocion violenta y el ruido de las cuerdas y las pesas habia cesado completamente.

Yo, por mí, comprendo su terror, pues esos bulliciosos esqueletos de relojes andan de una manera muy discordante, y mucho me asombra que unas criaturas humanas, sobre todo unos holandeses, hayan encontrado gusto en inventarlas.

En efecto, generalmente se dice que los holandeses gustan de vestir holgadamente sus cortas y gruesas personas: ¿cómo es que sus relojes están abrigados con tanta mezquindad?

Pero volvamos á la olla.

A fuerza de darse á su ejercicio musical, comenzaba ella á sentir en la laringe[1] un estorbo que se explicaba ya por medio de notas desiguales, apenas articuladas y que por intervalos degeneraban en un estertor monótono.

Entre tanto fueron ganando terreno poco á poco sus buenos sentimientos y tras dos ó tres tentativas desgraciadas para repelerlos, tomó con buen ánimo su partido y desistiendo de todo proyecto de enfado, toda excepcion en suma, dejó oir un canto mas alegre y mas claro que el del rey de los ruiseñores.

¡Y qué canto tan expresivo!

En medio de las nubes de quemante vapor que subian por la chimenea, disparábase él con júbilo y con la fuerza que le comunicaban unos pulmones de bronce excitados por el fuego.

Y ¡lo que en el influjo del buen ejemplo! La tapadera tambien, hasta ella que poco antes se habia rebelado, se puso á ejecutar uno como acompañamiento y á zumbar como un jóven platillo sordo y mudo que nunca ha conocido las caricias de su hermano gemelo.

El canto este era, de seguro, una invitacion afectuosa dirigida á alguien que se hallaba por fuera y que estaba listo á entrar en la casa á efecto de allegarse al alegre hogar.

Así lo entendia mistress Peerybingle en medio de los pensamientos que la tenian en aquel momento absorta.

—La noche está oscura, cantaba la olla, y las hojas secas y marchitas cubren el camino. Por arriba todo es nublado y tinieblas. La campiña entera está de luto y el viento sopla melancólicamente por entre los árboles deshojados. El agua que del cielo cae está helada. . . . ¡Pero el viene, viene, viene! . . . .

Y seguia luego el grillo, el cual canta-

1 *Dickens.*—2 La señora *(maistres).*—3 *Picibingl.*

1 Órgano de la voz.

ba haciendo coro con una voz tan penetrante y tan poco proporcionada á su diminuto cuerpo, que era para dar gracias á Dios el ver cómo podia resistir sin reventar en mil pedazos como un cañon demasiado cargado.

Proseguia la olla su solo con sostenido ardor, pero el grillo comenzaba á llevarse la palma. ¡Cuál se esforzaba!

Su agudo timbre retumbaba en toda la casa y parecia centellear como una estrella en las tinieblas de afuera.

Al alcanzar á las notas mas altas cobraba una vibracion tan prodigiosamente estrepitosa, que cualquiera le hubiera creido inspirado por el entusiasmo.

Entre tanto las dos voces habian parado en cantar á una y parecian querer disputarse el triunfo.

Después de haber estado escuchando durante unos instantes este concierto, la linda y jóven mistress Peerybingle, pues era ella jóven y linda, se dirigió hácia la ventana; pero estaba tan lóbrega la noche que no logró ver mas que su propia cara reflejada en los vidrios. Fuera de esto, creo yo, y seguramente muchas personas habrian sido de mi parecer, creo, digo, que ella hubiera podido estarse mucho tiempo mirando á lo léjos sin descubrir un objeto que le cayese mas en gracia.

Cuando volvió á sentarse junto á la lumbre, la olla y el grillo seguian cantando á competencia.

De pronto el rechinamiento de una carreta, los prolongados ladridos de un perro y la voz de un hombre se dejaron oir por la parte de afuera: mistress Peerybingle se abalanzó á la puerta y á pocos segundos tenia ya en sus brazos á un tierno niño.

¿De dónde venia este niño? Eso es lo que yo no sé. Lo que puedo decir y es lo cierto, es que mistress Peerybingle tenia en sus brazos á un niño, y de veras tenia ella una cara de pascua al acercarse al hombre que acababa de entrar. Este hombre era de mucha mas edad y sobre todo mucha mas corpulencia que ella; de suerte que no pudo menos de agacharse para abrazar á mistress Peerybingle. Bien visto el negocio no cabe duda de que harto se lo merecia ella.

—¡Jesús, John! dijo mistress Peerybingle, ¿cómo vienes!

En efecto, sus cabellos, sus barbas y hasta sus cejas estaban cubiertos de escarcha, la cual relumbraba como un arco iris con la claridad de la llama del hogar.

—¡Pardiez! ¿pues acaso estamos en verano, Dot? respondió lentamente John calentándose las manos, después de haber desarrollado el chal que traia, á guisa de corbata, en el pescuezo; y siendo así que no estamos en verano, ¿qué extrañas el tiempo este?

—¿Por qué me llamas Dot, John? No me gusta eso, dijo mistress Peerybingle, haciendo un gestito que bien á las claras daba á entender, por el contrario, que el nombre era muy de su gusto.

—Pues ¿acaso no es ese tu verdadero nombre? ¿no quiere decir "mi vidita?" repuso John mirándola con tierna sonrisa y apretándole el talle cuan delicadamente se lo permitian sus anchas manos. . . .

Era un buen muchacho el tal John, un poco ordinario, visto por encima, ¡pero con un fondo excelente! ¡Oh madre naturaleza, dá á tus hijos la verdadera poesía del corazon tal como la has puesto en el alma de este pobre carruajero (John tenia este modesto oficio); dá á tus hijos la poesía del corazon y con mucho gusto les dejaremos hablar y vivir prosáicamente, sin molestarlos por nada!

Grato era ver á Dot teniendo en sus brazos lindos la criatura que se sonreia con ella, y ella que parecia sumergida en

1 *Yon*; Juan.

un gratísimo éxtasi, tenia su preciosa cabecita graciosamente inclinada y apoyada con la dejadez de una coquetería adorable contra el ancho y vigoroso busto del carruajero.

Tambien causaba gusto ver á este esforzándose con tierna torpeza por prestar el tosco apoyo de su persona á la jóven y fresca mujercita.

Detrás de ellos, á unos cuantos pasos de distancia, Tilly[1], la criadita, con tamaña boca y tamaños ojos abiertos, estaba embebecida en la contemplacion del grupo, aguardando á que le volviesen el rorro.

—¡Qué lindo es! ¿no es verdad, John? exclamó Dot.

—Lindo como un querubin, dijo el carruajero, haciendo el ademan de acariciar al niño, pero retiró precipitadamente su mano, como temeroso de despachurrar á la débil criatura; luego, agachándose hasta cási las rodillas púsose á considerarlo de lejitos con una especie de vanidad y empacho. Me parece que en aquel momento podia compararsele con un mastin que el dia menos pensado se hubiera visto hecho el padre de un canarito.

—Cási siempre está durmiendo, ¿no es verdad? repuso John.

—¿Quieres chanearte? replicó Dot.

—¡Hum, hum! hizo el carruajero con una voz tan ruidosa que el niño recordó de repente.

—¡Jesús, John! ¡mira cómo lo has asustado!

—Pero maldito el cuidado lo da, respondió el carruajero maravillado. ¿No ves! ¡mira cómo abre los ojos bostezando como un pececito de oro!

—Pues de veras que no mereces ser padre, dijo Dot con el entono de una matrona hecha y derecha. Ni siquiera sabes que los niños tienen tambien sus pesadumbres. ¡Tontonazo! prosiguió riéndose y tirándole la oreja á su marido.

—Dices bien, dijo John quitándose el *paltó*, dices bien, Dot. Lo cierto del caso es que estoy á oscuras en ese particular. Pero lo que sí se muy bien es que las he tenido tiesas esta noche con el Nordeste, ese maldito ventarron que ha venido soplando sobre mi carreta por todo el camino.

—¡Pobre viejo! ¡y es mucha verdad! dijo mistress Peerybingle, cobrando con estas palabras toda su actividad.

—¡Mira, Tilly! Toma al niño para que yo haga el té. En cuanto acabe yo, John, te ayudaré á componer tus paquetes, y con toda mi voluntad. ¡Verás cómo meneo las manos!

John encendió la linterna y salió á ver si el muchacho habia tenido cuidado del caballo, enorme y macizo animal cuyo naturalizo andaba perdido entre las nieblas de la antigüedad. Boxer[1], el perro de casa, advirtiendo que la familia en general era acreedora á una parte igual de sus atenciones, se revolcó como un loco por todas partes, para salir al patio á poco rato y volver luego á entrar, después de haberle brincado y ladrado al caballo cuyo cuerpo estaban estregando á la puerta de la caballeriza, con un rollo de paja. Boxer estaba fuera de sí de gusto. Ya aparentaba arrojarse con irresistible furor sobre su amo, y se quedaba de pronto parado con una cara entendida y tuna; ya iba á provocar á Tilly Slowboy[2], al lado de la lumbre en donde, en una silla baja, estaba sentada, y le plantaba de improviso su hocico helado en la cara, haciendo con esto á la pobre muchacha dar agudos gritos, y luego iba él y se echaba frente á frente de la chimenea tan cómodamente y con tal reposo que se hubiera creido que se habia determinado á pasar la noche allí si no se le hubiera visto á los dos se-

1 *Till.*

1 *Bóxer*, pelil ó *boxeador*.
2 *Slō-boi*.

gundos levantarse precipitadamente como acordándose de pronto de alguna cita importante.

—¡Ya está el té! dijo Dot acercándose á la mesa. Aquí está el jamon, aquí está la mantequilla, y el pan y todo, todo.

—¡Hola! John, ¿dónde andas?... Tilly, si te descuidas vas á dejar caer el niño.

No obstante la impaciencia con que Tilly mostró recibir esta advertencia, conviene saber que ella tenia una gracia especial para hacer chillar al chico cuya vida habia puesto ya veinte ocasiones en inminente peligro.

La muchacha esta era seca y tiesa hasta el punto de parecer cada rato que sus vestidos se le querian escurrir de los flacos hombros á que estaban enganchados.

Su vestido se hacia siempre notar por alguna pieza de compostura hecha de franela extravagantemente cortada y por uno como corsé verdoso cuyos ojetes estaban á la vista.

Sumergida de continuo en una bobática admiracion á la vista del objeto mas simple y por otra parte absorta en la perpetua contemplacion de las perfecciones de su ama y del niño, Tilly, con todo y estos pequeños yerros de juicio daba pruebas de buen corazon que disculpaban de seguro las distracciones de que con harta frecuencia era víctima el chico y de que por todas partes se le encontraban numerosas señales hechas por el contacto de las puertas, de los armarios y de otros cuerpos extraños.

Con razon Tilly Slowboy no se cansaba de admirar la benevolencia con que la miraban sus amos, los cuales la tenian como hija, pues la pobre muchacha habia sido criada por la caridad pública en el hospicio de expósitos.

La pequeña mistress Peerybingle no tardó en volver con su marido á quien venia ayudando ó mejor dicho á quien parecia venir ayudando á trasportar los paquetes de que venia cargada la carreta. John celebraba los esfuerzos de su mujer, y el grillo, por su lado, parecia que la alentaba con su alegre voz.

—Esta noche está el grillo en sus glorias, dijo John echando la vista al hogar.

—¡Y esa es buena señal, John! Su voz nos ha anunciado siempre algun suceso próspero.

John se sonrió con aprobatorio gesto, pero sin dar á entender de otra suerte su parecer.

—La primera ocasion que oí su alegre cantito, John, fué la noche que me trajiste á esta casa de que ahora soy la ama y señora. Un año hace de esto. ¿Te acuerdas, John?

¡Oh, sí! ¡Y mucho que se acordaba John!

—¡Qué gusto me causó el canto! ¡Sentia yo que me animaba y me prometia tanto! Parecia como que me decia que tú habias de ser para conmigo amoroso y bueno, que habias de mirar con indulgencia las muchachadas de tu mujercita.

John que se habia puesto muy pensativo miraba á Dot con una ternura indecible.

—Decia bien, prosiguió ella, el grillo decia bien, John, pues tú has sido para mí el mejor y el mas indulgente de los maridos. ¡Oh, esta casita ha sido siempre un paraíso, ¡y por eso, por eso, John, quiero tanto al grillo!

—Entonces yo tambien le quiero, respondió John.

—Yo lo quiero por sus conciertos de todas las noches, y por todos los pensamientos que me ha hecho tener su voz inocente. A veces, al caer la noche, siempre que yo me veia sola y triste, John, cuando aun no me habia dado Dios el niño para servirme de compañía y alegrar la casa, siempre que me ponia yo á pensar lo solito que te quedarias si yo llegaba á morir, en

aquellos momentos los cantos del hogar parecia como que me dejaban oir otra vocecita tan grata y amorosa, que se me desvanecia el terror como un sueño.

Y cuando yo temia, esto me ha sucedido, John, ¡pero era yo tan niña entonces!... cuando yo temia que nuestra union no fuese feliz, ¡pues yo era tan muchacha y tú parecias mas bien mi custodio que no mi marido!... Cuando yo pensaba que no llegarias á quererme, la voz del grillo reanimaba mi valor y disipaba mis temores.

Todos estos pensamientos me han venido esta noche á la mente mientras estaba yo aguardándote, vida mia, sentada al lado de la lumbre, y esto se lo debo y se lo agradezco al grillo.

—Y yo, yo tambien se lo agradezco al grillo, repitió John. Pero, vamos á ver, Dot, ¿por qué dudabas el que yo te quisiera? Pues qué ¿no te queria yo desde mucho tiempo antes de traerte á esta casa para hacerte ama del grillo? ¿Qué dices, majaderita?

Dot dejó caer su mano sobre el brazo de su marido quedándosele mirando con inmutado semblante. A poco de esto fuése á poner en cuclillas delante del canasto en que los envoltorios estaban, luego se puso á acomodarlos sobre una mesa sin interrumpir por eso su charla infantil.

—Muy poquito hay esta noche, John; pero tate que acabo de ver dos bultos de mercancías, allá detrás de la carreta, y aunque sean un poco incómodos no debemos quejarnos de ellos, ¿no es verdad? pues en resumidas cuentas están pagos tan bien como lo demás. Qué, ¿has hecho ya alguna reparticion antes de llegar á casa?

—Sí, dijo John, venia yo demasiado cargado.

—¡Oye! ¿qué es lo que hay ahí dentro de esta caja redonda? ¿A que es una torta de boda?

—¡No hay como las mujeres para dar con esas cosas! dijo John con admiracion. ¡En la vida hubiera atinado un hombre ni por asomo! Sí, Dot, es una torta de boda y yo la he mercado, yo mismo, en casa del pastelero.

—¡Caramba! ¡pesa como veinte tortas juntas y congregadas! exclamó Dot, haciendo como que no podia sospesarla.

—Lee no mas á quién viene, ahí está puesto.

—¡Esto es chanza, John! repuso ella despues de haber leido el rótulo. No has de salirte con hacerme creer que la torta es para Gruff y Tackleton[1], el muñequero! ¡Quizás!

John hizo una seña afirmativa.

Mistress Peerybingle meneó mas de cincuenta veces la cabeza en ademan de duda y haciendo el mas lindo visajito del mundo.

—¿Con que es de veras? preguntó Dot. Ya conozco yo á la novia, anduvimos juntas á la escuela.

John hizo una segunda seña afirmativa.

—El, tan viejo! ella, tan muchacha! ¿Cuántos años es mayor que tú Gruff y Tackleton?

—¿Qué tantas tazas de té debo tomarme esta noche! replicó John. Por lo menos cuatro veces tantas como Gruff y Tackleton se echa á pechos desde el anochecer hasta la hora de acostarse. En cuanto al comer, prosiguió con tono de buen humor y acometiendo al jamon, no es mi fuerte. No soy lo que se llama un gran comilon, pero eso sí, lo poco que emboco lo como con gusto.

John jamás dejaba de proferir estas palabras cada vez que se sentaba á comer. Esta inocente creencia era una ilusion que su vigoroso diente desmentia todos los dias.

Dot, por su parte, no paró la atencion, como otras veces, en esta sencilla declara-

1 *Gruf y Tácle-ton.*

cion, la cual tenia ella de costumbre satirizar con burletas y risas. Habia ella empujado con el pié la caja de la torta y parecia estar entregada á meditaciones muy serias. John hacia por llamarle la atencion, pero por mas que golpeaba sobre la mesa con el cuchillo y por mas que la llamaba, nada conseguia.

En fin, decidióse á tomarla del brazo convidándola á que se sentara, lo cual hizo ella riendo de su embebecimiento. Pero ya no era cosa que se riera tan de buena gana como poco antes: sin género alguno de duda pasaba dentro de ella algo extraordinario.

El grillo se habia callado y el aposento habia tomado de pronto un aspecto casi triste.

—¿Con que eso es todo, John? dijo mistress Peerybingle señalando á los bultos.

—Todo, todo, contestó John. Pero... ahora que me acuerdo, añadió soltando el tenedor y el cuchillo, ¡pues de veras se me habia olvidado enteramente el viejo *gentleman*!

—¡El viejo *gentleman*!

—Sí, allá dentro de la carreta, repuso John. Estaba dormido, como un tronco, sobre la paja, cuando llegué, y por vida mia que ya no me acordaba de él.

Dicho esto John salió para ir á reparar su descuido.

El perro, menos desmemoriado que su amo, estaba de planton en el patio cuidando seguramente que el viejo *gentleman* no cargase con lo que en la carreta quedaba.

—¡Qué dormilon! dijo John volviendo con el forastero que se quedó de pié derecho en medio del aposento.

El viejo *gentleman* tenia pelo largo y cano. Sus facciones eran notablemente hermosas para la edad que tenia, y sus ojos brillaban como los de un mozo. Despues de haber paseado la vista por las personas que le rodeaban, púsose á sonreir, y saludó á la mujer del carretero inclinando gravemente su cabeza cana.

Sus vestidos de color pardo, tenian una forma extravagante y parecian haber sido hechos un siglo atrás.

Tenia en la mano un gran baston, que golpeó contra el piso, trasformándole de repente en una silla de brazos. Despues de esto se asentó sobre ella con el mayor relente.

—¡Mira! dijo el carruajero volviéndose hácia su mujer. En esa misma postura ni mas ni menos, en esa misma postura estaba cuando le topé en el camino. Parecia un recanton, con eso y ser sordo como una tapia.

—¿Cómo! pues qué ¿estaba sentado á los cuatro vientos? preguntó mistress Peerybingle.

—Sí, á los cuatro vientos, y á la caida de la tarde.

—¡Pasaje! me gritó poniéndome en la mano una moneda. Y diciendo y haciendo se encaramó en la carreta y cátale aquí.

—¿Se va, John?

—Nada de eso. Va á hablar.

—Dispénseme usted, dijo el forastero, hubiera yo querido no ser molestado antes de haber avisado. No hay que hacer caso de mí.

Despues de haber boqueado estas palabras sacó de sus anchurosas faltriqueras un par de anteojos y un libro y púsose á leer con mucha calma sin tener para nada cuenta con los ladridos furibundos del can.

El carretero y su mujer se cruzaron una inquieta mirada.

Tras un rato de silencio, el forastero levantó los ojos y mirando alternativamente á sus dos huéspedes:

1 *Yéstí-nasa* (caballero). Así se nombra al diablo en el lenguaje familiar.

—Hija de usted, ¿no, buen amigo? dijo dirigiendo la palabra al carretero.

—Mi mujer, contestó este.

—¿Sobrina? preguntó el forastero.

—¡Mi mujer! dijo á gritos John.

—¿Con formalidad? ¡qué jóven es de veras!

Luego, volviéndose con mucha pachorra, púsose de nuevo á leer. Mas no bien habria leido dos renglones cuando apartó nuevamente la vista del libro, diciendo:

—¿Y la criatura?... ¿es de usted?

Por toda respuesta John hizo un meneo de cabeza, pero muy enérgico.

—¿Hembra?

—¡Varon! gritó John con todas sus fuerzas.

—¿Cuántos años?

—Dos meses y tres dias, dijo mistress Peerybingle arrebatándole la palabra á su marido. . . Vacunado desde hace seis semanas; muy robusto para su edad, segun dice el doctor; ¡muy vivo ya! ¡todo lo entiende! ¡ya se para! ¿no le parece á usted una maravilla?

La pequeña mistress Peerybingle se quedó jadeando despues de haber gritado estas frases sueltas al oido del anciano. Con todo, fué y cogió al niño y le sospesó con cara de triunfo delante del anciano para no dejarle la menor duda de la verdad de lo que decia ella.

—Llaman á la puerta, dijo de pronto John; vé á abrir, Tilly.

Pero antes que la muchacha hubiera tenido tiempo para ir, fué abierta desde afuera la puerta.

La tal puerta era una de las puertas primitivas, sin mas que un picaporte, de naturaleza á dar paso libre á todas las visitas. . . y grande era el número de las visitas en la casa de John, eso se puede muy bien asegurar; pues las gentes de la villa, de todo pelo, gustaban atravesar unas palabritas cariñosas con el carretero, quien sin embargo no era de suyo muy *platicon* que digamos.

A la puerta del aposento se apareció un hombrecillo flaco y triste, vestido con un *paltó* de un género semejante á la tela que se emplea para enfardelar; y por si en este punto llegara á caber alguna duda, en breve quedaba desvanecida con solo poner la vista en su espalda, en el momento que el hombrecito se volvió para dar de mano á la puerta, y leer en ella la palabra FRÁGIL escrita con tamañas letras.

—¡Buenas noches, John! dijo el hombrecito; ¡buenas noches, señora! ¡Buenas noches, Tilly! ¡Buenas noches, forastero! ¿Cómo está el chico, señora? Y Boxer, ¿cómo está?

—Todos estamos buenos, Caleb, respondió Dot, y con ver al muchachito de mi alma conocerá usted que vamos bien.

—¿Tiene usted ahora mucho trabajo? preguntó el carretero.

—Sí, así así, John, respondió Caleb con el semblante preocupado del hombre que anda á caza de la piedra filosofal. Las arcas de Noé dan lo suficiente para salir del dia. Bien quisiera yo que los animalitos salieran mas bien hechos, pero no lo permite el precio. Ahora que se ofrece, John, ¿tiene usted algun paquete para mí?

El carretero metió la mano en el bolsillo del *paltó* que se habia quitado en cuanto llegó, y sacó de ella una macetita curiosamente envuelta en un poco de heno y papel.

—Aquí tiene usted, dijo tomándola con precaucion. No hay ni una hoja lastimada.

Bailáronle los ojos á Caleb. Tomó la maceta y dió las gracias al carretero.

—Caro, carísimo es eso en este tiempo carísimo, dijo John.

—No le hace el precio, respondió el

1 *Cáleb*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombrecito, y si hubiera sido preciso habria yo dado el doble por conseguirla. ¿No tiene usted nada mas para mí, John?

—Sí tal; una cajita; mírola usted.

—Para Caleb Plummer[1], dijo el hombrecito deletreando el rótulo.

—¡Dios se lo pague á usted, John. ¡Cuánto le debo!

—¡Bah! con las gracias quedo pagado.

—Con esa sale usted siempre, repuso el hombrecito. Pero vamos á ver, ¿no hay otra cosa?

—Me parece que no. Busque usted bien entre eso.

—Algo para mi amo, ¿eh! preguntó Caleb tras un momento de reflexion. Sí, ya sé, y aun he venido expresamente en busca de eso; ¡pero tengo amontonadas tantas otras cosas en mi cabeza!... Todavía no ha arribado por acá mi amo, ¿no!

—¡Qué ha de venir! contestó el carretero, ahora no piensa mas que en hacerle la rueda á la novia.

—Siempre tiene que venir, me lo ha dicho; de suerte que no será malo que yo tome el portante sin pérdida de tiempo.

É iba él á ausentarse cuando vió á su amo que ya estaba abriendo la puerta.

—¡Ah! ¿aquí está usted? [dijo esto; aguarde usted un instante, nos iremos juntos. John Peerybingle, para servir á usted; mistress Peerybingle, á los piés de usted. ¡Cada dia mas linda!

—Podia carme en gracia el cumplido de usted, Mr. Tackleton, dijo mistress Peerybingle con un acentillo repulgado, si no fuese porque está usted en vísperas...

—¡Ah! ¡ya sabe usted la noticia!

—A lo menos, replicó Dot, he hecho cuanto he podido por creerlo.

—¿Y os ha costado mucho trabajo?

—Muchísimo.

Tackleton el mercader de juguetes era muy generalmente nombrado Gruff y Tackleton, por el nombre de su casa de comercio, no obstante que Gruff, su socio, se habia despedido tiempo hacia de los negocios.

La legítima vocacion se la habian hecho errar completamente sus padres por falta de conocimiento. Se le hubieran adiestrado para prestador de dinero ó para abogado, ó bien para *sheriff*[1] ó siquiera para corredor, tal vez despues de haber gastado ampliamente su natural en negocios leoninos habria llegado á ser bondadoso y amable siquiera por el gusto de permutar.

Pero con el tosco oficio de fabricante de juguetes se habia vuelto una especie de *ogro*[2] doméstico que toda su vida se habia mantenido con niños y que se habia convertido en implacable enemigo de ellos. Despreciaba él con toda su alma todo juguete, y para hacer gala de su odio, como quien dice, divertíase en coger á sus muñecos y hacerlos gestear de la manera mas horrenda. A esto se reducia su único placer terrenal.

Lo mismo que se portaba él con sus juguetes, lo mismísimo se portaba con las criaturas de carne y hueso, sus prójimos. De ahí colegirá el amable lector la casta de hombre que seria el sugeto.

Y con todo y eso, Tackleton, el fabricante de juguetes estaba á punto de enmaridar. Sí, señor, á pesar de eso estaba para contraer matrimonio, y para mayor asombro, con una mujer jovencita y de muy buena cara.

Ello es verdad que nadie le hubiera tomado nunca jamás por un novio viéndole en el aposento del carruajero con aquella su cara *apergaminada y gestuda*, aquel su cuerpo desmirriado y sus ojillos de lechuza. Y sin embargo, ¡iba á casarse!

—¡De aquí á tres dias, el jueves próximo, el último dia del mes, me quito de soltero! exclamó Tackleton.

¿No he dicho que tenia un ojo grandote muy abierto y el otro casi cerrado, y que el ojo medio apagado era el mas expresivo? Estoy en que se me habia pasado referir estas circunstancias.

—¡El jueves es el dia de mi boda! prosiguió Tackleton haciendo sonar su dinero.

—¡Cabalmente ese mismo dia cumplo el año de casado! exclamó el carretero.

—¡Ah, ah! dijo Tackleton riendo. ¡Extraña coincidencia! haremos dos parejas muy parecidas.

Esta presuntuosa, esta temeraria comparacion excitó la indignacion de Dot. ¡No faltaria mas, habló ella consigo, sino que despues se alabase de tener un niño como el nuestro! ¡Este hombre ha perdido el juicio!

—¿Cuento con ustedes para la boda? dijo Tackleton.

—Tenemos pensado celebrar acá en casa el aniversario de nuestro casamiento, respondió John. Nos lo hemos prometido desde hace seis meses.

—¡Qué insufrible grillo tienen aquí ustedes! dijo Tackleton. Yo que ustedes le mataria. Tiene un chillido penetrante que no se puede aguantar.

—Pues qué ¿usted mata los grillos? exclamó John.

—Yo los extermino hasta el último, repuso Tackleton... Pero por fin, ¿irán ustedes? A usted le tiene tanta cuenta como á mí el que nuestras mujeres se persuadan mutuamente de que son felices. ¡Y yo que las conozco! Hay en ellas tal espíritu de emulacion, de zelo, que si su mujer de usted, verbi gracia, dijera á la mia que adora á usted, mi mujer diria de mí otro tanto á la de usted; y se quedarian creyendo la mitad de lo que hubieran dicho.

El carretero se quedó pasmado, mirando alternativamente á la lumbre, á su mujer y á Tackleton sin saber qué contestar.

—¡Buenas noches! dijo por fin Tackleton á quien ponia en cuidado aquella perplejidad. ¡Buenas noches, alegres sueños!

Y salió del aposento, siguiéndole Caleb.

No bien hubieron cruzado el umbral de la puerta cuando un grito penetrante retumbó en el aposento. Este grito le habia arrojado Dot, que se habia levantado de su asiento y parecia sobrecogida de un terror secreto.

El forastero se habia arrimado junto á la lumbre para calentarse y se mantenia á dos pasos de la jóven, muy sereno al parecer.

—¡Dot! exclamó el carruajero. Vida mia, ¿qué tienes? ¡respóndeme!

Por toda respuesta, Dot dió una palmada y se soltó á reir como una persona que ha perdido la cabeza. Luego, desprendiéndose de entre los brazos de su marido, se dejó ir al suelo y cubriéndose la cara con su delantal púsose á sollozar y á reir alternativamente.

Poco despues se quejó de tener frio, y su marido volvió á llevarla al mismo sitio que durante la noche habia ocupado.

El anciano se conservaba siempre callado, serio é inmoble como una estatua.

—Ya me siento mejor... John, dijo por fin Dot; ahora me siento ya completamente buena... Yo...

Pero John allá en sus adentros se preguntaba si su mujer se habria vuelto loca, pues mientras le estaba hablando no quitaba la vista del extraño viejo.

—De veras no es nada, amor mio, un alucinamiento... un vahido... una cosa como choque violento... No sé qué... Pero ahora ya me siento completamente recuperada, te lo puedo jurar.

El carruajero habia recibido tal susto,

1 *Plómer* (plomero).

1 Jerifi magistrado encargado de la ejecucion de las leyes en cada condado de Inglaterra.

2 Monstruo imaginario que se creia que comia á las criaturas.

y por otra parte habia puesto tanto cuidado en atender á su mujer, que apenas si habia hecho alto en que allí estaba el forastero.

—Ya es tiempo de que se vaya, habló él dentro de sí, y voy á dárselo á entender.

—Dispénseme usted, amigo, díjole el viejo ganándole por la mano, que me quede aquí, con tanta mayor razon cuanto que está mala su mujer de usted, pues la persona que debia de venir por mí no llega, y suplico á usted que me alquile una cama.

—Sí, sí, gritó Dot, ¡y mucho que sí!

—¡Oh! exclamó el carretero sorprendido de este interés.

—No es decir precisamente que me niego, pero me parece que. . .

—Calla la boca, hijo, te lo suplico, saltó Dot arrebatándole la palabra.

—¡Qué le hace! ¡Si es sordo como una tapia!

—Sí, ya lo sé, pero. . . sí, señor, mucho que sí, dijo ella dirigiéndose al forastero. Voy ahora mismo á tender á usted una cama.

Salió en efecto á toda prisa y con tal azogamiento que el carruajero se quedó con la boca abierta mirándola ausentarse.

—¡Quisiera yo saber qué es lo que le causó el susto! se decia él para sí.

John despreciaba las insinuaciones del juguetero, y con todo las tales insinuaciones llenaban su ánimo de recelos vagos.

En un pensamiento quedó lista la cama y el forastero se retiró al aposento sin querer tomar otra cosa mas que una taza de té.

Entonces Dot dispuso el canapé en un lado de la chimenea para su marido. Después rellenó la pipa, se la puso á él en las manos y sentóse á su lado en el taburete que tenia costumbre de ocupar.

Dot se lucia en esto de rellenar una pipa. no habia alma viviente que lo hiciera mejor que ella. Era una delicia verla enterrar su dedito en la pipa y después de esto soplar en el tubo: luego, ya que habia cargado la pipa con el mas primoroso esmero, con una mano se la alargaba á su marido y con la otra tenia un pedazo de papel para encenderla ella propia.

Púsose el carruajero á fumar su pipa vieja y mientras el cuclillo hacia su tic-tic y chispeaba la lumbre y cantaba el grillo, pareciéle ver por entre las nubes de humo, á este genio de su hogar dirigir sus plantas hácia el medio del aposento.

Al reclamo de este genio mil formas peregrinas se ofrecieron á las miradas del feliz carruajero, y estas formas, antes de desvanecerse, tomaban todas las facciones adoradas de su mujer y de su hijo.

Pero ¿qué figura era aquella de hombre que el pequeño Genio del hogar ponia junto á Dot? Por qué era que el hombre aquel no se cansaba de repetir.

—¡Casada! ¡Casada!

¡Oh, Dot! ¡Por la Vírgen pura, Dot! ¿Seria posible que fueras delincuente? ¿Qué sombra espantosa ha venido á cruzar por entre las halagüeñas visiones de tu marido?

(*Continuará.*)

LA IMPERTINENCIA.

La IMPERTINENCIA es la fatuidad llevada á un exceso que nada puede ni atajar ni interrumpir, al punto de ser insensible hasta á las humillaciones. Nada es mas irritante que el ver la necedad asociada al orgullo y á la fatuidad, lo cual sin embargo, es bastante comun. En este caso es necesario seguir los consejos del sabio Montaigne:

"Dejar á esos tontos engreidos atollarse tanto, si posible es, que lleguen al fin á advertirlo."

EL SILENCIO.

EL SILENCIO es con frecuencia un lenguaje mudo mas expresivo que la palabra: hasta la elocuencia le emplea con sublimidad. No hay nada que mejor exprese la negativa que el SILENCIO, como lo prueba el siguiente rasgo de Plutarco.

Un embajador de la ciudad de Abdera se estuvo hablando muy largo á Agis, rey de Esparta, en favor de sus conciudadanos.

—Ahora bien, señor, ¿qué respuesta gustais que yo les lleve? preguntó á Agis cuando hubo concluido.

—Que te he dejado yo decir todo lo que se te ha venido á la boca, sin chistar una palabra, contestó el espartano.

Los ingleses conocen bien el precio del SILENCIO y hacen muy grande uso de él. Un miembro de la cámara de los comunes decia que el "hablar echa á perder la conversacion." ¡Qué lástima que la presuncion y la necedad no tomen esto al pié de la letra!

Hácia fines del siglo diez y siete se formó en Londres un club del SILENCIO, cuya ley fundamental era que nunca en él se despegaran los labios. Era sordo y mudo el presidente: hablaba por medio de los dedos, lo mismo que todos los demás consocios, y aun no estaba permitido emplear esta elocuencia mecánica sino muy rara ocasion y en circunstancias de suma importancia. Después de la famosa jornada de Hochstedt, un miembro, arrebatado del patriotismo, se atrevió á anunciar de viva voz la nueva de esta victoria; mas al punto fué despedido por pluralidad de sufragios, los cuales, segun el uso de la antigua Roma, se daban doblando hácia atrás los pulgares.

Este club es seguramente el que dió al abate Blanquet la idea de su lindo cuento de La Academia Silenciosa, que no desagradará á nuestros lectores el ver trascrito aquí:

Habia en Amadan una célebre academia, cuyo primer estatuto estaba concebido en estos términos:

Los académicos pensarán mucho, escribirán poco y no hablarán sino lo menos que puedan hacerlo.

Llamábanla la Academia Silenciosa y no habia en toda Persia un sabio verdadero que no ambicionase ser admitido en ella.

El doctor Zeb, autor de un excelente librito intitulado La Mordaza, tuvo la noticia, allá en el fondo de su provincia, de que habia llegado á vacar una plaza en la Academia Silenciosa. Inmediatamente se puso en marcha, llega á Amadan y presentándose á la puerta de la sala en que se hallaban congregados los académicos, suplica al portero que ponga en las manos del presidente este billete:

El doctor Zeb pide humildemente la plaza vacante.

El portero cumplió al punto su encargo; pero el doctor y su cequela llegaban demasiado tarde, pues la plaza estaba ya provista.

La academia estaba apesadumbradísima de este contratiempo; porque habiéndose visto casi estrechada á acoger á un cortesano erudito á la violeta, cuya elocuencia viva y ligera causaba el asombro de todas las callejuelas, ¡tenia que desechar al doctor Zeb, autor de los parlanchines, cabeza tan en su lugar y tan privilegiada!

El presidente, encomendado de poner en conocimiento del doctor la desagradable nueva, casi estaba por excusarse y ni sabia cómo componerse para hacerlo.

Despues de un rato de pensarlo, mandó llenar de agua una copa grande, pero tan perfectamente llena, que una gotita mas hubiera hecho rebosar el líquido: luego hizo seña de que introdujeran al candidato.

Presentóse este con el aspecto modesto y sencillo que anuncia casi siempre al verdadero mérito.

Levantóse el presidente, y sin proferir una sola palabra enseñóle con afligido semblante la copa emblemática, la copa tan exactamente llena.

El doctor comprendió harto bien que ya no había hueco en la academia; pero sin desanimarse púsose á discurrir la manera de dar á entender que un académico supernumerario no estaría demás en la corporacion. Ve á sus piés una hoja de rosa, recógela, pónela con sumo tiento sobre la superficie del agua, y tan bien lo hace que no se sale una sola gota.

A esta ingeniosa respuesta todos los asistentes palmotearon, se echó por la ocasion el reglamento en olvido y el doctor Zeb fué admitido por aclamacion.

Presentósele al punto el registro de la academia en que los nuevos electos debian inscribirse de su puño y letra. Inscribióse él, y no le faltaba ya mas que pronunciar, segun la costumbre, una frase de gratitud. Pero á fuer de académico verdaderamente silencioso, el doctor Zeb dió las gracias sin bosquejar una palabra. Escribió al márgen el número 100, que era el de sus nuevos cofrades; luego, poniendo un cero delante del guarismo, escribió abajo:

(Es cantidad al menos el mas (2000).

El presidente contestó al modesto doctor con tanta urbanidad como serenidad. Puso la cifra 1 delante del número 100, y escribió:

(Valiste diez veces mas (1100).

Un señor aleman suplicando un dia á madama Dacier que se inscribiera en el *álbum*[1] en que él recogia la memoria de los personajes celebres que encontraba en el curso de sus viajes, despues de un largo rato de perplejidad trazó ella por fin su nombre con este verso de Sófocles:

El silencio es el atavio de las mujeres.

Este precepto del trágico griego, madama Dacier estaba mas dispuesta á seguirlo que no á imitar la locuacidad de los héroes de Homero. Esta reserva en la conversacion nacia de un fondo de modestia innata que no la dejaba ni en las circunstancias importantes ni en los detalles ordinarios de su vida.

(El arte de hallar en sociedad.)

1 Libritos de memoria.

LA BOCA.

PRESCRIPCIONES HIGIÉNICAS.

Los dientes en no cuidándolos diariamente no tardan en llenarse de caries. Este se adhiere á la corona del diente, oprime el cuello, se introduce en el alvéolo[1], se extiende á veces por toda la raíz y los dientes que entonces ya no están detenidos mas que por la adherencia de las encías no tardan en tambalearse y en caerse.

Se puede precaver la acumulacion del sarro en los dientes así como todas las alteraciones que trae consigo, por medio de un cepillo y un buen *dentifricio*. Para la operacion de asearse la boca deben preferirse las mañanas, porque de noche, y durante el sueño se deposita en los dientes una sustancia fangosa que perjudica á su hermosura y á su conservacion.

El cepillo es necesario que no sea ni áspero ni blando y debe tener redonda la punta, á efecto de que se pueda deslizar entre la mejilla y los dientes y penetrar hasta la extremidad de la bóveda dental. Las personas cuyos dientes no estén firmes ó cuyas encías estén enfermas deben servirse de un cepillo muy suave ó de una esponja pegada al mango de un cepillo.

1 La cavidad en que están engastados los dientes.

Sería muy bueno que no hubiera que servirse sino de un cepillo y agua clara, pero siempre es mejor emplear para el caso una de esas preparaciones que se llaman *dentifricios*. Hay tres géneros de preparaciones de estas, á saber: los *dentifricios* líquidos, los polvos y las opiatas.

A los *dentifricios* líquidos es á los que debe darse la preferencia. Conviene recatarse de los que blanquecen muy presto la dentadura: debe elegirse "lo que limpia y no lo que emblanquece."

Sin embargo, siempre puede uno servirse de los polvos una ó dos veces á la semana cuando no baste el *dentifricio* líquido para quitar fácilmente el sarro que se pega á la superficie de los dientes. El polvo de carbon es bueno, pero tiene la contra de dejar un cordoncillo negro en la orilla libre de las encías.

El polvo de quina ejerce una accion tónica sobre las encías: tiene como el carbon la preciosa virtud de purificar la boca, pero debe juntársele con otras sustancias. En la mezcla que se hace con los polvos, se agrega crémor, el cual no es conveniente por ser un ácido.

Hay personas que hacen uso de la miga de pan hecha carbon y preparada por los farmacéuticos químicos y les va bien con ella.

Las opiatas tienen el mismo inconveniente que los polvos, esto es el de producir en el esmalte de los dientes, por causa del crémor y de la materia colorante que contienen, un tinte que no es agradable.

Despues de elegido un buen *dentifricio* líquido, viértanse treinta ó cuarenta gotas en un vaso de agua tibia, revuélvase bien con el cepillo, el cual se pasará repetidas veces por los dientes en todas direcciones y principalmente por dentro, por delante, en la quijada de abajo donde está depositada la saliva. Para esto se puede hacer uso de un cepillo que tenga volteada una de las puntas.

Por mucho que sea el cuidado que se tenga con los dientes no siempre se logrará impedir que se forme el caries. En este caso es indispensable recurrir al dentista. Es un error el creer que esta operacion es dañosa á la dentadura. Hacerse limpiar los dientes por medio de un dentista una vez al año, es cosa indispensable.

A los cuidados higiénicos prestados por la mañana á la dentadura, es menester agregar estos: enjuagarse la boca con agua tibia despues de cada comida y evitar el contacto del agua demasiado caliente ó demasiado fria. Una bebida fria despues de un potaje muy caliente, y el repentino cambio de la temperatura, son muy nocivos á los dientes; pues siendo su sustancia de una naturaleza vítrea se resquebraja como la tez de ciertas vasijas, y penetrando los ácidos del alimento por estas hendiduras alteran el marfil de los dientes, los cuales no tardan en ponerse adoloridos.

Puesto que en buena salud conviene tener cuidado con la boca, con mucha mas razon debe hacerse en una enfermedad ó en toda convalecencia. Las fiebres tifoideas, las dolencias en que son frecuentes los vómitos dejan en la boca unas particulas que alteran el esmalte de los dientes y pueden producir caries. Despues de cada crísis conviene enjuagarse bien la boca, desliendo magnesia en el agua destinada á este fin, pues la magnesia absorbe el ácido y neutraliza su accion.

Tales son los consejos que deben seguirse para la conservacion de los adornos mas hermosos del rostro y de los órganos mas importantes para la digestion.

SALSAS

PARA UN GUISADO DE LENGUA CASTELLANA.

II.

NOTA.—Lo que aquí va de letra cursiva, menos los términos de lengua extranjera, es castizo en sí, pero vicioso en su aplicación ó en la acepción que comunmente se le da. Lo que sobre ir de letra cursiva lleva un asterisco (*), no está admitido por la Academia en ninguna acepcion. Lo que va de letra redonda es correcto.

Iniciar (proponer) una ley: hacer una iniciativa de ley ó hacer la iniciativa de una ley; pues INICIAR es "admitir á alguno la participacion de alguna ceremonia ó cosa secreta, enterarle de ella, descubrírsela."

*Insultante, insultativo** (lo que insulta ó injuria, *insultant* del francés): injurioso, ofensivo; pues INSULTANTE es el (la persona) que insulta ó injuria.

Maléfico (lo que causa mal ó daño): nocivo, dañoso.

*Monarquista** (*monarchiste* del francés, el partidario del sistema monárquico): realista.[1]

*Monarquismo** (*monarchisme* del francés): sistema monárquico, el de los partidarios de la monarquía pura.

*Monarquizar** (*monarchiser* del francés) á una nacion, etc.: volver, llevar, reducir al estado monárquico.[2]

*Monetizacion** (*monétisation* del francés): acuñacion. Ver *Monetizar**.

*Monetizar** (*monétiser* del francés): amonedar, monedar, ó monedear.[3]

*Normar** (formar y arreglar conforme al estilo y formulario que corresponde) un establecimiento: estilar.—*Normar** la conducta etc.: ajustar, amoldar.

*Normal** (que sirve de norma ó regla, ó que dirige, *normal* del francés, *normal* en inglés): regitivo, directivo, regular.

Por la inversa (al revés ó al contrario): á la inversa.

Proposicion iniciativa de ley: iniciativa (propuesta) de ley.

Provocativo (lo que irrita ó lo que estimula á que uno se enoje): provocante; pues PROVOCATIVO es el (la persona) que provoca.

*Regada** (la accion de regar, *arrosement* del francés): riego.

*Requisitar** un despacho: estilar.

Rocío (la accion de rociar, *aspersion* del francés): rociada ó rociadura.

Sonar una moneda, etc.: hacer sonar; pues en este sentido SONAR no es verbo transitivo y por consecuencia no debe decirse que "una persona SUENA una moneda," como se dice "SONAR (tocar, tañer) una guitarra."

TEMPLAR (en todas las acepciones) *Templo**, *templas**, *templa**, *templan**; *temple**, *temples**, *temple**, *templen**; *templa** tú, *temple** él, *templen** ellos: templo, etc.; temple, etc.; templa tú, etc.[4] y así sin agregacion de é en ninguna persona, número ni tiempo.

Sufrimiento (*souffrance* del francés, *suffering* en inglés): pena, trabajo, padecimiento; pues SUFRIMIENTO vale "paciencia, tolerancia, conformidad con que se sufre una cosa."

1 REALISTA no expresa lo mismo que *monarquista*: este es el partidario del sistema; aquel, el del soberano, y MONÁRQUICO no es para las personas. Martinez López adopta y legitima el galicismo.

2 Lo mismo que respecto á *democratizar*, ocurre notar aquí.

3 Unico equivalente castellano del término francés y no expresa la idea de este, pues AMONEDAR, MONEDAR ó MONEDEAR es "reducir á moneda alguna metal" y *monetizar* (*monetizar* ó *amonedar*) significa "reducir á moneda el papel y otros efectos comerciales."

4 Esta frase y la de *derecho de proposicion de ley* son cazpa (disparates) del Marchante de ilustracion.

ECONOMIA DOMESTICA.

VINAGRE DE SAUCO.

Tómense unas flores de SAUCO, quítenseles las semillas y las mismas flores, en que se tendrá cuidado de no dejar cuerpos extraños, échense en vinagre bien clarificado; déjese esto en infusion por seis dias, cuélese y embotéllese. Así se tendrá un vinagre muy refrigerante para el uso del tocador.

Unas cuantas gotas de este licor puestas en agua clara quitan los barros y lo encendido de la cara, causados por el calor; y de regreso del paseo, un lienzo empapado en el mismo licor y pasado ligeramente por el rostro, restituye al cútis toda su frescura.

Si no fuere de vuestro gusto el olor del SAUCO, os será muy fácil disimularle por medio de una esencia echada en el vinagre ó en el agua con que penseis lavaros. Siempre sería preferible hacer uso de este vinagre sin mezclarle con nada.

PARA RENOVAR LOS LISTONES DE GASA.

Tómense seis trozos de goma arábiga y desháganse en un vaso de agua caliente; póngase una tela nueva encima de una tabla ó mesa de aplanchar, extiéndase por encima el LISTON ó CINTA, prándase con alfileres, hágase calentar unas planchas corrientes, empápese una esponja en el agua de goma, pásese aquella ligeramente por el revés de la CINTA, luego humedézcase esta por igual, y aplánchese al punto.

FRESAS Á LA LUCULO.

Tómese una naranja, quítesele la cáscara y las pepitas, sepárensele los gajos, los cuales se picarán con un cuchillo de plata, mezclándose después con las FRESAS espolvoréesele azúcar.

PARA TENER HUEVOS FRESCOS QUE DUREN SEIS MESES.

Póngase á hervir una poca de agua en un caldero; añádasele un buen puñado de sal; póngase los huevos frescos en un coladero ó en una red, empápese completamente en el agua hirviendo, durante unos cinco segundos; sáquense y ya que se advierta que estén enteramente enfriados, colóquense en una vasija ó una caja; cúbrase cada hilera de huevos con salvado bien seco, dejando á la última capa á lo menos una pulgada de espesor.

PARA DESCUBRIR LA PRESENCIA DEL ARSENICO.

Cuando se quiera saber si algun alimento ó cualquiera otra preparacion contiene ARSENICO, no hay mas que derramar una poca de la dicha preparacion en unas brasas ó en una piedra enrojecida al fuego, y si despide un fuerte olor á ajo, habrá en ella ARSENICO.

BAÑOS DE PIÉS.

Dos cosas esenciales hay que observar en la manera de tomar los BAÑOS DE PIES: es necesario que el agua no esté demasiado caliente y que no sean muy largos. En uno y otro caso el baño calienta é irrita en vez de calmar. Ya que el agua haya hervido con dos puñados de sal, se ponen en ella los piés cuando tiene el calor de la leche acabada de ordeñar, sumérgese media pierna, mantiénela uno allí un cuarto de hora, dase uno una friccion con cualquier género de lana, evitando enfriarse y se mete en la cama.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MISCELANEA.

LO QUE ES EL DIAMANTE.

Uno de los mas asombrosos é inesperados descubrimientos de la ciencia moderna es que el DIAMANTE no se compone mas que de carbono puro, el cual es el nombre que dan los químicos al carbon comun cuando está completamente privado de sus impurezas. En efecto el carbon mas puro bajo ningun respecto se diferencia del DIAMANTE, si no es en su estado de agregacion, pues el DIAMANTE está cristalizado y el carbon está *incristalizado*. Sin embargo, todas las tentativas que se han hecho por cristalizar artificialmente el carbon y convertirle así en DIAMANTE, han sido infructuosas hasta el dia, pues mientras mas se purifica el carbon mas negro se pone.

EL PRIMER NARANJO.

En 1421, Leonor de Castilla, mujer de Carlos III rey de Navarra, habiendo comido una naranja silvestre que le gustó á pesar de su amargo sabor, sembró cinco pepitas en una maceta. Estas pepitas, cultivadas con esmero, medraron, y los piés de naranjo se conservaron en Pamplona, capital entonces del reino de Navarra, hasta el año de 1499. En esta época, Catalina, mujer del rey Juan III los mandó de regalo á Ana de Bretaña, esposa del rey Luis XII, como cosas raras y preciosas, cuyo orígen le indicó. Estos fueron los primeros naranjos que se conocieron en Francia, y aun existen hoy dia en Versalles.

TELÉGRAFO.

La diligencia que está manifestando el señor don Juan de la Granja promete que en breve se verá en Méjico establecido positivamente el telégrafo eléctro-magnético, y con él se tendrán las ventajas de la rápida y fácil comunicacion entre Veracruz y esta capital, es decir entre dos ciudades que distan noventa y seis leguas una de otra. Esta novedad parece ser un poco mas importante que la que nos ha dado á saber dias pasados uno de los periódicos mas gravedosos de esta ciudad, uno de los "mejor hablados" segun el dicho de cierto farolon: ¡LA DE LOS NUEVOS COLORES DEL PABELLON VENEZOLANO!...

PIANOS MEJORADOS.

M. Scholtus fabricante de pianos, recompensado con una medalla de honor en la última exposicion de la industria francesa, y admitido á la exposicon de Londres por la especialidad de sus pianos semiobliquos, ha adaptado un "escape compuesto," tomado de los diversos sistemas que están en uso. Sus tapaderas (*étouffoirs*) juegan detrás de las cuerdas con suma energía, y para dar al artista la facilidad de variar á su antojo, ha puesto una contra (tecla que se toca con el pié) que sirve para acercar mas los martillos á las cuerdas, con lo cual se acorta la distancia que hay que recorrer y atenúa el impulso dado.

Siendo la *deviacion* ocasionada en los pianos por la tension ó tirantez de las cuerdas, una de las principales causas de la poca duracion de los instrumentos ordinarios, neutralizar esta *deviacion* ha sido el problema que siempre se han propuesto los fabricantes de pianos. Mil ensayos habian sido tentados sin fruto alguno. M. Scholtus ha inventado un sistema de mecanismo bastante poderoso para mantener la armonía, y no tiene influencia ninguna la temperatura en él, manteniéndose el secreto y el contrasecreto sin temor de que se despeguen, lo cual es con frecuencia inevitable. Los grapones-Scholtus se componen de una barra de hierro laminado, con la forma de un 7 alargado, cuyo gancho va á caer en el secreto donde está sólidamente afirmado por medio de un tornillo.

Para los países de temperatura variable, ha puesto el fabricante resistencia á la dilatacion de las barras de hierro, apareándolas sólidamente á una barra de cobre, con lo cual queda nulificado el efecto de la temperatura. Los grapones, sin quitar á los pianos su elegancia, dan á los de Scholtus una solidez grande, la cual es el agente mas poderoso de la sonoridad.

Estos pianos se recomiendan á los profesores y á los aficionados, pero particularmente á las personas que por vivir en el campo no tienen mucha posibilidad de mandar componer sus instrumentos de música.

LETRAS INICIALES

PARA BORDAR.

LOGOGRIFO.

DESAFÍO.

Lectora, vamos á ver.
En toda forma te reto.
Y si atinas, te prometo.....
¿Qué te puedo prometer
Que no se oponga al respeto?...

COMBATE.

Seis letras forman mi nombre,
Tengo primor y hermosura
Y entre los dioses me cuento
Con favor como ninguna.
Para mas explicacion,
Mi primera, mi segunda,
Mi tercera, cuarta y quinta
Componen, las cinco juntas,
Una señal conocida
Y necesaria en la música.
Con mi cuarta y mi tercera,
Segunda y sexta resulta,
Agregándoles la quinta,
El nombre de una llanura.
Con mi tercia, cuarta y quinta
En combinacion segura
Te encuentras luego un viviente
Que el éter inmenso cruza.
Mi cuarta y quinta te dan,
Con mi sexta ó mi segunda
Y agregando mi tercera,
Con lo que ves y te alumbras.
Mi quinta, segunda y sexta
Con mi tercia, todas juntas,
Te dan de tu propio género
La expresion sencilla y pura...

TRIUNFO Y CASTIGO.

Mas basta ya, que no hay sido
Cansarte mi fin, lectora.
Ya me contemplo vencido;
Y en pena dame desde ora,
De ese tu labio pulido,
Una sonrisa, señora.

ABECÉ.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

LA LIMA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA INCOGNITA.

POR EUFEMIO ROMERO.

(CONCLUYE.)

IV.

En un aposento á manera de salon, hay cuatro individuos, del género masculino todos. Uno está de pié en el respaldo de un escritorio de madera negra, con un cuaderno escrito en la mano, en el cual cuaderno va leyendo por tiempos y en alta voz una como letanía: otro, situado de pié tambien junto á un cómodo sillon, recoge y seca unos pliegos que se ocupa en firmar el único que está sentado. Al otro lado de este que está sentado se ve al otro individuo, atento á los menores movimientos, al mas ligero gesto del que firma, de los cuales movimientos y gesto no deja escapar uno que no imite.

Por lo que hace al local, es una sala con dos balcones que dan á un patio interior, con puertas vidrieras cerradas, y cortinaje de lujo: el piso está primorosamente alfombrado; el techo, de cuyo centro pende una hermosa araña de cristal, está cubierto con un cielo raso elegantemente pintado al óleo; los cuatro lienzos de pared están cubiertos de fino papel de tapizar. Por demás estará decir que los sofaes y las sillas frisan con la estancia.

La estancia, el salon en resumidas cuentas, es la pieza del ministerio de hacienda de la república mejicana donde despacha el respectivo secretario de Estado.

Es de noche.

—Al administrador de la aduana de,... dijo leyendo el que recitaba la especie de letanía, el oficial de guardia, el cual se interrumpió de pronto, al ver que el que iba á firmar puso á un lado la pluma, levantó la cabeza, se estregó los ojos y dió á entender por medio de estos y otros ademanes que estaba poco menos que rendido de cansancio.

—¡Cuánto ha trabajado usted esta noche! dijo por lo bajo, con tímido acento y con amable sonrisa el que estaba ocupado en recoger la firma, es decir el escribiente de guardia.

—Señor don Basilio, saltó el que nada hacia, ahora que me acuerdo, un cura se ha empeñado en que usted le dé audiencia.

—¡Ah! ¡querrá dinero! No hay un peso de que disponer, interrumpió el que firmaba. Claudio, su intercesion de usted, ahora, es sin fruto.

—Aguarde usted, señor; que no se trata de dinero. El cura dice que ha solicitado á usted en su casa varias veces y no ha logrado hablarle, . . .

—Y ¿qué es lo que me quiere?

—¡Con razon *se escama* usted ya, señor ministro! dijo con melosa voz el oficial de guardia.

—Lo que quiere, prosiguió don Claudio, es confiar á usted un secreto. . .

—¿Secreto para remediar las escaseces del erario? dijo S. E. sonriendo.

Al punto los tres interlocutores asomaron á sus labios otras tantas sonrisas y los tres á competencia celebraron el dicho del ministro.

—No, no, señor, volvió don Claudio; á lo que él da á entender es un secreto de familia.

—¡De familia! exclamó el señor ministro. Y quedóse como suspenso.

—Yo, considerando que debia de ser un asunto de importancia para usted y entendido de que en ello le hacia á usted un servicio, me he tomado la licencia de citarlo para esta noche.

—¡Para esta noche! exclamó el señor ministro sin manifestar desagrado por la LIBERTAD[1] que se habia tomado el secretario particular suyo.

—Sí, señor, prosiguió este cobrando mas ánimo, y no sé cómo no ha ocurrido todavía. Yo no se lo habia avisado á usted, porque como ha estado usted sin parar todo el dia. . . Y luego, consideré que no tendria usted inconveniente en oirlo aquí, porque como en su casa de usted hay órden de no dejar que nadie vea á usted mas que. . . .

—¡Bueno!

—A bien que si á usted no le parece recibirlo, se avisa al portero. . . .

El secretario particular juzgó conveniente callar en vista de que S. E. estaba meditabundo.

A poco el portero entró de puntillas, habló un instante al oido al don Claudio y á una seña de este se marchó.

—¡El cura, señor!

—¡Que pase! . . . . No, ¡que aguarde en la pieza de recibir!

El ministro parecia estar tranquilo, pero don Basilio, es decir el hombre, estaba interiormente desasosegado.

Ahora bien, si se me pregunta por qué hago esta distincion entre el hombre y el ministro, entre el magistrado y el individuo privado, diré en pocas palabras que es porque siempre he creido que un diplomático no es lisa y llanamente un hombre, un hombre como todos. Será ó no cierto, pero yo estoy entendido de que un ministro es una criatura con una organizacion moral doble, y ¡Dios libre al subalterno, á la viuda, á cualquier acreedor del fisco que el ministro se despoje para con ellos del carácter de hombre y se revista del espíritu de *funcionario!*

Y en realidad de verdad don Basilio, el mismo don Basilio que ya conoce la lectora, era un ministro de hacienda en toda forma. Si era buen ó mal ministro, si tenia ó no los tamaños requeridos en toda tierra de cristianos para administrar con acierto el alto empleo, no seré yo quien lo diga. ¿Ni qué importa cuando todos los dias vemos exaltadas á los mas elevados puestos á las gentes mas negadas?

Don Basilio siquiera tenia dinero y no era de malos sentimientos.

Ya eran algunas garantías.

Pero volviendo á mi cuento, don Basilio, que mas curiosidad tenia de saber la encomienda que traia el cura que no de firmar despachos, puso á un lado su diplomática individualidad, se revistió de hombre, hecho lo cual fué y se apersonó con el susodicho cura, no sin haber antes despedido á los empleados, al oficial de guardia, al escribiente y al secretario particular.

La pieza de recibir era un cuarto cuadrado, de menos elegancia que el despacho, con puerta vidriera para el patio interior, una araña, un sofá de medio uso, dos ó tres rinconeras y sillas.

—Usted me dispense que lo distraiga yo de sus importantes y graves atenciones, fué diciendo el cura; pero á ello me obliga la necesidad de cumplir con un encargo de la mayor entidad.

—Diga usted, padre.

—Usted ha sido casado.

[1] LIBERTAD. LICENCIA ó osada familiaridad; y así se dice: me tomo la libertad de escribir esta carta.—Acad. esp.

Don Basilio sintió un calofrío correr por todo su cuerpo. Pasóse la mano por la frente, como para serenarse, dió una tosidura y contestó con voz poco entera:

—Sí, señor.

—¿Usted sabe de su mujer!

—¡No! . . . ¡ni quiero!

—Pero sí querrá usted escucharme.

—¿Será usted muy largo?

—Al revés, cuatro palabras.

—Diga usted, pero pronto.

—Usted despidió bochornosamente á su esposa por una intriga diabólica.

—¡Sí!

—¡No! usted no me entiende. La señora su mujer de usted fué víctima de su virtud. Un hombre que nunca pudo triunfar de ella le levantó un falso testimonio en venganza. . .

—¡Falso testimonio! prorumpió don Basilio con irónico acento.

—Usted no la cree porque se funda en un documento difamatorio firmado por escribano que tiene usted en su poder.

—¡Sí! y es lo bastante.

—No, porque contra ese documento yo tengo otro mas verídico, mas auténtico, mas intachable.

Don Basilio meneó la cabeza en ademan de incredulidad.

—Ese documento es la confesion que en su última hora, ya al dar su alma al Criador, me hizo una mujer de la calle del Puente de san Dimas, una mujer que vivió en la casa número **.

—Y ¿qué se saca de esa confesion?

—Que la declaracion infamatoria fué obra de una onza de oro, dada por un sugeto que quiso vengarse de la virtud de Victorita.

—¡Cómo!

—¡Como usted lo oye!

—Y ¿quién? . . .

—Sé las señas de la persona. . . Señor don Basilio, un sacerdote promete á usted tomar de su cuenta el dejar todo completamente aclarado; pero mientras, usted recibe á su mujer y se reconcilia usted con ella y le restituye usted su honra.

—¿Y mi hija?

—¿Su hija de usted?

—Sí, mi hija que tanto he sentido.

—No sé.

—¡Pues cómo! ¿no sabe usted que se la robaron á la mujer á quien se la dí á criar porque no quise esa memoria de mi esposa en mi casa, ni quise tampoco dejarla en poder de ella porque no la corrompiera?

—¡Ah, sí!... dijo el sacerdote como inspirado después de un rato de reflexion. A su hija la tendrá usted en breve, á poco que se haya usted reconciliado, pero de veras, con su inocente y pura esposa.

—¿Es posible? ¿Y qué es de ella?

—¿Que es de ella? ¡Ah!. . . si supiera usted, si pudiera usted formar una cabal idea de lo que ha pasado ella, la desvalida esposa sin marido, la infeliz madre sin hija, la pobre mártir. . .

—¡Si fuera verdad!. . . habló para sí don Basilio.

—Don Basilio, crea usted que lo que yo le digo es la pura verdad; y abra usted su entendimiento á la razon.

—Bien, la recibiré. . . Y ¿vendrá mi hija con ella?

—¡Vendrá!

—¡Corriente!

—¡A dios, señor don Basilio!

—¡A dios, padre! . . . .

El buen eclesiástico se ausentó ufano con el éxito de su santa obra, é impuesto, cosa que él ignoraba antes, de que había una hija de por medio, á la cual era preciso buscar sin descanso hasta dar con ella.

En cuanto á don Basilio, el pobre engañado don Basilio, se metió luego en su coche y se encerró en su casa, donde, después de entrar en cuentas consigo vino á

persuadirse de que tras el discurso de tantos años de estar él solo y aislado en el mundo, no le convenia poco, sobre todo siendo verdad lo que le decia el padre, como era de presumir que lo fuera, el verse de la noche á la mañana restituido á su mujer y á su hija.

Ya consentido en esto, don Basilio, poseido del diablo de la Impaciencia, se pasó la noche en claro, revolviendo en su imaginacion mil ideas de bienestar futuro.

El dia siguiente, no pudiendo aguantar mas la dilacion, mandó llamar á su secretario privado y le encomendó que buscara con mucha eficacia al cura y le dijera que le estaba aguardando.

El secretario particular, que conocia á Méjico á las mil maravillas, no tardó en dar con la morada del eclesiástico, y anduvo con tal suerte, que á él tambien le halló; y después de haberle dejado el recado del señor ministro, volvió á dar á este parte de que el cura decia que no tardaba en pasar á verle.

—Padrecito, dispénseme su merced la mala crianza, dijo la anciana que asistia de pocos dias atrás al cura, ¿conoce su merced á ese hombre que acaba de irse?

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Es que yo lo conozco. . . Y cátese vuestra merced que bien se pudiera hacer una obra de caridad. . .

—¿Cuál?

—Ver como le hacia uno que reparara el mal que ha causado á una niña.

—¿Sí? ¿Y cómo? ¿Cómo está eso?

—Pues, con licencia de su merced, ese hombre anduvo mucho tiempo pretendiendo perder á la niña Victorita, que yo crié. Después de tocar todas las teclas, viendo que no podia sacar ningun partido de ella, ¿qué le parece á su merced que hizo?

—¿Qué? . .

La llegada de un extraño de cuya visita no hace al caso saber el objeto, cortó aquí la interesante conversacion entre el digno cura y su *asistidora*. A nosotros no nos importa que así sucediera, pues ya tenemos acá lo que traiba la ancisna de revelar á su merced.

Dejemos al buen cura hacer diligencia por llevar á buen término el generoso empeño que sobre sí ha tomado, y pues que ha hecho punto de no ciar, esperemos que desate esta maraña.

V.

¡Cuán diversos eran aquellos tiempos!

Entonces los pronunciamientos estaban en toda su boga. Merced á la oportunidad de topar cualquier dia un caudillo ó un coadyuvador de asonadas y de contar con una asonada cada mes, se hacian progresos rapidísimos en la noble carrera de las armas, en la otra no menos noble de los empleos civiles; se aparecian de la noche á la mañana, convertidos en capitalistas por lo menos, hombres que la víspera habian estado ganando su vida sirviendo en un café, en una casa de juego y aun en partes peores.

¡Hoy no hay nada de eso!

Y si ahora me he tomado la licencia de invocar estos recuerdos y de hacer esta triste comparacion de tiempos, es porque mi historia me fuerza imperiosamente á ello.

Un don Gerardo, sugeto que habia enriquecido con las asonadas y el agio, deseando como todo codicioso aumentar mas y mas su caudal, habia ido á comprometerse en un pronunciamiento que estaba próximo á estallar, contra el gobierno y el sistema político establecidos, á los cuales como á todo gobierno y sistema posibles, encontrábanse cargos que hacer.

El gobierno tuvo la fortuna de olfatear lo que pasaba, y siguiendo en esta ocasion la táctica de las medidas á medias que tantas veces adoptaron las diversas admi-

nistraciones del país y que nunca les han probado, comenzó desterrando á los individuos notoriamente iniciados, á los sospechados de estarlo y aun á los completamente extraños á la trama.

Entre los primeros, al querer ó no fué implicado nuestro don Gerardo, contra quien obraban indicios que pasaban á pruebas irrecusables.

Don Gerardo, como empleado del ramo de hacienda que era, se vió bajo la férula del respectivo ministro, hombre de un carácter sumamente fuerte y que no cejaba nunca.

Don Gerardo, á mas no poder, se habria resignado con verse encerrado en un cuartel, de Méjico es entiende, donde hubiera podido aguardar á que triunfara la causa salvadora para que sus compañeros le llevaran de allí á su casa, con las consideraciones debidas á un héroe víctima.

Pero que le despacharan fuera de Méjico, que le arrebataran tan cruelmente de su vida regalada, de sus antiguos y sabrosos hábitos, ¡oh, esto era ya muy fuerte para el heróico ánimo del salvador de la patria!

¡Y de mas á mas que le quitaran el empleo, la ganga, la canonjía del empleo, que aun después de lograda la *revolucion* sepa Dios el triunfo que le costaria rescatar de las codiciosas manos de tantos ávidos *empleómanos*, ínclitos patriotas todos, como graznarian, ladrarian, aullarian, aleteando, manoteando, codeando y pataleando por premio!

¡Oh, qué horror!

Y preciso es convenir en que el gobierno que tamaña judiada cometia, no podia menos de ser un caribe.

En fin, haciendo de tripás corazon, el destierro podia llevarse en paciencia: la *revolucion* le levantaria en breve. El empleo se podia dejar perdido mientras llegaba la hora de recobrarle por medio de oro, comprándole á los *revolucionarios*.

Otra cosa era lo que no tenia remedio... Lo diremos de una vez.

La señora esposa de don Gerardo, á quien Dios habia "herido de esterilidad," habia tenido la suerte de encontrarse una niña de dos ó tres años en la casa de unos pobres, quienes dijeron que era huérfana de padres forasteros que la habian dejado á su cargo. La estéril mujer, que se moria por tener hija ó cosa equivalente, y que para lograrlo habia encargado una criatura huérfana, se apresuró á llevar á su casa á la ya dicha niña, no sin dar antes á los padres adoptivos de ella una buena propina, y con el mayor esmero se dedicó á criarla.

Paréceme oportuno recordar aquí que en Méjico se trafica en niños, robándolos á sus padres y presentándoselos después como hallados, lo cual produce una buena gratificacion y por lo tanto una buena ganancia cuando no hay ocasion de sacar otra mayor por medios mas inicuos.

Este horrible tráfico ha llegado á llamar la atencion de los magistrados hasta el punto de obligarlos á dictar medidas rigorosas para extirparle.

Bonita criatura era Cecilita.

Cuidada, educada con el mas prolijo esmero por su mamá adoptiva, habia crecido ó ella par que de cuerpo en gentileza y despejo.

Don Gerardo, encontrándose de la noche á la mañana con una guapa muchacha dentro de sus puertas, tuvo el antojo de emprenderla, lo cual no le pareció nunca sino muy lícito, pues él juzgaba muy puesto en razon el sacar utilidad del dinero que gastaba en Cecilia: la honra de esta era una especie de rédito.

Así discurriendo, nuestro hombre puso en batería toda su perversidad contra el candor de Cecilia y comenzó por obsequiarla muchísimo con lo que el lujo y el regalo tienen de mas seductivo.

Dios me perdone el mal pensamiento: pero creo que muy mal parada hubiera al cabo quedado la linda doncella.

Quiso sin embargo su buena estrella depararle de manos á boca un jóven que cautivó su corazon, y el amor que tantas veces, las mas, conduce á la perdicion de las mujeres, sirvió esta vez para salvarla; pues embelesada ella con su amante ni aun hacia alto en los agasajos de don Gerardo. En cuanto al novio, Cecilia era para él su santasantórum.

¡Dígase ahora si no tendria sobradísima razon nuestro revolucionario ó mejor dicho revoltoso, en resistirse al destierro, mirándole como la ruina de uno de los proyectos mas halagüeños de su vida!...

VI.

Don Claudio, aquel mismo dia en que habia estado en la casa del cura, y á poco de haber salido de ella, recibió una esquela por medio de la cual era citado para una casa de la calle de Vanegas adonde tenian que comunicársele cosas de la mayor importancia.

Educado bajo el pésimo ejemplo de las oficinas del gobierno, don Claudio se habia viciado desde muy jóven; y su buena cara, las lecciones hondamente inmorales, el descuido de su familia le indujeron á ser cortejador impudente de todas las mujeres, burlando sin remordimiento á cuantas podia y mellando la opinion de las que se le resistian. Ninguna habia llegado nunca á plantarle como Victoria y ya sabe la lectora de qué suerte se vengó de su invencible virtud. Entre tanto, habia despilfarrado el corto caudal de su padre, apropiándose el importe del presupuesto de sueldos de sus compañeros la vez que fué él habilitado de ellos, y si bien todos parecian considerar estas vilezas como graciosas calaveradas, llegó el caso de no haber quien hiciera confianza de él y aun de no ser bien recibido en ninguna casa de mediana decencia. Esto le habia reducido á la condicion mas deplorable, bajo todos aspectos: conociendo la necesidad que de libertarse de ella tenia, empleó con el ministro de hacienda toda se filis, todos los inmensos y poderosos recursos de la adulacion, y no descansó hasta no verse hecho su secretario privado, con lo cual se concilió un tanto la consideracion pública y pudo parar la persecucion de los sastres, zapateros, etc., á quienes debia.

No es de maravillarse de que don Basilio le diera un lugar á su lado, por dos razones: la adulacion puede mucho, y además no habia jamás llegado á sus oidos la fama de don Claudio.

Don Claudio pues, cuya curiosidad movió mucho el contexto de la esquela, no encontró inconveniente en acudir al punto de la cita. Topó allí al cura, lo cual no le importaba.

El cura le tomó afablemente del brazo, le condujo á un coche que á la puerta de la casa estaba, invitóle con amabilidad infinita á que entrara en él y metidos en el vehículo, echó este á rodar.

—Mi señor don Claudio, díjole luego el cura, ¿conoce usted á esta señora?

Don Claudio volvió la cara y vióse en el fondo del coche á una mujer, una vieja que clavó los ojos en él como queriendo decirle: Conózcame usted bien.

A pocos instantes don Claudio tartajeó un "sí" que parecia haber tenido en un principio pretensiones de ser no: á este "sí" le daban una expresion singular la palidez súbita que cubrió el rostro de don Claudio y lo extraño de su mirar.

—Me alegro mucho, repuso el cura, mucho, muchísimo, señor don Claudio. Es una pobre, pero una excelente señora. Ahora va usted á hacernos el favor de lle-

varnos á donde vive.... ¿Cómo se llama, señora?

—¡Victorita! dijo jadeando la anciana.

—Ah, sí, Victorita.

Aquí subió de punto el trastorno de don Claudio.

—No sé..... ni la conozco, contestó luego que se hubo serenado.

—¡Sí la conoce usted! exclamó la anciana.

—Sí la conoce usted, dijo con severidad y dulzura el eclesiástico. Y para ahorrarnos todo altercado, suplico á usted que nos conduzca á donde vive Victorita, para que me ahorre usted la pesadumbre y el disgusto de acusar á usted con el señor ministro.

Esta amenaza era igualita á la de dejarle sin empleo, sin las consideraciones que iba adquiriendo, enteramente en las cuatro esquinas. don Claudio no podia conformarse con esto.

Mantúvose un rato callado.... Luego, asomándose á la delantera del coche:

—¡Muchacho! gritó al cochero, al Salto del agua!

—Yo no esperaba menos de la amabilidad de usted, señor don Claudio, dijo el cura, y le protesto que se lo agradezco con toda mi alma. Como pecadores que somos, estamos sujetos á cometer cualquiera mala obra, pero como cristianos debemos reparar el mal que hacemos. Ya veo que no me habia yo equivocado al formarme de usted un buen concepto.

De pronto don Claudio golpeó el coche con los piés para avisar al cochero que parara.

—¿No baja usted, señor don Claudio? dijo el cura.

—Permítame usted que me quede..... en el cuarto de la casera pueden dar á usted mzon....

El eclesiástico y la anciana entraron en una casa de vecindad.

Don Claudio bajó del coche y azorado se escurrió por la primera calle que se le presentó.

A poco el cura, acompañado de la anciana y de una mujer de veinte á treinta años, bonita pero con las señales del dolor en su rostro y de la miseria en su pelaje, entró en el coche, el cual tomó el camino de la casa de don Basilio.

VII.

Don Gerardo se hallaba en un caso de los mas apurados.

Habia movido todos los resortes, interesado á los sugetos mas respetables, sin haber podido lograr nada; pues la órden de destierro habia sido expedida y puesta en planta la destitucion de empleo.

Ocurrióle de pronto, como el último arbitrio, uno que él consideró eficaz.

Cecilia era bonita: la hermosura interesada por un padre adquiere mas poder y gracia. ¿Seria posible que el ministro se negase á la súplica de Cecilia?

Segun toda probabilidad, no.

Sin pérdida de tiempo mandóse poner el coche y bien vestida y adornada Cecilia, bella como nuestra primera madre, fué conducida juntamente con su mamá á la casa del señor ministro de hacienda.

—¡Ahí va la incógnita, la muchacha que se cayó al subir al coche! dijo un sugeto á otro al pasar el coche por la plaza de la Constitucion.

—¡Ah! exclamó el otro.

Y quedóse contemplando en amoroso arrobamiento hasta que perdió de vista el carruaje.

Ocioso parece decir que este era Leandro, el amante apasionado y correspondido de Cecilia.

Seductora en efecto se presentó Cecilia en la casa del severo ministro. Jamás humana criatura tuvo intercesora mas poderosa. Nunca humana entereza se vió expuesta á mas peligrosa prueba. No creemos que Tais, la afamada Tais se presentara mas seductora ante Diógenes. Cecilia llevaba consigo el casto y poderoso hechizo de la virginidad.

Llevaba su sedeño y lindo pelo peinado todo en graciosos rizos. Eran de finísimo encaje los remates de sus mangas y la orilla de su corpiño, en el centro del cual colgaban tres hermosas perlas pendientes de un rico clavillo. Adornaba su precioso torneado brazo un brazalete de perlas y sus dedos estaban agraciados con vistosos anillos.

Bien penetrada iba ella del papel importante que iba á representar: bien persuadida estaba ella de que el deber, y un deber sagrado era, le prescribia abogar elocuente y eficazmente por el hombre que hacia para con ella los oficios de un padre.

Sin embargo, al poner el piè dentro del aposento del ministro sintióse acometida de un extraño sentimiento de sobresalto y quedóse un rato suspensa, sin saber por qué, en el umbral de la estancia.

A poco una señora se presentó y con mucha amabilidad la condujo hasta un sofá donde la hizo sentar.

—Usted dispense, señora, dijo la señora de la casa á la madre putativa de Cecilia; ¿esta señorita es su hija de usted?

—Como si lo fuera la miro, respondió la mujer de don Gerardo; pues quedó huérfana de una amiga mia.

—¿Qué edad tiene?

—Unos quince años.

—La mismísima edad.... Es muy parecida....

—¿Qué decia usted?

—He perdido una hija, señora, exclamó la señora de la casa, arrasándosele los ojos de lágrimas, he perdido una niña que deberia tener la misma edad y que deberia tener las mismas facciones.

—¿Es posible?...

La señora de la casa llevó la mano al cordon de la campanilla y una mujer se presentó.

—Mire usted, Guadalupe, ¿no se parece esta señorita á mi hija Amelita?

—Sí, señorita, respondió la criada. ¡Y muchísimo! agregó despues de contemplarla con cuidado.

En esto presentóse el señor ministro.

A la vista de aquella peregrina criatura, no pudo él menos de ponerse risueño.

Oyó con suma afabilidad lo que al objeto de su visita cumplia, expresándose la jóven con el ardiente interés, con el patético entusiasmo de una hija que intercede por su padre.

Don Basilio no podia mantenerse firme contra el embeleso de una hermosura, el enternecimiento de una hija, las instancias de un corazon elocuente y noble. Titubeó, y en el momento que aquella voz de tan dulce melodía, y aquellos ojos de tan patética expresion se aunaron para dar un golpe decisivo á los humanos sentimientos del hombre, olvidóse el ministro de su carácter diplomático, y desprendiéndose de la tosca corteza del hombre de Estado, permitió como Basilio á la jóven que abrigara lisonjeras esperanzas por la suerte de don Gerardo.

El dia siguiente Victoria se presentó en la casa de don Gerardo acompañada de la anciana su *nana* y de la mujer que habia sido llamada el dia anterior á ver á Cecilia.

A instancias de Victoria se buscó á las gentes que habian tenido á su cargo á Cecilia, hiciéronseles amenazas y promesas y al fin declararon que se la habian hallado sola en medio de una fiesta. Cotejada la fecha en que esto habia pasado con la del dia en que la mujer que la estaba criando decia haberla echado menos, resultó ser Cecilita la mismísima hija de

Victoria y de don Basilio, lo que acabó de comprobarse con una cicatriz muy conocida que ella tenia en la palma de la mano izquierda.

Inútil parece agregar que don Gerardo quedó absuelto de culpa y pena, aunque con el sacrificio de sus halagüeños planes.

En cuanto á la mártir Victoria, restituida al seno de su marido, como ya lo habrá advertido la amable lectora, y vindicada plenamente en el público por efecto de las diligencias del cura, no hubo ya cosa alguna que turbara su felicidad.

VIII.

En una hermosa mañana de primavera la casa de don Basilio ofrecia el espectáculo mas alegre y magnífico. Celebrábase en ella una boda.

Sí, una boda.

La preciosa Amelia contraia legítimo matrimonio con Leandro, á satisfaccion de sus padres respectivos, de sus amistades, de sus conocimientos y aun de los que nada eran de ellos.

El bueno, el excelente cura bendijo su union.

. . . . . .

Algun tiempo despues don Claudio, que á instancias del cura no habia sido acusado ante don Basilio, profesaba en el convento de San Fernando, órden la mas rígida de las de Méjico y la que tiene en su seno los religiosos mas respetables y ejemplares.

El dia que esto sucedia, don Basilio recibió una esquela concebida en estos términos.

Claudio N., arrepentido de sus culpas y próximo á espirarlas en el servicio de Dios, declara solemnemente que él, por un principio de infame venganza, fué causa de que la virtuosa señora doña Victoria M. apareciera deshonrada á los ojos de su digno marido y de que tanto tiempo padeciera tan injustamente. Declara tambien que su honra y virtud están intactas, pues todo el tiempo que estuvo abandonada de su marido se conservó para él á pesar de sus infames trabajos y de las asechanzas que de continuo le tendió el que esto firma, el cual está satisfecho, por lo que siempre trató de averiguar, de la inocente conducta de ella.

¡Así usted y Victoria y todas las demás personas á quienes he ofendido me perdonen como confio que la Divina misericordia me perdonará á virtud del profundo y sincero arrepentimiento mio!

Puede usted hacer de esto el uso que guste y el mas conducente á restaurar la buena opinion y fama de usted y de su respetable esposa.

CLAUDIO N.

(Escrito para la Semana.)

BOTANICA.

GIN-SENG DE LOS CHINOS.—AURELIANA CANADENSIS.

El Gin-seng es la raíz de una planta medicinal muy estimada entre los chinos. Sus principales médicos han escrito crecidos volúmenes concernientes á sus virtudes. Los mas de los autores que han escrito de la China, no se han olvidado de mencionar el Gin-seng, y no obstante esto, esta planta era poco conocida antes que el P. Jartoux, misionero jesuita en China, con motivo de haber sido comisionado por órden del emperador para hacer una carta de la Tartaria en 1709, hubiese tenido ocasion de ver crecer la citada planta en una aldea distante cuatro leguas del reino de Coré; este padre aprovechó esta oportunidad para describirla, cuya

Aureliana Canadensis (Tat.)
Ginseng ó Sin-seng de los Chinos
Gen. Panax Lin.
Fam. Araliaceas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descripcion fué publicada en las memorias de la Real Academia de ciencias en Paris, lo que dió lugar á descubrir la misma planta en el Canadá y en Pensilvania, de donde la hubo Mr. Collison, quien la cultivó en su jardin de Peckham y logró dos años seguidos sus flores y frutos, tales como se representan en la figura que acompañamos, las que convienen exactamente con la descripcion que hace el padre misionero; mas como lo que él escribió sobre esta planta es demasiado extenso, trascribimos solamente lo mas notable. He aquí las mismas palabras del jesuita:

"El mapa de Tartaria, que formamos por órden del emperador de la China, nos ha franqueado la ocasion de ver la famosa planta del Gin-seng, tan estimada en este imperio. A fines de julio de 1709 llegamos á un lugar distante cuatro leguas de Core, habitado por tártaros, que llaman Calca-tatze. Uno de ellos fué á las montañas vecinas y nos trajo cuatro plantas del Gin-seng.

"Los mas hábiles médicos de la China hacen que sirva esta raiz de ingrediente en todos sus remedios preparados para los grandes señores, porque para el comun del pueblo es demasiado costosa. Pretenden que esta planta es un soberano remedio contra el abatimiento y falta de fuerzas que provienen de trabajos excesivos de cuerpo ó de espíritu; que disuelve las flemas; sana la debilidad de los pulmones y dolor de costado; detiene los vómitos; fortifica el estómago y excita el apetito; disipa los vapores, cura la respiracion doble y fortifica el pecho; da vigor á los espíritus vitales, y produce linfa en la sangre; en fin, que es buena para los vértigos y desmayos de cabeza.

"No es creible que los chinos y tártaros hiciesen tanto mérito de esta raiz, si no produjera constantemente buenos efectos. Los que están en buena salud, la toman para ponerse robustos. . . . Es cierto que sutiliza la sangre, la pone en movimiento, la calienta, ayuda á la digestion y fortifica de un modo sensible. Yo me tomé el pulso para ver en qué estado le tenia: tomé después la mitad de una raiz cruda, sin preparacion alguna, y después de una hora me sentí el pulso mucho mas lleno y vivo; tuve apetito, me hallé con mas vigor y con una ligereza para el trabajo, que antes no tenia. Sin embargo, no hice gran mérito de esta prueba, persuadido de que podrá provenir este cambio del descanso que tomamos aquel dia; mas cuatro dias después, hallándome fatigado y tan falto de fuerzas, que apenas podia tenerme á caballo, un mandarin que lo notó me dió una raiz. Tomé la mitad de ella, y después de una hora, no sentí ya la debilidad, lo cual he practicado repetidas veces, y siempre con el mismo resultado.

"Nos hemos servido de la hoja en lugar del té, y me sentaba tan bien que le daba la preferencia en lugar del mejor té.

"La raiz, para servirse de ella, debe cocerse mas que el té, para que suelte todas las sustancias, y nunca debe tomarse mas que la quinta parte de una onza de raiz en cada toma, que serán dos al dia para los enfermos, y la mitad para los sanos." Hasta aquí el jesuita.

Esta planta que pertenece al género Panax de Lineo, y á la familia de las Araliáceas de Jussieu, se eleva á la altura de diez pulgadas; su tallo es redondo y derecho, pendiente de una raiz vivaz, tres ó cuatro veces mas gruesa que el tallo; de la extremidad superior de este se desprenden otros tres tallos de tres ó cuatro pulgadas de largo, y cada uno de ellos tiene cinco hojas dentadas. Del mismo extremo del tallo se eleva perpendicularmente otro tallo pequeño y sobre el que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se desarrolla un grupo globular de flores, y después de frutos, los que son unas bayas rojas, dobles, conteniendo cada una dos semillas aplanadas cubiertas de una finísima película. Las flores son muy pequeñas, compuestas de cinco pétalos blancos, redondos, con cinco estambres y un pistilo, y el cáliz con cinco segmentos. Esta planta, como todas las de su especie, muere y renace todos los años. Se conoce el número de sus años, por el de los tallos que han muerto, de los cuales queda siempre alguna señal en la raíz, como se ve en la figura adjunta por los pequeños caracteres a, a, a, a, de donde se conoce que esta raíz tenía 6 años. Esta planta suele encontrarse en los bosques de las inmediaciones de Orizava y Córdoba en el Estado de Veracruz.

T. S. G.

LUCIA

O LA HISTORIA DE UNA VIDA.

POR LA BARONESA D'ALENÇON.

CON que á dios, á dios para siempre! dijo Estanislao Clare, clavando con suma expresion en Lucía su hermoso par de ojos negros.

—¡Sea norabuena! dijo la doncella.

Y diciendo y haciendo se separaron el punto.

¡Ah, preciosa, gentil doncella! ¡qué fortuna la tuya si hubieras llevado á cabo tu resolucion de quebrar con el ánata el punto de no volver á caer en sus redes! El tormento del corazon, terrible al pronto, habria cedido luego, dejando su lugar á una serenidad semejante á la que sigue á una tempestad veraniega.

¡Y cuán preciosa no es esta serenidad despues de la lobreguez y los embates pasados!

Estanislao Clare y Lucía Ashdale se separaron.

Qué era lo que habia dado márgen á que se encontraran y quebraran, no hace al caso decirlo. Frioleras, cosas de la mas leve importancia tienen á veces gravísimas consecuencias; y seguramente cualquier dicho ú hecho inconsiderado habia provocado la tormenta que separaba corazones que parecian destinados uno para otro y para ser felices ambos. A lo menos así es como discurren siempre los enamorados.

Lucía Ashdale era soberbia y arrebatada. Estanislao Clare era vivaracho, veleidoso é implacable.

—¿Para siempre? fuése este gruñendo al alejarse de la casa de Lucía. Así lo dijeron sus labios.

Hay hombres tan en...dos de sus propias prendas y tan ilusionados con su fortuna, que no pueden tolerar que una mujer les lleve la palma. De estos hombres era Estanislao Clare.

Conocia que le habian dado de codo, y cavilando de continuo en esto que tanto lastimaba su vanidad tomó su partido muy antes de llegar á su casa.

Pasáronse seis meses, al cabo de los cuales, ¿sucumbe la lectora! Lucía Ashdale se encontraba ser la esposa de Estanislao Clare.

Estas inconsecuencias, por mas que uno jamás llegue á verlas sin causarle impresion, estas inconsecuencias no deben

1 *Cléo.*

asombrar á nadie, pues los enamorados, y aun otros que no lo son, nos ofrecen un diluvio de ellas todos los dias, casi á todas horas.

Ahora bien, Estanislao Clare se habia estado apartado de ella todo el tiempo que consideró necesario para que se le pasara la primera impresion y se calmara, y volvió despues á la carga con estudiados halagos y aparentando una idolatría mayor que nunca. Cayóle en gracia á Lucía la constancia de ... y no se hizo mucho de rogar para darle su mano.

Llevóse á efecto el casamiento y Estanislao triunfó.

La codiciada hermosura juntamente con su aun mas codiciado caudal eran pues muy suyos. Lucía al pronto no cabia en sí de júbilo y Estanislao estaba ufanísimo con su victoria. Para la novia hubo un dia de bienaventuranza celestial, dia el mas glorioso de su vida..... ¡Ay! Una mañana y una noche fué la historia de su vida.

Estanislao Clare, mediante el caudal de Lucía pudo hacer en el mundo un papel mas distinguido del que antes habia hecho, y su nombre se vió asociado á todas las disipaciones del mundo, y mas particularmente á las carreras de caballos, á los partidos de billar y á los paseos por agua. Por donde quiera era admirado él por su dinero y de Lucía nadie se acordaba. Quejábase ella y él se echaba á reir de sus tonterías; reprendíale ella y él contestaba con destemplado acento. ¡Qué caso tenia que hacer de los caprichos de una mujer!

Y así vivieron hasta que murió Lucía.

Cúpole ser desdichada, pero no tuvo el supremo dolor de saber y presenciar la ruina de su marido, á quien la mala suerte en el juego condujo á la desesperacion.

(Traducido del inglés para la Semana.)

PLEGARIA A MI MADRE EN EL SEPULCRO DE MI HIJO.

POR UNA ZACATECANA.

Mis lágrimas riegan la tumba querida
Do yacen los restos del hijo que lloro:
Al cielo levanto mi voz afligida
Pidiendo remedio al mal que deploro.

Con tristes recuerdos tu grata memoria
Hoy miro enlazada, ¡feliz madre mia!
Cimentada mis penas tu esplendida gloria,
Tu gozo inalable, tu eterna alegría.

¡Ay! sí, que en la tierra la dicha mas pura,
Fugaz cual estrella que luce apacible,
Brillando aparece, momentos fulgura,
Y luego se pierde en nube terrible.

Mis ojos cansados del llanto que abrasa
Cual lava encendida mi pecho doliente,
Con triste mirada que el éter traspasa,
Te dice de mi alma la angustia que siente.

Se quejan mis labios, profundo suspiro
Revela tormentos, insomnios mortales,
Disgusto penoso, tristeza respiro,
Y brota mi pecho, de acíbar raudales.

Si tú desde el cielo me miras gozando
La paz y contento de union venturosa;
Si á Dios le pedias su amor invocando
Que siempre me viera con faz venturosa,

Hoy ruega ferviente que cierren mis ojos
Los frutos queridos de un lazo envidiable:
Las flores se yelan, mas no los abrojos;
La muerte de un hijo es mal incurable.

Que el llanto sincero de un pecho afligido,
Do hallais consuelo mi cruel amargura,
Escalpa en mi tumbo, de un lazo querido,
Los dulces instantes de amor y ventura.

Que mires mi frente brillante de gloria,
Circuida de luces que nunca perecen:
Feliz á tu lado cantando victoria:
La fe, la esperanza, así me lo ofrecen.

Hacienda de Pabellon, noviembre 2 de 1850.

JOSEFA LETECHIPIA DE GONZALEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MISCELANEA.

VÉNUS Y JÚPITER.

Vénus, planeta de primer órden, es un lucero matutino hasta el 16 de octubre y nocturno todo el resto del año. Júpiter, otro planeta primario, es lucero matutino hasta el 21 de octubre y nocturno el resto del año.

LA IGLESIA GRIEGA.

En el siglo ocho se suscitó entre la iglesia oriental y la occidental un desacuerdo que terminó por una cesacion en el dia, curso de dos siglos y medio. La iglesia griega pretende la supremacía sobre la romana, fundada en que usa el lenguaje en que fué promulgado el primer Evangelio, y muchas de sus fórmulas y ceremonias son idénticas á las de los católicos romanos; pero no reconoce la supremacía del papa. La griega es la religion establecida en Rusia.

UNA FAMILIA CHINA
EN LONDRES.

La curiosidad por ver el magnífico Palacio de Cristal ha conducido últimamente á Londres á una familia china, de calidad, desde Canton. Esta se compone de un caballero llamado Chung-attai y su señora Ahap, acompañada de dos hermanas suyas, y asistidas por una criada. Las señoras tienen, todas tres, los legítimos piés pequeños, cosa peculiar á las mujeres de calidad en el Celeste imperio. La reina Victoria ha mandado un mensaje avisando á esta familia que desea verla.

LA VERDADERA INSTRUCCION.

Los que se dedican á instruir á la juventud olvidan las mas veces que su fin deberia ser ensanchar y doctrinar y vigorizar los ánimos de sus educandos, imprimirles amor á la ciencia y habilitar sus facultades para adquirirla, y no simplemente llenarles y embarazarles la cabeza con cierta cantidad de conocimientos *de estampilla*, los cuales no son útiles sino cuando están sólidamente arraigados y son capaces de reproducirse.

CHARADA.

Sé, lector, que mi primera
No es de cavilar motivo,
Puesto que en dos verbos fuera,
Solo un acento la altera,
Presente é imperativo.
Es pronombre impersonal
Tambien, con frecuencia usado,
Y á mi segunda enlazado
Un futuro, no en plural,
Te dará bien explicado.
Mi tercera y cuarta son
Dote que del sexo bello
Realza la estimacion:
Lo dá del gusto un destello,
O el trato y la educacion.
Mis extremos mirarás
Para ver do Francia un rio;
Y un animal hallarás
Cuadrúpedo, acuátil, frio,
En segunda y cuarta, ¿estás?
Pues bien: mi todo, lector,
Es de una beldad el nombre.
Pídele á Dios con fervor
Nunca verla.... no te asombre,
Que puedes morir de amor.

P. DE B.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION
DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR:

EL CLAVEL.

ECONOMIA DOMESTICA.

MANERA
DE CONSERVAR LAS FLORES.

De las flores que se quieran conservar escójanse los botones mas perfectos y córtense estos mismos con tijeras, cuidando de dejarles un palito de mas de tres pulgadas. Hecho esto, tápese inmediatamente muy bien con cera vírgen la punta del palito, y despues de haber comprimido un poco los botones y entreabierto con la uña sus extremos superiores, envuélvanse, cada uno por separado, en un papel muy limpio y seco. *Así* se conservan un año entero.

Para hacer que se abran en invierno ó en cualquiera otra estacion, no hay mas que cortar de parte de noche la punta del tallo que está pegado con la cera, poniéndose los botones en agua ligeramente cargada de salitre ó sal. El dia siguiente se encontrarán abiertas las flores y halagarán igualmente el olfato y la vista con su lozanía y aroma.

MANTEQUILLA.

Tómese una onza de harina y bátase con cuatro onzas de mantequilla fria hasta que estén bien mezcladas ambas cosas; luego añádanseles cuatro ó cinco cucharadas de leche caliente, y poniéndose todo en una sarten, sígase sacudiendo, pero en una misma direccion hasta que reviente el hervor: despues de un minuto, apártese de la lumbre.

JABON TRASPARENTE.

Córtese la mitad de un jabon inglés llamado de Windsor (*haindsor*) en cortecitas delgadas, pónganse estas en un frasco delgado de cristal, llénese hasta la mitad de espíritu de vino y téngase arrimado junto al fuego hasta que se disuelva ó derrita. Esta mixtura puesta á enfriar en un molde, da un jabon trasparente. Se le puede aromatizar con cualquiera esencia.

JARABE PARA LICORES.

Póngase media azumbre (dos cuartillos) de agua en un cazo pequeño y váyase dejando caer en ella, á pedazos, una libra de azúcar de pilon. Cuando ya esté disuelta la azúcar, déjesele hervir otra vez y póngase á enfriar en un plato ancho: cuando esté frio el jarabe puede hacerse uso de él.

EXCELENTE PEGAMENTO
PARA LA LOZA.

A medio cuartillo de leche póngase otro tanto de vinagre para coagularla ó cortarla; sepárese del suero la cuajada y revuélvase el suero con la clara de cuatro ó cinco huevos, batiendo todo muy bien hasta que esté bien incorporado; cuando esté bien incorporado agréguesele una poca de cal pasada por cedazo, hasta dar á la composicion la consistencia de pasta. Seca muy pronto este *pegamento* y resiste á la accion del fuego así como á la del agua.

SALMON COCIDO EN HORNO.

Póngase al pescado en un cazo hondo y úntesele bastante mantequilla. Sazónese con todas especias, macias y sal; y por dentro úntesele un poco de lo mismo con que se ha sazonado. Debe embarrársele de vez en cuando lo que se quede en el plato. Siendo pequeño el pez se puede espetar con la cola vuelta hácia la boca. Es un platillo excelente y se come en frio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL GRILLO DEL HOGAR.

POR CARLOS DICKENS.

SEGUNDO GRILLIDO.

Caleb Plummer y su hija ciega habitaban, ellos dos solitos, una casucha de madera que tenia toda la semejanza de una cáscara de nuez machucada. La vivienda de Gruff y Tackleton era, á la inversa, la mas hermosa de la calle.

La infeliz casuca que de dos martillazos habria venido á dar al suelo y cuyos escombros habrian podido caber en una carreta, estaba pegada contra la casa de Gruff y Tackleton como un hongo al pie de un árbol.

Pero allí mismo era donde habia tenido principio la fortuna de Gruff y Tackleton. Bajo su ruin techo el padre de Gruff habia fabricado juguetes para una generacion de muchachos y muchachas que habian dejado de jugar mucho tiempo hacia.

Dije que Caleb y su pobre hija ciega moraban en la casucha, pero advierto ahora que para expresarme con mas propiedad debia haber dicho que Caleb era el que allí moraba, él solo, pues su pobre hija ciega vivia en otra parte, en una habitacion encantada que Caleb habia decorado de su mano y en la cual nunca tenian entrada ni la pobreza ni los pesares.

No era brujo Caleb, pero sí conocia á fondo el único arte mágico que nos ha quedado: la magia del amor eterno y *consagrado*. Habíale aleccionado la naturaleza y á ella era él deudor de su poderío.

La cieguecita vivia ignorante de que el techo y las paredes eran negros y estaban sucios de manchas y de que por donde quiera se veian anchas grietas que de dia en dia se iban abriendo mas.

No sabia la cieguecita que el hierro se enmohecia ni que la madera se pudria ni que en suma, la casucha amenazaba ruina.

Ignoraba ella que habia en la alacena unos muebles de burdo feos y toscos. No sabia ella que el pesar y el desaliento eran los huéspedes de la casa y que ante sus ojos apagados, privados de la luz, los cabellos de Caleb iban cayéndose y poniéndose cada dia mas canosos.

No estaba impuesta la cieguecita de que ella y su padre tenian por amo á un hombre frio, exigente é interesado: es decir que para ella Tackleton no era Tackleton. Ella estaba acostumbrada á considerarle como un extravagante que gustaba de chancear con ellos y que nunca queria dar oidos á la mas leve expresion de agradecimiento con todo y que era el protector, el ángel custodio de ellos.

¡Todo esto era obra de Caleb, obra del buen padre! Pero él tambien tenia en su hogar un grillo, y mas de una ocasion, en sus largos ratos de tristeza y durante la niñez de la cieguecita, que muy temprano quedó sin madre, habia escuchado con gusto el canto del grillo.

Este espíritu del hogar le habia infundido el pensamiento de cambiar en júbilo la misma desgracia que habia cabido á su hija y de hacerla feliz á fuerza de compasivas mentiras.

Pues todos los grillos son poderosos espíritus bien que casi nunca lo sepan las personas que con ellos conversan.

En todo el mundo invisible no hay voces mas amorosas y sinceras; no hay voces que sean capaces de haceros promesas mas ingenuas ó daros mas tiernos consejos.

Caleb y su hija estaban ocupados en su tarea en el cuarto donde por costumbre trabajaban juntos y que ocupaban casi cotidianamente.

Era el tal cuarto un retrete extraño.

Veíanse en él un diluvio de casas, enteramente construidas unas, otras por acabar todavía.

Habíalas para todas las condiciones, encontrándose tambien en el mismo paraje muñecas de todas las clases de la sociedad.

Allí palacios, residencias suntuosas y señoriales de calidad. Allá viviendas modestas, amobladas con arreglo á los escasos medios de las muñecas pobres.

La nobleza, la gente de escalera abajo y el pueblo en general á quienes estaban destinadas las dichas casas, yacian acostados boca arriba en unas canastas y absortos en la contemplacion del cielo del retrete en el que tenian profundamente clavados sus ojos.

Al atribuir á cada una de ellas el lugar que en el órden social le correspondia, difícilmente hacedero en la vida verdadera y efectiva, los criadores de las susodichas muñecas habian aventajado y con mucho á la naturaleza, enfadosa y perversa muchas veces.

No querian ellos darse por satisfechos con solamente los signos arbitrarios y distintivos, tales como la seda, los encajes, pues á mayor abundamiento habianles dado distinciones personales que no dejaban la menor duda.

De suerte y manera que la muñeca de *dolendas* tenia de cera sus miembros admirablemente proporcionados, mientras que las muñecas de inferior clase tenian de badana ó de trapo ordinario los brazos y piernas.

En cuanto á las muñecas de la gentuzla, consistian sus miembros en meros pedazos de pajuela, apropiados muy bien á su ruin condicion.

A mas de las muñecas, habia en el aposento de Caleb Plummer mil otras muestras de su habilidad.

Veíanse allí, entre otras curiosidades, unas arcas de Noé en que las aves y las alimañas estaban chistosamente amontonadas, sin poderlo remediar.

En virtud de una licencia poética bastante temeraria, la mayor parte de las tales arcas de Noé estaban provistas de martillos. No eran de seguro muy lógicos estos apéndices; pero bajo el punto de vista del arte, producian un efecto de los mas agradables.

Habia muchísimos carritos cuyas ruedas hacian un ruido halagueño y melancólico cuando se les ponia en movimiento. Tambien habia, á millares, violones, tambores, piezas de artillería, espadas, rodelas, trompetas y otros instrumentos de martirio. Habia volatincillos, con chaqueta encarnada, haciendo con el mayor arrojo las *maromas* mas peligrosas.

Habia asimismo animales de toda especie, caballos sobre todo, desde el caballo del agusador hasta el corcel de soberbias guarniciones.

Difícil hubiera sido en verdad reducir á cuenta las infinitas figuras, las cuales tenian, todas ellas, una analogía mas ó menos admirable con los absurdos, vicios y deformidades de la naturaleza humana. Y no estaba exagerado nada, ni en la forma ni en el juego de los hilos, pues la mano mas débil era capaz de poner en movimiento á hombres y mujeres y de hacerlos ejecutar unos ejercicios de gimnás-

tica tan asombrosos como los que para siempre viven condenados á ejecutar los muñecos y los títeres.

En medio de todos los dijes de que acabamos de hablar, estaban Caleb y su hija sentados y ocupados en trabajar. La cieguecita vestia las muñecas, mientras que Caleb estaba con humor de pintar el frente de una casa magnífica de cuatro pisos.

Las hondas arrugas que surcaban el rostro melancólico de Caleb, su actitud pensativa y triste que le daba la traza de un alquimista, hacian un peregrino contraste, á prima vista, con la trivialidad de su pobre tarea.

Pero las cosas mas triviales vienen á ser muy serias cuando tienen por objeto ayudar á las necesidades de la vida. Aun fuera de esta consideracion, no estoy yo absolutamente dispuesto á correr el riesgo de creer que Caleb, si hubiese sido chambelan, ó miembro del parlamento, ó abogado, ó ya quisiera simple especulador hubiera traficado con juguetes menos extravagantes, al paso que dudo mucho que aquellos juguetes hubiesen sido mas inocentes.

—Con que, padre, ¿recibió usted ayer la lluvia sobre su galano *paltó* nuevo? dijo la cieguecita.

—Sí, sobre mi galano *paltó* nuevo, respondió Caleb dirigiendo la vista á una percha donde estaba colgada secándose la pieza de vestir que tenemos descrita.

—¡Padre! ¡no sabe usted el gusto que tengo de que lo haya usted comprado!

—¡Y en una sastrería de las de moda, hija! ¿Creerás que me parece verlo demasiado vistoso para mí?

La jóven al oir esto suspendió su tarea y soltóse á reir deliciosamente.

—¡Demasiado vistoso, padre! ¿qué cosa hay en el mundo que pueda llamarse demasiado vistosa para usted?

—Cási me da bochorno usarlo, dijo Caleb, espiando el efecto que sus palabras producian en el rostro festivo de su hija; sí, me da vergüenza. Cuando á mis espaldas oigo decir: ¡mira, mira qué petimetre! no sé dónde meter la cara.

¡Dichosa jovencilla! ¡cuánto la regocijaba el oir hablar así á su padre!

—Estoy viendo á usted, padre, dijo ella, juntando sus manos, estoy ahora viendo á usted, padre, tan claro como si tuviera los ojos que ninguna falta me hacen cuando está usted conmigo. Una casaca azul. . . .

—Muy amplia, interrumpió Caleb.

—Sí, muy amplia, exclamó la jovencilla riéndose con todas sus ganas, y usted dentro de ella, padre de mi vida, con sus miradas llenas de gozo, su boca risueña, su cuerpo desembarazado y sus negros cabellos; ¡usted así tan jóven y tan buen mozo!

—¡Vamos, hija! dijo Caleb, ¿no adviertes que vas á volverme vanidoso?

—¡Ya, ya está! exclamó la cieguecita señalando con el dedo á su padre, y mas y mas regocijada. Sí, ya está usted vanidoso. ¡Ja, ja! Ya ve usted, padrecito, ¡qué bien lo conozco á usted yo!

¡Ay! ¡cuán léjos estaba de lo cierto la pobre criatura, y cuán poco parecida era á su padre la imágen que de él se habia formado!

Habia ella hablado de lo ligero de su andar en órden á esto habia tenido razon. Muchos años hacia en efecto que Caleb nunca habia cruzado el umbral de su morada con la lentitud que le era natural.

Siempre habia pisado de manera que al oido de su hija sonase ligero, y nunca jamás, ni aun en sus dias de mayor tristeza, se habia olvidado de caminar con el paso juvenil que tan alegre la ponia.

—Asunto concluido, dijo Caleb apartándose uno ó dos pasos para mejor juzgar de su obra; parece de veras. ¡Qué lástima que la distribucion interior de esta casa no sea mas que imaginaria! ¡Ahí tiene usted lo peor del oficio! No hago yo mas que porfiar por engañarme.

—Usted tiene la voz inmutada, me parece. . . ¿está usted fatigado, padre?

—¡Fatigado! repitió Caleb con el mas animado acento; ¿y por qué habia yo de estar fatigado, Berta? Yo no estoy nunca fatigado.

Para dar mas peso á sus palabras, extendió el los brazos imitando el ademan perezoso de algunos de los muñecos que estaban secándose á la solana, y luego se puso á *taralear* una especie de cancion cómica. Los esfuerzos que tenia que hacer para sostener su voz daban á su rostro una expresion lastimosa.

—¡Hola! ¿con que tambien está usted cantando! dijo Tackleton haciéndose presente á la puerta del retrete. ¡Adelante, adelante! yo por mí no canto.

Y de veras que á nadie al verle la cara le hubiera nunca ocurrido el mal pensamiento de que fuera hombre de cantar.

—Yo no canto nunca, dijo Tackleton, pero me cae en gracia ver á usted aficionado á ese ejercicio. ¿Es usted aplicado á trabajar al mismo tiempo? ¡A ver! ¡entiendo que no le alcanzará á usted el tiempo para tanto!

—¡Si vieras, Berta, si pudieras ver con qué cara tan picaresca me mira! dijo muy quedito Caleb á su hija hablándole al oido. ¿Qué amigo es de chancearse! Si no conocieras su genio, ¿cuándo no habrias de creer que está enojado? . . ¿No es verdad?

La cieguecita se sonrió haciendo una seña afirmativa.

—Pájaro que cantar puede y que cantar no quiere, á que cante forzar se le debe. . . . Ya sabe usted el proverbio, dijo Tackleton con acento regañon.

—¡No puedes hacerte cargo de la cara que ha puesto al decirme eso! ¡Qué divertido está!

—¡Siempre contento y alegre en nuestra compañía! exclamó Berta sonriéndose.

—¡Ah! ¿aquí estás tú? respondió Tackleton. ¡Pobre loca!

Creíala él de veras loca, y esto porque ella le manifestaba un vivo cariño.

—Y ¿cómo vamos? continuó Tackleton con áspera voz.

—¡Oh! ¡bien, sin novedad ninguna! Feliz cuanto usted puede desear verme feliz y cual usted haria que lo fuera todo el mundo si en su mano estuviese.

—¡Pobre loca! dijo entre dientes Tackleton, ¡ni pizca, ni asomo de juicio!

La cieguecita cogió la mano de Tackleton y besósela. Luego la apretó entre sus dos manos y apoyóla tiernamente á su mejilla antes de soltarla. Este movimiento acusaba un cariño tan verdadero, una gratitud tan ferviente, que no pudo menos de hacer impresion al mismo Tackleton.

—¿Qué es eso? dijo este á la jóven con voz menos áspera.

—Anoche, repuso la cieguecita, le puse á mi cabecera antes de dormirme y le ví en sueños. Y cuando vino el dia, cuando el glorioso sol colorado. . . . "colorado," ¿no es verdad, padre?

—Colorado de dia y de noche, Berta, respondió el pobre Caleb rogando con sus ojos á su señor dispensase la mentira.

—Cuando se levantó el sol, prosiguió la jóven, y que la luz resplandeciente contra la cual cási tengo miedo de topar siempre que camino, penetró en mi cuarto, puse la florecita al sol, y bendijo al cielo, y bendije á usted.

—¡No parece sino que se ha huido de la casa de locos! refunfuñó Tackleton.

Caleb, entortujadas las manos, miraba con cara de bobo á su hija y no atinaba si efectivamente merecia ó no Tackleton sus agradecimientos. Si en aquel mismí-

simo acto hubiera sido condenado, so pena de muerte, á optar entre castigar al mercader de juguetes ó postrarse á sus piés, de seguro habria vacilado.

Sin embargo, Caleb sabia que él, su propia persona habia llevado allí el rosalito para su hija y que habia discurrido aquella inocente mentira para que ella no llegara á tener asomo de las privaciones que él se imponia cotidianamente á efecto de proporcionarle un nuevo gusto.

—¡Berta! dijo Tackleton tomando por la primera vez un acento bondadoso, ¡ven acá!

—¡Oh, soy capaz de ir derechito á donde usted está, yo solita! respondió ella.

—¿Quieres que te diga yo una cosa, Berta?

—¿Cómo no, si usted lleva gusto en ello? contestó con anhelo la jóven, llenándose de júbilo su rostro.

—¿Hoy es el dia, no es verdad, que la muchacha aquella consentida, la mujer de Peerybingle, debe venir por acá? ¿No es hoy el dia de su merendita de ustedes?

—Sí, dijo Berta, hoy es.

—Tendria yo mucho gusto en ser uno de tantos.

—¡Oye usted, padre! exclamó con enajenamiento la cieguecita.

—Sí, sí, ya oigo, dijo entre dientes Caleb siempre embebecido en sus pensamientos. Pero no lo creo, yo soy quien lo ha dicho.

—Quiero que May Fielding[1] trate mas de cerca á los Peerybingle, dijo Tackleton. Voy á casarme con ella.

—¡Casarse usted! exclamó la cieguecita apartándose azoradamente.

—¡Sí, Berta! repuso Tackleton. Voy á casarme y tendremos una boda soberbia. Tendremos coches, almuerzo, ramilletes y cuanto Dios crió. ¿Es que no sabes tú lo que es una boda?

1 *Me.—2 Fildin.*

2 Es que ¿será de veras un galicismo *(est-ce que)*?

—Sí, ya sé, respondió la juvencilla con inmutada voz. Sí, ya sé, ya sé lo que es.

—¡Ah! ¿ya comprendes? barbotó Tackleton; no me esperaba yo menos de tí.... Decia yo que tenia ganas de hallarme en la reunion de ustedes, trayendo á May y á su madre. Les mandaré á ustedes mi plato por la mañana. Con que ¿estamos? ¿me apuntan ustedes?

—Sí, contestó ella con distraido aspecto.

—Estoy temiéndome que no, replicó Tackleton mirándola, porque tienes traza de haber olvidado ya todo cuanto te he dicho.... ¡Caleb!

—¡Señor! respondió Caleb.

—Tenga usted cuidado de recordarle lo que le dejo encargado.

—Ella nunca se olvida de nada, señor.

—Nadie pone pero á lo suyo, dijo Tackleton alzando los hombros.... ¡Pobre diablo!

Despues de haber proferido estas palabras con el tono del mas soberano desprecio, el viejo Gruff y Tackleton se ausentó del aposento.

Berta se habia quedado inmóvil y sumergida en sus meditaciones. La alegría, el buen humor que resaltaba en su semblante poco rato antes, habia sido sustituido con una expresion de tristeza.... Dos ó tres veces hizo un ligero meneo de cabeza en señal de dolor y como si alguna pena se hubiese apoderado de su ánimo; pero aquella su afliccion era muda. Por fin, llegóse á su padre, y sentándose á su lado:

—Padre, díjole, me encuentro sola en la oscuridad. Necesito mis ojos, mis ojos complacientes y sufridos.

—Aquí los tienes, dijo Caleb.. Siempre están prontos. Ellos son tuyos mas

[No será mas bien una locucion elíptica del lenguaje familiar muy castellana, en que se sobrentiende sin la menor violencia el adjetivo CIERTO (cosa cierta), omitido, de la misma manera que en ¿ES CIERTO? se sobrentiende "Es eso que usted dice un suceso, etc., CIERTO, cuidándose sus palabras?

que mios, Berta, á toda hora y todo instante. Vida mia, ¿qué mandas á tus ojos?

—Corra usted la vista por todo el cuarto.

—Ya está, dijo Caleb. Dicho y hecho, Berta.

—Háblame usted de lo que ve.

—El cuarto está como todos los dias.... Es alegre, pero muy reducido. Estoy viendo en él siempre los mismos colores alegres con que están pintadas las paredes, las brillantes flores dibujadas en los platos y los vasos, los relumbrantes enmaderamientos.... en resumidas cuentas, todas las lindas cosas que agracian nuestra casa.

—Usted tiene puesta su casaca de trabajar; no le está á usted como el *paltó*, dijo Berta palpando á su padre.

—Tambien este no deja de tener muy buena traza, respondió Caleb.

—Padre, dijo la cieguecita arrimándose á su padre y pasándole al rededor del cuello su brazo, háblame usted de May. ¿Es bonita?

—Muy guapa, dijo Caleb.

Y contra su costumbre, no mentia por la ocasion.

—Su pelo es negro, dijo Berta con semblante meditabundo.... mas negro que el mio. Su metal de voz es armonioso y dulce, yo lo sé..... Mas de una vez me he recreado en oirla. ¿Su talle?....

—Ninguna de las muñecas esas que tenemos aquí tiene el talle mas fino, dijo Caleb. ¡Y qué primor de ojos!....

Callóse de pronto, porque sintió temblar ligeramente la mano de su hija, y harto bien comprendió esta sencilla advertencia.

Tosió dos ó tres ocasiones, púsose á silbar y echóse luego á *taralear*[1] su cancion cómica: este era su expediente decisivo en las circunstancias apuradas.

—Háblame usted tambien, padre, de nuestro amigo, de nuestro bienhechor. Ya usted sabe que nunca me canso de oir á usted hablar de él. Bien lo sabe usted.

—Es verdad, respondió Caleb, y tienes razon.

—¡Ah, sí! ¡tengo razon! exclamó la cieguecita con tal agitacion que Caleb, con todo y que la conciencia no le daba en rostro con sus inocentes mentiras, no tuvo ánimo para verla cara á cara.

Bajó el infeliz los ojos como temeroso de que su hija hubiese podido ver en ellos la confusion y el trastorno de su espíritu.

—Vamos, padre, siga usted platicándome de él, platíqueme usted siempre de él. Su fisonomía es amable, tierna y afectuosa. Él es bueno y sincero, estoy ciertísima de eso, y cada una de sus miradas descubre el alma que hace en balde por encubrir sus perfecciones bajo un embozo de aspereza y ruin egoismo.

—Es un corazon noble, añadió Caleb en su serena desesperacion.

—¡Un corazon noble! exclamó la cieguecita. Él es mayor que May, ¿no, padre?

—Sí, dijo Caleb con notoria repugnancia. Es un poco mayor que May, pero ¿qué le hace?

—Dice usted bien, padre. ¡Ella será su amante compañera y fiel, su ángel consolador en las horas de afliccion. Ella participará de sus felicidades; ella le cuidará con una ternura de madre y pedirá á Dios por él! ¡Qué dicha para ella de poder manifestarle así su amor y su *consagracion!* Así le querrá ella, ¿no le parece á usted, padre?

—Por de contado, respondió Caleb.

—¡Quiero á esa buena May, padre, la quiero con toda el alma! exclamó la cieguecita.

Y diciendo esto reclinó su cabecita contra el hombro de Caleb y soltóse á llorar, llorando tanto y tan de veras que él se arrepentia cási de haber proporcionado á su

1 HACER n.... Imponer, convenir: como, eso no le HACE, al CASO HARIA.—Acad. espan.

hija idolatrada aquella dicha llena de llanto.....

Entre tanto habia movimiento y confusion en la casa de John Peerybingle, pues Dot no queria salir sin su rorro y no era cosa tan lisa y llana el hacer los preparativos de marcha.

Por último, despues de haber dispuesto todas las cosas como si fuese negocio de un largo viaje, mistress Peerybingle, y Tilly con el chico en brazos, se encaminaron hácia la puerta donde las aguardaba la carreta una hora hacia, lo mismo que Boxer, el cual, impacientado ya, ladraba y corria á lo desesperado del extremo de la calle á la puerta y de la puerta al extremo de la calle.

John levantó en brazos á mistress Peerybingle y la descansó en la carreta; luego hizo lo mismo con Tilly, despues de haberle cogido al niño que le volvió á entregar cuando la vió bien acomodada en la carreta.

—¡No olvidas nada, John? gritó mistress Peerybingle. El pastel, el pomil... ¿donde están?

—No tengas cuidado, todo va ya! respondió John subiendo él tambien. ¡Arre! ¡arre! dijo dando de latigazos al caballo, el cual recordando echó á galopar.

—Y ahora que me acuerdo, dijo John á poco, ¿y el viejo *gentleman*? ¿Qué va á ser de él mientras estamos fuera de casa? Es un hombre original, no hay ni por donde negarlo. Despues de todo, no me parece un pícaro.

—¡Oh, no! dijo mistress Peerybingle... ni pensarlo. Yo... yo lo fio.

—En todo caso, paga como un príncipe, repuso John, y no encuentro inconveniente chico ni grande en que se esté en casa. Esta mañana estuve hablando largo rato con él y al cabo de cinco minutos de plática parecia estar hecho á mi voz. Me contó su vida y milagros y yo le hablé de mis negocios. En una palabra, hemos quedado muy contentos uno de otro.... Pero... no atiendes á lo que te digo, Dot.... ¿En qué estás pensando?

—En nada, John, sí te escucho.

—Sea norabuena, repuso el bueno del carruajero: es que por tu semblante estaria yo por creer que estabas pensando en otra cosa y que mi plática te fastidiaba.

Un triste suspiro fué la única respuesta que dió Dot.

Rodaron sí chistar durante unos cuantos minutos; pero en breve fué interrumpido el silencio, pues John Peerybingle, como que tenia tantos conocidos, cambiaba palabras de buena crianza con cási todos los transeuntes.

Boxer, por su parte, que iba por delante de la carreta, avisaba en todo lugar la aproximacion de sus dueños. Boxer era conocido por todas partes, en particular de los patos y las gallinas, los cuales en cuanto le avistaban echaban á huir á todo escape, pico á viento y á cola escurrida, sin aguardar á tener la honra de un último *apersonamiento*.

Multiplicábase Boxer de una increible manera. Corria de aquí para allí, acosando palomas y gatos, y colándose en todas las posadas con la confianza de un marchante viejo.

—¡Hola! ahí está Boxer, decian las gentes en cuanto le veian entrar... ¡vamos á dar los buenos dias á John Peerybingle y á su mujercita!

Y luego, John que tenia un diluvio de encargos que distribuir por el camino, se veia en el caso de hacer frecuentes paradas, lo que naturalmente daba lugar á pláticas mas ó menos largas, mas ó menos interesantes.

En esto Dot no veia la hora de llegar, pues el tiempo estaba frio y nebuloso: por lo tanto regañaba á su marido por su charla, lo que no implicaba para que ella tambien charlase bastante cada vez que se ofrecia.

Por fin estaban para llegar. Ya daban vista á la casuca de Caleb en donde ya Boxer llevaba diez minutos de haberse zampado; de suerte que al apearse del carruaje, la familia encontró á la cieguecita y su padre esperándola á la puerta de la casa.

Boxer lamió las manos de Berta á quien trataba con muy particular cariño y con suma finura, lo que podria dar motivo á creer que él comprendia por instinto la enfermedad de la jovencita.

Nunca jamás trataba de provocar su atencion mirándola, como tenia de costumbre hacer con las demás personas; nunca tampoco se llegaba á ella con su tosquedad ordinaria.

May Fielding y su mamá llevaban una hora de haber llegado.

Mistress Fielding era una mujercita flaca y picotera que todavía tenia pretensiones y que de ninguna suerte las disimulaba. A su lado estaba sentado Gruff y Tackleton haciéndose el amable.

—¡May, mi buena amiguita! exclamó Dot arrojándose hácia ella... ¡Qué gusto tengo de verte!

May participaba de la alegría de su antigua condiscípula, á quien abrazó con ternura. Abrazadas ambas formaban un grupo delicioso de ver. Tackleton sin remedio, era hombre de todo gusto, pues su novia era un bocado exquisito.

Tackleton habia mandado traer un *gigot*[1], y habíale acompañado ¡qué maravilla! de un tarro de dulces. Tackleton, teniendo presente que un casamiento no es cosa de todos los dias, habia creido estar en el caso de ostentarse pródigo á la vista de la mujer con quien á casarse iba.

Despues de los piropos de estilo, sentóse cada cual á la mesa. Tackleton condujo á su futura suegra al asiento de preferencia. Caleb se sentó junto á su hija, Dot y su camarada de escuela se pusieron una junto á otra, y el bueno del carruajero fué y se acomodó en la punta de la mesa.

Los muñecos, los títeres y las muñecas tenian cara de estar contemplando todos los preparativos con el mas vivo interés y formaban una divertida galería al rededor de los convidados. Si os que conservaban alguna tirria á Tackleton, y á fe que nadie podia disputársela á los pobres, la ocasion estaba á pedir de boca para reirse á expensas de él, pues por mas que se desatinaba, en lugar de tener una cara amable y alegre como queria, no lograba mas que gestear las mas grotescas sonrisas.

—¡Ah, May! dijo mistress Peerybingle, ¡qué vueltas da el mundo! Pero vamos hablando de las cosas de nuestros tiempos y eso nos remozará.

—Quien oiga á usted creerá que ya no es usted jóven, dijo Tackleton: ¿qué edad tiene usted?

—Pregunte usted á mi marido qué edad tiene, respondió mistress Peerybingle. Él cuenta ya, por lo bajo, veinte años mas que yo. ¿No es verdad, John?

—Cuarenta, dijo John.

—Yo no sé de cierto, dijo mistress Peerybingle á Tackleton con picaresca sonrisa, qué tantos años agregará usted á la edad de May, pero entiendo que para su próximo cumpleaños será por lo menos centenaria.

—Ja! ¡ja! hizo Tackleton esforzándose por reir y mirando á Dot como queriendo tragársela.

—Mi vida, prosiguió Dot, ¿te acuerdas de lo que decíamos en la escuela cuando platicábamos de los hombres con quienes habíamos de casarnos? ¡Qué guapos, qué mozos y amables debian ser! Y bien á

1 O *wigé* (como se pronuncia): pierna de carnero partida para comer.

bien no sé si debo *carcajearme* ó echarme á llorar al pensar en todas aquellas muchachadas.

May, á la cuenta, no estaba en la misma incertidumbre que su amiga, pues que se le encendió de pronto el rostro y le bailaron en los ojos unas cuantas lágrimas.

—En resumidas cuentas, ustedes no pudieron nunca estarse firmes contra nosotros, ya lo están viendo. ¿Dónde están á estas horas todos esos guapos novios que tenian ustedes en su pensamiento?

—Unos están en el mundo de la verdad, dijo Dot; otros, sepultados en el olvido. Los mas de ellos si vernos pudiesen ahora mismo, no querrian creer que éramos las mismísimas de los otros tiempos, apuesto mi pescuezo.

—Y ¿por qué, mujercita? exclamó el carruajero.

Dot habia hablado con tanto calor, que tenia necesidad de tomar resuello, pero no insistió su marido, pues al entrometerse no habia intentado mas que ponerse de parte del viejo Tackleton, por quien consideraba deber en caridad sacar la cara. Por lo demás su buena voluntad vino á ser inútil porque ya no chistó su mujer.

May tambien estaba callada y parecia no tomar ningun interés en lo que á su vista pasaba. Su madre fué la que rompió aquel incómodo silencio, discurriendo durante un cuarto de hora largo sobre las insensatas aprehensiones de las jóvenes y las peligrosas ilusiones con que se lisonjean antes de poner el pié en el mundo. Luego, por virtud de una feliz asociacion de ideas, hizo una confesioncita de sus propios yerros, cuidando de referir de qué suerte habia venido á parar en reconocerlos, casándose con M.[1] Fielding.

Esta patética confesion le dió pié para hablar de las virtudes de su difunto marido, á quien, dicho sea entre nosotros, detestaba con toda su alma, y de las excelentes prendas de M. Tackleton, el que, á su entender, era el hombre mas á propósito para hacer la felicidad de su hija May.

Por último concluyó diciendo que su experiencia le habia demostrado que las personas que hacian los mejores casados eran invariablemente las mismísimas que se casaban contra sus primeras inclinaciones.

Terminada con mucha satisfaccion por parte de la reunion, esta plática moral, John Peerybingle hizo iniciativa[1] para que se brindase á la salud de mistress Fielding y de los futuros esposos. John, después de haber desocupado su vaso dos veces, se levantó para marcharse.

Conviene saber que él tenia aun que andar cuatro ó cinco millas antes de volver por Dot para llevarla á su casa.

Además de los novios encontrábanse allí dos personas que no tomaron parte en los brindis de John. La una era Dot ¡que revolvia una cosa muy diversa en su mente á fe mia! La otra era Berta que se paró de la mesa con una precipitacion inexplicable.

—Hasta luego, dijo John Peerybingle echándose al hombro su ancho sobretodo. Pronto estoy de vuelta. Hasta la vista todos. ¿Y mi pipa, Dot, dónde está mi pipa?

—¡Se me habia olvidado, John!

—¡Olvidado! ¡olvidar mi pipa! replicó John. Eso contiene algo extraordinario.... ¡Ella! ¡olvidársele á ella mi pipa!

—Aguarda un ratito, John, voy á prepartírtela.

Pero Dot estaba, no sé por qué, soberanamente torpe aquel dia: temblábale la mano y no fué sino á duras penas, allá con infinito trabajo, como pudo llevar al cabo esta familiar tarea que todos los dias

1 *M. ó Mr.*, abreviatura de *monsieur* en francés y de *mister (mister)* en inglés: señor.

1 INICIATIVA. f. leg. El derecho de hacer alguna propuesta y el ácto de ejercerlo.—Academia espan.

desempeñaba al gusto y satisfacion de su marido.

En tanto Tackleton la miraba maliciosamente con su ojo medio cerrado cuyo acecho cortaba á Dot sobre toda ponderacion. No cabe duda: algo extraordinario sucedia.

—Hoy estás torpe como nunca te he visto, dijo John á su mujer, y mas valia que yo te hubiera excusado este trabajo.

Tras este corto cumplido, John salió del aposento y muy luego se oyó el ladrido del perro y el rodar de la carreta que se alejaba con insólita presteza.

—Berta, dijo con amorosa voz Caleb que hasta entonces no habia cesado un punto de observar la fisonomía de su hija, Berta, ¿qué es lo que sucede? ¿Qué otra te encuentro desde esta mañana, amor mio! ¡Estás triste! ¿Qué tienes, hija?

—¡Oh padre mio! ¡padre mio! exclamó ella rompiendo en copioso llanto. . . ¡Oh! ¡qué desdichada soy! ¡qué desdicha de ser ciega!

—¡Mi pobrecilla Berta! dijo Caleb con un dolor que partia el alma. . . . ¡Hasta ahora siempre has estado tan contenta, has vivido tan feliz! ¿No tienes presente que todo el mundo te idolatra?

—¡Eso me clava el corazon, padre de mis entrañas, siempre tan bueno y tan amoroso conmigo!

Caleb no comprendia.

—Ser. . . ser. . . ciega, Berta, pobrecilla mia, dijo tartamudeando. . . es en efecto una congoja grande, pero. . .

—Nunca, exclamó la jóven, nunca jamás me habia yo hecho cargo de mi desdicha; nunca, nunca. A veces he tenido deseos de ver á usted, de verle á él un instante no mas, padre de mi vida, un minuto no mas, para conocer mi tesoro, añadió poniendo sus manos sobre su corazon. . . ¡y no perderle jamás! Y á veces. . . pero yo era una niña entonces. . . . he llorado, de noche, al rezar, cuando me venia el pensamiento de que las imágenes de ustedes, elevándose de mi corazon al cielo, podian no ser las verdaderas imágenes de ustedes. Pero nunca se me quedaban grabados estos pensamientos en mi mente: borrábanse luego, y recobraba yo mi felicidad y mi alegría.

—Las recobrarás otra vez, dijo Caleb.

—¡Pero padre! ¡oh mi excelente y amante padre, perdóneme usted el mal pensamiento! dijo la jóven. ¡No es ego lo que causa mi desdicha!

Lloraba á torrentes el pobre padre, pero no caia en la cuenta.

—Lléveme usted junto á ella, dijo Berta. No tengo valor para guardarme mi secreto. ¡Padre, lléveme usted junto á ella! Luego, advirtiendo que él titubeaba: ¡May! gritó, ¡May!

A este reclamo May vino volando.

La ciegueeita cogió entonces las dos manos de May con las suyas.

—Mírame bien á la cara, alma mia, dijo Berta. Lee bien en mi semblante con esos tus preciosos luceros, y dime si no está escrita en él la ingenuidad.

—Sí está, Berta de mi vida.

El rostro de Berta estaba inundado en lágrimas.

—¡No hay en mi corazon, dijo, un solo voto, un pensamiento siquiera que no pida por tu felicidad, linda May! No hay en mi alma un sentimiento de gratitud que no esté borrado con la memoria de todos los tiernos cuidados que tan generosamente has prestado á la pobre ciega desde nuestra infancia. Dios te bendiga, May, Dios te bendiga, y te colme de felicidades, bien que en este dia, May de mi vida, agregó apretándola tiernamente contra su pecho, bien que este dia me haya atravesado el corazon la noticia de que vas á ser su esposa! ¡Padre! ¡May! ¡Dot! perdónenme todos este amor en memoria de to-

do lo que él ha hecho por endulzar mi triste existencia; perdónemme, pues el cielo es testigo de que todavía me consuela el verle tomar por mujer á una criatura que le merece!

Habia ella soltado las manos de May, cuya ropa tocaba en una actitud sumisa. Luego que hubo acabado de hablar, dejóse caer á los piés de su amiga y se tapó la cabeza con los dobleces de su vestido.

—¡Omnipotente Dios! exclamó el pobre padre anonadado con el peso de la horrible verdad, ¿es posible que el haberla estado engañando desde su infancia no haya servido mas que para desgarrarle algun dia el alma?

Afortunadamente para ambos, Dot, la buena y servicial criatura, pues debemos concederle estas cualidades, y sin embargo tal vez tendremos que aborrecerla algun dia, afortunadamente, digo, Dot estaba presente sin ella quién sabe cómo hubiera acabado aquello. Pero Dot, recobrando su serenidad antes que nadie, se apresuró á promediar, sin dar á Caleb ó May tiempo de que chistaran una palabra.

—Vamos, Berta de mi corazon, ínimo,

1 El diccionario de la Academia española, tan mimado en punto á diminutivos y superlativos, refranes y proverbios, no trae el adverbio *afortunadamente*, lo cual hace creer, salvo yerro ú omision de la imprenta de Madrid, que el adjetivo *afortunado* es uno, si acaso no el único, de los que no se convierten en adverbios. Un ilustrador que tenemos en Méjico, no hallando la consabida voz en el diccionario de la Academia (y por cierto que debe de ser algo vieja la edicion del diccionario que le sirve para ilustrar, puesta que le hizo caer en el error, que comunicó de contado á sus lectores, de que INFRACTIVA, LOCAT, etc. etc. no son hoy dia sustantivos legítimos y de muy buena ley), ha declarado que no es castellana; pero Martinez López, filólogo distinguido, escritor puro y correcto, autoridad muy mas respetable que Cadahalso y Samaniego, en el tiempo presente, y que el doctor Balmes, toda la vida; Martinez López, pues, no tiene reparo en usarla como equivalente del adverbio francés *heureusement*, fundado tal vez en que su estructura y oriji n son latinos y en que de mas á mas es de uso fiuente y corriente.

2 QUIEN SABE no es ni mas ni menos que «cualquiera la persona que sabe» ó «si se quiere y es lo mismo "nadie sabe" en otros casos vale lo mismo que "yo no sé." Esta locucion es una de las muchas en que la ventaja de la concision triunfa de la gramática.

le dijo. ¡Ven conmigo! ¡Dale el brazo, May! ¡Mira, ya se pasó! ¡Cuánto te quiere! añadió la excelente mujercita dando un beso en la frente á la jovencilla... ¡Ven conmigo, Berta de mi vida! ¡Usted tambien, querido Caleb, venga con nosotros!

Cuando hubo apartado de allí al infeliz Caleb y á Berta á quienes dejó llorar juntos, regresó á su aposento.

Poco después oyóse el ladridode un perro y el ruido de un carruaje. Era el carretero que volvia en busca de su mujer.

—¿Qué ruido es ese? exclamó Dot á tiempo que entraba John en su aposento.

—¡No me ves? respondió el carruajero que se estaba á la puerta.

—¿Quién es ese hombre que viene contigo? preguntó Dot.

—Nada puede uno ocultarte, ya lo estoy viendo, dijo John riendo. Pase usted adelante, será usted bien recibido: no tema usted nada, señor mio, prosiguió levantando la voz.

A estas palabras, vióse entrar al viejo *gentleman* sordo.

El carruajero estaba de muy buen humor. Llegóse á su mujercita y le dijo, agarrándola de la cintura.

—Ahora, picarnela, ¡me regañarás todavía? ¡A que no! Bien me sabia yo que no. . . pero saluda á nuestro amigo, Dot, añadió señalándole al viejo.

Dot bajó temblando los ojos.

—¿Sabes, prosiguió el carruajero, que te admira y te quiere de todo corazon! No me ha venido hablando por todo el camino mas que de tí, y yo le he tomado cariño.

—Siento no merecer mejor eso admiracion, John, replicó Dot, mirando por todas partes con empacho, sobre todo cuando su mirada se encontró con la de Tackleton.

—Ya es tiempo de tomar el portante, dijo John, ¿estás lista, Dot?

—Cuatro palabras antes que usted se

vaya, John Peerybingle, dijo quedito Tackleton. . . Lo que voy á descubrir á usted es cosa triste, y me duele en el alma lo que pasa. . . ¡Ay! ¡bien me lo tenia yo tragado!. . .

—¿Pero qué hay? preguntó azorado el carruajero.

—¡Punto en boca! venga usted conmigo. . . ¡ahora verá usted!

Sin mas chistar, el carretero siguió á Tackleton. Atravesaron un patio sin mas luz que la de las estrellas, y entraron en el almacen de Tackleton. Habia en el tal almacen una ventanita que daba al cuarto de Caleb.

El almacen no tenia luz.

—¡Aguarde usted! dijo Tackleton ¿Tendrá usted valor para asomarse á esta ventana?

—¿Por qué no? respondió el carruajero.

—Aguarde usted, dijo Tackleton. Cuidado con los atropellamientos, á nada conduciria eso, además seria muy peligroso. Usted es fuerte, y no se necesita mucho para despachar á una persona.

Clavóle el carruajero los ojos á Tackleton y dió un paso hácia atrás como sobrecogido de espanto. Luego, armándose de resolucion, franqueó de un salto la distancia que le apartaba de la ventana, y vió. . . .

¡Oh desdicha!. . . ¡Mujer pérfida!. . .

Vió con sus dos ojos á Dot con el forastero, quien no era ya un anciano sino un mozo y gallardo mozo. El forastero tenia en su mano los fingidos cabellos canos que le habian granjeado la hospitalidad en la morada para siempre jamás sumergida en la aficcion.

Vióle John inclinarse y hablar quedito á su mujer. Vió á Dot sonreirse con el cariñosamente y darle la mano.

John apretó convulsivamente sus puños como si hubiera querido derribar á un leon. Pero reprimiendo luego este movimiento, dejóse caer anonadado, destrozado por la pesadumbre.

Por fin, cediendo á las representaciones de Tackleton, atravesó el patio, y fuése á plantar junto á la carreta, á esperar á su mujer.

—¡Buenas noches! ¡felices noches! gritaba Dot un momento después subiendo en el carruaje, donde ya habia tomado lugar el forastero fingido. . . ¿Pero qué es de John? ¡John, John!

—John quiere andar el camino á pié conduciendo el caballo, respondió Tackleton.

—¡Andar á pié el camino con la noche tan fria que hace! ¿Has perdido el juicio, John?

Pero John, metida la cara en su ancha corbata, no respondió. Pególe al caballo y echó á andar. Boxer, ignorante de lo que habia pasado, corria para adelante, revolvia y ladraba tan alegremente como siempre.

Después de la partida de sus huéspedes, el pobre Caleb se sentó al lado de la lumbre, junto á su hija, á quien se puso á contemplar con amarga tristeza, acusándose de haberla afligido.

Profundo silencio reinaba en el aposento. Los juguetes que para divertir al chico de Dot habian sido puestos en movimiento, habian rato hacia recobrado su inmobilidad.

Cualquiera habria dicho que aquellos caballos, aquellas muñecas, aquellos animales de toda especie, con sus miradas fijas y sus bocas abiertas, se habian quedado como petrificados de admiracion, después de haber presenciado la villanía de Dot y las tiernas explicaciones dirigidas á Tackleton por la ciegueeita.

(*Concluirá*)

MISCELANEA.

LA DIGNIDAD PAPAL.

La TIARA ó triple corona del papa es el distintivo de su categoría civil, así como las llaves lo son de su jurisdiccion eclesiástica; y á la muerte del papa sus armas están representadas con la tiara sola, sin las llaves. Antiguamente la TIARA era un bonete largo y redondo, usado por primera vez en 1053. Juan XIX fué el primero que le dió la forma de corona en 1276, y Benedicto XII, compuso la verdadera TIARA ó corona triple por el año de 1334.

EL MATRIMONIO.

La celebracion de los casamientos en las iglesias fué ordenado primeramente por el papa Inocencio III, por el año de 1200. Anteriormente á esta época la única ceremonia era que el marido llevase su mujer á su casa. La publicacion de las amonestaciones fué instituida en 1210.

LA NOVIA Y EL BIGAMO.

Ahora poco tiempo un jóven inglés llamado John (Juan) Rolands comenzó á cortejar á una señorita residente en Everton. Fué formalizándose la pretension hasta el caso de llegar Rolands á pedir la mano de la dama, y á admitirle esta por novio. Caminaban las cosas á las mil maravillas, cuando á la hora menos pensada vino á descubrirse que Mr. Rolands era casado. Carecíasele disimuladamente con su consorte, y las mujeres presentes le cercáron al punto y procuraron precipitarle por la ventana del aposento; mas no pudiendo lograrlo le bañaron en agua fria, no cual descompuso completamente sus pulidos rizos, enfriando considerablemente si no su amor, sí su espinazo.

EL PETIMETRE DE ANTAÑO.

En los tiempos de las pelucas, los caballeros estilaban traer consigo juegos de grandes peines de carey primorosamente labrados en cajas, en sus bolsillos, y con ellos componian sus rizos. ¡Qué originales eran lo antiguo!

ANTIGUEDAD DE LAS CAMPANAS.

A. Paulino, obispo de Nola, se atribuye generalmente la invencion de aplicar las CAMPANAS al servicio de la iglesia, por el año 400; y se asegura que en el año 610, estando el obispo de Orleans en la ciudad de Sens, á la sazon sitiada, asustó á hizo huir al ejército atacador, repicando las CAMPANAS de la iglesia de san Estéban, lo que prueba que entonces no eran generalmente conocidas en Francia. Las primeras CAMPANAS grandes, de las cuales habla Beda, son del año 680. En los tiempos anteriores se convocaba á los fieles por medio de matracas.

QUISICOSA.

¿Quieres que te diga el nombre
De una criatura divina
Cuya mirada asesina
A un hombre hace enloquecer?
Pues con dos notas de música
Y una letra consonante
Que á aquellas pondrás delante
Luego lo puedes saber.—M. I.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

SERAFIN.

riginal traje, y como se han llevado los honores del baile, todo hace creer que el contagio hará rápidos progresos.

Ahora que ya sabeis que la palabra *bloomerismo* significa pantalones, vamos á hablar de ellos sin pasion ni odio, como de una nueva moda y absolutamente como si los pantalones se hubiesen mostrado en las Tullerías en lugar de haber hecho su aparicion en *Common Gardens*.

Primeramente con los pantalones á la turca, miss Bloomer permite unas faldas muy cortas. Esto ya es algo para la moral, pero no es bastante para la elegancia.

Cuando pensamos en ciertos tipos de mujeres que conocemos, y las suponemos vestidas con pantalones, nos cuesta trabajo reprimir la risa. Es absolutamente como si se les pusiera un chaleco, que es hoy la excentricidad mas en boga.

Pero los hombres, se me dirá, llevan chalecos, sean delgados ó gordos, altos ó pequeños, y los chalecos les son indispensables. Es verdad. Un hombre no puede emanciparse del traje adoptado, mientras que la mujer puede vestirse de un modo adecuado á su figura y contornos. Sin dejar de seguir la moda, la mujer puede separarse de ella si el gusto no le dice: "con tal tocado vuestra cara estará hechicera;" ó bien, "ese corte de corpiño realzará las perfecciones de vuestro talle."

De consiguiente los pantalones pueden ser muy agraciados y elegantes para ciertas mujeres, pero su número debe ser escaso.

Que una americana se divierta en hacer la bayadera, la odalisca y la sultana en su gabinete de tocador, se puede comprender aun. . . pero en medio de la calle, se hace notar y se ridiculiza.

Nuestras grandes damas parisienses saben bien que hay modas que no pueden correr los bulevares, y por eso no salen á pié con chalecos.

¡Chalecos! . . .

¿Lo entiende usted, Miss Bloomer? si usted ha dotado á los Estados Unidos de pantalones, las hábiles costureras de Paris han creado el chaleco; de suerte que con los pantalones americanos y nuestro chalequito francés, podriamos completar todo un traje.

¿Y qué podria llevarse para cubrir la cabeza, con un pantalon, un chaleco, y por supuesto, una casaquilla?

¿Flores?. . .

Eso está bien para las zagalas, las Galateas y las Ofelias, con sus trenzas poéticas y femeninas, pero para mujeres libres que llevan pantalon y chaleco, que no aguardan mas que una ocasion para tomar el puesto á un primer ministro y que fuman soldadescamente un cigarro, ¿qué significan las flores? Por lo menos necesitarian un sombrero, la gorra ó el chacó ruso."

X.

UN SECRETO.

(REMITIDO.)

No me preguntes, Armida,
Por qué sufro este tormento
Que atroz consume mi vida,
Ni el profundo sentimiento
Que apena mi pensamiento
En mi juventud querida.

Ni por qué de triste duelo
Es mi faz fiel mensajera,
Presagio del desconsuelo
Que á mi corazon hiriera,
Cual rayo que descendiera
Envuelto en nubes del cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nunca oirás el triste acento
De mi pena reservada,
Que mi terrible tormento
Pronto en la tumba deseada,
Hallará dulce morada
Con mi postrimer aliento.

Porque el dolor y quebranto
Mi pobre cuna mecieron,
Y el pesar y amargo llanto
Sobre mi frente esparcieron,
Y el triste sello pusieron
Del horror y del espanto.

Porque mi abatida mente,
De negras sombras velada,
Busca la paz vanamente
De una ventura soñada,
Contra la fuerza irritada
De mi destino imponente.

Porque duelo y orfandad
Cubre de luto mi frente,
Bien como la tempestad
De sombras cubre el Oriente,
Tornando en oscuridad
La diáfana claridad
De la luna reluciente.

Porque el premio de mi llanto
Y el lauro de mi gloria
Es aquí el duro quebranto
Y allá la sombra mortuoria,
Triste y luctuosa victoria
A que aspiro tanto, tanto.

Y si en el final suspiro
Consiste dulce ventura,
Desde luego yo deliro
Por la yerta sepultura,
Puerto en el mar de amargura
Do entre pesares respiro.

Que allá en el sepulcro helado
Dormiré sueño profundo,
Libre de todo cuidado,
Mientras que en el ancho mundo,
Entre penas moribundo,
Llore el mortal desgraciado,

Y se queje de pesares
En desatada tormenta,
Cual en borrascosos mares
El marino se lamenta
Al ver la fuerza violenta
De las olas á millares.

Tepic, octubre 10 de 1851.

Luis Alvarez del Castillo.

FLORICULTURA.

SECCION PRIMERA.

ADVERTENCIAS GENERALES.

Antes de formas un jardin debe prepararse la tierra de manera que esté suave y rica, pulverizándola, abonándola y poniéndola en la disposicion mas propia para producir bien. Un jardin debe estar protegido del frio y de los vientos fuertes por medio de cercas tupidas ó de siembras de árboles que formen una muralla compacta y cerrada, cuidándose de podarlas todos los años. Generalmente hablando un jardin debe no ser muy grande y los bancos ó eras deben no ser por ningun lado tan anchos que no pueda el jardinero alcanzarlos sin pasar por encima de ellos; la figura y el número de los bancos debe determinarse por la cantidad de la tierra y el gusto de la persona que trate de formar el jardin.

La hermosura de un jardin depende en mucha parte de la manera en que está

dispuesto, pues pueden darse á las eras mil formas diversas. Hay personas que las hacen ovaladas ó circulares; otras, cuadradas, triangulares, acorazonadas, en figura de diamante, etc., cortadas con veredas de césped y paseos de arena gruesa. Sin embargo, en el diseño de un jardin debe tomarse á la naturaleza por modelo, cuanto sea posible, no solamente en la formacion y distribucion de las eras, sino tambien en la adaptacion de cada especie á su elemento, terreno y situacion peculiares, tomando en consideracion que los vegetales que habitan los jardines constituyendo, como constituyen, un grupo mezclado, recogido en diferentes climas y tierras de la creacion vegetal, requieren, para cada una, su alimento mas esencial, para tener un crecimiento mas lozano.

El primor debe ser lo que mas ha de distinguir á un jardin, el cual debe estar situado de manera que sirva de ornamento á la casa; y donde lo permitan las circunstancias debe colocársele delante de las ventanas, expuesto al Sud ó al Sudeste. Debe llevarse por mira el que presente una variedad de colores y formas casadas de suerte que produzcan un conjunto hermoso. En un jardin corto visto desde las ventanas de una casa, este efecto se logra mejor por medio de eras ó lomos formados unos al lado de otros y paralelos con las ventanas desde donde se ven, porque en esta posicion lucen mas los colores. En un paraje retirado del jardin puede disponerse un asiento rústico, por encima y al rededor del cual puede hacerse que se enreden en unas celosías, vides, madreselvas y otras plantas de adorno, con lo cual se tendrá un agradable retrete campestre.

En los jardines extensos puede levantarse una hilera de peñascos con piedras brutas y buena tierra ligera, imitando unas montañas en las cuales pueden cultivarse varias plantas nativas de las regiones montañosas, así como aquellas de las plantas indígenas que se consideren propias para el terreno: tambien pueden cultivarse allí plantas herbáceas y rastreras como el *mesembriantemum* (yerba del rocío) la *cordydalis* trepadora, las diversas especies de *silenes* ó papamoscas, la *gypsofila*, el *lotus*, la *godetia*, etc. Interpoladas estas con plantas enanas de diferentes especies, como el líquen de los montes, la violeta, la margarita ó maya, etc., y dispuestas de manera que cubran una gran porcion de la superficie pedregosa, producen un efecto sumamente agradable.

Si bien es verdad que lo que hace mas vistoso al jardin es el cultivo, en una era ó borde, de aquella variedad que puede asegurar una lozanía cási constante, sin embargo, las plantas de raíces bulbosas, aunque esenciales para la perfeccion de un jardin, pierden algo de su peculiar hermosura cuando se cultivan solas. La crecida variedad de raíces bulbosas ministra los medios de formar con ellas un jardin cuya hermosura, como que es el efecto de un conjunto de flores de muchas formas y muchos colores diversos, compensará ampliamente el trabajo de cultivarlas por separado, particularmente cuando teniéndose buena eleccion y cuidado se puede conseguir una sucesion de plantas en flor que durarán bastante tiempo.

Pero como las flores bulbosas pierden sus mejores matices al tiempo que las anuales comienzan á ostentar su hermosura, no hay razon fundada para que estas no se trasplanten á las eras de las bulbosas á efecto de que las flores de las anuales llenen el lugar de las que se han marchitado y sigan embelleciendo las eras con todo el esplendor y toda la lozanía del reino floral.

El cultivo de las plantas anuales es una ocupacion deliciosa y muy apropiada al

entretenimiento de una señora, que con el auxilio de un hortelano que prepare la tierra puede trasformar un terreno inculto en un precioso jardin, con sus propias manos. El sembrar la semilla, trasplantar, rociar y disponer las plantas para que se enreden y el recoger la semilla son ocupaciones acomodadas á las mujeres, y como que les proporcionan el ejercicio al aire libre, contribuyen eficazmente á la salud y á la tranquilidad del ánimo.

Pero en vano se dedicará el florista á elegir bien las flores si no cuida con el mayor esmero del estado del jardin. Si en él hay prados ó calles de césped es preciso limpiarlos, segarlos, revolver la tierra con mucha frecuencia, para impedir que la yerba se mezcle con las flores y para dar á todo una vista de alfombra. Si hubiere calles de arena gruesa, deben limpiarse con frecuencia, aplanarse con nueva arena y amacizarse. Las orillas de boj y de cualquiera otro árbol deben conservarse limpias de mala yerba, podándoseles bien todas las primaveras. Las plantas viejas ó enfermizas deben arrancarse, poniéndose en su lugar otras lozanas. Las plantas corpulentas deben ser sostenidas con unas estacas hechas con primor, debiéndose tambien recoger todos los tallos y todas las hojas marchitas de las flores que se hayan secado. En el verano importa destruir oportunamente todo género de insecto, y en las tardes de los dias calurosos es preciso regar con frecuencia las flores.

LOS REIDORES.

Un REIDOR de profesion, un hombre cuya fisonomía está de continuo contraida por un júbilo convulsivo es la criatura mas triste que darse pueda.

Recataos del tal hombre. Apenas os habrá visto, no bien le habreis dado los buenos dias, cuando ya os mirará como á su mas íntimo amigo: bastará con que una sola vez os haya hablado para que os apriete la mano con impertinente confianza; al segundo encuentro os tuteará y al tercero os ahogará entre sus brazos. Entonces ya no hay medio de echarle á un lado, de huirle el cuerpo: su alegría os acosará, os hostigará en la calle, en vuestra misma casa; le oireis reir á distancia de un cuarto de legua, sus carcajadas serán tan ruidosas como un cornetazo. ...

Otra cosa es la alegría blanda y apacible, cuya expresion se reduce á una sonrisa amable, muy diversa de los ímpetus de una alegría que rompe en gritos y en desordenados movimientos.

El hombre fino y de trato, siempre fiel á las reglas del buen gusto, no rie jamás sino con motivo de alguna aventura chistosa, de alguna palabra salada ó de una sandez risible, y aun nunca rie desaforadamente, porque faltaria á la buena crianza.

Las gentes que de todo rien se parecen á los tirentinos, que eran los mayores reidores de los tiempos antiguos.

"Estos, dice el abate Barthelemy en el Viaje de Anacársis, cansados de su propia ligereza, recurrieron al oráculo de Délfos, el cual les aseguró que se verian libres de ella como pudiesen, despues de sacrificar un toro á Neptuno, arrojarle á la mar sin reirse. Reuniéronse en la playa: habian apartado de sí á los niños, y queriendo despedir á uno que se habia escabullido entre ellos:

—¿Por ventura teneis miedo, exclamó él, de que me trague yo el toro?

A estas palabras prorumpieron en carcajadas, y persuadidos ya de que era incurable su enfermedad, se sometieron á su destino."

DOÑA LUISA.

POR LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LA SALUD GARCÍA.

(Escrito para la Semana.)

Hácia el año de 18... vivia en un barrio apartado de la ciudad de.... situada al N. O. E. de la capital de Guanajuato, una familia pobre, compuesta solo de tres personas. Una preciosa jóven de cosa de veintiseis años, un niño de diez, sobrino de la jóven, y una mujer de treinta y ocho, que era la única criada de esta pequeña familia.

La jóven, que se llamaba doña Luisa, era alta, delgada, un tanto morena, de pelo negro, de una fisonomía interesante, y cuyo angelical semblante estaba constantemente velado de un ligero tinte de tristeza que la hacia aun mas atractiva, mas interesante de lo que parecia á primera vista. El niño, por el contrario, era rubio, travieso, de lindo semblante, ojos negros vivísimos, y centellando ingenio. Era una figura de ángel, á quien amaban cuantos le conocian. Susana era una buena mujer, de excelente corazon, una de esas criadas asiduas en su trabajo, serviciales, que aman á sus amos por costumbre, y porque no teniendo otros afectos se encuentran solas en el mundo, sin mas bienes que el trabajo personal, y sin otros objetos que llenen su corazon mas que sus propios amos. Esta apreciable mujer era una expósita de la casa de los padres de doña Luisa, que al venir al mundo causó la muerte de su madre, y Susana la recibió en sus brazos y la crió sin separarse de ella jamás, por lo que amaba á la jóven con entrañable cariño, así como al apreciable niño Cárlos, á quien tambien habia visto nacer.

Diez años hacia que esta desdichada familia se hallaba establecida en aquel lugar, subsistiendo de su miserable trabajo, pasando en un estado de pobreza cási cercano á la miseria. No tenia doña Luisa otros posibles mas que sus arbitrios de mujer; es decir el escaso fruto que le procuraban sus primorosas manos, fabricando algunas flores artificiales con bastante habilidad, así como una que otra costura que le traia la buena de Susana cuando salia á vender las flores; producto que hasta entonces habia satisfecho sus necesidades. En esta época fué cuando la interesante jóven se vió en los mayores apuros. Entonces fué cuando la infeliz sintió en el alma su aislamiento y miseria, y se arrepintió de no haber cultivado algunas relaciones que la hubieran valido de algo en las circunstancias en que se encontraba. Acababa Cárlos de salir de la escuela, y sabia leer, escribir y contar regularmente; pero era preciso procurar su educacion futura. Grande era pues la pesadumbre que afectaba á la interesante jóven, al considerar su situacion precaria. No se le ocultaba que Cárlos poseia grande ingenio, y que necesitaba recibir una educacion que ella no podia darle, así por sus escasos posibles como porque carecia hasta de los medios de conseguir su objeto. Ella vivia sola, aislada, no conocia á nadie, á nadie habia tratado en el tiempo que hacia estaba en ese lugar, ni tenia una sola persona que la conociera anteriormente. A veces pensaba en contraer un enlace, y á fe que no le faltaba con quien. ¡Era tan linda, tan recatada, tan virtuosa la pobre

jóven! Pero un secreto funesto pesaba sobre su corazon. Sí, un secreto fatal que habia hecho la desgracia de toda su vida: un secreto de que solo Susana era sabedora, y la que en épocas mas lejanas le habia prestado grandes servicios, por lo que ambas se amaban con una cordialidad verdaderamente envidiable.

En tal estado se hallaban las cosas en la humilde y solitaria casita que habitaba esta interesante familia, que ciertamente era digna de mejor suerte, cuando llegó la semana mayor del año de. . . El maestro de Cárlos le habia oido cantar alguna vez en los juegos que tenia con sus condiscípulos, y le habia agradado tanto la dulce y armoniosa voz de este precioso niño, que se presentó en la morada de su jóven tia, y le suplicó tuviera la bondad de prestar á su sobrino para que cantase vestido de angelito en compañia de otros niños, como se acostumbra en algunas partes, en la procesion del Santo Entierro del viernes santo, á lo que accedió gustosa, pues se le proporcionaba la ocasion de que Cárlos luciera una habilidad que ella casi ignoraba tuviera su sobrino, y que la envanecia un poco. Llegado el dia de la solemnidad fueron ejecutados los fúnebres cánticos que se habian ensayado por Cárlos y los otros niños, con el mejor éxito que podia esperarse, llamando la atencion de la mayor parte de las personas que asistieron á la procesion: pero mas principalmente Cárlos, que hizo una profunda impresion en el ánimo del párroco, anciano respetable por sus eminentes virtudes y otras cualidades que le adornaban, y no cesaba de ver y admirar la interesante figura y el verdadero ángel del precioso niño, y si como su primorosa voz, que se distinguia de las otras por su extremado acierto en la ejecucion. Concluida que fué la solemnidad se presentó Susana en la sacristía para acompañar á Cárlos á casa; mas luego que el párroco la vió le hizo seña de que se acercara, y le hizo algunas preguntas en voz baja, á las que contestó al parecer á satisfaccion, pues inmediatamente la despidió, y tomando al niño por la mano desapareció.

A otro dia, es decir el sábado de gloria, á las nueve de la mañana, llamaron á la puerta de la casa de doña Luisa. Corrió Cárlos á abrir lleno de curiosidad, pues era un acontecimiento bien extraordinario en su solitaria morada: apenas abrió cuando quedó agradablemente sorprendido á la vista de la persona que se presentó á sus ojos. Introdújola en la casa, y gritaba con una voz llena de alborozo:

—¡Tia, querida tia, aquí te busca el señor cura!

La jóven á quien se dirigian estas palabras no quedó menos sorprendida que su sobrino, y toda asustada, trémula de rubor y respirando apenas, salió de la pieza en donde estaba, no acertando á nada: apenas tartamudeó un saludo, indicando al mismo tiempo con una seña al eclesiástico que pasara adelante. Este respetable sugeto obedeció, y entrando él primero, le siguió la jóven en silencio. Aun no volvia la pobre de su atordimiento. La pieza á donde se introdujeron, era una especie de salita amueblada pobremente, pero en la que reinaba un gusto exquisito, y un extremado aseo. Como esta jóven no tenia mas criada que Susana, ella personalmente se encargaba de la limpieza de su habitacion, y se distraia en asear y poner en órden los pocos muebles que poseia, por lo que siendo distribuidos por tan preciosas manos, guardaban siempre una agradable regularidad y limpieza. Pasando el primer instante de cortedad y sorpresa y tomando ambas personas asiento, entablaron el diálogo siguiente.

—Señorita, usted sin duda extrañará mi intempestiva visita.

—En efecto, señor. . . . tartamudeó la jóven.

—Pues el objeto de ella no es otro mas que ofrecer á usted mis servicios con respecto á su sobrino, y en esta oferta no hay otro móvil sino la viva simpatía que siento por ese apreciable niño, á quien amo desde que lo conocí en la escuela, y á quien desde entonces me propuse servir en lo que yo pudiera.

—Señor, yo lo agradezco mucho; pero. . . yo. . . no. . . no he solicitado,... contestó la jóven llena de vergüenza.

—Entiendo, señorita, repuso el sacerdote, usted vive enteramente aislada, sin relaciones, sin apoyo, mas que el de Dios que á nadie falta, sin mas arbitrio que el miserable producto de sus manos, y estos son tan escasos que apenas le bastarán á *cubrir* sus mas precisos gastos, y no proporcionan á usted los medios de dar á ese niño una educacion cual la merece; pues aspa usted que Cárlos posee un gran talento, y yo puedo facilitar los medios de cultivarlo: vengo á ofrecer á usted mis servicios, y espero que los aceptará, sin hacer aprecio de ese sentimiento de delicadeza y reserva que noto en su semblante, el cual en otras circunstancias puede ser conveniente; pero ahora es inoportuno porque perjudica sobremanera al pobre de Cárlos.

—¡Ah, señor! Perdóneme usted... barbotó Luisa.

—Estoy informado por Susana su criada, de que una desgracia de familia forzó á usted á expatriarse y establecerse en este lugar, hace poco mas de diez años. Yo, como párroco de la ciudad, debo velar por mis feligreses, y lo hago en lo que puedo: he observado la intachable conducta de usted y me ha interesado su situacion precaria; y esa melancolía que he notado en su gracioso semblante me indica que usted sufre una pena profunda y que es digna de compasion. No crea usted, señorita, por eso, que le pido me confiese sus desgracias; no, señorita, guárdeselas usted, que á mí nada me importa saberlas. No he preguntado á Susana mas que lo preciso para mi objeto. Cuando me informo de alguna cosa, es con el fin de socorrer al menesteroso, y ser útil á todo aquel que me necesite. He creido que aquí podria hacer el bien y me he determinado á venir á ofrecer á usted mis servicios.

—¡Ah, señor. . . señor! ¿Cómo podré manifestar á usted mi sincera gratitud? tartamudeó la jóven.

—Dejando que yo me encargue de la educacion de su sobrino, repuso el eclesiástico, para lo que no tiene usted mas que prestar su consentimiento.

—Si solo eso es necesario, lo tiene usted, señor, y el cielo le recompensará la caridad que. . .

—Nada de agradecimientos, señorita, interrumpió brevemente el párroco levantándose del asiento; lo que hago es muy natural y no merece que se encarezca tanto. Dentro de poco mandaré por el niño, pues mi intencion es ponerlo en el colegio de. . . recomendándoselo mucho al rector que es mi condiscípulo, y nos amamos como hermanos, por lo que espero sea bien atendido en todo, así como que estará contento en el nuevo género de vida que va á seguir.

—Muy bien me parece, señor. Yo siento en el alma tener que separarme de este amado niño, y crea usted que á no ser por mi situacion miserable y por el inmenso bien que le resultará recibiendo una buena educacion para su suerte futura, no consentiria jamás en separarlo de mi lado. Hago este sacrificio, añadió con voz enternecida, que es bien caro á mi corazon. . .

Y no pudo proseguir: se le hacia un nudo en la garganta y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas.

—Cálmese usted, niña, repuso el eclesiástico, no se aflija usted por eso. Si en algo le soy útil, no hay mas que avisarme, estoy pronto á servir á usted en lo que pueda con tal que siga manejándose como hasta el dia. Su honrada conducta me inclina á amarla como á una hija. Por mi parte nada hay que temer. Mi edad, mi carácter sagrado y mi modo de proceder, son garantías mas que suficientes de la pureza de mis intenciones, y de la buena fe con que siempre he obrado.

En esto habian llegado al umbral de la puerta, y saludando este excelente anciano, se retiró.

Luisa se quedó como embobada encaminándose maquinalmente á su habitacion y dejándose caer sobre el asiento, llamó á Susana, la que estaba en pié detrás de la jóven, mirándola con la boca abierta y sin pestañear.

Recobrada ya Luisa de su aturdimiento, volvió vivamente su hermoso rostro y mirando á su criada le dice:

—Susana, ¿qué ha sucedido?

—Nada extraordinario, querida niña. Ayer me habló el señor cura con respecto á usted y á ese angelito que tanto amamos, y en pocas palabras lo informé de nuestra situacion: como el respetable señor es tan bueno, se ha compadecido de la suerte de usted, y sin duda el cielo le ha inspirado el pensamiento de favorecerla, así como á su sobrino.

—¿Y no has dicho otra cosa, Susana!

—¡Yo! ¡Qué! ¡Ha pensado usted, señorita!. . .

Y la anciana hizo un gesto por el que se contrajeron sus facciones. Advirtiólo la jóven y conoció que la habia ofendido con una infundada sospecha.

—¡Ah, querida Susana! ¡Madre mia! ¡No me acuses: soy muy injusta, ya lo veo. Perdóname. Sí, perdona á tu hija. ¿No me has servido de madre? ¿No me amas como si me hubieses dado la vida? ¿No te has sacrificado toda entera á mi felicidad? ¡Y yo! Yo. . . ingrata criatura, dudé un instante de tu fidelidad! ¡Ah, Susana! ¡querida Susana!. . .

Y hecha un mar de lágrimas se arrojó la jóven al cuello de su fiel criada que enternecida, acariciaba su hermosa cabeza y procuraba consolarla con palabras interrumpidas por la emocion.

Así permanecieron algunos minutos, hasta que se calmaron ambas, y se separaron cada una á sus quehaceres.

En los dias siguientes á los sucesos que acabamos de referir, Luisa no apartaba su memoria un instante del respetable sacerdote que le habia hecho tanto bien. Ni podia ser de otro modo. En su vida de abnegacion y de sufrimiento, no habia tratado mas que á una sola persona y esta habia ocasionado la desgracia de toda su vida: por lo mismo, tenia formado tan mal concepto de los hombres en general, que no comprendia cómo existian seres benéficos que se dedicaran á hacer el bien y á dar socorros á los necesitados. ¡Era tan candorosa la pobre jóven!

Mas no apresuremos los sucesos.

A poco tiempo fué Cárlos enviado al colegio, en donde hacia tales progresos en sus estudios, que admiraba á sus catedráticos con su incesante aplicacion, por lo que le amaban en extremo, así como sus condiscípulos, que procuraban á porfia imitarle y disputarse su amistad.

Así fué creciendo y formándose de paso un carácter afable y bondadoso, y un fondo de honradez y franqueza que lo distinguió en lo sucesivo.

Pasaban los años, y en las vacaciones venia Cárlos cada vez mas contento, á habitar la solitaria casita donde habia pasado su infancia, en compañía de las dos únicas personas por quienes hubiera dado la vida.

En esta triste morada nada habia cambiado. Nada de cuanto él habia dejado el año anterior faltaba: todo estaba lo mismo que lo viera cada vez que volvia del colegio. Solo su tia, su preciosa tia, variaba mas y mas cada dia. La pobre jóven sufria verdaderamente. A veces tenia ataques bastante graves que daban mucho cuidado á Susana y la tenian alerta sobre la situacion de su preciosa ama. A fuerza de trabajar en las labores de aguja de que subsistia, se habia contraido una enfermedad de pulmon que la molestaba infinito, y la consumia lentamente. Daba lástima ver aquella interesante jóven, tan linda antes, tan llena de juventud y belleza, ahora tan extenuada, tan débil y enfermiza, que apenas se podia tener en pié. Semejante á una hermosa flor separada de su tallo, decaia insensiblemente; y al contemplar la destruccion de su bella máquina, se sonreia tristemente, animándose su melancólico semblante con una resignacion angelical, que la hacia mas interesante.

Una sola esperanza la sostenia sobre la tierra: las consoladoras promesas del Divino Salvador. La idea de un eterno premio, concedido en la otra vida á la virtud y al sufrimiento, la llenaba de un dulce consuelo, y se resignaba á sobrellevar con inimitable paciencia los padecimientos consiguientes á su estado de penas y martirios.

Así pasaron algunos años, y las intermitencias por que pasaba la interesante Luisa menoscabaron su angelical belleza, en términos de estar casi desconocida.

Cárlos que era ya un elegante jóven, estaba al concluir sus estudios, cuando acaeció la muerte de su virtuoso y benéfico bienhechor, y poco faltó para que le hiciera perder el juicio tan irremediable pérdida. Sin embargo, redobló sus esfuerzos y después de algun tiempo terminó su carrera literaria y se recibió de abogado. Su grande ingenio, su mucha honradez y su carácter franco y generoso, le granjearon en poco tiempo la confianza pública. Su bufete se acreditó sobremanera, y en adelante le proporcionó suficientes medios de subsistencia, á la vez que una fama de probidad no escasa. El aspecto de miseria que presentaba su antigua morada ya no existia. Una decente mediania reemplazó su anterior pobreza, y la enferma Luisa, que ya no era jóven ni bella, descansó de sus trabajos. Cárlos que la amaba como á una madre, la rodeó de comodidades y procuraba recompensar, á fuerza de cuidados y de cariño, los sacrificios que la pobre habia hecho en su obsequio desde que vino al mundo el agraciado jóven.

Veintiocho años tenia ya el inteligente abogado Cárlos, cuando una mañana recibió una esquelita de parte de un sugeto bastante rico que estaba recien establecido en la ciudad, y á quien Cárlos apenas conocia. Inmediatamente pasó á su tocador, se vistió de prisa, y concluida que fué esta operacion, se dirigió á la casa de don Fernando A., autor de la carta consabida. Este que le esperaba en su gabinete, era un hombre de cincuenta años, alto, en extremo flaco, de color pálido, de pelo cano, y de un rostro en el que estaban pintadas la astucia y maldad mas refinadas. Sus pequeños ojos redondos y verdes como los de los gatos, se fijaban de manera en las personas que tenia delante, que parecia querian penetrar hasta su corazon. Este que le esperaba en su gabinete, era un astuto pillo, enriquecido á fuerza de fraudes, y cuya juventud habia sido viciosa y libertina hasta el extremo.

Apenas se presentó nuestro jóven abogado, cuando don Fernando que le esperaba como se ha dicho, le alargó su flaca y huesuda mano, y le saludó con una fin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gida afabilidad, que sabia dar á su repugnante faz, cuando queria aparecer amable.

Sentados ya los dos personajes, tuvieron una larga conferencia acerca de los asuntos de don Fernando, el que encargó á Cárlos de varios negocios embrollados, que el no podia ó no queria arreglar. Al despedirse don Cárlos salió el dueño de la casa acompañándole hasta el zaguan, en cuyo tiempo le hizo mil ofertas, á las que correspondió el jóven con otras tantas. Por este medio tuvo el abogado ocasion de frecuentar la opulenta casa de don Fernando, en la que si por una parte pasó las horas mas deliciosas de su vida, por otra vino á ser el mas desgraciado de los hombres.

Don Fernando A. era viudo y tenia una hija de diez y siete años, de una rara hermosura, amable, virtuosa y preciosa; prendas que debia á su difunta madre, de quien era un fiel retrato. Don Fernando se habia descuidado de la educacion de su hija, dejándola encomendada á su mujer, pues á él le faltaba tiempo para sus ocupaciones ordinarias: fuera de casa siempre, no veia á su esposa é hija sino muy raras veces, y eso para reñir con la primera, que alguna que otra vez solia reprender con mucha dulzura y timidez los desórdenes del libertino viejo.

Las pesadumbres que don Fernando daba continuamente á su mujer, con su conducta depravada, le apresuraron la muerte, dos años antes de la época de que hablamos; y solo entonces fué cuando se redujo un poco, y concentró todos sus cuidados y afectos en su amable hija.

Hacia algunos dias que el jóven abogado frecuentaba la casa de don Fernando, mas siquiera sabia que tuviese este una hija. Una noche de julio en que la luna llena reflectaba su hermosa claridad, estaba la preciosa jóven, hija de don Fernando, recostada sobre un elegante y cómodo "butaque" en el ángulo de uno de los portales interiores de la casa. A su lado, su padre, de pié y con los brazos cruzados, tenia clavados sus pequeños ojos en el rostro de la jóven, extático, contemplando tanta belleza, como si viera por la primera vez á su hija. Esta con la cabeza inclinada hácia atrás, tenia sus hermosos ojos fijos en el firmamento, sembrado de luceros plateados que brillaban tanto como los de la jóven. Esta vez entró el abogado, casi hasta el punto donde estaba parado don Fernando, y no fué sentido de este, ni menos de su hija, que permanecia en la misma posicion.

Cárlos saludó, don Fernando volvió la cabeza, y al percibir á su amigo tan cerca, le tomó la mano y le presentó á su hija.

Al oir la jóven la voz de su padre, volvió de su éxtasis, y saludó al recien llegado con alguna cortedad; no obstante ofreció asiento á Cárlos, y después de un corto silencio, siguieron conversando cosas indiferentes, hasta llegar á tocar un punto de música.

—Amigo, dijo don Fernando á Cárlos, he sabido ayer casualmente que es usted un excelente músico, y deseo que mi hija oiga tocar á usted alguna cosita.

—Señor, usted me favorece mucho sin duda, pero yo no soy, ni con mucho, un músico: aficionado, nada mas. Los ratos de descanso los empleo en ejercitar mi voz, acompañándola con la guitarra ó piano, y me distraigo de ese modo.

—Siendo así, caballero, repuso la dulce voz de la jóven, me atrevo á suplicar á usted que si no le sirve de molestia....

—Nada, señorita, tartamudeó Cárlos, estoy á las órdenes de usted.

La jóven no esperó la repeticion de esta oferta, sino que inmediatamente se paró y tomando el brazo de su padre, invitó á Cárlos á que los acompañara al salencito que le servia de gabinete. El jóven

abogado, obediente á una seña de su preciosa convidadora, se sentó al piano; y después de algunos preludios, dió á conocer á sus admirados oyentes, que nada habia de exagerado en lo que habian dicho á don Fernando acerca de su habilidad. El viejo no era músico; pero tenia mucha capacidad para conocer la buena ejecucion de su amigo, y otras circunstancias que al mas inteligente en el arte, habrian precisado á confesar el grande mérito de don Cárlos.

Estaba la noche bastante adelantada cuando se retiró Cárlos, no sin haber prometido al dueño de la casa que vendria algunas veces á dar lecciones á su hija, que ciertamente estaba muy atrasada en la ciencia de la música.

Cuando Cárlos llegó á su casa era muy tarde, y se fué luego á acostar; pero no pudo, por mas que hizo, conciliar el sueño. Tendido sobre su lecho no podia apartar de su mente la seductiva imágen de la jóven que viera por la primera vez esa noche, y que en lo sucesivo iba á tratar y ver, con permiso de su padre, cuando á él le placiera. Sin embargo, un sentimiento indefinible de tristeza se habia apoderado de su pecho, y le oprimia el alma con mayor fuerza cada vez que queria separar de su imaginacion acalorada la angelical criatura que ya era árbitra de su suerte.

Cárlos nunca habia amado por tanto no comprendia muy bien el sentimiento desconocido que se habia apoderado de su corazon, y ni siquiera imaginaba que fuese amor lo que sentia por la jóven que hacia algunas horas ocupaba exclusivamente su memoria y todo su ser.

La aurora le sorprendió sin haber dormido ni un instante. Su ardorosa frente le quemaba las manos cuando con ellas comprimia su agitada cabeza.

Apenas fué hora de que nuestro desvelado jóven se presentase en casa de don Fernando, cuando lo hizo, y no quedó poco sorprendido al ver que se le esperaba, y después de un rato comenzó su leccion de música en compañía de la linda jóven discípula, al principio con alguna cortedad, luego con mas desembarazo y por último, como si siempre hubieran vivido juntos....

Nunca hubo un maestro mas puntual ni de tanta eficacia para dar sus lecciones; ni jamás hubo una discípula mas aplicada é inteligente. El tiempo volaba con rapidez para nuestros jóvenes músicos y solo cuando no estaban juntos sentian que corria lentamente, siéndoles sobremanera pesadas y fastidiosas las horas que debian estar separados.

Pasaban los dias y los meses sin contratiempo alguno para nuestros enamorados jóvenes, pues es fuerza decirlo aunque los labios del interesante maestro no habian proferido una declaracion amorosa, sus ojos, ese espejo fiel del alma en que se leen las mas íntimas afecciones, habian expresado bastante para ser entendidos de la preciosa jóven, cuyo corazon tierno é ingenuo se entregó sin reserva, y con todo el entusiasmo de un primer amor; tanto mas cuanto que don Fernando aprobaba tácitamente la inclinacion que su hija manifestaba al abogado, pues que voluntariamente los dejaba solos siempre que se ofrecia. El astuto y *calculista* viejo pensaba, y con razon, que su inocente y hermosa hija aunque tan bella y tan rica no podia encontrar un hombre que la amara como Cárlos, y que la hiciera tan feliz como debia esperarse de un sugeto dotado de tan bellas cualidades, y que poseia además un excelente corazon, unido á lo que se llama buena presencia. Cárlos pasaba entre las bellas por buen mozo.

No ignoraba don Fernando nada de lo que pasaba en los corazones de ambos jó-

venes, y se proponia hacerlos felices, uniéndolos con lazos sagrados é indisolubles. Habia leido en sus miradas y hasta en sus menores acciones las muestras recíprocas del sincero afecto que el frecuente trato habia engendrado en unas almas tan tiernas y virtuosas como las de nuestros jóvenes. No obstante, disimulaba y observaba con la mayor atencion la intachable conducta de su abogado, vigilándole sin que él lo advirtiese, cuyo resultado en nada variaba la resolucion que habia tomado, y era su proyecto de union fijado ya irremisiblemente; lo que si hubiera podido adivinar nuestra interesante pareja la hubiera colmado de alegría. Su felicidad hubiera sido completa: ningun pensamiento importuno hubiera turbado su tranquila seguridad cuando pensaba que solo podia separarlos el mismo que solo trataba de unirlos.

(*Concluirá.*)

MEDICINA.

LA MANZANILLA.

(*Anthemis nobilis*, lat., *camomille*, franc., *camomile*, ingl.)

Hay tres especies de plantas á las cuales se da el nombre de camomila ó manzanilla. Todas ellas se emplean en la medicina, pero la que se prefiere es la MANZANILLA ROMANA.

Esta es una planta vivaz, es decir que en todo tiempo conserva su verdor y lozanía, con numerosos tallos herbáceos (de la naturaleza de la yerba), altos de unas siete pulgadas, los cuales llevan en sus extremidades unas flores de pedúnculos ó pezoncillos (palitos de donde están prendidas las flores) uniflores (de una flor), compuestos de florones amarillos y medios florones blancos.

Esta planta, muy comun en Francia y en Méjico, se da en los terrenos arenosos y secos, los campos y las orillas de los caminos poco frecuentados.

Sus flores despiden un olor penetrante que halaga al olfato: su sabor es cálido y amargo.

PROPIEDADES MEDICINALES.

La infusion simple ó vinosa de las flores de MANZANILLA es un remedio eficaz contra las calenturas intermitentes (que repiten periódicamente) de primavera.

Conviene algunas ocasiones aumentar la virtud de la infusion añadiéndole las flores en sustancia.

Reducidas á polvo, estas se dan en la misma dósis y de la misma manera que la quinina. Pueden tambien aplicarse en lavativas.

En polvo, adminístrase en dósis de una á una y media dracmas.

La infusion teiforme ó el TÉ DE MANZANILLA se prepara vertiendo poco menos de un cuartillo de agua hirviendo sobre una y media dracmas de flores.

(*Enciclopedia económica.*)

ECONOMIA DOMESTICA.

ASADOS.

El asar requiere propiamente mas cuidado del que comunmente se pone en ello. Las parrillas deben estar completamente calientes (lo que es obra de cinco minutos de calor) antes de que se ponga alguna cosa sobre ellas. Ya que están calientes es necesario untarles una poca de grasa fresca para impedir que la carne se pegue á las varillas: para el pescado, engrásense con greda (tiza) las varillas. Los mejores torreznos son los de la parte de adentro de las parrillas. La lumbre debe ser viva y clara y la carne debe estarse volteando cada rato con tenazas.

ENSALADA DE LANGOSTA.

Hágase una mezcla batiendo dos huevos duros con dos cucharadas de aceite y una de mostaza seca; añádese á esto vinagre y sal, al paladar. Entresáquese con esmero la carne de una langosta; córtese menudamente y revuélvase con lechuga blanca y endibia si se quiere; por encima de la ensalada viértase la mezcla, y sírvase en un plato hondo, no en fuente. Puede hacerse uso de una gallina fiambre ó de lenguado en lugar de la langosta. Tambien se puede hacer con langostinos. El aceite y el vinagre debe verterse en la mezcla poco á poco y todos los ingredientes deben mezclarse con el mayor cuidado.

TARTA DE LIMON.

Azúcar blanca, una cuarta de libra (cuatro onzas); mantequilla fresca, una cuarta de libra tambien; zumo de tres limones y la corteza rallada de dos; huevos, cuatro; leche, dos cucharadas; y una poca de azúcar candi en polvo.

TABACO DE OLOR.

Para aromatizar el TABACO con rosa, azahar, jazmin ó cualquiera otro olor, tómese una caja guarnecida de papel perfectamente seco, póngase en ella una capa de TABACO del espesor de una pulgada y luego una capa de flores encima, después otra de TABACO y otra de flores y así hasta llenar la caja. Después de veinticuatro horas pásese por tamiz el TABACO para quitarle las flores, póngansele otras, continuándose así hasta que el TABACO haya tomado el grado de aroma, ticidad que se quiera darle. Póngasele luego en una vasija de vidrio que se tapará con cuidado.

PARA DAR LUSTRE Y BLANCURA AL CUTIS.

El agua destilada de fresas, de melon y de pimpinela, y la que se saca exprimiendo simplemente las fresas y las rosas dan, usándolas, blancura y lustre al cutis. Tambien produce el mismo efecto el lavarse con leche de cabra, de burra ó pollina y de mujer, el seguir un régimen refrigerante y el tomar suero clarificado. Por último, se acaba de dar al cutis el mas hermoso lustre añadiendo á estas ablúciones el agua de rocío recogida por la mañana.

REMEDIO CONTRA LA POLILLA.

Una onza de sublimado corrosivo (soliman) disuélvase en media azumbre (dos cuartillos) de agua; en este líquido empápense unos lienzos grandes de *calicó* (cidiana) propios para envolver, exprimanse torciéndolos, y cuando estén secos prendanse en ellos las piezas que se quieran preservar de la POLILLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MISCELANEA.

UNA PINTURA SUBLIME.

Yo visité, dice Hans Andersen, con la baronesa Decken, por primera vez, al afamado y primoroso pintor Retzch que ha publicado las atrevidas delineaciones de Goethe, Shakspeare, etc. Lleva una especie de vida de arcadio, entre humildes viñas en el camino de Meisen. Todos los años hace á su mujer un regalo, el dia de su cumpleaños, de un dibujo nuevo, siempre elegido entre los mejores que trabaja: la coleccion ha llegado á componer un "álbum" de mucho valor que ella debe publicar si muriese él primero. Entre las muchas concepciones magníficas que en el "álbum" se encuentran, una me llamó particularmente la atencion, á saber la Huida á Egipto. Es de noche; todo cuanto hay en el cuadro duerme, María, José, los arbustos y las flores, hasta el asno que carga á la Vírgen, todo, en fin, menos el niño Jesús, que con sus ojos abiertos y su ingenuo semblante vela sobre todos y todo lo ilumina.

LOS PARIENTES POBRES.

Un pariente pobre, dice un crítico, es la cosa mas disparatada del mundo, una pieza impertinente de una correspondencia, una vecindad odiosa, una conciencia hostigadora, una sombra trastrocada que opaca vuestra prosperidad, un recordador molesto, una mortificacion perpetua, un desaguadero de vuestro bolsillo, el mas intolerable manchon de vuestra vanidad, un estorbo á vuestros adelantamientos, un impedimento á vuestra elevacion, una mancha en vuestra sangre, un borron en vuestro escudo, un jiron en vuestro vestido, una calavera en vuestros banquetes, un Lázaro á vuestra puerta, un leon en vuestro camino, un sapo en vuestro cuarto, una mosca en vuestro aceite, una mota en vuestro ojo, un triunfo para vuestro enemigo, una apología para vuestros amigos, la cosa que está demás, el granizo en vuestra cosecha, la onza de acíbar en una libra de miel.

ETIMOLOGÍA DE LA FLOR DE LIS.

Hácia mediados del siglo XII Luis VII de Francia, habiendo sido excomulgado por el papa, y puesto en entredicho su reino, fué aconsejado á que tomara la cruz y se reuniera con los cruzados. Eligió para su escudo de armas la flor del lirio cárdeno, que de aquí recibió el nombre de *Fleur de Louis* (flor de Luis), el cual nombre se cambió despues en *Fleur de Luce* y últimamente en *Fleur de lis* (flor de azucena), aunque no tiene la flor del blason afinidad ninguna con la azucena.

LOGOGRIFO.

Préstame atencion, lectora,
Y adivinarás al punto
Lo que yo pretendo ahora
Dar á tu mente de asunto
Para meditar una hora.

De mis letras la primera
Con la segunda (ó la cuarta)
Y la postrera, componen
Porcion de cosas atadas;
La tercera, vé mirando,
Con segunda y quinta, de agua
Significan un caudal
Crecido; si bien reparas
Encontrarás en el todo
Una bellísima planta. Luz.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:

CA. MI. LA.

EL GRILLO DEL HOGAR.

POR CARLOS DICKENS.

TERCER CHILLIDO.

El cuclillo daba las diez á tiempo que el carruajero vino á sentarse junto á la chimenea.

La fisonomía de John estaba sumamente inmutada por efecto del dolor. Estaba desgarrado su corazon. ¡Su corazon, ay, su corazon estaba tan repleto de amor á Dot! ¡él le estaba tan completamente avasallado! El pobre corazon suyo era tan candoroso é ingenuo, tan potente para el bien, tan débil para el mal, que desde el fatal suceso apenas quedaba en él un hueco para la imágen rota de su ídolo.

Mas poco á poco y mientras el carruajero torneaba con su imaginacion al lado del hogar, frio y triste á la sazon, unos terribles pensamientos cruzaban su mente á manera de una tempestad que se desencadena á la mitad de la noche.

El forastero se hallaba en la casa que habia mancillado..... No habia mas que subir tres escalones para plantarse á la puerta de su cuarto..... Con un puñetazo bastaba para abrir la puerta....

"¡No se necesita mucho para despachar á una persona!" habia dicho Tackleton...

Pero ¿podria llamársele con razon asesino, dejando al malvado que se defendiese? ¿El forastero no era jóven y fuerte?...

Horrendos pensamientos que impulsaban á John á cometer un crímen cuya memoria trocaria su mocedad en una maldita cerca de la cual el viandante recelaria de pasar de parte de noche.

¡El mozo aquel era de seguro el objeto de un primer amor! ¡Qué horrible pensamiento!....

Dot, despues de haber acostado al niño, entró en el cuarto donde se hallaba John.

Arrimóse á escondidas de él y puso á sus piés el taburete. John no reparó la presencia de su mujer sino cuando sintió poner una mano sobre la suya y vió los ojos de Dot vueltos hácia él.

El apacible rostro de Dot se sonreia con él y parecia preguntarle la causa de su muda afliccion. No tuvo valor John para echar de sí á su mujer que se estaba pegadita á él, enclavijadas las manos, con rendido mirar y sueltos los cabellos. Y sin embargo, él sentia una pena muy aguda de verla así, pues ella tenia aquella cara de inocencia que le era habitual y sus ojos manifestaban, como siempre, amor y y anhelo.

Por fin, ella se levantó y se retiró sollozando. John conoció que mejor hubiera querido verla muerta que delincuente para con él, y conforme iba tomando cuerpo este pensamiento en su imaginacion iba tambien tomándole unas ideas de venganza.

Habia allí una escopeta colgada de la pared.

Arrebató John la escopeta y se encaminó hácia el cuarto del forastero. Parecíale que aquella arma estaba por una fatalidad destinada á matar á aquel hombre como á un animal feroz.

Dió un paso mas en direccion á la puerta..... ¡De pronto una luz viva brilló en la chimenea y soltóse el grillo á cantar!

Ninguna voz humana hubiera tenido el poder de calmar el furor de John como lo hizo al punto este solo chillido. ¡El tal chillido le traia á la memoria recuerdos tan deliciosos!

John se alejó de la puerta y soltó el arma. Luego, volviendo á sentarse donde mismo estaba antes, escondió el rostro entre las manos y derramó copioso llanto.

En esto el grillo se saltó dentro del aposento y tomó á la vista de John una forma encantada.

—"¡Yo lo quiero por todos los pensamientos que me ha hecho tener!" su voz inocente, dijo la hada.

—¡Esas son sus propias palabras! exclamó el carruajero. ¡Sí, así hablaba Dot!

—"Esta casita ha sido un paraíso, ¡y por eso, por eso, John, quiero tanto al grillo!"

—Es mucha verdad, replicó el carruajero. Con ella vino aquí la dicha, pero la dicha se fué ya.

—¡Dot es tan amable, tan buena, tan alegre, tan activa! dijo la voz.

—¡Oh! ¡cuánto la queria yo! dijo John.

—¡Cuánto "la quiero!" debes decir, repuso la voz. Por este hogar de que ella era el encanto y que sin ella será triste y estará desierto, por este hogar testigo de tantos gozos, ¡escúchame! escúchame pues digo la verdad.

Y en tanto que el carruajero permanecia absorto en sus pensamientos, mil hadas, saliendo de todo cuanto habia en la casa, se llegaron á saludar la imágen de Dot, que acababa de aparecerse en medio de aposento como en un espejo mágico.

Con sus manecillas solícitas coronaron de flores aquella peregrina imágen como para probar que ella era siempre pura y siempre digna de su amor de ellas.

De pronto la aparicion vino á tomar lugar junto á la lumbre, al lado de John. Las hadas rodearon á John y parecian decirle todas á una:

—¡Aquí tienes á la mujer que lloras!

Confusos ecos de voces é instrumentos retumbaron alegremente por la parte de afuera, y al punto una tropa de doncellitas, entre las cuales se hallaba May Fielding, se precipitó cantando dentro del aposento.

Dot, en medio de ellas, era la mas jóven de todas y la mas hermosa. Invitábanla á que las acompañara á bailar. Pero negóse Dot á bailar, enseñándoles su cubierto puesto y dándoles á entender que aguardaba á alguien.

En este momento un carruajero cruzó la puerta y Dot fué y se arrojó á sus brazos.

Al mismo instante otra imágen se apareció en el espejo mágico: esta era la del forastero, cuya inmensa sombra se extendia á lo lejos y parecia como que empañaba la luna del espejo. Pero las ágiles hadas, poniéndose á la obra como un alegre enjambre de abejas, frotaron el espejo y le restituyeron su brillo todo.

La imágen de Dot volvió al punto á verse mas hermosa, mas brillante que nunca y meciendo al niño en sus brazos.

Bien que de vez en cuando la imágen del forastero se representase en el espejo, no aparecia ya con aquellas gigantescas proporciones de antes. A cada aparicion de esta sombra, las hadas despedian un grito general de consternacion y ponian en movimiento sus piernecillas y sus manecitas para restituir al espejo su primitiva tersura. Entonces volvia á aparecer la imágen de Dot y mil aclamaciones alegres saludaban su regreso.

Pasóse así la noche. Opacáronse las estrellas... rayó el alba fria... levantóse el sol.

El carruajero yacia en el mismo paraje y en la propia actitud.

Ya que estuvo adelantado el dia, se levantó para reparar el desórden de su traje. Aquel dia era el de la boda de Tackleton y desde la víspera habia quedado convenido que iria él á la iglesia con Dot. ¡Qué cambio habia ocurrido desde la víspera!

El carruajero esperaba que Tackleton iria á visitarle por la mañana. En efecto, á los diez minutos escasos de estar él paseándose delante de la puerta de su casa, vió venir á lo lejos el coche del mercader de juguetes.

Tackleton estaba magníficamente vestido, y la cabeza de su caballo estaba guarnecida de cintas y flores.

El caballo tenia la traza de un novio, mucho mas en verdad que el mismo Tackleton, cuyo medio apagado ojo tenia una expresion desagradable como nunca. Pero maldito el cuidado que puso el carruajero en esto, pues andaban por otra parte sus pensamientos.

—Amigo, dijo Tackleton con acento dolorido, ¿cómo lo pasa usted hoy?

—He pasado mala noche, maese Tackleton, contestó el carretero meneando la cabeza, pero estoy sereno ahora... ¿Tiene usted tiempo para escucharme un rato?

—Ex profeso he venido con esa intencion, respondió Tackleton bajándose del coche.

—La ceremonia es para el mediódia, ¿no es así? preguntó Tackleton entrando en la casa del carruajero.

—Sí, dijo este: así bien podré hablar con usted.

A tiempo que entraban percibieron á la criadita golpeando la puerta del cuarto que ocupaba el forastero.

—¡No responde el hombre! exclamó Tilly con terror; ¿se habrá muerto?

—¡Vamos á ver! dijo Tackleton. Es cosa extraña.

El carruajero le dió á entender con una seña, que era árbitro de hacer lo que le pareciese.

Acudió pues Tackleton al auxilio de Tilly, pero por mas que tocó no hubo nadie que le respondiera. Por último, ocurrióle torcer el boton de la puerta, la cual abriéndose sin la menor resistencia le franqueó el paso en el cuarto.

Un segundo después salió corriendo.

—John Peerybingle, dijo Tackleton, ¡supongo que no habrá ocurrido ninguna novedad anoche!

El carruajero se volvió precipitadamente y miró á Tackleton con asustada cara.

—Ya no está aquí, repuso Tackleton, y me tenia yo...

—Tranquilícese usted, interrumpió el carruajero. Entró en ese cuarto sin que yo le hubiera dicho esta boca es mia, y ninguna alma viviente entró después. Se ha marchado por su gusto. Con toda mi alma mendigaria yo de puerta en puerta mi pan por todo lo que de vida me resta, como pudiera á este precio hacer que nunca hubiera pisado el forastero el umbral de mi casa; pero vino y se largó. Ya no tiene remedio.

Tackleton parecia no creerlo.

—Usted me puso ayer delante de los ojos á la mujer que amo, repuso el carruajero, platicando misteriosamente con el forastero. No podia usted haberme dado un golpe mas cruel, y á decir verdad no me lo esperaba yo de usted. Pero ya lo hizo usted. Ahora, ya que usted ha visto á mi mujer, la mujer á quien yo quiero, en su finqueza y su bochorno, justo es que tambien la vea usted en su vigor y su gloria. Con que va usted á verla con mis ojos y á conocer el fondo de mi pensamiento.

Tackleton tenia una traza empachada, pues el hombre que tenia cara á cara, con todo y su rusticidad y sencillez tenia en

este momento una gravedad que infundia respeto.

—Yo he amado á mi pequeña Dot, prosiguió el carruajero, porque la he visto crecer en la casa de su padre; porque conocia bien sus bellas prendas, y en resumidas cuentas, porque de muchos años atrás ella era mi vida. No creo yo que alma viviente hubiera podido quererla mas. No pocas veces me he dicho que no era yo digno de ella, pero que sin embargo sabria hacerla feliz y sobre todo apreciarla mejor que nadie. Este pensamiento me alentaba y me determiné á pedir su mano. Me la dieron. Yo habia estudiado bien mi corazon. Conocia yo lo feliz que seria.... ¡Lo era yo tanto!... Pero, ya lo estoy mirando ahora, no habia yo estudiado las inclinaciones y disposiciones de Dot.

—Sin remedio, dijo Tackleton. ¡Usted no habia echado de ver su frivolidad, su coqueteria!

—Mejor le estaria á usted no cortarme la palabra antes de haberme comprendido, y está usted muy distante de comprenderme. Si ayer estaba yo pronto á castigar al hombre que hubiera hablado mal de ella, hoy me encuentro dispuesto á despachurrar con el piè la cara de ese hombre, ¡así fuera mi propio hermano!

El mercader de juguetes bajó los ojos temblando.

—¿Reparé yo siquiera, prosiguió el carruajero, reparé yo siquiera, al tomarla por mujer, á ella tan jóven y tan linda, que yo la arrebataba á sus compañeras y á los gustos de su edad, para tenerla encerrada en mi triste casa y para que pasara toda su vida en mi insulsa compañía? ¿Tomé acaso en cuenta la diferencia de nuestros gustos y de nuestros genios?... ¿He considerado acaso nunca si su imaginacion alegre y viva podria amoldarse á mi entendimiento lento y rústico?.....

¡Por qué me habia yo hecho un mérito de mi amor para con ella, pues que no se se le puede ver sin amarla? He sacado partido de su inexperiencia para hacerla mi mujer. ¡Cuánto me pesa hoy, no por mí, sino por ella, por la pobre criatura! ¡Dios la bendiga! prosiguió el carruajero con profundo enternecimiento.... ¡Dios la bendiga por haberme tan amorosamente ocultado la verdad! ¡Pobre Dot!

—Bien debe enternecer á usted la prueba de cariño que le acaba de dar, dijo Tackleton con tono zumbon.

—Ella ha hecho siempre cuanto ha estado de su parte, repuso el carruajero con voz enternecida y arrasados de lágrimas los ojos, ella ha hecho siempre cuanto ha estado de su parte por mostrarse amante y apegada á mí, pongo por testigos de esto los dias de felicidad que he pasado bajo este techo, y este recuerdo me traerá algun consuelo cuando me encuentre yo aquí solo.

—¿Cómo solo? dijo Tackleton.... pues ¿qué piensa usted hacer?

—Lo que yo quiero hacer es reparar tados mis yerros. Quiero restituirle á ella la libertad que le he arrebatado.

—¡Reparar yerros! exclamó Tackleton haciendo un gesto espantoso y riéndose á carcajadas. ¿Habla usted con formalidad?

El carruajero asió á Tackleton del cuello y le sacudió como lo hubiera hecho con una caña.

—¿Tengo yo cara de estar chanceándome? gritó. Escúcheme usted hasta el fin. Anoche me la pasé toda entera al lado de la lumbre y me estuve pensando y reflexionando muy despacio. ¡Por mi ánima, que Dot es inocente! La desconfianza y el temor se han ausentado de mí, y no me acompaña sino la afliccion. Ya no la aborrezco por lo que ayer hizo: fué obra de su irreflexion y se lo perdono. Así, que se vaya libre, que se vuelva á la casa

de su padre do donde he tenido la crueldad de arrebatarla. Entre nosotros ya se acabó todo.

—¡Oh, no! ¡no, John! no se acabó todo. Yo acabo de oir tus nobles palabras y ten entendido que me han penetrado de agradecimiento.... Dame solamente una hora antes de fallar sobre mi suerte.

¿No era Dot la que así se explicaba? Sí, la mismísima Dot era, que se habia tenido hasta aquel momento agachapada en un rincon y que no habia perdido ni un vocablo siquiera de la conversacion entre Tackleton y su marido.

—No me restituirás la felicidad pasada, respondió el carruajero sonriéndose con tristeza. Pero sea como tú lo quieres.

—En cuanto á mí, dijo Tackleton, no tengo tiempo de aguardar. Tengo que irme. Me están aguardando para la ceremonia. ¡A dios, John Peerybingle! siento mucho no estar presente á la explicacion que le promete á usted su mujer. ¡A dios.

—Yo me he explicado muy claramente por mi parte, ¿no es verdad? dijo el carruajero acompañando á Tackleton.

—Muy claramente.

—¿Y usted no echará en olvido lo que he dicho?

—En verdad, contestó Tackleton después de haber tenido la precaucion de subir al coche antes de responder, lo que me ha dicho usted es tan maravilloso que no lo he de olvidar, cuente usted con ello.

—Mejor para los dos, respondió el carruajero. ¡A dios!

John Peerybingle, después de haber acompañado un rato con la vista al carruaje que se alejaba con rapidez, fuése á pasear sus desvelos por la huerta, para no volver antes que sonara la hora.

Dot, por su parte, no se quedó sola, pues Caleb Plummer y la ciegueeita acababan de llegar.

—Ya sabia yo que no habian de ir ustedes á la boda y que aquí habiamos de hallarlos, dijo Caleb apretando cariñosamente las dos manos de Dot. Me han contado lo que ha pasado, pero yo conozco á usted, Dot, y no la creo culpada. Berta no quiere asistir al casamiento y se la traigo á usted para que me sosiegue á la pobre criatura que no hace mas que llorar y afligirse.

—Dot, exclamó Berta, ¿dónde está tu mano? ¡Ah, Dios te lo pague! dijo apretándole la mano contra sus labios. Han hablado deslenguadamente de tí ayer, prosiguió la jóven, pero lo que han dicho es falso, estoy segurísima.

No respondia Dot.

—Los malvados mienten, exclamó Berta. Yo se los he dicho. No soy tan ciega que no pueda descubrir la verdad. ¡Yo los conozco á ustedes todos mejor de lo que ustedes piensan!

—¡Berta, hija de mi vida! dijo Caleb... mientras estamos aquí solos los tres voy á decirte una cosa triste.

—¿Una cosa triste, padre?

—Sí, repuso Caleb, tengo que confesarte, Berta, que te he engañado y que he sido muy cruel para contigo sin quererlo.

—¡Usted! ¡cruel para conmigo! exclamó Berta llena de asombro.

—Él se acusa demasiado severamente, Berta, dijo mistress Peerybingle. Tú sefías la primera que lo advierta.

—¡Cruel para conmigo! ¡él! repitió la jóven con una sonrisa de incredulidad.

—Sin mala intencion, vida mia, dijo Caleb. Pero he sido cruel, y no lo he reparado sino desde ayer.... ¡Hijasle mi vida, escúchame y perdóname! El cuando en que vives, amor mio, no es como yo te lo he pintado. ¡Tú tienes confianza en mis palabras, y yo te he engañado!

Temblando de piés á cabeza, Berta se apretó contra su amiga.

—El camino que tenias que andar, alma mia, era escabroso, prosiguió Caleb, y queria yo hacértelo menos trabajoso. Te he representado los objetos y los corazones muy otros de como son y he inventado cosas que nunca han existido. Berta, lo hacia yo para que fueras mas feliz. Te he rodeado de ilusiones y mentiras. ¡Dios me lo perdone!

—¡Pero las personas, esas no son ilusiones! exclamó la cieguecita poniéndose pálida.... ¡Usted no puede cambiarlas!

—¡Yo las he cambiado, Berta! Particularme, una que tú conoces, pobre alma mia....

—¡Oh, padre! ¡tenga usted compasion de mí! dijo ella sobrecogida de una suerte de terror.

—El hombre ese que hoy está para casarse, prosiguió Caleb, es un hombre de una alma seca y negra. Él, él ha sido para nosotros, muchos años hace, un amo de malas entrañas. Es fea su cara y mas fea es su alma.

—¡Dios me valga! exclamó la cieguecita con una expresion de profundo dolor. ¡por qué me ha engañado usted, padre? ¿Por qué despues de haber tenido mi corazon satisfecho, viene usted ahora, como la muerte, á arrancarme de él lo mismo que amo? ¡Ay, Dios mio! ¡qué ciega estoy! ¡qué sola y qué abandonada me encuentro!....

El desdichado padre, clavados en el suelo los ojos, guardó silencio, pues tan solo su arrepentimiento y su dolor podian hablar por él.

—Dot, repuso la cieguecita, describeme nuestra casa. Dime la verdad.

—Tu casa es una mansion bastante triste y miserable, Berta; muy miserable de veras. La casa de ustedes apenas ofrece abrigo contra el viento y la lluvia.

La cieguecita se levantó con una viva agitacion y llamó aparte á la mujercita del carruajero.

—Todos aquellos regalitos de todos los dias, tan preciosos para mí, dijo temblando, ¿de dónde venian? ¿quién era el que me los mandaba?... ¿Eras tú, Dot?...

—No.

—Pues ¿quién? Dot de mi vida, ¡una palabra mas! Arrímate á mí... cerquita. ¿No me has de engañar, Dot?

—¡No, Berta! ¡te lo juro!

—Bueno, te creo porque sé que me tienes lástima. Mira por todo el cuarto. Fija tus ojos en este pobre padre tan bueno y tan amante.... y.... dime lo que ves.

—Yo veo, respondió la jóven que comprendió el pensamiento de la desdichada criatura, veo un anciano sentado en una silla. Su cabeza la tiene tristemente clavada en el suelo. Parece que está esperando las caricias de su hija.

—¡Oh, sí! ¡su hija lo acariciará, lo consolará! ¡Prosigue, Dot de mi alma!

—Es un anciano consumido por los trabajos de cuerpo y de espíritu: son blancos sus cabellos. En este momento le veo abrumado por la desesperacion, pero antes le he visto no pocas veces risueño, cuando tú eras alegre, y lo bendigo yo, ¡pobre padre!

Arrancándose de los brazos de su amiga, la cieguecita corrió y se postró á los piés de su anciano padre y cubrió de besos su cana cabeza.

—¡He recobrado mi vista, ya tengo mi vista! exclamó ella. Estaba yo ciega y veo la luz. ¡No lo conocia yo, á este pobrecillo padre!

No hay palabras con que expresar el enternecimiento de Caleb.

—¡Oh! ¡usted es hermoso y yo quiero á usted, padre! prosiguió la doncellita. ¡Que me digan ahora que estoy ciega!

—¡Berta de mi vida! ¡hija de mi alma! dijo Caleb sollozando.

—¡Dios mio, cómo es que no lo habia yo adivinado!

—El padre tan mozo y bien parecido con su casaca azul, Berta, dijo el pobre Caleb.... se ha desaparecido ahora.

—¡Oh, no! ¡nada se ha desaparecido, padre de mi corazon! todo, todito está aquí en usted. El padre que yo amaba tanto; el padre que nunca he sabido amar como se merece y que nunca he conocido; el bienhechor que yo veneraba porque era bondadoso conmigo, todos están aquí en usted. Nada ha muerto para mí. El alma de cuanto me era mas caro en este mundo está aquí, aquí, con una cabeza cana. ¡Y ya no estoy ciega, padre de mi alma!

Dot, absorta hasta entonces en la contemplacion de aquella escena lastimosa, dirigió la vista al cuclillo y viendo que no faltaban ya mas que cinco minutos para que diera la hora, sintió apoderarse de ella una violenta agitacion.

—Padre, dijo la cieguecita titubeando... ¿y Dot?

—Dot es la mismísima que te he pintado, querida hija, pues trabajo me hubiera costado hacerla mas linda y mejor.

—Ustedes van á ser ahora testigos de otras novedades, querida Berta, dijo la casadita... novedades que van á hacernos felices á todos... No oyes el ruido de un carruaje, Berta... dí, ¿no oyes nada?

—Sí, respondió Berta, el carruaje se acerca rápidamente.

—Prepárense ustedes, repuso Dot temblándole la voz, prepárense á recibir una sorpresa extraordinaria.... Ya viene el carruaje, añadió poniendo en su pecho la mano para contener los latidos de su corazon. ¡Ya se acerca! ¡ya está cerca!... ¡Ya paró!... ¡Yo oigo sus pasos!... ¡Ya abren la puerta!...

A estas palabras un jóven se precipitó en el aposento.

—¿Ya pasó todo? gritó Dot?

—Sí.

—¿A medida de nuestro deseo?

—¡Sí! á medida de nuestro deseo.

—¿Conoce usted esta voz, querido Caleb? ¿No la ha oido usted nunca? clamó Dot.

—Sí... mi hijo que partió para las islas estaba vivo... dijo Caleb con trémula voz....

—¡Está vivo! exclamó Dot. ¡Vivo! ¡Aquí lo tiene usted! Él es, su hijo de usted, Caleb... ¡Tu hermano de tu alma, Berta!

En este momento el carruajero se presentó en el aposento... No quiero pintaros su asombro á la vista de aquel paso.

—¡John! exclamó Caleb loco de alegría... ¡John! ¿vea usted á mi hijo, el hijo que yo tenia por muerto y que Dios me returna!... ¿No lo conoce usted ya, usted que tanto lo quiso cuando era niño?

El carruajero se adelantó hácia el jóven para darle la mano, pero retrocedió de repente al reconocer en su persona al forastero.

—Eduardo, dijo despues de un instante de silencio... ¿eras tú?

—¡Dígale usted todo! exclamó Dot, ¡cuéntele usted todo, Eduardo, y no se pare usted por mí, pues en adelante ya no tengo que esperar gracia de su parte.

—Yo era, dijo Eduardo.

—Y ¿cómo has tenido la ocurrencia de disfrazarte para introducirte en mi casa, en la casa de tu antiguo amigo? dijo el carruajero... Caleb, ahora algunos años conocia yo á un muchacho sincero y bueno que no habria cometido una negra accion...

—Yo tambien tenia ahora pocos años, dijo Eduardo, un amigo generoso á quien amaba como á otro hermano, y que no me habria condenado sin oirme. Ese es usted. Por lo tanto, espero que usted no se excusará de oirme ahora.

—¡Pues habla! dijo el carruajero des-

pidiendo una niumutada mirada á Dot que se mantenia léjos de él.

—Antes de marcharme á las islas, dijo Eduardo, yo estaba prendado de una jóven, la cual me correspondia. Ella era muchacha, es verdad, y quizá no habia consultado bien su corazon, pero yo estaba seguro del mio y la queria de veras.

—¡Tú! exclamó el carruajero.... ¡Tú!

—Yo. Yo la queria, respondió Eduardo. Ella me habia confesado que me correspondia y desde entonces siempre creí en su fe. Ahora ya me he asegurado de su amor. Tengo la prueba de él.

—¡Gran Dios! exclamó el carruajero.

—Después de mil azares y trabajos he vuelto al fin á su lado, tan fiel como siempre, y disponíame á recordarle la fe empeñada, cuando tuve noticia, antes de verla, de que me habia dado al olvido y tenia ofrecida su mano.... Con todo, propúseme verla por la última. Oculto bajo un disfraz me allegué á esta casa, y...

—Y, dijo Dot arrebatando la palabra, ella, á la vista de Eduardo á quien creia en el otro mundo y sabedora de sus intenciones, le aconsejó que no diera á saber su llegada á nadie, mucho menos á su antiguo amigo John Peerybingle, quien, decia ella, no era hombre de saber guardar un secreto. Luego ella.... esa ella soy yo, John, dijo la mujercita.... ella le contó cómo la muchacha creyéndole muerto habia mal de su grado y por ser obediente á su madre, consentido en tomar á otro por esposo. Ella le dijo tambien.... ella, yo, ¿estás, John?.... ella le dijo que el matrimonio no estaba todavía consumado, que ella tomaba de su cuenta el ver á la muchacha y saber cómo pensaba. En fin ella dos careó á los dos "y" ellos dos se han entendido á las mil maravillas, "y" ellos se han casado hace una hora! ¡Y aquí está el novio! ¡Y Gruff y Tackleton, si quiere, puede irse á la otra vida soltero! ¡Y yo, John, soy una mujercita muy dichosa!

El pobre del buen carruajero, en medio de los afectos que agitaban su pecho, se quedó un rato hecho una estatua: luego se arrojó hácia Dot con los brazos abiertos.

—¡No, John, no! Escúchame hasta el fin. Antes de restituirme tu cariño, espera á que te haya dicho yo todo. Mal he hecho, John, en tener para tí un secreto. Mucho lo siento. No creia yo hacer mal y no he advertido mi yerro sino demasiado tarde. Pero ¿cómo es posible que hayas tú tenido ánimo para sospechar de mí, John?

John Peerybingle quiso de nuevo estrecharla entre sus brazos, pero ella le echó léjos de sí.

—No, John! díjole, ¡todavía no es tiempo!..... Cuando yo me rio de tí en tu propia cara, John, y que te llamo mostrenco, tonto, es porque te quiero. Pero oye lo que tenia yo mas empeño en decirte y que me he reservado para lo último: mi bueno y generoso John, mientras que hablábamos la otra noche con motivo del grillo, tenia yo ganas de decirte que allá en los primeros dias no te queria yo tanto como te quiero ahora, pues sábete, John de mi vida, que cada dia, cada instante echo de ver que te voy queriendo mas, y creceria mas mi cariño, si posible fuera, después de tus guapas palabras de esta mañana. ¡Ahora, marido de mi alma, llévame á tu corazon! ¡Ahí, ahí es donde yo vivo, John, y nunca jamás pienses en despedirme de ahí!

Arduo empeño seria expresar el enajenamiento de júbilo de John y el enternecimiento de todos los que se hallaban presentes á esta ternísima escena. En su alegría pasáronse de uno á otro el rorro de mistress Peerybingle, como si hubiera sido cosa de beber.

En esto oyóse parar á la puerta otro coche, y vióse á Gruff y Tackleton ir entrando con los cabellos "alborotados" y ojos huraños.

—¿Cómo se entiende esto, John Peerybingle? exclamó. Algun misterio hay en esto. Acabo de ver á mi novia en la casa de usted. ¡Oh! ¡aquí está!.... Dispénseme usted, señor, dijo á Eduardo que estaba platicando con May, dispénseme usted que le pida yo el permiso de llevarme á la señorita, pues tiene que cumplir ahora mismo un serio compromiso de.

—Imposible, contestó Eduardo, no puedo separarme de ella.

—¿Qué quiere usted darme á entender con eso? clamó Tackleton indignado.

—Lo que quiero decir, repuso Eduardo cogiendo á May de la mano, lo que quiero decir es que ella no puede acompañar á usted á la iglesia; además ya estuvo en la iglesia esta mañana y usted tendrá la bondad de disculparla. La señora es ahora mistress Eduard Plummer.

—¡Ah! ¿de veras? dijo Tackleton haciendo un gesto horroroso.... Señora.... señor, reciba usted mis parabienes.

Tackleton se escurrió sin pedir otras explicaciones y después de haber arrancado á su caballo las flores y las cintas que adornaban su cabeza, el enamorado chasqueado se alejó á toda prisa.

Este dia feliz que deberia estar escrito con letras de oro en el calendario de la familia Peerybingle, merecia muy bien la pena de ser celebrado con algun festejo: por lo tanto la pequeña Dot se puso á la obra con su acostumbrada actividad. No habia quien no se disputara el gusto de ayudarla á preparar un pipiripao como pocos.

En tanto que hacia su oficio el asador y que chispeaban los hornillos, organizóse una "expedicion" para ir á traer á mistress Fielding, cuya ausencia hubiera sido motivo de afliccion para algunos convidados.

La "expedicion" no tardó en descubrir á la buena matrona, la cual, después de protestar por principio de cuentas que nunca habia de volver á ver á su ingrata hija, acabó por dejarse enternecer con las súplicas y los parabienes. La "expedicion" se aprovechó del enternecimiento para cargar con mistress Fielding. Nada faltaba ya y los convidados se pusieron á la mesa, en las mas felices disposiciones.

Hácia el fin de la comida, Caleb entonó su cancion cómica, la cual mereció la honra de ser repetida. Estaba en la última copla, cuando se oyó tocar á la puerta.

Entró un hombre y puso una torta sobre la mesa.

—De parte de M. Tackleton, dijo.

Luego se marchó sin mas decir nada.

Este incidente dió lugar á un movimiento general de sorpresa de parte de los convidados.

Mistress Fielding hizo presente, con aquella sagacidad que Dios le habia dado, que la torta aquella podia ser que estuviese envenenada, y con este motivo pasóse á referir una larga y lagrimosa historia.

No obstante, á despecho de los recelos de la prudente mistress Fielding, la torta fué solemnemente trinchada por la mano de May y cada cual embocó su parte.

En la noche los alegres convidados improvisaron un baile, y mozos y viejos bailaron con ejemplar ardor.

En medio de la barahunda y de los gritos de júbilo se oia muy claro la voz penetrante del grillo, el que en los dias de su vida habia cantado con mas alborozo.

.....

Pero ¿qué es lo que sucede?

Mientras yo presto el oido á estas festejosas canciones y que busco á Dot para ver por la última su carita esa que tanto me gusta, ella se ha desvanecido en los

aires: todo ha volado con ella y yo me encuentro solito.

Un grillo chilla en el hogar, un juguete roto yace á mis piés y todo lo demás ha desaparecido.

(Traducido por Eduardo Romero.)

FIN DEL GRILLO DEL HOGAR.

LA PACIENCIA.

Es la paciencia una cualidad preciosa, y nunca seria recomendada por demás: ella nos ayuda á llevar nuestras penas para que no nos abrume su peso.

El filósofo Abauzit nos ofrece un ejemplo notable de paciencia. Nunca en su vida se habia encolerizado, nunca se habia enojado, nunca, en suma, habia ningun ímpetu turbado la serenidad inalterable de aquella su fisonomía de hombre de bien que con tanta razon tenia.

Creyeron sus amigos que aquella igualdad de humor podria llegar á ceder á impulso de cualquiera contradiccion. Consultaron á una vieja ama de llaves que llevaba treinta años de estar á su servicio. Esta mujer buscó mucho tiempo el modo de sacar de quicio á su amo, pues le tenia cariño y no podia resolverse á afligirle ni á hacerle parecer otro del que era, puesto que sus mismos amigos de él declaraban que aquello era obra de una apuesta. El ama de llaves protestaba que nunca, ni una sola vez habia visto á su amo encolerizado, en los treinta años que de servirlo llevaba.

—¡Ni una vez! ¡eso es imposible! exclamaban aquellos; ¡una cólera en treinta años no es nada! Vamos, ¡confiesa siquiera una!

—Como lo cuento, no puedo mentir.

—Y ¿cómo haremos para lograr enojarle?. . . . ayúdanos.

—Ahí está el cuento: cómo enojarle. Hay personas que no sabe uno cómo tenerlas contentas, y á él no sabe uno cómo disgustarle.

Por fin, después de mucho pensar, después de haber puesto cuidado en los hábitos de la vida de su amo, la vieja Margarita creyó haber hallado el medio de hacer ganar la apuesta. . . . .

—Aunque en verdad no sé, decia ella, de qué puede servir á ustedes el molestar á mi buen señor.

—¿Qué te importa? le amamos tanto como tú.

—No me fio.

—Sí que le amamos y muy bien lo sabes: con que no temas nada por las resultas de esto. . . . Veamos, ¿qué has imaginado?

—M. Abauzit gusta, ante todas cosas, de dormir en su cama bien dispuesta; esta es una de sus costumbres privadas que tiene mas á pechos. . . . pues bien, no le tenderé la cama, y diré que se me ha olvidado.

La treta pareció admirable.

El dia siguiente los amigos de M. Abauzit van á buscarle á su casa y le llevan consigo á pasear: pasan el dia juntos, le vuelven á su casa, bastante cansado y deseoso de encontrar el reposo de su cama. ¡Ay! su cama no estaba tendida, como ya se sabe. . . .

—Margarita, dícele el dia siguiente á la anciana, parece que se olvidó usted de hacerme la cama: procure usted que no se le olvide hoy. . . .

—¿Qué tenemos? preguntaron los amigos cuando volvieron á saber el éxito de su empresa.

—Nada absolutamente, dijo la ama de llaves. . . Me ha dicho que no se me olvide hoy.

—¡Pero tú lo olvidarás! . . . ten presente lo convenido. . . .

Otro dia, la misma. En la noche llega M. Abauzit cansado de un largo paseo y encuentra su cama en el mismo estado que por la mañana.

Al levantarse llama á Margarita:

—Otra vez se te ha pasado hacerme la cama, Margarita; mira, ten cuidado de tenerlo presente.

En la mañana, nueva informacion de parte de los amigos, y la misma respuesta de parte de la ama de llaves.

Al segundo dia por la noche, M. Abauzit al llegarse á su cama, la halla como cama que no se ha tendido en tres dias. A la siguiente mañana llama á Margarita:

—Margarita, dícele pero sin levantar la voz, ayer tampoco has hecho mi cama entiendo que en esto has tomado tu partido y que te parece demasiado molesto el trabajo; y no hay gran mal en ello, pues ya comienzo á acostumbrarme.

Enternecida con tanta bondad, pues ya esto no era paciencia, y seguramente M. Abauzit habia caido en la cuenta, Margarita se arrojó á los piés de su amo deshecha en llanto y le confesó lo que pasaba.

¿Este rasgo no figuraria acaso admirablemente en la vida de Sócrates?

¡Cuántos otros en lugar de M. Abauzit habrian despedido el mismísimo dia á la vieja con todo y sus treinta años de servicio y no habrian vuelto á ver nunca á sus pretensos amigos que eran capaces de divertirse con él hasta el punto de hacer pruebas con su humor y hasta con su corazon!

CANTO SAFICO.

Cubierta mi alma de letal tisteza!
Y anublados en lágrimas mis ojos,
A tí dirijo enamorado canto,
Niña preciosa:
A tí, cuya mirada tierna y pura,
Y cuya blanda y virginal sonrisa
Sentir me hicieron del amor la llama
Que me devora.
A tí dirijo mi ferviente ruego,
Y al pronunciar tu idolatrado nombre,
El llanto brota de mis turbios ojos
Y me consuela;
Porque mi pecho encierra tantas lágrimas
Cuantas penas abriga el alma mia,
Y cada gota que mis ojos vierten
Borra una pena.
Pero es tu ausencia manantial perenne
De duros males que á llenarla tornan,
Y en vano lloran mis cansados ojos
Sin agotarlas,
Porque el recuerdo del placer divino
Que sentia estrechándote en mis brazos,
Jamás se borrará de mi memoria
Mientras que viva.
Y este recuerdo del placer perdido,
Es triste y bello cual la imágen casta
De la madre de Dios, cuando le viera
Crucificado.
Y me atormenta sin cesar ¡oh Laura!
Y me hace maldecir mi dura suerte;
Pero entonces tu rizo idolatrado
Mi labio toca.
¡Ay! y tal vez de tu rendido amante
No harás ni una memoria, y ni un suspiro
Le mandarás en cambio de las penas
Que por tí sufre.
¡Oh! si tal fuere, de bogar cansado
En el mar borrascoso de la vida,
En la ribera de otro mundo extraño
Tocaré luego.

Guanajuato, mayo 23 de 1851.—I. Perez Gallardo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN ARTICULO DE EXHIBICION.

Ahora unos cuantos dias, el 1º de noviembre del año 1851 de la redencion, recordé temprantito contra mi arraigada costumbre de dormir hasta muy tarde, por muy temprano que me vaya á la cama; recordé pues temprantito y despues que me hube estregado los ojos y estirado los miembros, póseme en disposicion de levantarme al punto el pensamiento de que aquel era dia de *exposicion*, como dice el programa de la junta de *exposiciones*, y por lo tanto dia de ver y admirar muchas cosas grandes y maravillosas en esta hermosísima capital de la república mejicana.

Y no se crea que hay nada de satírico en el epíteto que á Méjico acabo de aplicar. Nada de eso. Estoy sinceramente persuadido de que Méjico es hermosa y en tal grado, que creo que si el santo ermitaño Onofre la hubiera conocido no habria dejado de dilatar un par de dias mas, por

lo menos, la ejecucion de su proyecto de penitencia *desengrosante*.

Como quiera, dejando á un lado este punto, y volviendo á lo que á mi propia persona toca, digo que movido, empujado por el pensamiento del dia que aquel era, me lavé y vestí lo mas brevemente posible.

Ya que hube concluido el aseo de mi persona, cuando ví salir á mi mujer de su *acámara*, que así se llama generalmente en Méjico la alcoba donde se duerme aunque la llamen de otra suerte los españoles, para quitar todo recelo de egoismo de mi parte, la invité á que fuera conmigo á visitar la exhibicion; pero habiéndome contestado ella, entre mil momos y mimos que no tenia gana de salir, tuve que resignarme, proponiéndome apelar á la compañía de un amigo mio que ustedes conocen de nombre.

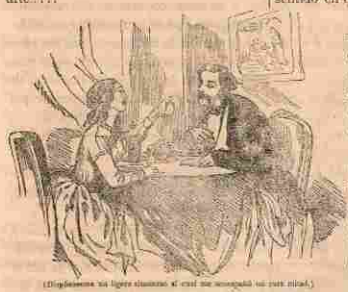
En estas y las otras ocurrióseme el pensamiento de que pues me proponia andar aquel dia á la tuna, bueno y justo era forrarme un tanto el estómago. En consecuencia dispúseme un ligero almuerzo al cual me acompañó mi cara mitad, y ella y yo comimos con buen apetito.

Concluida esta operacion *gastronómica*, al tomar mi sombrero para salir á la calle,

—Oye, hijo, díjome mi mujer, sería bueno que pasaras á ver á mamá si queria que la acompañaras.

—Sí, contesté y fuíme dejando ir por la escalera.

No era cosa muy de mi gusto, perdónenmelo sus mercedes, el ir á recalar á la casa de los padres de mi queridísima mujer. ¡Para mí que me estaba deshaciendo por llegar á la plaza, y verla, y devorar con la vista y el entendimiento tantos y tantos primores de la naturaleza y del arte!....



(Dispúseme un ligero almuerzo al cual me acompañó mi cara mitad.)

Fuíme pues, aunque no muy contento, á ponerme á disposicion de mi mamá, la cual es una dama gorda y fresca como puede el lector verlo por sus propios ojos.

Afortunadamente anduve con tal felicidad, que la señora no estaba de humor de pasear la plaza, á lo menos por la ocasion.

Entre paréntesis, este PASEAR se me antoja usarle así como activo, para lo cual, en caso de disputa, podria yo alegar aquel principio del cnspuso maestro, de que los verbos pueden cambiar de índole segun el sentido en que se empleen.

Gozoso de ver que la fortuna me favorecia libertándome de ir atado á mi mamá, dirigíme á la casa de mi amigo, quien no era probable hubiese salido aun, pues no acostumbra á ser madrugador.

Contra mi firme esperanza, no hallé á mi amigo. Él tambien, movido aquel dia de la impaciencia, de la curiosidad que traia alborotados á todos los vecinos de la capital, se habia puesto ya en la calle, y no por ir á la plaza ni por ver la exhibicion, sino por ver la cacareada ascension aerostática de don Puente.

—¡Con razon, dije yo para mí al saber esto, con razon no quiso mi señora suegra que la llevara yo á la plaza!... ¿A quién he de poder persuadir que maldito lo que me acordaba yo de la dichosa ascension aerostática? ¡No hay remedio, es necesario ver de qué suerte reparo mi falta de memoria!

Así hablando, tomé de nuevo el camino de la casa de mi suegra.

De luego á luego traté de excusarme lo mejor que pude de no haberme briado para llevarla á la plaza de toros, convertida á la sazon en plaza de globo ó de bobos; pero ¡contemple la lectora cuál seria mi júbilo! mi papá que estaba presente me interrumpió diciéndome que todo lo tenia previsto muy de antemano, y tanto que á buena hora iba él y su mujer á pasar en busca de la mia.

Yo, antes de que con razones de buena crianza me estrecharan á ir con ellos, me adelanté á decir que por allá iria luego que hubiera concluido un asunto muy urgente que traia entre manos, recogí el boleto de entrada y salí á todo escape.

Mi suegro, hombre muy ajustado, en

lo físico á lo menos, á su mujer, quedó muy satisfecho, á lo que entiendo, de mi disculpa, y yo mucho más de verme definitivamente libre de obstáculos.

Pero quiso mi mala estrella que encontrara yo á mi amigo, el cual dándome el brazo me llevó arrastrando á la plaza de toros, haciéndome presente que el Palacio de Aire estaba desierto á causa de hallarse todo Méjico en San Pablo.

Al querer ó no tuve que acompañar á mi amigo.

Es muy buen muchacho X, por mas que diga y crea el amigo Miseria, al cual se le puede perdonar todo, porque todo cuanto escribe es efecto de su glorioso ingenio, y un glorioso ingenio debe tener la prerogativa de considerar como basura todo cuanto se le antoje.

Temblando de piés á cabeza entré en la plaza. ¡No sé por qué me anunciaba el corazon alguna cosa funesta! . . .

Pero á la vista de tanto concurso de gente como contenia la plaza, á la vista de tanta deidad que allí habia y de tanto lujo y de tanta coquetería, desvaneciósenme el pensamiento agorero de *funestidades*, y acalorada mi sangre, ora por efecto de los átomos ardientes del bello sexo ora por efecto de los cálidos besos del de la rubia cabellera, volvió á circular por mis venas con su acostumbrado brio.

Todo estuvo muy bueno durante dos horas. A las tres horas todavía era tolerable el esperar. A las cuatro horas ya era insufrible aquel estado de impaciencia, incertidumbre, calor. . . .

¡Genio de la Desolacion! ¡ayúdame á pintar los *sufrimientos* de aquellos infinitos esófagos y estómagos con la sed y el hambre provocados por tantas y tan largas horas de ayuno!

¡Cómo no te vieron por allí mis ojos, mi amigo Miseria, filosofastro ilustre, fósforo, bujía, antorcha, luminaria, sol de nuestra literatura, modelo, tipo, molde, horma, de nuestros satíricos; vara, garrote, viga de los escritores tus paisanos; vidrio, cristal, espejo de la crítica! Tú que sin motivo tanto pones al género humano de vuelta y media cada vez que la gana te da, ¿no te dignaste llevar á la plaza de toros tu privilegiada cabeza para fulminar excomuniones y penas contra el globo aerostático, el Puente, el Velazquez, el gas, los hombres, las mujeres, los niños, la plaza, etc., etc., etc? . . .

A propósito de FULMINAR EXCOMUNIONES Y PENAS, permítame el lector que le haga yo presente que aunque el casposo Maestro consabido dice que esa expresion es disparate, no hay que hacerle caso, pues ella es tan pura y castiza como la que mas, en concepto de la academia española.

El caso es que el globo no daba muestras de elevarse á la region de los necios y los inspirados, y el hambre y la sed de los concurrentes crecia de punto por minutos, hasta llegar el caso de perder el

matiz rosado los frescos rostros de las damas y aun desmayarse no pocas.

¡Oh! en aquel trance aciago, hubiera sido capaz cualquiera de engullirse el globo terráqueo en un pensamiento, si se le hu-

bieran puesto por delante en su correspondiente y trinchero su competente trinchante, pues no creo yo que sin estos auxiliares hubiera podido hincar el diente. . . .

El globo, á las cinco de la tarde, voló. El Puente no voló, porque el físico-químico-minero—catedrático director de la obra no supo llenar el globo de gas, porque el globo no supo dar cabida al gas, porque el gas no supo acomodarse dentro del globo, porque las materias gaseosas no supieron despedir el gas, porque hubo un diluvio de porques suficientes para desgraciar los esfuerzos de todos los aeronautas conocidos desde Blanchard y Mongolfiero hasta. . . . el Puente.

Para desquitarnos del chasco, salimos del mate mágnum aquel y nos fuimos X y yo á la anhelada plaza. X tenia razon, aunque no en todo. El palacio de exhibicion es en efecto un palacio de aire; pero tiene mil cosas que le agracian, como por ejemplo los puestos de petates; los aparadores cubiertos de manta, que buenos pesos habrán empleado en ellos sus mercedes los de la junta de *exposiciones*, las calabazas, las *columbas*, las camelias, los pescaditos; la peseta cobrada á los caballeros y hasta á las señoras por la ocupacion de cada silla, que no es poca galantería y generosidad; y el colorete, la tosilla de Venus y la clara de huevo que embellecian á infinitas damas, y. . . . Pero esta enumeracion lleva traza de extenderse tanto como la de los "porque" y yo tengo mis gravísimos motivos para acortar este artículo.

Cansados de admirar caras afeitadas, es decir con afeites, por gestion (Acad. esp., pág. 586, art. PRESTIGIO de su diccion.) de mi amigo X fuimos él y yo á un *restorán ó restaurante* ú hostería de

la calle de Plateros, donde reparamos nuestras un tanto debilitadas fuerzas.

Visitamos luego la Diputacion, después de un largo batallar con el gentío para haber de subir la escalera, y ya que habiamos admirado el payo de mantequilla, la plaza de toros de pulgas, las obras de "camafeote" de la señora Muñozcano, la pira de dulce, la caja de hierro, etc., en medio del "¡Anden, señores!" de los "aguilitas," nos retiramos muy cansados y satisfechos, él á su soltera y solitaria morada, yo á mi acompañada habitacion. A mi pobre mujer la encontré afanada dando de mamar

á su rorro (y mio, ¡entendámonos!) el cual

MOLIERE.

habia tambien participado de las consecuencias del vuelo del globo.

En conclusion, molido y hecho una "miseria" me tiré en mi blanda cama, esperando que mi amigo Miseria contaria por mí al público, en tono de miserere y con el filis que el cielo y su ingenio le han dado, lo demás de nuestras miserias (galicismo en el sentido de flaquezas ó imperfecciones morales) mejicanas y todas las mias propias. Amen.

:::

ECONOMIA DOMESTICA.

OPERACION PAR LIMPIAR EL MÁRMOL.

Macháquese una poca de piedra pómez hasta que esté reducida á polvo impalpable, y mézclese con agua; déjese esta mezcla incorporarse durante dos horas, empápese luego en ella una esponja y fróteso con ella el mármol ó el alabastro; lávesele despues con un lienzo y agua fresca y enjúguese hasta que quede seco, con lienzos limpios.

MANERA DE DESTRUIR LAS TIJERETAS.

Estos insectos, que hacen mucho daño á las flores se destruyen clavando junto á cada planta una varita con unas tiras de las patas de los carneros en la punta: las TIJERETAS no dejan de retirarse allí en los tiempos húmedos y de parte de noche; de suerte que por la mañana se les encuentra en las varitas. Entonces se les puede ahogar, ó matar con el pié ó darlas á las gallinas que las comen con mucho gusto.

SAGU CON VINO.

Despues de lavado el SAGU con agua hirviendo, deslíase ó deshágase en agua. Ya que esté bien deshecho añádasele de buen vino blanco una cantidad igual á la del agua que se haya empleado, y la cantidad de azúcar que se crea necesaria. Póngasele á la lumbre y déjesele dar unos cuantos hervores: al irlo á servir póngasele unas yemas de huevo.

Puede aromatizarse con corteza de limon ó canela, ó con agua de azahar. Las dos primeras sustancias se revuelven con el agua en que ha de deslizarse el SAGU; el agua de azahar, con las yemas de huevo.

MISCELANEA.

LAS APUESTAS.

Malo es el hacer APUESTAS inconsideradas no menos que el imitar á las gentes que no temen poner á cada instante su honor de por medio.

Dos célebres filólogos, Filelfo y Timoteo, habiéndose puesto á disputar sobre el valor de una sílaba griega, apostó el primero cien escudos á que la opinion suya sería considerada como la mejor por los doctos á quienes nombrasen árbitros. Timoteo que no tenia dinero apostó una prenda mucho mas preciosa en la estimacion de los griegos, es á saber sus barbas.

Debatióse la cuestion ante una asamblea de sabios, en la biblioteca del rey de Nápoles. Timoteo, viéndose condenado por los mas antiguos manuscritos, quiso evitar la pérdida de sus barbas, confesándose vencido; pero manteniéndose inexorable Filelfo, Timoteo fué rehusado y sus barbas se pusieron como trofeo en la cátedra donde daba sus lecciones.

ANTIGUEDAD DE LOS UNIFORMES.

En Francia fué donde primero se usaron los UNIFORMES militares, de una manera regular. Esto fué en 1688 reinando Luis XIV. Los ingleses los adoptaron muy luego.

CRIADOS Y AMOS.

No deis muchas confianzas á un CRIADO, pues desde el punto que advierta que no os atreveis á disgustarle, él se atreverá á disgustaros.

LENGUAJE DE LAS FLORES.

El CLAVEL DISCIPLINADO, es decir matizado de blanco y encarnado, expresa una negativa; el AMARILLO, desafecto; el BLANCO, sonrojo. Cada ROSA tiene una significacion diversa. El PENSIER ó TRINITARIA, pensamientos; la CLAVELLINA (*mignonnette* de los franceses), dulzura, benignidad; la CAMPANILLA, lisonja, adulacion; el CHÍCHARO (guisante) de olor, dependencia; el JAZMIN BLANCO, sinceridad; el MIRTO, amistad y amor.

ENIGMA EN FRANCÉS.

Remitido por la señorita G. I.

Quand la voix meurt, on me voit naître,
L'on me fait mourir d'un seul mot,
Je suis moins que rien, ou plutôt
J'empêche quelque chose d'être.

Le chartreux me prend pour son lot,
Aux yeux je ne saurais paraître
Par moi l'on ne peut reconnaître
L'homme habile d'avec le sot.

Ce n'est pas moi qui persuade?
Je suis propre pour un malade,
En mon règne est durant les nuits,

Qui suis-je, Esprit que l'on admire?
Je ne suis pas ce que je suis,
Si j'ai pouvoir de vous le dire.

TRADUCCION LITERAL.

Cuando muere la voz se me ve nacer, se me hace morir con una sola palabra, soy menos que nada, ó mas bien impido algo de ser. El cartujo me toma por su suerte, á los ojos no puedo presentarme; por mí no puede reconocerse el hombre hábil del tonto. ¿No soy yo quien persuade? Soy propio para un enfermo, y mi reino es durante las noches. ¿Quién soy yo, ingenios admirables? No sé lo que soy, si tengo poder para decíroslo.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL LOGOGRIFO DEL NÚMERO ANTERIOR:

EL LIRIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOÑA LUISA.

POR LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LA SALUD GARCÍA.

(Concluye.)

ERA la mañana del 3 de agosto de 184. . .

Hallábase don Fernando en su gabinete, recostado sobre un mullido sofá con la vista clavada en un retrato de su difunta esposa colgado al frente de su asiento, y después de haberle contemplado con una especie de ternura de que jamás usó con la infeliz compañera que le destinara el cielo, apartó sus centellantes ojillos de aquel cuadro inanimado que le traia á la memoria amargos recuerdos, dolorosos remordimientos, mas ya inútiles respecto á la figura representada en el lienzo. Separó la vista del indicado objeto con repugnancia, y la fijó en el suelo, quedándose absorto al parecer, en profunda meditacion, de la que no salió ni con la llegada de su hija que se le acercó silenciosamente y sin chistar una palabra. Cinco minutos habrian pasado cuando la jóven tosió para que su padre la viera, y lo consiguió inmediatamente.

Al oir don Fernando aquel eco tan conocido salió de su asiento, y tomando á la linda y hechicera jóven de la mano, la trajo hácia sí con dulzura, la sentó sobre sus flacas y descarnadas piernas, y dando á su repugnante faz la amabilidad que tan bien sabia fingir, acarició para inspirarle confianza, y disponerla á escuchar la conferencia que pensaba tener con ella. La preciosa carga que pesaba sobre las faldas del viejo, estaba aturdida y no hallaba á que atribuir la ternura que le manifestaba su padre. Es cierto que desde que habia perdido á la que le dió el ser, era el objeto exclusivo del cariño paternal; mas nunca habia visto á su padre tan amoroso, y esperaba con ansia el desenlace de una escena tan patética y á la vez nueva para ella. Satisfecho el amor paternal y calmada la sorpresa de la hermosa niña, comenzaron su conversacion.

—Clarita, ¡hija de mi vida! Ya sabes que tú sola eres el objeto de mi cariño, que mi constante deseo es hacerte dichosa, que no anhelo otra cosa en el mundo mas que tu felicidad, y que sacrificaré mi vida por conseguirla.

—¡Ah! Papacito..... amado papacito, ¡cuán bueno es usted conmigo!

Y la linda criatura acariciaba el largo y enjuto rostro de su padre con sus preciosas manecitas, cubriéndole de besos.

—Sí, hija mia. Al morir tu desgraciada madre me exigió que velara sobre tu dicha futura, y yo en un arranque de arrepentimiento tardío por los pesares que le causé, le juré que tu felicidad para mí seria un deber sagrado, no solo por ser tu padre, sino sobre todo, por acatar el último voto de una persona moribunda, á quien tanto hice padecer durante diez y ocho años que vivió á mi lado, y que fué tan desgraciada con mis frecuentes extravíos y mal genio.

—Querido papacito, no se acuerde usted de eso. . .

—Tienes razon, hija mia. . . Vamos á otra cosa. Dime, Clara de mis ojos, ¿te gusta el matrimonio? ¿Quieres casarte? Háblame con franqueza, ten confianza en tu padre.

La niña se estremeció, se puso encarnada como la grana, y bajó los ojos sin contestar. El corazon le palpitaba con fuerza.

—¿Nada me dices, hijita? ¿O quieres encerrarte en un convento para toda tu vida?

—No, papá, nunca he pensado en eso.

—Bien, bien, hija mia. Supuesto que tú no me respondes como deseo, á mi pregunta, me veo en el caso de obrar por mis propias ideas. Te voy á casar como se hacia con todas las doncellas, hace algunos años.

La jóven levantó su hechicero rostro, y fijó sus lindos ojos espantados en el semblante de su padre.

—¿Me obedecerás, Clarita?

—¡Oh papacito! . . . Diga usted, ¿cómo desposaban anteriormente á las jóvenes?

—Es bien sencillo, mi vida. Los padres de los novios hacian el contrato, sin que estos se mezclaran en nada, sucediendo á veces que los contrayentes no se conocian hasta el acto de ir á la iglesia. Con que...

—¡Dios mio! ¿y usted me casará así? tartamudeó la linda jóven estremeciéndose.

—Parece que así será: tu silencio me autoriza. . .

—¡Oh! no, no me sacrificará usted, puesto que ha jurado á mi difunta madre hacer mi felicidad.

Y la inocente niña rodeó al esqueleto viviente con sus torneados y alabastrinos brazos, á la vez que su linda boca cubria de besos la arrugada frente de su padre, que se reia interiormente del susto de la candorosa vírgen, recibiendo con gusto sus inocentes y filiales caricias. Pensaba la sencilla niña que sus tiernos halagos la librarian de ser entregada á otro hombre que no fuera Cárlos.

En este instante oyeron llamar á la puerta.

La hermosa Clara, pues ya sabemos cómo se llama, se separó precipitadamente del regazo paternal, y tomó asiento al lado de su padre en el mismo sofá. Don Fernando gritó "¡adentro!" no de muy buen humor, acaso porque le privaban de las deliciosas caricias de su hija; mas apenas avanzó la persona que llamara, cuando se paró dando la mano á *su visitante* y manifestando en su lívido semblante un regocijo que no era dueño de ocultar. La persona que entró era Cárlos.

—Bien venido, amigo mio, tome usted asiento y haré á usted partícipe del asunto que tratábamos Clarita y yo.

—Doy á usted las gracias por la confianza con que siempre me trata.

—Todo lo merece un amigo como usted.

—Mil gracias, usted sabe que lo soy efectivamente. ¿De qué se trata?

—Nada menos que de la felicidad de mi hija. Voy á casarla.

Cárlos se demudó y la jóven se estremeció en su asiento.

—Me parece muy bien. . . tartamudeó el abogado.

—Sí, amigo: antes de morir quiero dejar afianzada su dicha.

—Es muy justo, repuso Cárlos con trémula voz.

Clara permanecia muda y azorada.

—Se ha presentado un sugeto que desea la mano de Clarita; aunque no se atreve á pedirla, está concedida: á mas, un dote de cincuenta mil duros y mi amistad, si vale algo; ¿qué mas puedo hacer por mi hija?

—¡Ah! papacito, yo no deseo otra cosa sino. . . .

—Pero, señor don Fernando, para que usted vea á esta señorita feliz, es preciso que la una á un sugeto que la ame como merece, que ella le corresponda y que ade-

más ese sugeto tenga todas las cualidades que se requieren en un buen marido. No se preocupe usted...

Cárlos no pudo proseguir, inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció mudo. Estaba aterrado.

La bella Clara tenia sus lindos ojos clavados en el rostro de su padre y su hechicero semblante manifestaba á las claras el atroz martirio que sufria su sensible corazon. Por algunos segundos reinó en la pieza el mas profundo silencio, interrumpido tan solo por la fatigosa respiracion del abogado.

Arrepentido ya don Fernando del horrible tormento que sus pesadas chanzas, pues no eran otra cosa, como lo habrá adivinado el lector, producian en sus jóvenes oyentes, se levantó violentamente, tomó la preciosa mano de su hija que no hizo la menor resistencia, y adelantándose con ella hasta el extremo del sofá en que estaba sentado Cárlos, le dijo:

—Querido amigo, el excelente sugeto que he escogido para esposo de mi adorada Clara, le debo casi toda mi fortuna, pues que me la ha salvado de un pleito embrollado y ruinoso; á no ser por sus luces y eficacia lo habria perdido yo, y como no poseo otra prenda de mas valor que la que usted tiene presente, deseo recompensarle sus servicios con la mano de mi hija. Ese dichoso sugeto me parece que es... usted, Cárlos.

—¡Ah, señor!... ¡qué, no es otr!..

Y Cárlos no atinó á contestar. Levantándose de su asiento como por un resorte, se precipitó al otro extremo de la pieza, y en la boca abierta y paseándose maquinalmente; nada oia ni veia, hasta que don Fernando le trajo de la mano y sentándole entre él y su hija le dijo:

—Amigo, si usted desprecia la mano de Clarita....

—¡Yo despreciar..... lo que mas apetezco.... en el mundo! ¡Ah, señor, señorita!... disimulen ustedes mi aturdimiento... Como al principio no me dijo usted quién era el dichoso elegido..., no sé qué decir á usted: la posibilidad de perder mis esperanzas,.., me anonadó: mi corazon recibió un golpe terrible, mortal. Ahora la dicha me enloquece....

Y el abogado se precipitó en los brazos de don Fernando, diciéndole:

—Perdone usted, amigo mio... mi sorpresa ha sido tan grande, tan excesiva, que ha paralizado mi reconocimiento.... gracias.... mil gracias.... ¿con qué pagaré tanta dicha, tamaña felicidad? confieso que no acertaba á esperarla.

Y el afortunado jóven manifestaba su gratitud á ambas personas con entusiasmo y sinceridad.

Los semblantes de estos personajes que momentos antes expresaban tan dolorosos sentimientos, habian cambiado. Ahora, la mas pura alegria animaba el inocente y peregrino rostro de la candorosa niña: sus lindos ojos se fijaban alternativamente en su padre y en su futuro esposo, con un sentimiento inexplicable de gratitud, y una mezcla de dicha y de dulce esperanza. Clara estaba divina, hechicera, con su rubor de doncella. Cárlos, el venturoso abogado no cabia en sí de gozo, sus ardientes y expresivas miradas indicaban mejor que su voz el contento, la felicidad que disfrutaba con tan halagüeñas esperanzas.

La mañana se pasó en mutuas protestas de amistosa gratitud, á la par que en formar deliciosos planes de felicidad para lo futuro.

Advirtió don Fernando que el tiempo volaba (como que él no estaba enamorado!) y dijo:

—Querido hijo, pues ya puedo dar á usted este nombre, hoy estamos á 3: dentro de nueve dias es el cumple años de mi amada Clarita, y yo deseo que ese dia se

celebre la sagrada ceremonia que pondrá á usted en posesion de ella; si no hay inconveniente....

—Usted figúrese si me parecerán siglos esos dias que aprovecharé sin duda, á fin de que en el término fijado se allanen cuantos obstáculos se presenten, ¡yo sabré vencerlos! Ahora mismo voy á casa á dar parte de todo á mi querida tia.

Y se despidió.

Don Fernando se fué á sus negocios y la bella Clarita se entró á su lujoso aposento llena de dicha, y deseando se llegara el momento apetecido.

Sigamos al interesante jóven que se dirige á su morada. Al llegar encuentra con Susana que le obstuye el paso para la pieza en donde asiste la pobre Luisa, enferma y postrada en el lecho, no por gravedad, sino poseida de una profunda tristeza que la consume lentamente.

—No entre usted, niño, porque la señora descansa, pasó mala noche, dijo Susana á media voz.

—¡Qué! ¿hay alguna novedad? repuso Cárlos como espantado.

—No se *alarme* usted, niño, no es nada. Anoche no durmió la pobre señora á causa de la tos: hace un corto rato que ha cogido el sueño y es lástima despertarla.

—Así es, Susana, debemos guardar silencio, no sea que despierte mi tia. Yo debia hablarle ahora sobre un asunto importante, pero lo haré luego: entre tanto, óyeme tú, Susana. Don Fernando me acaba de otorgar la mano de su preciosa hija, á quien amo con toda mi alma, dijo el abogado en voz baja.

La vieja criada abrió tamaños ojos, se paró del asiento, su semblante arrugado se puso lívido, se dejó caer otra vez, y exclamó horrorizada:

—¡Qué oigo, Dios eterno! ¡Oh, qué horror! ¡qué horror! ¡ese matrimonio es imposible!...

Y se salió de la pieza aterrorizada y como fuera de sí.

Cárlos se quedó embobado: no comprendia el espanto de su antigua criada, pensó que deliraba, por lo que tomó el partido de esperar que su tia saliera de su dormitorio ó él pudiera entrar. A no ser el verdadero afecto que profesaba á la pobre Luisa, le habria quitado el sueño para comunicarle la dicha que esperaba disfrutar dentro de pocos dias.

A otro dia, á las oraciones de la noche se hallaban reunidos en la casa de Cárlos nuestros conocidos personajes. Luisa, sentada en su lecho, apenas se movia cuando algun ataque de tos la obligaba á hacerlo.

Don Fernando al frente de la enferma, arrellanado en un "butaque" estaba sumido como de costumbre en profunda meditacion; á su lado, su hija con semblante triste y abatido. Cárlos de pié, pendiente de su tia, y en la mayor ansiedad. Solo Susana no manifestaba al parecer ninguna inquietud, aunque interiormente estaba muy agitada.

—Espero, señora, que tendrá usted la bondad de decirme qué impedimento hay para que se efectúe el pactado enlace de mi hija con su sobrino, y crea que estoy muy ofendido de esa oposicion, al grado que retiro mi palabra....

—¡Ah, señor! ¡tenga usted la complacencia de escuchar á mi tia que va á explicarnos este misterio! dijo el abogado con deprecatoria voz.

—Señor, no me es posible... no... tengo ánimo... sufro mucho... solo recordarme tal acontecimiento me costará la vida... no puedo...

Don Fernando hizo un gesto de impaciencia. Cárlos se acerca á la doliente señora, y le dice:

—Amada tia, por amor mio, por lo que usted mas estime, sáquenos de esta incer-

tidumbre, linga usted un esfuerzo, y ahórrenos el verdadero martirio que estamos sufriendo.

—Tienes razon... Haré todo lo posible.

Y la pobre de doña Luisa se enderezó y se dispuso á hablar así:

—Es preciso que ustedes tengan paciencia para oir una terrible historia que antecedió al nacimiento de Cárlos, y que es fuerza que les relate para que sepan su orígen, así como el muro inexpugable que se opone á su felicidad.

Retrocedamos veintinueve años. Estamos en 181... El glorioso grito de independencia dado por los primeros héroes de este infortunado suelo, habia cundido por cási todo el reino. Aunque muchos de ellos habian sucumbido, quedaban otros haciendo guerra á muerte al despótico y tirano gobierno español, que no queria soltar su presa y desatar el yugo de hierro que por trecientos años habia estado pesando sobre la frente de los pobres mejicanos. La guerra que por todas partes asolaba á estos países era atroz. Represalias entre ambos partidos... Incendios, robos, asesinatos, latrocinios... todos los horrores que trae consigo este azote de las naciones.

En la rica hacienda de... vivia un sugeto que la administraba hacia algunos años, acompañado de una hija de diez y seis y de los dependientes y criados. Era viudo, y aunque todo el país estaba en guerra, él no tomó parte en ningun partido. Como buen mejicano amaba á su patria y deseaba la independencia: habria peleado por la libertad; mas pensando en su hija, se decidió por último á estarse quieto en su casa. En su juventud tuvo un amigo íntimo á quien amó con sinceridad y cuya amistad cultivó largo tiempo; pero desgraciadamente una vez tuvieron un choque y se separaron enemigos irreconciliables. El amigo del administrador juró vengarse y lo consiguió de una manera horrible.

Pertenecia al partido de los "gachupines," se lanzó á la revolucion, y de ese modo quedaban impunes cuantos delitos cometiera.

Una noche, á cosa de las doce, despertó sobresaltado el administrador, saltó de su lecho, y corrió á asomarse á una ventana por la que vió la hacienda rodeada de tropa, y que varios soldados estaban derribando á hachazos la puerta que daba entrada á la pieza contigua á la en que el estaba. A la opaca luz de la luna oculta entre algunas nubes, conoció que eran del partido realista los que acometian la casa, y se creyó perdido si les daba tiempo á entrar. Su única salvacion estaba en la huida, pero ya no era fácil ejecutarla; le faltaba tiempo. Una criada antigua y de cuya fidelidad podia fiar despertó al ruido, á la vez que el administrador, y se le acercó asustada y preguntándole por la niña. Al oir el pobre hombre esta pregunta, de un brinco se pone en el lecho de su hija, que ya despierta y toda azorada, daba voces á su padre y á su criada alternativamente. Toma á la niña en brazos, dice á la criada que lo siga si puede, y trata de huir aceleradamente. En la pieza contigua entraban los soldados tras de su jefe á la vez que él volvia de la ventana por donde iba á saltar, siempre con su hija en brazos, cási desmayada de terror, pues habian herido sus oidos los gritos de "¡viva el rey, y mueran los insurgentes!" ¡gritos tremendos, precursores de los mas horribles crímenes!

El afligido administrador tropieza con una gran mesa de encina que habia en la pieza y le ocurre ocultar allí á su hija: lo hace en efecto, estirando la carpeta para cubrirla. ¡Diligencia inútil! El jefe que conducia la tropa de forajidos entra á la estancia en este momento y lo vió con la

luz de muchas rajas de ocote que algunos de sus compañeros traian encendidas, pues ya los mas se habian esparcido por toda la casa á recoger el botin que tanto ansiaban.

El administrador que se ve perdido, se parapeta contra la mesa, y tomando un machete que estaba sobre ella, se dispone á guardar su tesoro á toda costa.

El jefe de la tropa contiene en la única puerta que da salida afuera de la casa, á unos diez ó doce que lo seguian, y adelantándose espada en mano hasta cerca del administrador, le dice:

—Caballero, ¿me conoce usted?

—Harto por desgracia; solo un hombre como usted... es capaz...

—De todo cuando se halla despreciado como yo por un... miserable insurgente... Me has humillado con negarme la mano de tu hija que te he pedido: sabes que la amo con pasion. No quisiste concedármela porque la destinas á un... ranchero como tú y á quien ella ama... Ahora vengo por esa niña: ¡entrégamela!

—¡Jamás! ¡jamás! para que consigas tu objeto, primero pasarás sobre mi cuerpo sin vida.

—Eso es muy fácil, lo vas á ver.

Y el jefe dijo á sus soldados:

—¡Amarren á ese!

A esta voz los mas de aquellos infames se precipitaron sobre el administrador, que tendió en el suelo de un machetazo en la cabeza al que mas se le acercó. Entónces comenzó un ataque encarnizado, pues todos se arrojaron á mano armada sobre el pobre hombre, que acosado por tantos sucumbió á los golpes, y cayó al suelo cubierto de heridas y agonizando, no obstante que el jefe les gritaba que no le mataran. La hija del herido, luego que oyó decir á aquel hombre que amarraran á su padre, salió de su escondite y se precipitó á sus piés abrazando sus rodillas y suplicándole con llanto no ofendiera á su padre. El infame se reia de sus lágrimas.

—¡Salgan todos y guarden la puerta, que nadie entre aquí! gritó el jefe.

Mas fué necesario que repitiera la órden varias veces, porque no era oida su voz entre la confusion y gritería de aquellos malvados. Todos andaban trasteando la pieza y apropiándose cuanto encontraban. Por último, la imperiosa voz de su capitan los lanzó fuera, no quedando en la estancia mas que el jefe, la afligida doncella y el moribundo, que en brazos de su fiel criada que salió de detrás de un estante, estaba próximo á exhalar el último suspiro.

Entonces fué cuando Satanás le sopló un pensamiento infernal....

Viendo á la doliente niña abrazada á su agonizante padre, comprimiendo con sus sollozos, y procurando reanimar su cadavérico rostro con sus lágrimas y caricias, que estaba indefensa y á merced de su antojo, se dejó arrastrar de su impura y frenética pasion por aquella inocente jóven. Una criada llorosa y afligida por las desgracias que acababan de suceder, no era obstáculo á su infame proyecto. Se acerca al moribundo y mirándole con vengativa saña le dice:

—Mira si se vengar una ofensa.

Y toma bruscamente á la criada de la cintura y con el lazo que debia servir para amarrar al administrador, la ata á un pié de la mesa. La pobre mujer no hace esfuerzo para librarse: cree que la va á matar y solo pide misericordia. Inmediatamente toma á la niña en brazos, la conduce al lecho y trata de ejecutar su inicua brutalidad.... Ella resiste al principio, grita, pide socorro, forceja por desasirse de los robustos brazos de aquel monstruo. Su infeliz padre que conserva los sentidos á pesar de sus mortales heridas, se arrastra trabajosamente y hace inútiles es-

fuerzos por librar á su hija de la afrenta que aquel malvado trata de hacerle. Todo en vano. Los inauditos tormentos que el desdichado sufria, aceleraron su muerte. Expiró entre horribles convulsiones.

La criada consiguió desatarse, y semejante á una loba á quien arrebatan sus cachorros, se precipita sobre el monstruo y lo arranca de aquel lugar, colgándosele con los dientes de una oreja. Mas... ya no era tiempo....

¡La víctima estaba inmolada!....

—¡Ah! ¡qué horror! exclamó la inocente Clara cubriéndose el rostro con el pañuelo, y echando á llorar.

Cárlos no se movia, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las manos, escuchaba en silencio.

Susana arrodillada al lado del lecho de su señora, lloraba. Don Fernando estaba en un suplicio. Deseaba oir el desenlace de tan fatales acontecimientos y temia, sin embargo, la continuacion de la historia que se los haria saber.

Doña Luisa despues de calmar su agitacion con una bebida refrigerante y de cobrar nuevo ánimo, siguió así:

—En el instante mismo que la criada se asió al infame jefe de aquella infernal canalla, y le arrancó un pedazo de oreja con los dientes, como he dicho, las llamas invadian la estancia en que se hallaban así como toda la casa. Los soldados incendiaron las primeras piezas luego que acabaron de robar, y el fuego cundia por todas partes.

El infernal demonio que causara tantos desastres, azorado por el peligro que corria su vida, si permanecia mas tiempo en la hacienda, forma una resolucion violenta y al instante la ejecuta.

Toma á la niña en sus brazos, y atravesando por entre las voraces llamas que todo lo consumian, se precipita y llama á sus criminales compañeros y juntos todos se retiran precipitadamente de aquel sitio, testigo de tan horrendos crímenes, y que muy pronto va á convertirse en cenizas y escombros. Los mas fieles criados que habian acudido á la defensa de su amo, tan luego como los ladridos de los perros les avisaron el nocturno ataque, y el ruido de la puerta que echaron al suelo todos habian perecido en la lucha: sus cadáveres juntos con uno que otro de los invasores se hallaban esparcidos por el suelo y muy en breve quedarian devorados por las llamas.

El jefe de aquellos bandidos monta en su caballo, pone á la jóven en la grupa, manda que la aten á su cintura con un rebozo que presentó uno de sus compañeros y parten todos á galope.

Dos dias anduvieron extraviando caminos, y al anochecer del segundo pararon en un pueblo pequeño de indios, en donde no habia alma viviente, pues que el temor hacia que todos se alejaran á los cerros, luego que se acercaban las partidas que infestaban el país, ya fueran americanas ó realistas.

A poco rato de estar en el pueblo cometiendo los criminales escándalos que tenian de costumbre, un indio comenzó á dar voces diciendo: "Ahí vienen los insurgentes," corriendo á la vez por las calles y perdiéndose por fin entre unos matorrales.

El capitan manda juntar su gente y da órden de marcha, la que ejecutan á mata caballo sus compañeros. Mas cuando él va á montar se acuerda de su víctima que habia dejado en un jacal, acostada sobre una tarima y descansando de tanta fatiga. Corre por ella, entra, la busca por todos los rincones y no la halla.... Entre tanto los gritos de alarma crecen: el cobarde culpable tiene miedo de perder la vida y monta en su caballo, alejándose precipitadamente en union de sus soldados.

La pobre huérfana tuvo lugar de esconderse debajo de una troje, en donde permaneció hasta que cesó todo rumor. Ya muy entrada la noche salió de su escondite y subiendo con mucho trabajo á un frondoso mezquite que habia á un lado de la troje, se estuvo gran rato en observacion hasta que se satisfizo de que estarian léjos los forajidos. Por último, se bajó y echando á andar á la ventura llegó á la orilla del pueblo sin saber qué camino tomar, descalza y casi desnuda, apenas daba un paso y volvia la cabeza á todas partes, amedrentada hasta de su sombra. Reinaba el mas profundo silencio. Anduvo hasta la aurora sin encontrar á nadie, y ya se creia perdida, cuando al llegar á una pequeña vuelta que hacia el camino vió acercarse una mujer. Corre á encontrarla, le pregunta qué pueblo es el que deja atrás, y se informa á dónde conduce el camino que lleva. La mujer cree que aquella jóven está loca y se compadece de ella, se recuerda haberla visto alguna vez, le indica sus sospechas, y por último la conoce. La jóven le cuenta, como puede, lo que ha sucedido, y le ruega que le busque un guia que la conduzca á su casa. La buena mujer penetrada de lástima, le dice que la espere un poco á un lado del camino y se marcha. A poco rato vuelve con un burro, hace á la jóven que suba en él, la envuelve en una frazada y toman el camino lo mas aprisa que les es posible.

Anduvieron toda la mañana sin encontrar á nadie. A cosa de las tres de la tarde llegaron á un rancho perteneciente á la hacienda de donde era la jóven. Todos los peones andaban errando por los cerros, una que otra mujer estaba metida en su jacal, temerosa de que la viran. Habian descansado un rato las viajeras é iban á seguir su camino, cuando se les acercó una mujer á caballo con un muchacho en las ancas. preguntó á la compañera de la jóven si sabia qué camino habian tomado los soldados que dos dias antes incendiaran la hacienda. La jóven conoce la voz de aquella mujer y se precipita hácia ella, la apea del caballo, y se arrojan la una en los brazos de la otra, permaneciendo enlazadas y anegadas en llanto. Aquella mujer era la fiel criada de la huérfana, que la buscaba.

La criada no permitió que siguiera adelante la jóven, pues aquella noche le acometió una fuerte calentura que la postró en cama, permaneciendo algunos dias privada, delirando y en un estado peligroso, del que la sacó libre su jóven naturaleza, y mas que todo, los cuidados y esmero de su antigua y fiel criada. La convalecencia fué larga, y sumió á la jóven en una profunda melancolía, conservando por algun tiempo en su imaginacion los horrores de que habia sido testigo.

La buena mujer, la criada fiel que se habia constituido en madre tierna y cariñosa de la huérfana, no le permitió volver á la hacienda, en donde no hallaria mas que ruinas y escombros. Procuró alejarla de unos sitios que á cada momento le recordarian el dolor, la miseria y la afrenta que habia sufrido....

Conociendo la huérfana que no le quedaba otro apoyo mas que su criada, se propuso obedecerla en todo. Luego que estuvieron muy distantes de la hacienda reducida á cenizas, se establecieron en un pueblo miserable y habitado por unos cuantos indios, viviendo en la mayor miseria. Todo su tesoro consistia en una cadena de oro con una medalla de la Virgen de Guadalupe del mismo metal que traia la jóven en el cuello, un rosario de corales engarzado tambien en oro y el caballo que les sirvió en el viaje.

Estando ya la jóven restablecida, la dejó su criada recomendada á una india ve-

cina suya, y se fué á la ciudad inmediata á vender sus halajas para subsistir: volvió con su producto, y se sujetaron ambas á vivir con la mayor economía, para no dar fin á su único haber.

Otro suceso mas afligente laceraba su corazon de la huérfana. Conocia que iba á ser madre.....

Por fin, alumbró un tierno infante. Ese inocente, ese hijo, fruto de un nefando crímen, eres... ¡tú, Cárlos!...

Un grito de horror salió de las bocas de los circunstantes.

—¡Oh Dios!... ¡mi desdichada madre habrá muerto víctima de la miseria!.... ¡y mi padre!... ¡mi criminal padre!.....

—Vive, lo mismo que tu infeliz madre, contestó doña Luisa con voz débil.

—¡Cielos! ¿Dónde están?... ¡por piedad! diga usted.... Y el abogado se arrojó á los brazos de doña Luisa.

—Cárlos, tu padre.....

—¡Oh! ¡Calle usted! ¡calle usted!.... interrumpió don Fernando.

—Tu padre..... el autor de tamaños crímenes era el amigo del administrador: y se llama ¡don Fernando A!!!...

—¡Maldita sea tu lengua!.... contestó el abominable viejo, despechado. Y repetia frenético: ¡mi hijo!... ¡mi hijo!...

Cárlos se cubrió la cara con las manos y se dejó caer sobre su asiento anonadado.

Doña Luisa lloraba en silencio, lo mismo Susana.

Pero Clara, la sensible Clara sufria un martirio. Al oir la palabra fatal, se levantó de su asiento y dando vueltas por toda la pieza, frenética, desatinada, gritaba horrorizada:

—¡Su hijo!... ¡Mi hermano! ¡mi hermano!... ¡Maldicion!... y golpeaba su hermosa cabeza contra las paredes y muebles, gritando sin cesar y corriendo como una loca.

De repente, un agudo y prolongado chillido, seguido de otro ruido sordo pausado y retumbante hirió los oidos de los circunstantes.

Cárlos saliendo de su aparente desmayo, se lanza de un brinco sobre la doncella, que yacia en el suelo, al parecer sin vida, y cubierto su rostro de sangre. Se habia roto la cabeza en un ángulo saliente de una cómoda. El abogado la levanta, la estrecha en sus brazos comprimiéndola fuertemente contra su pecho, y procurando comunicar su propia vida á la inerte niña, gritaba con el corazon angustiado:

—¡Hermana!... ¡hermana mia!...

Un sacudimiento convulsivo fué la primera señal de vida que dió la doncella.

Luego, clavando sus ojos vidriosos y saltones en el semblante de su hermano, le rechaza con violencia y prorumpe en espantosos gritos; después articulando palabras incoherentes como una persona que ha perdido el juicio....

¡Estaba loca!!!....

Mientras pasa la escena que acabamos de referir, ocurre otra no menos terrible en el lecho de la enferma.

Don Fernando, semejante al demonio del Terror, se para delante de doña Luisa y le dice con voz sofocada por el espanto, la ira, la desesperacion y cuantas pasiones abriga su pecho:

—¡Señora! ¡Cada una de las palabras que usted ha proferido.... se han clavado en mi corazon como agudos puñales..... han caido como plomo derretido, gota á gota.... ¡abrasándome el alma!... ¡ah!.. ¡víboras ponzoñosas no me habrian hecho tanto mal!.... ¡Ah, tengo un infierno en el pecho!..... Y se lanzó azoradamente fuera de la pieza.

Han pasado cuatro dias.

El choque violento y doloroso que recibiera doña Luisa al recordar sus desgracias, agravó su estado de padecimientos,

y un ataque de pulmonía terminó su carrera sobre la tierra.....

El coro de las santas mujeres mártires, recibió la virtuosa alma de esta angelical criatura que sufrió con resignacion tantos martirios.

Pasan todavia unos meses.

La inocente Clara ha sucumbido al dolor. Su alma pura ha volado al paraíso celestial á adorar á su Criador....

Estamos en 1847.

Cárlos, el triste abogado, después de la muerte de su madre y hermana, corrió á alistarse en las filas de los valientes defensores de su patria, hallando una muerte gloriosa en Churubusco.

Murió como un héroe honrando á su patria. ¡No aumentó el número de los infames mejicanos que huyeron, al frente del enemigo, cubriendo de baldon.... de oprobio, á este desdichado suelo!!!..

Empero el tiempo vuela: han pasado tres años.

Estamos en 1850.

El terrible azote de la humanidad, el cólera-morbo, asuela las poblaciones.

Don Fernando acosado por crueles remordimientos, sufre terriblemente. Es atacado de la terrible peste; y sucumbe sin haber tenido tiempo de reconciliarse con su Criador.

Sin embargo, la bondad suprema no tiene límites.... ¡Su misericordia es infinita!....

Todos los dias al rayar la aurora, se ve á una mujer vestida de luto, y envuelta en su rebozo alejarse lentamente del cementerio de..... despues de haber orado toda la noche sobre un sepulcro....

Esta mujer era Susana, la fiel criada del administrador.

Allende, octubre 20 de 1851.

EL SUEÑO DEL MENDIGO.

POR M. E.

A UNA AMIGA.

¡Triste suerte
La del mísero mendigo,
Quien no tiene mas amigo
Que su destino infeliz!
Cada hora
De las que en su vida cuenta,
Peso enorme es que atormenta
Su doblegada cerviz.

Taciturno,
La faz clavada en el suelo
Y el corazon en el cielo,
Cruzando las calles va.
Lentamente
Parece que el paso mide,
Y un socorro al pueblo pide,
Y el pueblo no se lo da.

Sin abrigo
En la helada noche vela,
El hambre cruel le desvela,
Y el furioso vendaval.
Entumidas,
Las manos yertas levanta,
Y eleva una oracion santa
A la mansion celestial.

Insensible
Dios parece á su plegaria,
Ya en la noche solitaria,
Ya de la aurora al nacer.
Olvidado
Parece del mundo entero
El infeliz pordiosero,
Próximo ya á perecer.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre tanto,
Y así que de hambre fallece,
Sutil vapor le adormece
Que sus párpados cerró.
Y vió en sueños
Mil fantasmas y visiones;
Horrendas detonaciones
Débil su oido escuchó.

Contemplaba
Ansioso en su devaneo
Objetos que su deseo
No pudo saciar jamás;
Los convites,
Los regalos, el reposo,
Legados al poderoso
Muchas veces por demás:

Mas de un ángel
La forma invisible y muda,
Que en el alto Dios se escuda
É interpreta su bondad.

"¡Oh mendigo,
Con célica voz le dice,
Tu frente humilla, y bendice
Del Eterno la equidad."

"Ese mundo
Que así tu vivir quebranta,
Bajo la maldicion santa
Oprimido gemirá."

"No vaciles,
Sufre en paz la cruda pena;
Que en esa vida terrena
Tu existencia acabará."

"Hay un dia,
En él no hay quien no sucumba,
Y cerca están de la tumba
Un abismo y un Edeu."

"Busca en vano
La dulce paz en el suelo,
Solo ha existido en el cielo
De los mortales el bien."

(Escrito para la Semana.)

LAS PREOCUPACIONES.

Las preocupaciones son las enfermedades mas funestas y mas peligrosas del alma: puede llamárseles unas opiniones anticipadas y formadas sin exámen ó mas bien unas sorpresas causadas á un juicio investido de tinieblas ó deslumbrado por fuegos fatuos.

La preocupacion viene á ser una especie de contagio que como todas las enfermedades epidémicas ataca de preferencia al pueblo, á las mujeres, á las sectas de diversas escuelas, á los maestros, á los discípulos, y que no cede sino á la fuerza de la edad, es decir de la razon ilustrada por la experiencia.

Las preocupaciones tienen su orígen en las pasiones que desnaturalizan todos los objetos: todo lo que nos agrada nos parece cási siempre verdadero, justo, útil, sólido y razonable. Estas enfermedades son las que favorecen á la supersticion, engendran y acreditan á los errores populares. Hay preocupaciones de naciones, de estados, de condicion: contenidas dentro de ciertos límites justos, pueden llegar á ser útiles; pero llevadas demasiado léjos no son mas que manantial de errores. Hay tambien preocupaciones universales é inherentes como quien dice á la naturaleza humana. Aun el saber tiene sus preocupaciones como la ignorancia: el supersticioso cree demasiado y el sabio no cree bastante. No admitamos nada sin exámen, desechemos lo que repugne á la razon; confiémonos de lo que esta nos demuestra, y suspendamos nuestro juicio sobre lo demás: respetemos toda opinion aun cuando fuere falsa, si vemos que contribuye al bien de la sociedad. Una preocupacion útil es mas razonable que la verdad que la destruye.

Nunca tendriamos los hombres preocupaciones si fuéramos menos perezosos para examinar, si tuviésemos mas buena fe para con nosotros mismos, y si fuéramos menos dóciles en recibir opiniones ya formadas, para ahorrarnos el trabajo de estudiar ó reflexionar; pero somos vanos y perezosos, queremos aparentar que sabemos lo que no hemos aprendido, y esta disposicion que multiplica las preocupaciones impedirá probablemente que curen de ella los hombres.

Si para agradar en el mundo es preciso respetar las preocupaciones ajenas, no es menos verdad que para evitar hasta donde es posible la burla, debe uno procurar desprenderse de las que tiene. Sacudid toda preocupacion y pensad por vos mismo, es decir interrogaos sobre cada una de las opiniones que están en vos sin que sepais ni cómo han venido ni de dónde vienen; sometedlas á severo exámen, hacedlas pasar por el crisol de la razon. La preocupacion no puede albergarse mas que en una cabeza en que la razon no hace sino raras y cortas visitas.

MISCELANEA.

LOS SOLTERONES.

Llenad á un solteron de comodidades; dadle el mas amplio de los dormitorios, el lecho mas mullido, el mejor de los baños; cubrid su mesa con el mas limpio y blanco de los manteles; presentadle el té mas delicado, el café mas exquisito; envolved su cuerpo en la bata mas cómoda y sus piés con las chinelas mas suaves y holgadas; sustentadle con los mejores y mas regalados platillos; haced por él esto y cuanto mas querais, que él será siempre infeliz. Es que él está siempre pensando en el amar y el matrimonio. Su imaginacion evoca mujeres fantásticas y se figura ser un san Benito. En sueños ve á una amante y preciosa dama al lado de su solitario lecho y unos traviesos chiquillos trepándose en sus piernas. Recuerda para sentirse disgustado de su soledad y despechado despoja su esplin vengándose del estado que ocupa todas sus potencias y sentidos.

ORÍGEN DE LA VOZ CAPILLA.

Capilla es un término derivado del latino *capella*. En lo antiguo, cuando los reyes de Francia iban á la guerra, llevaban consigo el sombrero de san Martin, el que se conservaba en una tienda de campaña como una preciosa reliquia, habiéndose dado á la tienda el nombre de *capella*, y el de *capellani* á los sacerdotes que la cuidaban. En lo sucesivo se aplicó la voz *capella* (capilla) á los oratorios particulares.

FLORES EMBLEMÁTICAS.

La rosa es el emblema de Inglaterra; el cardo lo es de Escocia; el trébol, de Irlanda.

ENIGMA.

Muy mas bella que el amor
Y que todo humano ser,
A muy poco de nacida
Con mi padre me casé,
El cual me engendró sin madre,
Atiende, lector, bien:
Al año dí á luz un hijo,
Y tan rara suerte fué
La mia, que me morí
Sin llegar nunca á nacer.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

LE SILENCE.—EL SILENCIO.

AUMENTO

A UN ARTICULO DE EXHIBICION,

Ó SEA

SEGUNDA JORNADA DE LA PRIMERA.

DESPUÉS de todo, bien vistas las cosas que pasando están en el mundo político de los mejicanos mis compatriotas, este gobierno de don Mariano ha tenido mucha fortuna. Vea usted si no estuvo larga paz pública tan suspirada por la gente pacífica, esas decisivas derrotas de pronunciados apenas asoman la cara, ese feliz éxito del negociado de Matamoros que tan horrendo se presentaba..... Y la plantificacion del telégrafo, invento de los mas asombrosos de la inteligencia humana; y la buena armonía entre el gobierno de la nacion y los ministros de Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos del Norte; y la próxima venida de un nuncio del soberano pontífice; y.....

Esto estaba yo hablando conmigo el domingo 9 del corriente año de 1851, dia del patrocinio de nuestra Señora y san Teodoro y santa Eustolia, á cosa de las diez de la mañana, á tiempo que mi criado entró y me entregó un papel doblado en forma de esquela.

Luego que hube leido el sobre, rompí "el lema" y me encontré con que el tal papel de que me impuse con la debida atencion, era un billete ó convite para concurrir á la repartícion de premios de los objetos de la gran exhibicion de que ya tengo dado conocimiento á la umabilísima lectora.

—Bien, me dije, ¡maldito si yo me acordaba de que hoy, hoy mismo es la distribucion de premios á las calabazas y á las *columbas cæruleas y candidas!* ¡Pues buena memoria es la mia! Y..... ¡á las doce, Vírgen santa, á las doce ha de ser el negocio!..... Bien que cuando aquí en este papel se dice á las doce, por cálculo prudente debe contarse que á la una llega un prójimo á buena hora.

Así diciendo, púseme á hacer los preparativos necesarios para presentarme de la manera mas conveniente á la gran ceremonia para la cual estaba yo convidado, y para no correr el riesgo de dejar olvidado el convite dentro de la bolsa de

la casaca que á quitarme iba, metíle entre

unos libros en folio que en mi cuarto tengo, los cuales se titulan "Diccionario de los disparates del Diccionario de barbarismos etc. del maestro Criticastro." Algun dia me tomaré la libertad de poner á la amable lectora al tanto de una parte aunque muy corta de su contenido, pues no soy amigo de dejar con dudas á las señoras.

Hecha esta precautoria diligencia, muy conveniente para los flacos de memoria, dí mis disposiciones caseras, pues no me parecia bien dejar al cuidado de mi mujer ella solita todo lo que es indispensable tener presente en una casa.

Esta vez sí no quise por ningun camino condescender con mi mujer á que se quedara sin ver lo que iba á ser premiado, ya que por la ascencion acrostática del otro dia se habia quedado "sin hacha, calabaza y miel" como suele decirse.

Instéle pues á que me acompañara y no descansé hasta que la ví anuente, bien que después de haberme representado cuánto iba á padecer con la apretura y el calor, y no sin manifestarme que estando delicada ella del estómago y los nervios, estaria expuesta á quien sabe qué si la detencion allí se prolongaba mucho.

Por fortuna llevaron en aquellos momentos un platito de dulces, muy sabrosos por cierto, de la casa de mi suegro don Veremundo Estomagoso, y yo aprovechándome al punto de la ocasion dí á e-

lla el platillo incitándola con mi ejemplo, pues el ejemplo es bueno en todas ocasiones, á tomar unos cuantos roquetes, lo cual hizo de muy buena gana al parecer,

sin confesarle que advertia su buen apetito, antes á la inversa dándole á entender mi sentimiento de que estuviera tan desganada.

Ya que estuvimos dispuestos, dejando dormido al rorro y al cuidado de una "pilmama" (rollona) de toda seguridad y confianza, nos pusimos muy satisfechos en la calle.

Permítame, benevola lectora, que haga yo aquí un paréntesis á mi relacion y no te enojes de que inspirado por el amor conyugal diga que mi mujer es, sin agravio de persona, una preciosa criatura, y que tal como iba ataviada, engalanada, embellecida, estaba de lo mas hechicero, de lo mas *deslumbrante*, de lo menos propio tambien, tú no dejarás de confesármelo, para llevarla á un concurso donde hay tanta abundancia de malintencionados solteros, codiciosos del tesoro del prójimo; á un concurso donde tantos pecados de in-

tencion se cometen. Y cuando digo concurso, ya se ve que no entiendo de ninguna suerte hablar de mi preciosa mitad ni atribuirle lo que al concurso atribuyo, con no poca razon á mi entender. ¡No, cien veces no, mil veces no!

Ahora que ya tuve la satisfaccion de imponerte de que mi mujer es bonita y de que iba derramando gallardía á la grande reparticion de premios, cosa que me destrozaba yo porque la supieras, no de ninguna suerte por agraviarte, ¡Dios me asista! sino porque no creyeras que una de las mil y una tarascas que habrás visto ó te habrás imaginado ver era la consabida; ahora pues considero conveniente seguir el hilo de mi relato.

Fuímonos primeramente á la casa de sus mercedes mi señora suegra y mi señor suegro, personas que ya conoce la lectora y que gozan de la mejor salud, como lo representan.

Mi señora suegra no tenia el menor inconveniente en acompañarnos, ni tampoco su dignísimo marido. Sea dicho entre nos, esta buena disposicion me sofocó no poco, pues vínoseme á la mente el diabólico pensamiento ¡Dios me lo perdone! de que podian llegar á entender los candorosos miembros de la junta de *exposiciones* que iban ellos allí para *exponerse* y reclamar el premio que de justicia les era debido como un fenómeno, una maravilla fabril, natural y manufacturera todo junto.

Por mas que hice con la mira de que desistiesen sus mercedes de su afligente resolucion de acompañarnos, tuve que resignarme á que fueran con nosotros.

Mi suegro, llevando á mi mujer del brazo y yo á la suya, nos pusimos en marcha, con infinita mortificacion para mí, que al lado de mi compañera parecia una verdadera burla, una patente irrision de aquella.

Así sin ser yo osado á levantar los ojos del suelo, llegamos las dos parejas á la entrada del paraje fatal.

Hago el ademan de entrar, pídenme el boleto, meto mano á la bolsa, y.... ¡oh dolor! acuérdome de que el convite le habia dejado yo olvidado, metido entre los libros consabidos.

Sin embargo, léjos de atajarme por eso, saco el sobre y lo entrego, y sigo impávido adelante sin que nadie me chiste.

¡Gran Dios! ¡cuál fué mi bochorno cuando se presentó un elegante introductor á tomar del brazo á mi compañera para llevarla á su asiento! . . .

Solté á su merced, escabullíme entre el gentío y al volver la cara para observar si me miraban y se reian mucho de lo que me habia acompañado, me encontré con mi amigo Abecé, á quien ya conoce mi

lectora, aunque solo de nombre.

Preciso es decir, ya que al caso viene, para que nadie tenga motivo de sentimiento, lo mismo que respecto á mi amigo y compañero X tengo dicho. Abecé es un excelente muchacho: no tiene mas *miseria* que darla de crítico y parlanchin; pero aun esto merece hasta cierto punto disculpa, pues la tal manía se le ha pegado de otro individuo muy conocido. Y en resumidas cuentas, X y aun yo mismo estamos contagiados de lo propio por idéntica causa.

Por lo demás, Abecé, amigo y compañero nuestro, solteron á toda prueba, es, lo repito, un excelente muchacho que sabe estimar en lo que vale al amigote Miseria, al mismísimo Miseria, maravilla de las modernas edades, de que ya he tenido la honra de hacer mencion y de quien nunca me cansaré de hablar con los encomios que le son debidos de toda justicia.

—¡Hombre! exclamé lleno de júbilo al mirar junto á mí á Abecé, ¡no sabes la satisfaccion que me causa tu encuentro en estas críticas circunstancias! Si no te me hubiera deparado la suerte, creo que á esta hora estaria yo muerto.

—¿Cómo así? y ¿por qué?

—Hombre, porque.... porque he venido á entrarme aquí sin mi convite que dejé olvidado en casa entre aquellos librotes que ya conoces. . .

—¡Ah, sí! los libros consabidos que tratan de los esclarecidos servicios prestados á la patria por el insigne maestro Caspa, vendedor de ilustracion. . . . Y ¿cómo te has compuesto para entrar?

—¿Cómo? . . . .

Iba yo á imponerle del suceso, cuando la banda militar anunció la venida de su excelencia el presidente de la república. En efecto, poco tardamos en ver desfilar delante de nosotros á la suprema autoridad de la nacion, acompañado del excelentísimo señor ministro de relaciones don Fernando Ramirez, del señor oficial mayor de la secretaría de hacienda don M. Esparza y de unos cuantos ayudantes. Don Mariano y sus ministros iban como me gusta á mí ver presentarse los magistrados de una república. ¡Oh tiempos de uniformes y empanadas! cuánto te echan menos y te lloran los que estaban en sus glorias cuando podian lucir sus galones á la vista de sus respectivas novias! ¡Qué lástima que todo sea transitorio en este perecedero valle de lágrimas!

Hubo discursos, eso es de cajon.

Entre tanto, me consagré á ver la concurrencia.

Habia bueno y malo, pero llamáronme particularmente la atencion dos damas que estaban desternillándose de risa al mismo tiempo que se hablaban en secreto. Antojóseme que se reian las muy inhumanas de mi soberana suegra, la cual, muy quitada de la pena miraba con la satisfaccion mas completa cuanto al alcance de su vista se hallaba.

Repartiéronse los premios. Vimos pasar delante de nosotros á los premiados, con sus ramilletes de flores artificiales.

Hícome el perdidizo para no ir á dar otra vez con su merced; vi, en medio de mil empujones y estrechones, los objetos premiados, y salí de allí para situarme en un paraje propio para ver desfilar la gente.

A poco tuve que ocultarme detrás de otras personas que junto á mí estaban para que pasara, sin que me viera, mi suegra, que iba del brazo de X, á quien no sé por qué vuelta de dado habia ido á apañar. . . . .

Ahora, amable lectora mia, considero necesario decirte qué cosas y qué personas fueron las premiadas, para lo cual voy á servirme del mismo informe de la junta

de *exposiciones*, aunque extractadito, porque es muy largo.

"A don Agustin Tonel, por la *araucaria excelsa*, tres variedades de *rhododendrou* (*rhododendron es*), una camelia, un *citrus lumia*, una *dionedule*, una *sterlitzia*, una *datura*, una *bourmanzia* y varias *orchydeas*; el primero, segundo, tercero, cuarto y quinto premios."

(Abecé y yo bien advertimos que los nombres aquí trascritos son como griego para la lectora; pero no habiéndose servido la junta de *exposiciones* dar al público el nombre vulgar de las plantas, tengo que ponerlas aquí como están en el original.)

"A don Cristóbal Gil de Castro por el chilacayote marcado con el número 6, premio."

(Abecé dice que en efecto son muy individuales las señas del chilacayote, y tanto lo designa y recomienda ser del número 6, que no se necesita ni verle para saberles especialidades que tiene.)

"Al que presentó la coleccion de calabazas de la hacienda de Santa Fe, accesit."

(Nota aquí X que esta explicacion no le cede en claridad y precision á la otra.)

"A don Justo Pastor Macedo, por la introduccion y cultivo de las especies de trigo útiles al país, premio."

(X advierte muy bien que deberia decirse el nombre, por lo menos, de estas especies de trigos útiles á la república mejicana, si es que la junta de *exposiciones* no ha escrito su informe para los vecinos de Mejico solamente, y aun solamente para los vecinos de Méjico que vieron los trigos.)

"A don Agustin Tonel y hermanos, por la introduccion y propagacion de la raza de palomas útiles."

(¡Ya escampa! ¡Y las palomas útiles! ¡Con razon se han premiado!)

"A don Enrique Beale por la introduccion y propagacion de la raza de vacas de Durham, útiles al país, premio extraordinario."

(Utiles al país, ¡ya está dicho todo! Esto es un estribillo, una muletilla, una cosa así así como una etcétera.)

"A don Florencio Ortiz, por las piezas de joyería que presentó, montadas con mucha inteligencia y muy buen gusto, premio."

(Cónstales á cuantos las han visto que son excelentes, y los que no las han visto pueden fácilmente formarse idea cabal de ellas por lo que dice la junta.)

"A don Modesto Diaz, por el armario de madera formado de las mas preciosas que produce el país y que es notable por su delicada ejecucion."

(El armario, el mismísimo armario aquel.)

"A la señora doña Josefa Lara de Guttman, por un ramo de camelote, digno por cierto de un premio mas significativo," tercer premio de cuarta clase.

(X salta aquí diciendo que el objeto premiado, y bastante mezquinamente por cierto, no *es ramo* ni es de *camelote* (pelo de camello), sino RAMILLETE y de CAMALOTE (sustancia esponjosa del elote,) agrega X que no sabe cómo el señor conde de Castro, filólogo y literato de primera, y miembro de la junta de *exposiciones*, ha dejado pasar estos gordos disparates y los ha autorizado con su firma. En cuanto á mí, digo que el trabajo de la señora Lara es indisputablemente digno de un premio, no mas significativo, sino sí mucho mas esplendido, mas proporcionado á su obra.)

"A la señorita doña Cayetana Ortiz, por el *ramo* con doble vista bordado de seda sobre tela de la misma materia, accesit."

(¡La misma mezquindad que con la señora Lara!)

"A don Antonio Flores, por la almohadilla de marfil calado en filigrana que por primera vez tambien se presenta como la obra de un mejicano, hecha con bastante maestría, premio extraordinario."

(X repara que el "tambien" merece un premio extraordinario. Yo digo que ¿por qué la junta hizo gesto al "mucho" para maestría y se contentó con el frio "bastante"?)

"A don Juan Faraut, por una ménsula de yeso; á M. Schein, por una cajita y marcos de ébano con embutidos de metal; á don Juan Ramirez, por varios animales de plata copeya; á la señorita doña Soledad Muñozcano, por dos cuadros que contienen dos canastillas con flores de camelote; á la señorita Hermosilla, por un paisaje con animales bordados de seda de pelo sobre tela de igual clase; á la señorita doña Dolores Ros, por un cuadro con un canastillo de flores de gusanillo; á la señorita doña Aurora Bonilla, por un cuadro con la ave Lira bordada de oro; á la señora doña Manuela Godoy, por un paisaje bordado de hilachilla; á don Isaac de los Rios, por varias frutas de cera; á don Vicente Ferrier, por los trabajos fabricados en azúcar, al autor de un grupo de tres figuras de cera que presentó don Daniel Mendez; y á la señorita doña Gerónima Chivilini, por un cuadro bordado que representa la familia real de Inglaterra, mencion honorífica."

(Abecé dice que esto es una monserga de accesit. X clama que la congruencia de que es tan amigo el señor Conde, no parece; que las obras de camelote no son sino de camalote; que no entiende cómo se "fabrican trabajos;" que Jerónimo, Jerónima con G es un "barbarismo que pasa á disparate...." Yo digo que dicen que las obras de la señora Muñozcano, Godoy, etc. merecen mas que un accesit.)

"A don Archivaldo Hoppe, por una pieza de casimir verde de cuadros hecha en la fábrica de San Ildefonso, premio."

"A don Juan Franco, por un rebozo ó schal hecho en telar á la Jacquard, premio extraordinario."

(X protesta que esta palabra de ortografía ostrogoda ó rusa es un disparate, y tan gordo que merece un premio extraordinario; que la legítima voz es REBOZO, voz muy nuestra, y que ya que se quiso darle un sinónimo, que no necesita, debió haberse dicho y escrito CHAL, que es la ortografía propia.)

"Al señor don José Palomar, por las mantas é hilazas de la fábrica de Atemajac, en Guadalajara, el papel y los libros rayados, premio."

"A los señores don Lorenzo Carrera y don Antonio Garay por la hilaza de lana de la fábrica de la Magdalena, premio."

"A don Luis Gonzalez, por una silla de montar con todos sus arneses, notable por la perfeccion con que está ejecutada, riqueza y buen gusto de todos sus adornos, accesit."

(Abecé reclama á favor de este individuo el "señor" concedido á los demás. Yo digo que dicen las gentes que la silla es obra de un trabajo sobresaliente....)

"A don Julio Vázquez, por unas espuelas; á don Antonio Cabrizas, por varias piezas de calzado; á don Encarnacion de la Torre, por dos sombreros; y á don Brígido Negrete por un albardon, accesit."

(Abecé repite lo que acaba de decir. Yo repito respecto del albardon lo mismo que expresé con respecto á la silla.)

"A don Patricio Desmont, por el coche de ejecucion esmerada y gusto esquisito; á don José Morel por un volante, y á los señores Rossemberger y Sobrino por una caja de seguridad, premio."

"A don Antonio Florca, por las pieles charoladas, accesit."

"A los señores don Agustin Barthes y

don Antonio Ny, como perfeccionadores de un alambique, y á Mr. Wilson, para los mejicanos que construyeron la calesa presentada por él, premios extraordinarios."

(Abecé se escandaliza aquí del descuido de callar los nombres de los pobres mejicanos que han merecido el premio, dejándose sonar solamente el del maestro extranjero. X dice que en Méjico no tiene uso la voz "calesa.")

"A don Ramon Rivera, fundidor de una campana, y á don Guadalupe Plata, por las cabratillas charoladas, premios extraordinarios."

(X manifiesta que *cabratilla* (así se lee en el Universal del martes 11 del presente noviembre, plana 4ª, col. 2ª, lín. 5ª) por CABRITILLA no es voz de ningun idioma, de ninguna lengua conocida y que por lo tanto merece un premio supraextraordinario el que la ha inventado.)

"A don Florentino Jacquenard, como inventor y ejecutor de un modelo de una máquina hidráulica, y á don Pedro Green, por el modelo de la bomba-noria, mencion honorífica. . . . . ."

Réstame, amable lectora, hablarte de la llegada del nuncio ó embajador del santo Padre Pio IX, la cual *tuvo lugar* el dia 12, y del telégrafo magnético que está ya establecido y en corriente en el tramo de esta capital á Nopalucan; pero sobre estos asuntos no puedo mas que exclamar:

¡Oh ilustre y nunca bien alabado Miseria! ¡Quién me diera tu ingenio, y tu pluma, y tu cabeza, que me hacen reventar de envidia, para poder continuar debidamente este artículo! ¿Quién tuviera tu elocuencia para poder referir la satisfaccion con que los frailes de esta capital han

visto la llegada del nuncio apostólico y los regocijos con que seguimos celebrando la derrota de los piratas en la isla de Cuba?

:::

ECONOMIA DOMESTICA.

AGUA AROMATICA PARA LA CARA.

En un cantarito de barro ó vidrio, y no de metal, póngase dos libras de violetas acabadas de cortar (sin las hojas verdes ni el tallo) y seis onzas de raíz de lirio de Florencia machacado; viértase encima de esto poco menos de una y media azumbre (poco menos de seis cuartillos) de vinagre; póngase en infusion al sol y se tendrá una agua excelente para dar olor á la que se emplea para el tocador.

PICADURAS DE ABEJAS, AVISPAS Y MOSQUITOS.

La parte donde haya picado el insecto lávese con agua de amoniaco (álcali volátil) ó solucion de cloruro de cal.

LA CANONESA

Y EL CABALLERO DE MALTA.

POR MADAMA EVELINA RIBBECOURT.

I.

LOS SEGUNDONES.

¡Ah! ¡pobre Enriqueta mia, nos van á sacrificar!

—¡A sacrificar, primo mio! ¿Tengo ya aspecto de víctima?

—Tú siempre encuentras á la suerte un lado bueno, pero yo padezco por el porvenir que me preparan, y ¡lo juro! ¡sabré sustraerme de él! Seré marinero, guardia francés, obrero.... ¿qué sé yo?... ¡pero no seré, aunque me pese, caballero de Malta!

—¡Ay, pobre Gaston! ¡todos los segundones de la casa de Trevil no han entrado en alguna religion! Tu tio es gran bailío de la órden de san Juan; tu tio abuelo Nicolás es conde canónigo de Lyon; tu....

Enriqueta fué interrumpida en su nomenclatura por los ademanes de enfado del jóven, quien con estrepitosos y desiguales pasos, que daban bien á conocer el enojo y la irresolucion que le agitaban, media el aposento de largo á largo. Gaston de Trevil contaba diez y ocho años; su rostro no tenia mas belleza que una expresion de inteligencia y franqueza, y sus ojos sobre todo, reflejaban el candor de su alma, cuando miraba á su prima, á quien queria como una hermana. Segundon de su casa, estaba destinado, desde su nacimiento, á entrar en la órden de los hospitalarios de san Juan, y llevaba en el ojal la crucecilla negra de ocho puntas, distintivo de los caballeros. Su prima, bonita muchacha de diez y seis años, último vástago de una familia tan pobre como noble, estaba igualmente destinada al celibato, y sobre sus vestidos de color oscuro y modesto, llevaba un largo cordon de seda azul, entremezclado de encarnado, al cual estaba atada una medalla de oro, representando á san Romarico, fundador de las canonesas de Remiremont.[1] Enriqueta no teniendo otros bienes que viejos pergaminos y diplomas, atestando nueve generaciones de nobleza caballeresca, debia gozar de una prebenda en aquel antiguo capítulo, orgullo de la Lorena. Pero en espera de que pudiese disfrutar de ese privilegio, vivia con madama de Trevil, abuela suya, en un antiguo castillo á orillas del Mosela. A él habia venido Gaston para despedirse de su abuela y de su prima, antes de embarcarse en una galera de la religion, que debia llevarle á la Vallette, donde después de un corto novicindo pronunciaria sus votos ante el gran maestre.

—Pero, primo mio, dijo en fin Enriqueta tímidamente, pensarás en desobedecer á tu padre?

—Yo quiero elegir mi suerte y no sacrificar mi vida entera solo por estas pala-

1. La iglesia y el noble capítulo de Remiremont fueron fundados en 620 por san Romarico: las canonesas no hacian voto alguno, y podian entrar de nuevo al mundo para casarse. Para ser admitidas necesitaban probar su nobleza caballeresca, de nueve generaciones atrás y dependian inmediatamente de la santa Sede. Esta casa, entre otros privilegios, tenia el de poder libertar en ciertos dias á todos los presos que se encontrasen en la Conserjería y de imponer ó percibir contribuciones del Estado. La abadesa era princesa del imperio y se sentaba en su tribunal á hacer justicia á sus vasallos.

bras: "¡Los segundones de Trevil han obrado siempre de esta manera!" ¿No te dan una posicion honrosa....

—Lo era en otro tiempo; pero hoy ¿qué pesa en la balanza del mundo la espada de un caballero de Malta?

—Correrás las cerbanas....

—Esa es una burla.

—Sucederás á tu tio en el mando....

—No lo deseo....Poco me inquieta el porvenir, el mio se entiende; pero el tuyo, hermana mia, mi buena Enriqueta....

—¡Oh! mi querido Gaston, me considero bastante feliz....

—¿Dices la verdad?

—Sin duda. Pobre, huerfana, sin apoyo, en Remerimot tengo un seguro asilo, una decorosa proteccion: una vida tranquila ocupada con la oracion, el trabajo, las buenas obras, no pido mas.

—¿Sin afecciones?

—¡Y Dios! ¿por quién lo cuentas? Viviré para él, trataré de servirle, instruyendo á los pobres y á los niños, y así que sea bien viejo, me referirás tus viajes, daré contigo la vuelta al mundo, yo que ya no sabré las vueltas de mi capítulo. ¡Qué graves estaremos entonces! ¡El señor comendador! ¡La señora canonesa!...

—¿Comendador? ¡nunca!... Enriqueta, ¡acuérdate bien de esto! Sé feliz, puesto que te conformas con tu suerte futura: yo voy á buscarme una....

Gaston partió al siguiente dia para Marsella, dejando en la inquietud á su abuela y á su prima, quienes á una voz oraban por él.

II.

1792.

Cuatro años habian pasado, años terribles que dejarán una huella profunda en la historia, porque comprenden todo el espacio trascurrido entre los Estados generales de 1789 y la Convencion instalada en 1792. Los habitantes del castillo de Trevil habian tenido su parte en los conflictos públicos: disminucion de fortuna, vagas inquietudes, redoblados temores, angustias continuas, y á estas penas de afuera se juntaban las aflicciones íntimas, las cruces domésticas, personales, que no por sufrir los males generales de toda especie dejaron tambien de atormentarlos. El conde de Trevil habia sucumbido en 1790 á una enfermedad de corta duracion: Alberico, su hijo mayor, habia muerto noblemente el 10 de agosto, y Gaston, despues de algunos meses de permanencia en Malta, habia rehusado formalmente pronunciar los votos, reuniéndose á las filas del ejército francés desde los primeros movimientos que hizo hácia la frontera del Este. Su desobediencia y defeccion traspasaron de dolor el corazon de su abuela, quien retirada á su antiguo castillo de la Lorena, no tenia otro apoyo, otro consuelo mas que Enriqueta, cuya prebenda acababa de ser confiscada á virtud de los decretos revolucionarios. Las dos pobres mujeres vivian solas, casi ignoradas en su recóndita mansion, donde en otro tiempo sus antepasados mandaban como soberanos en toda la comarca, y ahora temblaban ante sus moradores, irritados desde aquel entonces con el rigor con que los condes de Trevil ejercian sus derechos, derechos de caza, talla, servidumbre; privilegios feudales, cuya injusta severidad era casi siempre suavizada por la beneficencia de las castellanas. Pero en esos dias de efervescencia, el pueblo no se acordaba mas que de las faltas que parecian legitimar su furor, olvidaba los beneficios derramados por una mano bienhechora, los remedios ministrados al enfermo, la camastilla preparada al recien nacido, la fundacion de hospicios, la apertura de escuelas y tantos otros actos que honran la generosa caridad de las francesas.

Un dia del mes de diciembre de 1792,

la viuda heredera de Trevil estaba sentada en un aposento retirado del castillo; Enriqueta, inmediata á ella, leia en voz alta el admirable sermon de Bossuet sobre la pasion de Jesucristo; de tiempo en tiempo suspendia su lectura y miraba tristemente el campo blanqueado por la nieve, el cielo de un gris uniforme de donde descendian lentamente blancos copos. Una profunda tristeza reinaba en este paisaje y pesaba sobre las dos pobres mujeres que nunca, como en este momento, habian sentido mas el abandono. Llegando á la segunda parte del sermon, cerró Enriqueta el libro, y dijo mirando caer la nieve:

—Este tiempo tan malo temo que sea funesto al pobre Simon.

—¿Le viste esta mañana, hija mia?

—Sí, mi buena mamá, fuí á la quinta; estaba padeciendo mucho, pidió un padre, y Justo, su hijo, fué á buscar al señor cura que está escondido en casa de Henriot, disfrazado de vaquero.

—¡Qué tiempos, gran Dios! mi pobre hijo fué muy feliz en no haber vivido mas; muy feliz, murió en su cama.... mientras que tantos otros....

No concluyó; su hija le besó la mano en silencio. Repentinamente llamaron á la puerta del aposento; abrió Enriqueta, y Justo, el hijo del arrendatario, entró, pálido y turbado.

—¡Amigo mio! exclamó la condesa asustada á su aspecto, ¿qué es lo que hay?... vuestro padre....

—Mi padre murió ya, respondió el jóven con los labios temblosos; rogó por vos, señora, que le socorristeis.

—Era un excelente hombre y Dios le dará el descanso. Pero vos, mi querido Justo, volveos á acompañar á vuestra madre, que debe de estar desasosegada y afligida....

—No puedo, porque ella misma me ha mandado á veros. No sabeis lo que pasa en la aldea, señora: esta mañana en el club han hecho mocion, como dicen, de saquear el castillo, esta guarida de la tiranía, como dicen tambien, y de enviaros con una buena escolta á Metz, lo mismo que á la señorita Enriqueta. Todos los bribones de la aldea están en la taberna; beben, se acaloran.... antes de una hora estarán aquí.

—¡Gran Dios! ¿qué hacer?

—¿Quereis fiaros de mí, señora? he dejado á mi padre en su lecho mortuorio para venir á veros; espero poder salvaros... Hay una escalera para el parque, ¿no es verdad?...

—Sí, y la entrada de esa escalera es por el cuarto inmediato.

—Por allí debeis salir al instante. Tengo puesto á nuestro viejo calesin un caballo que he pedido prestado á un vecino, quien cree voy á anunciar á mis tios la muerte de mi pobre padre; en el sendero desierto del osario, del lado del parque, nos está esperando.. La noche está al caer, nadie nos verá partir... y mañana habremos pasado la frontera.

—Pero ¿y las leyes contra los emigrados, mis bienes, ó mejor dicho, los de esta pobre niña?

—¿Y la vida, señora, la vida!.... En Metz nadie se libra de la guillotina.

Estremecióse la viuda y estrechó contra su pecho á la trémula Enriqueta; después lanzando á su derredor una espaciosa mirada, barbotó.

—¡Dejarlo todo!

—Señora, el tiempo pasa.

—¡Pobre muchacho, vais á exponer vuestra vida!

—¡En Dios confio! Habeis sido buena con nosotros, señora, mi padre os amaba, y él, el mismo, si viviera, me mandaria hacer lo que hago ahora.

Madama de Trevil manifestó tomar una firme resolucion. Levantóse, abrió el

secreto de un escritorio de ébano que ocupaba uno de los ángulos del salon, y sacó de él un rollo de dinero.

—¡Esto es todo lo que poseemos! dijo á Enriqueta.

La jóven levantó los ojos al cielo con confianza.

—Mis alhajas están en el tocador, añadió la anciana señora: allí está mi camarera.

—¡No váyais, señora; vuestros criados os venden!...

—¡Salgamos! respondió la condesa; ya que los hombres me abandonan y me engañan... ¡me entrego absolutamente á Dios!

Enriqueta echó sobre los hombros de su abuela una pelliza forrada, envolvióse en la suya, y tomó un envoltorio que hizo apresuradamente, de algunos libros, un estuche de escribir y pintar, y los pocos vestidos que se encontró á la mano en la pieza contigua. En el momento de pisar el primer peldaño de la escalera que habia de conducirla fuera del castillo, exclamó amargamente la condesa:

—¡Qué duro me es dejar de esta manera la casa de mis padres, el sepulcro de mi marido y de mis pobres hijos!... ¿Por qué no descanso en paz con ellos?

Enriqueta lloraba silenciosamente. Llegaron sin obstáculo al coche, que anduvo con ellas durante muchas horas; y subiendo á la media noche por una altura que dominaba á todo el país, percibieron en el horizonte una brillante luz, como si hubiesen hecho una inmensa hoguera en medio de la alba campiña.

—¡Han pegado fuego á Trevil! ¡Trevil no existe ya! gritó la viuda dejándose caer en el coche.

Justo no respondió una palabra, y apuró al caballo. Enriqueta contempló las llamas de un rojo sombrío que subian al cielo y dijo en su corazon:

—¡A dios! ¡á dios, para siempre!

III.

EMIGRACION.

El alba de los ojos grises, como dice Shakspeare, empezaba á aclarar el horizonte cuando el calesin de los dos fugitivos pasó la frontera. Madama de Trevil abrazó á su hija con una especie de amargo gozo exclamando:

—¡Que sea preciso alegrarse una cuando deja el suelo de su patria!

Luego que llegaron á Luxemburgo, se dispuso Justo á volverse. Madama de Trevil quiso darle una recompensa, porque Justo era pobre, pero el jóven la rehusó abiertamente.

—Vos habeis auxiliado y consolado á mi padre, díjole, así el deudor soy yo.

—Tomad siquiera esta sortija para vuestra madre, replicó Enriqueta, me la volvereis si mejores dias llegaren á lucir para nosotros.

El jóven recibió el anillo y se le puso en su dedo meñique; despues con una voz ahogada dijo:

—¡Hasta mas veros, ama nuestra, hasta mas veros, señorita!

Brincó al coche, y las dos desterradas siguieron con la vista largo rato al pobre campesino que volvia á la Francia.

La provincia de Luxemburgo no podia ofrecer un solo lugar de refugio á los fugitivos: por tanto pasaron sin perder tiempo á Lieja y de allí á Holanda, y al cabo de ocho dias de viaje llegaron á Amsterdan. ¡Cuán aguda tristeza penetró en sus corazones al entrar en esta ciudad, donde nada les recordaba á la Francia! Clima, idioma, costumbres, fisonomías, todo, todo era diverso. Pasada la noche, noche de insomnio, en una mala posada, se echaron á andar por las calles de la ciudad, decididas á buscar un alojamiento donde pudiesen "vivir de privaciones, decia la condesa.—Del trabajo," agregaba Enriqueta. Anduvieron errantes algun tiempo por a-

quellas populosas pero silenciosas calles de la Venecia del Norte, por sus hermosos muelles á que daban sombra los tilos, á lo largo de sus canales limitados por elevadísimas casas construidas sobre escalones y en cuya cúspide forma la cigüeña su nido. Un sentimiento de curiosidad disipó su melancolía, al aspecto de esta poblacion extranjera y tan heterogénea, en que el robusto aldeano de la Frisia tropezaba con el atezado y entecado malayo; la rica arrendadora adornada con su basquiña escarlata, su velo de blonda y su diadema de oro, pasaba junto á la negra, tocada con su pañuelo de todos colores, ó el bonquiento marinero daba un empellon al grave personaje vestido á la Luis XIV. Grandes pensionarios, miembros de los Estados, ricos armadores, poderosos banqueros, hijos de aquellos atrevidos soldados, de aquellos sabios políticos que resistieron á Felipe II, á la Inglaterra, á la Francia, y débiles por su número, amenazados por la naturaleza y por las armas de sus enemigos, fundaron en medio de las olas la mas fuerte de las repúblicas y se afirmaron por la union y por la constancia. Estas reflexiones ocupaban el ánimo de Enriqueta, en tanto que sus ojos repasaban las muestras buscando cuartos de alquiler. Por último, una inscripcion en holandés, francés é ingles, llamó su atencion, y sosteniendo á su abuela, entró á una tienda donde vendian pinceles y colores, y pidió ver el alojamiento que se hallaba desocupado. La dueña ayudada de algunos retazos en francés, instó á las señoras á seguirla, y les enseñó una reducida habitacion, amueblada de una manera puritana, sin otro adorno que una extrema limpieza.

—Quedémonos aquí, hija mia, dijo la condesa, esta pieza es suficientemente grande para morir, y á mí no me queda ya otra cosa que hacer en este mundo. Instalémonos y dejemos aquel cuarto de posada que no es de nosotros, porque es de todos.

Obedeció Enriqueta, y en la misma tarde quedó acomodado el pobre bagaje de las expatriadas en los armarios de pulido encino con que estaba amueblado el dormitorio: Bossuet, la Imitacion y un tomo de Racine, consuelos que en la fuga llevaron consigo, ocuparon la chimenea del comedor. Enriqueta colocó cerca de la ventana una mesita, en la cual puso sus conchas, sus colores, sus vitelas, y tan presto como se hubo hecho, por medio de algunas ventas, de todo lo que necesitaba su abuela, se entregó al trabajo, impaciente por realizar el designio que habia concebido. Su huesped, además de vender colores, comerciaba en obras del arte, y llevada la jóven de sus consejos, pintó un cuadro de flores, otro de frutas y de caza, géneros á los cuales se habia particularmente dedicado y en que trabajaba con una feliz facilidad de pincel. Los dias que empleó en esta ocupacion fueron dias de esperanzas y de alegría: de alma fuerte, alma de esas que se dan á conocer en la desgracia, Enriqueta gozaba al sentir que era ella misma, al ver que era buena para alguna cosa. Considerábase feliz dedicada al cuidado de su abuela, feliz con su trabajo, feliz con sus esperanzas, y al reunirse llegado el domingo en la capilla católica, á la religiosa congregacion de los fieles, su corazon se llenó de delicias.

Al cabo de tres semanas, sus cuadros estuvieron concluidos y vendidos para las colonias, cuyos habitantes, que son tambien expatriados, solicitaban las pinturas que les recordaban las producciones de la madre patria. El vendedor de cuadros pidió otros lienzos, y Enriqueta se puso á trabajar con nuevo ardor. No salia mas que para ir á la iglesia, lugar querido, de refugio y de tranquilidad; al museo, donde

estudiaba las obras de Rachel, Ruysch, de Spaëndouck, y de los pintores célebres que han reproducido con el pincel las bellas flores que son la idolatría de la Holanda. Algunas veces, por la tarde, la viuda y su hija iban hasta el puerto, y en profundo silencio, apoyada la una sobre la otra contemplaban las olas, en el mismo lugar tal vez en que el anciano poeta Vondel vino á sentarse durante tantos años, mirando siempre si la vela de su hijo aparecia en el horizonte.[1]

Las horas de una vida laboriosa corren rápidamente, y de esta manera pasaron algunos años, sin que su peso pareciera demasiado grande á las dos desterradas.

IV.

EL OFICIAL DE LA REPÚBLICA.

La nacion francesa habia extendido sus conquistas: la caballería de Pichegru pasando por las glaciales aguas del Rhin, de la Mosa y del Zuyderzée[2], habia invadido esta Batavia que las olas ya no supieron defender. El corazon de Enriqueta palpitó, cuando echada de codos en su ventana, vió pasar los regimientos franceses desfilando serenos y arrogantes, cuando oyó el sonido de la lengua madre, suave como una armonía al oido de un expatriado; una embriaguez guerrera exaltó su espíritu cuando los clarines tocaron la belicosa aria compuesta para las palabras de Chenier.

"La victoria cantando, nos abre las trincheras..."

—¡Franceses! repetia la jóven enajenada de gozo.

—¡Republicanos! ¡nuestros! ¡enemigos nuestros! exclamaba madama de Trevil. ¡Ah! hija mia, ¡quién sabe si nos obligarán de nuevo á huir! Mira esa bandera: no es ya la de Lens ó de Fontenoi!....

—¡Ah! mamá, esos soldados son tan valientes..... su bandera es siempre la del honor!

Al decir esto, echó de ver que los soldados habian hecho alto en la plaza inmediata, y que con las armas en *pabellon* ya, les distribuian boletas de alojamiento. Un oficial se dirigió hácia la casa. Enriqueta se retiró entonces de la ventana y volvió á tomar sus pinceles: á pocos momentos oyó entrar al nuevo huésped en el cuarto contiguo, conducido por la dueña de la casa, y quedarse en él después de algunas palabras cambiadas, á las cuales no prestó ella ninguna atencion. Durante todo el dia estuvo oyendo las botas del oficial que rechinaban con la tierra de que estaba cubierto el cuarto, y su voz que acompañaba el movimiento regular de sus pasos. Por la noche le oyó todavía; cantaba: repentinamente enmudeció ella, porque reconoció un estribillo familiar á los pastores de la Lorena; y nada mas de oir este dolorido son, esta cancion conocida, que traia á su memoria el hogar paterno, prorumpió en copioso llanto. Pero su atencion un instante ocupada con este incidente, fué breve distraida con pensamientos mas serios: madama de Trevil cayó enferma, y todo el cariño, como todos los cuidados de Enriqueta, se concentraron en su anciana madre, muribunda y sin recursos.

Entonces desaparecieron los dias de pacífico trabajo, de labor regularizada: ya todas sus horas las pasó la jóven sin despegarse de la cabecera de la cama, en que su abuela padecia, las miserables economías adquiridas con tantas privaciones, pronto fueron consumidas, y llena de angustia veia Enriqueta acercarse á gran prisa la indigencia absoluta, la indigencia

1 Vondel, poeta holandés, compuso las tragedias de Guy de Amstel y de Lucifer: se cree que á Milton sirvió de inspiracion esta última para la creacion de su Paraiso Perdido. Vondel, se dice, murió de pesadumbre, á causa de la ausencia de su hijo, quien se embarcó para las Indias.

2 1794.

sin esperanzas, sin amigos, sin protectores.... Vendió poco á poco los objetos de algun valor (¡bien pocos por cierto!), sufrió el dolor de ver pasar á las manos de un platero ó de un mercachifle, sus pobres alhajas ricas en recuerdos de toda una vida; no le quedó de todas ellas mas que una sola, y se decidió á sacrificarla tambien. Salió furtivamente y se encontró en la tienda de un jóven quien, sin vacilar, le contó una corta cantida en cambio del objeto que ella le presentaba, y con las lágrimas en los ojos y un cierto gozo amargo en el corazon volvióse Enriqueta á su alojamiento, sin percibir que el oficial francés, su vecino, la habia seguido desde que saliera y habia estado acechando sus pasos. Entró este despues que ella en la tienda del platero y pidió que le enseñaran la alhaja que acababa de comprar. Mostróselá al momento el mercader: era un lapicerito de plata sobredorada con un escudo romboide en el puño; el oficial paró la vista en él, cambió de color, y dijo al punto:

—¡La compro!

Pagó, y salió precipitadamente.

A pocos instantes volvió á su alojamiento. La huéspeda con semblante triste, le dijo en mal francés:

—La anciana señora está bien mala... la jóven se ha ido á buscar un sacerdote.

El oficial mas y mas turbado, subió la escalera, entreabrió suavemente la puerta del cuarto de madama de Trevil, y no viendo con ella mas que á la criada de la casa, entró, sofocando el ruido de sus pasos.

La muribunda tenia los ojos cerrados. Una pasajera somnolencia la alejaba del sentimiento de sus males y del de su próximo fin. El oficial tuvo tiempo para contemplar aquel rostro pálido, aquella frente surcada, sobre la cual caian unos cuantos cabellos blancos, aquellos labios por los que se escapaba un resuello intermitente y trabajoso.... Miró largo rato, se acercó por último, se arrodilló junto á la cama y pegó su boca á la mano fria de madama de Trevil. La criada, sorprendida, hacia mil exclamaciones en holandés..... La moribunda despertó á estas voces y abrió los ojos; fijáronse en el rostro del oficial, después, haciendo un esfuerzo sobrenatural se incorporó en la cama y gritó:

—¡Gaston! ¡Gaston!

Su voz tuvo por el pronto una débil expresion de gozo que se extinguió con el acento de la reconvencion y del pesar.

—¡Vete! prosiguió, acompañando de un débil gesto á su débil voz, ¡vete!... ¡perjuro!

—¡Madre mia! respondió Gaston, ¡no me arrojeis! Vuestro corazon me ha reconocido á pesar del cambio de mis facciones, vuestro corazon debe deciros que no me he hecho indigno de vos...

—Traidor á tu fe, á tu país, á tu familia....

No pudo acabar, y le lanzó una triste mirada.

—Madre mia, repuso él, al rehusar una carrera á la que Dios no me llamaba, he obedecido á mi conciencia; no he creido que deshonraria á mi familia combatiendo bajo las banderas de mi país, para defender sus fronteras amenazadas. Pero si he delinquido no cediendo á los deseos de mi padre, embriagándome con estas ideas de independencia tan gratas á la juventud.... estoy arrepentido, soy todavía un hombre de honor, soy todavía un cristiano.

—¡Si pudiera creerte!

Meneó ella la cabeza; la incredulidad de la vejez luchaba en su ánimo.

—¡Madre mia! añadió el jóven ¡creedme, perdonadme, bendecidme!

Ella no respondió. Al mismo instante abrióse la puerta: Enriqueta pálida, afligi-

da, entró seguida de un anciano de aspecto el mas benigno, el mas venerable. Era uno de aquellos dignos sacerdotes que la revolucion francesa mostró á los pueblos separados de la Unidad, como la mejor apología de la religion católica. Se acercó, saludó á la marquesa con una palabra y una sonrisa de paz, después parando inmediatamente la atencion en Gaston, exclamó:

—¡Qué! ¿no me engaño! ¿sois vos, mi querido libertador?

—¿Qué quereis decir, padre mio? ¿Conoceis á este jóven? preguntó la condesa admirada.

—Como que es á quien debo la vida. En Nantes me libró del furor de Carrier, me dió vestidos, dinero, y si estoy ahora aquí es únicamente por él. . . .

—Ah, hijo mio! dijo la buena señora juntando las manos.

—Yo ignoraba su nombre. . . .

—¡Gaston de Trevil, padre mio!

—¡Vuestro nieto, señora! . . . Pues bien, lo digo para que se llene de regocijo vuestro corazon de madre, no solamente es un valiente soldado, sino un verdadero cristiano. . . . conmigo ha cumplido los deberes de tal. . . .

La marquesa, exánime, pero venturosa, tendió la mano á su nieto.

Enriqueta se acercó enmudecida.

—Te la confio, Gaston, murmujeó madama de Trevil, sé para con ella un buen hermano. . . .

—Madre mia, dijo él, si Enriqueta consiente, permitid que sea mi mujer; ella me ayudará á servir á Dios. . . .

Madama de Trevil inclinó la cabeza y juntó con su mano las manos de sus hijos. La felicidad habia reanimado un poco sus fuerzas, vivió todavía algun tiempo, y pudo bendecir la union de los dos primos, que la Providencia habia destinado el uno para el otro.

Gaston llevó otra vez á Enriqueta á Trevil, herencia de su padre, que no habian podido arrancarle; fué feliz y bendito con ella, "pues" dice la Escritura "los padres y las madres dan las riquezas, pero el Señor es quien da al hombre una mujer prudente."

(Traducido para la Semana por José M. Calvo.)

FLORICULTURA.

SECCION SEGUNDA.

FLORES ANUAS.

I.

Con la mira de que estos artículos sean mas generalmente útiles é interesantes, procuraremos dar aquí una clasificacion y definicion de las diversas especies y variedades que en el catálogo de mas adelante constan.

Algunas semillas germinan á los dos ó tres dias de sembradas, otras hay que no dan indicios de vegetacion en otras tantas semanas. Estas y otras varias anomalías provienen en mucha parte de los diversos climas y de los distintos suelos de que son originarias. Las que pertenecen á climas frios ó templados y á tierras húmedas, son por lo general tardías en germinar cuando se cultivan en temperamentos cálidos y terrenos secos, lo cual es efecto de la falta ó comparativa escasez de su alimento esencial, esto es, la humedad, y las plantas de climas cálidos y terrenos ligeros requieren un cultivo artificial en las estaciones frias y en los temperamentos adversos á fin de que no enrezcan del calor. El aire es tambien un alimento mas necesario á unas especies que á otras; pero este, el calor y la humedad son tres elementos, que juntos constituyen la nutricion de las plantas en general. Debe tenerse presente que lo mas importante es adaptar las plantas al suelo que mas congenie con ellas; pero no se darán bien cuando sus raices absorban un alimento impropio.

En circunstancias favorables las anuas ó anuales en general echan botones á los dos meses de sembrada la semilla. Hay especies que á poco de florecer y madurarse su semilla desaparecen, mientras que otras embellecen el jardin durante dos ó tres meses con una serie de flores. Un surtido de semillas elegidas con acierto y sembrado en la estacion conveniente puede procurar al cultivador un gusto recreo por casi todo el otoño, y producir semilla para la propagacion de la especie en los años sucesivos si se recoge aquella bien madura y se conserva cuidadosamente.

Las plantas anuas pueden crecer de uno á cuatro piés en un terreno y una situacion uniformes; pero como estos son diversos en casi todos los jardines, no se puede deducir conclusion alguna correcta sobre el particular. Sin embargo, en el adjunto catálogo se ha hecho lo posible por describir las diversas especies lo mejor posible para que puedan servir de guia al jardinero que las cultive: las mas enanas están adaptadas al frente ó á la orilla exterior de los lomos y las otras en gradacion regular.

Las especies marcadas así § son delicadas. Las marcadas así * deben sembrarse donde mismo se quiera que florezcan, pues están expuestas á marchitarse y secarse con el trasplante. Algunas van marcadas así †. Estas aunque se cultivan como anuas, por causa de su facilidad de florecer y madurarse su semilla en la primera estacion, son realmente perennes, como asimismo lo son otras variedades de los climas cálidos denominadas comunmente anuas; pero como estas no podrian cultivarlas los que no tienen medios de proteger sus plantas durante los inviernos rigorosos, pueden propiamente tratarse como anuas delicadas, sembrándose la semilla todas las primaveras.

LA PULGA.

La PULGA es un insecto chupador tan universalmente conocido, que estaria demás describirle aquí.

Si en una vasija bien tapada se encierra cierto número de PULGAS, en el tiempo en que comienzan á ser abundantes, no tardarán las hembras en poner allí. Su postura consiste en unos doce huevos blancos, viscosos y bastante gruesos respecto al tamaño del insecto. De aquellos, cuando es favorable la estacion, sale al cabo de cinco ó seis dias una larva[1], la cual, de blanca que era al salir de su cubierta, va poniéndose colorada conforme va envejeciendo. Encuéntrasela en las junturas y hendiduras de los muebles, en los nidos de las aves y principalmente de las palomas, cuyos pollos devora. Las partes cachosas de las plumas y la sangre de los animales le sirven de sustento. Doce dias despues de nacida, siendo caluroso el tiempo, se encierra en una cascarita sedeña que pega á los cuerpos inmediatos. Cámbiase allí muy luego en ninfa[2], cuya forma no

1 Gusanillo.

2 Palomilla.

se diferencia cási nada de la del insecto ya perfecto. A los once ó doce dias de esta segunda trasformacion, la ninfa se despoja de la película en que estaban envueltos sus miembros y pasa por su postrera metamórfosis, que señala con saltos muy vivos.

Las PULGAS, como todo el mundo sabe, son unos insectos parásitos[1] que viven con frecuencia á costa del género humano. Prefieren el cutis delicado de las mujeres y de los niños al de los individuos de un sexo y edad diferentes. Anidan en la piel de las liebres, de los gatos y de los perros, los cuales no los sufren sin suma molestia en verano y otoño. Tambien atormentan mucho á las gallinas, á las golondrinas y á otras muchas aves.

Para destruirlas se han imaginado varios medios que no son todos igualmente eficaces. Consisten unos en sahumar los aposentos con olores fuertes y penetrantes como el del polco y la ajedrea; otros, en servirse de vegetales acres y pegajosos como la persicaria y los ramos del aliso. Tambien se usa el vapor del azufre y con bastante buen éxito, pero no se puede emplear sino con mucha precaucion. Algunas personas preparan un ungüento mercurial, ó se ciñen á derramar en el aposento agua hirviendo saturada é revuelta con mercurio. Un procedimiento mas sencillo de ciertos países del norte de Europa consiste en poner en un paraje á propósito una piel de liebre que pueda servir de abrigo á las PULGAS. Estas anidan y se albergan allí y así se pueden ahogarlas ó quemarlas.

La limpieza, el frecuente mudarse de ropa, el agua avinagrada vertida en los ladrillos del suelo son medios propios para extirpar á las PULGAS.

1. Que se alimentan y crecen con el jugo y sustancia de otros cuerpos á que están anidas.

LA ELECCION DE MARIDO.

Por mas precavidas, cuidadosas y delicadas que sean las jóvenes, nunca lo serán demasiado cuando se trata de la eleccion de un novio, el cual, de esclavo por unas cuantas semanas ó unos cuantos meses, está destinado á pasar á ser el árbitro de la suerte futura de ellas.

Locura de gran tamaño es pues permitir que se esclavice el corazon antes que la razon esté convencida de la profundidad de los principios, la pureza de la fe, la rectitud de ánimo del futuro esposo.

No siempre el amante apasionado, sufridor y constante es el marido mas bondadoso, atento é indulgente. No pocas veces se ha visto al mismo que de galan era excesivamente amoroso cambiado en el mas frio, desatento y enfadoso de los mortales desde los primeros meses del matrimonio.

La luna de miel parece como que apura toda la miel y no deja mas que acíbar en el fondo del vaso.

Sucede con frecuencia que el novio que osa ser hombre y reprobar una falta aun con riesgo de perder lo que considera la felicidad de su vida; el novio que puede olvidarse de un agasajo ó descuidarse de un cumplido, que llega unos cuantos minutos despues de la hora determinada ó que es enemigo del vals ó de la polca, que no es admirador de la moda ó de seguir en todo el parecer de su novia, semejante novio, por mucho mal que de él digan las mamás y las tias y las hermanas y las amigas, suele venir á ser el mejor de los maridos. Ya que tuvo ánimo para mostrarse con la entereza propia de su sexo cuando corria riesgo de perder lo que mas anhelaba, no parece creible que se muestre cobarde cuando, segun la opinion del mundo, no tiene nada que perder.

CONTEMPLACION.

Porque el silencio augusto y la nocturna calma
Convidan á los hombres en pos á meditar.
Y en esa hora divina consuelo siente el alma
Y en mis mejillas siento mis lágrimas rodar.

MEDITACION.—F. G. MALDONADO.

En los misterios de la noche umbría,
Velados por los astros silenciosos,
Cubiertos por la bóveda sombría,
He gozado momentos deliciosos.

Si rendí mi cerviz á los pesares
Con que el torpe destino me ha brindado
En mi existencia cruel llena de azares,
De mis tristes dolores me he burlado.

Cuando he sentido el llanto de mis ojos
Inundar tristemente mis mejillas
Al mirar de la muerte los despojos
En un túmulo negro, de rodillas,

He exclamado en lo horrible de mi suerte:
El Dios que me animó sobre la tierra
Mis ojos cerrará; la dulce muerte
Lo da consuelo al que desdicha encierra.

Y entre tanto corrian de mi existencia
Unas tras otras horas, he elevado
Los ojos mios para implorar clemencia
Del Eterno Hacedor y me he calmado.

Al sepultarme yo en antro horrible
De penas y de males borrascosos,
He buscado en la noche oco sensible
Que alivie mis tormentos horrorosos.

Entre las orlas del oscuro manto
Quise enjugar mi cara macilenta,
Y á esa matrona revelé el quebranto
Que envenena mi vida descontenta.

Mas ¡ah! que entre misterios soberanos
Que ansié por penetrar, no hallé consuelo.
Siempre ansiedades y deseos insanos
Sintió mi corazon, siempre ese anhelo.

Miré esos astros puros, refulgentes,
Cuya trémula luz me extasiaba,
La luna entre regiones mil, lucientes,
Con vacilante paso caminaba.

Flotando entre celajes de topacio,
Ese disco brillante relucia
Cual lámpara colgada en el espacio,
Y su fulgente luz no se extinguia.

Fantásticos, vapóreos pabellones
Le extienden esos diáfanos celajes
Por do transita con sus mil legiones
Desplegando los aéreos cortinajes.

Y entre tantos primores, yo sentia
Una voz misteriosa que callaba
Los ayes que exhalaba en mi agonía,
Y á recuerdos ufanos me entregaba.

Yo los misterios de esa dulce hora
Respeté, pues eran padeso afecto
Al mirar esa antorcha salvadora
Que al hombre guia y al humilde insecto.

¡Globo arrogante, esfera luminosa,
Mole inmensa de luz y de fulgores,
Faro que guia mi vida tenebrosa
Con sus trémulos, dulces resplandores!

¡Pálida vírgen, cuya mustia frente
No la anubló el pesar en su camino,
Cuya mirada tétrica y ardiente
Da quietud religiosa al peregrino!

Dime, dama nocturna, ¿tus primores
Ostentarás la noche de mi muerte,
En que un amigo con sus frescas flores
La losa riegue de mi tumba inerte?

No me niegues, hermosa, ese consuelo:
Sobre el sauce inclinado de mi tumba
Emite un rayo desde aquese cielo
Que permite que el hombre al mal sucumba.

Sí, ¡tranquila mujer! por un instante
Acompaña, al dejar la horrenda vida,
Al que en éxtasi siempre delirante
Tu consuelo buscó, luna querida!

¿No lo podrás tú dar, acaso sientes
Tambien cruel amargura en tu existencia?
¿Acaso en tu mision desdicha alientes
Tras de tanto esplendor y refulgencia?

¿Tal vez por eso errante y angustiada
Estás en tu mansion de plata y oro?
Dime, ¿no abriga la quietud anada
Que he anhelado como único tesoro?

Pára tu curso, y óyeme, luz clara;
Escúchame, beldad aventurera;
Yo contarte mis penas anhelara;
Tú serás, luz feliz, mi compañera.

Ya que ni un hombre hallé sensible al llanto
Sino tiranos siempre por do quiera,
Al recurrir al ceniciento manto
Para enjugar mi lágrima postrera,

Te he visto, luna plácida, y te he amado:
Tú el bálsamo serás de mi existencia;
Desde ese mundo, para mí ignorado,
Contemplaré feliz tu refulgencia.

Y con la fe de admirador sincero,
Al celebrar las gracias de natura,
Siempre te adoraré, ser hechicero,
Objeto de candor y de ternura.

Recordaré mi infancia lisonjera,
En que miré tu faz libre de duelos,
Al elevar mis ojos á la esfera
Que me inundaba entonces de consuelos.

José Rivera y Rio.

Méjico, octubre 29 de 1851.

MISCELANEA.

VELOCIDAD DEL VIENTO.

En una brisa ligera el viento corre á razon de diez millas (dos y media leguas) por hora. Un huracan que derriba árboles y arrebata edificios, etc., corre al respecto de cien millas (veinticinco leguas).

UN CLIMA AGRADABLE.

He aquí un calendario de un año de Siberia ó Laponia: Junio 23, se derrite el hielo; julio 1º, no hay hielo; julio 9, están verdes y lozanos los campos; julio 17, las plantas están en todo su crecimiento; julio 25, florecen las plantas; agosto 2, maduran los frutos; agosto 10, las plantas se asemillan; agosto 18, hiela y sigue helando hasta el 23 de Junio.

ENIGMA GEOGRÁFICO.

¿Cuál es el mar que baña tres continentes, que ha visto nacer cerca de sus riberas al gran Legislador y á los tres conquistadores que han dominado al mundo, y que ha sido testigo de los acontecimientos mas graves de la historia antigua y moderna?

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

EVA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P. NAVARRO, Edor.

ULTIMAS MODAS DE PARIS.

El figurin de hoy, amable lectora, representa en primer lugar una jóven cogiendo una rosa.

Viste un traje de tafetan color de alberchigo, que tiene el delantero de la falda y del corpiño adornado con cascabeles de pasamanería.

El corpiño tiene faldetas picadas y recortadas, las mangas son semilargas, están tambien picadas y dejan al aire dos *volantes* de punto de Inglaterra.

Su gorrita es á la aldeana, con un lazo de encaje y cinta puesta sobre la coronilla. Las *bridas* son largas y sueltas.

La otra jóven á quien aquella está presentando una rosa, lleva un vestido de tafetan *chiné* de ramilletitos de rosas, con un corpiño guarnecido de encaje negro rizado.

Las mangas son largas con ondas de encaje blanco.

Su capota es de tafetan gris perla con adorno de pasamanería: al lado tiene unas matas de árquis.

La jóven esta de que voy hablando tiene en la mano una sombrilla de tafetan azul de Francia con rayas blancas y mango de marfil.

Con ansia deseaba yo que sonara para mí la hora de escribir de modas para decir muchas y muy lindas cosas acerca de la distribucion de premios en los diversos institutos literarios y científicos de esta capital, particularmente los del colegio de Minería; pero como no pude estar presente á ninguno de los tales actos y como mi amigo Mariposa, á consecuencia de una clorósis de que está curándose, no concurre á ningun holgorio público, con el mayor sentimiento me veo precisado á dejar este asunto para mejor ocasion.

Entre tanto, no estará demás el decir aquí que la novísima plaza de toros es la pasion del dia, pues si bien es positivo que ahora unos cuantos meses se habia esparcido el rumor de que el congreso iba á tomar cartas en el negocio taurino prohibiendo el ejercicio de la tauromaquia, debió de no ser ello sino la obra de algunos prójimos que quisieron divertirse con el pavor del dueño de la novísima plaza. Así es de presumir en vista de que ni el congreso ni el gobierno del distrito han molestado en manera alguna al señor Pozo en la pacífica y libre continuacion y definitiva conclusion de la plaza consabida, la cual se ostenta gallarda en uno de los extremos del Paseo nuevo.

No me admirará, y llegado el caso cooperaré con mis débiles esfuerzos á su consecucion, que el dia menos pensado se decrete una medalla de oro y brillantes en premio por la dicha plaza, al "inventor, ejecutor" y perpetuador de este inocente entretenimiento.

La que sí va á padecer mucho es la antigua plaza, la pobre plaza de san Pablo, cuyos servicios van á verse olvidados en un dia.

Cómo ha de ser, así es todo en este pícaro mundo.

La elevacion de unos trae consigo la degradacion de otros.

Y si fuera yo á tomar de aquí asunto para moralizar, solo Dios sabe hasta dónde me veria precisado á dejarme ir.

Afortunadamente para la lectora y para mí, no he de meterme, ahora por lo menos, á moralista.

No.

Quiero mejor dejar el artículo de modas de este tamaño.—X.

LA NOVENA DE LA CANDELARIA.

POR CARLOS NODIER[1]

I.

La vida íntima de la provincia tiene un hechizo de que nunca se podrán formar idea en Paris y que mas particularmente se deja sentir en los primeros años de la vida. Puede haber gusto en morar en Paris cuando se encuentra uno en la edad de la actividad, de las pasiones, de la necesidad de las agitaciones del ánimo, de hacer ruido y de adquirir triunfos; pero en la provincia es donde conviene estar de niño, de adolescente, allí es donde debe uno gustar los sentimientos de una alma que comienza á insinuarse y á conocerse. En Paris no será nunca donde se prueben esas emociones incomprensibles que el sonido de cierta campana, la presencia de un árbol, de un chaparro, los visos de un rayo del sol sobre la hoja de lata de una pequeña techumbre solitaria, despiertan en el fondo del corazon. Estos suaves y gratos misterios de la memoria son propios tan solo de los lugares cortos y de ninguna manera de las populosas y grandes ciudades. Dias pasados oia yo á una mujer muy entendida quejarse amargamente de no tener patria.

—¡Ay! añadió suspirando, he nacido en la parroquia San Roque.

No permita Dios que reconvenga yo á Paris por esta ligera imperfeccion, que en realidad de verdad es mas bien una desgracia que un vicio. Luego, la majestuosa reina de la civilizacion tiene para consolarse todo cuanto es dable imaginar en punto á embelesos y divertimientos: la ópera, el baile Musard, la bolsa, la asociacion de los literatos, la homeopatía, la frenología y el gobierno representativo. Yo pienso siempre que la suerte de la provincia vale mas; pero lo pienso con el espíritu de tolerancia que Dios me ha dado para todo. Sobre gusto no hay disputa.

Hasta la reminiscencia de estas tiernas y amorosas impresiones que nunca se borran conserva todavía parte de su poderio aun después de hallarse uno, por desdicha ó por gusto, léjos de los lugares donde las ha recibido y esto se advierte con facilidad en los escritores que tienen un estilo y un color determinado. La prosa de Rousseau[2] tiene algo de la majestad de los Alpes y de la lozanía de sus valles. Cualquiera adivinaria que Bernardino de Saint-Pierre[3] vino al mundo en unas riberas tapizadas de flores y que fué mecido entre el murmurio de las brisas del Océano. En el lenguaje magnífico de Chateaubriand[4] hay con frecuencia algo sereno y campestre como el murmullo de su lago y el blando rumor de sus sombrosos bosques. No pocas veces he pensado que Virgilio no habria llegado á ser el que fué si no hubiera nacido en un lugarejo.

La provincia, las poblaciones cortas, los

1. *Nodié.*

2. *Rusó.*—3. *Sapiér.*—4 *Chatebrién.*

campos son los que engendran las deliciosas impresiones que algun dia llegan á ser el gracioso consuelo de las penas de la vejez, y los amores puros que tienen toda la inocencia de los primeros amores del hombre en su paraiso natal, y las ardientes amistades que cási equivalen al amor. Con un corazon sensible y una imaginacion movediza se imaginan en Paris estos bienes; pero nunca se pueden gustar. Por mas que el Dios que habló á Adan clame á uno diciéndole: "¿Dónde estás?" ya no hay en el corazon del hombre una voz que responda.

En la provincia todas las cunas se tocan, como los nidos situados sobre las mismas ramas, como las flores abiertas en el mismo tallo, cuando á los primeros rayos del sol todos los gorjeos de las aves y todos los murmurios de las aguas y todos los perfumes de las flores se confunden. Nacemos bajo las mismas miradas, desarrollámonos bajo los mismos cuidados, crecemos juntos, nos vemos todos los dias, cada rato, nos amamos, nos lo decimos, y no hay razon alguna para que se acabe el amarnos y el decírnoslo. Hasta la diferencia misma de los sexos que en las ciudades grandes nos impone una reserva prudente y necesaria, pero seria y severa, no se opone sino muy tarde á las intimidades ingenuas, á las deliciosas simpatías que aun no han cambiado de objeto. Las pasiones son las que señalan esta diferencia, y no tienen pasiones los niños. El descuido familiar de las primeras relaciones de la vida se prolonga sin peligro hasta mas allá de la edad aquella en que el menor descuido viene á ser peligroso, en que la mas leve familiaridad viene á ser sospechosa entre los mozos y las mozas de las ciudades grandes. Los afectos mas ardientes siguen conservando indicios del cariño de hermano á hermana, y este cariño está mezclado con demasiado miramiento y pudor para que causen sobresalto alguno á las buenas costumbres. Mas aun: el adolescente que comienza á actuarse en el secreto de sus sentidos, ejerce todavía una especie de tutela con la débil criatura á quien ama y á quien la naturaleza y el amor de consuno parecen confiar á su resguardo. Mientras mas aprende en la ciencia funesta de las pasiones, mas prolijo se muestra en proteger á la tierna y tímida criatura en quien tiene cifrada su felicidad ó sus esperanzas. No se contenta ya con defenderle de inspiraciones extrañas sino que tambien la escuda de sí propio por el interés de un porvenir que les será comun. Respétala y aun témela.

Y ¿qué de deleites imposibles de describir no deja que desear á la edad que le sigue, ese amor delicado de una alma que acaba de conocerse á sí propia? ¡Oh! ¡el primer indicio de la preferencia de ese ángel del pensamiento, la primera expresiva mirada que la pequeñuela amiga dirige á su amigo por entre las dos hojas de una puerta que se cierra, la primera articulacion de su voz penetrante que se inmutó, que se enterneció al atravesar sus labios, la primera impresion de una mano entregada á la mano que la asió, la tibia humedad de su tacto, el fresco aroma de su aliento! . . . ¡y aun mucho menos que todo eso, una flor caida de sus cabellos, un alfiler desprendido de su corsé, el ruido, no mas el ruido de su vestido con que os roza al correr, esto, esto es amor, esto es felicidad! Lo demás bien lo sé yo, sobre poco mas ó menos; pero aquello es lo que yo quisiera volver á empezar, si dable fuera.

Ya no es cosa de volver á lo andado; pero acordarse es cási como si en efecto se volviera.

Gústanse en Paris los gratos ocios de la infancia, de cuyos juegos se conoce bien el valor; disfrútanse en Paris esas de-

liciosas noches de huelga que vienen después de los días laboriosos de estudio; pero solamente fuera de la corte, solamente en las poblaciones pequeñas es donde una feliz costumbre prolonga aquellos inocentes placeres, á la vista atenta de las madres, hasta la ardiente estacion de la adolescencia. Ya es uno hombre por el pensamiento cuando todavía es niño por sus gustos, ya comienza uno á sentir extraños y turbulentos afectos cuando todavía le mueven, en ciertas horas de olvido, sentimientos llenos de gracia y candor. Pregúntase uno en su interior qué es lo que hay de verdadero entre lo pasado de que se despide y lo futuro en que va entrándose; pero bien adivina uno, examinando desaseosamente las cosas, que lo futuro no valdrá lo que lo pasado. Entendimientos hay sencillos y tiernos que de buena voluntad querrian no ir mas adelante y que sin titubear sacrificarian las inciertas delicias de otro dia á los goces puros de la víspera. A mis diez y ocho años, con mucho gusto hubiera yo hecho este peregrino trato con el ángel familiar que rige los mudables destinos del hombre, si hubiera querido prestarse á mis súplicas; y estoy entendido de que á los dos nos hubiera tenido cuenta, pues imagino que mi emancipacion insensata le habria dado sus buenas pesadumbres.

El 24 de enero de 1802 todavía no estaba yo en esas alturas. Las lindas muchachas en cuya compañía pasaba yo las horas mas gratas del dia, las amaba yo con toda la fuerza de una alma acostumbrada á amarlas, pero sin exaltacion, sin desasosiego alguno y casi sin preferencia. Hallábame yo bien con ellas; hallábame con todo mejor solito, porque mi mente comenzaba á formarse en la soledad un modelo que no era parecido á ninguna mujer y al cual tenia de parecerse completamente una sola mujer, aunque yo haya creido encontrarle cien veces. Era esta mi ilusion adorada, y en medio de lo vago en que se habia presentado á mi imaginacion dábame acerca de la felicidad una idea mas distinta que la que todas las realidades de la vida me prestaran. Sin embargo, apenas podia yo medio percibirla entre mil formas dudosas; pero andaba yo en pos de ella de continuo y el delicioso fantasma nunca dejaba de estar presente en mi fantasía. Unas veces venia y me sacaba de mi tristeza hiriendo con risas malignas mis oidos y meciendo en mi frente los negros anillos de su cabellera; otras, descansando en un pié se apoyaba contra mi lecho de estudiante, mirándome con tristes ojos y ocultando bajo un monton de cabellos rubios una lágrima á punto de escapársele, y mi corazon hinchado se abalanzaba á él con latidos capaces de abrirme el pecho, pues sabia yo que toda mi felicidad estribaba en el logro de aquella imágen intangible que hasta su nombre me negaba.

El 24 de enero estábamos nosotros reunidos, como de costumbre, antes de la hora de cenar, pues todavía se estilaba cenar; y platicábamos todos de monton al rededor de nuestras madres, las cuales conversaban mas gravemente que nosotros de materias no menos frívolas que las nuestras. versaba nuestra conversacion sobre la eleccion de un juego, asunto de muy poca monta en sí, pues el interés de un juego consiste todo en la "penitencia;" y ¿quién es el que no sabe que la "penitencia" es la obligacion que rescata una "prenda?" Entonces es la de las declaraciones, de los reproches, de los secretitos al oido, y particularmente de los besos. Entonces es el momento de la noche por el cual se vive todo el dia y el de todos los momentos de la vida que menos amargura deja tras sí, porque los sentimientos

en que empieza uno á ejercitarse no se toman todavía por lo serio: luego que sale uno de ahí con una de esas ideas tempestuosas que martirizan al corazon, ya no vuelve nunca, pues ya no se encuentra allí gusto.

—No nos veriamos en estos trabajos, dijo la morena Teresa, si hubiera llegado Clara. Clara sabe todos los juegos que se han inventado, y cuando por casualidad no se acuerda de ninguno, al punto inventa uno.

—Para eso sí tiene bastante fantasía, reparó Emilia mordiéndose los labios y bajando los ojos para hacer alarde de la circunspeccion con que acompañaba siempre alguna hablilla. No falta quien recele que tiene mas de la necesaria, y he oido decir que de vez en cuando tiene sus arranques de locura. ¡Mucha desgracia seria para sus gentes y sus amigas!

—Clara no ha de venir, saltó Mariana hablando con un entono que daba á entender que se respondia á sí propia y que no habia oido la observacion descortés de Emilia; ¡no ha de venir, no me cabe duda de que no ha de venir! hoy va ella á dar principio á la novena de la Candelaria.

—¡La novena de la Candelaria! dije yo á mi turno: y ¿para qué no la conocia yo tan devota.

—No es por devocion, repuso Emilia con una gravedad desdeñosa; por supersticion ó por ostentacion es no mas.

Se me pasaba decir que Emilia era filósofa. En aquellos tiempos todo el mundo se metia á filosofar hasta las chicas de escuela.

—Por supersticion, repitió Mariana, que nunca cogia mas de una palabra en la conversacion mejor anudada. Por supersticion, de veras; la supersticion mas caprichosa, mas estrambótica, mas extraordinaria, mas extravagante. . . .

—¡Pero bueno! interrumpí riendo. Estás moviendo nuestra curiosidad sin satisfacerla.

—¡Vaya! respondió Mariana mirándome con una clara expresion de ironía, ¡eso es muy tonto para un sabio de tu talen! Por lo que toca á estas niñas, entiendo que no ignorarán que la novena de la Candelaria es una devocion particular de la gentualla, y tiene por objeto. . . . ¿Cómo lo diré, señor?

—¿Que tiene por objeto? . . . murmujearon una docena de vocecillas mientras que doce lindas cabezas se inclinaban hácia Mariana.

—Que tiene por objeto, repuso Mariana, conocer de antemano con quien han de casarse.

—¡Con quien han de casarse! repitieron tambien las doce voces en el variado modo de inflexiones que debian ministrarles doce organizaciones diferentes.

—Y ¿qué tiene la persona con quien ha de casarse uno que ver con un acto de devocion como la novena de la Candelaria?

—¡Ese es el caso! hablé yo conmigo, y algo daria yo por saberlo; pero como Mariana lo sepa ya nos lo dirá.

—Ya ustedes considerarán que yo no lo creo, y si lo creyera maldito el caso le haria. ¿Qué se me da á mí el marido que me toque como sea honrado, aristócrata y rico? No me le darán mis padres sin estas cualidades. Buen mozo ó feo, jóven ó viejo, amable ó displicente, como quiera que él sea, no podrá de ninguna suerte dispensarse de llevarme á tertulias, á bailes, á las diversiones públicas y de proveer con arreglo á mi caudal á mis alfileres. El matrimonio entiendo yo que no se reduce á otra cosa. Y además ¿quién me mete á mí á devanarme los sesos desde ahora?

—Ni yo tampoco, dijo Teresa acercando mas su silla á la de Mariana. Pero ¿cómo se hace?

La impaciencia era suma y no era menor la de Mariana que la nuestra; pues en hablar aprisa y mucho ella tenia mas gusto que el que pudiera tener persona alguna en escucharla. Corrió pues por todo aquel auditorio impaciente una mirada de satisfaccion que hacia porque pareciese modesta y volvió á tomar la palabra en estos términos.

—Pues señor, sepanse ustedes que no hay devocion mas grata á la santísima Vírgen que la novena de la Candelaria, y de aquí es que se han persuadido las gentes de que recompensa con una singular merced á las personas que la rinden aquel homenaje. Por mi parte no lo creo ni nunca lo creeré; pero Clara sí lo cree á puño cerrado, porque ella cree todo lo que uno quiere hacerle creer. ¡Es tan buena! Solo que hay muchas ceremonias que tener presentes en el exporimento y tengo temor de enredarme si Emilia no me da un poco la mano. Estaba ella junto de nosotras el dia que Emilia me habló de esto.

—¡Yo! replicó con desden Emilia. Yo no me meto en las conversaciones de ustedes.

—No digo yo que te metas en ellas, prosiguió Mariana, sino que las escuchas. Pues es necesario, añadió despues de haberse roido un poquito sus lindos dedos, es necesario comenzar esta noche la novena, al dar la plegaria de las ocho, en la capilla de la santísima Vírgen. Luego es necesario oir en la misma capilla la primera misa todos los dias y volver allí mismo todas las noches á la oracion hasta el dia 1º de febrero, con una devocion que no se entibie un momento, con una fe que no titubee ni un instante. Es cosa difícil fuera de toda ponderacion. Y luego, el dia 1º de febrero, entonces sí ya es otra cosa muy diversa. Hay que oir de toda precision todas las misas de la capilla, todas; hay que oir todas las oraciones y todas las instrucciones de por la tarde sin que falte una sola. ¡Ah, ya se olvidaba! es preciso confesarse este dia, y si por desgracia no recibiese uno la absolucion, todo lo demás es trabajo perdido; pues el requisito esencial para lograr lo que se solicita es el entrar uno á su cuarto en estado de gracia. Entonces....

—¡Entonces se encuentra uno allí un marido! exclamó Teresa.

—Tienes mucha prisa, replicó friamente Mariana. Todavía no llego á la mitad de mis instrucciones..... Entonces cuelve uno á ponerse á rezar, se encierra uno para cumplir con todas las condiciones de un retiro severo; ayuna uno, y sin embargo se prepara todo lo necesario para un banquete en que por cierto no tiene lugar la gula. Debe ponerse una mesa como para dos personas, con dos servicios completos, pero sin cuchillos, los cuales deben evitarse con especial cuidado. Esto merece la mayor atencion, pues hay ejemplares horrendos de las desgracias que sobrevienen por no tenerse presente esta regla. Luego se los contaré si ustedes quieren. Ocioso es decir que la mesa debe tener un mantel muy blanco, tan limpio, tan fino, tan nuevo como pueda uno conseguirle y que el buen órden y el buen gusto del pequeño aposento deben corresponder lo mejor posible con la buena disposicion del banquete; pues estas son cosas que es costumbre observar siempre que se recibe á una persona de consideracion....

—Nos estás hablando ahí de banquetes, interrumpió una de las demás muchachas, y no he visto yo ningunos preparativos de cocina.

—No es puñalada de pícaro, replicó Mariana. Yo he dicho á ustedes de antemano que la comida seria muy sencilla. Se compone de dos pedazos de pan bendito, que se ha de haber traido de la última misa y de dos deditos de vino puro repartido entre los dos cubiertos que ocupan por supuesto los dos costados de la mesa. Solamente que en medio de la mesa debe haber un plato de porcelana, ó de plata si se puede....

—¡Ahora sí! dijo la jovencilla que habia cortado la palabra.

—Y el cual, prosiguió Mariana, ha de encerrar dos ramitas de mirto ó de romero ó de cualquiera otra yerba verde, menos boj, puestos uno junto á otro y no en cruz. Este es otro punto que es de toda necesidad tener muy presente.

—¿Y luego? preguntó Teresa.

Y la rueda entera repitió la pregunta á manera de eco.

—Luego, respondió Mariana, abre uno la puerta para dar paso al convidado que aguarda uno, toma uno asiento á la mesa, se encomienda muy devotamente á la santísima Vírgen y se duerme esperando los efectos de su proteccion, que nunca dejan de manifestarse conforme á las personas que las imploran. Entonces comienzan unas admirables y extrañas visiones. Aquellas para quienes el Señor tiene preparada sobre la tierra alguna ignorada simpatía ven aparecérsele el hombre que ha de amarlas, si las encuentra; que á lo menos las hubiera amado si las hubiese encontrado; el marido que le tocaria á uno si circunstancias favorables lo trajeren cerca de uno, y ¡felices las que le topan! El consuelo que hay es que se dice que un privilegio particular de la novena es procurar el mismo sueño al mozo que se sueña á inspirarle la misma impaciencia por juntarse con aquella mitad de sí propio que ha conocido en sueños. Esto es lo bonito de la prueba. Pero infelices de las muchachas curiosas á quienes el cielo no ha tenido por conveniente destinarles un marido, pues se ven afligidas con pronósticos horrendos. Unas, destinadas para monjas, ven, á lo que dicen, desfilar lentamente una larga procesion de religiosas, cantando los himnos de la iglesia; otras que deben morir antes de estar casaderas, ¡y esto hiela la sangre! asisten vivas á su propio entierro. Recuerdan sobresaltadas con la claridad de las teas funerarias y al ruido de los sollozos de su madre y de las amigas que ven llorando ante un féretro vestido de blanco.

—Dios me es testigo, dijo Teresa retirándose un poco, de que nunca jamás he de exponerme á semejante susto. No mas de pensarlo tiembla uno de piés á cabeza.

—Pues bien podias exponerte sin pizca de miedo, replicó Emilia. Yo te aseguro que habias de dormir hasta otro dia con un buen sueño, y que no dejaria de ser necesario despertarte como siempre para que dieras tu leccion de italiano.

—Lo mismo digo yo, repuso Mariana, y bastante raro seria que no fuera del propio parecer Máximo que está ahí abismado en sus reflexiones como si tratara de explicar un pasaje difícil de algun autor griego ó latino.

—No sé, respondí volviendo en mí, y ustedes me darán licencia de que no me explique tan pronto sobre una creencia que tiene en su apoyo el testimonio del pueblo, el cual se funda casi siempre en la experiencia. El punto bien merece, á mi juicio, ser estudiado; pero dispénsame, Mariana de mi vida, proseguí dirigiendo á esta la palabra, dispénsame que te diga que los pormenores que acabas de darnos con tu gracia genial me han dejado algo que desear. En tu relato no te has hecho cargo mas que de una doncella inquieta por su suerte futura, y no me negarás que á un jóven puede martirizar la misma duda. ¿Opinas que la novena de la Candelaria no producirá su efecto sino para las mujeres y que la santísima Vírgen no otor-

gará las mismas gracias á las oraciones de los solteros?

—De ninguna suerte, exclamó Mariana, y ahora te pido me perdones mi distraccion. La novena de la Candelaria, puesta por obra con ese designio, tiene la misma eficacia para todas las personas casaderas, y nada tiene que ver el sexo. ¿Te habrá ocurrido la rareza de hacer la prueba?....

—Sería de ver, dijo Emilia remilgando los labios, que un mozo discreto, que solicita el trato de las personas ilustradas y cuyo padre era amigo de M. de Voltaire[1], diera, como Clara, como una criatura buena, pero sin instruccion ninguna, en esas tonterías vergonzosas.

No repliqué. Y la llevaba yo perdida con Emilia que no había leido á Voltaire, pero que podia citarle impunemente, pues ninguno de los presentes le habia leido. Levantéme poco á poquito, aparentando una repentina distraccion: me deslicé sin que lo sintiera la tierra por detrás del banco de las mamás, apoderéme del sombrero, y corrí á la capilla de la santísima Vírgen para comenzar la novena de la Candelaria.

No era yo muy devoto: ni por hábito de imitacion ni por efecto de una conviccion fundada podia yo serlo, pero gustábame la religion, pareciame buena, respetaba sus prácticas sin seguirlas, admiraba sus abnegaciones sin imitarlas; obraba en mi la fe del sentimiento, que es acaso la mas segura, y desde entonces profesaba un odio de instinto á ese espíritu de exámen que todo lo ha destruido, ó que tiene la de destruir todo lo que no ha destruido aun. En realidad de verdad no hallaba yo ninguna objecion plausible contra la novena de la Candelaria.

—Y ¿qué tendria de particular que fuese así? preguntaba yo hablando conmigo cuando hube dado algunos pasos en direccion á la iglesia. ¿No tiene la naturaleza veinte misterios mas maravillosos que este, y que á nadie le ha ocurrido poner en duda? Hay cuerpos toscos y al parecer insensibles que tienen entre sí afinidades que los llaman unos hácia otros mediando incalculable espacio; la aguja de marear, consultada bajo el ecuador, reconoce desde allí el polo; una mariposa que acaba de nacer vuela sin equivocarse hácia su desconocida familia; el pólen del palmero se arroja en brazos del viento del desierto y va á fecundar sobre sus alas una flor solitaria que le aguarda. ¡Cómo es posible que solamente al hombre, tan privilegiado entre todas las criaturas, le estuviera vedado presentir su destino y juntarse con aquella parte esencial de sí mismo que Dios tiene reservada para él en los tesoros de su providencia! Seria tanto como calumniar el poder y la bondad del Padre comun el creer en semejante olvido.... Pero ¿y si el hombre hubiera perdido este privilegio por un yerro cuya expiacion estuviese impuesta á toda su raza! repuse con inquietud.... Y ¡qué! ¿la intercesion de María, implorada con toda fe, no bastará á perdonarle su sentencia? ¿A quién mejor que á la pura y amorosa María le estará el proteger los amores castos y las inclinaciones virtuosas? ¿No es esta su mas hermosa encomienda en el cielo? ¡Oh! si la fábula maravillosa que encierra esta creencia del pueblo no es verdad, como yo creo que es verdad, es preciso confesar que debia serlo.

Los ánimos fríos que no comprenden lo delicioso de la devocion práctica me han cansado siempre extrañeza; el desden por las obras piadosas me parecia una insensatez incomprensible de parte de esas almas vivas y apasionadas para las cuales no tiene la vida positiva sensaciones bastante fuertes y que (2) ven precisadas á estar de

1 *Voltér.*

continuo pidiendo otras al sentimiento y á la imaginacion. ¿Qué vienen á ser, ¡poderoso Dios! las hipótesis de la filosofía y de las ciencias, el prestigio de las artes y los partos de la poesía, junto á una poesía del alma que las inspiraciones de la religion despiertan y que trasporta al pensamiento á una region de ideas sublimes donde todo es prodigio y donde al mismo tiempo todo es verdad? Es preciso creer, sin duda; pero lo que hay precision de creer es mil veces mas probable, mil veces mas fácil de creerse, si es lícito comparar cosas tan disímiles, que todo lo que hay que creer en las relaciones ordinarias de la vida social, para llevarla sin amargura y sin disgusto. Examinemos al cabo de algunos años las sensaciones que hemos disfrutado con mas deleite y no encontremos una quizá que no sea un error ó una mentira; las ilusiones que hemos gustado, aun tomándolas por tales ilusiones, no eran, ¡ay! mas falsas que las que hemos tomado por realidades. ¡Y miramos con desden la religion, tan fecunda en gustos inefables, en consuelos, en esperanzas, la religion que nos sería la felicidad mas pura y mas completa de la humanidad si no fuese mas que una ilusion! esta á lo menos no tendria las congojas del desengaño y del arrepentimiento. ¡No se desilusiona uno de ella en la tierra!

Con un nuevo júbilo puro mi habia yo cumplido con todas las obligaciones de la novena; y como si el hábito de estos ejercicios hubiese elevado mi razon á una altura á que nunca antes habia alcanzado, reprochábame un poco el haberme dedicado á ellos con solo el objeto de satisfacer una curiosidad pueril. En efecto, mi ciega confianza en miserables cuentos de niños era lo que me habia inspirado tantos actos de sumision y de fe que se habian impuesto como un deber, una devocion mas sincera y desinteresada, de la cual osaba yo prometerme un galardon, como si ya no le tuviese en la satisfaccion de mi propio pecho. Apoderóse de mí este remordimiento con mas fuerza en el punto que acabados mis preparativos y abierta mi puesta á la aparicion aguardada, me disponia yo á proferir mi última oracion. Es probable que en ella expresé mas dudas que votos, y no sé si seria aceptada esa reparacion; pero puedo lisonjearme de que sí lo fué, por la grata serenidad que se introdujo en mis sentidos, calmando esta en un momento todas las tribulaciones de mi ánimo. Apenas hube vuelto á sentarme en mi sitial, cuando me cogió un profundísimo sueño.

No sé qué tiempo duró ni cómo se aclararon las tinieblas en que sumergido me habia: de pronto parecióme no estar ya durmiendo, volví á ver mi aposento en la disposicion de siempre, á la luz vacilante de las bujías. Discerní todos los objetos, oí todos los ruidos, los ruidos esos tenues, indeterminados, sin origen sensible, que parecen no levantarse un momento mas que para que no tema el alma que la sobrecoja el silencio eternal. El piso de afuera no rechinaba, sino que hacia un ligero murmurio, como si hubiese sido acariciado por un manojo de plumas ó por un ramillete de flores. Volví los ojos hácia mi puerta y vi allí una mujer: quise lanzar á recibirla y detúvome una potencia irresistible en mi asiento. Hice por hablar y quedáronseme clavadas en la lengua las palabras. No embargó mi razon este misterio, pues comprendió que era aquello un misterio y que habian sido escuchados los ruegos de mi novena.

La desconocida se acercó lentamente, sin advertirme quizá, como si obedeciera á una especie de instinto, á un irresistible impulso. Llegó al sitial que le habia dispuesto yo, sentóse así expuesta á mi cu-

1 Suposiciones, sistemas.

riosidad cuya impaciencia no encontraba retentiva, pues ella se mantenia sin alzar los ojos. Clavé en ella mis miradas con la osadía que su inmovilidad y su silencio me daban. De cierto nunca jamás la habia yo visto y sentí sin embargo, en medio del conocimiento vago de un sueño, la conviccion de que aquella existencia, ajena á todos mis recuerdos, ni era por esto menos verdadera ni estaba menos viva. La misma fantasía de mi alma, purificada como estaba con el recogimiento y la oracion, no era capaz de engendrar nada que llegase á semejarse á aquel sueño. Pertenecia sin remedio á un órden de inspiracion á que el hombre no puede por sí elevarse y que esa ciencia delicada y selecta que se llama hoy estética[1] no alcanza á remedar. Mi metafísica de estudiante filósofo velaba todavía en mi sueño, mas humillábase ante la obra de la potencia de Dios. Penetraba yo que una creacion tan pura y tan perfecta no podia salir de mí.

Nada diré acerca de la hermosura de la jóven doncella: no se hacen con palabras los retratos y aun he dudado algunas ocasiones que puedan hacerse con trazos y colores. Hay en el conjunto de un ser animado no sé qué juego de pasion y vida que no se representa mejor con el pincel que con la pluma, y lo que no es menos seguro es que la significacion de este conjunto no es igualmente inteligible para todos. Léela cada cual segun su aptitud para descifrar sus caracteres, para penetrar su sentido, para apropiarse su espíritu. Cuando ha subido al tono de una perfecta armonía con la inteligencia y la sensibilidad de quien la mira, siéntese mil veces mejor que no se analiza, viniendo á ser demasiado sorprendente, demasiado simultáneo su efecto para dar el mas leve lugar á la observacion de los pormenores. Imagínome que es necesario que esté uno algo estragado en impresiones de amor para hacer alto en el incitativo efecto de un pliegue del labio ó de la ceja, de un diente que se levanta casi imperceptiblemente sobre un teclado de esmalte, de un rizito de cabellos rebeldes, escapado de la compostura del peinado. Las poderosas simpatías que deciden de la vida entera proceden de una manera súbita, y no habrá olvidado el lector que la aparicion de la Candelaria no se efectuó sino en razon de una simpatía completa y absoluta entre las personas que en relaciones pone. No me pregunté yo por qué amaba á aquella mujer, ni me pregunté siquiera si la amaba: díjeme lo que hubo de decirse Adan cuando Dios colmó el beneficio de la creacion dándole una esposa: "¡Acabo de ser; soy!"

La desconocida estaba, como yo, vestida para un festín de boda; pero su vestimenta no era de las que estilaban usar las novias de mi provincia. Traíame á la memoria las que yo habia visto varias veces en circunstancias análogas, en una ciudad poco distante que la invasion de nuestras armas y de nuestras doctrinas acababa de atar á la república. Era el traje provocante y agraciado de Monbeliar que la gente principal del país conservaba todavía por tradicion en ciertas ceremonias solemnes y que hoy probablemente no se acostumbra ya ni entre el pueblo. Habia ella puesto junto á sí, sobre la mesa, una de esas bolsillas de mallas de acero bruñido en que por aquel tiempo guardaban las jóvenes los ligeros trapitos que ellas llamaban su labor, y no tardé en advertir que su chapa estaba decorada con dos letras realzadas con clavazon de acero, las cuales debian de ser las iniciales del nombre y apellido de mi futura esposa; pero mas me hubiera gustado saberlos enteros

1 Ciencia de los sentimientos, de las sensaciones.

de su boca. Desgraciadamente el hechizo que me habia embargado la palabra no estaba deshecho, y todas las facultades, todas las potencias de mi alma habian pasado á mis ojos, pues acababan de encontrarse con sus ojos los mios. La fascinacion de aquella su celestial mirada hubiera bastado ella sola para dejarme mudo. Apenas si podia yo alcanzar que fuese posible sostener su expresion sin quedar sin vida, y seguramente no debia yo la fuerza de resistir á una impresion tan viva mas que al privilegio de la novena, cuyo misterio no se arrancaba de mi mente. Es que jamás el fuego de una ternura inocente animó ojos mas dulces ni reveló mejor esos inefables secretos del acendrado amor para los cuales ninguna voz humana podrá encontrar palabras. En esto una extraña nube oscureció de pronto sus párpados. Pareció que una confusa nocion de lo futuro que acababa de engendrarse en su pensamiento se iba poco á poco manifestando bajo una forma mas sensible, abrumándola con una horrenda certidumbre. Palpitóle el seno, humedecié ronsele los ojos con unas lágrimas que hacia por contener, retiró suavemente con la mano el pan y el vino que yo le habia puesto por delante, agarró con ardor uno de los ramos del mirto bendito y pasóle por entre uno de los nudos de su ramillete. Luego se levantó y tomó el camino por donde habia venido. Triunfando yo entonces de la horrible fuerza que me tenia clavado en mi asiento, me arrojé en pos de ella para recabar una palabra de esperanza y consuelo.

—¡Oh! sea usted quien fuere, exclamé, no me abandone al horrible pesar de haberla visto y de no poder volver á hallarla. ¡Considere usted que mi suerte futura, de usted depende, y no haga que el momento mas delicioso de mi vida se cambie en mi eterna desdicha! ¡Dígame usted siquiera si me será dable volver á estrechar esta mano que cubro de lágrimas, si me será dable ver á usted otra vez!..

—Otra vez sí, contestó, ¡ó nunca!...

¡Nunca! repitió dando un grito dolorido.

Dicho esto se escapó. Sentí faltarme las fuerzas y flaquearme las piernas. Busqué un punto de apoyo, clavéme allí y me abandoné sin resistencia. El mas oscuro de los velos del sueño habia reemplazado sobre mis ojos el velo trasparente de los sueños. No recordé sino ya muy de dia á las carcajadas de un criado que quitaba de la mesa los aprestos de mi colacion nocturna atribuyendo aquel aparato á ideas de sonámbulo[1], á las que en efecto era yo propenso. No lo contradije, pero en medio de mi tribulacion y mi confusion se me pasó asegurarme de ver si se habian encontrado los dos ramitos de mirto: esta era la única circunstancia que podia dar á mi sueño una especie de realidad positiva ó quitársela toda. En la duda, un ánimo mas circunspecto que el mio se habria abstenido: habria conceptuado la extraña ilusion de la noche precedente como el efecto de una larga preocupacion de la imaginacion, del ayuno, y cada cual es libre de creer que no fuera otra cosa. Pero un enamorado de veinte años, que por primera vez ama, no es capaz de tantos raciocinios. Y yo amaba con toda la potencia de mi corazon, con enajenamiento, con frenesí, á la desconocida doncella que tal vez ni existia.

No era yo de un carácter que se desimpresionase fácilmente de las ideas que una vez le habian ocupado. Esta vino á ser mi idea fija, el pensamiento único de mi vida, el objeto único de mi destino. Abandoné enteramente ese mundo inocente y grato en que hasta entonces se habian encerrado mis hábitos y mis placeres; bus-

1 El que dormido anda, habla y hace lo que cualquiera despierto.

qué la soledad, porque la soledad era el único modo de estar en que pudiese yo tratar libremente conmigo mismo acerca de mis votos y mis esperanzas. ¡A qué dócil amistad, á qué crudalidad complaciente habria yo osado confiarlos? Parecíame, en mi desvarío, que una circunstancia próxima, casi tan imprevista como la que me habia hecho conocer á mi novia imaginaria, no tardaria en volver á traerla á mi vista; aguardábala yo, creia encontrármela en todas las mujeres desconocidas que el acaso me hacia distinguir á lo léjos, y por todas partes se me escapaba como en el sueño en que no me habia aparecido. Esta sucesion perpetua de ilusiones y de desengaños, acabó por tomar un ascendiente funesto sobre mi ánimo; habiendo llegado á ser una manía asidua, invencible, inexorable. Mi juicio y mi salud se menoscabaron á un tiempo, y la medicina, llamada en balde á mi lecho de dolor, perdió en breve la esperanza de sanarme. No podia la medicina alcanzar la causa de mi mal y una justa vergüenza me retraia de confesarla.

No se crea que yo habia excusado diligencia alguna en órden á descubrir á mi amiga misteriosa. Las iniciales del saco con malla de acero no se habian borrado un momento de mi memoria, y habíalas yo dado á conocer bajo la reserva del mas profundo secreto, á uno de mis jóvenes camaradas de estudios que habitaba Monbeliar, junto con el retrato mas circunstanciado de la jóven cuyo nombre debian expresar aquellas.

Mucho tiempo tardó la respuesta. Sin embargo, á la hora menos pensada, en uno de esos ratos de congoja extrema en que agotadas mis fuerzas parecian no poder ya luchar con la muerte, vino la anhelada respuesta á reanimar mi corazon. El ente ideal que yo habia visto entre sueños la noche de la Candelaria existia realmente: era completa la semejanza. La persona por mí designada con tanto esmero habia sido reconocida en aquella filiacion fiel y hasta en una señalita de detrás del cuello que al huir habia yo alcanzado á ver. Llamábase Cecilia Savernier y estos nombres comenzaban con las dos letras que tambien me acordaba yo haber leido en la bolalla de mallas de acero. Ella habitaba de ordinario, sola con su padre, una casa situada á corta distancia de la ciudad, y esta particularidad era la que habia dificultado y retardado tanto las pesquisas. Hacia poco tiempo que habian regresado á Monbeliar donde no se hablaba mas que de la gallardía y hermosura de Cecilia. Mi servicial condiscípulo que miraba estas señas como los preliminares de un negocio en que se trataba de pedir en matrimonio á la jóven por mi conducto, se creia obligado á ponderar las cualidades incomparables de la señorita Savernier; pero concluia añadiendo, no sin manifestar algun sentimiento, que ella era de escaso caudal. Esta circunstancia no me fué ménos grata que las otras, pues mis bienes no me permitian aspirar á un enlace opulento, y por otro lado no habia nada mas ajeno de mi manera de comprender el matrimonio.

No habia sido un sueño el mio. Tomaba un cuerpo mi ilusion, volvíase una realidad mi quimera. Cecilia Savernier era la que amaba yo, y no era ya Cecilia el parto fantástico de mis sueños. Ella existia, y existia á pocas leguas de mí: yo podia, yo debia encontrarla y pasar á su lado, con ella, una vida toda entera, dulce como el primer pensamiento de amor. Huyó con mi pensamiento mi dolencia, robustecióse mi salud sin quedarme de mi mal mas que un ligero trastorno de ánimo y debilidad, y consolado ya mi padre, contemplándose cada dia mas feliz, celebró por último que

le respondieran de mi cura el facultativo. Un dia que me tenia asida con ternura la mano, apoyado en el lecho de que aun no me levantaba:

—¡Loado sea Dios! me dijo, ¡has sabido triunfar de tu dolor y ya no te perderé! ¡Qué de veras te lo agradezco!

—Mi dolor, dice usted, respondí allegándome á él para abrazarle, ¿cree usted saber el secreto de mi dolor?

—¡Oh! repuso sonriéndose todas las penas de tu alma provienen de amor: yo las he conocido lo mismo que tú. Yo veo en el dia demasiado distantes las que han atormentado mi juventud para no acordarme de ellas sino como de cosa de poca monta, pero bien sé que pueden ser mortales. Por lo tanto no habria yo titubeado un momento en anticiparme á tus deseos si hubieran podido ser cumplidos. Te felicito de que hayas tomado tu partido contra una desgracia inevitable que el tiempo no tardará en reparar y que algun dia considerarás alegremente entre las locas ilusiones de una imaginacion de diez y ocho años. Prométeme solamente de hacer confianza de mí desde el punto que un nuevo afecto sorprenda tu alma. Trataremos seriamente el asunto tú y yo, como dos amigos de los cuales el uno le lleva al otro la ventaja de la experiencia; y si persistieres me comprometo á no excusar nada por darte gusto. Dime, hijo de mi vida, si te conviene este trato.

Agarré la mano de mi padre y llevémela á los labios.

—Es usted el mejor de los padres, repliqué, y ni un momento lo ha olvidado su hijo de usted; pero ¿está usted bien persuadido de no equivocarse sobre la causa de mi enfermedad? ¡No me sorprenderia poco que la hubiera usted adivinado! . .

—Eso no era tan difícil como te lo imaginas tú, dijo mi padre volviendo á sonreirse. Asunto de amor habia y tus miradas ó tu silencio me lo han confesado diez veces. No se trataba mas que de buscar el objeto de tu pasion entre las jóvenes que componen nuestra tertulia habitual. Teresa no habia de ser, porque es demasiado ligera ella y superficial para llenarte. Mariana no debia de ser, porque Mariana, cuya charla te divierte, no tiene ni solidez en el entendimiento, ni ternura razonada en el alma y no es buena sino por inclinacion natural. Emilia tampoco, porque ella es fria, remilgada, bachillera y ha aprendido á leer en el baron de Holbach. No podia ser sino tu prima Clara, que es bonita, candorosa, modesta, y cuya ingenua exaltacion confronta mucho contigo. ¿Te parece que soy tan torpe en adivinar?

—¡Clara! exclamé en un arrebato que pudo engañar á mi padre, pues muy ajeno estaba él de conocer el motivo.

Esa era cabalmente la misma jóven aquella que habia hecho la novena de la Candelaria al mismo tiempo que yo, y cuyo ejemplo me habia sugerido á mí la idea de hacerla.

—En verdad, proseguí después de un rato de reflexion, razon ha tenido usted en suponer que yo preferiria Clara á todas las demás. Quiero á Clara como amiga, como parienta, como muchacha excelente que será, me lo prometo, una esposa cumplida, una madre cabal; pero nunca me ha pasado por la imaginacion tomarla para mujer y madre de mis hijos. . . . ¡Crea usted que le estoy hablando con el corazon!

Quedóseme mi padre mirando con asombro.

—No tengo por qué dudar de tu verdad, dijome; pero tu respuesta ha echado á rodar mis conjeturas. Pues ¿no es el casamiento de Clara lo que te ha reducido á ese estado de melancolía que ha estado á punto de costarte la vida, y que me ha dado tanto cuidado?

—¡Se casa Clara? repuse medio levantándome. . . . ¡Clara se casa, dice usted!.. ¡Oh, tranquilícese usted, padre mio! ¡no he engañado á usted! ¡Este arrebato no es sino de júbilo! ¡Ojalá su casamiento sea conforme con las intenciones del cielo y para su felicidad de ella!

—Así lo deseo yo, repuso mi padre, y me complazco en esperarlo, aunque haya una cosa muy extraordinaria en el caso. Clara habia desechado este año tres acomodos muy buenos, y su madre la creia dispuesta á abrazar la vida religiosa, cuyas prácticas seguia aquella con singular ardor, cuando un mancebo desconocido, cási llegado la víspera, alcanzó su consentimiento á la primera entrevista. Las informaciones han sido favorables y en un momento se pusieron de acuerdo las dos familias. Clara es feliz con esta union que al decir de ella le tenia deparada la santísima Vírgen desde el dia de la Candelaria. En esto advertirás esa imaginacion mística y novelesca á la vez que me habia hecho creer en una simpatía entre ustedes dos.

—Protesto á usted que comprendo á las mil maravillas el casamiento de Clara, y que pienso que nunca hubiera logrado otro mejor.

—Norabuena, replicó dando una carcajada, y eso depende de la manera de ver de ustedes dos. Pero ¿no hablamos del tuyo?

—¿Considera usted que sea ya tiempo de que nos ocupemos en él? ¡No tengo veinte años!

—Entre nosotros, es cosa que te atañe á tí; y ¿por qué no? Yo me casé demasiado tarde, ó los años se me fueron demasiado aprisa y perderia los mas gratos gustos de la vida si me muriera sin haber sido amado de una hija que me hubieras dado tú, sin haber jugado con los hijos que el cielo te diera, sin dejar la memoria de mis facciones y de mi cariño grabada en una generacion nueva que haya salido de mí. Esto es, amigo mio, la inmortalidad material del alma, la única que la debilidad de nuestros órganos y de nuestra inteligencia nos permita presentir claramente. La otra es un gran misterio que la religion y la filosofía se abstienen cautamente de explicar. Tu casamiento ha llegado á ser el objeto principal de mis pensamientos, de mis esperanzas, y te diré francamente que he tratado mucho de él desde la Candelaria última.

—¿Desde la Candelaria, padre?

—Desde la Candelaria, replicó manifestando alguna sorpresa y mirándome de hito en hito. Es el tiempo en que comienzan las ideas de matrimonio á fermentar, con la nueva estacion, en el corazon de la juventud y vienen á despertar el anhelo de los padres, pues entre unos y otros hay secretas armonías de instinto y prevision; pero me acuerdo de que esta fecha ha podido renovarte la memoria, la loca preocupacion de nuestra pobre Clara. Lo que hay de cierto es que concebí el mismo proyecto por tí en la misma época y segun todas las apariencias sin el conocimiento de la Vírgen. No te hablé de ello por las razones que sabes. Entonces comenzaba para tí ese largo período de enfermedad de que apenas acabas de salir y que tanto me ha hecho temer por tu vida. Si el amor no tiene parte en tus penas hoy es todavía ocasion de que hablemos de mis miras, pero sin que tengan las menores resultas en el caso de que se opongan á las tuyas; pues entiendo terminantemente que tu eleccion y tu estado sean libres y nunca desistiré de esa promesa.

—Me colma usted de agradecimiento, dije sentándome en la cama y componiéndome mi ropa, pues sentia recobrar fuerzas con la esperanza de volver á encontrar y de obtener á Cecilia. Yo me prometo de su cariño de usted que no me impondrá usted un compromiso á que no puedo prestarme y que no me seria dable contraer sin atropellar las obligaciones mas santas. Yo le juro á usted por mi parte, mi único y perfecto amigo, que nunca jamás tendré un secreto para su corazon y que no introduciré nunca en nuestra casa una jóven que no haya usted adoptado de antemano.

—Como quieras, dijo mi padre, y sin embargo esta idea, que debo abandonar por tí, era el pensamiento mas grato de mi vejez. Déjame siquiera hablarte de él por la vez postrera. Quizá nunca he pronunciado delante de tí el nombre de uno de esos amigos de infancia cuya memoria recuerda algun dia las únicas amistades reales que se hayan gozado en la vida, las amistades sinceras y desinteresadas del colegio. Este no se me habia ido de la memoria, pero una notable diferencia de vocacion, de costumbres y de domicilio parecia habernos separado para siempre. Habia llegado á coronel de artillería: emigró, y esta circunstancia hizo nuestra separacion mas irrevocable, pues yo habia seguido como tantos otros el movimiento de la revolucion cuando estaba aun ajeno de prever sus resultados y su objeto. Por fortuna esta direccion pasajera de un entendimiento engañado por las apariencias me mereció un prestigio político que he tenido el consuelo de emplear algunas veces con provecho. Desengañado por su parte mi amigo de otra suerte de errores, echaba menos á su patria, tan cara para los corazones bien formados. Logré que le levantaran el destierro, que volviera á sus hogares, al campo paterno y al aire natal. No hemos vuelto á vernos desde entonces, pero no cesa de escribirme y de manifestarme una tierna gratitud que recompensa bien y gratamente mis esfuerzos. Recíprocas confianzas nos han impuesto de los mas pequeños pormenores de nuestra vida doméstica y de nuestros posibles. Mi antiguo amigo Gilberto sabe que tengo un hijo en quien cifro todas mis esperanzas y que algunos repetidos informes le han dado á conocer, dice, bajo el punto de vista mas favorable: tiene él una hija de diez y seis años á quien todas las lenguas elogian y que seguramente hará la felicidad del hombre que le toque por marido, así como hace la del padre que le deparó el cielo. No te niego que nosotros habiamos visto en esta union proyectada un medio grato de unirnos para el resto de nuestra vida, decidido cada uno de los dos, como lo estamos, á no separarse de su único hijo. Era esta una vida á pedir de boca que nos teniamos preparada en nuestra loca confianza; tan cierto así es que se engaña uno en todas las edades, y que la vejez, madurada con la experiencia de las cosas, no deja tambien por eso de ofuscarse por sus ilusiones, lo mismo que la adolescencia. ¡Deliciosa perspectiva! ¡pero es preciso repudiarla!

—¡Perdon, padre, mil veces perdon! ¿Por qué me ha condenado el cielo á reconocer tan mal el cariño de usted?

—Tranquilízate, me dijo, fácilmente lo olvidaré por grande que sea el júbilo que yo consideraba tener con ver realizadas mis esperanzas, para no pensar mas que en las tuyas. . . . Y es de veras una lástima, pues Cecilia Savernier pasa por la mas linda doncella de un pais donde no hace raya cualquiera.

—¡Cecilia Savernier! exclamé abalanzándome abajo de la cama. ¡Cecilia Savernier! ¡Oh, padre! ¿no he oido á usted mal?. . .

—No por cierto, respondió, Cecilia Savernier, hija de Gilberto Savernier, antiguo coronel de artillería, que vive en Monbeliar, departamento del Monte Terrible. De ella era de quien te hablaba yo.

Caí á las plantas de mi padre en un estado de agitacion que no es para descrito. Llenélas de besos y lágrimas, y estuve mucho tiempo sin hablá. Asustado mi padre me levantó, me apretó á su corazon y preguntóme mil veces antes que yo hubiera podido explicarme.

—¡Cecilia Savernier! ¡Ella es, ella es, padre mio! clamé por fin con ahogada voz ¡Ella es la que pido á usted de rodillas!

—¿Es posible! replicó él. Siendo así, con facilidad verás tus deseos cumplidos, pues es negocio casi hecho. Pero ¿estás bien firme en tu resolucion? ¿En qué se funda? ¿Dónde has podido ver á Cecilia? ¿Dónde puede ella haberte conocido? Monbeliar es la única ciudad de Francia donde se haya presentado desde su vuelta del extranjero, y cuando tú cruzaste por allí ahora dos años estoy positivamente cierto de que ella no se hallaba todavía allí.

Me sonrojé. Esta pregunta ya tocaba muy de cerca á un secreto que yo no tenia valor para descubrir y en el cual podia suceder que no viese mi padre sino una ilusion ó una mentira.

—Crea usted, le respondí, que ya he visto á Cecilia, y que estoy autorizado á pensar que no desechará mi amor. Con respecto á las circunstancias ó al suceso que nos dieron un instante á conocer, ruego á usted que tenga la bondad de no preguntarme ni una palabra mas.

—¡Líbreme Dios de hacer tal! repuso abrazándome. Respeto harto este género de misterio para quitarle el mérito de la discrecion. "Hay secretos vínculos, hay simpatías" que solamente los amantes conocen y que no se saben adivinar á mi edad. Y luego, añadió riendo, ¿por qué la santa influencia que se hace sentir desde hace algun tiempo en las cosas de mi familia, no le habria preparado dos matrimonios en lugar de uno? Ocupémonos con el tuyo, que se efectuará sin falta luego que estés graduado.... ¿Esta dilacion te asusta? pues no es tan larga como te lo imaginas. Tus adelantamientos en las escuelas hacen de muchos años á esta parte mi felicidad y mi gloria, y el tiempo que te ha robado tu enfermedad será prontamente compensado. Ya verás que no te estaria bien que al acto mas solemne de la vida te presentaras sin llevar en dote un título serio y honorífico. Tampoco te sobresaltes por los rigores de una separacion cuyo término alejo un tanto y que hará mas extremada tu felicidad; pues la dicha que os esperais es la mas segura de la vida. Por otra parte está enteramente conforme con el buen parecer que vean á tu futura esposa y tu padre antes de llevar mas léjos las cosas y que alcance una declaracion mas positiva que la que nos lisonjea. Pues que tu convalecencia lleva buena traza, cuento con que un mes de estada en Monbeliar no puede menos de serte provechoso y te hallarás de paso á la boda de Clara; pues la boda va á ser á medio camino, en su linda casa del bosque de Arcey[1]. ¿Qué te parece? ¿Te conviene este arreglo?

Arrojéme en sus brazos aplicóme un beso en la frente, entró en su aposento y volvió luego con una carta rotulada al coronel Savernier.

Partí á otro dia para Monbeliar, contento cuanto no es dable decirlo..... ¿Qué son, Dios mio, los júbilos del hombre?

(Concluirá.)

1 *Arc.*

ARBOL MECANICO

DESTINADO A LOS SUSCRITORES DE LA SEMANA DE LAS SEÑORITAS.

Esta preciosa pieza, de que hoy acompañamos un diseño, es obra del distinguido artista francés M. Bontems'. El árbol es de metal, bronce á lo que parece. Los aves son animalitos disecados, unos chupamirtos muy bien conservados, de los cuales el del centro de la rama que parte inmediatamente del tronco está echado en su nido, dentro del cual se mueve y revuelve con suma gracia, cantando, cuando dada cuerda á la máquina los demás se mueven acompañándola con su grato arrullo perfectísimamente imitado y cambiándose los dos primeros de las ramas inferiores de una á otra rama, aleteando uno de los de mas arriba y subiendo y bajando la cabecita el que se halla al pié del árbol. Las hojas de este están adornadas de *mayatitos* que parecen esmaltados, gusanitos y pintadas maripositas que lo dan una vista graciosísima.

El reloj que está al pié y á un lado del árbol y cuya máquina es enteramente independiente de la de los aves, es una pieza excelente y tiene campana para dar las horas. Dásele cuerda por medio de su correspondiente llave, mientras la máquina de las avecillas no se pone en movimiento sino tirando hácia afuera un botoncillo que se halla junto al agujerito de la llave del reloj. Luego que se quiere que las aves dejen de cantar y de moverse, basta con empujar el mismo botoncito hácia dentro.

El señor Navarro, editor de la Semana, ha tenido mil dificultades que vencer para conseguir la adquisicion de este primoroso trabajo y para ponerlo en esta capital, adonde gracias á sus afanes ha llegado en buen estado, á pesar de lo malo de los caminos. Pero todo lo da por bien compensado con la satisfaccion que tiene de que el ARBOL es digno de sus bondadosos favorecedores, á quienes le tiene dedicado como obsequio.

Nosotros estamos persuadidos de que este objeto de que hablamos no puede desluc ir, si servir de elegante adorno á la mesa de la sala mejor puesta, y que no puede menos de sorprender á cualquiera persona que no esté prevenida, el grato arrullo de las preciosas avecillas.

1 *Bontán* (Buen Tiempo).

ASCENSIONES AEROSTATICAS.

M. Poitevin (*Puatvén*), el mismo frances que subió tiempo hace á caballo en un globo aerostático, hizo el 29 de junio, en Paris, otra ascension en su magnífico globo llamado el Globo, el mas enorme de cuantos hasta el dia han viajado por los aires; y lo mas particular de esta ascension consiste en que la ha hecho con un primoroso cochecillo de cuatro ruedas al cual iba puesto un tiro de dos lindos caballos bayo claro isabela.

Ocupaban el coche M. Poitevin y su es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

posa en el asiento delantero. M. Poitevin llevaba en la una mano las riendas y el látigo del cochero en la otra.

En el asiento posterior iba un aficionado, M. Lacave (*Lacáv*), comerciante, y el criado de M. Poitevin, el valeroso Huot.

Desde luego que partieron los viajeros se remontaron á una altura considerable, tomando á poco la direccion del Oeste, por la influencia del viento que soplaba del Este. Pero temiendo M. Poitevin que los incontables espectadores que estaban en Poissy (*Puasi*), Auteuil (*Otóil*), Sevres, San Cloud, Ville-d'Avray (*Vil-daveé*) y Versalles por arriba de los cuales iba á pasar, se engañasen tomándole por otro aeronauta, abrió cinco diferentes veces la válvula del monstruoso globo, el cual, descargándose de gas y disminuyendo así de fuerza ascendente se bajaba hasta ciento cincuenta ó doscientos metros (unas ciento setenta y tantas ó doscientas treinta y tantas varas) del suelo de las ciudades y villas sobredichas. Luego, después de haber cruzado algunas palabras amistosas con las poblaciones, el aeronauta volvia á cerrar su válvula, tiraba un poco de lastre y volvia á emprender su temerario vuelo hácia el cielo.

Los caballos no han tenido la menor novedad.

Por fin, á las siete y media, despues de hora y media de navegacion con el tiempo magnífico de un hermoso dia de verano, los aeronautas hicieron su bajada á la puerta del castillo de Grignon (*Griñón*), en el canton de Poissy.

El 5 de julio por la mañana M. Poitevin y su mujer, en su elegante coche, tirado por los mismos hermosos caballos compañeros de su viaje aéreo, entraron en su casa de campo de Bel-air (*Belér*).

Los periódicos de Europa refieren que la señorita Juanita Perez, jóven de Barcelona, se elevó el 20 de junio desde Madrid á una altura considerable, no ya en globo sino por medio de unas inmensas alas, como cualquiera ave. Parece que el inventor de este aparato maravilloso ha pasado á Paris á continuar sus experimentos.

MISCELANEA.

LAS PLEYADES.

Las Pléyades ó Pléyadas segun la fábula mitológica, eran las siete hijas de Atlas, las cuales, perseguidas por Orion, fueron trasformadas en palomas por Júpiter. Pléyades (ó Pléyadas) se llaman las siete estrellas conocidas comunmente con el nombre de CABRILLAS.

EL AIRE DEL MAR.

El aire es saludable en el mar, porque el movimiento constante de las aguas conserva el oxígeno y el hidrógeno en convenientes proporciones.

CAUSA DE LA LIGEREZA DEL HIELO.

Las burbujas de aire producidas por la congelacion son las que hacen al HIELO ser mas ligero que el agua.

AMOR DESINTERESADO.

El hombre que hace á una mujer partícipe de su riqueza, la quiere un poco; el hombre que se hace ánimo de ser partícipe de la pobreza de una mujer, la quiere mas.

SOLUCION DEL ENIGMA GEOGRÁFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El Mediterráneo baña á la vez la Europa, el Africa y el Asia: por el Ponto Euxino y el Tanais sube hasta las goteras de la Tartaria; por el Nilo, hasta las cataratas de Elefantina; pocos dias de camino le ponen en comunicacion por el Ebro con el Tajo y toda la costa de la Lusitania; por el Ródano, con el Rhin y los mares del Norte; por el Nilo, con el mar Rojo y la Judea. Jesucristo nació cerca de sus riberas. Allí se han alcanzado todos los triunfos del cristianismo, desde el sacrificio del Calvario hasta la batalla de Lepanto. La cruz enarbolada en el Vaticano, no léjos de aquel mar, domina al mundo. Alejandro, Julio César y Napoleon han nacido en sus riberas. Cerca de él se han elevado Roma y Cartago, Venecia y Corinto, Atenas y Alejandría, Constantinopla y Jerusalen. Ha sido testigo de las guerras de los persas contra los griegos, de las guerras púnicas, de las guerras civiles entre los romanos, de las batallas de Farsalia, de Filipo y de Accio. Sus aguas han visto á los bárbaros en Italia; han llevado á Oriente á los cruzados, y á los turcos á Constantinopla. El imperio de Carlomagno y el de los califas se han extendido sobre sus riberas. Ha presenciado las contiendas de los güelfos y de los gibelinos; la derrota de los moros, el engrandecimiento de la España; en los tiempos modernos, las campañas de Italia y de Egipto, la batalla de Navarino, la toma de Argel, la de Roma; en sus aguas ó cerca de sus orillas se han juzgado todas las cuestiones decisivas de la humanidad; "está, dice Justo Lipse, tendido al través del mundo como un tahalí en derredor del cuerpo del hombre; cinturon magnífico engastado de islas como piedras preciosas, que estrecha y reune al mismo tiempo que distingue y divide."

ENIGMA EN INGLÉS.

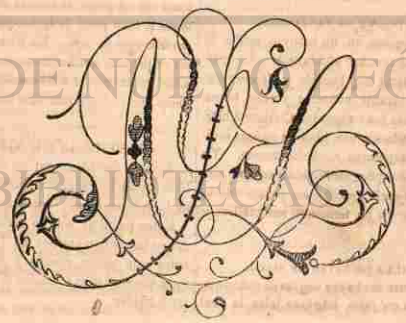
There is a thing that nothing is,
And yet it has a name;
'Tis sometimes tall, and sometimes short,
It joins our walks, it joins our sport
And plays at every game.

TRADUCCION LITERAL.

Hay una cosa que nada es y sin embargo tiene un nombre; es á veces alta, y á veces corta, nos sigue en nuestros paseos, nos sigue en nuestras diversiones y juega con nosotros á todos los juegos.

La solucion en el número siguiente.

LETRAS INICIALES PARA BORDAR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ECONOMIA DOMESTICA.

MANERA DE CONSERVAR EN BUEN ESTADO LAS MARIPOSAS.

Tómese un poco de barniz corriente de espíritu de vino, añádansele dos tantos del mismo espíritu de vino lo mas rectificado que se pueda, para que se ponga el barniz muy líquido y no seque fácilmente; póngasele á la lumbre hasta que hierva, para hacerle mas fluido: mójense en él las sedas de la escobilla mientras se conserva caliente y rocíense varias veces las mariposas. Así durarán mucho y tendrán siempre muy vivos los colores de las alas.

PARA PRESERVAR CAMARONES.

Ya que estén moudados bátanse en un mortero de mármol con una poca de macías ó especias de todas en polvo, y pimienta y sal y una poca de mantequilla fria hasta que todo quede hecho una pasta suave. Guárdese en tarros cubiertos con mantequilla clarificada y por encima tápense los tarros con vejiga.

VINAGRE DE ZARZAMORA.

Macháquese en un mortero media libra de ZARZAMORA, añádansele ocho cuartillos de agua fria hervida y déjese reposar esto durante cuarenta y ocho horas, moviéndolo muy seguido. Cuélese é hiérvase: añádasele una libra de azúcar ordinaria y espúmese cuidadosamente. Ya que esté frio póngase en una vasija de piedra y déjesele reposar en paraje cálido hasta que ya no fermente; embotéllese y úsese.

JALEA DE BAYAS DE SAUCO.

Tómense las bayas negras de saúco que maduran en julio, háganse jalea, la cual es de un color oscuro y de un sabor astringente y sirve de excelente remedio contra las enfermedades de garganta y de la boca.

POMADA CONTRA LA CALVICIE.

Sebo de vaca, una onza; tintura de cantáridas, una cucharadita; aceite de orégano y bergamota, diez gotas de cada uno; derrítase el sebo y ya que esté cási frio añádasele lo demás hasta que esté frio.

BARNIZ PARA CAOBA.

Derrítase una parte de cera vírgen blanca en ocho partes de aceite de petróleo; póngase de esto una ligera capa á la madera, con una brocha fina, mientras esté caliente; el aceite entonces se evaporará dejando una capa de cera que despues se pulirá con una tela ordinaria de lana.

COSMÉTICO.

En un vaso lleno de agua viértanse unas cuantas gotas de tintura de benjuí, y úsese el licor color de leche que se forma, para lavarse la cara. La tintura de benjuí se prepara vertiendo espíritu de vino sobre goma benjuí é hirviéndola despues hasta que se haga una rica tintura.

PASTILLAS DE NITRO.

Azúcar, dos libras; sal de nitro, media libra; goma tragacanta (alquitira) disuelta, la suficiente para formar una pasta.

Estas pastillas son un excelente remedio en las inflamaciones de la garganta antes que tomen cuerpo y tambien son muy eficaces para alcanzar la voz al cantar ó hablar.

EPISODIO TAURIL.

PRIMERA PARTE.

¡Gloria in excelsis!

¡Gloria una y mil veces, loor y prez perdurables al primero en cuya fecunda imaginacion se plantó por la vez primera el pensamiento del invento recreativo y saludable, así para el alma como para el cuerpo, de las corridas de toros!

¡Gloria eterna y sempiterna al pueblo que le adoptó y que le perpetúa por todos los siglos de los siglos, dando cada dia mas muestras, antes de su mayor aficion y predileccion al supradicho saludable y delicioso recreo, que no de propension alguna á olvidarle!

¡Gloria, prez, loor infinito á quien nos trajo á nosotros, imbéciles hijos de Moctezuma, el bien inapreciable de las corridas de toros, juntamente con el santo oficio y sus hogueras, y con tantas otras cosas de la misma utilidad para el cuerpo y el alma!

¿Qué seria de nosotros hoy, en el siglo XIX, como quien dice nada, sin una buena plaza de toros, y sin unos toreadores como un dulce, y sin unos toros como unos marquezotes, y sin una concurrencia numerosa como los dioses del paganismo y lucida como un lucero!

¡Santo Dios! ¡seria para morirse de tedio, para caerse la cara de vergüenza el considerar que Méjico, la preciosa india burlada por Cortés para arrastrarla luego amancillada y atada á las plantas de su majestad católica, hoy que tan ufana está con su independencia, su coquetería y su libertad, no presentara y presenciara lides de toros!

Que no tenga ni entretenga Méjico caminos de hierro, ni canales, ni comercio sin trabas, ni hacienda, ni una legislacion regular, ni siquiera policía, ¡pase!

Pero carecer de una buena plaza de toros en "activo ejercicio," esto sí no seria tolerable.

Ahora, con la novísima plaza de toros y las corridas domingueras, y de mas á mas con la fabricacion de los fósforos y cerillos, la capital de la nacion mejicana está tantos á tantos con cualquiera ciudad del mundo civilizado.

¡Lástima que no sea monarquía!

Noramala esos majaderos que ven con mal gesto las corridas de toros..... No hay bajo las estrellas, dígase lo que se quiera, una diversion mas inocente ni mas moral. Verdad es que de ver capotear y matar y banderillear á un toro, de ver destripar á un caballo, no se saca provecho alguno para lo que es la práctica de ninguna de las que se llaman virtudes; pero ¿quién es el temerario que niegue que cuando ve uno, con el jesús en la boca, á una criatura humana, un semejante, un cási

prójimo suyo, allá entre las astas del enfurecido animal, no ejercite su delicada

sensibilidad, y su piedad, y su compasion doliéndose del que está en peligro de muerte y encomendando á Dios su alma?....

Estas reflexiones, pues reflexiones son y no mias, estas reflexiones hacia dias pasados un respetable ancianno, don Crisanto Tauricano, en momentos que no sé con qué motivo, le ocurrian sus ciertos escrupulillos respecto de la bondad moral de las lides de toros.

Yo no me atrevería á decir adónde le hubieran conducido por remate sus prudentes y sensatas reflexiones, ni qué género de conclusiones hubiera sacado de sus premisas si hubiera seguido meditando y reflexionando. Si yo, pobre ignorante, supiera siquiera álgebra, quizá podria despejar la incógnita que se encerraba en el cerebro del espíritu discursivo que daba vueltas con los toros; pero confieso que no soy algebrista, ni sé resolver ecuaciones, y por lo tanto me veo precisado á conformarme con no sacar provecho alguno de esta ciencia, aunque no fuera mas que para ostentar, como quien no quiere la cosa, que entre las muchas habilidades que me habia dado el cielo, contaba tambien la de ser algebrista.

Con lo expuesto, el benévolo, el indulgente lector me perdonará que me excuse de explicarle cuál habia de haber sido el resultado de las reflexiones de mi héroe.

Por fortuna, este tuvo por conveniente llevar su imaginacion á otra parte, y despues de haber estado pensando en lo asombroso del telégrafo electro-magnético, medio hechicería de estos tiempos temerarios, de cuya verdad nunca habia querido él persuadirse sino hasta no haber ido á hacer una visita á don Juan de la Granja, sintiéndose cargado de cabeza y dispuesto al sueño, metióse en su cama, libertóse del frio de la estacion en que estamos arropándose muy bien hasta debajo de las narices, y soltóse á roncar magníficamente.

Como don Crisanto habia aplicado tan profundamente su imaginacion en los toros y la tauromaquia, el lector convendrá conmigo, sin necesidad de saber álgebra ni de resolver ecuacion alguna, en que era muy llano y sencillo que soñara con toros ó cosa parecida, por lo menos.

Así fué.

Pero en los sueños á ojos cerrados del dormir no pasan ni se ven las cosas lo mismo que en el otro sueño á ojos abiertos del vivir.

Por lo tanto, don Crisanto vió un animal raro venir hácia él, una especie de

barril con arreos de bruto, y cabalgando en el barril, venia muy seguro, risueño y contento, un demonio rollizo, un Baco de la mas clásica especie, cubierto de vides y pámpanos.

—Ahora bien, díjole este cuando llegado que hubo muy cerca de él, paró su cabalgadura; ahora bien, ¿me conoces?

Don Crisanto, estupefacto, helada la sangre y hecho una estatua, no pudo hablar; pero creyendo que mientras mas tardara en responder mas tardaria la vision aquella en apartarse de su vista, haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, acertó á mover la cabeza en ademan negativo.

El cabalgador demonio prorumpió en una risotada como suya.

—¡Compadre! dijo luego, ¿es posible que ya no me conozcas, cuando si bien recorres tu memoria te acordarás de que fuí tu constante, tu fiel, tu inseparable amigo? ¿No me preguntas cómo me llamo?

Esta pregunta fué proferida con un acento y un gesto de mofa tales, que el pobre preguntado no trató ni por asomo de responder, persuadido de que no tomaria por falta de crianza su interlocutor el que permaneciera mudo.

—Mi nombre no hace al caso, prosiguió siempre risueño. Maldito lo que importa para que te acuerdes de mí y me conozcas. Mírame bien á la cara.

Don Crisanto de muy buena voluntad habria puesto sus espantados ojos mas bien en el mismísimo Lucifer en cuerpo y alma, si es que Lucifer tiene cuerpo y alma como nos le representan los devotos, que no en la figura aquella que le hablaba; pero cediendo mal de su grado al poder hechicero de la criatura que delante de sí tenia, al querer ó no hubo de plantar la vista en su robusta persona.

En efecto, era de todo punto cierto.

En realidad de verdad aquel diablo no se parecia á ninguna persona de cuantas habia topado en los caminos y vericuetos de la vida, pero habia no obstante en él algo muy reparable, algo muy característico de cierta persona y de ciertas épocas. Y para mayor asombro, el animal aquel que don Crisanto queria por fuerza tomar por un toro aunque no se parecia á toro ninguno, tambien el animal que servia de montadura al diablo era un objeto que el pobre viejo conocia....

¡Quién supiera álgebra!

Yo, lo confesaré, en medio de mi profunda ignorancia, me imagino que un algebrista debe de ser un nigromante, una cosa así como de este mundo y el otro, un hombre de anteojos, de bata con diablos pintados, de cara meditabunda y afilosofada....

Si yo supiera álgebra no perdonaria ocasion de lucir mi talento de viva voz, por escrito, de todas suertes, para que se supiera, y añadieran las gentes esa nueva gloria á mis glorias, ese nuevo laurel á mis laureles; y habia yo de aplicar mi ciencia á resolver ecuaciones de un género muy especial. Seria yo aplaudido, mi fama se sublimaria hasta las regiones de los necios y los inspirados, pues Boileau[1] que es hombre que lo entiende, ha dicho no sé dónde:

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

¡Si yo supiera, álgebra cómo no habia de resolverlo todo, hasta el fenómeno este del sueño de don Crisanto!

¡Y cuánto no me lo agradecerian mis lectores!....

Don Crisanto se habia quedado contemplando atónito al diablo cuya presencia le refrescaba especies ya borradas de la memoria y que ni en su mano estuviera nunca jamás recordara.

Entre tanto, echó de pronto de ver que él, él mismo, él don Crisanto, se trasfor-

1 *Boalô.*

maba, se cambiaba en otra cosa muy diversa de lo que hasta entonces y desde que le dieran á luz habia tenido costumbre de ser. Sin perder lo que de racional tenia, trueécase al fin su forma corpórea y hasta su traje. ¡Vese convertido en un barril con figura humana!

La cosa era grave, grave por demás.

Pero el caso es que de espantado que antes estaba, don Crisanto vino á encontrarse, cuando hubo disfrazádose de la manera que va dicho, de lo mas contento, de lo mas gozoso que caber pueda en humana criatura.

Ladeado á la andaluza el sombrero, el cual era un embudo en toda forma, y llevando á cuestas con donaire sumo una rama de vid de la cual colgaban unas uvas capaces de antojársele al partidario mas extremoso de la templanza: rebullíale, retozábale el gusto en el alma, no sé si porque su estómago era un espacioso depósito de vino ó porque su cabeza era un amplio receptáculo de vapor alcohólico.

A lo menos, fuera lo que fuese, ya no pasaba él aquellas primeras angustias que la presencia del cabalgador le causaron; pues este, después de soltar una carcajada que dejó á don Crisanto largo trecho aturdido, habia tomado el portante.

Curioso es el cosmorama, la fantasmagoría de los sueños.

A veces divertidos, á veces horrendos y espantables, tienen empero la ventaja de asegurar á uno que está vivo, pues que tanto se dan el dormir y la muerte la mano. . .

Dejemos á don Crisanto soñando gozoso y vamos á otra parte en donde llama nuestra atencion una escena semejante á la que llevamos relatada.

Elisa, tambien Elisa habia tenido su imaginacion ocupada con varios desvelos. La imaginacion de muchacha de catorce años nunca está ociosa, y por lo comun cualquiera es capaz de adivinar, sin álgebra, lo que llena poco mas ó menos la mente de una doncella *catorceña*.

Pero á los pensamientos de amor se unian esta vez los pensamientos de toros, asociacion importuna, odiosa de suyo y de mal agüero, y que sin embargo tenia por la ocasion un carácter de lo mas grato para la hembra Elisa.

Elisa nunca habia visto corridas de toros. Y al gusto de ver una diversion que nunca habia visto, se añadia el de ver la plaza novísima. Y á estos goces ya bas-

Metióse en su cama virginal y cerró voluntariamente sus preciosos párpados.

tante deliciosos, se cosia el de ver al objeto principal de sus pensamientos.

Elisa advirtió que estaba ya muy entrada la noche, y á reserva de seguir torneando si le negaba su presencia el sueño, metióse en su cama virginal y cerró voluntariamente sus preciosos párpados. Morfeo no tardó en llegar á visitarla para cerrarle y apretarle bien los ojos del cuerpo y abrirle bien los de los sentidos.

Extraño hubiera sido que en la disposicion que su ánimo estaba, irritado su cerebro, excitada su imaginativa á consecuencia de las ideas de amor, toros y plaza nueva, no hubiera soñado. Siento en el alma verme precisado á recorrer un círculo vicioso, pero la fuerza de la verdad me lleva á hacerlo: protesto que con coincidencia y todo yo aquí no hago mas que referir sucesos tan verdaderos como el que mas.

Y por otra parte, perdónesome esta ligera digresion, ¿qué tiene de tan extraño, de tan improbable, de tan inverisímil en fin, el que dos personas sueñen simultáneamente, cuando no pocas veces vemos encenderse á un mismo tiempo y de improviso dos corazones, ocurrir á un mismo tiempo dos especies en dos mentes distintas, venirse por último dos palabras iguales á dos bocas distintas, las cuales vienen á ser proferidas á dúo? . .

Como quiera, Elisa se durmió y soñó.

Desde luego lo primerito que su sueño le representó fué un chico sentado muy á sus anchuras en una cómoda poltrona, con un gorro á manera de cucurucho en la cabeza, desnudo, descalzo y sin nada que le abrigara mas que una bata. Quién sería el rechoncho chico aquel, si bien no se advertia por su estrambótica traza si lo acusaba á las claras el carcaj y el arco que á la pared se veian colgados.

El Flechador era sin género alguno de duda.

El Flechador pues estaba por la ocasion calentándose con el incienso que despedian de sí varias vasijas de plata.

No hizo mala impresion en la jóven la vista del rapazuelo. Lo que sí no le gustó fué que una voz chilladora que no llegó á ver de dónde salia, le dijo media docena de veces:

—¡No vayas á los toros! ¡no! ¡no! ¡noo!

Y Elisa enojada decia que sí.

En esto desaparécese el Flechador.

Búscale Elisa y en lugar de aquel ve á un hombre coronado de hojas de parras, descompuesto el vestido, encendido el rostro, montado en un barril, y el cual, tendiéndole los brazos le decia:

—¡Elisa, vida mia, esta es la bienaventuranza! ¡Vivan las tres garantías! ¡Ya triunfamos de los toros y de los republicanos! Ahora vengo de ver á tu padre. Este que ves aquí tendido y que traigo á la grupa es uno de los contrarios.

Y en efecto percibió Elisa confusamente un cuerpo humano tendido á la larga detrás de la vision.

Y antojósele á ella que el vivo era su padre, el mismísimo don Crisanto, y el muerto era. . . ¡su amante! . .

Recordó Elisa sobresaltada, bañada en sudor frio. Santiguóse y entregóse de nuevo al sueño, el cual no tardó en apoderarse de sus sentidos.

Volvió á soñar.

Representáronsele en la imaginacion corridas de toros y con ellas, atavíos in-

separables del toro, caballos destripados, hombres tendidos por tierra, víctimas del fogoso animal. . .

—Elisa, vida mia, esta es la hacendada cierta.

Empero pasó esto. Pasaron del todo las imágenes cruentas. Hubo uno como entreacto en que no vió ya nada, luego vió objetos sin forma determinada, cuerpos *esponjosos* pero agradables, y por último presentóse á su vista un inmenso asador en que estaban cociéndose varias aves, las cuales despedian un olor tan agradable y excitaban de tal suerte el apetito, que estuvo ella á punto de llegarse á gustarlas. Y si bien es verdad que un esqueleto humano era el que estaba haciendo el oficio de cocinero, era tan amable su sonrisa que ni por el pensamiento le pasaba á Elisa el asustarse. Luego, en medio de la nube olorosa que despedian las aves, vió escrita esta sentencia, que aunque en latin ella comprendió, porque seguramente, mas afortunada que yo, sabia álgebra:

In morte vita

¡Como quien nada dice!

In morte vita viene á ser como quien dice:

El muerto al hoyo y el vivo al pollo.

¡Que no sepa yo álgebra!

. . . . . .

X.

UNA TERTULIA EN CASA DE ROSSINI.

Todavía me rio cada vez que me acuerdo; pero hago mal en deciros que me rio del caso, pues con esto sobra y basta para que os dispongais á escucharme con la cara mas seria del mundo. ¡No importa! voy á referiros el caso: para mí es bastante original y de una virtud extremamente desopilativa; puede que yo me equivoque, pero esa es mi opinion, y puesto que tantas ocasiones me he reido yo solito, justo será que me acompañe el lector ahora.

Allá va.

Rossini. . . . Rossini que á sus anchuras se recrea en su delicioso *far niente*[1] entre las flores de su querida *villa*[2]; Rossini, el mas hermoso ingenio de nuestra época; el Lúculo de los tiempos modernos, goloso como Horacio y perezoso como un *lazzarone*, lleva, allá metido en su *palazzo*, la vida mas deliciosa que puede idear la ambicion de criatura viva, durmiendo bien, comiendo bien, bebiendo mejor y meciéndose entre dos comidas, al rumor de las alabanzas cuyo incienso se sube ligeramente á la cabeza como el vapor del opio, esa primera necesidad de los orientales.

1 Huelga, ocio.—2 *Villa*, casa de campo en Italia.

Rossini, el mas feliz de la tierra, durante las tres cuartas partes del dia, tiene sus dos ó tres horas en que pasa al estado de un animal curioso. Durante estos ratos de hastío en que el inmortal autor de Moisés expia su gloria y su dicha, hecho presa de los visitadores que le miran de frente, de costado y por todas partes, el pobre Rossini hace con su propio individuo el mismísimo oficio de los que cuidan los elefantes; pues el desdichado responde á todas las preguntas, contenta todas las exigencias, y cuando el majadero que molesta con indagaciones imprudentes aquella *notabilidad* es de una clase que le hace acreedor á consideraciones particulares, Rossini se pone al piano, y compone ó escucha música.

Entre los nobles fatuos de que el gran maestro es todos los dias víctima, no deja de haber cabezas redondas como una bola, y os ruego que creais que el ilustre Rossini no deja de desquitarse con esos preciosos huéspedes de las impertinencias que se ve precisado á aguantar á los demás.

Lord T...., el mas resuelto *turista*[1] de Inglaterra, sugeto muy bien hablado, amable millonario, aficionado distinguido de las *romanzas*[2] de Monpou[3], ha escrito en su libro de memoria los apuntes de una tertulia que tuvo toda una noche en la casa del cisne de Pezzaro, en su propio palacio, en compañía de lo mejorcito de los viajeros de distincion.

Rossini habia comido bien y estaba de bellísimo humor: sentóse al piano, cantó su aria del Barbero, que es su *caballo de batalla*, y hasta habria bailado como Lablache, en el Matrimonio Secreto, por dar gusto á las hermosas forasteras que allí se hallaban, pues conviene saber que la manía de correr cortes se ha comunicado tambien á las mujeres.

Lord T...., alentado por tan felices disposiciones, presentó una *romanza* de M. Monpou, cuyo canto habia hecho copiar en su *álbum* de viaje, pero quizá el señor Rossini tendria la bondad de suplir con su ingenio el acompañamiento que faltaba.

El cisne de Pezzaro se inclinó afablemente: hubiera sido capaz hasta de hacer de nuevo la *romanza* y quizá nada hubiera salido perdiendo la letra.

Lord T.... se sonó como cualquier ganapan, tosió ceremoniosamente, se pasó la mano por el cuello, y se quejó de estar desentonado; luego, al tiempo de comenzar pidió al maestro un retornelo[1] algo bajo para que pudiese él tomar resuello entre las coplas, atento á que habia al fin de la *romanza* un pasaje escrito demasiado alto para su voz.

Rossini al punto modulò un retornelo que dejó arrobado de satisfaccion á todo el auditorio y que dió mucho ánimo al noble aficionado: pero el desdichado lord no era bastante músico para echar de ver hasta dónde alcanzaba aquella sabia modulacion que traidoramente habia trasportado á un tono mas alto la melodía.

El pobre cantor que atribuia el trabajo de su voz á la emocion, hizo esfuerzos in-

1 *Turista*, el que es aficionado á recorrer paises: viajante.
2 Composicion musicoscénica arreglada para piano, harpa, etc.—M. L.
3 *Monpa*.

1 Repeticion de la primera parte de una aria, copla, etc.

creibles por alcanzar las notas altas de los pasajes que temia, y es tal la fuerza de la confianza, que acometió, sin mucha desventaja, unas notas que habria creido imposibles para su pulmon si hubiera conocido la supercheria de que era víctima.

—¡Bravo! exclamó el maestro riendo con todas sus ganas.

—Ahora, el retornelo, dijo el cantor medio ahogándose con los esfuerzos que habia hecho.

Rossini volvió á tomar una nueva serie de modulaciones y trasportó nuevamente la romanza á medio tono.

Lord T. . . . se veia en un aprieto; pero ¡estaba cantando en presencia de Rossini, en presencia del dios de la música! Hizo de tripas corazon y *gritó sus* pasajes difíciles echándose la cabeza sobre los hombros como los perros que dan serenatas á los porteros desatentos.

—¡Bravísimo! exclamó el varon insigne riendo desaforadamente; Duprez no lo haria mejor, se lo aseguro á usted.

—¡El retornelo! dijo el inglés jadeando, y queriendo á tope en lo que topare salir con lucimiento de su fatal empeño.

Nuevas modulaciones que levantaron por la última la totalidad del trozo, pero en términos imposibles para el mismo Duprez.

Lord T. . ., exasperado contra las dificultades que no comprendia, se arrojó á ojos cerrados en medio del peligro; pero ¡ay! los medios del hombre tienen límites y los de un aficionado no alcanzan á lo imposible. Cuando el cantor llegó por tercera vez al fatal pasaje que se elevaba por momentos como se eleva el horizonte ante nuestra vista, dejó oir un aullido espantoso que fué la señal de numerosas carcajadas.

—¡Valiente guerrero, pero desgraciado! dijo Rossini enjugándose las lágrimas como los demás. . . Milor, prosiguió levantándose, esa romanza lo honra á usted mucho en mi concepto: mucho tiempo hace que el *signor* Monpou no me habia dado un rato tan divertido. . . .

STEPHEN DE LA MADELEINE.

GLOBOS AEROSTATICOS.

Ahora que el gusto por los viajes aéreos se propaga tanto en Europa, he pensado, señoritas, que cuando todas las inteligencias europeas se ocupan en examinar y estudiar los medios que se pretenden ser seguros para dirigir en el espacio la poblacion de un hemisferio hácia otro, para formar una inmensa union de pueblos y de planetas, he pensado, digo, que no podia dispensarme de dar á ustedes una noticia interesante sobre lo histórico de los globos aerostáticos, este ramo de la ciencia física que hace tan rápidos progresos y que promete tomar una extension tan grande.

Desde la mas remota antigüedad los hombres, nunca satisfechos con los tesoros que la madre naturaleza ofrece á su vista, han querido penetrar sus secretos mas ocultos procurando viajar por los aires.

La primera ascension es sin disputa la que acometió Dédalo y su desdichado hijo Icaro cuando se escaparon del laberinto que aquel habia fabricado para Minos en la isla de Creta. Dícese de este Dédalo que era tan ingenioso que hacia

estatuas de movimiento. La Fábula nos refiere que las alas de que se sirvió eran de cera, mas la comun opinion es que eran velas de navío lo que empleó para su vuelo. Citan tambien los antiguos á un filósofo de la escuela de Platon, que hizo volar á una paloma de madera.

En 1670 el padre Lana, jesuita de Brescia, propuso un plan impracticable á causa de sus inmensas proporciones. El padre José Galiano, dominico, publicó en 1755 una obra intitulada: "Arte de navegar en los aires ó diversion física y geométrica, precedido de una memoria sobre la naturaleza y la formacion del granizo," la cual es de una dimension mas gigantesca que el otro plan, pues el padre Galiano no propone menos de un cubo de un millon de toesas y un peso de cincuenta y ocho millones de quintales para la máquina, los viajeros y su carga, lo que seria cincuenta y cuatro veces mas pesado que la arca de Noé con todos los animales que encerraba y los víveres que contenia para un año, tiempo que duró el diluvio.

Varios otros medios para elevarse á los aires, tan impracticables como estos, fueron presentándose en diversas épocas; pero no fué sino hasta fines del siglo último, cuando las nubes llegaron á ser accesibles á los humanos, merced á la invencion de los señores Mongolfier[1] que imaginaron los globos. La primera ascension en globo fué ejecutada por José Mongolfier el 6 de junio de 1783, en Annonay[2]. Imagínense ustedes, señoritas, cuál no debió de ser la sorpresa de la multitud que los rodeaba cuando se vió elevarse por los aires aquella tremenda máquina. Llegó á su apogeo la admiracion y no habia quien no temblara por la vida del atrevido viajero, que era el único que nada temia: sostúvose él durante diez minutos, pero como estaban unidas las diversas piezas del globo con botones y se escapaba el gas por los intersticios ó huecos que dejaba, José Mongolfier se vió precisado á bajar, quedando siempre consumada con esto la ascension y no faltando ya mas que perfeccionar el instrumento.

Ahora, señoritas, voy á dar á ustedes unos pormenores interesantes sobre la construccion de los globos aerostáticos ó *montgolfieros*.

El globo no viene á ser otra cosa sino una vasta esfera que se llena de gas hidrógeno[3]. La esfera está rodeada de una redecilla la cual sirve para sostener la canastilla que queda en la parte de abajo y en la que se coloca el aeronauta. El forro ó cubierta del globo puede hacerse de tela pintada, de papel untado de cola ó aun de papel corriente, de tafetan barnizado ó de *bodruche* ó película de tripa de buey; pero deben preferirse las pieles ó membranas de animales por tener un tejido mucho mas tupido que nuestras mas finas telas. Dánse á esta cubierta tres manos de barniz. La redecilla que ciñe al globo fué en un principio hecha con cuerdas, pero como en breve se advirtiera que podia rayar el barniz ó cortar el tafetan, hízose despues con cinta de hilo de Ruan. La canastilla queda debajo del globo y cada punta de los hilos de la redecilla se ata á ella. Al tiempo de henchir el globo se le acomoda un tubo de cuero, cuya otra extremidad corresponde con uno de los receptáculos subterráneos que alimentan nuestras tiendas y de que están surcadas las calles de las ciudades grandes, lo que es motivo de grandes trabajos para los aeronautas cuando ejecutan ascensiones en ciudades privadas de fábricas, pues entonces se ven obligados á conducir su gas en toneles ó hacer como el desgraciado *Gale*[4] que en su ascension en Asnières[5] tu-

1 *Mongolfié.*—2 *Annoné.*

1 Aire inflamable.—2 *Gaz.*—3 *Asnière.*

vo que hacer henchir su globo en Paris, subir en su canastilla y hacerse trasportar así á aquel lugar por hombres que detenian con cables el globo para impedir que se elevase.

Ahora que ya conocemos lo que es el globo y como se construye, digamos algo sobre los paracaidas; pues no basta con que se eleve uno por los aires y suba hasta las regiones de las nubes, sino que tambien es necesario tener medio de bajar sin peligro á nuestra tierra el paracaidas ha sido inventado para proteger el regreso de los atrevidos navegantes aéreos.

Este instrumento, como bien lo indica su nombre, ha sido inventado con el fin de precaver los accidentes de una caida demasiado rápida. El paracaidas es un gran pedazo de tela dispuesto en forma de segmento de esfera por medio de varillas de cada varilla pende una cuerda que suspende á una góndola ó canastilla dentro de la cual se coloca el hombre ó animal cuyo descenso se quiera retardar. En una palabra, es uno como paraguas muy grande con una cuerda atada de cada ballena. Al caer, el segmento de tela sintiendo resistencia por la masa de aire que atraviesa, se desenvuelve; lo grande de la superficie que presenta aumenta la resistencia que le opone el aire y retarda por esta razon el objeto suspendido. M. Blanchard, célebre aeronauta, fué el primero que hizo uso de los paracaidas y los adoptó á sus globos para preservarse de los accidentes que hubieran podido sobrevenir á consecuencia de una ascension. El primer ensayo que de él hizo abandonando su globo para dejarse caer á tierra, no le dió un buen éxito, pues se rompió una pierna en Baile; pero los animales que soltó en la propia máquina bajaron sin el menor detrimento.

De entonces acá muchos experimentos de bajadas en paracaidas han sido coronadas del mejor éxito. Sin embargo, esta manera de descender no se usa ya hoy sino muy poco.

Una observacion esencial en la construccion del paracaidas es el darle un desarrollo proporcionado al peso suspendido á su extremidad inferior y de hacer uso de ataderos bastante fuertes para que sin peligro sostengan su peso.

Dos personas han reclamado la invencion de este útil aparato, á saber M. José Mongolfier, quien hizo en marzo de 1784 un ensayo de él en Aviñon, con M. de Brante [1], haciendo llover sobre esta ciudad una nube de carneros, y M. Lenormand [2], quien en un paracaidas de catorce piés [3] de diámetro y seis piés (ó tercias) de alto ejecutó en el Languedoc unos ensayos que le salieron muy bien en diciembre de 1783.

Las primeras experiencias que para elevar los globos se hicieron, no se hicieron con el gas hidrógeno, como hoy se practica, sino con aire enrarecido por el efecto del calor. Para henchir el globo se ponia debajo de él un hornillo encendido en el cual se quemaba paja seca y lana machacada, lo que producia el vapor destinado á elevar el globo. El navegante llevaba consigo cierta cantidad de estas materias y tenia en su canastilla un hornillo encendido en que de cuando en cuando arrojaba de estos combustibles para llenar de nuevo el globo cuando el aire enrarecido se escapaba.

Este método era, como se advierte, sumamente peligroso, pues el globo, hecho de materias muy ligeras, á cada momento corria riesgo de inflamarse.

En el dia casi nunca se usa del paracaidas. Por medio de un barómetro [4] de que tiene uno cuidado de proveerse, el aeronauta ve por lo bajo de la columna de mercurio la altura á que se encuentra; y

1 *Brant.*—2 *Lenormand.*—3 Cuatro varas dos tercias.
4 Instrumento para conocer la pesadez del aire.

cuando quiere bajar, hace salir el gas en cantidad suficiente para suspender la marcha ascendente; y entonces viniendo á ser el peso del globo un poco mayor que el gas que contiene, hace su descenso suavemente, luego tira su lastre, desprendiendo gas á medida que se desprende de aquel. Llegado á tierra, echa su ancla sobre algun árbol grande para detener el globo, el que aliviado ya de su carga tiende á subir con fuerza.

Los primeros aeronautas son: José Montgolfier, Pilatre des Rosiers, quienes ascendieron en Paris; Jiraut de Villette, en Lion; Andriani, en Milan; Blanchard, Garnerin, etc., etc.; y en nuestros dias: el infortunado Gale, que acaba de perecer tan desgraciadamente en Burdeos; Godart [1], Green [2], Merle [3] y Poitevin que se ha hecho notable por lo atrevido de sus ascensiones.

Como lo ven ustedes, señoritas, los hombres han logrado al fin subir á la region de esas nubes ¡que veinte generaciones habian considerado como el imperio de las águilas y los condores! ¡El hombre ha llegado á conquistar el espacio! ¿Adónde se detendrán sus conquistas!.... Esto prueba que solamente Dios es superior al poder del hombre y que llegue hasta donde llegare nunca verá su apogeo.

Despues de la invencion de los globos propusiéronse mil medios para dirigirlos contra los vientos, tales como remos, velas, aspas de molinos y diversas mecánicas. Aun se ha ideado poner en la canastilla algunas piezas de artillería cuyo retroceso hiciera desviar el globo; pero no habiéndose todavía logrado nada, está por resolver el problema.

Ultimamente hemos visto al honorable M. Petin [1] enseñar en el Palais national [2] un aparato muy ingenioso para dirigir los globos con el cual hacia todos los dias ensayos en pequeño delante de los espectadores, á quienes exponia su sistema, sistema que desgraciadamente es demasiado costoso para que sea puesto en ejecucion.

Dícese que en España este problema tan arduo ha sido al fin resuelto por el señor Montemayor, quien está para embarcarse en Madrid con destino á Londres para recibir la *prima* [3] prometida por el gobierno inglés al que descubra el medio de dirigir los globos contra las corrientes. Debe atravesar la Francia y la España pasando por encima de los Pirineos y la Mancha.

Animo y buen éxito á este innovador aéreo.

Confiemos en que merced al señor Montemayor, ustedes, señoritas, podrán como unas blancas palomas echar sus paseos por los aires, ver á vuelo de ave la China, el Brasil y la Europa.

FÉLIX DURONT.
(Traducido para la Semana.)

1 *Godar.*—2 *Grin.*—3 *Merl.*

1 *Petin.*—2 *Palé* nacional (Palacio nacional).
3 *Prime (prim.)*: la cantidad prometida por premio.—M. L.

LA BRUJA Y EL JUEZ.

Una vieja fué conducida ante el eminente magistrado inglés lord Mansfield como hechicera, y entre otros cargos ridículos hiciéronle el de caminar por el aire. Escuchó friamente la acusacion y las pruebas y luego absolvió á la acusada diciendo:

—Mi opinion es que á esta buena mujer se le deje ir en paz á su casa, dejándola que lo haga andando por la tierra ó por el aire, como mas sea de su agrado, pues no hay nada que sea contrario á las leyes de Inglaterra en ninguno de ambos modos de andar.

MISCELANEA.

RAICES BULBOSAS.

Para proteger la florescencia de las raíces bulbosas, tómense tres onzas de nitro, una onza de sal, media onza de potasa, media onza de azúcar y disuélvase en un cuartillo de agua llovia. Téngánse las vasijas cerca de la lumbre y cámbiese el agua todos los dias, poniéndole cada vez que se cumbie cosa de media cucharadita de la mixtura dicha.

EL ARTE DE VIVIR COMPLACIDO.

Las penas y los placeres de este mundo dependen principalmente del ánimo con que se ejecutan nuestras obras; de suerte que la accion, el entretenimiento que nos sea mas grato, luego que nos ocurre considerarle como un mal se nos vuelve un tormento. Nuestros deberes rara vez nos serian repugnantes si no nos encaprichásemos en verlos como tales.

GALANTERIA.

La aspereza del doctor Parr, hombre de letras distinguido entre los ingleses, solia ser extremada con las señoras. A una dama que se habia atrevido á contradecirle con mas acaloramiento que razones y que despues se excusó diciendo que "era priviligio de las mujeres el hablar disparates."

—No, señora, replicó, no es su privilegio, sino su enfermedad. Los ánades caminarian si pudieran, ¡pero solo les permite la naturaleza el que anadeen!

LA LUNA.

Así como este orbe deriva su luz del sol, y refleja una porcion de ella sobre la tierra, así la tierra hace lo mismo respecto de la LUNA, y esa luz que la tierra refleja sobre el lado oscuro de la LUNA puede percibirse distintamente por medio de un telescopio comun de tres á seis ó ocho dias despues del cambio. Que este planeta está tambien poblado de criaturas sensibles é inteligentes, hay sobradas razones para creerlo por la consideracion del paisaje sublime que adorna su superficie y es sumamente probable que se lleguen á alcanzar pruebas directas de que está poblada la LUNA cuando todas las variedades de su faz se hayan examinado mas prolijamente.—DICK. El filósofo cristiano.

LA INFANCIA.

La infancia es como un espejo que recoge y refleja las imágenes que están á su derredor. Téngase presente que un pensamiento profano ó impio proferido por un padre de familia puede obrar en el tierno corazon como una rociada de agua que descuidadamente se echa sobre acero bruñido, manchándole con una herrumbre que ninguna cosa puede limpiar.

ENIGMA.

Todos dicen que soy vario,
Llámanme tardo y ligero,
Y que al pobre, al caballero
Robo como gran corsario,
Siendo un viejo pesijero

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

SHADOW.—LA SOMBRA.

LA NOVENA DE LA CANDELARIA.

POR CARLOS NODIER

II.

He dicho que la extraña ilusion que llenaba toda mi vida, que absorbia todos mis pensamientos desde la noche de la Candelaria habia venido á ser para mí equivalente á las verdades mas positivas. El resultado de mis pesquisas le habia dado una verisimilitud suma. El concurso inesperado de los proyectos de mi padre con la época y las circunstancias de mi sueño, le hacia salir de la esfera de los sueños comunes. Ya no era un sueño, una revelacion era: el mismo Dios compadecido de la sumision de mis plegarias me habia elegido la esposa que yo traté de buscar. Esta idea aumentaba mi dicha con toda la seguridad de que necesita la dicha pasajera de los hombres para ser realmente algo. Dispuesto yo por carácter á recibir fácilmente la impresion de lo maravilloso, abandonéme sin resistencia á aquella idea. Los corazones como el mio no tendrán trabajo en comprenderme.

Apechugué por la vez primera con el pensamiento de una ventura cuya serenidad nada parecia deber de turbar. volaba yo hácia Cecilia con toda la confianza, con todo el abandono de mi corazon, y por efecto de un singular encuentro que me parecia dispuesto adrede para mí, el fin de aquel grato invierno habia tomado de pronto las gracias y hasta el atavio de la primavera. La escarcha habia desaparecido de la base de la cima de las montañas, un aire tibio y aromático circulaba por entre las ramas siempre verdes de los pinos, los renuevos precoces de los otros árboles comenzaban á teñirse de esos matices de un rojo bermejo con que se afeitan los retoños impacientes por brotar, y una multitud de florecillas extrañas en la estacion aquella, esmaltaban la yerba como una sementera de perlas. No estábamos sino á fines de enero, y sobrecogióme un extraño pasmo cuando noté que el dia de la boda de Clara era cabalmente el dia de la Candelaria. Llegué á buen tiempo para hallarme á la celebracion: un gozo modesto y religioso, sin mezcla de inquietud alguna, llenaba los ánimos todos, la fisonomía de los novios expresaba un contento perfecto, pero celestial, pues era sereno y contemplativo. El mancebo era bien parecido, estaba lleno de ternura y obsequioso, y serio con todo; de suerte que se le hubiera tomado antes que por el venturoso novio del dia anterior, por un ángel enviado por el Señor para presenciar el matrimonio de una cristiana. Concluida la ceremonia, llegueme á mi prima y díjele muy quedito, llevando á los labios mi mano:

—Me complazco en creer, amiguita, que ese esposo es el que te fué anunciado en la velada de la Candelaria.

Clara levantó la vista hácia mí poniéndo

dose colorada, con una mirada que parecia significar:

—¿Cómo lo sabes?...

Y luego me contestó apretándome la mano:

—No me hubiera yo desposado con ningun otro.

¡Oh! no, sin duda, pues ella sabia bien que aquel destino de su vida, Dios era el que se le habia deparado. Sentíme agitado de una ternura deliciosa é imposible de ser descrita al considerar que á mí tambien me aguardaba una felicidad semejante.

Mientras que las fiestas del casamiento de Clara me detenian en el bosque de Arcy algun tiempo mas del que yo hubiera apetecido, mi excelente padre habia dado aviso al coronel Savernier de mi visita, de la cual este, curioso de conocerme desde luego, no habia querido decir nada á Cecilia. Cuando hube presentado al coronel mi carta, contentóse con mirarla y sonreirse, y vinieándose á mí con los brazos abiertos:

—No necesito, me dijo con tierna cordialidad, de preguntar por tu nombre: eres tan parecido al amigo de mi juventud, que me parece verle aun cuando todas las mañanas llamaban á uno de nosotros junto al otro. Solo que eres un poco mas grande. Sé bien venido como un amigo, como un hijo, si tu corazon logra darse á entender, como lo espero, del de mi Cecilia. Y por ahora siéntate y descansa mientras que leo la carta de tu padre y te considero mas á mis anchuras.

La amabilidad de este recibimiento me hizo asomar á los párpados algunas dulces lágrimas que procuré reprimir derramando la vista por el interior del aposento: un sombrero de paja, guarnecido con un hermoso liston azul celeste, estaba colgado de un clavo; era de Cecilia. Habia una harpa en uno de los ángulos del salon; era de Cecilia. Una bolsa de mallas de acero habia sido abandonada con descuido encima de un sitial inmediato al mio, y distinguia yo fácilmente en él la cifra claveteada que me habia sorprendido la noche de la vision; era la cifra de Cecilia.

¡Y si despues de todo no habia sido Cecilia!... Esta especie que antes no me habia ocurrido sorprendió mi ánimo y me heló de terror. Encontrábame yo empeñado de la manera mas sagrada, mas irrevocable, por virtud de los deseos que yo manifestaba á mi padre, por el paso que daba con M. Savernier, y mi ciega precipitacion no conducirian tal vez mas que á separarme para siempre de la esposa que me estaba prometida. Mortal calofrío corria por mis miembros cuando alcancé á ver léjos de mí un retrato de una mujer jóven tocada la cabeza con un sombrero de paja: recogí todas mis fuerzas para llegarme de prisa adonde estuve, persuadido de que aun la torpeza de un pintor de villorrio no habria logrado disimularme del todo las facciones que tan bien grabadas tenia yo en mi pecho. Llegué, quedéme petrificado de despecho: un rayo caido sobre mi cabeza no me habria herido mas cruelmente. Era el retrato de una mujer preciosa, cuyn fisonomía tenia alguna semejanza con la de mi Cecilia imaginaria. No era ella.

Flaqueábanme las piernas, cuando el brazo de M. Savernier que me ceñia el cuerpo, me sostuvo.

—¡Ay! me dijo enjugándose una lágrima, ¡no verás nunca viva á esa! ¡es Lidy, mi bella y amable Lidy! ¡la madre de nuestra Cecilia! ¡Ojalá nunca pruebes tú, como yo, el horrible dolor de sobrevivir á la pérdida del objeto que amas!...

Volvíme hácia él, reclinéme contra su seno y regué con mis lágrimas sus mejillas, pero sin descubrir en medio de mi trastornado espíritu, si aquel llanto era efecto de mi enternecimiento ó de mi alegría. No habia ya nada que desmintiese mis esperanzas, nada habia ya que no pareciese confirmarlas. Mi terror se desvaneció.

—Sí, tú serás mi hijo, repuso M. Savernier con el acento de una resolucion solemne, ¡tú serás mi hijo, pues eres sensible! Tú serás el esposo de Cecilia, si consiente ella. Y ¿por qué no habia de consentir? añadió mirándome con complacencia y volviendo á abrazarme. Todavía no habia echado de ver que fueras tan buen mozo. Platiquemos ahora, prosiguió haciéndome sentar á su lado y tomándome una de mis manos. El bien parecer no permitiria que te alojaras en mi casa, pero en ella nos veremos todos los dias durante el tiempo que tienes que pasar en Monbeliar antes de volver á continuar tus estudios. La grata intimidad que debe preceder á un vínculo serio é inviolable se establecerá por sí misma. Es menester no proceder de ligero en los negocios que afectan la vida entera y la eternidad. Esa época de probacion tiene por otra parte un hechizo que aun en tiempos de ventura solemos echar menos, y me imagino que no habrá dejado de advertírtelo como yo: y luego estas probaciones no son ni largas ni rigorosas, pues los ancianos tienen mejores razones todavía que los mozos para apresurarse á ser felices. Yo te digo todo esto como si no me cupiera duda sobre el consentimiento recíproco entre mi hija y tú, y no permita Dios que me engañe. Pero yo me veo autorizado para hablarte así por las comunicaciones que tu padre me ha dirigido, y por las cuales advierto con mucha admiracion que tú amas ya á mi Cecilia. Lo que hay de mas extraño, si es dable, es que su candoroso corazon que nunca me ha ocultado nada, se siente arrebatado hácia tí de la misma inclinacion, aunque nunca se hayan visto ustedes... á menos sin embargo que mi vigilancia haya sido burlada por alguno de esos artificios que la juventud practica por instinto y que olvida la vejez. ¡Ah! ¡te lo declaro! este es un punto sobre el cual deseo con ardor explicaciones, y mi buena y franca amistad para contigo me hacen merecedor á ellas.....

Mirábame el coronel de hito en hito, y la turbacion en que me ponia su pregunta no podia escapársele. Bajé los ojos, titubeé, busqué respuesta y no hallé ninguna.

—Juro por mi honor, caballero, respondí al cabo, que yo no he visto nunca á Cecilia, que nunca he visto su retrato, y que jamás he tenido la osadía de escribirle, que su nombre apenas hacia dos dias que le sabia cuando le profirió en mi presencia mi padre. Sin embargo, la amo desde hace cerca de un año, ¡la amo para toda mi vida! ¡La amo mas aun de lo que me creia capaz de amarla, desde el momento que usted se ha dignado darme á saber que nuestras almas se habian entendido! ¡Esta es la pura verdad, señor! ¡Lo demás es para mí un misterio incomprensible!

—Incomprensible en efecto, repuso M. Savernier con aspecto meditabundo, completamente incomprensible; pues entiendo que tú no mentirás!.... ¡Y sin embargo!...

—Y sin embargo, nada he disimulado á usted: pongo por testigo á esa potencia desconocida que me ha deparado tantas felicidades y que ha sembrado en mi seno el amor cuyo premio vengo á solicitar de usted. ¿No hay por ventura ejemplares de esas simpatías que se apoderan de nosotros sin que lo advirtamos y que nos arrastran con toda la vehemencia de la pasion? La Providencia que vela por la felicidad venidera de las familias, ¿no ha preparado nunca acaso, en el tesoro de sus mercedes, correspondencias semejantes?

Lo que ha hecho por todos los demás seres criados ¿nunca lo ha hecho acaso para el hombre? Lo que yo ignoro profundamente y es sin embargo lo que me importa creer, es que no tengo otra ninguna explicacion que dar á usted.

—¡Bueno! ¡bueno! repuso el coronel. ¡Quién no creyera que se han puesto de acuerdo! ¿No seria menester creer ahora que se han visto y amado en sueños? Si llega á volgarizarse el secreto de este género de citas, ¿de qué servirá la vigilancia de los padres? La desafio á que se ponga á impedirlo. En fin, ¿qué importa, añadió, con tal que ustedes se amen, pues no apetezco otra cosa? Esto es lo que tenemos en breve de saber todos de una manera mas positiva, pues vas á comer con Cecilia . . . mañana.

—¡Mañana! exclamé.

Y no tardé en arrepentirme de este indiscreto desahogo; pero yo me habia lisonjeado de verla mas presto.

—Mañana, dijo él sonriéndose. No es tan presto como tú quieras; pero no es tan dilatado plazo que te cause una verdadera afliccion. Ese mañana tan temible para los amantes no es la eternidad sino para los finados. No habia yo querido avisar á Cecilia tu llegada: habiome reservado el placer de descubrir en la primera vista de ustedes, cuando ya me fueras conocido un poco, lo que hay de real en la simpatía de ustedes, y presentándose la ocasion de tener á mi hija ausente cuando yo te esperaba, me apresuré á aprovecharme de ella con mucho gusto. Una crecida familia católica del país en la que Cecilia cuenta con seis amigas por lo menos, hermanas todas, solemniza hoy el cumpleaños de una buena abuela que es mi vieja amiga. Como los largos retiros de la Candelaria se han concluido, y el tiempo que falta de aquí á la cuaresma está por un uso inmemorial consagrado á diversiones mas ó menos inocentes, pero que no veda la religion, se bailará, habrá regodeos, disfraces y aun creo que mascaradas. No te asustes, muchacho: el programa de la fiesta no admite sino á las mujeres, y ningun hombre tendrá cabida, sea marido, padre ó hermano, antes de la hora en que conviene que las mansas ovejas vuelvan al redil. Entre tanto, vamos á comer, pues ya nos llama Dorotea.

Nuestra pequeña comida fué tan agradable y alegre cuanto podia serlo sin Cecilia, pues M. Savernier era de un genio cordial y festivo, como la mayor parte de los hombres de cierta edad cuya vida ha sido buena y honrada. Ya que estábamos para levantarnos de la mesa:

—¿Sabes, díjome de pronto, que me ocurre un pensamiento que te dará mucho gusto probablemente, pues tu impaciencia se ha descubierto poco ha por medio de un movimiento que no me ha engañado? Procuremos siquiera entretenerla hasta mañana, pues que mañana te parece lejano, y mira cómo. Me parece que te habrás tranquilizado acerca de las personas que componen la tertulia en que hoy se halla mi hija, ofreciéndote que solamente se admiten á ella á los parientes, y esto es la pura verdad; pero no es tan rigorosa esta regla que no pueda yo quebrantarla en tu favor. Entraré yo solo primero y con cuatro palabras dejaré allanadas todas las dificultades. Un criado, apostado de antemano, esperará que yo le haga la señal convenida para introducirse, y serás recibido, sin mas explicacion, como amigo de la casa. Convenimos en que hagamos nuestro papel con toda la destreza que podamos, y que cuidaremos de dar á entender que somos extraños uno á otro. De esta suerte podré apreciar lo que hay de verdadero en esas maravillosas simpatías de que poco hace me hablabas; pues nada te impedirá ya que no de ver á Cecilia, de hablarle con libertad, y espero que no te costará mucho trabajo el conocerla bajo el disfraz de novia de Monbeliar.

—¿Está disfrazada de novia de Monbeliar, dijo usted? ¡De novia de Monbeliar! ¡seria posible!

—¡Bien, sí! de novia de Monbeliar; prosiguió sin hacer caso de mi agitacion, cuyo motivo no sospechaba. Eso es de buen agüero, ¿no es verdad? Es un traje tan gracioso y tan del gusto de las jóvenes, que mas de una de sus compañeras podria haberle elegido como ella: si así fuere, podrás distinguirla entre las demás por un ramito de mirto separado de un ramillete que ha tenido el antojo de atar sobre su seno y por el cual yo tambien debo conocerla.

Esta segunda circunstancia que me traia á la memoria tan vivamente una de las particularidades de mi sueño, me causó una nueva emocion; pero logré ese-creárme de ella, y no respondí á la propuesta de M. Savernier sino con las manifestaciones de la mas tierna gratitud. Una hora después ya estaba ejecutado su proyecto en todos sus puntos, y hallábame yo al lado de Cecilia. Fácilmente la distinguí en los indicios que me habia dado su padre. Aun me pareció que sin ellos la hubiera conocido. Ella por su parte habia manifestado alguna perturbacion al llegarme yo, y cuando hube obtenido permiso de tomar un lugar que habia quedado desocupado junto á ella, creí advertirle que temblaba.

—Disimule usted, le dije, una temeridad que la máscara y el disfraz explican á lo menos un poco. Como extraño que aquí soy, tal vez incomodo á usted con la compañía de un desconocido; y mucho dudo que mis facciones le traigan á usted á la memoria uno de esos recuerdos que dan materia á las maliciosas pláticas de un baile de máscaras.

—No comprendo yo ese género de placer, contestó ella, ni tampoco imagino circunstancia ninguna que pudiera inspirarme el capricho de disfrutar de él. En todo caso, usted no tendria que temer de mi parte esas pequeñas contrariedades con que se entretienen aquí todos, y que á lo que parece los divierten; pues en efecto no creo haber tenido nunca la honra de ver á usted.

—¿Nunca de veras? . . . dijele.

—Nunca, interrumpió con una risa forzada, si no es quizá en sueños, y puede usted creerlo como se lo digo, pues soy incapaz de fingir; ni siquiera he pensado en mudar la voz.

Era su voz en efecto, la voz aquella que yo habia oido hacia un año, pero que no habia cesado de resonar en mi corazon.

—Permítame usted entonces, repliqué con calor, que busque entre nosotros algun punto de contacto que pueda suplir por la grata confianza de un conocimiento previo: mi nombre, ó mas bien el de mi padre ha debido ser proferido mas de una vez delante de usted por el suyo, y yo no ignoro que la hija de M. Savernier es la persona con quien hablo. ¿Mi nombre seria tan desventurado que no despertase en el alma de usted ninguna especie de simpatía? Me llamo Máximo. . . .

Y apenas habia yo pronunciado dos sílabas mas, se estremeció mirándome con unos ojos en que parecia expresarse una mezcla de enternecimiento y terror.

—¡Sí, sí! exclamó con inmutado acento, bien conozco el nombre de usted. Es muy grato á mi padre. . . . . y á mí tambien. . . . porque nos recuerdan lo que no se borra nunca de un corazon honrado, ¡la gratitud! . . . Con que es verdad, prosiguió Cecilia hablando consigo como si hubiera de repente olvidado mi presencia, pero de manera que no dejaba escapárse-

me ni una de sus palabras.... ¡No era una ilusion! todo se ha cumplido hasta aquí, todo se cumplirá sin duda.... ¡Hágase la voluntad de Dios!

Y entregóse á un lúgubre abatimiento, que pareció aniquilar todas sus fuerzas.

Una de sus manos casi tocaba mi mano. Apoderéme de aquella sin mamá sin que ella hiciese el menor esfuerzo por retirármela. Solamente se me quedó mirando con mas atencion.

—¡El es! dijo.

—¡Oh! mi vista no debe causar á usted ningun sobresalto, repuse estrechando con las mias sus manos. El afecto que me ha traido hácia usted es puro, tanto como el corazon de usted, y cuenta con la aprobacion de un padre que solo piense en que sea usted feliz. Usted es libre, Cecilia, y nuestra suerte futura de nadie mas que de usted depende.

—Nuestra suerte futura tan solo de Dios depende, respondió inclinando la cabeza sobre el pecho con un suspiro profundo... Pero usted ha hablado de mi padre, sin duda le ha visto usted ya. El sabe que á estas horas de la noche me ataca desde hace algun tiempo un accidente inexplicable que me ahoga y me mata. ¡Tenia yo tantos deseos de precaverlo! ¡Cómo no ha venido mi padre!

Aunque el coronel me habia dicho de este accidente que no inspiraba temor alguno, la expresion de congoja que acompañaba aquellas palabras me heló la sangre. El padre de Cecilia se habia parado delante de nosotros en el momento que ella parecia buscarle por la sala con una mirada inquieta. Admiréme de que no le hubiese ella visto.

—Aquí me tienes á tu lado, dijo él ciñéndola con un brazo que la sostuvo, pues ella iba á desmayarse.

Apoyóse la jóven en su seno y pasó así uno de esos instantes de angustia que son tan largos para el dolor. Una de sus manos, que yo no habia soltado, se habia primero encogido bajo mis dedos, habiéndose luego aflojado y enfriado, como si la hubiera invadido la muerte. Exhalé un grito de terror.

Habian acudido las amigas de Cecilia, y con los auxilios que le prestaban habian descompuesto su careta. ¡Ay! disipáronse todas mis dudas, pero una horrenda palidez cubria aquellas facciones tan gratas á mi memoria. Sentia yo tambien que la vida estaba á punto de escapárseme, cuando Cecilia respiró, levantó la cara y clavó sus ojos en las personas que la rodeaban.

—¡Ah! dijo, ya está: ya estoy mejor, estoy viva, ya no padezco. Dispénsenme todos, se los agradezco. Esta crísis nunca es larga, pero hubiera yo querido evitarles el susto. Ha necesario ó no haber vendido ó haberse ido antes. Y sin embargo, añadió medio volviéndose de mi lado, sin embargo me pesaria de no haber venido ó de haberme ido demasiado presto. Ya no quiero tener á ustedes distraidos de su diversion: el aire y el andar van á concluir de sanarme.

Partimos á poco, y M. Savernier, tranquilizado, me confió el brazo de su hija. Estaba ella junto á mí, al lado de mi corazon. Comunicaba yo libremente con su pensamiento; respiraba, yo su aliento; eran mios, exclusivamente mios y los disfrutaba yo, los diez minutos de vida completa y feliz que Dios me tenia reservados sobre la tierra, y gozábalos yo con delicia, pues ningun pesar alteraba su pureza. Cecilia no padecia ya, habíalo dicho ella misma, repetíalo á cada paso. Caminaba con ligereza y seguridad, representaba sentirse feliz; reíase al hablar del caprichoso mal, que no la atacaba mas que para asustarla por la incertidumbre y la rapidez de nuestros gustos. Su padre,

ciñéndola con un brazo, se felicitaba de verla tan buena y de poder atribuir el accidente pasajero que acababa de tener á la fatiga del baile ó á alguna emocion repentina cuyo misterio se rehusaba alegremente á penetrar. Era muy corto el espacio que teníamos que andar, y no atinaba yo á saber si me convenia desear que se prolongase sin fin para eternizar la felicidad pura que gustaba, ó que llegase mas breve su término para procurar mas presto á Cecilia el reposo que necesitaba. Llegamos: la mano de Cecilia se desasia ya de la mia, y no sé qué me anunciaba que seria muy larga aquella noche. Así de nuevo aquella mano que se me escapaba, y no me atreví á llevarla á mis labios; pero estrechéla quizá con mas amor y creo que la mano de Cecilia me correspondió.... Habíase abierto la puerta.

—¡Hasta mañana! dijo el coronel, ¡hasta mañana! Mañana, el mas hermoso dia de nuestra vida de nosotros todos si no salen fallidas mis esperanzas.... Pero ya ha pasado media noche; la hermosa mañana próxima debe de estar ya cerca de su segunda hora, y Cecilia necesita dormir mucho, pues su salud nos ha dado un poco de cuidado. A las cuatro de la tarde, prosiguió abrazándome, y para entonces estaremos los tres á la mesa, mientras sucede otra cosa. Muchas ocupaciones pueden acortarte el tiempo que falte para que volvamos á vernos: el sueño, el tocador y la esperanza.

Entráronse la puerta giró sobre sus goznes, y Cecilia con voz inmutada me dió una despedida que hoy todavía oigo.

El sueño que el coronel me habia prometido no me otorgó sus dulzuras, y aguardéle en balde hasta la salida del sol, en un insomnio desasosegado y calenturiento, cuyo sobresalto no sabia yo á qué atribuir. No vino mas tarde á sorprenderme sino para hacerme cambiar de suplicio. Veia yo siempre á Cecilia; pero veíala cual se me habia aparecido un momento, pálida, desmayada, cubierta la faz con las sombras de la muerte; ó si no, veíala inclinando á mi oido su cabeza velada con cabellos esparcidos y repitiéndome aquella despedida siniestra que poco antes me habia dirigido. Volvíame yo entonces hácia ella para detenerla, y no agarraban mas que un vano fantasma mis manos. A veces sentia yo en mi rostro como el soplo de una ave nocturna que pasa junto á uno volando, y me esforzaba por seguir con la vista el desconocido objeto de mis temores, percibia de nuevo á Cecilia que huia por los aires con alas de fuego, llamándome á que la siguiera.

—¿No vendrás? gritábame con un largo gemido. ¿Por qué me has dejado partir primero? ¿Qué será de mí en estos desiertos si no me acompaña alguien que me ame y me proteja?

—Ya estoy aquí, respondí yo por fin.

Y el ruido de mi voz me despertó.

Muy adelantado estaba ya el dia. Habíase prolongado aquella noche interminable con todas las horas de la mañana. Un domingo era: llamaban á la última misa en la capilla católica.

Ya mas de una vez me habia yo reprochado el no haber aun reconocido por medio de ningun testimonio de devocion el beneficio de mi protectora divina. Dime prisa á ir á la iglesia y á juntarme con el corto número de los fieles. Llegué á tiempo que el sacerdote iba subiendo al púlpito. Era el sacerdote un hombre de cabellos canos, y en su noble rostro se veia pintado un pesar profundo, templado por la resignacion y por la fe. Paróse un rato delante de mí, quedóseme mirando, como si le hubiera sorprendido la vista de un cristiano extraño á su ordinario auditorio, ó como si al punto de vernos le hubiera preocupado alguna impresion que le

representaba yo en su mente. Suspiró, pasó, subió al púlpito, empleó allí algunos minutos en un acto de adoracion á que me asocié con fervientes oraciones, recogióse y habló. Su arenga tenia por objeto las vanas esperanzas de los hombres que ponen su porvenir en las cosas de la tierra y que arreglan su vida sin contar con los decretos eternos de la Providencia. Deploraba la vana presuncion de la criatura, cuya débil inteligencia no puede alcanzar ni las causas ni los motivos de las cosas mas simples; que nada sabe de lo pasado, que nada sabe de lo futuro, que nada sabe de lo que atañe á sus únicos intereses verdaderos, los intereses de su alma inmortal y que se irrita hasta el despecho por unos miserables chascos de esta vida fugitiva, porque es incapaz de penetrar dentro de las mismas secretas de Dios.

—Y sin embargo, añadia él, ¿qué viene á ser esa vida que absorbe todos nuestros pensamientos, para que se de la menor importancia á sus mas serias vicisitudes? ¿Qué es la pobreza? ¿qué es la desgracia? ¿qué es la muerte? ¿que son estos sino unos imperceptibles accidentes de posicion y de forma en la inmensidad de los siglos que os pertenecen? Probaciones necesarias de una alma mal consolidada, ó condiciones irrevocables del órden universal, estos accidentes que indignan á vuestro orgullo y que destruyen vuestra confianza, deben tal vez concurrir, en el plan sublime de la creacion, al conjunto de su maravillosa armonía. Lo que es, es lo que debe ser, puesto que Dios lo ha permitido. No sabeis vosotros por qué lo ha permitido, ni tampoco podeis saberlo: pero lo que no sabeis vosotros, Dios lo sabe!...

El lenguaje del venerable sacerdote era nuevo para mí. Las meditaciones en que me habia sumergido de tal suerte absorbieron mis facultades, que apenas eché de ver mi soledad en medio del templo en el instante que el sacristan estaba apagando las últimas luces del santuario. Era la hora que me habia indicado el coronel, la hora con tanta impaciencia esperada, la hora tan lenta en llegar, la hora en que debia yo por fin ver á Cecilia.... á Cecilia de quien podia yo creerme amado, á Cecilia que yo adoraba.... Nombréla en alta voz como si ya hubiera podido oirme, y todas mis ideas, todas las inexplicables inquietudes que me tenian desde la víspera atormentado, desaparecieron con el sentimiento de mi felicidad. ¡Tan perfectamente me parecia saber que era mia, y que mia era para siempre!

La calle por donde yo iba y que el dia anterior habia yo visto cási desierta, estaba llena de gente. Al principio atribuí esta novedad, á la solemnidad del domingo; pero no pude alcanzar por qué aquella multitud que la huelga de un dia de fiesta debia tenerla en movimiento por todos lados, se estaba inmóvil ó se limitaba á formarse acá y acullá en silenciosos grupos. Como yo tenia prisa por llegar me abrí rápidamente paso por entre aquellas pequeñas reuniones, y no les cogia sino por acaso algunas palabras confusas sin ilacion la mayor parte.

—Una neurisma, decian unos, no se muere de aneurisma á esa edad.

—Uno se muere cuando le llega su hora, respondia el interlocutor.

Un poco mas lejos, un jóven que parecia tenerme envidia,

—Qué no diera yo por ser como ese forastero, decia: ¡siquiera no la conocia!

—A las dos y media, al salir del baile, decia mas allá llorando una jóven atavia-da y cubierta con su velo... ¡Bien decia ella que nunca seria novia!

Una luz horrible alumbró mi entendimiento. No estaba yo mas que á veinte pasos de la casa: corrí hasta llegar á ella... ¡Dios mio! ¡tantos años como han pasado

no han podido debilitar la impresion de aquel momento horrendo!

La puerta estaba vestida de blanco; en la calle de árboles habia un ataud vestido de blanco. Unos cirios le rodeaban.

—¿Quién ha muerto, quién ha muerto en esta casa? grité agarrando del brazo á un hombre que parecia estar cuidando aquel aparato.

—La señorita Cecilia Savernier.

Caí sin sentido en tierra, y cuando volví en mí, en raros intervalos, habia perdido el juicio. No sé cuánto tiempo duré así.

Sin embargo, volví á abrir enteramente mis ojos á la luz, pero mucho tiempo estuve sin pensamiento, reflexion ni memoria. Acababa yo de adquirir el sentimiento de que vivia, pero sin saber aun lo que yo era: ¡ojalá me hubiera yo quedado así!

Cierto movimiento que se hacia cerca de mí, el rumor de un suspiro, de un sollozo quizó, llamó por último mi atencion. De pié junto á mí, alcancé á ver un sacerdote que conocí por el mismo anciano eclesiástico cuyas poderosas y severas palabras habia oido yo un dia: mirábame con el aspecto imposible de un juez que no esperaba mas que una palabra de mi boca para condenarme ó absolverme. Mas allá, por los piés de mi cama, otro anciano acababa de levantarse de su asiento, y se precipitó hácia mí tendiéndome sus trémulos brazos.

—¡Padre! exclamé buscando sus manos para llevarlas á mis labios, ¡padre mio! ¿es usted?....

—¡Ya me conoció! dijo; ¡ya no usted como me ha conocido! ¡Se ha salvado mi hijo!...

Comenzaban mis ideas á aclararse, desprendíase lentamente mi pasado de entre la noche de mis sueños.

—M. Savernier, dije á mi padre, y M. Savernier ¿dónde está?

—Se ha marchado, respondió mi padre: ha vuelto á las extremidades de la Europe; pero el tiempo debilitará quizá su resolucion, y todavía tengo esperanzas de volver á verle.

—¡Y Cecilia, Cecilia! repuse con exaltacion. ¿Cecilia tambien se fué? Cecilia, ¿qué han hecho con Cecilia? proseguí deteniendo á mi padre de la mano. ¡Oh amigo mio! ¡se lo suplico á usted! respóndame usted sin disfraz, pues me siento fuerte y sereno. No engañe usted á mi corazon, que nunca le ha engañado usted. Aquí, aquí habia una jóven doncella á quien llamaban Cecilia; yo la ví ayer en el baile, le hablé, yo le apreté la mano con esta mano que aprieta la de usted.... ¿Sería verdad que hubiera muerto?

Volvió el rostro mi padre rompiendo en copioso llanto, y fuése á dejar caer en un sitial al otro extremo del aposento.

—¡Ha muerto! dijo el sacerdote. El Señor no ha querido que la union á que aspiraban ustedes pudiese verificarse en la tierra. Ha querido, sí, hacerla mas acrisolada, mas dulce, mas durable, inmortal como él mismo, retardándola por unos cuantos minutos fugaces que no merecen contarse en la eternidad. La novia de usted le espera en el cielo.

—¡Y qué! repliqué mirándole de hito en hito, ¿le parece á usted que no está el cielo cerrado para la ternura de los amantes y de los esposos? ¿Cree usted por ventura que tambien el amor ha de resucitar para un porvenir sin fin?.. que dos almas separadas por la muerte podrán volar una hácia otra y ambas hasta la presencia del Dios que las formara, sin ofender su poder, y que yo tengo de volver á hallar á Cecilia?

—Yo creo firmemente, respondió, que en la vida del hombre la muerte no pone término sino á los errores y á las plagas de la vida; creo que el alma es la bondad,

la caridad, el amor, creo que todos los sentimientos tiernos y virtuosos que Dios había puesto en nuestros corazones participarán de nuestra inmortalidad, que ellos compondrán su dicha inmutable y sin mezcla, y que se confundirán sin perderse en el amor de Dios en que se encierran todos.

—Oh! el amor del Dios que usted me da á comprender, dije empapando sus manos con mis lágrimas, es el mas natural de los sentimientos de la criatura, como el primero de sus deberes. Pero ¿por qué me ha arrebatado á Cecilia?

—¿Con qué derecho, mozo, exclamó, pides cuenta á Dios de su voluntad soberana? ¿sabes por ventura si con el golpe que te ha dado no ha llevado por mira tu felicidad, y si su presciencia infalible no te ha procurado una dicha que pasa breve? ¿conoces acaso todos los escollos que podian destrozar tus esperanzas, todos los venenos que podian acibarar tus gozos, todos los sucesos que podian relajar ó disolver tus vínculos si no los hubiera él puesto al abrigo de los peligros de esta vida pasajera? Solamente desde hoy tienes adquirida la posesion de Cecilia sin zozobras y sin tribulaciones, pues Dios es quien te la guarda. ¿Te atreverias á tenerle á mal que haya velado por tus intereses mas atentamente que tú, y que se haya encomendado de tu porvenir todo entero, para tornártele en cambio de una débil é incierta porcion de tu porvenir infinito que tal vez te hubiera hecho perder el resto? Cuando tu padre te exigió que se cumpliera un año entre el momento que accedia á tus deseos y aquel en que la mano de Cecilia parecia deber de colmarlos, ¿acaso no cediste sin trabajo á los consejos de su prudencia? Y con todo, un año es un dilatado término en la vida del hombre, un plazo mas espantoso aun cuando se le compara con la brevedad de la juventud, con el curso cási intangible de esa edad que el tiempo se lleva tan presto. Pues ahora, otro padre, que es el Padre comun de todos, te impone un plazo de unos cuantos años mas, de unos cuantos meses, de unos cuantos dias quizá, pues la medida de tu existencia tan solo de él es conocida, y no son unos años, no son unos meses y unos dias los que han de pagar este débil sacrificio, mas pródigo para contigo, porque es mas poderoso, te da todos los tiempos que no acabarán nunca. Si él aplaza un instante tu felicidad temporal, no es sino para perpetuarla por entre esos infinitos siglos que apenas son unos minutos de la eternidad. Tal es el contrato en que acabas de obligarte, sin saberlo, con la Providencia, y cuyo fruto puedes recoger mediante una devota sumision á sus decretos... Conformate, hijo mio, con los juicios de Dios, y no los acuses!

—Yo sabré conformarme con su voluntad, respondí con voz firme, y apresuraré su cumplimiento por todos los medios que ha puesto á mi alcance! ¡Sí, padre mio, me complazco en pensar que Dios habia bendecido este matrimonio, y creo saberlo de Dios mismo! creo que no me ha separado de Cecilia sino para restituírmela y que no nos ha permitido ser felices sobre la tierra, porque nos reservaba para sí! ¡yo iré tras ella, padre, yo me iré en breve! ¡Yo le pediré á Cecilia y él me la volverá á dar!

—¿Qué dices, desdichado? gritó mi padre corriendo á mí, ¿no perteneces tambien á tu padre, y quieres apartarte de él? ....

¡Ay! ¡habíaseme olvidado en mi desvarío que allí estaba mi padre!

—Tranquilícese usted, dijo el anciano sacerdote apartándole con la mano. No tema usted que en su pensamiento se alojen esos pensamientos desaforados del ateismo y del crímen. El suicida que des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

espera de la bondad de Dios, á Dios calumnia. Hace mas que negarle; pues protesta contra su alma buscándole la nada por refugio, y no encontrará sin embargo la nada, porque el alma no es perecedera. Todo lo que Dios ha criado vivirá siempre, y si Dios pudiese reducir á la nada la criatura que animara con su soplo, la nada sería el castigo del suicida; pero otro le está reservado al suicida: sabrá todo lo que pierde, comprenderá qué bienes habria adquirido con la resignacion y la paciencia, y ya no le quedará que esperar. Los malos esperarán quizá alguna remision en la eternidad; empero no habrá remision para el suicida, que siempre vivirá, siempre, en un mundo cerrado y sin porvenir. ha quebrado con el porvenir y nunca se rescindirá su pacto. Entre Cecilia y su esposo que le habia dado el cielo no habrá mas que un número corto de instantes que se siguen y se borran uno á otro. Hay lo infinito entre Cecilia y el suicida.....

—¡Basta, basta, padre mio! exclamé apoyándome en su seno. ¡Viviré pues es preciso!...

Y esto es lo que me ha hecho vivir.

(Traducido por Eufemia Romero.)

FIN DE LA NOVENA DE LA CÁNDELARIA.

LA ESPLÉNDIDA EXHIBICION UNIVERSAL EN LONDRES.

La esplendida exhibicion se cerró el dia 15 de noviembre del presente año de 1851.

El magnífico espectáculo que la Inglaterra ha presentado al mundo entero está pues ya en el dominio de lo pasado.

La magnitud del pensamiento, y la magnitud, el esplendor, la pasmosa variedad del edificio que aquel engendró, así como las pruebas del ingenio del hombre y de la riqueza de las naciones que en este se ostentaron, han pasado, pero no se borrarán jamás de la memoria.

La afanosa industria que atavió con una tan maravillosa destreza el Palacio de cristal, se ocupa ahora en deshacer su propia obra, y en menos tiempo del que se empleó para levantarla quedará destruida.

Como débil memoria del Palacio de cristal damos hoy á nuestros lectores una copia fiel de su vista exterior.

Agregaremos aquí algunos datos auténticos sobre el asunto, y que tomamos de un periódico inglés cuyos redactores están bien informados.

La suma recibida por los comisionados por diversos conductos, asciende á quinientas nueve mil ciento siete libras, cinco chelines, siete peniques esterlines, ó dos millones quinientos cuarenta y cinco mil quinientos veintiseis pesos, tres reales y dos granos, moneda mejicana.

El número total de personas que han visitado la exhibicion asciende á seis millones sesenta y tres mil novecientos ochenta y seis.

El mayor número de concurrencia admitida al edificio en un dia ha sido ciento nueve mil novecientos quince.

El mayor número de individuos reunidos á un tiempo en el edificio ha sido noventa y dos mil.

El número de *exhibidores* ha pasado de diez y seis mil, entre los cuales se han repartido dos mil novecientos diez y siete medallas de premio y ciento ochenta medallas de consejo.

Mr. Praxton[1], Mr. Fox[2] y Mr. Cubitt[3], delineadores y arquitectos del edificio, deben recibir el título de caballeros.

1 *Prictos.*—2 *Fies.*—3 *Cubit.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALSAS

PARA UN GUISADO DE LENGUA CASTELLANA

III.

NOTA.—Lo que aquí va de letra cursiva, menos los términos de lengua extranjera, es castizo en sí, pero vicioso en su aplicacion ó en la acepcion que comunmente se le da. Lo que sobre ir de letra cursiva lleva un asterisco (*), no está admitido por la Academia en ninguna acepcion. Lo que va de letra redonda es correcto.

*Aeromancia** ó *aeromancía** (adivinacion supersticiosa por las señales ó impresiones del aire): aeromancía.

*Aeromántico** (el que profesa la aeromancía): aeromántico.

*Aeresímetro** (instrumento de física): aerómetro.

*Aeronauta** (el que surca los aires en el globo aerostático): aeronauta.

*Aerostata** ó *aerostata** (*aérostat* del francés, *aerostat* en inglés): globo aerostático.

*Aereostatacion** ó *aerostatacion**.

*Aereostática** ó *aerostática** (*aérostation* del francés, *aerostation, aerostatics* en inglés): arte aerostática.

*Album** (*album* del francés, *album* en inglés): librito de memoria, cuaderno de música.

*Alucinador** ó *alucinante** (*éblouissant* del francés): deslumbrador, la cosa ó la persona que deslumbra.

Alumbrador, alumbrante (lo que alumbra), no se aplican con propiedad mas que á las personas: luminoso, lucífero.

Apelativo (nombre patronímico): apellido, pues APELATIVO es el nombre propio, como Pedro, Méjico, etc.

Arbitrios (medios de subsistencia).—Ver *Recursos*.

Balon (*ballon* del francés): globo aerostático, pues BALON es "fardo grande de mercaderías, pelota de viento de que se usa en un juego que tiene este mismo nombre."

Caballo de batalla, galicismo: el fuerte de una persona, aquello en que tiene mas confianza, prurito.

Camelote (por la planta de cuya flor se hacen en nuestra república flores y otras curiosidades de mucho mérito): camalote (*camálotl* del antiguo mejicano), pues CAMELOTE es un tejido de pelo de camello y seda.

*Chillante** (aplicado á los colores demasiado fuertes ó mal combinados): chillon.

Desapercibido (*inaperçu* del francés): no percibido, sin ser notado ó visto, pues DESAPERCIBIDO vale "desprevenido, desproveido de lo necesario para alguna cosa."

*Deslumbrante**: deslumbrador (para cosas y personas).

*Disímbolo** (lo que no es semejante á otra cosa, *dissemblable* del francés): disímil.

Endeudado (*endetté* del francés): adeudado, pues *endeudado* es anticuado y vale "obligado."

Exhibicion: pago, entrega, pues EXHIBICION es "manifestacion, presentacion de alguna cosa ante quien debe hacerse."

Exhibir: dar, pagar, pues EXHIBIR es "manifestar, presentar."

Exponer (*exposer* del francés, *to exhibit* en inglés, presentar ó manifestar): exhibir, pues EXPONER vale "explicar, interpretar, declarar."

Exposicion (*exposition* del francés, *exhibition* en inglés, presentacion ó manifestacion): exhibicion, pues EXPOSICION vale "explicacion, interpretacion, declaracion."

Fascinador, fascinante (lo que fascina): deslumbrador, hechicero, engañoso, pues aquellos no son propios sino de personas.

*Filarmonía**, ciencia de la música. *Filarmónico* (músico), el apasionado á la música.

Flojear (ociar): perecear, pues FLOJEAR vale FLAQUEAR.

Fortuna (*fortune* del francés, por "bienes, riquezas"): hacienda, caudal.

Fusion, (*fusion* del francés, aplicado á ideas á partidos, á todo lo que no sea un líquido ó un flúido): union, reunion.

Futuro, futura (*futur, future* del francés, sustantivo, la persona con quien debe uno casarse): novia, futuro esposo.

*Gastronomía** (*gastronomie* del francés): la ciencia de comer regaladamente. —Martinez López abona el galicismo.

*Gastrónomo** (*gastronome* del francés): goloso —Martinez López abona aquel término.

GENTE. *Una* gente (persona): un individuo ó sugeto, pues GENTE es "una pluralidad de personas."

*Inquietante** (lo que inquieta): molesto; INQUIETADOR es propio de personas.

*Instintivamente** (*instinctivement* del francés): de ó por instinto.

*Notabilidad**: hombre principal, de pro, sugeto eminente ó distinguido.

*Ponsador** ó *pensante** (*pensant* del francés): discursivo.

Prelacía (preferencia ó antelacion): prelacion, pues PRELACÍA es "la dignidad de prelado."

Prima (*prime* del francés): premio.—Martinez López legitima aquella voz.

Proporciones (bienes, rentas ó medios de subsistencia): posibles ó posibilidad.

*Realizacion** (*réalisation* del francés): efectuacion (anticuado).

Recalar (llegar): aportar, arribar.

Recursos (medios de subsistencia): medios, pues RECURSO es "la accion y y efecto de recurrir, vuelta ó retorno, accion que queda á la persona condenada en juicio para poder recurrir á otro juez ó tribunal."

Rechinante (aplicado á los colores fuertes ó mal combinados): chillon.

*Resistidero** (lugar, tiempo y efecto del calor del sol): resistero.

*Romanza** (*romance* del francés): composicion musicométrica arreglada para harpa, etc.—Martinez López abona la voz.

*Sonreir**, sonreirse.

*Tepescuinte** (animal así llamado): tepeizquinte.

*Torromoto** ó terromoto *de tierra*, terremoto.

Trasporte (ímpetu del ánimo, *transport* del francés, *transport* en inglés): arrebatamiento, rapto, enajenamiento; pues trasporte (ó trasportacion) es la accion de llevar ó conducir una cosa de un lugar á otro.

Truncar un libro: descabalar.—*Trunco ó truncado** (incompleto): descabal.

Visual: la vista.

POSTRERAS PALABRAS.

PRONUNCIADAS AL MORIR POR PERSONAJES CELEBRES.

Cabeza de ejército.—Napoleon.

A dormir ahora.—Byron.

No importa de qué suerte descanse la cabeza.—Sir Walter Ralegh.

Bésame, Hardy.... Doy á Dios gracias de haber cumplido con mi deber.—Lord Nelson.

No rindan el buque.—Lawrence.

Que me arcabucen si no creo que me estoy muriendo.—El canciller Thurlow.

¿Esa es tu fidelidad?—Nerón.

Apriétame la mano, amigo querido, me muero.—Alfieri.

Da á Dayroles una silla.—Lord Chesterfield.

Dios guarde al emperador.—Haydn.

Ya no late la arteria.—Haller.

Dejen entrar la luz.—Goethe.

Todos mis dominios por un rato.—La reina Isabel.

¡Qué! ¿no hay medio de sobornar á la muerte?—El cardenal Beaufort.

He amado á Dios, á mi padre y la libertad.—Madama de Staël.

¡Seriedad, señores!—Grecco.

¡En tus manos, Dios mio!—Tasso.

Es pequeño, muy pequeño en verdad (abrazándose el cuello).—Ana Bolena.

Dejadme subir sin novedad, y para bajar, dejadme ingeniarme solo.—Sir Tomas More, subiendo al cadalso.

No dejen á ese desmañado escuadron tirar encima de mi sepulcro.—Roberto Burns.

Me siento como si fuera otra vez á ser yo.—Sir Walter Scott.

Entrego mi alma á Dios y mi hija á mi patria.—Jefferson.

Bien está.—Washington.

Independencia para siempre.—Adams.

Es lo último de la tierra.—J. Q. Adams.

Deseo que entiendan ustedes los verdaderos principios del gobierno. Quiero que se lleven á efecto. No pido mas nada.—Harrison.

He procurado cumplir mi deber.—Taylor.

No hay una gota de sangre en mis manos.—Federico V. de Dinamarca.

Hablabas de refresco, Emilia mia; toma mis últimos papeles, siéntate aquí á mi piano, canta mis notas con el himno de tu santificada madre; déjame oir otra vez mas esas notas que tanto tiempo han sido mi solaz y mi delicia.—Mozart.

Un moribundo no puede hacer nada con soltura.—Franklin.

Que no perezca la pobre Nelly.—Carlos II.

Déjenme morir al sonido de una música deliciosa.—Mirabeau.

MISCELANEA.

PETULANCIA EJEMPLAR.

Para que hasta los tiempos mas remotos se pueda llegar á saber que un hombre llamado Francs Henry (*Fránsis Jéury*, Francisco Enrique) conde de Bridgewater (*Brich-uáter*, Agua de puente) existió en el siglo diez y nueve, ha mandado aquel que en vasos de cristal grueso, herméticamente sellados se encierren muchísimas medallas con su busto en una cara y su nombre y título en otra. Muchas de estas se han mandado á Inglaterra, á América y á otras varias partes del continente para que se depositen en los cimientos de los edificios públicos, bajo los pilares de los puentes y dentro de lagos y rios. Uno de los últimos viajes que hizo á Paris y sus alrededores fué con el objeto de mandar echar á su vista una cantidad de dichas medallas dentro del Sena.

ENTUSIASMO PELIGROSO.

En una de las últimas representaciones de Otelo en el teatro Real de Londres, el *signor* Pardini, arrebatado del entusiasmo de su papel hirió á la afamada madama Sontag con tal fuerza con la daga, que le hizo salir sangre del brazo. Un cirujano que se llamó al punto declaró ser ligera la herida.

EL CANTO GREGORIANO.

El cantar en las iglesias fué introducido por primera vez en las iglesias católicas en 602, por san Gregorio el Grande, quien estableció escuela de cantores y corrigió los cantos eclesiásticos: de aquí viene el nombre de canto gregoriano.

RICARDO CORAZON DE LEON.

Este rey murió de una herida que recibió de un arcabuz en el sitio de una fortaleza de Francia. Se ha notado que recibió la muerte con el alma introducida en la guerra por él mismo contra el gusto de los guerreros de entonces, que decian que "antes los valientes peleaban mano á mano y que en lo sucesivo los mas nobles y esforzados podian ser muertos por un cobarde escondido detrás de un árbol."

ÉPOCAS DE LAS MUJERES.

Dícese que las mujeres tienen dos épocas críticas en su vida: la una es cuando las solicitan y no saben á quién admitirán; la otra cuando solicitan y no saben quién las admitirá.

LUIS NAPOLEON.

El actual presidente de la república francesa, Luis Napoleon, es sobrino del Emperador, é hijo de su hermano Luis, rey de Holanda, y de la princesa Hortensia, hija de la emperatriz Josefina, por su marido el general Beauharnais (*Boarné*, bello arnés).

DESPOTISMO ATROZ.

El consejo de guerra de Milan (Europa) ha sentenciado á Frezzi Giovani, portero milanés, á seis meses de cárcel por tener en su poder un cañon de fusil, y á Bonfico Carlo, operario milanés, á dos años de trabajos forzados, conmutados por merced especial en un año de cárcel, por ser dueño de una espada.

—¡Oh *energía* de los gobiernos monárquicos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN LECTOR IMPACIENTE.

Lord Thurlow (*Zúrloo*) en su retiro se dió mucho á la lectura de novelas, y una vez que se interesó muchísimo en la trama de una, cuyo último tomo no tenia en su casa, despachó á su criado hasta Londres, ya dadas las diez de la noche, para que fuera á traerle, á fin de saber la suerte que corrió la heroina, antes de irse él á la cama.

PIO IX.

El papa actual, Pio IX, nació en 1792 en los Estados pontificios y fué instituido cardenal por su santidad Gregorio XVI el 25 de diciembre de 1839.

LA GOTA.

La indolencia, la *inactividad*, los hábitos relajados de la vida son las causas que mas principalmente excitan la gota; pero el estudio excesivo, los pesares, el mucho velar, el exponerse mucho al frio y el excesivo uso de licores ácidos, tambien la provocan. En algunas personas esta es una enfermedad hereditaria.

CRIADOS DE MALA INDOLE.

Cuídese de no tener nunca una nodriza ó un *caballerango* (caballerizo) de mala índole. Los cocineros son notables por ser de mal genio, pero con ellos no hay mas riesgo que el que echen á perder la comida, mientras los otros tienen en su mano el perjudicar á los niños y á los caballos.

FENIMORE COOPER.

Este afamado novelista anglo-americano, autor del Espia, del Ultimo de los Mohibanos, del Piloto, de los Dos Almirantes y otras varias novelas muy conocidas y popularizadas todas, nació en Burlington, estado de New-Jersey (Estados-Unidos de América), el 15 de setiembre 1789.

EXHIBICIONES.

La primera exhibicion francesa de manufacturas y bellas artes tuvo efecto en 1795.

A LOS AERONAUTAS.

M. Monteulin, de Paris, ha dejado al morir un legado de dos mil pesos para la persona que invente el medio de conducir los globos en línea recta.

EL DESEO DE UNA MONJA.

Un respetable escritor refiere el hecho siguiente:

Cuando estuve en Lisboa, una monja se huyó de un convento. La primera cosa que solicitó con instancias luego que llegó á la casa donde debia de tenérsele oculta, fué un espejo. Desde la edad de cinco años habia sido puesta en clausura y desde entonces nunca se habia visto la cara.

LA JUNTA DE NATURALISTAS.

Cuando la comision de la Academia francesa estaba empleada en formar el bien conocido Diccionario de la academia, Cuvier vino un dia á entrar en el aposento donde los miembros de aquella estaban en sesion.

—Celebro mucho ver á usted, M. Cuvier, dijo uno de los cuarenta: acabamos de completar una definicion que creemos excelente bajo todos aspectos; pero quisiéramos saber la opinion de usted. Hemos estado definiendo la voz LANGOSTA DE MAR y la hemos explicado así: LANGOSTA DE MAR, pececito colorado que anda para atrás.

—Perfectamente, caballeros, dijo Cuvier: solo haré una pequeña observacion de historia natural, si ustedes me lo permiten. La langosta de mar no es un pez, no es colorada, no camina para atrás. Con estas excepciones la definicion de ustedes es excelente.

FATALES EFECTOS
DEL CLOROFORMO EN UN OSO.

Uno de los osos pardos del jardin zoológico de Berlin se enfermó de cataratas en un ojo y un distinguido cirujano, ayudado de criados, se determinó á curarle. Bruin (así era el nombre del animal) atraido con un pedazo de pan, fué atado á los barrotes de su jaula. Despues de una tenaz resistencia, administrósele por fin el cloroformo. Ya que estuvo reducido á la insensibilidad, batiósele la catarata y desatiósele, pero el paciente no dió muestras de vida. Aplicáronsele plumas á las narices, baños de agua fria, y sangrias, todo en vano. El pobre Bruin se habia ido ya adonde la gran tortuga, dos avestruces y el leon africano le habian precedido, pues los directores de los jardines de Berlin están sin remedio muy desgraciados. Fuera del accidente ligero de la muerte del sugeto, la operacion fué hecha con destreza y buen éxito.

RAPIDEZ DEL SONIDO.

El eco de una palabra de una sílaba se repite á cuarenta piés (treinta y tres y tercia varas) de distancia. Todo SONIDO corre á razon de trece millas (tres y cuatro leguas) por minuto. El susurro mas leve corre tanto como el mas estrepitoso trueno.

LA VENUS DE MEDICIS.

Esta preciosa estatua se halla en el aposento de la galería imperial de Florencia llamado la Tribuna. Dícese que se le encontró en la casa de recreo de Adrian, cerca de Tivoli, en once piezas: llevósela á Florencia por el año de 1680. En el plinto está el nombre y la patria del artista que la hizo: Cleomenes, hijo de Apolodoro de Atenas. La fecha se supone ser la de 200 antes de Jesucristo. No se sabe positivamente ni el paraje ni el tiempo en que se descubrió por primera vez; pero ya en el siglo XVI estaba en los jardines de los Medicis en Roma. Los franceses llegaron á llevarla consigo á Paris pero la tomaron en 1815. La escultura tiene cuatro piés, once y media pulgadas (medida inglesa) de alto.

EL PRO Y EL CONTRA.

Hay cuatro buenas madres de las que han nacido con frecuencia cuatro hijos desdichados. La verdad engendra al oido; la felicidad, al orgullo; la seguridad, al peligro, y la familiaridad, al desprecio.

LA DENTADURA.

Los dientes no son absolutamente indispensables para lo que es hablar; pero la pronunciacion de un hombre cuya boca esté desguarnecida de su dentadura no puede ser ni clara ni distinta.

Las personas agraciadas con buenos dientes deben mirarse en no dar á conocer, cuando hablan, el orgulloso deseo de enseñarlos, pues esto es una especie de fatuidad que da lugar á suponer la mas ridícula vanidad. La buena educacion, de acuerdo con la higiene, exige que estén perfectamente cuidados y conservados los dientes. Un diente ó una muela picada ha descompuesto no pocas veces mas de cuatro cálculos sin que la persona chasqueada haya conocido la verdadera causa de su chasco. Hay cosas que se comprenden y que no se pueden decir.

ENIGMA.

Por muchos sin discrecion
Se procuran ocultar
Dos defectos de pasion
Que no lo pueden estar
Mucho tiempo: ¿cuáles son?

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION
DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

EL TIEMPO.

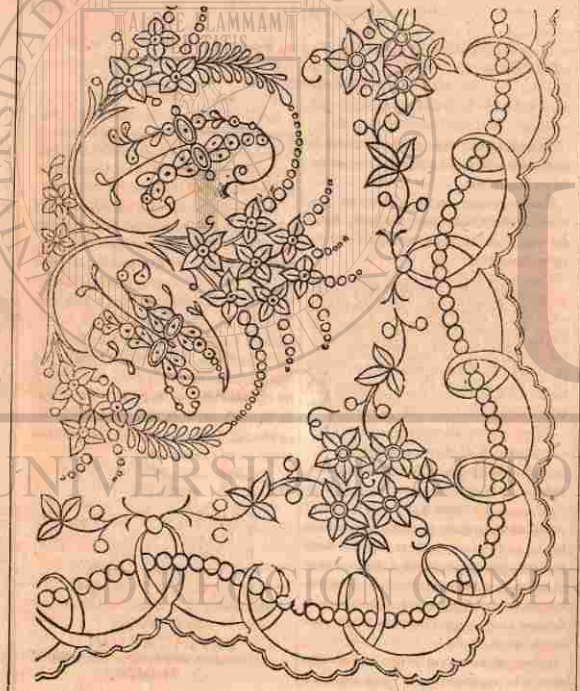
BORDADO.

III.

ESQUINA PARA PAÑUELO.

Materiales.—Hilo francés de algodon propio para bordar, ó seda de color.

Cósase por encima de las líneas, con puntada al pasado realzada.



EL ANGEL DE LA MUERTE

Y

EL ANGEL DEL SUEÑO.

SUEÑO DE UN PASTORCILLO.

POR KRUMMACHER.

Encontráronse una ocasion el ángel de la muerte y el ángel del sueño en este valle de amarguras.

Era de noche: ambos estaban en una colina. Nada turbaba el silencio, fuera del rumor de las hojas agitadas por un viento ligero.

Cuando el ángel del sueño hubo derramado sus adormideras, todas las criaturas, desde el niño hasta el anciano gustaron un reposo benéfico. Olvidó sus dolores el enfermo, y las congojas de su miseria el pobre; el rico sus desvelos y los afanes de su ambicion, y hasta el delincuente sus remordimientos, por un instante.

El buen genio del reposo contempló con satisfaccion la naturaleza en que un sosiego profundo habia sustituido á la actividad del trabajo.

Y dijo él entonces á su compañero:

—Cuando asome la aurora bendecirán me los hombres como á su amigo y bienhechor. ¡Qué gozo y cuán grande se siente en hacer bien sin ser visto! ¡Cuán felices somos nosotros, mensajeros invisibles de Dios en el cumplimiento de nuestra encomienda de paz!

El ángel de la muerte miró tristemente á su feliz compañero y en sus ojos brillantes y melancólicos brilló una lágrima.

—¡Que no pueda yo, dijo, regocijarme como vos de la gratitud de los mortales!... ¡A mí me maldicen los hombres, yo llevo conmigo la desesperacion y las lágrimas!..

—¡Oh hermano mio, no os aflijais! respondió el ángel del sueño: poca diferencia hay entre vos y yo. Nadie os teme, fuera de los malvados, pues el hombre que haya obrado bien sobre la tierra ¿no os bendecirá por ventura al recordar en un mundo mejor? Habreis cambiado su vida, su vida terrenal llena de sobresaltos, de dolencias y de pesares en una vida eternamente feliz, llena de gloria sin término. Bendícenme á mí los hombres porque les hago olvidar sus males durante unas cuantas horas, mientras vos los librais de ellos por toda una eternidad.

El pastor, que se habia dormido á la sombra de los corpulentos árboles no percibió mas que estas últimas palabras; pues el dia comenzaba á huir y el perro, custodio vigilante del rebaño, habia llegado á darle á entender con una caricia que ya era hora de regresar al lugar.

(Imitado del aleman, por P. Viel y traducido para la Semana.)

ECONOMIA DOMESTICA.

LICOR

PARA QUITAR LAS MANCHAS DE GRASA.

En una botella mézclese: espíritu muy puro de trementina, cuatro onzas; éter sulfúrico, una onza; espíritu de vino, una onza, tapándose inmediatamente con un corcho muy apretado. Al hacer uso de este licor, póngase la cosa manchada en una servilleta doblada, rocíese un trapo de hilo en el licor y estréguese con él la mancha hasta que se quite. Si fuere vieja la mancha, es preciso recurrir al calor: en este caso, póngase sobre la mancha un trapo mojado en el licor, póngasele encima una plancha caliente y refríeguese luego como queda dicho.

MATADURAS

DE CABALLOS POR EFECTO DE LA SILLA.

Tómese: de espíritu de vino, cuatro onzas; alcanfor, dos dracmas; bol arménico, una dracma; mézclese todo muy bien, aplíquese dos veces al dia, refregando con un poco de esto la hinchazon y empapando en lo mismo unas hilas ó una venda, para atarla en la parte enferma.

POMADA DE ROMERO.

Tómese una libra de sebo de vaca y otro tanto de manteca de puerco, póngase á derretir y ya que comience esto á derretirse váyasele vertiendo poco á poco una onza de aceite de romero.

CREMA DE ARRURRÚ.

Dos cucharadas de *arrurrú* revuélvanse con medio cuartillo de agua; ya que esté bien reposado escúrrasele el agua. Hiérvase una azumbre (cuatro cuartillos) de leche fresca, y añádasele la corteza de un limon y algo de canela; esto hirviendo viértase sobre el *arrurrú*, moviéndolo bien y sin cesar hasta que se enfrie.

Esta crema se come con las conservas de frutas.

ZUMO DE LIMON PURIFICADO.

A media azumbre (dos cuartillos de zumo de limon) añádese una onza de carbon en polvo. Despues de tenerle así doce horas filtrese (el zumo) por un papel blanco de añafea ó secante. Tapándose bien ya embotellado, puede durar muchos años.

PASTILLAS DE IPECACUANA.

Azúcar, cuatro libras; ipecacuana (ó bejuquillo), una onza, medida medicinal; goma disuelta, la suficiente para formar una pasta. Háganse nuevecientas sesenta pastillas, cada una de las cuales contendrá medio grano de ipecacuana.

Son muy eficaces contra las enfermedades de la garganta cuando comienzan á presentarse y para aclarar la voz.

PREPARACION

PARA FIJAR LOS DIBUJOS DE LÁPIZ.

Espíritu de vino, cuatro onzas; espíritu de vino alcanforado, media dracma; aceite volátil de romero, una dracma: mézclese. Esta mixtura debe aplicarse al revés del dibujo con una brocha plana y ancha. Se conocerá que se ha fijado con ver que se trasparente el papel. Cuídese de que no toque nada al dibujo mientras tenga la preparacion. Cuando ya se esté embebiendo esta, puede ponerse aquel sobre una mesa con el revés hácia arriba para que se evapore el espíritu.

ANGELICA CATALANI.

¿Quién no ha oido hablar de madama Catalani, de la maravillosa sirena que encantó los ocios de los reyes de la santa alianza en aquellos eternos congresos en que se hacian las particiones de los despojos del señor del mundo? El nombre de madama Catalani se encuentra asociado con los sucesos mas grandes de la historia contemporánea, y no queremos que una sombra tan preciosa cruce las riberas eternales sin probar á fijar su memoria. Por lo tanto, aprovechándonos de las noticias verídicas que nos han comunicado los deudos de la ilustre cantatriz, referiremos ligeramente una vida que será notable en los anales del arte.

Angelica Catalani vino al mundo en Sinigaglia, ciudad pequeña de los Estados de la Iglesia, en el mes de octubre de 1779. Su padre, hombre que vivia muy honradamente, era un magistrado, una cosa como juez de paz que con mucho trabajo educaba una crecida familia compuesta de cuatro hembras y dos varones. Para suplir á los escasos productos de su empleo, el padre de la futura *prima donna*[1] comerciaba en diamantes, acumulacion que no tenia nada de extraño en un país en que está situada hasta el dia la feria mas grande de Italia. Sin embargo, para aliviar una carga que se le hacia demasiado pesada, el señor Catalani se vió precisado á poner á su hija Angelica en un convento en que á su tiempo habia de pronunciar votos solemnes é irrevocables. Angelica entró pues en el convento de Santa Lucía de Gubbio, poco distante de Sinigaglia, y para lograr que fuese admitida su hija en un establecimiento que estaba exclusivamente consagrado á la educacion de las señoritas nobles del país, el señor Catalani tuvo que hacer valer un parentesco algo lejano con la casa de los Mastai, de la cual Pio IX es hoy cabeza ilustre y venerable. Aquí se encuentra á la Italia con sus grandes contrastes y esa alianza del arte y de la religion, del dogma inflexible y del capricho mundanal, que forma el rasgo prominente de su carácter.

En el convento de Santa Lucía Gubbio es donde la jóven Angelica recibió las primeras nociones del arte musical. Hácia fines del siglo XIII un convento italiano no era mas que una especie de conservatorio donde la oracion, la música y el amor eran la ocupacion única. Por lo mismo, mucho se cantaba en el convento de Santa Lucía. Todos los domingos y los dias de fiesta mayor las religiosas y las novicias hacian retumbar con sus piadosos cánticos las bóvedas de la capilla. En medio de aquellas voces frescas y vírgineas se notó en breve la de Angelica Catalani, cuyo metal, extension y flexibilidad causaban ya admiracion á sus compañeras. Las religiosas, queriendo sacar provecho de tan peregrinas cualidades, la hicieron cantar algunos pequeños solos

1 Primera dama.

que atrajeron numerosos adoradores á su patrona santa Lucía.

—Vamos á oir á la *maravigliosa Angelica*, se decian en el país los dias de gran solemnidad.

Y la multitud corria á asiar las puertas de la capilla, á la cual, como en el paraíso, eran mas los llamados que los escogidos. Los triunfos algo profanos que adquiria Angelica acabaron por escandalizar á las almas devotas, y el obispo mandó á la superiora que pusiera la luz bajo el almud suprimiendo los solos de la jóven novicia. Seguramente el obispo ese no era aficionado á la música: muy digno debia de ser de formar parte de aquel grupo de espíritus melancólicos que desde el fondo de la tebaida de Port-Royal-des-Champs parecian pedir á Dios perdon por haber venido al mundo, y que han procurado ahogar la gloria y magnificencia del siglo de Luis XIV con el silicio de Pascal. Por fortuna la superiora del convento de Santa Lucía de Gubbio no participaba de los principios rigorosos de la madre Angélica de Antilly, y mas inteligente que el obispo á cuya jurisdiccion correspondia su órden, no quiso privarse de un elemento que tanto aprovechaba así á los pobres como á la verdadera devocion. Valiéndose de un subterfugio muy inocente, colocó á Angelica Catalani detrás de un grupo de novicias, las cuales ocultaban á su compañera de las miradas de los curiosos y templaban la sonoridad de aquella voz que habia de maravillar á la Europa. Sin embargo, los fieles no se dejaban detener por el obstáculo que se les ponia, y se levantaban de puntillas para alcanzar á ver á la jóven que les llevaba el alma. La emocion llegó hasta el entusiasmo un dia de fiesta mayor en que la peregrina Angelica, cubierta de un vestido tan blanco como su alma, cantó un *Ave Maria Stella* que enterneció todos los corazones. No hubo quien no quisiera ver, quien no quisiera abrazar á la *virginella* que Dios habia agraciado tan ricamente.

La señorita Catalani permaneció en el convento de Gubbio hasta la edad de catorce años. Su padre á pesar de las vivas instancias que se le hacian no podia decidirse á dirigir el talento de Angelica hácia un fin profano. Su mucha religiosidad y el cargo de que estaba investido no le permitian mirar sin una repugnancia suma todo cuanto tenia que ver con el teatro.

Por último, vencido por las lágrimas de Angelica y por los empeños de toda la familia, consintió el señor Catalani en mandar á su hija á Florencia para que allí recibiese lecciones de Marchesi, el cual era entonces uno de los sopranos mas afamados de Italia.

Marchesi era cabalmente el maestro que convenia para dirigir á Angelica Catalani y prepararla para su glorioso destino. Dotado de una constitucion exterior preciosa y de una voz de *mezzo soprano* fuerte y prodigiosamente fácil, este cantor se distinguia con particularidad por lo sobresaliente y lo magnífico de su *vocalizacion*. Habia nacido en Milan en 1754: se estrenó en Roma en 1774 en un papel de mujer y fué muy aplaudido; luego recorrió la Italia y visitó las principales capitales de Europa, llevándose tras sí la admiracion de todos. La primera vez que cantó en Viena excitó tal fanatismo que todas las mujeres de la corte imperial quisieron tener su retrato en medallon.

Marchesi no tenia ni lo patético de Guadagni ni el estilo admirable de Pacchiarotti. Partidario acérrimo de la casa de Austria, nunca quiso cantar delante de Napoleon, á quien trataba de usurpador. Separóse del teatro como á principios del año 1806, y se retiró á Milan su patria,

donde murió á los setenta y cuatro años de edad, dejando un hermoso caudal de que siempre habia hecho un noble empleo.

Dos años estudió Angelica Catalani bajo la direccion de Marchesi. Enseñóle este á moderar la suma facilidad de su voz tan extensa como ruidosa: adornó su memoria de una multitud de *gorgheggi* á cual mas complicado, y le comunicó tambien, por desgracia, su gusto demasiado exclusivo por las arreos y los piropos de la *vocalizacion* italiana. Mientras que la jóven Angelica se preparaba de esta suerte á conquistar la brillante fama que algun dia habia de alcanzar, tuvo ocasion de oir en Florencia á una cantatriz célebre, la Gabrielli tal vez, y que produjo en ella una sensacion profunda. Maravillada de la voz y del talento de la cantatriz, Angelica rompió en llanto y exclamó con precioso candor:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! nunca he de llegar á tal perfeccion!

La cantatriz de moda quiso ver á la jóven que le habia dirigido un cumplimiento tan lisonjero, y despues de haberla hecho cantar en su presencia, le dijo abrazándola con ternura:

—Tranquilícese usted, hija mia; dentro de pocos años ya me aventajará usted y á mí me tocará entonces llorar por los triunfos de usted.

La señorita Catalani se estrenó en el teatro de la Feniza de Venecia, en 1795, con una ópera de Nicolini. Tenia á la sazon diez y siete años. Un talle alto y gallardo, unas hermosas espaldas blancas como el alabastro, un cuello de cisne, unos ojos grandes, azules, apacibles y trasparentes, unas facciones nobles y hechiceras, hacian á la jóven cantatriz una persona maravillosa. En aquel cuerpo que por todas partes derramaba juventud y hermosura, la naturaleza habia puesto uno de los instrumentos mas admirables que hayan existido jamás: una voz de soprano[1] de una extension de cási tres octavas, subiendo desde el *la* abajo del alcance hasta el *fa* sobreagudo. Este inmenso teclado era de una igualdad perfecta y de una flexibilidad incomparable. Bien se advierte que con semejantes ventajas, á la señorita Catalani no debió de costarle trabajo el ganarse las simpatías de un público italiano; de suerte que fué ruidoso y espontáneo su triunfo en Venecia. Rodeada de su familia y de su maestro Marchesi, quien quiso animarla en sus primeros pasos en la carrera, Angelica fué recibida con frenesí y su fama se derramó como un relámpago por toda Europa.

Todas las biografías de la señorita Catalani que hemos podido consultar afirman que despues de su estreno (unas dicen que en Venecia y otras que en Milan), la jóven cantatriz recorrió en triunfo las principales ciudades de Italia, y que despues de una peregrinacion de varios años fué cuando se ajustó en el teatro italiano de Lisboa, adonde se presentó en 1801. Por otra parte, la señorita Catalani siempre ha dicho á sus hijos que apenas tenia diez y siete años cuando llegó á la corte de Portugal: segun esto habiendo nacido en 1779, seria en 1796 cuando habria salido de Italia, es decir cási inmediatamente despues de su aparicion en el teatro de la Feniza en Venecia. Parécenos tanto mas verisímil esta última version cuanto que la señorita Catalani fué al principio agregada á la capilla del príncipe regente, sugeto muy aficionado á la música, como lo ha sido siempre la casa de Braganza desde su ilustre fundador hasta el emperador don Pedro. Lo que hubo de decidir al señor Catalani á llevarse á su hija léjos del suelo que la vió nacer y á sustraerla prontamente á la gloria ruidosa y llena de peligros de la carrera dramática, fueron sin

1 Tiple.

duda sus escrúpulos religiosos y los sentimientos de delicadeza á que aquel hombre honrado vivió siempre sujeto. No es imposible tampoco que la graciosa torpeza y la suma timidez que siempre impidieron á la señorita Catalani el quedar completamente bien en las tablas hayan influido algo en la determinacion de su padre. Como quiera, lo cierto es que Angelica Catalani, despues de haber permanecido en la capilla del rey de Portugal, se decidió á volver al teatro, porque los emolumentos que le daban como cantatriz no alcanzaban á las necesidades de su numerosa familia de la cual ella era el único sosten.

En la compañía de cantores italianos que en 1779 fué á trabajar en el teatro de Lisbon se encontraba la Gaffonni, contralto[1] admirable, y Crescentini, el último soprano de un mérito eminente que haya producido Italia. Rodeada de semejantes habilidades, la virtud y hermosura de la señorita Catalani adquirieron un lustre mayor que nunca. El ejemplo y los consejos de Crescentini fueron de lo mas útil para la jóven Catalani; pues con la direccion de este maestro cuya escuela era muy mas severa que la de Marchesi[2] aprendió ella á *frasear* mejor y á corregir algunos de los defectos de su maravillosa *vocalizacion*. Por espacio de seis años la señorita Catalani fué la idolatría de la corte y ciudad de Lisbon. El recato de sus modales, su afable religiosidad y la singular bondad de su corazon la daban á querer para con todos cuantos llegaban á tratarla. El regente la miraba como á hija.

Cuando el general Lannes[3] fué enviado como embajador de Francia á Portugal, llevó consigo un jóven oficial francés que habia de tener un influjo grande en la suerte de la célebre cantatriz, M. de Valabrègue[1], capitan del 8º regimiento de húsares, era un sugeto amable y de modales sumamente finos. Las prendas de su persona, la vivacidad de su entendimiento y mas que nada la elegancia de su uniforme hicieron impresion en la señorita Catalani, á quien veia con frecuencia en las tertulias del embajador de Francia. M. de Valabrègue no tuvo trabajo en participar de los sentimientos que inspiraba, y advirtiendo que la voz de la jóven cantatriz podia ser para él un manantial de riquezas, pidió su mano. La familia y los numerosos amigos de la señorita Catalani veian esta union con la mas completa repugnancia. A cuanto se le hacia presente en órden á apartarla de este casamiento, la señorita Catalani respondia bajando los ojos:

—*Ma che bell' offiziale*[2]!

El lindo oficial se la ganó en efecto: casóse con Angelina Catalani en la capilla de la corte, bajo los auspicios del príncipe regente y del general Lannes. Madama de Valabrègue, que siempre ha conservado su propio apellido, marchó de Lisboa á principios del año 1806. Acababa de hacer un ajuste magnífico para el teatro italiano de Londres. Fuése primero á Madrid, en donde dió varios conciertos que le produjeron sumas considerables; luego, atravesando la Francia, se presentó en Paris en los primeros dias de junio 1806. Allí le habia precedido su fama, y los periódicos de la época anunciaron su llegada de la manera mas propia para picar la curiosidad del público. Madama Catalani dió en el teatro de la Opera tres conciertos que atrajeron una concurrencia considerable. Triplicóse en aquella ocasion el precio: una boleta para el patio costaba nueve francos[3], un balcon trein-

1 Voz media entre el tiple y el tenor.
2 *Marquési.*—3 *Láun.*

1 *Valabrèg.*
2 *Ma qué bel-offiziale!* Pero ¡qué lindo oficial!
3 Catorce y cuarto reales.

ta francos[1] y en esta proporcion lo demás. En el primer concierto que se dió el 22 de julio, madama Catalani cantó dos arias de Cimarosa y una aria de la *Semiramis* de Porto-Gallo[2], *Son regina;* en el segundo, que se dió el 11 de agosto, eligió una aria de las *Bacanali di Roma*, música de Nicolini, otro de la *Zaire* de Porto-Gallo y luego tambien el de la *Semiramis* del mismo compositor; en el tercer concierto, dado el 3 de setiembre, madama Catalani añadió á los trozos precedentes una aria de Piccini[3], *Se il ciel mi divide*, cuyo severo estilo le era menos familiar. La extension, la fuerza y el brio de la voz de madama Catalani, la riqueza de su *vocalizacion* y los hechizos de su persona, excitaron viva admiracion. Exceptuando á Paganini, no ha habido nadie que haya producido un efecto comparable con el de madama Catalani en su estreno en el teatro de la Opera. No obstante, la crítica parisiense no se dejó desarmar del todo por tantos embelesos, y en medio del enajenamiento general, dejó oir algunas observaciones sensatas.

Tambien Napoleon habia oido á madama Catalani y deseando radicar en su capital á una cantatriz que podia distraer la opinion pública, mandóle llamar á las Tullerías. La pobre mujer nunca habia visto de cerca á aquella terrible habilidad de la guerra, que llenaba la Europa con el ruido de sus *fioritures* ó gorjeos: presentóse temblando de piés á cabeza ante él.

—¿Adónde va usted, señora? le dijo el maestro con su voz imperial.

—A Londres, señor.

—Es preciso que se quede usted en Paris: estará usted bien pagada y sus habilidades serán mejor apreciadas. Se darán á usted cien mil francos[4] anualmente y dos meses de descanso. Con que está arreglado. A dios, señora.

Y la cantatriz se retiró mas muerta que viva, sin haber tenido ánimo para decir á su interlocutor que le era imposible faltar á un compromiso que tenia contraido con el embajador de Inglaterra en Portugal. Si Napoleon hubiera sabido aquella particularidad hubiera embargado á la bella cantora, á quien habria considerado como buena presa. Madama Catalani siempre tuvo que escaparse de Francia sin pasaporte: embarcóse furtivamente en Morlés en un bajel que acababa de canjear unos prisioneros. Su entrevista con el emperador Napoleon hizo en madama Catalani tal impresion que con frecuencia hablaba de ella como de la cosa que mas la hubiera conturbado en toda su vida.

Llegó madama Catalani á Londres en diciembre de 1806. El gusto de los ingleses por la música y los cantores italianos sube á una época bastante lejana. Desde el siglo XVI se ven á los tañadores de laúd, á los cantores de madrigales y de *chanzonette* figurar en todas las fiestas galantes que se daban á la reina Isabel, mujer extravagante que era tan apasionada á la mitología como enemiga del *papismo*. La ópera italiana existe en Londres desde principios del siglo XVIII, y en aquel teatro frecuentado en todo tiempo por las clases mas distinguidas de la sociedad brillaron sucesivamente los cantores mas célebres de Italia, que las escuelas de Nápoles, de Roma, de Bolonia y de Venecia educaban para el divertimiento de los "bárbaros." Allí fué donde se vieron estallar esas luchas heróicas entre Carestini y Farinelli[1], la Faustina y la Cuzzoni, la Marra y la Banti, la Bellington y la Grassini, la Todi y la Marra; luchas deliciosas que se han renovado en nuestros dias entre la Pasta y la Mali-

1 Seis pesos.
2 *Porto-galo.*
3 *Pick-chini.*
4 Veinte mil pesos.

1 *Farinélli.*

bran, Jenny Lind y la Alboni. Los partidos políticos se mezclaban en estas luchas de la fantasía sosteniendo á uno ú otro de ambos campeones. Los *toris*[1] vitoreaban con sumo ardor los arpegios, las gamas cromáticas y los gorjeos *fosforescentes* de la Marra, mientras que el extenso estilo y el canto patético de la Todi excitaba el entusiasmo de los *whigs*[2]. Llevóse tan lejos esta rivalidad, durante la primera parte del siglo XVIII, que cada faccion quiso tener, como en el dia, su teatro italiano. Haendel dirigia el de la corte, en donde hacia oir sus obras maestras que Senesino interpretaba de una manera admirable, en tanto que Buononcini[3], con la cooperacion de Farinelli, atraia á la multitud al de la oposicion. A pesar de la superioridad de su ingenio, Haendel sucumbió en esta lucha encarnizada, costándole hacienda y sosiego. Un dia, en medio de una discusion de las mas acaloradas del parlamento inglés, se vió subir á la tribuna un ministro para pedir que se dejase para otro dia el debate de un asunto muy importante acerca del cual el gobierno tenia que tomar informes. A estas palabras el *speaker*[4] se levantó riéndose maliciosamente para su peluca: aquello no era mas que un ardid convenido entre los *dilettanti*[5] del parlamento que querian asistir al estreno del famoso Pacchiarotti. ¿Sabeis en qué gastaba el tiempo lord Castlereagh durante su permanencia en Paris en 1814? Cantando duos italianos con madama Grassini delante de su amigo el duque de Wellington, quien mirando los bellos ojos de la cantatriz hallaba la voz del primer ministro muy grata. Madama Grassini, que habia sido una de las mas hechiceras conquistas de Napoleon, habia seguido á la fortuna, pasándose al enemigo de la Francia con armas y bagajes.

No ha habido nunca cantatriz que haya alcanzado en Londres un triunfo como el de madama Catalani. La aparicion de esta mujer célebre en una ciudad donde habian lucido los mas admirables artistas del siglo diez y ocho, fué casi un acontecimiento público. La prodigiosa extension de su voz tan igual como robusta, la magnificencia, el brio de aquella su *vocalizacion* que se derramaba en chorros luminosos como un surtidor del parque de Versalles; la rara distincion de su persona, la nobleza de su porte y de su carácter, excitaron allí un entusiasmo universal. Durante ocho años madama Catalani fué la idolatría de la Inglaterra. Admitida en las reuniones de la alta aristocracia, que le agradecian el haber resistido las tentaciones de Napoleon, cortejada de los *toris*, admirada de los *huigs*, ella tenia á toda la nacion encantada, hechizada con sus gamas cromáticas y sus gorjeos deleitosos. Cuando terminaba la estacion de las diversiones en Londres, madama Catalani recorria la Inglaterra dando por todas partes conciertos que le rendian sumas cuantiosas. Su nombre, impreso en un cartel, era un talisman irresistible que hacia acudir la multitud en el villorrio mas corto del imperio británico. Hasta la indigente, la infeliz Irlanda, vendia sus harapos para oir á la maravillosa sirena cuyas *lampi di gola*[1] hechizaban los oidos y arrebataban los corazones.

Tan poderoso y general era el prestigio de madama Catalani en el público inglés, que el gobierno, en su lucha peligrosa contra el descomunal agitador de la Europa recurrió no pocas veces á la habilidad de la cantatriz para dar mas brio al espíritu

1 En Inglaterra, los partidarios de la corte, del sistema político llamado conservador. Martinez López abona la voz.
2 *Huig*, partidario de la oposicion.
3 *Buenoncinni.*
4 *Spicar*, orador.
5 Filarmónicos.

1 Relámpago del garnate.

nacional. Cada vez que se esparcia en Londres el rumor de que Napoleon acababa de ganar una de aquellas terribles victorias que reducia á trizas á la coalicion, el ministerio mandaba al punto anunciar un concierto en Drury-Lane[1], en el cual madama Catalani cantaria, *con fiori* el *God save the king*[2] y el *Rule Britannia*. Cuando su voz magnífica lanzaba sobre la multitud á que hacia temblar, estas palabras llenas de orgullo:

Send him victorious,
Happy and glorious,
Haz que torne victorioso,
De gloria y dicha colmado,

levantábase en masa el público y victoreaba con frenesí á la bella cantatriz, á quien comparaba á Juno cuando con su mirada imperativa agitaba las ondas. Así fué cómo madama Catalani vino á quedar como alistada en la gigantesca coalicion que pagaba la Inglaterra contra su enemigo implacable.

Madama Catalani fué á Paris en 1851, con los aliados, á tomar tambien su parte en el triunfo comun al cual habia contribuido sin duda alguna con sus arpegios seductivos y sus vigorosos "coletes." El 4 de febrero 1815 dió un concierto en la ópera á beneficio de los pobres, y tuvo un éxito tan brillante como el que se mereció en 1806. Ausentóse durante los Cien Dias, y se dirigió á Gante con Luis XVIII á quien habia conocido en Inglaterra y que honraba á la cantatriz con su real benevolencia: fué su casa el paraje donde se reunia lo mas ilustre de los emigrados. Después de una excursion en Holanda y en Belgica, madama Catalani volvió á Paris en tiempo de la segunda restauracion. Entonces fué cuando Luis XVIII, queriendo recompensar el apego que madama Catalani habia manifestado hácia su persona y á la causa de la legitimidad, le otorgó el privilegio del Teatro Italiano con ciento sesenta mil francos[1] de subsidio. Esta empresa fué para la cantatriz un semillero de disgustos de todo género. Dominada completamente por el ánimo inquieto de su marido que procuraba separar del Teatro Italiano á todos los cantores cuyo talento podia hacer sombra á la reputacion de su mujer, madama Catalani se vió en el caso de abandonar aquella fatal direccion, después de perder quinientos mil francos[2] de su caudal junto con el favor del público parisiense. Para reparar este revés la célebre cantatriz emprendió un viaje por el Norte de Europa. Visitó la Dinamarca, la Suecia, recorrió triunfalmente toda la Alemania, dando conciertos que le produjeron cuantiosas sumas. En medio del entusiasmo que por todas partes excitó á su paso, en medio de la vivísima luz con que deslumbraba á la multitud absorta, la crítica alemana frunció el entrecejo y pretendió juzgar á aquella ave del país de la Aurora con los toscos principios de una estética rigorosa, lo cual venia á ser lo mismo que someter los arabescos de Rafael al castillejo de "la razon pura" de Kant. A pesar de un artículo notable que apareció en la Gaceta musical de Leipzic (de 21 de agosto de 1816) con relacion á madama Catalani, á pesar del recibimiento mas que frio que le hicieron en Munich, sacó ella de Alemania mucha gloria y mucho dinero.

En 1817 la ilustre cantatriz estuvo en Venecia donde treinta años atrás habia comenzado á llamar la atencion su juventud y su fama. Pacchiarotti que aun vivia y que entonces oia por primera vez á madama Catalani, no fué del número de sus mas decididos admiradores. No se-

1 *Drúri Léen.*
2 *Get sev zi quen*, Dios salve al rey.

1 Treinta y dos mil pesos.
2 Cien mil pesos.

guiremos mas tiempo á nuestra incansable viajera que visitó los rincones mas distantes de Europa. Bástanos decir que en 1823 atravesó la Polonia y fué á Rusia donde el emperador Alejandro la acogió con un favor muy particular. La última vez que cantó en público fué en un concierto que dió en Dublin el año 1828.

Después de haber deleitado al mundo durante el trascurso de cási medio siglo, madama Catalani se retiró á una hermosa casa de campo que poseia á las inmediaciones de Florencia donde corrieron los postreros años de su vida en medio de la opulencia y de la estimacion pública que lo habian merecido la dignidad de su carácter, la serenidad de su alma y la inagotable caridad de su corazon. En la deliciosa soledad que se habia procurado no cesó un dia de cultivar la música, por la que tenia verdadera pasion.

La invasion del cólera-morbo asiático en Italia decidió á madama Catalani á ir á refugiarse á Paris al lado de sus hijos que allí están establecidos y que pertenecen á Francia en virtud del derecho que les ha trasmitido M. de Valabrègue su padre. La plaga que temia y que tal vez la hubiera perdonado en Florencia la arrebató súbitamente de este mundo en Paris el 12 de junio de 1849, á la edad de sesenta y nueve años.

Madama Catalani, pocos dias antes de su muerte, hallándose sola en su salon sin presentimiento alguno de su próximo fin, recibió la visita de una dama incógnita, que se negó á dar su nombre al sirviente. Luego que aquella se vió delante de la ilustre cantatriz, inclinóse diciendo:

—Vengo á rendir homenaje á la habilidad mas célebre de nuestros dias y á la mas noble de las mujeres: bendígame usted; soy Jenny Lind.

Madama Catalani enternecida hasta verter lágrimas, estrechó largo rato á su corazon á aquella digna émula.

Madama Catalani era una débil música. Se habia descuidado tanto su educacion, que le era imposible leer á primera vista la cantinela mas sencilla. No tocaba instrumento ninguno; siempre necesitaba tener á su disposicion un acompañante que estuviese acostumbrado á seguir los caprichos de su fantasía. Era ella lo que los italianos llaman una admirable *orechiante*. Cuando madama Catalani habia estudiado bien un trozo, sabíale de una manera imperturbable y jamás la flaqueza de su memoria llegaba á embarazar el brio de su imaginacion. Madama Catalani no ha sido afortunada en el teatro. Intimidábala la escena, y perdia allí la naturalidad y la animacion. Su magnífica voz que se derramaba en ondas sonoras y cristalinas como el agua de roca no llevaba en su curso ni el fuego de la pasion ni la chispa cómica. Madama Catalani era en todo el rigor de la expresion una cantatriz *da camera*, una habilidad con joyerías vocales que ejercia "el arte por el arte" sin mas empeño que encantar y admirar á sus auditores. No era ni muy variado ni muy selecto su repertorio: componíase de cosa de una docena de cavatinas que siempre cantaba y en todas partes. Tenia particular predileccion por los trozos siguientes que han recorrido toda Europa. *Son regina* de la *Semiramis* de Porto-Gallo, que este compositor escribió para ella en Lisboa; *Delle trombe* de la ópera de las Tres Sultanas de Puccita[1]; las variaciones de Roda y *Nel cor piu non mi sento* de la *Molinara* de Paesiello, melodía exquisita cuya admirable sencillez alteraba madama Catalani con adornos sumamente complicados. Tambien cantó varias ocasiones en Paris el papel de la condesa, del Matrimonio de Fígaro, pero el *genio* de Mozart le era menos familiar que el de Piccini y de los otros primeros maestros de la antigua escuela italiana. Madama Catalani no conoció la revolucion que operó Rossini: lo imperfecto de su educacion y lo corto de su capacidad para el juego de la escena no le permitieron tomar parte en esa gran renovacion de la música dramática.

1 *Puck-chita.*

La *vocalizacion* de madama Catalani era una cosa como de prodigio. Entre los infinitos adornos que con singular elegancia urdia, llamaba particularmente la atencion aquella facilidad con que hacia las gamas cromáticas, poniendo en cada nota un trinado que centellaba como el brillante del agua mas pura. Unas veces le heria con vigor, imitando los gorjeos estridentes de la alondra; otras, le cubria con una gasa *melódica* que suavizaba su brillo. Gustaba tambien de picar la nota con varios garganteos reiterados, *martilleo* gracioso que habia sido la joya favorita de la Mingotti, una de las cantatrices mas célebres de la primera mitad del siglo XVIII. Su respiracion larga y bien manejada le permitia dar á la frase *melódica* al necesario horizonte y *accidentar* el sonido, que siempre era fuerte y *posto-so*. Madama Catalani se distinguia en los efectos de contraste haciendo suceder á un grito imperioso la *mezza voce* mas misteriosa. El mayor defecto que se pudiera reprochar á aquella *vocalizacion* tan rica y espléndida era un movimiento nervioso que se notaba en su barba y de que jamás pudo corregirse madama Catalani: este movimiento desagradable á la vista que acusaba un vicio de educacion vocal, se ha hecho tan comun en nuestros dias, que se nota entre los artistas mas afamados.

Dotada de un feliz instinto, agraciada con una voz de soprano de las mas extensas, sonoras y flexibles que se hayan conocido, preciosa ave del paraíso cuyo canto igualaba en magnificencia al plumaje, madama Catalani fué mas bien una maravilla de la naturaleza que no un producto del arte. *Tañia* la voz como Paganini tañia el violon, pero sin tener el ingenio fogoso y fantástico de él. Sirena de dulce lenguaje, enajenaba á los viandantes, y podíase decir de su melopea[1] lo que un padre de la Iglesia ha dicho de la dialéctica de los sofistas:

Circula al rededor del corazon (*circum præcordia ludit*) sin penetrar en él.

1 Declamacion en música de los antiguos.

LA REALIDAD DE LOS CASAMIENTOS.

Tomaos la molestia de pensar un poco antes de casaros, y os excusareis la necesidad de tener que pensar mucho ya que estéis casada. Considerad los infinitos casamientos que se hacen en todo el mundo: ¿qué cosas tan tristes y despreciables son! Unas cuantas miradas tiernas, un paseo, un baile, un apreton de mano, una propuesta hecha de sopeton, la compra de unas cuantas varas de raso blanco, un anillo, un sacerdote, un coche.... y todo está concluido. Por el espacio de cinco semanas se ve á dos desdichados consortes paseando del brazo por las calles y haciendo visitas; luego todo entra en una rutina monótona; siéntase la mujer aparte y distante de su marido, y vanse amontonando poco á poco al lado de ambos las riñitas, los holgoritos, los pesaritos y los chiquelos.

EL ANHELO DE SABER.

Por lady María Chase[1].

En una tarde calurosa, una niña se hallaba sentada en un bosque, jugando con el musgo y las piedras.

Era ella una bonita criatura, pero en sus ojos se manifestaba de vez en cuando un deseo, un anhelo que hacia á las gentes decir.

—Esa es una buena muchacha, pero no ha de llegar á vieja.

A la sazon no era eso en lo que pensaba ella, pues lo que la entretenia distrayéndola gratamente de toda otra cosa era el alegre rumor de los árboles que el viento mecia y la vista de una familia de conejos que alejados á poco trecho de donde ella estaba espiaban atentos sus menores movimientos. Sacó la niña de la bolsa de su delantal unos pedazos de pan, arrojóselos y soltóse á reir de verles comer; y cuando este entretenimiento hubo concluido, puso la vista en los árboles y tornó á reir del ruido que hacia el viento que heria las ramas de los árboles. Después viniéndole el antojo de cantar, cantó unos versos sueltos de una cancion que imperfectamente sabia.

Vira el roble,
El árbol noble,
Que los años
Y sus daños
Desafia.
Noche y dia,
Majestuoso
Y poderoso,
Rey del bosque
Siempre fué....

1 *Chase.*

Y cuanto mas bramaba el viento mas recio cantaba ella.

De pronto una semilla ligera cayó á su lado: extendió la criatura su preciosa mano y la cogió. Era la tal una semilla de fea forma y de color oscuro; pero la niña dijo mirándola:

—Dice madre que si siembro una semilla puede que nazca y dé un árbol. Voy á ver.

Con esto, púsose á cavar la tierra y ya que hubo hecho un hoyo puso la semilla en él y le tapó luego con cuidado, cercándole después de una vallita formada con palos secos y vástagos. Mas ocurrióle de improviso un pensamiento.

—La semilla parda esa está muerta ahora, pero allí se estará en la oscuridad un gran rato y luego brotarán unas hojas verdes y crecerá un tallo y llegará á ser un árbol corpulento. Entonces vivirá. Pero estando muerto ahora, ¿cómo es que puede llegar á estar vivo? ¡Qué cosa tan rara es la vida! ¿Qué es lo que da la vida? No puede ser el sol, pues el sol ha estado dando tantos años en estas piedras y todavía están tan muertas como siempre: ni tampoco puede ser la lluvia, pues estos palos que están en el suelo se mójan muy seguido y no crecen. ¿Qué cosa es la vida?

Púsose muy seria la niña con sus pensamientos, é inmutóle la aprension de que álguien estaba cerca de ella. Pensó que el viento podia tener vida, pues que se movia y con harta velocidad, y tenia muchas voces. Si siquiera lograra saber lo que decian sus voces, tal vez le dirian lo que era la vida. Y luego alzaba los ojos y mirando de hito en hito los robles que elevaban sus brazos hácia las nubes, entrábale el deseo de preguntarles lo que saber queria; pero no se atrevia. Un pequeño arroyo se deslizaba por entre una roca que se hallaba arriba de sus piés y corria con incesante murmurio, y ella viéndole consideró que debia tambien de tener vida, pues que se movia y tenia voz.

Habia llegado á caer el dia y la criatura regresó á su casa; pero allí, y hasta en medio del sueño parecióle oir la pregunta:

—¿Qué es la vida?

Era cosa que ella tenia de saber.

. . . . . .

La semilla que la niña habia recogido, el viento la habia desprendido de un pino, y echó raíces y brotó una verde espiguilla, y fué creciendo y creciendo y al cabo de unos cuantos veranos estaba tan crecido que un gorrion hizo en él su nido, entre el lozano follaje.

Allí mismo vino un dia una linda muchacha alta, con apresurado paso y centellantes ojos y sentóse al pié del tronco. Púsose á acariciar amorosamente al jóven pino con una mano: con la otra tenia asido un papel doblado. ¡Cuánto habia crecido desde el dia en que depositó la parda semilla en el seno de la tierra! Abrió el papel y leyó; tiñéronsele las mejillas de un encendido púrpura y temblóle la mano.

—¡Él me ama! dijo. No puede caberme duda.

Luego, leyó en voz alta:

Cuando seas mia, tu sacaré yo de esos tristes montes donde gastas tanto y tan precioso tiempo contemplando en lo futuro. Yo te enseñaré lo que es la vida. Yo te enseñaré cómo esas doradas horas no deben emplearse en ociosos devaneos, sino que deben glorificarse con las magnificencias inagotables del amor. El verdadero vivir consiste en amar y ser amado.

Dobló ella la carta y púsose á contemplar lo que á su rededor se hallaba. Esa enseñanza que le daba la carta ¿era por ventura la que habia recibido de aquellos valientes y envejecidos robles que tanto tiempo habian hecho frente á las tormentas? Habia ella aprendido á entender algo de su voz y á la sazon parecia que le hablaban mas recio que nunca, y lo que le decian era:

¡Sufrimiento!

El viento, que nunca callaba, que no se interrumpia, que nunca retrocedia, le habia enseñado tambien una leccion, en su vuelo progresivo, en sus incesantes esfuerzos por alcanzar algun objeto muy distante. Y la leccion era:

Esperanza.

El arroyo que sin cesar corria, cuyo corazon no se secaba en ninguna estacion la habia dicho con su suave murmullo:

Fe.

Reclinó su cabeza contra el pié del amado pino, y dijo en su corazon:

—Volveré otra vez cuando hayan pasado diez años, y entonces veré quién es quien me enseña lo cierto.

. . . . . .

Érase un dia frio del mes de noviembre. Un furioso viento del Norte bramaba entre los robles desnudos de hojas, los cuales desafiaban su poder con sus brazos nudosos y descubiertos. Las pesadas masas de nubes reflejaban sus oscuros colores en las aguas del arroyo, y el pino, ya con proporciones gigantescas, se mecia imponentemente con la fuerza del viento que le verberaba.

Envuelta en la tormenta vióse venir por abajo de la colina una forma ligera é inclinada hácia el suelo. Era la feliz criatura que habia sembrado la semilla del pino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tendióse sobre las secas hojas á la márgen del arroyo, y reclinóse fatigada contra el robusto árbol. Miró con ojos tristes á los pobladores del bosque, y luego comenzaron á brotar lágrimas de sus ojos. Estaba muy pálida y melancólica, y se embozó en su rico manton para abrigarse del viento.

Habia sucedido como le habia dicho su amante.

Habíase entrado en el mundo, habia probado lo que en el mundo llaman placer, habia dado al olvido las sencillas lecciones que en su juventud aprendiera con el fin de seguir su mandato "de él" y vivir en la luz de su amor "de él." Diez años habian desvanecido el sueño.

El jóven esposo yacia en su hueso; La criatura que le habia dejado ya no existia.

Rendida y atribulada habia tornado apresuradamente al hogar paterno de que nunca debió haberse ausentado, y á sus antiguas costumbres.

Abrazó tiernamente al pino y exclamó:

—Oh! ¡quién fuera como tú! Tú tienes de verte aquí en pié, disfrutando de tu juventud lozana, un siglo despues que yo esté ya debajo de la tierra. No tienes tribulaciones que te acongojen, ni penas que destruyan tu vigor. ¡Qué no diera yo por ser como tú!

Al fin, serenóse.

Y he aquí que la antigua pregunta cuya contestacion nunca habia logrado satisfactoriamente, á saber "¿Qué es la vida?" vínosele de pronto á la mente.

Todos los sucesos, todas sus obras de lo pasado se hicieron presentes en su imaginacion y advirtió que su vida no habia sido una vida digna de una alma inmortal. Oyó de nuevo las voces de los árboles, del viento y del arroyo y sintió como que se calmaba su angustia.

—Sufrimiento, Esperanza, Fe, dijo entre dientes.

Levantóse para partir

—Queda con Dios, amado pino, dijo. Dios sabe si volveré á verte, pero sí lo deseo. Con su auxilio comenzaré otra existencia. A dios, aconsejadores que me han consolado. Vóyme á estudiar lo que es la vida.

. . . . . .

En una ciudad distante moró hasta una edad muy avanzada una piadosa mujer.

No parecia sino que los años no tenian poder alguno sobre su alegre espíritu sin embargo de la gradual disminucion de sus fuerzas. Grandes riquezas le habia dado la suerte; mas no se albergaba el lujo en su hogar. Un hospital, una escuela gratuita, una casa de expósitos eran las pruebas elocuentes de que ella sabia apreciar en su valor verdadero las riquezas. En su casa muchas niñas encontraron un domicilio sin el cual habrian vagado en la infamia. El reformado obrio repartia diariamente sus dones á los necesitados; el ladron penitente era su tesorero; las cárceles conocian el sonido de sus pasos; las casas de caridad bendecian su llegada. Habia ella sido en fin la fiel ecónoma de los dones del Señor.

Ochenta y ocho años habian pasado por ella tan ligeramente como las hojas marchitas, y ya el Padre bondadoso estaba para dar descanso á su sierva y criatura. La crecida servidumbre de su casa se hallaba apiñada en torno de su lecho para presenciar su hora postrera.

A las orillas de la eternidad un grato y suave sueño se apoderó de ella. Imagináse estar en un inmenso bosque junto á un pino corpulento. Un arroyo burbujeaba allí inmediato y una brisa amorosa mecia los lozanos vegetales. Miró al árbol, ufano con su vigor, y sonróse al pensar que hubiera ella algun dia deseado trocar su corona de inmortalidad por la existencia irracional de aquel árbol. Luego la antigua pregunta "¿Qué es la vida?" retumbó nuevamente en sus oidos, y abriendo sus ojos del sueño, habló con voz clara estas palabras:

—El que ha vivido en el Hijo tiene una vida perdurable. Esta es la verdadera vida por la cual sufrimos las probaciones de la otra. Por esta trabajamos y hacemos buenas obras. La vida del hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posée, pues la vida es cuidar del alma. He dado fin á mi carrera; mi tarea ha de ser recompensada en razon de ciento por uno; y vóyme al seno de Aquel cuya amante bondad es mejor que la vida.

Traducido del inglés por E. B.

LA GALANTERIA.

La galantería es una suerte de culto, de cortesanía y atenciones que todo hombre bien educado debe tributar á las mujeres en todas circunstancias.

Ya en nuestros tiempos la galantería no está ni con mucho tan realzada como en los tiempos de nuestros antepasados. Habia sin duda alguna algo muy noble en aquel respeto por unas criaturas débiles que no tienen fuerzas para exigir ninguno. Venia ello á ser una preciosa reliquia de las costumbres de la caballería, institucion fecunda en generosos sentimientos, los cuales parecian prescribir á cada guerrero el voto de galantería al mismo tiempo que el de valentía y honor.

Las revoluciones políticas han cambiado á una las costumbres y la moralidad.

Citanse multitud de respuestas mas ó menos galantes; pero nosotros no traeremos aquí sino las siguientes:

Una señorita jóven y hermosa decia una noche á Fontenelle[1].

—Hay quien asegure, señor, que la luz incomoda á usted, y sin embargo, ¿manda usted que se enciendan las bujías?.. Confiese usted, no obstante, que prefiere la oscuridad.

1 *Fontenel.*

—No donde usted está, señorita, respondió el galante anciano.

D'Alembert[1], antes de dar lectura en una sesion pública de la Academia á su discurso sobre la Apología del estudio, leyóle en una reunion de amigos. Después de haber dicho en aquel discurso que "la misma Providencia que parece haber asociado la dicha á la mediocridad de la condicion y de los posibles parece tambien haberla asociado á la mediocridad de los talentos," interrumpióle una linda mujer diciéndole:

—Señor, eso es darnos á entender que usted no es feliz.

—Sí lo es uno, señora, repuso el galante filósofo, cuando ve y oye á usted.

Una dama de calidad reprochaba al embajador turco en Francia el que la ley de Mahoma permitiese tener muchas mujeres.

—Permítelo ella, señora, le respondió cortesanamente el embajador, para que entre muchas puedan hallarse las prendas que están reunidas en usted sola.

1 *Dalembér.*

ULTIMAS MODAS DE PARIS.

La magnífica estampa, obra exquisita y elegante del afamado Jules David, que acompaña á este artículo, representa dos lindas parisienses, compatriotas del grabador.

Antes de ir mas lejos, me permitirán las señoras lectoras que por un momento suspenda yo en este lugar la explicacion de los trajes que en el grabado se ven, con el fin de decirles cuatro palabritas acerca de Jules David.

Jules David, á quien ustedes, señoras lectoras, no conocen ni aun probablemente de nombre como yo, es en punto á figurines lo que Jouvin (á este sí le conocen ustedes tal cual) en punto de guantes, lo que madama Virginia en punto de túnicos, lo que la mujer en la creacion, es decir lo mas extremado en elegancia y en finura, así por lo que respecta al dibujo, como por lo que respecta á los colores, y á la belleza de las figuras, y á la gracia y buen gusto de los trajes. La exquisita estampa delicadamente grabada en acero y primorosamente iluminada á que me refiero, y que ha venido por el último paquete inglés, es una prueba irrefragable de lo que es y de lo que vale el justamente afamado Jules David.

Ahora, vamos á ver los trajes, los cuales no pueden ser de una moda tan fresca, puesto que son de noviembre.

Traje de paseo.—Sombrero ó gorro de terciopelo verde, guarnecido por fuera de plumas, y lo interior, de flores. Vestido de tafetan oscuro floreado, alto y ajustado. Manteleta de una forma muy nueva, muy elegante y muy propia para la estacion. Zapato del color del traje.

Traje de casa.—Tocado compuesto con listones. Vestido de punto de seda verde. El corpiño es abierto por delante, con vueltas guarnecidas de punto negro, y adornado con rositas de liston de raso negro: las mangas tambien están adornadas con punto negro y blanco interpolado. La enagua es de tul negro con listas de liston y encaje. Zapatos del color del vestido.

Preciso me ha sido ser lacónico en lo relativo á las modas de Paris, para tener tiempo y lugar de ocupar la atencion de ustedes, amables lectoras, con algo de lo que acá en nuestro suelo está hoy en moda en cosas que no son trajes.

Los toreos continúan siendo la pasion absorbente del dia. Tal y tan general es el gusto que se ha declarado por esta inocente y graciosa diversion, que á pesar de los recelos que habia de que una de las dos plazas viniera á estar demás, se ve con alegre asombro que así la novísima como la antigua hacen ambas buen negocio.

A mas de los toros hay lo de la época: las posadas. En todo Méjico, todas las noches, se cantan letanías y canciones de dar y pedir posadas, letanías y canciones en que no se sabe qué celebrar con mas risotadas, si los disparates latinos y castellanos que se cantan, ó la seriedad con que se cantan. Pero todo lo abona lo piadoso de la intencion.

El peregrino celo que en este año se

LE MONITEUR DE LA MODE,
Rue Richelieu, 92, à Paris.

ha apoderado de algunas generosas almas, por ilustrar á los habitantes de nuestra república y hacerlos buenos cristianos, continúa dando quehacer á las prensas de esta capital, de suerte que las Revistas y las Bibliotecas económicas están léjos aun de disminuir en número ni en volúmen; pero el soberano poder legislativo, para no hacer un papel desairado en medio del movimiento intelectual de Méjico, advirtiendo que todo su período le había pasado en un delicioso *far niente* de que tenia precision, por el que dirán siquiera, de arrancarse aunque fuera un momento, todo abochornado y desperezándose se puso á trabajar, y para imponer de luego á luego un merecido castigo á los que tenian la culpa de que no siguiera él gozando de su sabrosa ociosidad, les asentó la mano á las Revistas, Bibliotecas, periódicos, etc., á todo en fin lo que se imprime, circula y publica en la capital. El decreto que han abortado las cámaras grabando mas y retardando la circulacion de los impresos es una preciosa prueba del espíritu de ilustracion que á sus ilustres miembros anima, es lo que puede dar al universo entero, en el siglo XIX, la medida mas exacta de la sabiduría de nuestro congreso.

Hay otra cosa muy nuevecita, invento de las circunstancias, padre legítimo de las destrucciones de coches extranjeros en esta capital: un principio económico-político muy resquecito.

¿Creerán ustedes, amables lectoras, que en la hora y punto que se abaraten los géneros que vienen del extranjero, que en el mismísimo momento que compren ustedes sedas, algodones, lanas, etc., á la mitad del precio que hoy les cuesta; creerán ustedes, digo, que en ese mismísimo momento estará en un tris la independencia de la nacion y tanto, que no pasará una hora antes de que tengan ustedes invadido, ocupado el suelo nativo de ustedes y sus casas y sus haciendas y todo y todo, ¡Dios nos asista! por franceses, ingleses, austriacos, rusos y hasta por los hijos de la Tierra del yelo? . . . ¡Jesús! ¡que horror! ¡Si á lo menos no fueran mas que ileros!...

Y no hay remedio, que así nos lo han asegurado las cabezas mejorcitas de nuestro congreso en mas de un docto discurso en que se ha hablado de pérdidas de *fortunas* y de no sé ya cuántas otras cosas tanto ó mas espantables que aquellas.

Y yo para mí no sé á punto fijo qué pensar en esto cuando oigo decir que la independencia peligra porque los consumidores compren mas barato las mercaderías extranjeras y cuando veo que de fuera estamos recibiendo toreadores, cómicos, bailarines, letras de imprenta, grabados en madera y acero, instruccion, ilustracion, religion y otras mil cosas, lo cual no puede menos de acarrear gravísimo perjuicio á nuestros toreadores, cómicos, bailarines, tipógrafos, grabadores, instructores, ilustradores, catequizadores, etc., y por tanto lo á nuestras industrias tauriles, dramáticas, *coregráficas*, tipográficas, grabadoras, instructivas, *ilustrativas*, etc. . . .

Esto me hace pensar ¡y se me hiela, se me coagula al pensarlo la sangre mejicana que me corre por las venas! cuán cási en peligro está la independencia de mi patria con la ropa que uso, el sombrero que traigo, . . . ¡qué digo! hasta con las botas que calzo.

¡Lástima que nuestra república no esté cercada de una ancha y alta muralla como la de China! ¡Qué industriosos no serian con ella mis compatriotas y qué maravillas, qué prodigios industriales no engendrarian sus fecundas cabezas! . . .

¡Y noramala las máquinas, los caminos de hierro y esa simpleza de telégrafo electro-magnético! Noramala todo lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viene de *estrangis*, con menoscabo de nuestras *fortunas!*

En una reunion de personas *fashionables* (qué me gusta esta voz que hace torcer el gesto á los españoles y que los franceses usan con tanto desgaire), en una reunion de lo mejorcito de esta ciudad se ventilaba poco hace la gran "cuestion" del *blumerismo*, y si he de decir la verdad pura y limpia, en medio de los sí y de los no, de las reticencias y de las palabras cortadas, de las sonrisas y de las exclamaciones, advertí que si bien ninguna de nuestras hechiceras compatriotas se arriesgaria á ser la primera en dar un ejemplo público de *blumerismo*, no por eso se resistirian muchas de ellas á seguirle si hubiera quien rompiese el nombre. ¡Es tan poderoso el principio ese de

Lo que se usa no se excusa!

Y luego, ¿creen ustedes, amables lectoras, que les estaria mal ese traje oriental, ese traje de odalisca?

Lo que mas desagrada en la moda *blumeriana* es su procedencia. Todo lo que viene de los Estados Unidos huele á bárbaro, parece tosco é inelegante. Yo estoy persuadido de que el tal *blumerismo* no ha de pasar del suelo de los *yánquis*.

X.

CARTA MERCANTIL Y AMATORIA.

Muy señora mia:—En contestacion á la de usted fecha 20 del próximo pasado junio, la cual recibí oportunamente, debo decir á usted que ya he remitido las muestras que me tiene usted pedidas, junto con el precio corriente del renglon consabido. Y volviendo al asunto de mi anterior.... no puede conformarme con ver la respuesta de usted como un respuesta definitiva.... yo espero que usted atenderá á mi ardiente amor. En la edad de usted no es posible mantenerse mucho tiempo viuda..... nada tiene usted que recelar de un carácter tan dócil y de un amor tan sincero como el mio. La casa de Chartier y C.ª ha pedido seis meses de plazo: ¿está usted por darlos? Conteste usted á vuelta de correo á esta pregunta y á lo que interesa á la felicidad de mi vida. Usted es la realidad de todas mis ilusiones. El afecto, respeto y estimacion que siento por usted son sinceros y profundos. La union de nuestras dos casas daria á nuestros giros una extension incalculable. He aceptado su papel de usted contra la casa de Bernard y C.ª. El aceite de Colza corre á 21 francos.

Esperando contestacion de usted á vuelta de correo, cierro esta carta latiéndome el corazon.

Suyo, con todo respeto,
M.

La casa de Fritz ha interrumpido sus pagos. Cómo me late el corazon cuando le escribo á usted. Los aceites están subiendo.

Esta carta se encontró en un coche de uno de los caminos de hierro de Francia.

EPISODIO TAURIL.

SEGUNDA PARTE.

La aurora con sus trasparentes dedos descorrió las cortinas de la noche y asomó su risueña y apacible cara.

Amaneció pues el dia 23 de noviembre de 1851.

Memorable dia es el 23 de noviembre de 1851.

Muy memorable, sí, muy digno de eterna recordacion para Méjico, no porque en él se estrenara el telégrafo electro-magnético, valiente simpleza despues de todo, ni se diera la primera mano al tan cacareado camino de hierro que aun está por ver, ni se llevara á puro y debido efecto la famosa sacusion de Puente que ha quedado en los espacios imaginarios, ni.... En suma, el 23 de noviembre del año de gracia 1851, domingo vigésimo cuarto y último despues de Pentecostes, dia de santa Luza ó Lucía, virgen y mártir de Siracusa en el siglo VI, patrona de las oftalmías y de los incendios, este dia se estrenó la novísima plaza de toros que hoy gallardea soberbia en uno de los extremos del paseo de Bucarelli.

Ardua empresa y hasta cierto punto temeraria de mi parte, seria el trasladar al papel así el alboroto general como el afan con que todo Méjico aguardaba el momento crítico, el ansiado momento en que habia de tener efecto el grandioso suceso de la apertura de las puertas del magnífico, del espléndido anfiteatro verde. Figúrese quien me leyere la precipitacion, el afan con que los pares únicos restos de la creacion despues del diluvio debieron de correr á zamparse dentro del arca de Noé y tendrá con esto una idea tal cual del afan y del desasosiego de los vecinos de esta capital.

Don Crisanto por su lado, y Elisa por el suyo, ahuyentado su sueño con la presencia del ruibicundo dia, tuvieron por conveniente salirse de la cama.

Don Crisanto bien hubiera querido no acordarse de lo que habia soñado, pero ¿qué medio de que no se le viniera á la mente, cuando aquel dia era el que era, cuando al recordarse al querer ó no de que aquel dia era el del estreno de la novísima plaza se le hacian presentes los toros, y con ellos los pensamientos de la víspera, y tras estos las visiones del sueño?

Los sueños, y particularmente las pesadillas, son de una naturaleza *hostigadora* en sumo grado. Sueña usted un

sueño grato, un sueño de esos que le representan á usted propio en una tierna, sabrosa y solitaria plática con una parienta de Eva, plática tan íntima, tan confidencial, tan gustosa que para no dejar escapar ni un vocablo, ni una sílaba, ni una sola letra de lo que se dice, ni uno solo de los efectos que se producen por virtud de ella, se acerca usted á ella cuanto lo permiten las sillas, y *susurra* á su oido palabras de miel y le ase la mano y el brazo, y por la pulsacion de sus arterias y por la expresion de sus ojos ve que su afecto será galardonado...

Ahora bien, un sueño de estos, un sueño que deberia grabarse para siempre en la mente y el alma, se borra tan completamente que no se tienen de él otro dia mas que especies muy oscuras.

Pero sueñe usted una catástrofe, escenas de espanto y terror, y verá usted si su tenaz y molesta memoria no le acosa por mas tiempo del que usted quisiera.

¿Por qué es que lo menos grato, lo de una desagradable naturaleza deja en la imaginacion huellas mas profundas que las ideas halagüeñas?

Cuestion no es esta que yo no sé resolver. Así como así no hace esto á mi propósito.

Don Crisanto hubo de recapacitar en su aciago sueño, puesto que no pudo echar á puerta ajena el pensamiento de los toros.

Y cátese usted que tuvo que pensar en su vida pasada, porque la vision que tuvo, como lo dije en otra parte, no era una cosa que no tuviera alguna relacion con él.

En efecto, don Crisanto habia sido un empleado viejo, empleado de aduana en Tampico. Allí, merced á lo elástico de su conciencia, á las seducciones y á la impunidad llegó á tener lo que se llama una buena *fortuna*, es decir un buen caudal.

La prosperidad pervierte no pocas veces el corazon. Si bien es verdad que nuestro don Crisanto nunca habia sido lo que se llama un hombre de bien, sus flaquezas habian sido tan leves que no habian llamado la atencion de nadie; pero con el dinero volvióse inaguantable. La inclinacion á los licores que desde su nacimiento habia sido una de sus inclinaciones características tomó un vuelo tal que mas de una ocasion se le vió por las calles, brazo á brazo con un su amigo entregado á la mas patente embriaguez. Sin embargo, como tenia dinero, á nadie le ocurria mirarle mal; antes al contrario todos atribuian aquella su destemplanza á pesadumbres de familia.

La envidia, que todo lo puede, logró introducirse en el palacio de Méjico y con su viperina lengua profirió tales ausencias de don Crisanto, que no pudo el supremo gobierno excusarse de remover de su empleo á don Crisanto para sustituir á este con otro individuo que si bien era pobre en cuanto á medios no lo era en cuanto á deseos de medrar.

En vano don Crisanto hizo tan patente su integridad y pureza como la luz del meridiano, en balde protestó y se resistió, preciso fué ceder el lugar al nuevo favorito del supremo gobierno.

Para consolarse de su desgracia, don Crisanto se trasladó á Méjico, donde se encontró con mil consideraciones que no esperaba, y hasta el ministro le dió con suma afabilidad una audiencia en la cual se excusó de la medida que habia dictado, echándosela al señor presidente. Satisfecho con la buena voluntad del ministro, y mas que con la buena voluntad con las reiteradas promesas del mismo de proporcionarle una excelente colocacion, don Crisanto se dió á la briba, hasta el extremo de llegar una noche á ser recogido por los criados de una casa que él visitaba, pero recogido en un estado de embriaguez consumada.

Habia en la casa una muchacha no fea, hija única, en la cual hacia mucho tiempo que tenian cifradas sus esperanzas unos padres codiciosos. Las visitas de don Crisanto que ellos habian diestramente provocado, les agradaban sobradamente y procuraban poco á poco ir inclinando el corazon de Ignacita á un hombre que con el gran caudal que tenia podia satisfacer las ambiciones paternales.

Ignacita no se inclinaba á don Crisanto por la razon muy sencilla de que estaba inclinada á otro; pero en la noche de que hablé mas arriba fraguaron sus padres una intriga de que resultó que Ignacita quedara apalabrada en casamiento con don Crisanto. Gracioso fué el incidente este, y gustosísimo le relataria yo aquí punto por punto si no temiera alargar demasiado esta historia.

El hecho es, en dos palabras, que don Crisanto de la noche á la mañana vino á verse en plena y legítima posesion de Ignacita, con el título de marido suyo. Pero la mala conducta de él hizo indispensable un divorcio ruidoso, y mas luego la muerte de Ignacita, la cual dejó una hija, esa mismísima Elisa que conoce ya el lector.

En suma, don Crisanto con los años llegó á conocer lo descaminado que iba, llegó á tener bochorno de lo que habia sido y se enmendó.

He aquí por qué el sueño de la noche anterior le habia hecho tanta impresion.

Pero después que se hubo serenado por virtud de las reflexiones que á sí propio se hizo, apartó la mente de aquellas importunas memorias de sus pasadas vergüenzas, de su pasado cieno, y dióse á pensar tan solo en las corridas de toros.

En difinitiva, no sé si por la fuerza de la álgebra ó por la de las razones *seductoras* del inclito don Jaime Balmes, el señor don Crisanto quedó plena y perfectamente persuadido de que no habia inconveniente chico ni grande en ir aquel dia y cualquiera otro que lo juzgase conveniente á cualquier toreo.

Entre tanto Elisa tambien, atribulada con lo que en la mente le habia estado bailando por la noche, recordó pensativa y "tristona."

¿Qué vendria á ser aquello de su amante muerto?

Y ¿por qué seria aquello de gritarle con tanta torquedad que no fuera á los toros?

¿Le estaria reservada alguna desgracia allí?

Y luego, ¡iria ella, tendria ella valor de ir á una diversion de sangre, de sobresaltos, de sustos?...

¡Jesús!...

Tapóse Elisa la cara con ambas manos y como si esto no bastara á libertarla de la vista de un objeto imaginario que la asustaba, cerró tambien su par de ojos tan hermosos que no sé con cuantos epítetos los habria descrito el bueno de Valbuena.

Elisa se levantó con el ánimo hecho de no ir á los toros, pero no sé qué feliz ca-

sualidad llevó á sus manos unas hojas altamente católicas, y habiendo leido en ellas, escrito de molde, que los toreos son una cosa muy santa y muy buena, como lo prueba entre otras autoridades la del famoso doctor Balmes, Elisa se tranquilizó al punto y determinó concurrir á la plaza novísima si el señor su papá tenia á bien llevarla.

Así, por diversos caminos y por diversas razones, el padre y la hija vinieron á una misma conclusion, poniéndose anticipadamente de acuerdo, sin entenderse ni saberlo, en un punto importante, á semejanza de esos escritores, luminarias de la prensa de Méjico, que como por obra de milagro, están de perfecta conformidad en opiniones económico-políticas con un misterioso ilustrador que los ilumina desde unas cuantas centenares de leguas de aquí.

¡Qué misterios hay en el mundo, á mas del álgebra!....

Don Canuto Flauta.

El señor don Canuto Flauta se presentó, como tenia de costumbre hacer los mas de los domingos, en la casa de don Crisanto. Esta vez á mas de la costumbre dominguera, le llevaba allí la gran novedad del dia: la sonada próxima corrida de toros en la plaza novísima.

Era el tal don Canuto un hombre largo y seco, escaso de dientes y sobrado de nariz, la cual remataba en un ángulo agudo, cara larga y enjuta, cabellos negros, escasos y pandos: esto, por lo que respecta á lo que llaman *el físico* ó la fisonomía; pues en cuanto á lo *moral* ó intelectual, á despecho de la figura y la cara de vinagre de don Canuto, no era él de mal genio, ni dejem de trato ni de malas entrañas. Su edad habia ya entrado en términos mayores.

Don Canuto se habia hecho amigo bastante íntimo de don Crisanto, y visitaba con frecuencia la casa, menos en verdad por el amigo que por la hija del amigo. Que entre un hombre y una mujer, una vieja y una jóven, una bonita y una fea se decida uno de ordinario por la mujer por la jóven y por la bonita, está en el órden natural de las cosas.

Don Canuto tenia pues sus pretensiones: Elisa era el blanco de los amorosos tiros de don Canuto. Nuestro don Crisanto, sabedor del caso, que don Canuto nunca trató de ocultar, no encontró el menor reparo que hacer, pues don Canuto era un sugeto acomodado y de buen concepto.

Pero el caso es que á pesar de las delicadas atenciones del galan, la dama nunca jamás habia llegado á persuadirse que aquel hombre, si es que ella podia considerarle hombre, tan largo, tan flaco, tan viejo, tan agrio, pensara jamás en tener algo que ver con ella, con ella á quien el espejo y mas de cuatro petimetrillos de corsé, literatos de la "víspera," habian dicho infinitas veces:

Eres bien proporcionada;
Eres alta pero no flaca;
Eres jóven;
Eres amable;
Eres linda, hechicera, incomparable, etc, etc.

Y aunque los petimetres mintieran, no podia mentir el espejo, ese fiel consejero de las mujeres, con el cual nunca riñen porque él tiene en su abono el que al representárles sus hechizos ó defectos ellas los ven con sus propios ojos, es decir con ojos parciales.

Segun ya dicho, Elisa nunca habia llegado á persuadirse de que cosa alguna pretendiera un fastasmon tan escandalosamente desproporcionado para ella; pero sí creyó que lo hiciera un mocito de muy buena cara, de cabello cuerpo, que un dia, en un baile le habia presentado su buena estrella.

La indulgente lectora me dispensará de que le dé aquí su retrato en consideracion á que no es para pintada ni descrita su hermosura: ¡sobre decir que casi se aborrecia Elisa de la suya propia cuando se paraba á compararla con la de su *cucaniador* amante!....

Desde muy temprano la curiosa vecindad de Méjico acudia al anunciado espectáculo.

Aun no eran mas que las dos de la tarde y ya la calle que conduce al paseo Nuevo estaba transitada por un inmenso gentío de todas condiciones y catadurras, á pié, á caballo, en coche.

Mas tarde un hermoso landó se vió venir por las calles de San Francisco, entrar en la Alameda, salir por la puerta del extremo opuesto, correr á lo largo de la calle de la Acordada y parar á la puerta de la plaza novísima. Allí un lacayo abrió la portezuela del coche, y salió de este, apoyándose en el brazo de uno de los caballeros que habian bajado antes, una preciosa señorita, derramando lujo y donaire, hermosura y juventud. Tras ella, con extraña precipitacion, se entró en la plaza un mozalvete muy gallardo....

¡Magnífica estuvo la corrida!

Pero la pobre Elisa, pasando de un terror á otro, con el corazon cada rato en la boca, agitada, atribulada cada vez mas, tapóse el rostro y dió un grito de pavor en el momento que el toro, venciendo el obstáculo de la garrocha prendida á su cerviz, arremetió al caballo, introdújole una asta en los encuentros y le derribó por tierra junto con el jinete.

Nadie reparó el gemido, ni la demostracion de horror ni el estremecimiento nervioso de la jóven.

El concurso, con sonrisa convulsiva y animada, contemplaba aquel ligero incidente, harto comun en los toreos. Si álguien hubiera por casualidad advertido el efecto de la sensibilidad de Elisa, habria cuando mas exclamado con tono de compasiva burla:

—¡Qué pobre novicia!

O mirándola bajo otro aspecto:

—¡Qué novelería! Quiere llamar la atencion.

—¿Qué sucedió? exclamó Elisa cuando pasado un rato se descubrió la cara que se le vió pálida como la de un cadáver.

—Nada, prenda mia, contestó don Canuto. Pero está usted como un pan de cera... ¿qué tiene usted?

Elisa, al ver la serenidad con que don Canuto le hablaba, paseó la vista por los demás concurrentes, y notando la misma imposibilidad abochornóse del sentimiento mas precioso del corazon humano y la súplica de regresar á casa expiró en sus labios.

Siguió la corrida. Nuevos caballos destripados, nuevos lidiadores en peligro volvieron á causarle nuevos terrores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Esto es horrendo! decia entre sí. Y luego, ¿no parece como cosa de una traicion infame eso de provocar, de irritar, de enfurecer á un pobre animal que Dios ha hecho valiente, para, después, escondida la espada, asesinarlo? ¡Y no es una temeridad bárbara el exponerse, no mas que por diversion?

Si un *tauromaniaco* la hubiera oido se habria reido compasivamente de ella.

Yo, por mi parte, me guardaré toda mi vida de hacerme acreedor á la sonrisa de un aficionado á toros. Esa ilustre gente debe estar muy dispuesta á ver en todo el mundo una res ó cosa semejante.

Fué brillante la corrida.

Seis ó siete caballos muertos, diez ó once toros lidiados. . . No faltó, para no dejar nada que desear, mas que un lidiador, siquiera uno, descoyuntado á lo menos.

Concluida la funcion, salióse la concurrencia.

Coches, gentes y cabalgadores, partieron en confusion por la calle de la Acordada.

Detrás del coche que conducia á don Crisanto, Elisa y don Canuto, veíase, aunque no muy distintamente por ser ya la hora tarde, un jinete caracoleando con un soberbio caballo alazan.

De pronto, arrimándose el tal jinete á la portezuela del coche, no sé si para atravesar alguna palabra con alguna de las personas que en él iban, pasó velozmente otro coche, el cual rozando con el primero se llevó de encuentro al caballo y al jinete, viniendo á dar estos en tierra.

Elisa no pudo oir el *angustioso* grito del derribado mancebo, ni aun saber el fracaso.

Al dia siguiente, sin embargo, no dejó de llegar á sus oidos la triste noticia de que su amante habia sido atropellado de un coche y lastimado en términos que se hacia indispensable amputarle una pierna.

¡Contemplen las almas tiernas el dolor de Elisa!

Pero Elisa no se volvió loca, ni perdió el apetito, como suele suceder, particularmente cuando el novio es rico.

El trato engendra el cariño.

Don Canuto á fuerza de atenciones y finezas, logró despreocupar á Elisa; y Elisa, viéndose viuda de amante juzgó conveniente humanizarse con don Canuto, quien ya le parecia un hombre, y no un hombre así como quiera, sino un hombre afable, complaciente y honrado.

De suerte que en el mes de diciembre, con un boato poco comun se celebró la boda, de la cual no hubo nadie que tuviera por qué arrepentirse, á pesar de la poco simpática cara de don Canuto y de la ligereza de Elisa.

—¿Qué tiene que ver las corridas de toros, me dirá el crítico, con la historia de usted?

—Y ¿qué tienen que ver entre sí, digo yo, los diversos incidentes de muchos de los dramas, comedias y sainetes que se representan en el mundo?. . . . X.

MUJERES DE EDAD AVANZADA.

Nunca le ocurra á un jóven en una tertulia, el reir á espensas de las mujeres de edad avanzada.

No porque suela encontrar algunas á quienes la vejez haya vuelto desapacibles y de mal corazon, deja de haber muchas, y es el mayor número, capaces de darle consejos de la mayor utilidad.

El frecuente trato con las mujeres es lo que inspira esa urbanidad, esa elegancia en los modales, ese tono de política y amabilidad, en fin ese amor propio bien entendido que pueden hacernos prosperar en el mundo. Sean cuales fueren así sus cualidades corporales como su edad, ellas tienen todas derecho á nuestras consideraciones y homenajes.

¡Cuánto no se puede aprovechar con una mujer que no ha perdido con los años mas que su hermosura! ¡Cuán gratos no son los consejos de su experiencia! Agrádanos su moral y fácilmente se abre el camino de nuestro corazon, porque ella no es enemiga de nuestros placeres, contra los abusos de los cuales tan solo quiere precaucionarnos.

El que se burla de las mujeres de edad avanzada no merece ser amado de las jóvenes.

CLASIFICACION MORAL.

Considerando el conjunto de la sociedad, nótase con poco trabajo cierto número de grupos cuya conducta, gustos é inclinaciones son de todo punto diferentes ó que tienen á lo menos ciertas particularidades que impide confundirlos. Un escritor satírico queriendo bosquejar con un solo rasgo la fisonomía moral de cada uno de estos grupos, y no atendiendo sino á la pasion dominante que todos ellos presentan, ha creido deber trazar la clasificacion siguiente, á la cual da por base el orgullo, en que, dice él, descansa nuestro edificio social:

Los nobles. . . . . orgullo de sangre.
Los poderosos. . . orgullo de poder.
Los ricos. . . . . orgullo de fortuna.
La clase media . . orgullo industrial.
Los pobres. . . . . orgullo humillado.

Dejando á nuestros lectores el cuidado de apreciar la exactitud de esta clasificacion, diremos que es bueno estudiar la fisonomía moral de cada una de las clases sociales, pues importa mucho, cuando se encuentra uno en sociedad saber con quién trata.

EL HABLAR.

—¡Qué deliciosa ciudad es Venecia! decia un dia una señora.

—Y ¿qué le ha encontrado usted que tanto agrade? le preguntó uno.

—Que yo hablaba allí todo el dia.

EDUCACION

FISICA DE LAS JOVENES.

POR EL DOCTOR LALLEMAND.

El medio mas eficaz de combatir los desórdenes producidos por una sensibilidad demasiado exaltada, es el desarrollo progresivo del sistema muscular con el auxilio de ejercicios variados mas y mas enérgicos y prolongados. Este es el verdadero remedio contra los males de nervios, contra los vapores y contra todos los efectos espasmódicos que son la consecuencia de la inaccion en que viven las personas acomodadas. Lo que lo prueba es la frecuencia de estos efectos en las mujeres y en la gente que lleva una vida afeminada, así como su desaparicion cuando por reveses de fortuna entran en una vida laboriosa, de que tantos ejemplos se han visto durante la revolucion francesa.

Si los juegos de la primera infancia requieren mas bien ser vigilados en su expansion espontánea que no metódicamente dirigidos, esto no quiere decir que deba dejarse á los niños jugar cuanto quieran, sin ocupar su entendimiento, sin dirigir su parte moral, sin fijar de tiempo en tiempo su imaginacion, pues la verdadera educacion comienza mucho mas breve de lo que se piensa; pero es preciso que los momentos de atencion y de inmobilidad sean mas cortos cuanto mas jóvenes sean los niños, debiendo ser los juegos mas vivos y ruidosos cuanto mas fuerte haya sido la contension del ánimo y mas variados cuanto mas repetidas hayan sido las ocupaciones. A medida que el sistema muscular se fortifica, deben ser mas enérgicas y prolongadas sus funciones. A medida que el entendimiento se desarrolla, pueden hacerse intervenir, con provecho, unas reglas deducidas de la experiencia. Reemplázanse pues poco á poco los ejercicios irregulares con aquellos que pueden ser ensefiados.

La natacion[1] debe ocupar la primera línea entre los ejercicios obligatorios, á causa de su importancia bajo todos respectos. Este ejercicio es uno de los que emplean mas las fuerzas, de los que mas ejercitan los músculos de todas las maneras, de los que desarrollan mas destreza y fuerza. La accion del agua fria mientras que el cuerpo está en movimiento, es tambien de mucha utilidad para la economía. No hay quien no sepa lo tónico que es el uso de los baños frios, á causa de la reaccion que excitan en la piel y de la energía que de la misma reaccion resulta en las funciones de las membranas mucosas, tan íntimamente enlazadas con las de la piel. Cuando la constitucion se halla bastante robusta para resistir con utilidad á la sustraccion del calor animal, las luchas frecuentes contra la accion del frio va acostumbrando poco á poco á la economía á resistir enérgicamente para mantener el

1 *Lal-man.*

1 La lengua de Castilla, tan abundante en voces de tauromaquia, no tiene un sustantivo para expresar "el arte, el ejercicio de nadar (*natation* en francés, *natation* en inglés, *natatio* en latin;" tiene NADADURA para "el acto de nadar," y nun este término es en cuando.—RR.

equilibrio y acaban con quitar á la piel esa molesta *susceptibilidad*[1] que la hace sensible al menor cambio repentino de temperatura. Cuando la vida está exuberante es principalmente cuando la reunion producida por los baños frios es fácil y saludable; y entonces es cuando un interés natural nos lleva á solicitarlos. La simple inmersion en el agua fria ofrecería ya grandes beneficios, aun cuando el cuerpo permaneciese en ella inmóvil; pero la natacion hace los baños frios de muy otra suerte provechosos, en virtud de la reaccion que favorece: todos los músculos toman en él parte de la manera mas variada y mas constante, pues el menor sosiego amenazaria la existencia.

No hay, por tanto, un ejercicio mas favorable al vigor de la constitucion, á la regularidad de las formas y al desarrollo así de la destreza como de la fuerza.

Por otro lado, ¿qué auxilio no se puede sacar de la natacion? En muchas circunstancias imprevistas, no se necesitaria con frecuencia mas que una poca de serenidad y algunos esfuerzos bien dirigidos para evitar la muerte. La mayor parte de los que perecen ahogados no mueren sino porque pierden la cabeza y son por lo mismo desordenados sus movimientos.

Los beneficios de la equitacion[2] son mas limitados que los de la natacion y no pueden ser aprovechados sino por los ricos.

En cuanto á la esgrima, esta tiene la ventaja de favorecer el desarrollo del pecho y pudiérase sacar de ella mucha utilidad en órden á fortificar oportunamente los pechos estrechos, comprimidos y largos. Mas de una vez he contenido yo mismo las inclinaciones del talle en varias jóvenes, haciéndolas tomar lecciones de florete con la mano izquierda. En Montpellier mis intenciones han sido favorecidas por una circunstancia que merece ser referida.

Una persona, antiguo maestro de esgrima de ingenieros, habia adoptado á una niña huérfana, pálida, linfática, afectada de obstrucciones escrofulosas y amagada de raquitis. Conforme á sus observaciones sobre los efectos de los ejercicios, el excelente y sensato Juan Luis se ocupó en darle lecciones de manejo de espada, las cuales fueron al principio raras y cortas y despues mas y mas frecuentes y largas. A medida que las fuerzas fueron progresando fuése modificando la constitucion de la niña sin auxilio de ninguna otra curacion; luego el desarrollo del talle fué rápido y regular, por último la conformacion así como la salud no dejaron nada que desear y la niña fué puesta en pupilaje para completar su educacion moral, algo descuidada por motivo de su mala salud. Pero á los pocos meses disminuyó el apetito, desapareció la frescura, desarreglóuse sucesivamente todas las funciones y el deterioro siguió una marcha rápida sin que existiese una enfermedad aparente. A los seis meses escasos su padre adoptivo se vió precisado á llevarla á su lado. Con su ordinaria sensatez púsola á jugar las armas y no tardó en restablecerse. Desde entonces el ejercicio fué para ella una necesidad de conservacion: ha llegado á ser muy fuerte, hasta poder reemplazar á su maestro para con las jóvenes cuyo talle se tuerce.

Por lo demás, no es necesario recurrir á las lecciones de esgrima ó á otro medio análogo para enderezar el cuerpo de las jóvenes, hoy que existen para ellas instituciones gimnásticas. El baile es insuficiente porque no ejercita mas que á los miembros inferiores, á lo menos entre nosotros, pues en lo antiguo tenia caracteres que hoy no conserva sino en Oriente: por lo tanto el baile es un ejercicio benéfico á la salud, si no se abusa de él.

1 Martinez López.

2 El arte de montar á caballo; el ejercicio, la accion y efecto de montar á caballo.

ECONOMIA DOMESTICA.

CERVEZA DE JENGIBRE.

Tómese una onza del mejor jengibre machacado, y una y media libras de azúcar de pilon, una onza de crémor tártaro, dos limones cortados en rebanadas. Sobre estos ingredientes viértanse diez y seis cuartillos de agua hirviendo, muévase bien y déjesele reposar hasta que esté tibio; entonces añádansele dos cucharadas de jite (espuma de la cerveza). Déjesele estar hasta otro dia y entonces embotéllese, cuidando de taparlo bien.

PASTA DE DÁTILES.

Dátiles, media libra; goma del Senegal, una y media libras; jarabe de azúcar de pilon, una libra; agua de azahar, dos onzas. Macháquese y ciérnase la goma y revuélvase con el agua, desháganse y evapórese á un fuego suave, hasta que tome la consistencia de la miel.

PAN ITALIANO.

Tómese: doce cucharadas de harina fina, seis de azúcar en polvo, tres huevos, las raspaduras de un limon y dos onzas de mantequilla fresca. Mézclese todo en una sarten, con una cuchara de madera hasta formar una pasta, la cual si no quedare bastante firme, añádasele mas harina y azúcar. Sáquese despues, amásese bien con la mano, córtese en forma de bizcochos redondos y largos, barnícense estos con clara de huevo y cuézanse en un horno caliente.

TORTILLA DE HUEVO SOPLADA.

Quiébrense seis huevos y pónganse las claras y las yemas en sartenes separadas; bátanse las yemas con una poca de azúcar y sal, y las claras hasta que hagan una espuma sólida; mézclense las claras y yemas así batidas, aromatícense ya mezcladas, con una cortecita de limon. Derrítese un pedacito de mantequilla en una tortera puesta á la lumbre, póngase en la misma tortera la tortilla y ya que por un lado esté bastante cocida para contener la parte líquida voltéese en el plato y hágase cocer en el horno. Cuando esté bien espunjada, mándese á la mesa.

RICO ROLLO DE ALMENDRAS.

Móndese una libra de ALMENDRAS dulces y cuatro libras de almendras amargas; macháquense en un mortero con una poca de agua de rosa hasta que se haga una pasta, y añádasele una libra de azúcar de pilon y un poco de aguardiente; luego tómense las yemas de treinta y las claras de veinte huevos y bátanse por separado las yemas y las claras; añádanse las yemas á las almendras, y azúcar, viértansele poco á poco las claras y mézclese bien todo; engrásese de mantequilla una sarten de hoja de lata y viértase en ella el bollo; espolvoréesele por encima una poca de azúcar y póngase á cocer por una hora en un horno bien cargado.

PASTA PARA DAR NEGRO AL CALZADO.

Cuatro onzas de goma arábiga, una onza de miel prieta y la cuarta parte de media azumbre de tinta: disuélvase todo en una onza de vinagre. Pásese por colador y añádasele despues una onza de espíritu de vino. Esto debe aplicarse con una esponja al cuero, dejándosele secar donde no haya polvo, y solamente es propio para el tiempo seco.

das, Luz, prendada de la mansedumbre, de lo gracioso y cariñoso del animalito le festejó tanto y tantas veces, que el animalito llegó en poco á tomar un cariño exquisito y muy particular á Luz. Mas adelante, cuando Luz descubrió hasta donde iban á parar las miras de don Jacinto, quiso desterrar de su casa al perrillo, el cual, animado por su amo, que terminantemente declaró á la jóven que se le regalaba, no quiso ni abandonar la casa ni apartarse de su nuevo dueño.

No luchó poco Luz por ahuyentar al Chuchito, en el que alguna vez quiso desquitarse de la contemplacion forzada que se veia precisada á usar con don Jacinto; pero venciólo al fin el constante sufrimiento, la invencible lealtad del perro, viniendo este á ganar del todo su voluntad.

Unico compañero, único sincero amigo, ¿qué culpa tenia él de que su amo tuviera un corazon malvado dentro del pecho, qué parte podia él tener en los malos sentimientos que abrigaba don Jacinto?

Siempre resulta cierto que Antonia no carecia de razon en sus malicias y que tenia fundamento para querer saber de boca de la misma Luz la historia curiosa, para ella á lo menos, de la adquisicion del animal. Y el animal venia á ser el fundamento de las muchas murmuraciones que en el público habia contra Luz.

Por lo demás no hace ningun otro papel en esta historia el Chuchito, y dispénsesenos la franqueza con que declaramos aquí que no fué por darle mayor importancia por lo que comenzamos por él nuestro relato sino porque obligados á comenzar por alguna parte preferimos hacerlo rebatiendo las ideas no poco extraviadas de nuestro vecino sobre el asunto de los perros.

Luz con las novedades de aquel dia no se habia acordado de examinar lo que el abanico contenia; pero luego que se hubo visto libre de la presencia de todo testigo, apoderóse del mueble y halló en él pegado un papel en que se leian estas palabras:

> Ya sabe usted, don Jacinto, que por los servicios que á usted le debo, mi casa la tiene usted siempre abierta, y mi buena voluntad dispuesta á probarle cuánto le agradezco todo lo que por mí hace.
>
> Luz.

Era suya y muy de ella aquella carta: de su propio puño y letra eran aquellas líneas. No podia ella negarse á sí misma ni negar á nadie que ella habia puesto por escrito en aquel papel y dirigido á don Jacinto aquellas palabras.

Bien, ¿y qué?

¿Qué tenia aquella esquela, qué tenian aquellos palabras que pudieran abochornar á quien las habia escrito, aunque fuera mujer, aunque fuera casada, es decir aunque estuviera enlazada con un hombre por medio del vínculo mas autorizado por la religion y mas respetado por las leyes humanas?

Y ¿para qué habia sido puesto aquel papel en un abanico olvidado en la casa de Luz, y puesto en poder de un perro que habia de llevarle á una casa extraña?

Era por lo menos de sospechar que aquella era obra de don Jacinto, de don Jacinto que resuelto á no excusar nada de cuanto pudiera comprometer á Luz habia soltado así ese papel con la intencion de que fuera á dar á manos de alguna buena amiga de la jóven, la cual buena amiga celebraria en el alma tan feliz hallazgo y caritativamente haria cuanto pudiera porque lo supiese su vecina y la amiga de su vecina y la parienta de la amiga de su vecina.

En la ciencia de obrar mal hay una infinidad de teorías y combinaciones diversas. Hay quien juzgue como mas decisivo los golpes osados; hay quien prefiera marchar poco á poco, con disimulo, precaucion y misterio. No estamos nosotros por ninguno, porque todos llevan á un

mismo fin, y este fin no puede ser sino reprobado. Vémonos precisados á hacer aquí estas observaciones, para que se venga en conocimiento por qué don Jacinto procedia de una manera tan atrevida é insolente con riesgo de perder de un golpe todo lo que podia tal vez haber adelantado.

Luz sospechó lo que podia significar aquel papel é imaginóse el negro objeto que podia haber llevado el hombre que una imperiosa necesidad la obligaba á soportar.

Indignóse la noble y altiva criatura; dos gruesas, ardientes y amargas lágrimas se resbalaron por sus mejillas y en medio de su ira y de su agudo dolor estuvo á punto de abandonar toda contemplacion, despedir con desprecio al que la ultrajaba y renunciar toda esperanza, la esperanza que la habia hecho sufrir tanto hasta allí.

¿Qué podia perder?

¿Era acaso cierto que todo lo que le decia él, todas las buenas noticias que le contaba no pasaban de puras invenciones para tenerla ligada y entretenida con ilusiones necias?

¿Era posible que si su marido viviera no hubiese podido en tanto tiempo darle noticia de su paradero?

¿No era muy posible que el hombre que tanto empeño tenia en perderla interceptara las cartas? ....

Luz no creyó necesario argumentar mas consigo misma, pareciéndole que estaba harto fundado su partido. Determinóse pues á esperar á otra visita de don Jacinto y despedirle como merecia.

Entre tanto, aquella noche habia baile de máscaras en el teatro Nacional, y ya muy de antemano habia recibido Luz un convite muy expresivo de una de las familias mas respetables de Méjico. Bien que la jóven hubiera extrañado aquella invitacion de parte de personas que no conocia sino de cara y de saludos y que no hubiera tenido intencion al pronto de ir, el pensamiento de que acaso tratando mas de cerca á las personas que le abrian la puerta de su estimacion se le proporcionaria el inducirlas á interesarlas por su situacion, este pensamiento, decimos, y el deseo de distraerse un poco de las congojas que la abrumaban, la llevó á admitir el convite y concurrir á la casa adonde era llamada tan cordialmente. Luego que uno de los hombres de la familia se presentó en coche á buscarla.

Muy afectuoso fué el recibimiento que tuvo. Llegada la hora, ya listo todo el mundo, pusiéronse todos en marcha para el teatro.

El teatro Nacional, una noche de baile de máscara, ofrece una de las vistas mas magníficas que desearse pudiera. La iluminacion, la música, la infinita variedad de personas y disfraces, el agudo voceo de los máscaras, las diversas cuadrillas de bailadores, todo contribuye á entretener gratamente á cualquiera que por no estar muy acostumbrado á semejantes espectáculos no tiene sus facultades sensitivas gastadas.

Embebecida, absorta estaba Luz con aquello, sin reparar nada, ni echar siquiera de ver que un máscara habia entrado en el palco en que se hallaba ella y charlaba alegremente con sus compañeras. Pero el tal máscara, se llegó á ella, la saludó con suma familiaridad y aprovechando un asiento que estaba desocupado se plantó en él, junto á la jóven. Luego, cuando por un incidente que ocurrió en el patio notó que las demás personas que en el palco acompañaban á Luz se habian distraido, soltóse á hablarle de amor, y con tal temacidad, que ella, quemada, no sabia qué hacer para libertarse de aquel apricto.

Díjole el máscara el nombre de varios hombres, con quienes atribuyó á ella inteligencias siernas.

—Caballero, díjole Luz indignada, ¿no sabe usted con quién está hablando? ¿no sabe usted que soy casada?

A esto el máscara manifestó caer en la cuenta y le dió á entender que no presumia tuviese ella muy presente á su marido, que si vivia no se acordaba de ella.

Afligida Luz con estas palabras despidió un amargo suspiro y exclamó:

—¡Sea como quiera, viva ó me abandone él, yo soy siempre su mujer!

—Y ¿qué dice usted de don Jacinto? preguntó el interlocutor.

Ocurrió á Luz el pensamiento de que aquel hombre fuera el mismo don Jacinto y no pudo ya contenerse. Levantóse atropelladamente del asiento en que estaba, entróse en el gabinetito del palco y encerrándose allí, soltóse á llorar.

Luz, de regreso á su casa, pasó el resto de la noche muy agitada.

Al dia siguiente bien se notaba en su semblante cuánto habia padecido su espíritu; de suerte que don Jacinto, cuando se presentó á verla, no pudo menos de asombrarse y preguntarle qué tenia que tan demudada estaba.

Esta vez don Jacinto habia ocurrido de noche, porque pensaba dar el golpe decisivo. Luz le recibió de la manera mas fria que pudiera imaginarse.

A la pregunta de don Jacinto sobre lo inmutado y áspero de su semblante, Luz contestó afeándole su conducta para con ella y vituperándole el que la noche anterior hubiera ido á molestarla y á ponerla en bochorno en el teatro, en presencia de la familia respetable con quien habia ido ella.

Don Jacinto se defendió del cargo diciendo y protestando que ni siquiera habia pensado ir al teatro, y aun mucho menos ir á comprometerla en público; que su amor nunca le hubiera permitido ofenderla, y que si bien los constantes rigores de ella podian autorizarle para todo, no tenia sin embargo corazon para tomar una venganza.

—Como quiera que sea, díjole Luz cortándole la palabra; agradeceré á usted mucho el favor de no volver á pisar los umbrales de mi casa, bajo ningun pretexto; y para que no quede á usted la menor duda acerca de mi resolucion, advierto á usted que si no desiste de visitarme me pondrá en el caso de acogerme á una familia de respeto, la familia con quien estuve anoche, á la cual impondré muy bien de los motivos que me hacen obrar así.

—Con que ¿renuncia usted la satisfaccion de volver á saber de su marido, de reunirse á él?

—Todo lo renuncio. De mano de usted no quiero nada. Venga lo que viniere, no quiero comprar tan caro los favores de usted.

—¿Está usted en su juicio, Lucecita? ¡Vaya! no puedo menos de creer que está usted muy preocupada con lo que le pasó anoche y me acheca á mí, pero le juro á usted por lo mas sagrado que no he sido yo quien la ha ofendido.

—Será ó no será, dijo Luz con energía. No tengo empeño en averiguarlo. Y sea como fuere, repito que no quiero, no quiero, ¿me oye usted? que vuelva usted á poner los piés en mi casa, ni á acordarse si hay una Luz en el mundo.

Las últimas palabras de Luz se prestaban perfectamente á un rejueguillo de conceptos de lo mas galante; pero era el acento de la jóven demasiado entero y el lance era demasiado crítico para dar lugar á equivoquillos.

Don Jacinto, esperanzado en que la determinacion de Luz cediera luego ante la fria consideracion de todo lo que la quiebra con él importaba, después de algunas amenazas y de unas cuantas súplicas juz-

gó conveniente por la ocasion levantar el campo.

Don Jacinto contemplaba á Luz totalmente abandonada, sin mas apoyo que él, quien muy modestamente se juzgaba el tutáutem de Luz, su esperanza única.

Léjos, muy léjos de don Jacinto, no ya la conviccion, pero ni aun la mas ligera idea de que hay una Providencia, para la cual todos los grandes auxilios de los hombres no son nada, sin la cual el desvalido, el desamparado seria constantemente víctima y la cual, en suma, por los medios mas naturales y sencillos presta su brazo á la criatura virtuosa que en ella confia. Sí, lo repetimos: don Jacinto no contaba con que la Providencia pudiera prestar su poderoso auxilio á la virtuosa mujer desamparada, y considerábala por lo mismo en el estrecho de volver tarde ó temprano á implorar su favor. ¡Y entonces! . . .

Don Jacinto se ausentó; y el Chuchito que durante la escena toda que con Luz habia pasado no habia quitado su vista de don Jacinto, al verle partir regañó un rato, y saltando de la silla en que se habia mantenido presenciando el paso "entre hostil y amatorio," dirigióse lleno de alborozo hácia su ama, subióse á su regazo y llenóla de caricias.

El Chuchito habia estado aquella noche de un humor muy malo, contra su costumbre: en sus ojos se habia manifestado un encendimiento, síntoma seguramente de ira, todo el tiempo que habia estado allí don Jacinto, y cuando llegó el momento de las amenazas y las destempladas voces, todo se le volvia levantar la cabeza, volverse de un lado á otro con disgusto, poner el hocico entre sus patas y mover las orejas, como cuando alguna mosca tenaz le hostigaba con sus picadas.

Difícil era la situacion de Luz.

Pero ¿qué hubiera de meritorio en la virtud si no fuese costosa?

Meditando Luz en la condicion á que iba á reducirla el paso que habia dado, vino á quedar absorta en sus tristes pensamientos.

De pronto volvióla en sí el ruidoso y enfurecido ladrar del fiel perrito que en su regazo dormia.

Enturbiada su vista por las lágrimas, sobresaltóse Luz al ver llegar junto á sí un hombre á quien no conoció. Preocupada su imaginacion con la idea de don Jacinto, imagináse la pobre criatura que él era.

Pero examinando mas despacio el objeto aquel,

—¡Ay! gritó, y se echó en sus brazos... Era su marido.

En efecto, su marido, mal informado en su destierro, llegó á tomar la resolucion de no contar ya con su mujer á quien la calumnia, la maledicencia pintaban como una mujer perdida; mas lo contradictorio de los informes le excitó á asegurarse de la verdad, y se presentó osadamente en Méjico. Refugiado en la casa de una persona para quien traia cartas de sincera recomendacion, espió los pasos de Luz, adquirió informes verídicos, la trató y sondeó la noche de máscaras, y persuadido al fin de que su conducta era irreprochable, se reconcilió cordialmente con ella.

El Chuchito viendo la acogida que su ama daba al desconocido, se le acercó admirado, olfateóle y tuvo por conveniente al cabo hacerle festejos, llevado seguramente del razonamiento de que no podia menos de ser digna de ser querida la persona que con tanto amor admitia su ama.

Luz y su marido tomaron la determinacion de retirarse de Méjico y domiciliarse en un pueblo córto; pero antes de haber salido de la capital supieron que la amiga Antonia habia estado á punto de ser arrastrada por don Jacinto á su perdicion.

Don Jacinto, habiendo mucho tiempo

descuidado sus intereses políticos por darse á negocios galantes, perdió su influjo, tomó parte en un pronunciamiento para recobrarle, y habiendo sido denunciado, tuvo que padecer infinitas persecuciones sin llegar á lograr su objeto.

El Chuchito, pues seria una ingratitud no hablar aquí de él, vino á morir de enfermedad natural, y sus amos, después de haberle embalsamado, le enterraron en un lugar ameno de su huerta: encima del sepulcro pusieron una losa sencilla con esta inscripcion:

Aquí yace el Chuchito.

BAILES.

La danza es de todos los divertimientos el que mas conviene á la juventud; pero en este caso, como en otras muchas circunstancias, el placer no deja de tener sus espinas para las personas de fina educacion.

Si no sabeis bailar ó si no sabeis las danzas nuevas, debeis privaros de bailar, pues os haríais ridículo sin necesidad. Si no teneis buen oido, tambien estais en el caso de excusaros de bailar, pues cometeríais mil torpezas que os cubririan de confusion.

Ahora, si sabeis bailar, poneos á las órdenes del ama de casa, quien de seguro os rogará que saqueis á bailar á las que nadie invita, y son por lo comun las mujeres escasas de hermosura y sobre todo de posibles. No es nada grato, sin duda, el tomar lo que han dejado los demás; pero vos sereis ampliamente indemnizado de este pequeño disgusto con el agradecimiento de todas las mujeres, quienes os elogiarán delante de todos y por todas partes y os sostendrán en todas ocasiones.

Decid:

—¿Gusta usted, señora ó señorita, de hacerme "la honra" de bailar la primera contradanza, el primer *galop*, etc?

No digais nunca "hacerme el gusto, el placer, el favor," pues estas palabras os colocarian entre la gente vulgar.

Si no bailais, guardaos de sentaros en el lugar de una persona que baile; cuando no hay asiento sino para las damas, mantenéos en pié, cruzado de manos, aunque os cueste un estropeo sumo: así lo exige la urbanidad.

En tiempos pasados era costumbre ofrecer á las damas su cajita de confites, pero en el dia este uso no se encuentra ya sino entre los *payos* ó los necios.

La música, las luces, el gentío, los olores causan en un baile una especie de embriaguez de que es necesario recatarse. Tened especial cuidado de que vuestra alegría no llegue á ser bulliciosa, confiada, familiar: esto es con mucha frecuencia el resultado del bullicio y de los movimientos violentos. Súbese la sangre á la cabeza y se habla sin reflexionar.

No se debe suplicar mas de dos veces á la misma mujer que baile con uno, así fuese ella la mas fea, la mejor puesta, y aun cuando pareciese que os distingue.

Cuando ofrezcais la mano á una mujer, ora sea para bailar, ora con cualquier otro motivo, no la presenteis extendida, pues la mano de la dama no debe estar colocada en la vuestra, sino descansada encima de ella.

Si valsais, tomad á vuestra compañera de manera que toqueis su talle y no los pliegues de su *túnico*; no acerqueis á vues

tro pecho mas que su mano, nunca su persona. En todo tened presente que un hombre bien educado "parece que teme tocar al vestido de una mujer."

Todas estas reglas y otras muchas que pudiéramos agregar no se aplican sino á los bailes de tertulia, pues presumimos que nuestros lectores no ponen nunca el pié en los bailes públicos, excepto el de carnaval.

Contentarémonos con estilar para ellos este aforismo, que no tiene sino escasas excepciones:

La frescura en estas circunstancias es factícia; la máscara miente, la agudeza es de contrabando y los corsés son acolchados.

LOS PLACERES

En los placeres como en todo es necesario dominarse y no permitirse nunca gritos, ni movimiento alguno que fueran desaprobados estando uno sereno. Cuando las gentes bien educadas se abandonan á las diversiones entonces es principalmente cuando se advierte su buena educacion, porque la costumbre les ha dado un buen gusto, una elegancia que nunca se desmiente, y parece serles tan natural, que no se apartan de ella en ninguna ocasion.

Es de tal naturaleza la fuerza de la costumbre, que César traspasado de heridas y á punto de expirar, extendió su túnico á fin de que su cuerpo fuese hallado decentemente cubierto.

Si llegáseis á veros convidado á una casa donde estas toscas alegrías sean del gusto de los dueños de ella, no pongais un aspecto de desaprobacion, prestaos á los juegos, pero buscad pretextos para no volver á la tal casa; pues no puede menos de ocurrir en ella mil catástrofes.

A. P. T. y R.

EN SU CUMPLEAÑOS.

SONETO.

(Remitido.)

Pasa contenta el venturoso dia
Con que la luz del universo viste,
Tú que puedes gozar, no vivas triste:
No alimentes mortal melancolía.

Tú que jamás ¡oh dulce amiga mia!
Los engaños del mundo conociste;
Tú que horribles pesares no sufriste,
Disfruta en paz tus horas de alegría.

Vive siempre feliz, amiga hermosa;
Flores encuentren por do quier tus ojos,
Habite en tu alma la quietud dichosa.

Mientras yo encuentro solamente abrojos
Y maldigo la vida pesarosa;
Esta existencia que me causa enojos.

Morelia, diciembre de 1851.—Vicente Moreno.

ILUSION.

¿Qué sentimiento puro é indefinible
Dentro del pecho dilatarse siento?
¿Qué genio amigo viene este momento
A consolarme de mi mal horrible?

¿Quién tras cuatro años de un eterno llanto
Vuelve á mi seno su perdida calma?
¿Quién ha inundado de dulzura mi alma?
Y la ha librado de su cruel tormento?

¿Quién? ya lo sé, pero mi labio
A pronunciar su nombre no se atreve:
Es..., una ilusion, un sueño breve;
Pero que borra mi pasado agravio.

Méjico, 1851.

La Incógnita.

LA ISLA DESIERTA.

CUENTO.

POR MADAMA PAULINA VIEL.

Un hombre sumamente rico y benéfico quiso un dia hacer feliz á uno de sus esclavos: dióle la libertad diciéndole:

—Mira, esa barca llena de mercaderías es tuya: vete. Eres libre; y como administres bien ese pequeño caudal, puedes hacerte feliz.

Embarcóse el esclavo, pero he aquí que á pocas leguas de la ribera vió cubrirse el cielo de nubes, y conoció que no tardaria en levantarse una tormenta. En efecto, en breve las nubes parecieron combatir unas con otras; abrasábanlas los relámpagos; á los resplandores inmensos que se reflejaban en unas montañas de agitada agua se seguia una profunda oscuridad; el estampido del trueno se repetia á lo léjos, y á la hora menos pensada la embarcacion vino á despedazarse contra los arrecifos que estaban próximos á la isla.

El desdichado esclavo se habia penetrado de lo inminente del peligro, y se habia apoderado de un gran leño que fué su tabla de salvacion, pues las olas le arrojaron á la playa de aquella isla.

Habia perdido toda su carga, así como á tres compañeros que habian querido participar de los azares de su fortuna: solo, destituido de todo, veíase reducido á vivir de raíces, en espera de alguna embarcacion que la suerte trajera por allí. Apoderóse el despecho de él, pues habia estado varias horas buscando en baide los indicios de habitaciones humanas. De repente percibió una procesion de hombres extraños quienes habian visto sin duda su congoja, pues venian á él gritando:

—¡Vamos al auxilio de nuestro rey!

Túvolos él por locos, pero en breve se vió rodeado y saludado de ellos, obligándole por último á subir en una magnífica litera. Condujéronle en triunfo á un suntuoso palacio, vistiéronle de púrpura, y luego le coronaron. Aquel de los vecinos de la isla que parecia comandar á los otros convidó al improvisado rey á que se sentase en un trono, y le dijo:

—Vois sois el rey que el Señor nos envia. Ese anciano, prosiguió designando á un hombre venerable, es vuestro consejero íntimo, el cual nunca os faltará.

Dicho esto, saludó respetuosamente y se retiró junto con los demás vecinos.

El pobre náufrago creyó al pronto estar soñando, y púsose á recapacitar.

—No te admires, le dijo el anciano, el cual se habia quedado con él, vuelve en tu acuerdo, voy á explicarte lo que te parece un misterio.

Esta isla está habitada por unos espíritus á los que Dios ha concedido el ser gobernados por un hijo de Adan. Cada año toma un náufrago el lugar que tú ocupas, pues no ha de pasar de un año tu reina-

do: cuando haya trascurrido este tiempo, te verás despojado de todos las reales insignias; te colocarán, tan pobre como has venido, en una embarcacion que será el juguete de los vientos y que te llevará á una isla inmediata, la mas árida de todas las de esta zona. Preciso es pues emplear con cordura este período de gloria si quieres reservarte un abrigo contra la necesidad y la desesperacion. Bien podrás hacerlo preparándote un refugio, pues has de ser despedido sin misericordia.

—Pero ¿y qué ha sido de mis predecesores? preguntó el nuevo rey: ¿han sabido acaso la suerte que les aguardaba despues de su breve reinado?

—A todos se les ha dicho, repuso el anciano; pero los mas, deslumbrados con el pasajero esplendor de que se veian cercados, se olvidaban del tiempo; otros temian turbar la dicha que disfrutaban con las tristes preocupaciones de lo futuro, y en una como embriaguez dejaban correr los dias, los meses, el año sin pensar en la suerte que los estaba destinada. Cási todos, cansados de mis consejos, me han desterrado. Todos han fracasado sin medios de subsistencia contra la isla desierta de que te dejo hablado, y allí llevan una miserable vida llena de remordimientos y desesperacion.

—Pero ¿de qué suerte se puede evitar ese cruel destino? pregunta acongojado el esclavo.

—Fácil te será como no pierdas ni un instante. La isla en que has de encallar es árida é inculta; pues hazla habitable. Ya que el pueblo sobre el cual reinas te debe obediencia, puedes disponer de muchos operarios para desmontar aquellas tierras incultas, y cuando la vegetacion haya ocupado el lugar de la arena, cuando estén preparadas unas ricas cosechas, no faltarán compañeros que vayan á participar de la satisfaccion y de la abundancia de tu nueva patria. Para no perder tiempo, supone siempre que tu reinado ha de acabar mañana.

Estas palabras del cuerdo consejero quedaron grabadas en el ánimo del esclavo-rey y desde que se hubo hecho cargo de la administracion de su nuevo Estado, se dedicó á pensar en llevar á efecto las preocupaciones del momento y los trabajos del porvenir.

Envió una parte de sus súbditos para desmontar y sembrar la isla que debia ser su último refugio, y cuando ya el año estaba al expirar, el sabio consejero vino á él y le dijo:

—Veo con gusto que no te has alucinado con la breve duracion de tu reinado. Mañana es el dia en que tenemos de separarnos.... Pobre, cási desnudo, vas á ser arrojado en la frágil embarcacion que ha de conducirte á la isla que estaba desierta ahora un año y que en el dia está floreciente. Razon tienes de no temer nada, pues una felicidad durable será tu recompensa. Tú te has hecho superior á las pasiones despreciando lo que lisonjea los sentidos y la ambicion; has pensado en tu salvacion. Queda terminada mi encomienda, y lléname de satisfaccion la felicidad que te espera.

Permaneció el rey un momento sumergido en un recogimiento completo; luego aguardó con resignacion que llegase la hora de su partida.

Al dia siguiente muy temprano los vecinos acudieron á arrebatarle de su palacio, y le condujeron á la frágil embarcacion que debia llevársele.

No bien hubo puesto el pié en la playa de la isla tan temida de sus predecesores cuando sintió una felicidad infinita....

Estaba fertilizada aquella isla antes estéril: los habitantes que él habia enviado allí, se habian establecido y llegaron con júbilo á recibirle exclamando:

—No nos separaremos de tí nunca, tú no eres ya un mortal, pues una dicha inmensa y sin fin te está reservada. Ven á disfrutar en paz los bienes que te ha granjeado tu vida prudente y virtuosa.

Ocioso parece el dar una explicacion del sentido de este apólogo. ¿Quién no ha atinado de luego á luego que el esclavo que llega desapercibido de todo á la isla de los Espíritus no es otro sino el hombre, arrojado por un instante en la tierra; que su consejero íntimo es la precedencia, que le indica el objeto de su vida?

El reinado de un año es la vida del hombre tan corta, tan incierta de durar el segundo que sigue á una de las pulsaciones de sus arterias.

La isla fertilizada donde es recibido para vivir con una felicidad eterna, estaba poblada de sus buenas acciones que le habian precedido para recibirle: esta isla es la vida que viene tras esta y que nos será medida con arreglo á nuestras buenas ó malas obras.

(*Traducido.*)

A MI AMADA.

POR RAFAEL GONZÁLEZ PAEZ.

Bella es la luna en el azul del cielo,
De brillantes estrellas coronada,
Derramando pacífica el consuelo
A la tierra, en silencio sepultada.

Bella es la aurora con su luz temprana
Cuando brillando en el Oriente nace,
Presagio cierto de feliz mañana,
Que del sol á los rayos se deshace.

Bella es la rosa que la brisa mece,
Bella es la dalia y la azucena es bella,
Y aun el aura vagando se adormece
Con los perfumes que el jardin destella.

Pero mi amada con su faz serena
Mas bella es que la luna y que la aurora,
Que la rosa, la dalia y la azucena,
Que el sol brillando con su luz colora.

¿Por qué no ser hermosa, si es un ángel
Que me guia de la vida en el camino,
Dirigido, quizá, por el arcángel
Que rige en este mundo mi destino?

¿Por qué no amarla yo? creacion divina
Realidad de mis puras ilusiones,
Portento de hermosura peregrina
Que abrasa con su amor los corazones.

Vision brillante de mis blandos sueños,
Que me adormecen en tumulto vago,
Y en pos de una esperanza van risueños
De la pasion al seductor halago.

Por eso al verla el corazon palpita;
De amor el entusiasmo me arrebata;
Y mi esperanza con placer se agita,
Y el pecho conmovido se dilata.

Acaricia su imágen mi memoria,
Su voz melífua en mis oidos suena;
Y si cuento delicias en mi historia
Es porque me ama, y de placer me llena.

Por eso la idolatro con delirio,
Y delirar con ella es mi consuelo,
Y al terminar de amor este martirio
De placer me abrirá mas bello un cielo.

Huatusco, 1851.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A UNA ROSA.

A la señora doña Juana Gonzalez de Martinez.

Yo en mi triste choza ahumada
Tenia grande sinsabor,
Mas mi rosa perfumada
Ha calmado mi dolor.

A este lirio sin color,
Marchito, y ya deshojado,
Mi rosa, ¿por qué le has dado
Ese tu sublime amor?

¿Acaso su palidez
Te ha llamado la atencion,
Y tu noble corazon
Se ha compadecido de él?

Tú, ya olvidas tu belleza,
Las flores que te rodean,
Porque mis ojos te vean,
Y goce yo tu lindeza.

¿Por qué no pones tus ojos
En ese lindo clavel
Que todos miran ufanos
Teniendo zelos de él?

¿No te gusta el heliótropo
De romántico color,
Cuyo penetrante olor
Agrada al hombre misántropo?

El soberbio tulipan,
El jazmin embalsamado,
Yoloxochitl afamado,
Que cuida el mismo dios Pan,

Melancólico abedul,
Floripondio nacarado,
Anémone matizado,
Como el agapanto azul,

Ninguna de esas bellezas
Ha formado tu ilusion,
Y tu noble corazon
Ha aliviado mis tristezas.

Tú eres la rosa brillante
Que con su gracia y hechizo
Mi dolor olvidar hizo,
Siendo bella y elegante.

Tú has sido la inspiracion
De un lirio ya marchitado,
Y su vida has reanimado
Dándole tu corazon.

Nunca te inclines doliente
Ni te vea yo marchitada,
Pálida ni desgarrada
Por el aquilon ardiente.

¡A dios, mi cándida rosa!
Conserva tu gentileza,
Tus encantos y belleza;
Consérvate siempre hermosa.

Me faltaba la ventura
En mi ignorada mansion;
Mas tu cándida hermosura
Me ha devuelto la ilusion.

Yo en mi triste choza ahumada,
Tenia cierto sinsabor,
Mas mi rosa perfumada,
Ha calmado mi dolor.

Méjico, diciembre 27 de 1851.

A. M. y G.

LAS TRES DAMAS.

AVENTURA MATRIMONIAL.

Por mistress Catalina Norton[1].

El breve resplandor de la hermosura
Y su gloria tambien, tan pasajera,
Vide cruzar, y tras su luz y gloria
Brillar he visto solitaria estrella;
Por mi las bellas ostentaron gracias,
Por mi sonrisas asomaron tiernas. . . .
Tiernas sonrisas que en la edad de amores
El alma roban y la vida enferman.

HERVEY.—*Traduccion libre.*

Mr. Jasper Jones Golightly[2] era un soltero, dueño de una renta de mil libras anuales[3] limpias de polvo y paja. Habíasele apegado un cierto número de serviciales amigos, por supuesto; pues uno de los caracteres mas curiosos de la filosofía natural de la humanidad es que donde quiera que corre dinero con libertad hay seguridad de encontrar "amigos."

Sin embargo, como Jasper Golightly era hombre demasiado entendido para dejarse engañar por gorristas, veíalos sin desagrado sentados á su mesa á las horas de comer siempre que no se le presentaba otra manera mejor de matar el tiempo; pero lo que sí no hacia por ningun motivo, era prestarles dinero. En este punto nuestro solteron manifestaba una sagacidad especial, si bien es verdad que cerrando el bolsillo para los amigos falsos no le abria para los verdaderos.

Las amistades de la misma suerte que el amor, se debilitan con la desconfianza; y Jasper Golightly se vió con cincuenta años sobre las espaldas, siempre soltero y sin un solo amigo.

En casa se encontraba solo, en la calle se sentia disgustado. En las tertulias á que concurria no hallaba nada que le agradase, nada que le llamase la atencion veia en las óperas y fastidiábanle siempre los teatros. Para él que habia oido á Rubini en sus mejores dias, para él que tenia muy en la memoria á Siddons, ¿qué podian tener de interesante las habilidades modernas?

Paseábase no obstante con frecuencia, ora á pié, ora á caballo, á veces en coche á veces por agua, pero con todo y eso el hombre no tenia gusto. Levantábase ya temprano, ya tarde; velaba unos dias y dormia mucho otros; leia mucho y sin provecho; tocaba la flauta y el violin, pero no encontraba alma viviente que le aplaudiera ó siquiera le censurara. Al fin, entrósele en la cabeza la peregrina ocurrencia de casarse.

—¡Quiero tomar mujer! gritó.

Y como por obra de encantamiento disipósele el mal humor.

1 *Norton.*—2 *Yásper Yons Gólaitly* (Gaspar Yons Ve-con-tiento).—3 Cinco mil pesos.

¡Pobre hijo de Adan! No era el infeliz para imaginarse lo difícil que se hace en este valle de lágrimas el conseguir uno lo que desea.

Hombres hay que creen que no hay mas que pedir para lograr, y yo por mi parte no seré capaz de decir que las costumbres del dia sean propias para desvanecer esta creencia. Como quiera, es el caso que Jasper no era de los hombres que tienen la buena estrella de haber á la mano una mujer tan luego como la apetecen.

No tenia amistades; por lo tanto no era cosa tan llana el elegirse una compañera de sus penas y gustos. ¿Qué camino habia de tomar en tal aprieto? ¡Cuál! poner avisos.

Norabuena.

Gastó en pocos dias una guinea[1] en un parrafito muy lindo de un periódico, avisando á todos los estantes y habitantes del universo en general, y en particular á las hembras solteras, casaderas, hermosas, y de mérito, y deseosas de un vínculo matrimonial y la felicidad conyugal, que "un caballero de genio afable, contándose en la edad madura y sensata de los cincuenta, con atractivos personales y un caudal de mil libras anuales libres y sanas, tenia voluntad de tomar para sí una compañera para toda la vida." Cuando vió su composicion en letras de molde quedóse contemplándola con ufana sonrisa; pues echó de ver que hallándose al igual de cualquiera hijo de vecino estaba por lo tanto en camino de felicidad.

Aconteció por aquel tiempo, dia mas dia menos, que dos señoritas doncellas sobre cuya edad no seré explícita por temor de equivocarme, tuvieron á bien aborrecerse de muerte una á otra. Los Brownwygges[2] profesaban un rencor viejo á los Fitzattles[3] y el sentimiento estaba ardientemente correspondido. Por una casualidad, hallándose miss[4] Amelia Brownwygges y miss Dora Fitzattle en la casa de una estimable amiga de ambas, una de esas criaturas amables que confrontan con amigos y contrarios y que se ingenian de manera á tener siempre peleados á los que lo están, hallándose pues las dos misses consabidas, casualmente reunidas en la sobredicha casa, vinieron sin querer á encontrarse opuestas en un partido de whist[5], y antojósele á miss Amelia que los soberanos[6] que en el trascurso del juego habian pasado de la bolsa de ella á la de miss Dora no habian cambiado de dueño de una manera legítima, para lo cual, así como para otras villanías, creia muy abonada á miss Dora.

No hay quien guste de perder dinero á los naipes, y Amelia era por cierto en este punto á lo menos como cualquiera hijo de vecino. Caviló una y mil veces en sus perdidos soberanos, y sentada almorzando en su casa, declaró al dia siguiente, allá para sus adentros, que miss Dora era... ¡una tramposa!

Y declarado esto fué y puso sus ojos en un periódico que delante de sí tenia y leyó el aviso de nuestro amigo Jasper.

—¡Venganza! exclamó.

Y al punto formó un plan en su fecunda mente.

Viviendo estaba bajo su mismísimo techo una humilde parienta suya, de quien maldito el caso hacia, y determinó hacerla el instrumento de un terrible proyecto.

Arabela Tittlebat[7] habia ido á Londres con su padre, agricultor muy bonazo, por una quincena de dias, para ver la exhibi-

1 Cuatro pesos y ochenta y siete centavos (4 ps. 7 rls.).—2 *Braunhuaigokes.*

1 *Fitztittls.*
2 *Mis*, la señorita.
3 *Whist* (*hutst*), juego de naipes de los ingleses.
4 El soberano, moneda de oro de Inglaterra, vale cinco pesos y cuatro mi quinto centavos (5 pesos 4 granos).
5 *Titli-bat.*

cion, y ya satisfecho el objeto de su viaje, estaba próxima á regresar al destierro del recóndito Cumberland; circunstancia que favorecia extraordinariamente el designio de la vengativa dama.

Esta pues, diciendo y haciendo escribió una esquela al galante autor del aviso, á nombre de miss Dora Fitzattle, poniendo en su conocimiento que aceptaba su oferta y citándole para una entrevista.

Encantado el solterón concurrió al punto designado, y miss Brownwygge, disfrazada, le condujo á la presencia de su linda parienta á quien le dió á conocer, haciendo siempre aparecer á esta última como si efectivamente fuera mis Dora.

Fué corta la entrevista, pues Amelia pretextó que habia de por medio un hermano muy zeloso, y luego que hubo indicado al enamorado Golightly á dónde podia dirigir una carta, llevóse á Arabela, la cual no supo de qué se habia tratado.

—No me preguntes nada, dijo ásperamente Amelia cuando Arabela quiso, de vuelta á casa, averiguar lo que habia en el particular.

Llevóse por mas de quince dias una correspondencia activa por parte de Jasper y la fingida miss Dora Fitzattle, bajo cuyo nombre escribia miss Amelia. Dióse á entender al enamorado que la preciosa criatura de su idolatría, estaba reducida á estrecha reclusion por un tutor de malas entrañas, y esta invencion surtió el deseado objeto, pues Jasper suplicó á "Dora" que consintiese en casarse con él sin pérdida de tiempo. Después de una prudente timidez, la dama dió muestras de ceder, y Jasper estuvo á punto de perder el juicio de júbilo cuando su preciosa corresponsal en cuya hechicera cara habia estado recreándose mentalmente dia y noche, consintió en determinar el dia en que habia de acompañarle á la iglesia y de ser por lo tanto su esposa. Quedó definitivamente acordado que Mr. Jasper Golightly habia de ocurrir cierta mañana á la verdadera casa de miss Fitzattle y cargaria de allí con ella quisiese ó no su tutor.

No era menor el júbilo de Amelia, pues habia estado escribiendo por trasmano á Dora, representando el papel de abogado del albacea de un *baronet*[1] difunto, el cual *baronet* se habia fascinado por ella desde una ocasion que la viera en la ópera y le habia legado unas cinco mil libras[2]. Ya que estuvo fijado dia para la boda de Jasper, despachóse un billete informando á miss Fitzattle de que el abogado ocurriria en la misma mañana á pagarle el legado. De suerte que todos los actores de esta comedia estaban en sus glorias.

En medio de esto, Jasper difirió el dia de la boda, sin tener á bien dar el motivo. Amelia se encontró en un aprieto y se enfadó; pero después de un dia de silencio el galan escribió diciendo que volvia á su primer propósito y que iria á buscar á su novia el dia designado desde un principio. Aliviósse con esto el corazon de Amelia. Habia aceptado una invitacion de la "querida Dora" para presenciar la llegada del abogado y ser testigo de la buena suerte de aquella; pues las señoras que mas se aborrecen suelen tratarse con mucha confianza en algunas ocasiones, particularmente cuando su confianza es de una naturaleza propia para mortificar la vanidad ajena.

Llegó por fin el dia diado, y Amelia llena de satisfaccion se vistió temprano y se puso en marcha para la casa de su amiga.

Miss Fitzattle, con la consideracion de que iban á venírsele á las manos cinco mil libras, estaba sumamente agitada: ya sentia el tacto de los billetes de banco, ya

1 Título de nobleza en Inglaterra, dignidad entre el baron y el caballero.
2 Veintiseis mil pesos.

tenia hechecita la inversion del dinero y cada momento le parecia una eternidad. Era para visto la amabilidad con que se trataban Amelia y Dora. Cualquiera las hubiera tomado por amigas entrañables. Sin embargo, allá en sus adentros Dora estaba contemplando la superioridad que iba á darle la herencia, y Amelia estaba de antemano recreándose en la deliciosa escena del chasco que debia ocurrir cuando el solteron Golightly se presentase á llevar á Dora "á las aras."

—¡Le aseguro á usted que el dia de hoy es el mas feliz de mi vida! exclamó Dora, no cabiendo en sí de alegría.

—Y yo por mi parte, vida mia, le protesto á usted que lo celebro en el alma, contestó Amelia. Soy capaz de apostar á que usted no está mas contenta que yo.

Dió el reloj las once, y Mr. Golightly no parecia, ni el abogado se presentaba. A las once y media las dos damas estaban ya algo desasosegadas.

—Los licenciados son siempre gente estúpida y remolona, dijo Dora.

Amelia no sabia qué pensar de la tardanza del solteron.

Dieron las doce, las doce y ni asomo de que llegara el solteron.

—¡Caramba! dijo Amelia, ¡esto sí que está bueno!

—¡Y mucho que sí! saltó Dora picada; no se necesita ser bachillera para advertirlo.

Amelia se mordió los labios y calló, considerando estar en el caso de no decir palabra. Tal vez Jasper habria olvidado las señas de la casa, era probable que no tardaria ya.

Miss Fitztattle se paseaba por el aposento con suma impaciencia.

Dió la una y las dos amigas queridas estaban todavía solas en la pieza de recibir.

—¡Ya no vino hoy! dijo Dora con la mas profunda melancolía.

—¡Cómo no! exclamó Amelia que ya comenzaba á tragar que iba á frustrarse su venganza.

Iba á seguir hablando, pero entró en aquel punto un criado y presentó una carta á cada una de las dos damas, las cuales, previa venia pedida una á otra, rompieron los sellos y se impusieron. . . . del misterio de la ausencia del solteron.

Mr. Jasper era un sugeto de mas penetracion de la que le habia creido miss Amelia. Antojósele poner en duda la realidad de las cartas que recibia, pues advirtió que no parecian ser obra del discurso de una niña sencilla y retirada en el campo como era la que se le habia presentado á consecuencia de su aviso, y una vez poseido de recelos, volvióse cauto y comenzó á tomar informes. Un dia que quiso dar un paseo en el camino de hierro, encontróse con suma sorpresa y gusto suyo con la mismísima Arabela y su padre de esta en el mismísimo coche en que él, es decir nuestro Jasper iba, los cuales regresaban á Cumberland. Pocas palabras bastaron para poner todo en claro. El coche siguió á su destino, pero sin ellos; pues Arabela y su padre, á instancias de Jasper, volvieron con este á Londres.

Sin embargo, no volvieron á la casa en que se habian alojado poco antes.

El objeto de las cartas que Dora y su "amada" Amelia habian recibido era poneries al cabo de todas las circunstancias; y para que nada les quedara por saber, iban inclusas unas tarjetas de matrimonio de "mister y mistress Golightly."

En realidad de verdad Arabela se habia casado con el solteron.

No hablaremos de la escena que pasó entre las dos chasqueadas damas, esto no es para contado.

Pero se cree que pronto se compondrán, porque un hermano de miss Brownwygge, jóven de muy buena cara, está para irse á domiciliar en el campo, y por otra parte un sobrino de miss Fitztattle debe de llegar de un dia á otro á Londres, y tiene muy exquisitas prendas.

Nadie sabe qué cuentas echan las dos damas.

Traducido del inglés por E. R.

LAS PLUMAS DE MARABÚ.[1]

Entre las diversas suertes de plumas que la moda emplea para el atavío de las damas, ninguna hay que sea mas distinguida que el *marabú*. Plumion aéreo de suave blancura, tan ligero que la cabeza mas ligera no seria capaz de discernir su peso cuando un elegante peluquero adorna con él una sedeña cabellera, el *marabú* pertenece sin embargo al mas pesado y tosco de los animales volátiles. Esta ave, especie de cigüeña de "pico largo con un cuello largo por via de mango," que camina sobre unos piés largos como la garza real de Lafontaine[2]; esta ave no saca ninguna hermosura de lo que realza la hermosura de las mujeres, pues la naturaleza oculta la de sus plumas, que son tan solicitadas, en la extremidad del cuerpo.

Pero ¿de dónde viene este nombre de *marabú*?

¿Acaso habrá sido porque el primer *industrial* á quien ocurrió el buscar un tesoro de tocado bajo la sucia cola de un feo pájaro, halló en la traza estrambótica de aquel animal alguna semejanza con el aspecto que tienen los adivinos, santos charlatanes, brujos ó juglares que sirven de sacerdotes á algunas tribus del Africa y que tambien llevan el nombre de *marabús*?

La cigüeña á que deben el comercio y el tocador la pluma que es asunto de este artículo, se encuentra en varias riberas africanas y asiáticas, particularmente en el Senegal y en toda la Bengala, donde se le da el nombre de *argil*, *argilas*, *argula* ó *argala*. Esta última denominación ha prevalecido en el lenguaje ornitológico[1]: es el *ciconia argala* de los naturalistas.

La argala es una de las aves mas grandes que se conocen: tiene de cinco á seis piés (ó tercias) de alto cuando se pone erguida y hasta siete piés (ó tercias) de grueso, medidas las alas de punta á punta; son largas sus patas, y su cuerpo es mas lleno que el del pavo. Tiene calva la cabeza; su pico es enorme, blanquecino, en forma de cono[2] muy agudo, y tiene un pié (una tercia de vara) lo menos de largo sobre diez pulgadas (una cuarta y una pulgada) y mas de circunferencia en la base ó nacimiento. El cuello desmesurado y grueso no tiene plumas: algunos vellos negruzcos y dispersos dejan ver un pellejo rugoso, calloso y rojizo; cuélgale debajo una bolsa en forma de vejiga, haciendo mas disforme la configuracion del animal. Todos los naturalistas han notado esta singularidad, pero ninguno ha descrito su estructura interior ó no

1 *Marabout* (*marabú*) llaman los franceses á una ave (y sus plumas), especie de pavo real de la India.

2 *Lafontéen* (la fuente), literato frances.

1 De la ornitología ó ciencia que trata del estudio y conocimiento de las aves.

2 Pirámide (construccion de varios lados ó caras que se eleva disminuyendo y remata en punta) cuya base ó asiento es un círculo.

ha dicho á qué uso se aplica el tal huche, que hasta á la argala parece causar bochorno pues que hace por disimularle, ocultando habitualmente la nudez de estas partes con las plumas del lomo y del pecho, contra los cuales conserva tan bien replegado el cuello, que la cabeza y el pico parecen salir de en medio del cuerpo. Toda la parte superior del animal es de un color gris de pizarra, y blanca la parte inferior. En la postura que por lo comun guarda encuéntrase algo de fantástico. Si los antiguos le hubieran conocido no habrian dejado de convertirle en el ave de las sombrías riberas y de poblar con él las márgenes del Cocito. La extravagante imaginacion de Callot[1] casi le habria adivinado, pues entre los diablillos con que animó su admirable Tentacion se encuentra algo que se parece á nuestro *marabú*.

Sumamente voraz, necesítase gran cantidad de alimento para sustentarle: mantiénese de peces, de crustáceos[2], de conchas, de pequeños mamíferos[3] y de reptiles, de los cuales destruye muchos, razon porque le respetan en los parajes que habita y no permiten que se le haga ningun mal. Familiarízase fácilmente con el hombre quien le domestica para arrancarle unas cuantas plumas que vuelven á brotar y dan una cosecha lucrativa. Refiérese que en una factoría de la India, en Chandernagor si no me engaño, los soldados de la guarnicion se divierten en tirar las sobras de sus comidas y los desperdicios de las reses muertas á las bandadas de argalas, las cuales en una formacion perfecta y como unos infantes formados en batalla acuden á esperar su distribucion. Estos animales quiebran los huesos mas duros y se tragan hasta la última partícula. Algunos se han visto que se han elegido un dueño y por todas partes le han acompañado, pero no pudiendo resistir á su insaciable apetito, siempre se robaban algo de la comida, haciéndolo con tal destreza que antes de que se advirtiera que se habia desaparecido, ya se lo habian consumido. Un viajero cuenta que tenia una argala que se engulló tan fácilmente una gallina entera que iba á servirse, que nunca hubiera podido saber adónde habia ido á parar si el calor de la tal píldora (pues era una gallina que tenian en el asador), quemándole el estómago al ladron no le hubiera obligado al corto rato á arrojarla entera siempre y echando humo todavía.—*B. de S.*

1 *Calo.*
2 Animales cubiertos de escamas (como el cangrejo) ó de una cubierta dura, flexible y dividida.
3 Animales con tetas.

ECONOMIA DOMESTICA.

ALMENDRAS AZUCARADAS.

Móndese y límpiese una cantidad cualquiera de ALMENDRAS, y fríanse ó cuézanse en horno con mantequilla hasta que estén doradas; límpiense con una servilleta y viértaseles por encima jarabe de la consistencia de un hilo y agítese hasta que esté frio.

REMEDIO CONTRA EL ENVENENAMIENTO DE CARDENILLO.

Tómese al punto una poca de azúcar deshecha en agua, pero en tal cantidad que forme un jarabe espeso. Este es un antídoto contra el peligroso veneno del CARDENILLO; y debe aplicarse mientras llega un facultativo.

MISCELANEA.

OPERA NUEVA.

En el mes pasado (noviembre de 1851) ha debido de representarse en Paris una ópera en cinco actos y diez cuadros intitulada El Judío Errante, obra de los señores Scribe, Halevy y Saint-Georges: la escena es en el siglo doce. Dícese de esta composicion que abunda en pasos dramáticos muy interesantes, y Roger, Masol, Obin, madama Tedesco y madama Lagrua están encomendados de desempeñarla.

LA HERMOSURA.

Todo acto, todo gesto que altera la hermosura, la armonía de las formas y de las facciones, no conviene á las mujeres.

Plutarco nos dice que Minerva se avergonzó de sí misma un dia que tocando la flauta, percibió en las aguas el horrendo aspecto que le daba lo inflado de sus carrillos, y al punto arrojó de sí este instrumento, volviendo á recobrar la serenidad de sus bellas facciones.

En este particular creemos inútil toda recomendacion: el instinto secreto que vela por la conservacion de la hermosura de las mujeres harto les advierte que no hagan nada que pueda afearlas ó rebajar sus hechizos.

VERDADERA HUMILDAD.

El célebre Aboo Yusuf, primer magistrado de Bagdad, en el reinado del califa Hadee, fué un ejemplo notable de esa humildad que distingue á la verdadera sabiduría. Una ocasion, despues de averiguar minuciosamente los hechos, declaró que su capacidad no alcanzaba á fallar en el caso que se le presentaba.

—Permitidme que os diga, reparó un impertinente cortesano que habia oido la declaracion de aquel, que no entiendo que el califa esté en la obligacion de pagar vuestra ignorancia.

—Lo mismo entiendo yo, contestó con dulzura el magistrado; el califa me paga, y con liberalidad, por lo que sé: si se propusiera pagarme por lo que no sé, no alcanzarian todos los tesoros de su imperio.

LUIS KOSSOUTH.

Este insigne caudillo de la independencia y libertad de Hungría, su patria, á quien el despotismo austriaco, no pudiendo echarle garra, ha hecho ajusticiar en efigie; este insigne caudillo, después de haber visitado la Inglaterra donde recibió una espléndida acogida de todo el mundo, ha llegado á los Estados-Unidos, cuyo gobierno le ha ofrecido su proteccion, en medio de los mas vivos aplausos y de las mayores muestras de simpatía y consideracion de parte de dicha nacion.

LOS VERNET.

El célebre pintor de marinas Claudio José Vernet, nació en Avinon y falleció en 1789. Horacio Vernet, pintor tambien de marinas, fué su nieto.

ENIGMA.

Lo mismo que un galgo valgo,
Su retrato soy y amigo,
Y si por el campo salgo,
Las liebres mato y persigo,
Y es cierto que no soy galgo.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

LA CUARESMA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS DOS AMIGAS.

POR MADAMA ELISA ACLOCQUE'.

María Juana Simon y Luisa Amada Rimbauld[2] eran hijas de unos buenos arrendatarios de Lamorlaye[3], villa situada en el camino de Paris á Chantilli. Simon y Rimbault sin ser ricos, tenian las suficientes comodidades para pasarla bien en su cortijo en union de sus familias.

Las dos criaturas María y Luisa crecieron juntas, rieron y lloraron en comun, corrieron en el verano por el prado en pos de las mariposas azules y matizadas de mil colores; á ocasiones tambien, á pesar de la severa prohibicion de sus padres, llegaron á meterse entre los trigos en solicitud de neguillas, de hermosas amapolas encarnadas y de primorosos acianos; y durante las largas veladas de invierno, durmiéronse al ruido del torno y de una monótona cantinela. Pasó al fin la infancia y las niñas indolentes y traviesas se volvieron unas hermosas muchachas.

Quiso la desgracia que Luisa Amada, desde sus mas tiernos años, perdiese á su madre. ¡Pobre criatura! ¡en breve tenia de conocer que Dios le habia arrebatado la mejor, la única amiga que una jóven, que una mujer puede tener en este mundo! ¡el ángel protector que la bondad del cielo da á la juventud, y sin el cual todo es tedio y desdicha para ella!

Al ver á su Luisita crecer é irse poniendo cada dia mas hermosa, Rimbault, muy inclinado á la vanidad, tuvo deseos de poner á su hija en uno de los principales pupilajes de Paris: esta resolucion fué vivamente combatida no solo por Simon, el padre de Juana, sino tambien por todas las vecinas de Rimbault; pero todo fué inútil, y el dia que á él se le puso llevóse á la linda Luisa á la casa de los propietarios del castillo de quienes era arrendatario con el fin de pedirles consejo sobre la eleccion del colegio á que debia conducir á su hija.

La baronesa de Merril, mujer tan sensata como modesta, hizo presente á Rimbault lo peligroso de una educacion fuera de la órbita de cada cual; pero viéndole firme en su resolucion, aconsejóle que pusiese á su hija en el mismo pupilaje en que ella tenia á la suya, comprometiéndose espontáneamente á que salieran juntas los dias de vacaciones.

Aceptóse con gratitud la oferta, y la hija del arrendatario Rimbault fué llevada al distinguido colegio de madama***. El pobre hombre se enjugó algunas lágrimas en el fatal instante de la separacion, pero serenóse luego con el pensamiento de que aquello era para bien de su hija idolatrada.

¡Funesto error que trajo consigo las consecuencias mas lastimosas!

No referiremos todo lo que la pobre Luisa tuvo al principio que sufrir con la soberbia impertinencia de sus compañeras: á fuerza de perseverancia logró ella hacerse su igual. Sostúvola su amor propio en la lucha, tomaron incremento sus dotes intelectuales y con el auxilio de una memoria prodigiosa que tenia, llegó á ser una de las colegialas distinguidas: bailaba muy bien, dibuja mal y tocaba el piano bastante regularmente para acompañar todas las arias y canciones francesas é italianas, cantándolas y pronunciándolas como pudiera hacerlo la mejor artista.

1 *Aclbc.*—2 *Rembé.*—3 *Lamoril.*

Todas las semanas, conforme se lo habian prometido á su padre, salia Luisa Amada con la hija de la baronesa de Merril: un criado vestido con una lujosa librea iba por ellas á cosa de las doce del dia y las volvia á llevar al partear la tarde. Si llovia, las dos pupilas se quedaban en el castillo, en la sala principal, ó se entretenian jugando en una galería grande con vidrieras, guarnecida de flores como invernadero; pero si hacia buen tiempo, si el cielo doraba los árboles, llevábanlas á pasear, ora á las Tullerías, ora al bosque de Boloña, donde sus frescos tocados y sus lindos rostros les llamaban la atencion á los numerosos paseantes.

Muy grata era para la vanidad esta vida de lujo y grandeza, pero mucho perdia con ella la sensatez, y Luisa Amada en medio de aquellas ostentaciones descuidaba el escribir á su padre, olvidándose completamente de su primera amiga.

María Juana estuvo mucho tiempo en espera de una carta, mas luego que advirtió que la habian olvidado lloró y calló.

Sin embargo, conociendo el arrendatario Rimbault que los años comenzaban á pesarle, habló un dia de traer de nuevo á su hija á su lado.

Después de cinco años de ausencia debia de estar ella hecha una completa señorita y no podia menos de estar bastante capaz para manejar el cortijo, el cual se habia agrandado con algunas fanegas de tierra.

Con tal noticia que voló en breve por toda la villa, saltóle de gusto el corazon á María Juana, despertó mas viva que nunca su antigua amistad y todos los sentimientos que hasta entonces conservaba se le borraron de la memoria al punto. Por mas que su madre meneó la cabeza y le aconsejó que no partiera de ligero,

—Madre de mi vida, respondió Juana, no tengas esos malos pensamientos de nuestra buena Luisa: ya verás cuando venga, que es imposible que porque se ha hecho una sabia nos desprecie á sus amigas.

La buena María Juana no habia nunca salido de su villa, no sabia mas que lo que se puede aprender en una escuela del campo; pero su institutora, mujer de mucha sensatez, le habia inculcado ideas rectas y moderadas, y aunque no tenia la jóven la ciencia que dan los libros, pensaba no obstante bien y se conducia lo mismo. Como habia crecido á la vista de su madre, podia fácilmente reemplazarla en el cuidado de la casa, y dirigirla toda: en pocas palabras, María Juana era una linda arrendataria, buena para con los pobres, que la querian, y amada de los ricos, quienes la estimaban entrañablemente.

Estuvo pues esperando, no sin recelo, la llegada de su olvidadiza amiga.

¡Llegó por fin la amiga!

No era ya esta aquella Luisita de marras, vestida con un túnico[1] de indiana y un delantalcito blanco, suelto el cabello y rosadas las mejillas.

Ahora era muy otra, era una jóven ya grande, con un túnico de seda gris glaseado verde, cuyos cabellos pardos, alisados con esmero hacian como de marco á sus mejillas pálidas, y daban realce á lo aterciopelado de sus ojos: protegíala de los ardores del atrevido sol, una sombrilla, y sus primeras palabras, después de haber recibido el abrazo afectuoso de su amiga, fueron estas que dijo entre dientes y casi con menosprecio:

—¡Qué cambiada está usted, María Juana! ¡no la conocia ya á usted!

A esto "usted" que tan duro le parecia,

1 *Túnico* no es castellano, pero es de preferirse á TRAJE y á VESTIDO, porque expresa mas claramente que estas la cosa, y además es de mucho uso en México.

la jóven lugareña se sintió á punto de romper en llanto, pero Luisa se excusó lo mejor que pudo, y muy en breve las dos amigas volvieron á ser felices con las memorias de su infancia; luego, despues de haber visitado el jardin, la pajarera y el esmaltado prado, separáronse prometiéndose no dejarse de ver todos los dias.

Conviene decir que cuando Rimbault habló de llamar á su lado á su hija, esta se afligió mucho de la resolucion de su padre: no podia, sin partírsele el corazon, pensar en abandonar sus hábitos de señorita para amoldarse á los de una lugareña, es decir dirigir una crecida servidumbre, comer á la mesa junto con sus sirvientes, caminar todo el dia, cuidar el gallinero y las huertas, en suma, estar á la mira de todo y bailar los dias festivos con los lugareños con sus manos encarnadas y sin guantes; cosas todas que le parecian otras tantas desgracias horrorosas. De suerte que ella obedeció á mas no poder, pero siempre abrigando la firme esperanza de hacer cambiar de voluntad á su padre y de volver á Paris, la ciudad de sus delicias, su paraiso terrestre, y esto despues de cierto tiempo de prueba.

Eran las siete de la noche cuando regresó de su visita á María Juana. Estábanse reuniendo los labradores y las muchachas del cortijo para cenar: todos le dieron el parabien por su vuelta y fueron aplicándole un sonoro ósculo respetuoso en la mejilla: la desdeñosa jóven se sonrosó un poco de bochorno con este cordial recibimiento, quedóse atajada de ver á todos los sirvientes sentados á su lado á la mesa del amo, y comenzó á sentirse disgustada del papel que hacia con su túnico de seda y sus mangas cortas de batista almidonadas. Concluida la cena, todo el mundo se arrodilló y rezó las devociones: entonces Luisa sintió remorderle el alma, pues advirtió que á ella tocaba dar el ejemplo y dirigir en alta voz las preces á Dios; pero herida su vanidad, contentóse con arrodillarse en un rincon como para apartarse de todos. Luego que hubo terminado el rezo, cada cual se retiró para ir á tomar el descanso tan necesario despues de un dia laborioso, y Rimbault condujo á la niña á su cuartito. Allí, dióle un beso en la frente y le dijo con cierta severidad:

—Ya tienes diez y seis años, Luisa, y te considero instruida y juiciosa. Por lo tanto desde mañana vas á tomar á tu cargo la casa: hay muchas cosas desarregladas desde la muerte de tu digna madre: es necesario que repares lo malo y pongas todo en buen pié. Tú tienes que trabajar por tí sola: como mi única hija que eres, en breve será tuyo este cortijo; vamos, buenas noches, duérmete pronto y levántate con el sol, pues ya sabes el proverbio: "Al ojo del amo engorda el caballo."

Luisa durmió tan bien que ya habian vuelto del campo los labradores é iban á almorzar cuando bajó toda entumida. Era muy tarde, pero Juanita, la criada, habia visitado las ovejas, acariciado los corderos, dado de comer á las gallinas y recogido los huevos.

Juanita tenia una cara picaresca que desagradó á Luisa, quien por esto quiso probar su oficio de arrendataria. Durante varios dias se levantó al alba, se afanó extraordinariamente; pero luego que vió que no podia lograr su intento, entregóse al tedio, el cual no la dejó descansar. Entonces tomó el partido de dejar que la reemplazara Juanita, tomando ella un libro, con el cual iba y se sentaba melancólicamente en un banco de césped á la orilla del estanque, ó si no se divertia en delinear un paisaje, un sitio pintoresco. Bien conocia la jóven que María Juana le hubiera sido muy útil, pero es el caso

que tanto la habia oido alabar por las cualidades de que ella, Luisa, carecia, tanto habia oido ponderar su activa administracion, su órden y su mucho juicio é inteligencia, que habia llegado á tenerle envidia, y una envidia tal que la apartó casi completamente de su compañera de infancia. Causóle esto á María Juana un sentimiento profundo, pero pundonorosa cuanto sensible, tragóse su pesadumbre: al cabo conocia que nada habian de remediar sus reproches.

Corria el tiempo sin que Luisa se volviera mas capaz ni mas laboriosa: comenzaba Rimbault á echar de ver la torpeza que habia cometido con haber puesto á su hija en un colegio, donde la instruccion que se adquiria no era la que se necesitaba para la vida sencilla del campo. La jóven no se negaba, es verdad, á ningun trabajo que disponia su padre, pero no le desempeñaba con aquella eficacia que todo lo perfecciona. El buen padre viendo esto temió exponer á su idolatrada hija á incontables penas teniéndola contra su voluntad en el campo, y pensó en volver á ponerla en una mediania mas conforme con su nueva naturaleza. Estuvo algun tiempo indeciso, pero determinóse al fin, y un dia, triste el corazon y abatido el semblante, fuése al infeliz al castillo, donde el baron de Mervil, su mujer é hijas acababan de llegar.

Cuando hubo contado su engaño y dado á entender todo su cuidado:

—Vea usted, díjole madama de Mervil, su hija de usted es preciosa, y no le encuentro mas que un pero, el de haberse vuelto una remilgada señorita en vez de haberse conservado una sencilla y buena lugareña; pero esto proviene de una poca de vanidad en usted, pues no basta que una cosa sea excelente en sí para que sea útil, sino que es preciso que sea á propósito. Ya por la ocasion es tarde para deshacer lo hecho; solo debe tratarse de cortar el mal. Mire usted lo que le propongo: madama de Saint-Julien[1] mi tia es viuda, rica, no tiene hijos, y anda en este momento solicitando una doncella. Conoce á Luisa por haberla visto en casa los dias de vacaciones, y estoy segura de que con mucho gusto la recibirá. ¿Qué dice usted?

El arrendatario, al oir de separacion, bajó la cabeza con tristeza; pero cuando habiéndole hecho ver lo ventajoso del acomodo, entendió que podia su hija asegurarse su suerte, se dió por resignado y prometió avisar en la misma noche á Luisa.

Al saber esta noticia, el corazon de la ingrata jóven saltó de alegría: traíase á la memoria la amabilidad de madama de Saint-Julien, la elegancia de su vestir, la gente de distincion con que trataba y las gratuitas ofertas que tantas veces le habia hecho esta señorona cuando la creia huérfana: no durmió Luisa en toda la noche, pensando en lo delicioso de la suerte que se le presentaba, y al dia siguiente en cuanto dió los buenos dias á su padre, le dijo:

—Papá, acepto.

A estas palabras pronunciadas con júbilo, el pobre viejo sintió partírsele el alma; y mientras su hija, hecha una pascua, corria al verjel á hacerse un ramillete con las flores acabadas de abrir, quitóse él las señales de dos lágrimas que habia sentido rodar por sus mejillas descoloridas y rugosas.

Como lo habia prometido, madama de Mervil escribió á su tia, y como las condiciones se arreglaron al punto, la jóven estuvo en dos por tres en disposicion de marchar. A la hora de ausentarse del cortijo acordóse de pasar á ver á María Juana; pero fué fria la despedida por parte de ambas: la una miraba con menosprecio un mérito que le parecia ser de muy poca va-

1 *Sen-Yulién* (San Julian).

lía, y la otra se sentia lastimada de una superioridad ficticia, que no servia mas que para dar pesares á cuantos la rodeaban. En suma, esta vez no se dijo una palabra de escribirse y separáronse las dos amigas que se habian criado juntas como unas amigas de la víspera, como unas conocidas de un dia.

Luisa partió en el coleson de su padre, descansó en el camino y llegó en poco tiempo á la casa de la que debia hacer las veces de su familia.

Madama de Saint-Julien tenia un trato muy fino; pero sus frases estudiadas y mesuras desagradaron desde luego á Rimbault, cuyo modo un poco áspero era sin embargo hijo de un buen natural, y estaba pensando en volver á llevarse á su hija, cuando el afecto con que la vió acoger y las atenciones de que la vió rodear desvanecieron la primera desagradable impresion.

Con todo, al dar á Luisa el abrazo de despedida, le recomendó la amabilidad y la docilidad y sintió oprimírsele cruelmente el corazon.

—No te has sentido feliz al lado de tu padre, díjole, aquí tal vez lo serás mas; pero tambien puede suceder que se vea comprometida tu suerte con la compañía de gentes extrañas. Es menester, hija mia, que te sometas á tu nueva condicion: te gustan los bailes, los espectáculos, suspirar por las tertulias y yo no puedo acompañarte y protegerte en el mundo en que deseas vivir. Necesitas pues contemplar á tu bienhechora; si es buena é indulgente mejor para tí, si es de otra suerte es necesario que sufras sus caprichos ó que vuelvas al cortijo, pues yo no encuentro otra cosa que hacer. Adios, hija, sé sencilla y juiciosa, cuenta siempre con el amor de tu padre y la proteccion de Dios.

Lo que el honrado hombre queria sobre todo era que fuese feliz su hija única: hizo cuanto pudo por creer que desde aquel punto ya lo era, y regresó bastante consolado á su lindo cortijo.

Luisa ella tambien por su lado se creyó en la gloria viéndose otra vez en Paris, donde el sol no percude su cutis, donde sus manos recobran su suavidad y blancura: donde vuelve á verse con trajes elegantes; donde vuelve á oir melodiosos cantos; donde baila ligera como un silfio; donde, en suma, se divierte mucho mas que una reina.

¡Ay! este desvanecimiento le duró poco! La locuela no habia visto sino el anverso, el lado halagüeño de la vida, faltábale conocer sus quebrantos y sus deberes.

Madama de Saint-Julien era en efecto una mujer excelente; no habia quien no lo dijera. Pasaba por muy caritativa; los pobres la bendecian á voz en cuello, y se afanaban todos por nombrarla patrona para cada concierto ó lotería que se daba con algun objeto de beneficencia. Pero un defecto, uno solo suele bastar para empañar las mejores cualidades: madama de Saint-Julien tenia el no querer ser vieja; ¡despechábanla cuanto no es decible sus cincuenta inviernos! Era rica, de alta estirpe, tenia una casa y un tren sobresalientes, norabuena; pero ¿qué era para ella la riqueza, qué era su prosapia ni su casa ni su tren junto á los diez y ocho abriles de la pobre Luisa?. . .

Su genio hubo de padecer con esta comparacion de todos los dias, volvióse injusta, melancólica, áspera con su protegida, á quien sin embargo amaba todavía y á quien dió no obstante á entender á qué dura esclavitud la tenia condenada su vanidad.

Cuando Luisa hubo abierto los ojos y contemplado su locura, cayó en brazos del abatimiento y el despecho. Poco acostumbrada á sujetarse, perdió la salud y la hermosura; mas por fortuna el desencanto porque acababa de pasar, bien que destruyera sus facultades, despertó no obstante su sensibilidad adormecida en su corazon. Entonces vióse atacada de esa enfermedad cruel que llaman vulgarmente el mal del país. Por la noche veia en sueños la villa de la Lamorlaye con su ancho camino, donde crecido número de carruajes hacian remolinar inmensas nubes de polvo; luego veia el cortijo, cuyo patio le parecia tan bonito, sombreado por los nogales y corsos que mecia el viento y que sembraban la esmaltada tierra de un millon de flores con formas de estrella; heria sus oidos el canto del gallo, despertador de los perezosos, el mugido de los bueyes al ir al prado, el cacareo de las gallinas, el relincho de los caballos; percibia el olor de la lila y de la modesta violeta; parecíale oir las avecillas que otras veces daban muestras de celebrar su feliz llegada por medio de sus incesantes gorjeos, y en sus dias eternos se acordaba tristemente del tierno cariño de su padre, á quien habia dejado solo, ya viejo; traia á su memoria la viva amistad de María Juana, tan mal pagada con su ofensiva frialdad, y confesándose á sí propia sus sinrazones, la desdichada Luisa no se sentia con ánimo para ocurrir á los que la amaban á que la sacasen de su afliccion.

—La libertad, la vida se encuentra donde están ellos, hablaba Luisa consigo, llena de amargura; pero yo he sido tan ingrata que no puedo volver á verlos. Tal vez ellos tambien me han olvidado, y si así fuera seria yo mas digna de compasion si es dable . . .

Y en estos tristes pensamientos, Luisa sentia desfallecer sus fuerzas de dia en dia.

Rimbault él tampoco era feliz: desazonábale la ausencia de su hija, y un dia, como iban ya pasados varios meses sin noticia de ella, determinó ir á verla.

Palpitándole el corazon, llega; pero á la vista de aquel rostro descolorido y triste, rompe en llanto y sollozos.

—Padre de mi vida, dice con débil voz la pobre jóven, perdóneme usted. He desconocido el amor de usted y mis deberes; he abandonado á usted por venir á habitar una casa extraña, ya estoy bien castigada, pues voy á morir. . . . Perdóneme usted y diga á María Juana que la amo y que le mando esto en memoria de nuestra feliz infancia.

Y la enferma diciendo así se cortó un rizo de sus cabellos suaves y sedeños.

—Hija. . . . pobre hija mia, no, no has de morirte, exclama con valentía el anciano; Dios es misericordioso. El tedio, el pesar minaban tu vida; el amor de tu padre y el aire puro del campo lograrán sanarte.

Y á pesar de la debilidad de la jóven el anciano no quiso dejarla un momento mas en Paris.

Razon tuvo. La buena María Juana veló noche y dia con él á la cabecera de su amiga, y Luisa recobró la salud; y al mismo tiempo que la vida, la pobre corregida recobró toda su amistad y toda su modestia de otros tiempos. Entonces suplicó á la jóven lugareña que fuese su guia y la ayudase, pero esta vez fué con la firme intencion de conseguir aprender á dirigir el cortijo de su padre.

—Cuando ya estés bien restablecida, respondió esta con el ánimo de darle tiempo á que se afirmara en una tan nueva resolucion.

Pero una mañanita, María Juana, madrugadora por costumbre, se quedó sorprendida de ver á Luisa en pié y distribuyendo las faenas del dia á cada uno de los empleados del cortijo.

—¡Mira qué hermoso es todo eso! dijo llena de alegría á su amiga.

Y mostrábale á María Juana la blanca

clemátide[1] y la rosa de Castilla, enredadas en la ventana; pues el sol penetraba por lo verde del campo, el rocío esparcia sus incontables perlas, y el suave perfume de los prados llegaba hasta su alma embelesada.

Este cuadro no era una cosa nueva para la jóven pero nunca jamás había ella sentido su hermosura suave y vivificante: iban borrando los remordimientos su yerro.

—Padre, dijóle al arrendatario que la contemplaba con enternecimiento, tengo mucho que aprender, pero no dé á usted cuidado, que en breve me haré digna de ella y de usted.

1 Madreselva ó yerba del perdiguero.

—María Juana es una buena muchacha y todos la queremos. Tú, hija mia, procura ser feliz entre nosotros, y con eso moriré contento.

Desde este dia Luisa recobró sus fuerzas y su salud. Tornada á la razon, supo preciar la felicidad tranquila y duradera de una vida de trabajo, esa felicidad mas fácil de encontrarse en la medianía que no en la opulencia.

Y no hay en la villa de Lamorlaye quien enseñando los dos cortijos separados uno de otro por un lindo bosque de verdes y rupidos árboles, no cuente la historia de las dos amigas.

Estudios científicos de los metéoros eléctricos.

POR ERNESTO DUBREUIL.

Desde hace 50 años la física y la química han hecho tantos progresos, que lo que para nuestros antecesores era sobrenatural, está ahora perfectamente explicado. Pero si la ciencia ha ganado con estos progresos, la poesía ciertamente ha perdido. Y para no citar sino un ejemplo, esos fuegos fatuos que corren de noche en los cementerios y que nuestros abuelos creian ser almas de los difuntos que venian á bailar á la luz de la luna, no son ya para nosotros sino los vapores de cierto gas que se inflama espontáneamente con el contacto del aire y que se llama fosfuro de hidrógeno, el cual está formado de un equivalente de fósforo por tres de hidrógeno, y tiene por fórmula PhH^3—¿En qué han parado las baladas alemanas y las leyendas de la edad media con esta triste realidad?

Pero el mundo ha caminado 400 años. Sigamos pues nuestro siglo y hablemos cientificamente, pero sin latines ni hojarasca.

Nos vamos á ocupar en este artículo en la electricidad atmosférica y á dar algunas explicaciones sobre los fenómenos singulares que se presentan diariamente á nuestra vista.

Acostumbrados desde nuestra infancia á este espectáculo de la naturaleza, vemos sin emocion estos misterios extraños que se realizan en la atmósfera, y esta hechicería prodigiosa de que los cielos son el teatro, nos deja frios é indiferentes; ¡tan grande así es el poder del hábito sobre nuestro espíritu! Pero supongámonos un hombre arrojado sobre la tierra á los 30 años de edad en toda la plenitud de la inteligencia, con órganos nuevos y vírgenes aun de toda sensacion para quien todas las impresiones serian nuevas, y que asistiria por primera vez á uno de estos terribles combates de la naturaleza con una tempestad. ¿Qué terrores, qué pasmo no experimentaria á la vista de este terrible tumulto? Montañas de nubes apiñadas unas sobre otras, el rayo gruñendo en los cielos, relámpagos chispeantes que desgarran las nubes é iluminan con su luz siniestra y pálida los campos trastornados y las habitaciones arruinadas: he aquí cuál seria el espectáculo que se presentaria á su vista sorprendida. No hay duda que él se creeria trasportado entonces á un mundo infernal donde el desórden primitivo reinaba con todos sus horrores, caos informe en que el soplo de Dios no habia pasado aun. Y bien, estas convulsiones horrorosas no son para el sabio sino una prueba mas del órden admirable que reina en el universo, y las causas mas sencillas, mas naturales y aun mas necesarias, acaban de explicar estas sorprendentes revoluciones.

El fluido eléctrico es causa de las tempestades. Pero ¿de qué manera se encuentra la atmósfera saturada de un fluido eléctrico, y qué causas son las que producen este fluido con mas abundancia? Volta y Saussure[1] habian considerado la evaporacion como causa principal de la electricidad atmosférica. Mas estos físicos no estaban de acuerdo sobre la naturaleza de la electricidad producida. M. Pouillet[2], por experiencias hechas con mucho cuidado, ha resuelto la cuestion. Ha reconocido:

1° Que jamás un líquido puro (agua destilada, ácidos acético, sulfúrico y azótico concentrados) desarrolla electricidad volatilizándose, si esta volatilizacion se hace en un vaso en el cual el líquido no tenga accion química;

2° Que se desarrolla en él, si el agua contiene alguna materia ácida, salina ó alcalina;

3° Que el vapor del agua que se exhala con una disolucion alcalina (bárita, cal, etc., etc.,) está cargada de electricidad negativa;

4° Que la que deja desarrollar una disolucion ácida ó salina está cargada de electricidad positiva.

En todo caso la disolucion de donde emana el vapor toma una electricidad contraria.

M. Pouillet concluye de estos resultados que de todas las evaporaciones que se efectúan en la naturaleza sin cesar, sea en los continentes, sea en los mares, no hay ninguna que no produzca electricidad, pues ninguna hay que no esté acompañada de una segregacion química.

La vegetacion es tambien una causa poderosa para el desarrollo de la electricidad.

Los gases despiden electricidad cuando están combinados. Así el oxígeno del aire combinándose con el carbono de las plantas produce tanta abundancia de electricidad, como sobre una superficie llena de árboles de cien metros[1] cuadrados, despide en un dia mas electricidad positiva, que la que seria necesaria para cargar la mas fuerte batería.

He aquí las dos grandes causas sobre la electricidad atmosférica, la vegetacion y la evaporacion.

Es necesario añadir á estas dos causas el ludimento del aire contra las nubes y la tierra, y contra sí mismo; en fin, todos los fenómenos químicos que se forman en la atmósfera.

Pero ¿cómo puede esta electricidad, extendida por los aires, traer una tempestad? Vamos á explicar este fenómeno.

La evaporacion, como acabamos de verlo, no da siempre la misma electricidad.

1 *Saussr*, nombre propio.
2 *Pullé*.

1 Poco mas de ciento diez y nueve varas.

Tal nube estará pues, cargada de electricidad positiva, y tal otra de electricidad negativa. Estas dos nubes se atraen, y puestas á cierta distancia una de otra, hay combinacion de dos flúidos, detonacion y produccion de chispa. Esta es la que se llama relámpago.

La diferencia de velocidad entre la luz y el sonido permite calcular á qué distancia se encuentra de nosotros la tempestad.

Se sabe que la luz corre treinta y tres millones de leguas, distancia del sol á la tierra, en ocho minutos: el sonido no corre mas que trecientos treinta y siete metros en un segundo, formando este intervalo poco mas ó menos el $\frac{1}{4}$ de una legua, se puede calcular aproximativamente la distancia de una tempestad. Así cuando el ruido del rayo va inmediatamente seguido por el relámpago se dice que el rayo ha caido.

Ahora, lo que parecerá al principio extraordinario, es que los relámpagos hayan sido colocados por los físicos en diferentes clases.

M. Arago los ha dividido en tres clases:

1ª Relámpagos débiles. Surcos de luz. Tintas blancas ó azules.

2ª Relámpagos que abrazan un espacio inmenso: de cuatro, cinco ó seis leguas. Color frecuentemente rojo intenso.

3ª Relámpagos que duran uno, dos ó diez segundos: cuya duracion es sensiblemente apreciable, y que toman algunas veces la forma de un globo de fuego.

La chispa producida por nuestras máquinas eléctricas y el relámpago que sale de la nube ¿son producidas por la misma causa?

En una palabra ¿hay identidad entre el rayo y la electricidad?

Sí, y numerosas experiencias lo han demostrado.

Vamos á citar entre las mas curiosas la que hizo Romas.

Este físico había preparado para el efecto un *papelote* (COMETA) que debia servirle para hacer experiencias.

Tomamos el detalle de esta experiencia de la Enciclopedia de las gentes de mundo.

El *papelote* de tafetan, tenia siete y medio piés de altura y tres de ancho. Tenia sobrepuesta una punta metálica; la armazon era de metal; aquel estaba mantenido por un hilo de cáñamo en el cual estaba enlazado un alambre; este hilo terminaba en un cordon de seda muy seco, de manera de aislar á la persona que tenia la cuerda del *papelote* y de ponerla fuera de todo peligro.

El siete de junio de 1753, á la una de la tarde, con un tiempo tempestuoso, Romas elevó este *papelote* á una altura de ciento cincuenta piés: con el auxilio del excitador sacó entonces de su conductor unas chispas de tres pulgadas de largo y tres líneas de espesor, de las que se oyó el chasquido á mas de doscientos pasos. Al sacar estas chispas sintió como una especie de tela de araña sobre la cara, aunque estuviese distante mas de tres piés de la cuerda del *papelote*. Creyó prudente alejarse aun á dos piés, llevó entonces la atencion á las nubes que estaban inmediatamente encima del *papelote*, pero no percibió ningun fenómeno. El viento sopló con mas intensidad y levantó el *papelote* á cien ó mas piés de altura que antes; pero lo que pasó al rededor del tubo de hoja de lata que estaba atado á la cuerda del *papelote*, ocupó toda su atencion. Vió tres pajas, de las cuales una tenia cerca de un pié de largo, levantarse rectas y formar una danza circular como unos títeres bajo el tubo de hoja de lata, y sin tocarse ninguna de ellas. Este espectáculo duró como un cuarto de hora. Algunas gotas de lluvia comenzaron á caer. Entonces Romas sintió por segunda vez la tela de araña sobre su cara, y al mismo tiempo oyó un ruido semejante al de un fuelle de fragua. Desde este momento, Romas no se atrevió ya á sacar chispas, y aun se alejó mas. Luego la paja mas grande fué atraida por el tubo de hoja de lata. Al mismo tiempo se oyeron tres explosiones parecidas al ruido del rayo. Estas explosiones fueron acompañadas de unas chispas de ocho pulgadas de largo y cinco líneas de diámetro; pero la circunstancia mas admirable y mas divertida fué que la misma paja que habia ocasionado la explosion siguió la cuerda del *papelote*. Esta se vió á cincuenta brazas de altura atraida y repulsada alternativamente, y estas atracciones y repulsiones iban acompañadas de relámpagos y chasquidos que no eran sin embargo tan brillantes como fueron los de la primera explosion. Desde el momento de la explosion hasta la conclusion de las experiencias, no se vió ninguna señal de relámpagos, y el trueno se oyó muy poco. Se percibió un olor sulfuroso análogo al que acompaña á los derramamientos eléctricos, y se vió al derredor de la cuerda un cilindro luminoso de tres á cuatro pulgadas de diámetro. Romas cree que esta atmósfera eléctrica habria parecido de cuatro á cinco piés de diámetro si se hubiera presentado de noche. Concluidas las experiencias, se descubrió en la tierra un agujero bastante profundo, de media pulgada de ancho, que probablemente fué hecho por los grandes estallidos que acompañaron las explosiones.

Como se ve, hay pues identidad perfecta entre el rayo y la electricidad.

Después de semejantes experiencias fué cuando Franklin inventó el pararayo.

Traducido del francés por Reinaldo W. Gilliverst.

LETRAS INICIALES PARA BORDAR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EQUITACION.

No es nuestro objeto el tratar aquí del arte difícil de montar á caballo, para el cual se necesita, además de las disposiciones naturales (como mucha soltura en las articulaciones de las vértebras lumbares[1], etc.), un conocimiento de la anatomía del caballo, de la del hombre y de la física animal aplicada á este estudio, á efecto de que los dos centros de gravedad, del caballo y del jinete, estén siempre en armonía. Para ser buen jinete no basta tenerse bien en el caballo, sino que tambien es necesario no maltratar á este interesante cuadrúpedo, forzando ó falseándole el paso.

HIGIENE.

La equitacion puede reputarse como el prototipo de los ejercicios mixtos, esto es de los que se componen de sacudimientos dados por una fuerza exterior y unos esfuerzos espontáneos. En efecto, el movimiento de progresion del caballo causa sacudimientos mas ó menos fuertes y el jinete por su parte hace esfuerzos mas ó menos considerables, ora para mantenerse sobre el caballo, ora para dirigirle en su marcha. El primero comunica unos movimientos ligeros ó sacudimientos violentos segun su velocidad y su paso, segun su organizacion y segun la naturaleza del terreno en que camina. Los esfuerzos del jinete son tanto mas considerables cuanto menos habituado está á montar á caballo ó que monta un caballo mas fogoso ó mas rejropio.

El ejercicio á caballo no puede menos de ser sumamente saludable cuando se hace en medio de un aire puro, á orillas de un rio, en bosques espesos, en unas cuestas risueñas ó en unos llanos fértiles. El gusto, las distracciones que procura, obrando en el cerebro, le ponen en aptitud de disipar los efectos de las pasiones, de reposar á este órgano fatigado con largas meditaciones, lo que es tan necesario para los que se dedican á la literatura.

No será cosa indiferente para todos los individuos el hacer el ejercicio de la equitacion á todas las horas del dia, ó ir al paso, al trote ó al galope. Se puede andar al paso después de haber tomado alimentos; pero pudiera haber inconvenientes en ir al trote, sobre todo en ciertos caballos que tienen un trote que fatiga. El galope es un modo de progresion sumamente suave y grato. En verano, por mañana ó tarde, y en invierno, en medio del dia, es cuando se deben dar los paseos á caballo.

1 De los lomos ó cadenas.

LA AMABILIDAD.

Una mujer puede ser muy útil á su marido, en sus negocios, con solo tener siempre una amable sonrisa. Las zozobras y la tristeza del hombre se centuplican cuando su cara mitad trae una cara adusta. Una esposa de aspecto halagüeño es como un arco iris en el cielo cuando el ánimo de su marido está perturbado por tormentas; pero una esposa disgustada y de mal humor en la hora de la tribulacion es semejante á esas furias que se gozan en atormentar á los espíritus de los réprobos.

LAS TRES CINTAS.

CUENTO RUSO.

TRADUCIDO DEL FRANCES POR LA SEÑORITA DOÑA LUZ APARICIO.

Bajo el reinado del príncipe Waldemiro, tres jóvenes huérfanas habitaban juntas una casita situada á las orillas del rio Niéper, no léjos de la ciudad de Kieiw. La mayor de las tres hermanas se llamaba Peresweta, la segunda Miroslawa, y Ludmila era el nombre de la tercera. Peresweta y Miroslawa eran bellas como uno de los mas hermosos dias de mayo; y habian adquirido entre sus vecinos el renombre de "las dos rosas," lo cual las envanecia y llenaba de orgullo. En cuanto á Ludmila, no se decia nada: ella no era bella y sus hermanas le decian sin cesar:

—Ludmila, pobre de tí; tú no encontrarás nunca con quien casarte. ¿Quién te amará? tú eres pobre y no tienes hermosura.

Como Ludmila poseia un corazon sencillo, creia todo lo que sus hermanas le decian, mas no se afligia y les contestaba:

—Es verdad que nunca hallaré un hombre que me elija por su esposa; mas ¿qué importa eso? yo amaré siempre á mis hermanas y seré correspondida, con esto me basta para vivir siempre contenta y tranquila.

Así pensaba Ludmila, la virgen cándida y sencilla, y su alma pura y apacible se regocijaba. Ludmila contaba de edad diez y seis primaveras, y jamás un deseo inquieto habia agitado su tierno é inocente corazon. Querer á sus hermanas, cantar como la curruca bajo la verde y frondosa enramada, plantar y cortar hermosas y aromáticas flores: tales eran sus únicos y sencillos placeres.

Una dia que las tres hermanas se paseaban juntas por las hermosas riberas del rio Niéper, á la fresca sombra de los verdes sabinos y los blancos álamos, vieron no léjos de ellas y hácia la orilla del agua una anciana que estaba sumergida en un profundo sueño. El sol lanzaba sus ardientes rayos sobre su cabeza desnuda y cana. Peresweta y Miroslawa se pusieron á reir en cuanto la miraron.

—Hermana, dijo Miroslawa; ¿qué te parece esa hermosura? ¿has visto unas arrugas disciñadas con mas gracia? el color de sus mejillas es de un amarillo tan brillante como el del azafran, y su nariz, hermana, ¿ves cómo se encorva elegantemente hácia la barba?

Hablando así las jóvenes doncellas reian á carcajadas.

—Hermanas mias, les dijo la dulce y tierna Ludmila, no me parece bien que os burleis de esa pobre mujer; ¿en qué os ha ofendido? Vosotras tambien envejeceréis algun dia; ¿para qué reir de un defecto del cual no os podreis escapar? Ved cómo el sol la tuesta el rostro. Cortemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algunas ramas de álamo y con ellas formemos una espesa y fresca sombra á fin de que su sueño sea tranquilo y sin peligro. Cuando despierte nos bendecirá y orará por nosotras; el cielo escucha piadoso la plegaria del pobre y del anciano, como nos lo decia frecuentemente nuestra difunta y querida madre.

Peresweta y Miroslawa se mostraron sensibles á estas reflexiones. De concierto con Ludmila se apresuraron á cortar ramas de sauce y álamo y entrelazándolas prontamente formaron una pequeña enramada en torno de la anciana. Apenas habian concluido, cuando despierta la anciana despavorida, dirigiendo en derredor sus miradas en que se expresa la admiracion; vió entonces á las tres jóvenes y les dijo:

—Yo os doy gracias, mis queridas niñas: aproximaos á mí sin temor, os quiero dar una pequeña muestra de mi gratitud. Ved aquí tres cintas; quiero que cada una de vosotras escoja la que mas le agrade. La anciana puso sobre la verde yerba tres listones, dos de ellos estaban enriquecidos y adornados de hermosas perlas y preciosos diamantes que atrayendo los rayos del sol brillaban con un maravilloso resplandor; el tercer liston no era mas que una sencilla cinta de una blancura deslumbradora, y su único adorno, una guirnalda de violetas.

Peresweta y Miroslawa eligieron desde luego los dos cinturones mas adornados de brillantes, y tocó á Ludmila el mas sencillo.

—Yo te doy gracias, dijo con cariño á la anciana: mis hermanas son hermosas, y es muy justo que tengan mas vistosos y bellos adornos; en cuanto á mí, esta modesta cinta me conviene mejor y con ella quedo muy contenta.

—No la dejes jamás, mi querida niña, respondió la anciana atándole la cinta en torno de su delicado talle; no escuches nunca la voz de la vanidad y del orgullo; si algun dia te separas de este liston, perderás con él tu felicidad.

Ludmila la abraza y le promete no separarse jamás de su tesoro. La anciana se desaparece.

Peresweta y Miroslawa contemplaban con arrobamiento sus magníficos adornos: en el entusiasmo de su alegría casi no habian entendido las últimas palabras que la encantadora habia dirigido á Ludmila; y tomándose de las manos se encaminaron con presteza hácia su pequeña habitacion. Ludmila las seguia á corta distancia.

—En verdad, dijo Miroslawa dirigiéndose á ella, la vieja se ha hecho un buen regalo; ¡mira estas perlas qué finas son y qué gruesas y hermosas! ¡y estos diamantes! ¡mira cómo brillan! ¿no tienes envidia de nosotras?

—¿Cómo he de poder una tener envidia de las personas que ama de veras?

—Tú eres buena, Ludmila, le respondió su hermana: mira, quédate en casa, mientras que nosotras vamos á la ciudad á comprar vestidos, adornos y todo lo que necesitamos. Por una sola de nuestras perlas podemos adquirir un guardaropa igual al de una princesa.

Quedóse Ludmila y sus dos hermanas partieron para Kiew en busca de sus trajes y adornos.

Hácia la tarde, Peresweta y Miroslawa estuvieron de vuelta, trayendo á su casa muy bellos y ricos vestidos y adornos con que pensaban ataviarse.

Luego que vieron á su hermana exclamaron:

—¡Una gran nueva! el hijo de Waldemiro, el príncipe Swiatoslaw, que es tan bello como un dia de primavera, y valiente como el héroe de Dobrina, va á escoger una esposa. Todas las bellezas del

país se reunen en Kiew. Nosotras iremos igualmente: si tú gustas de acompañarnos, verás la ceremonia, que será magnífica.

—Con mucho gusto, hermanas mias, respondió Ludmila con una dulce sonrisa, vuestra felicidad es la mia; yo rogaré á Dios que dé á alguna de vosotras el corazon del jóven príncipe.

El siguiente dia á la madrugada, las tres hermanas se pusieron en camino para Kiew, en donde Miroslawa y Peresweta se hicieron pasar por las hijas de un rico magistrado de Nowogorod. El dia fijado para la ceremonia llega. Hácia la noche, el castillo del príncipe Waldemiro se ve iluminado perfectamente y centellea con el fuego de las bujías de todos colores de que está adornado; la sala está tapizada con una riquísima colgadura de color de escarlata y alumbrada con multitud de luces; están dispuestos para las damas dos estrados cubiertos de hermosísimos tapices de seda adornados con franjas de oro; sobre una gran alfombra están colocados dos sillones de marfil ricamente adornados de oro y piedras preciosas, para el príncipe Waldemiro y su hijo. Los tambores resuenan en las calles; cien jóvenes doncellas, hermosas como las rosas de la primavera, atraviesan por en medio de un inmenso concurso y llegan al salon. Ludmila va en compañía de sus hermanas. Viste un traje sencillo de gasa blanca ajustado en torno de su delgado talle con el liston que le dió la encantadora; su hermoso y dorado cabello entretejido en una sola trenza no tenia mas adorno que un sencillo lazo de seda. Su corazon palpita con violencia luego que entra á la sala; se sienta detrás de sus dos hermanas, sus miradas se fijan con inquietud en la puerta por la cual deben entrar el príncipe y su hijo.

De repente se oye la música militar; las puertas se abren con gran ceremonia; los grandes señores y los guerreros entran formando dos filas, los primeros con ricos vestidos guarnecidos de oro, los otros adornados con magníficas y brillantes armaduras; cubiertos de corazas de oro, con sus deslumbradores cascos adornados de blancos penachos. Los caballeros y los militares se pusieron en fila á cada lado del trono; á los ruidosos timbales de la música guerrera sucedieron los dulces sonidos de la flauta y el salterio: todas las miradas se fijan en la puerta abierta. El príncipe Waldemiro se presenta con todo el aparato del poder y la soberanía, conduce de la mano al jóven Swiatoslaw su hijo, vestido sencillamente, la cabeza desnuda, los dorados bucles de su espesa cabellera esparcidos con gracia sobre su espalda, rebosando belleza y juventud; el hermoso color de sus mejillas brillaba como los reflejos de la aurora en una clara y limpia fuente.

¡Ah! Ludmila, ¡pobre jóven! ¿Qué has sentido en tu corazon á la primera mirada dirigida al bello príncipe?

—¡Que no sea yo hermosa y rica! decia ella suspirando y bajando la vista á su agitado seno que se levantaba con los precipitados latidos de su corazon.

El jóven príncipe se detiene en medio de la sala.

¿Quién pintará la emocion de Ludmila cuando ve al bello mancebo Swiatoslaw dirigirse hácia ella?

Peresweta y Miroslawa se levantan persuadidas de que en alguna de ellas ha fijado el príncipe su eleccion. Swiatoslaw presenta la mano á Ludmila.

—¡Vedla, exclama, vedla á aquella cuya imágen se me aparece tan frecuentemente en mis sueños y ocupa todos mis pensamientos! á ella es á quien ofrezco mi mano.

Ludmila se desvanece: ella no osa creer

lo que está oyendo; se siente poseida de una emocion extraordinaria, un temblor repentino agita sus nervios, su semblante tan pronto se pone pálido como cubierto de un bello rubor. Swiatoslaw conduce á la esposa que su corazon ha elegido hácia el príncipe Waldemiro y la hace sentar á su lado. Un ligero murmullo se esparció por la sala.

—¡Qué eleccion! se dicen entre sí en voz baja sus rivales ofendidas lanzando miradas de cólera y de menosprecio á la modesta y apacible Ludmila.

Sus hermanas estaban sofocadas de envidia y de furor.

Los hombres veian á Ludmila de diferente modo.

—¡Ella es maravillosa! exclamaban, ¡qué dulce candidez! ¡qué angelical pureza en sus miradas! ¡qué gracia y qué modestia!

El poderoso Waldemiro indicó que queria hablar: todo el concurso guarda un respetuoso silencio.

—Hijo mio, dijo dirigiéndose á Swiatoslaw, tu eleccion regocija mi corazon paternal; mas la belleza no es el solo mérito que debe distinguir á una esposa; yo seria feliz si viera que los talentos de la bella Ludmila correspondiesen á sus personales atractivos.

Ludmila se puso pálida.

—¡Ah! exclama, yo no poseo ningun talento, yo no soy mas que una pobre ignorante doncella. Este triunfo pasajero no servirá mas que para descubrir mi ignorancia á los ojos de todo el mundo. Príncipe, permitid que me retire, yo no he venido á disputar á otras la ventura de que ellas son mas dignas que yo.

El príncipe Waldemiro mira á la jóven doncella con una sonrisa de benevolencia y le ordena permanecer en su asiento. Se presenta una arpa. Todas las bellezas que estaban presentes cantan unas despues de otras, celebrando la gloria de los caballeros valientes, ó la felicidad del amor. En fin, llegó su turno á Ludmila: una palidez mortal se esparció por todo su semblante, todo su cuerpo temblaba.

—Ludmila, dijo una voz, Ludmila, tranquilízate; canta la cancion que tu madre te enseñaba, tú no sabes de cuántos dones te ha dotado la naturaleza.

Ludmila reconoció la voz de la anciana: toma valor y se adelanta hácia la arpa, delante de la cual se sienta. ¡Oh prodigio! sus dedos corren ligeros como el viento sobre las cuerdas dóciles; su voz tiene la suavidad melodiosa del ruiseñor, ella penetra el corazon y lo sumerje en un dulce éxtasis de melancolía.

Ludmila canta la cancion que repetia tantas veces su madre cuando la mecia en su cuna.

LA ROSA Y EL SOL.

—Rosa dulce, hija de la primavera, bajo las frescas sombras del bosque apresúrate á ocultarte para ponerte al abrigo de los rayos inflamados del sol. Delicada y tierna flor, teme el resplandor voraz del rey del dia, decia á la rosa la mariposa de las alas de oro.

Mas la rosa desdeñaba los consejos prudentes de la mariposa: se embriagaba en los resplandores de su luz: la flor orgullosa se decia:

—El me ama, el rey resplandeciente del cielo; yo lo siento en las dulces llamas de que me inunda, ¿por qué ocultar mi belleza en las negras y tristes sombras del bosque?

Palabras presuntuosas que fueron cruelmente castigadas. El sol lanza sin mesura sus voraces rayos: la rosa se marchita y *palidece*, y su tallo se doblá moribundo, sus hojas se marchitan bajo los rayos abrasadores y la fuente de sus perfumes se seca.

Ludmila habia cesado de cantar; mas los dulces acentos de su voz vibraban todavía largo tiempo en el corazon de los asistentes. El jóven príncipe estrechó á la jóven doncella con júbilo sobre su corazon.

—¡Tú no eres una mortal! exclama en el entusiasmo de su amor; tú eres un ángel que descendió á la tierra para hacer la ventura de Swiatoslaw.

La música volvió á sonar: las damas comenzaron. Este fué un delicioso espectáculo: las rivales de Ludmila se disputaron unas después de otras el premio de sus artes; ligereza de movimientos, prontitud, elegancia calculada, actitudes voluptuosas, todo fué puesto en práctica para encantar las miradas y embriagar los sentidos. Ludmila compareció á su turno: la voz de la mágica sostenia su valor; ella se entrega con felicidad á las inspiraciones de un puro y natural talento; una casta coquetería daba á su danza un atractivo irresistible; la modestia adornaba sus actitudes y los espectadores no podian cansarse de verla y admirarla.

Se suspendió la orquesta, y la jóven Ludmila, con las mejillas inflamadas, el seno oprimido de inquietud, los ojos ocultos bajo sus modestos párpados, se sienta y no osa entregarse á su felicidad.

Después de la media noche, el príncipe toma á Swiatoslaw de la mano y los dos se retiran de la sala seguidos de los caballeros y los guerreros: las bellas se alejaron tambien. Todavía no se habian terminado las pruebas; debian durar tres dias seguidos. Ludmila fué conducida á una rica habitacion del castillo.

La dejaremos un momento para ocuparnos con sus dos hermanas.

—¡Quién lo hubiera imaginado! exclamaba Miroslawa cuando entró con su hermana en su habitacion, ¡preferir Ludmila á nosotras! ¡Oh! yo veo en esto algun misterio. ¿Qué te parece, Persweta? ¿Ese cinturon no pudiera ser un talisman? ¿no has advertido tú el esplendor que derramaba ayer noche sobre nuestra hermana?

—Es verdad, respondió Miroslawa, ella posee sin duda un talisman del cual ella misma ignora la virtud. Es menester quitárselo, y veremos entonces si ella sobresale todavía sobre nosotras.

A la mañana siguiente, Persweta y Miroslawa se fueron con toda prisa á ver á su hermana: luego que la vieron, corriendo hácia ella la estrecharon en sus brazos colmándola de pérfidas caricias y la felicitaron por su triunfo.

—Mis buenas hermanas, les dijo Ludmila, yo estoy admirada de todo lo que me ha sucedido; no comprendo nada de todos los honores de que fuí colmada ayer noche. ¿Cómo me han podido preferir á mí que soy pobre y sin hermosura, á vosotras, hermanas mias, que sois bellas y ricas?

—Mi querida Ludmila, ¿eso te sorprende? nada hay mas natural. Léjos de envidiarte tu felicidad, nosotras nos regocijamos contigo. Ya es tiempo de abrirte los ojos; tú eres bella, bien bella; si hasta hoy nosotras te hemos dicho lo contrario, solo ha sido por el temor de hacerte vana y orgullosa. Mas ahora, ¿á qué viene disimular mas tiempo? Sabe, pues, que tú eclipsas á todas tus rivales por tus brillantes atractivos; mas tienes un defecto, eres muy tímida, y modesta hasta el exceso: tú vistes muy sencillamente. Necesitas un vestido que iguale á tu belleza: ve aquí dos que te traemos para que escojas el que mas te agrade.

Diciendo estas palabras, Miroslawa presenta á la vista de su hermana los ricos y vistosos vestidos que de antemano lo tenian preparados. El corazon de Ludmila se deja engañar con sus adulaciones, se cree en efecto la mas bella mujer de Rusia; su humilde ropa de simple gasa la avergonzó: entonces escogió el vestido y todo lo que le pareció mas magnífico y deslumbrador. Para completar su adorno quiso ponerse el cinturon de Miroslawa por encima de la cinta de la encantadora, pero le quedaba muy estrecho y se

ajaban sus preciosas violetas. Peresweta y Miroslawa la decidieron á cederles su preciosa cinta.

—¡Es muy justo el cambio! exclamaron las dos hermanas con una sonrisa victoriosa. ¡qué maravillosa condescendencia! ¿Cuál es la belleza que podrá disputarte la mano del príncipe Swintoslawo? A dios, hermana, á la tarde nos volveremos á ver.

Peresweta y Miroslawa salieron muy contentas. Ludmila quedó sola: ¡qué felicidad para ella de verse con tan bellos adornos! la orgullosita se miraba al espejo de que no podia apartar los ojos contemplando las sensaciones que con ellos iba á causar.

En fin, llega la noche: las bellas, los caballeros y los guerreros se reunen en la sala, así como la víspera. Swiatoslaw fija una mirada impaciente en la puerta por la cual Ludmila debe entrar. La ve en fin, un velo blanco la cubre: el príncipe se adelanta con precipitacion y le levanta el velo. ¡Oh dolor! no reconoce á Ludmila!

—¡Quién eres! exclama: yo no te conozco. ¿En dónde está Ludmila?

—Yo soy, señor: ¿qué, no me miras? ¿no reconoces en mí á Ludmila?

—¡Tú, jamás!

Un confuso murmullo se esparció por toda la sala, nadie reconocia á Ludmila. El príncipe Waldemiro levanta la mano en señal de pedir silencio.

—Se pretende que tú seas Ludmila, yo quiero creer tus palabras. Puede ser que un solo dia haya sido suficiente para destruir tu belleza, mas no habrá podido disminuir tus talentos. Ved aquí la arpa, cántanos la cancion que has cantado ayer.

Ludmila se sienta delante de la arpa: ¡oh prodigio! su mano está como encantada, y no puede pulsar las cuerdas; su voz está ronca, de su boca no salen mas que sonidos discordantes. Entonces el príncipe se levanta colérico, y manda á Ludmila retirarse. La prueba se deja para el dia siguiente.

¿Qué es de la desgraciada Ludmila? Sale llorando, la desesperacion está en su alma. Vedla cómo corre á su morada, se oculta bajo los álamos; se sienta al borde de una clara fuente, después se levanta.

—¡Por qué te he dejado yo, mi apacible y solitaria casa? se decia en medio de sus sollozos y marchando hácia su habitacion.

Y cuando estuvo cerca percibió una luz: al punto tiembla, vacila si entrará; al fin, tomando valor llega á la puerta, la abre, ¡oh terror! ¡ve á la encantadora! se queda inmóvil como si fuera una estatua, sin poder proferir una palabra. En fin, se repone un poco y prorumpe en copiosas lágrimas.

—Tú eres la causa de todas mis desgracias, le dice á la vieja. ¿Por qué me has llevado ayer al trono, en que jamás habia pensado? ¿Por qué me has inspirado amor al príncipe? ¡Oh! él me es mas caro que el trono y todas sus grandezas. Mírame cubierta de vergüenza, y todo lo he perdido. ¿Qué volverás á tener, pobre Ludmila, en tu cabaña solitaria? ¡oh mis flores! ¡vosotras os marchitareis! ¡quién tendrá cuidado de mis queridos pajaritos? yo pasaré mis dias sentada á la orilla del camino y mi corazon se lanzará hácia la ciudad en donde permanece el príncipe. Engañadora mágica, ¿qué te habia yo hecho? ¿por qué me has causado tantas desgracias?

—¿Por qué? respondió la anciana, porque no has sabido guardar el tesoro que yo te habia confiado. ¿Por qué has cambiado la cinta de la modestia por la de la vanidad? Privada del talisman, has perdido todos los encantos de que te colmaba.

—Si es así, yo misma soy la causa de mis desventuras: ¡jamás cesaré de llorar,

y otra será la dichosa esposa de Swintoslaw!

Ludmila se cubre el rostro con sus manos.

—Consuélate, le dice la encantadora; tus mentirosas hermanas te han engañado, mas tu corazon se ha conservado puro. Cuando ellas te dejaron, yo las seguí y entonces ví que una lucha terrible se levantaba entre ellas porque cada una queria poseer el talisman; yo lo he vuelto á recobrar y helo aquí.

Y la benéfica encantadora enjuga las lágrimas de la jóven, la abraza tiernamente y le ciñe el precioso cinturon de violetas.

De repente se escucha un gran ruido, el techo de la casa se entreabre, se ve aparecer un carro magnífico, tirado por dos ligeros ciervos con los cuernos de oro guarnecidos de plata. En vez de la vieja encantadora, Ludmila percibe á su lado una dama jóven de admirable hermosura, resplandeciente de diamantes y piedras preciosas que deslumbraban la vista y la encantaban á la vez.

Ella tenia en su mano derecha una varilla de oro, y la otra mano la pone suavemente sobre la frente de Ludmila, que estaba á sus piés y abrazaba sus rodillas.

—Hija mia, le dice ella (porque era una hada), sé feliz, y acuérdate siempre de la anciana que te ha socorrido. Si eres buena, serás bella y adorada. Yo velaré sobre tí, tú te casarás con el príncipe á quien tanto amas y de quien serás digna; el principal adorno de una mujer es la nobleza de corazon. . . A dios.

Ludmila apenas tuvo tiempo para aplicar un beso de reconocimiento en la blanca y delicada mano de la hada bienhechora, que desapareció á lo lejos en el carro azul al que subió con ligereza.

¿Qué mas os diré yo? Ludmila se desposó con el jóven príncipe, casó á sus hermanas con los señores mas ricos y poderosos de su reino, y jamás ni una nube de tristeza volvió á turbar la felicidad de su himeneo.

EMPEINES.

Distínguense varias especies de empeines, pero los mas comunes son los EMPEINES FARINÁCEOS y los EMPEINES VIVOS.

Los primeros han recibido el nombre de FARINÁCEOS ó harinosos, porque con ellos se desprende la epidermis[1] en escamitas. encuéntranse particularmente en el rostro, en las personas que tienen un cutis fino, pero bien pueden afectar otras partes del cuerpo, el antebrazo, la inmediacion del puño, etc.

Los segundos causan á los que los padecen comezones inaguantables que á veces los obligan á rascarse hasta hacerse sangre: atacan el cuero cabelludo, las piernas particularmente.

MÉTODO CURATIVO.

Empléase contra los EMPEINES FARINÁCEOS el cerato azufroso, que se unta en la parte afectada por la noche antes de acostarse. Tómanse tisanas de bardana, de romaza, de dulzamara (ó dulcamara) varios vasos en los intervalos de las comidas.

La curacion de los EMPEINES VIVOS, como de los precedentes, requiere mucha

1 Primera piel y mas delicada del cuerpo.

perseverancia: tómense tisanas de cebada, de harina de avena mondada, caldo de yerbas; de tiempo en tiempo una ligera purga con maná, si el estómago no estuviere enfermo. Lavativas emolientes, algunos baños tambien emolientes, y despues algunos baños sulfúreos cada semana, no solamente hasta la completa curacion, sino aun despues, de vez en cuando un baño sulfureo, principalmente por primavera, que es cuando los empeines suelen retoñar. Si fuere robusto el enfermo, será bueno para apresurar la cura, prepararla con una sangría del brazo. Tambien se tomarán tres ó cuatro pastillas nzufrosas todos los dias.

Por ningun motivo sigais el consejo de esos charlatanes que purgan al enfermo hasta aniquilarle, por decir así, porque eso podria llevar á lo interior una dolencia que por desagradable que sea en lo exterior no es sin embargo peligrosa en lo general.

OBSERVACION SOBRE LA CURACION DE LOS EMPEINES.

El régimen del enfermo debe ser suave y humectante: es necesario evitar los alimentos acres, sazonados con aromáticos, las carnes negras, el cerdo, la caza y los licores espirituosos, y no vivir en lo posible sino de carnes blancas, de vegetales, de plantas amargas ó temperantes como la chicoria, la lechuga, la verdolaga, el bledo, las espinacas, etc., la leche, el suero, las frezas, las frambuesas, las guindas, etc.

Cuando los empeines tienen por causa un vicio interno, es necesario recurrir á un método mas formal y consultar á un médico hábil.

EMPEINES

EN LOS ANIMALES.

Esta enfermedad que se comunica de un animal á otro, y aun de un animal á un hombre, se propaga tambien de raza en raza y requiere un cuidado constante; distinguense dos especies, que han recibido diferentes nombres en razon de la parte que atacan: el EMPEINE FARINÁCEO y el EMPEINE VIVO. En el primer caso el pelo y la piel se cubren de escamas que se reducen á un polvo blanco; el segundo es fácil de distinguir en un tumor ardiente ocasionado por la reunion de muchas pustulillas, que supuran un humor acre que causa vivos dolores al animal y que le excita á rascarse de manera que él mismo se opone á que sanen las llagas. Esta materia virulenta se seca al fin y forma una costra áspera que se desprende y cae por sí.

La causa de esta enfermedad no es bien conocida; hase atribuido á la humedad y á la suciedad de las caballerizas, al exceso de trabajo y á la mala calidad de los alimentos; pero es mas probable que sea mas bien un vicio natural en el animal.

Hay varios remedios contra esta enfermedad: los baños abundantes y el lavado de las úlceras durante unos veinte dias, son de la mayor necesidad para los caballos y los bueyes, dándoles de alimento paja y salvado mojado, al cual se agrega una onza de azufre cada dia, ó la mitad para una cabra ó una oveja; de bebida, agua blanca, suero, ó una infusion de orozuz.

Los animales enfermos de empeines deben ponerse en una caballeriza seca.

LA EXCELENTE PAREJA.

—Es de todo punto imposible, decia yo paseándome por la huerta con mi antiguo amigo el vicario; es de todo punto imposible que yo me separe de mi casa en el mes de mayo; las abejas están entonces para enjambrar, y es además la mismísima semana de la fiesta de la escuela.

—No dé á usted cuidado, contestó él; la fiesta se hará con una semana de anticipacion; las abejas yo las atenderé yo mismo, y cuando usted regrese tendrá el gusto de encontrarse con una colonia ó dos perfectamente alojadas y entregadas á la faena.

Dejóme sin tener que chistar y púseme á pensar de qué otros subterfugios me agarraria para excusarme de un viaje desagradable; pero advertí por el aspecto de mi amigo que seria en balde cualquiera reparo; pues conceptuando mi asistencia á la boda de mi sobrina como cosa de obligacion, estaba determinado á remover cualquiera obstáculo que yo opusiese, y eso con la misma frescura que á la sazon manifestaba en sacudir unas telarañas que tenia un rosal de China de mi *verande*[1]. Cedí, bien que no sin despedir un suspiro.

—Yo quiero mucho á mi preciosa Amy[2], dije, y haria cuanto estuviese en mi mano por serle útil, pero estoy persuadido de que mi presencia en su feliz boda no le será de ningun provecho, mientras que yo voy allí á fastidiarme, y bien estaria yo por dejar la visita para despues que haya pasado enteramente la fraseа.

Mi reverendo amigo meneó la cabeza.

—Debemos regocijarnos con los que se regocijan, dijo, así como afligirnos con los que lloran, aunque no siempre estemos en disposicion de regocijarnos ó de afligirnos.

Esto era probablemente un pasaje de alguno de sus sermones; pero conocí que el sentimiento que encerraba hacia de su corazon, y lo que es mas, advertí que habria influido en sus propias acciones.

—Amy era de veras una preciosa criatura, prosiguió, cuando usted la trajo á curar de la tos convulsiva á nuestra cerranía de Cumberland. ¡No permita Dios que el reducido trato del colegio y el extenso del mundo la hayan echado á perder!

Los mismos deseos tenia yo, pero no era cosa la confianza que tenia de que así fuese. Decia bien mi amigo: Amy era una criatura primorosa cuando la tuvimos á nuestro lado. Dotada de mucha mas viveza y mayor talento que sus hermanas mayores, daba muestras de igualarlas en donaire y hermosura; y su ardiente corazon y su moreno cutis cautivaban á cuantos la conocian. Lástima seria que una naturaleza como la suya se viciara, es verdad, pero tambien no podia yo dejar de conocer que habia en ella ciertos puntos que la exponian mucho á echarse á perder cuando el mundo la desvaneciera con sus favores y halagos.

—Con que ¿va usted? díjome por último el vicario al estrecharme la mano por despedida.

Contesté afirmativamente y á los quince dias me puse en camino, cargando conmigo mas baules y cajas de carton de lo que jamás habia llevado en mis viajes.

1 Galeria ligera cubierta con una tela.
2 Amalia.

Encontré á mistress R. mas cariacontecida que otras veces: notábase desasosiego en su semblante, su vida, frívola y ligera cual era, no dejaba de tener su peso, y por la ocasion este peso parecia como que la agobiaba. ¿Qué tenia de extraño? Despues del crítico cambio que arrebata á una hija querida de los brazos de sus padres para llevarla á un mundo lleno de escollos, nada hay tan solemne como ese vínculo que trasfiere á un extraño el cuidado de su felicidad. Cuando se casa una hija, sus padres pierden desde luego el primer lugar en su amor y respeto, y vienen á quedar para siempre privados de la dilecta compañía que en los últimos años de la vida es un consuelo tan precioso y una satisfaccion tan grata. ¡Qué responsabilidad tan tremenda no hay en la eleccion de la persona á quien ha de confiarse un depósito de tanta valía, y á quien se ceden derechos de tanta importancia! ¡Qué raros son los hombres cuyo carácter presenta una combinacion de cualidades, que en circunstancias como estas, calmarian los temores y los presentimientos del amor de un padre ó una madre!

No pude menos de expresar algo de todo esto. Mistress R. me dijo que ellos tenian una completa confianza en Mr. Lennox[1]; era un partido á pedir de boca; se contaba con una renta espléndida para comenzar; á mas habia muy fundadas esperanzas de un caudal inmenso á la vuelta de pocos años, y un excelente lugar en la sociedad; en cuanto á eso otro que llaman dotes morales, por supuesto, todo era perfectamente satisfactorio.

—En cuanto á separarse uno de su hija, prosiguió y fuése aplicando su delicado pañuelo á los ojos, es muy verdad..., se me hace muy duro el separarme de Amy; pero, agregó filosóficamente, ya que no se puede remediar, es ocioso afligirse.

Y en efecto, no volvió á pensar por ello, sino que se soltó á charlar de otros cuidados que le habia acarreado el asunto de la boda; y comencé á notar que las verdaderas causas de su desazon eran otras muy diferentes de las que al principio me habia yo imaginado.

—Estoy aburrida de muerte, díjome; yo llevo el peso de todo: todo lo tengo yo que disponer y no hay una alma que siquiera me diga, pues mi marido no se interesa en estas cosas, y Amy. Amy no es mas que una muchacha en toda la extension de la palabra. Y luego, Luisa se ha vuelto tan torpe y apática que no sirve para nada. Echo menos á Fanny[1] cual no te lo puedes figurar: su casamiento, junto á este de Amy, no fué nada, pues ella me ayudaba á discurrir, pero ahora, ahora sí estoy afligida, temiendo que no salgan las cosas como Dios manda.

Era esta una aficion que me cogia desprevenido, sin nada preparado para consolarla, y trabajos hubiera tenido yo para responder si no me hubiera ahorrado la respuesta la entrada de las muchachas.

Algunos años llevaba yo de no ver á Amy, la cual siempre habia sido mi predilecta; y luego que logré verme libre de sus afectuosos abrazos, la miré con curiosidad para ver hasta qué punto la habia cambiado el tiempo. Su hermosura era una cosa peregrina y tan absorto me quedé contemplándola, que al pronto no paré mucho la atencion en su hermana; pero cuando la miré despacio no pude menos de sentirme sorprendido y disgustado. Los escasos veranos que habian pasado desde que la habia visto hecha una muchacha lozana, no eran tantos que hubiesen dado motivo al cambio que noté en su aspecto. Habia perdido el color su tez; su cara parecia como estragada y flaca; tenia en su boca una expresion afligida que nunca le

1 *Lenox.*

1 *Fany.* Francisca, Frasquita.

habia visto antes y en la piel del derredor de sus ojos se descubria ese matiz lívido que da al semblante una apariencia tan peculiar de poca salud.

—¡Luisa de mi vida! exclamé, seguramente estás enferma!

Contestóme que estaba bastante buena, y como tenia traza de no gustar que le preguntaran, la dejé estar, y ocupé mi atencion en todas las disposiciones que se habian hecho para la próxima ceremonia. Me hicieron ver las *danas*, eso por delante, y dí á conocer mi olvido, si no ignorancia, de la moda moderna, preguntando por el gorro.

—¡Gorro, tio! exclamó asombrada Amy. ¡guirnalda querrá usted decir!... aquí la tiene usted.

Y así diciendo púsosela en sus lindas sienes. Luisa cogió el rico velo, le dejó caer sobre la cabeza de su hermana; y por mi ánima que Reynolds ó Laurence se hubieran envanecido de tomar á la preciosa muchacha para modelo de uno de sus maravillosos cuadros.

No me dejaron admirarla mucho. Amy se echó á reir, se sonroscó y tiró todo á un lado.

—¡Qué modas tan raras hay en punto á trajes de boda! dije yo para mí. Mi madre se casó con un húnico de montar y sombrero, como si se hubiera tratado de ir á una caza de zorras; hoy dia es preciso llevar un traje de baile, aunque la ceremonia haya de ser en el piso de losas de una iglesia de villorrio. Por ventura ¿es preciso que el traje de boda sea de todo punto diferente del que la novia ha tenido costumbre de traer diariamente y que la traza de la que va á casarse sea tambien diversa de su traza ordinaria, formando así una como gradacion de todos los pequeños dobleces, voluntarios é involuntarios que segun se dice son inseparables de los gigantes? ¡Sea norabuena! Amy, tus atractivos exteriores no desmerecerán mucho cuando estén guardadas las gasas y los rasos. ¡Quiera Dios que sea lo mismo con tus otras mas preciosas gracias del alma y del entendimiento!

Los pocos dias que mediaron entre mi llegada y la boda fueron sumamente ocupados, y tanto que pocas ocasiones logré ver á la novia y todavía menos al novio. Sin embargo, lo que ví de este me dió buen concepto de él. Juzguéle digno de cuanto Amy pudiera llegar á ser, de cuanto él pudiera imaginarse deber encontrar en ella, pues el jóven estaba ciego de amor por la muchacha, como no es difícil considerar que lo estuviera quien iba á ser dueño de una criatura hermosa y atractiva cual Amy. Ahora, por parte de la chica, no pude conocer bien sus sentimientos respecto de Eduardo; todos decian que le amaba y ella tambien lo creia; pero yo no podia persuadirme que su corazon de ella estuviese aun en estado de sentir un afecto profundo y apasionado. Ella se espejeaba en su futuro marido y se envanecia de verse elegida por un sugeto que todos á una voz proclamaban por hombre de mucho mérito; gustaba de su compañía y agradecíale su amor. Si esto no era amor, sí podia ser un buen fundamento de él, y quizá lo que habia que maravillar en que todavía no abrigase la jóven un sentimiento mas vivo. Pero Amy era una criatura, una niña que se habia criado toda su vida en medio de bagatelas, y en el carácter de Eduardo habia una macisez y una seriedad á que aun no estaba enteramente acomodada aquella. En lo futuro, con el trato, ¿llegarian á ser buenos compañeros y amantes esposos, ó se desavendrian y se verian con despego? Esta cuestion me pareció tremenda; y no eché de ver que nadie en aquella ocupada casa la tuviera presente.

Celebróse la boda por demás creo des-

cribirla, pues casi hasta los niños que maman saben en el dia lo que hay que saber en este punto.

Marcharon los novios, y las doncellas de la novia se dispersaron hasta que el regreso de la pareja las llamara á la importante tarea de recibir las visitas.

Como el regreso tenia visos de tardar, yo tambien toqué retirada, pues tenia que ver á otros amigos antes de volverme á mi ermita, como se habia encaprichado en llamar mistress R. á mi casita, sin atender á que estaba esta situada á corto trecho de una ciudad muy poblada y cerca de una plaza de comercio bastante considerable.

Quedéme lleno de cuidado por Luisa.

Mistress R. conocia lo cambiada que su hija estaba, lo sentia y confesaba que no atinaba con la causa. No habia en el mundo criatura, decia ella, que tuviese mas libertad y proporciones de distraerse que las que tenian las suyas: y sin embargo nada divertia á Luisa. Pregunté si habia ocurrido algo que la hubiera hecho infeliz: dijome su mamá que habia tenido unos amoricillos, pero que por razones suficientes á dejar satisfecha á la misma Luisa, se les habia echado tierra encima, y que no entendia que le quedase á la muchacha inclinacion alguna. Mis ulteriores observaciones me inclinaron á convenir con mistress R. sobre este punto, mas parecióme que su ilusion, leve como debió de haber sido, habia dado á conocer á la pobre criatura que tenia un corazon y una alma; que estaba dotada de prendas que la destinaban á objetos mas nobles y á una esfera de accion muy mas extensa de la que se presentaba en la region de insustancialidad en que moraba. No era ella capaz de expresar con palabras sus sentimientos, porque los tenia demasiado confusamente agolpados en su mente: sus deseos no se los podia ella explicar ni á sí propia, pero no dejaban por eso de ser reales y efectivos, y me convencí de que estaban minando su existencia. Con mucho gusto me la hubiera llevado yo conmigo; habríala puesto en contacto con las verdaderas necesidades y las verdaderas crueces de la humanidad, representadas si se quiere en pequeño, pero sin el barniz de la falsedad y el brillo de la sociedad de moda. Hubiéralo hecho yo, porque nadie me quitaba de la cabeza que fuera del lado de su familia encontraria ella algo que la interesara y la estimulara á obrar. Logrado esto, explayariasele el ánimo y el tedio de una existencia sin objeto ni espectativa se acabaria.

Mistress R. tembló de horror al proponerle yo que confiase su hija á mi cuidado; y estoy en que no hubiera recibido mi propuesta con peor disposicion si mi casa hubiera sido de veras la celda de un anacoreta y hubiera estado sepultada en lo mas profundo de la soledad. En balde le hice presente lo contenta que siempre habia estado Amy todo el tiempo que habia pasado á mi lado, y lo eficaz que habian sido los aires de Cumberland contra sus achaques juveniles en los términos mas claros que lo permitia su buena educacion manifestóme que por bueno que el clima fuera, Luisa no podria menos de morirse de tristeza en mi casucha. La muchacha necesitaba distracciones, cosas que le llamaran la atencion, es cierto; la llevarian á Brighton, á Hasting, á Baden si era posible... á cualquiera parte así, para proporcionarle un cambio completo de objetos y de ideas. Doblé la hoja, sin dejar por eso de creer firmemente que en mi soledad encontraria un cambio de objetos y de ideas mas notable que no en cualquiera de las ciudades de baños de moda.

Trascurrieron varios meses. Los novios regresaron cuando ya estaba yo de vuelta á mi casa.

Escribióme Amy unas cartas graciosas y alegres en sumo grado. Así me lo esperaba yo. Estaba ella gozando de todos los gustos del mundo, y con aquella su imaginacion tan viva y la alegría que dan los diez y ocho años, ¿cómo era posible que no la sacaran de quicio los atractivos del mundo? Tambien recibí cartas de mistress R., llenas todas de elogios á Amy: referíame la ufana madre lo airosamente que habia desempeñado su nuevo papel, cómo se iban todos los ojos tras ella, cómo las lenguas la ensalzaban, ora se presentase en la calle, ora recibiese huéspedes en su casa.

No era esto lo que mas me interesaba saber, pero no logré que me dijeran otra cosa.

Al cabo de dos años, volví á verme con Amy. Tenia un niño muy precioso: ella estaba tan lozana y hermosa como siempre; era al parecer feliz y conservaba aquella alegre cara y aquel genio festivo que tanto la habian agraciado siempre.

No así su marido. El despejo y la agudeza que antes habian caracterizado su conversacion, no existian ya: era taciturno y reservado; parecióme que alguna pena que no tenia á quien confiar devoraba su alma.

Cuando indiqué á Amy la novedad que se notaba en su marido, meneó su linda cabeza y torciendo la boca reparó que entendia que los hombres eran siempre mas amables de novios que de maridos. A pesar de sus melindres infantiles vi asomársele una lágrima, y á la verdad que no me pesó.

Lo cierto del caso era que Eduardo estaba desencantado, completamente "desencantado." Habia descubierto que la muchacha irreflexiva é inexperta, á quien nunca habian enseñado á pensar en cosa mas seria que la diversion del momento, no era la mujer perfecta, la mujer que se habia formado en su imaginacion, el eco de todos sus pensamientos y afectos. Era él un hombre muy delicado, y cuando notó que no le comprendian se tragó sus penas y se mantuvo en la mas impenetrable reserva. Amy, pobre criatura, no tenia la menor idea de lo que pasaba en el ánimo de su marido: satisfecha de que ella por su parte era la misma, no pensaba en el desengaño que habia dado á aquel. Creia de buena fe que lo que su mamá le habia contado acerca de las humoradas de los hombres explicaba la novedad que no podia menos de notar en los sentimientos de él para con ella; y aunque esta novedad solia ponerla triste, no amaba con bastante ardor para llegar á afligirse.

Aun era amada Amy: si bien es verdad que Eduardo no le tenia aquel amor que hubiera abrigado por la verdadera compañera de su alma, queríala no obstante como á una criatura amable cuya felicidad estaba encomendada á su cuidado, y parecíame que le acosaban é inquietaban, á mas de sus pesares individuales, ciertos temores por la suerte de ella.

Mistress R. decia bien. Nada podia ser mas exquisito que el donaire con que presidia Amy la mesa de su marido ó tomaba parte en las alegres reuniones de moda. Sin que nada me quedara en el pecho, podia felicitar á su mamá sobre este punto; pero con todo y lo bien que conocia yo á mistress R., no dejaba de sorprenderme la satisfaccion tan pura que le causaban estas "prendas" de su hija: con todo candor creia ella que de nada en lo absoluto carecia aquella para ser una buena casada. ¡Pobre mujer! ¡presto tuvo que cambiar de opinion, y de la manera mas lastimosa!

Luisa seguia enfermiza: habíase reanimado un poco, pero despues cayó en un abatimiento mayor que nunca. Con frecuencia iba yo á pasar las noches en su

compañía cuando mistress R. y Amy andaban fuera, y muy gratas se me habian hecho aquellas horas empleadas á su lado. La idea de la eternidad se habia presentado á su tierno espíritu y habia despertado al punto las facultades mas nobles de su alma: con esto su entendimiento se habia despejado y animada en fuerza de estos impulsos, habia venido á ser muy otra de lo que antes fuera. ¡Nada tenia pues de extraño que viéndola su mamá risueña ó con alegres ojos una que otra vez, creyese que iba de alivio.

Una tarde, mientras Amy se estaba preparando para concurrir á un convite, fuí á la biblioteca en busca de un libro que aquel dia habia prometido á Luisa leerle al entrar en el aposento, quedéme cortado de encontrarme allí á Eduardo, sentado junto á la chimenea, cruzado de brazos y al parecer tan embebecido en sus reflexiones, que casi no reparó mi presencia. Como yo le creia disponiéndose para acompañar á Amy, no me habia pasado por la imaginacion que se hallase allí, y tuve que explayarme en excusas.

Volvió él de su enajenamiento y levantándose completó mi admiracion pidiéndome que le escuchara cuatro palabras.

—Pues ¿no va usted á salir? le pregunté.

—¿Salir? ¡Ah, se me habia olvidado! No; por esta noche, no.

Noté algo en todo él que me asustó.

—¿De qué se trata? dije.

Y creo que me demudé y agregué algunas palabras sobre mi hermano.

—No se asuste usted, díjome; no hay nadie que por la ocasion esté en trabajos ó en peligro sino mi propio desdichado individuo, y por mí, Amy tambien. Hablando con toda franqueza, Mr. R., pues entiendo que puedo explicarme francamente con usted sin temor de un desmayo ni de un ataque de histérico, soy hombre arruinado. Advierta usted, añadió vivamente y con un aspecto varonil que vino á reemplazar las primeras muestras de su turbacion, que uso el término en su significacion ordinaria y convencional. Ni usted ni yo llamaríamos arruinado, en el sentido literal de la voz, al hombre que conservara su honor ileso, é íntegros el vigor de su cabeza y la fuerza de su mano.

Yo estaba tan asombrado que no encontraba qué responder.

—Si por mí no mas fuera, prosiguió, podria sobrellevarlo, me parece, como lo sobrellevan los mas; pero el pensar en esa pobre criatura me amilana. Las diversiones, el lujo, las tertulias parecen ser su verdadera vida, y decirle que debe privarse de estas cosas es terrible. ¡Oh! agregó amargamente, si yo lograra llegar á ser para Amy lo que fué ella para mí, ¡qué ligeros serian todos nuestros reveses mientras conservásemos nuestro amor! ¡pero eso fué un sueño alegre!

—No hay que decir eso todavía, contesté. Amy tiene una alma, aunque su vida hasta el dia ha dado muy pocas muestras de su profundidad. ¿Quién puede asegurar que cuando se apele á su simpatía y á su accion no se muestre tal cual la pudiéramos desear?

—No me lisonjee usted con falsas esperanzas, dijo; ya tengo abandonadas esas ideas para siempre.

Tenia yo mis esperanzas de que las cosas no estuviesen tan de mala condicion como me habian dado entender que lo estaban y pedí mas explicaciones. Lo que habia dicho Eduardo era en sustancia la pura verdad: no cabia duda en que él habia perdido un lucido caudal y no le quedaba mas arbitrio que labrarse una cómoda independencia por medio de su trabajo personal. El sacrificio del lujo, de todo lo superfluo, de las consideraciones mundanales que proporciona la riqueza, era

de todo punto inevitable; sacrificio que con frecuencia causa una pesadumbre desproporcionada al valor de los objetos sacrificados.

Cuando en pocas palabras me hubo impuesto del estado de sus negocios, dijo:

—Ahora entra la cuestion de lo que será mas conveniente hacer con Amy. Puede que me decida yo á tomar el partido de marchar á la India; pero váyame ó quédeme, me parece que lo mejor para ella seria que acompañase á su mamá y á Luisa á Baden. Así se le hará menos pesada la novedad: ya lo he consultado con su padre y es de mi opinion.

—Norabuena, dije secamente; y si la intencion de usted es que Amy se esté toda su vida hecha una niña mimada de la fortuna, con trabajo encontraria usted medios mas á propósito. Ahora, si se quiere que algun dia llegue á ser lo que debe ser una criatura racional, no hay mas que aleccionarla con los reveses de la vida: deseche usted pues todo pensamiento de excusarle probaciones que pueden serle de mas beneficio que todos los favores de la fortuna. Hágale usted entender que no puede libertarla de los pesares, mas bien invítela usted á participar de sus trabajos que no la deje consumir por las desazones de egoismo que inevitablemente sobrevienen á las personas ociosas y mimadas. Pero si usted trata de inspirarle desprendimiento, es preciso que haga usted entera confianza de ella. Dígale usted cuanto pasa.... impóngnala usted de su comprometida situacion..... manifiéstele lo que espera de ella.... lo que teme.... Usted y ella llegarán á bendecir el dia que les trae estos trabajos.

—¡Ah! ¡si yo pudiera creer!.... empezó á decir, pero no.... usted juzga por sus buenos sentimientos.... usted no conoce á Amy.

—Ni usted.... ni nadie; ni ella misma se conoce. El carácter de una muchacha es como un boton de rosa, plegado á la vista de todo el mundo; pero no se parece á la rosa, pues que mas se abre con las nubes y las tempestades que en el tiempo sereno.

Hubo un rato de silencio, durante el cual se estuvo sentado meditabundo.

—Cuando le llamé á usted la atencion sobre el estado de mis negocios, dijo luego, lo hice con el ánimo de suplicarle que impusiera de ello á Amy por mí; pero cási me ha persuadido usted á que lo haga yo mismo.

—Usted mismo, sí; de ninguna suerte otro, y nada se callen ni oculten ustedes. ¿Para qué he de decírselo á Luisa y á mistress R.?

—¡Oh! es preciso que lo sepan ellas, contestó Eduardo. La señora R. estará fuera cuando usted llegue, de manera que se ahorrará usted presenciar el paso. Luisa.... que tiene mas sensatez y ánimo que todos nosotros juntos.... se lo espetará lo mejor que pueda esta noche. El coche está puesto, éntrese usted en él y volverá por la pobre Amy.

Decia bien. Luisa manifestaba en efecto tener por la ocasion mas sensatez y valor que todos nosotros. Tal vez se contemplaba ella demasiado próxima á otro mundo para dar un valor indebido á las cosas de este, pues nada de la agitacion que yo me temia resultó de mi conferencia y consultamos juntos, tranquila y racionalmente, los mejores medios de hacer las circunstancias provechosas á Amy y pasaderas á su mamá: serena como la ví, juzgué sin embargo conveniente evitarle el primer ímpetu del sentimiento de mistress R., y por tanto dejé pasar la noche y regresé al lado de Amy al dia siguiente.

Encontréla sola en la huerta, con su chiquillo dormido en los brazos. Tenia fija la vista en el suelo, y notábase una re-

flexiva seriedad en su precioso semblante, la cual le estaba tan bien como la alegría que era su carácter natural.

—Tio de mi vida, díjome cuando le estaba yo besando su carrillo, ¡cuánto le debo á usted!

—¡A mí, amor mío! ¿qué quieres decir con eso?

—Si no hubiera sido por usted, no me habria dicho Edmundo nada. Nunca hubiera yo sabido la mitad de los motivos de sus trabajos y le habria creido siempre frio é indiferente, cuando, por lo contrario, estaba él oprimido con el sobresalto que la suerte mia y de nuestra criatura le causaban.

Aquí ya habia un mamantial de accion. Las fuentes de simpatía, de gratitud, de amor, quedaban abiertas. ¿No serian estas aguas suficientes para fertilizar una vida?

Creí que sí y dime el parabien por la suerte de Amy.

No me engañé.

Desde ese dia fué ella muy otra.

Si al pronto le parecieron grandes los sacrificios que se veia en el caso de hacer, en breve los consideró muy leves con las penas que sentia cuando reflexionaba lo poco que la habia preparado su primera educacion para sacar provecho de una corta renta, para mostrarse la amiga, compañera y confidente que su marido entonces mas que nunca necesitaba, ó para desempeñar los oficios de guia é instructora que pronto exigiria de ella su hijito.

—Eso no es motivo de pena, Amy, le decia yo cuando me abria su pecho como hacia en su niñez; con juventud y salud, no son mas que estímulos para esforzarse.

Mr. Lennox se fué á la India, pero solamente por un año, y mal de su grado Amy se separó de él. Con esto, quiso volver á casa conmigo, para hacer ó mi lado un aprendizaje de un año, como en tono de chanza me decia, y á pesar de mistress R. me la llevé.

¡Qué atareados pasamos el año! Guisamos, cortamos ropa (en este ramo fué un cero por algun tiempo la maestra de escuela de la villa); hicimos ensayos de economía doméstica; hicimos cuentas; leimos libros de diversion, y libros de peso: historia y filosofía, poesías y novelas, habiendo tenido yo que valerme de mil astucias para evitar un exceso de obras de educacion, ramo de literatura á que Amy, como muchas madres jóvenes, era muy afecta.

Ocupados así, volaron los dias y las semanas, pero no sin dejar huella. El incremento de Amy en lo intelectual y en lo moral fué tan rápido como el crecimiento de su hijo en lo físico. Ella lo echó de ver y á la par de su pundonor crecia su amor y admiracion por el marido por quien se habia visto estimulada á aprender á gobernarse y á instruirse. Corto habia sido el júbilo del dia de su boda junto al que sintió cuando á la conclusion del año se arrojó él en sus brazos; y leve habia sido su pesar de él después de la luna de miel, junto á la deliciosa sorpresa que cada dia sentia al descubrir algun nuevo adelantamiento ó el indicio de alguna nueva perfeccion en su amable esposa.

—Sí, sí, dije para mí mirándolos pasearse por la huerta y hablándose de sus futuros planes con el aspecto de completa confianza que tanto significa; esos corazones están ahora unidos. . . en breve se estrecharán tanto que nada en el mundo tendrá poder para separarlos.

Limpié mis anteojos, que con frecuencia se habian empañado en aquellos últimos dias, y tomando á Herbertito de la mano, salimos tambien á platicar en confianza entre las flores.

Fuí á ver á Amy cuando ya estaba acomodada en una casa suya propia, y aunque mistress R. meneaba la cabeza y suspiraba cada vez que se trataba de las disposiciones caseras de la "pobre" Amy, yo encontraba delicioso todo lo que la rodeaba. Verdad es que la asistia una limpia doncella en lugar de un lacayo alto; verdad es que si queria presentar en su mesa una golosina especial tenia que ensuciarse la punta de sus delicados dedos, en lugar de mandarlo hacer; verdad es que cuando queria ir á la calle tenia que andar á pié en lugar de servirse de un coche. . .

Pero ¿y qué?

No advertia yo que ella se encontrase ni una pica peor por estas novedades.

Tambien es verdad que no iba una noche á la ópera, otra al teatro, otra á un baile; pero tan ocupada estaba todo el dia, y tan contenta por la noche, con la compañía de su marido, que no echaba menos semejantes diversiones. Ya no presidia ella grandes tertulias, pero su preciosa y alegre casita amueblada con gusto y dispuesta con comodidad, estaba siempre abierta á todos los amigos verdaderos á quienes la adversa fortuna no volvia vergonzosos ó indiferentes.

—La pobrecilla Amy parece de veras estar contenta, decia su mamá una noche después de habérnosla pasado deliciosamente con los chicos y unos cuantos amigos viejos; es extraño, pero parece que de veras es feliz á pesar de sus desgracias.

—¡Desgracias! exclamó mi hermano; ¡llámalas mejor felicidades! ¡Sí, Margarita, soy hombre convertido ahora, y no tengo el menor escrúpulo en confesar que las mujeres son capaces de mejorarse y que la pérdida de las riquezas puede traer una felicidad inestimable!

LAS JOYAS.

El afamado maestro Rabí Meir pasó todo el sábado en la escuela pública instruyendo al pueblo. Durante su ausencia de su casa aconteció la muerte de sus dos hijos, ambos de peregrina hermosura y muy impuestos en la ley. La mujer del maestro los condujo á su dormitorio, tendiólos en el lecho conyugal y púsoles encima una sábana muy blanca. En la noche el Rabí Meir vino á su casa.

—¿Dónde están mis dos hijos? preguntó; que vengan á recibir mi bendicion. Los he buscado con la vista varias veces por la escuela y no los he hallado.

Ella cogió un vaso y se le puso por delante. Él alabó al Señor por haberle dejado pasar con vida el sábado, bebió y tornó á preguntar:

—¿Dónde están mis hijos que no vienen á beber conmigo de la copa de bendicion?

—No han de estar léjos de aquí, dijo ella.

Y sirviéle de comer.

Él estaba de un humor alégre y satisfecho; y cuando hubo acabado de comer, luego que dijo el bendito, ella le habló y le dijo:

—Rabí, dame licencia para proponerte una cuestion.

—Di, amor mio.

—Ahora pocos dias una persona me dió á guardar unas alhajas, y ahora me pide que se las devuelva.

—Cosa es esa, dijo el Rabí que no deberia consultar mi mujer. ¡Cómo! ¿titu-

bearias tú ó repugnarias restituir á cada cual lo suyo?

—No, replicó ella; pero siempre creí mejor no restituirlas sin primero avisarlo.

En esto condújolo al aposento y llegándose á la cama levantó la sábana que cubria á los cadáveres.

—¡Hijos mios, hijos mios! gritó llorando el padre; ¡hijos mios, luz de mis ojos, luz de mi entendimiento! Yo era vuestro padre, pero vosotros érais mis maestros en la ley.

La madre volvió el rostro y lloró amargamente. Al fin, tomó la mano de su marido y dijo:

—Rabí, ¿no me enseñaste que no debemos repugnar el restituir lo que se confia á nuestro cuidado? Mira, el Señor dió, el Señor ha quitado, y ¡bendito sea el nombre del Señor!

—Bendito y alabado sea el nombre del Señor, repitió el Rabí; y bendito sea su nombre por tí, tambien, pues bien está escrito: "Mujer fuerte ¿quién la hallará? Lejos y de los últimos confines de la tierra su precio. Abrió su boca á la sabiduría y la ley de la clemencia está en su lengua."

MISCELANEA.

LOS IRACUNDOS.

Nunca os encolericeis. No hace la cólera ningun bien. Yerros hay que al parecer tienen compensacion ó disculpa, pero no tiene ninguna la ira. Nunca os sentís mejor con ella. Es un verdadero tormento, y cuando ha pasado la tormenta, le deja á uno ver que ha sido un necio, y se ha dado por necio á los ojos de los demás. ¿Quién juzga bien del hombre de mal genio á quien no puede nadie acercarse sino con suma precaucion? ¿Quién le quiere de vecino ó de compañero? Todo cuanto tiene cerca de sí lo tiene como lo que está inmediato á un animal rabioso. Y en cuanto á la prosperidad, no mejora uno de condicion por exasperarse. Un hombre iracundo es inútil al bienestar de la sociedad. Y puesto que es inútil la ira, y que no tiene nada que la excuse, ¿por qué no ha de reprimirse?

UNA PARA OTRO.

—Es una lástima que siempre ande usted en pos de mí, caballero, decía una mujer consecuente á su sentimental adorador; me representa usted un barómetro que está lleno de aire por su parte superior.

—Preciosa entre todas las mujeres, contestó él, por un agasajo tan lisonjero, permítame usted que le haga presente que usted la ocupa toda entera.

REMBRANDT.

A principios de octubre del año pasado (1851) se fundió con muy buen éxito en la Haya, delante de una concurrencia muy lucida, una estátua de bronce de Rembrandt, la cual está destinada para Amsterdam, que fué donde falleció en 1674 aquel distinguido pintor.

ENIGMA.

Al formar fuí maltratada,
Mi dueño me tiene amor,
Y aunque soy mujer honrada,
Me suele tener atada
Y con guardas mi señor.

La solucion en el número siguiente.

SOLUCION DEL ENIGMA DEL NÚMERO 14.

LA GALGA.

ECONOMIA DOMESTICA.

TINTE PARA EL PELO.

Una onza de limadura de acero deshágase en media azumbre (dos cuartillos) de vinagre, y se tendrá un tinte pardo.

El nitrato de plata disuelto en agua destilada da un tinte negro, pero debe cuidarse mucho de que no llegue á tocar la piel y de que no tenga el pelo nada de aceite ni grasa.

LENGUA COCIDA.

La mejor manera de hacerla consiste en arrollarla como un filete de ternera antes de hervirla.

PUDIN DE EVA.

Pélense y macháquense seis manzanas, tómense seis onzas de corteza de limon rallada, otro tanto de pasas bien limpias y gruesas, seis onzas de azúcar de pilon, una cucharada de sal, la cuarta parte de una nuez moscada rallada, seis huevos bien batidos, una cucharada de zumo de limon y un vaso grande de aguardiente. Estos ingredientes, cuando estén bien mezclados deben hervirse en un lienzo durante seis horas.

REMEDIO CONTRA LOS SABAÑONES.

Linimento de alcanfor compuesto, linimento de jabon, media onza de cada uno: aceite de trementina, tres dracmas. Mézclese, úsese con constancia, untándolo en los SABAÑONES, ó restréguesele espíritu alcanforado.

TOSES.

Toda tos que dure mas de quince dias es maligna, y debe ser objeto de la asistencia de un médico.

PARA LIMPIAR UNA CADENA DE ORO.

Disuélvanse tres onzas de sal amoniaco en seis onzas de agua, é hiérvase en esto la cadena; luego hiérvase en unos cuantos minutos en media azumbre (dos cuartillos) de agua con dos onzas de jabon suave: lávesela despues en agua fria, restréguese ya seca con una franela y sacúdase por un rato en un saco con salvado muy seco.

AGUA DE ALHUCEMA SIN DESTILACION.

Tómese un cuartillo de buen espíritu de vino; una onza de aceite de espliego inglés, diez granos de almizcle y una onza de esencia de ámbar gris. Déjese esto un mes en una botella bien tapada; luego filtrese por papel secante y guárdese en una botella bien tapada. Mientras mas añejo, está mejor este licor.

PARA LIMPIAR UN CEPILLO DE CABEZA.

Disuélvase media onza de potasa purificada en un cuartillo de agua hirviendo; pásese el cepillo por esto hasta que esté limpio; luego viértasele por encima agua hirviendo limpia. Póngasele á secar á cierta distancia de la lumbre, ó al sol.

PASTA DE ALMENDRA Y MIEL.

Media libra de miel de colmena clarificada de antemano por medio del fuego; media libra de polvo blanco de almendra, una libra de aceite de olivo, aromatizado con la esencia que mas agrade, y las yemas de tres huevos. Bátase muy bien en un mortero la almendra y la miel, y luego váyasele echando poco á poco el aceite y las yemas de huevo juntos.

FLORES ARTIFICIALES.

POR MADAMA CELNART.[1]

COMPOSICION DE LOS COLORES.

Los floristas, cuyos principales secretos son la destreza y la paciencia, hablan del uso de sus colores como de una ciencia oculta. Cuando se haya leido este capítulo con atencion, se sabrá lo que son esos pretensos misterios.

COLORES ROJOS.

El PALO DEL BRASIL, el CARMIN, el CARTAMO (azafran romí ó alazor), el CARMIN DE RUBIA (roya), la LACA RUBIA, son los colores que se emplean para formar todos los matices del rojo, desde la púrpura hasta la rosa.

PALO DEL BRASIL.

Los encarnados que da el palo del Brasil no tienen frescura, pero se hacen con facilidad. Hácese hervir esta sustancia, durante cosa de dos horas, en una cantidad de agua proporcionada al matiz que se desea; cuélase el cocimiento, y avívase con unas cuantas gotas de ácido sulfúrico. En lugar de hervir el palo del Brasil se puede ponerle á destefiir en espíritu de vino durante unos cuantos dias. Tambien se puede hacer uso de un cocimiento de palo del Brasil en vinagre blanco.

Una pequeña porcion de sal de tártaro, de potasa, aun de jabon corriente hace pasar á púrpura el encarnado del palo del Brasil. Si uno de estos álcalis estuviere en demasiada dósis, el encarnado cambia á violeta. Un poco de alumbre, añadido al cocimiento, precipita al fondo de la vasija una laca de un hermoso encarnado carmesí, que se aumenta poniendo una poca de sal de tártaro ú otro álcali. Los ácidos empleados en crecidas dósis cambian la disolucion en amarillo.

Por estos pormenores la florista puede conocer qué sustancia tendrá que añadir al cocimiento del palo del Brasil para lograr varios matices. Para teñir los pétalos[1], comenzará por mojar el pétalo en una agua mezclada muy ligeramente en la sustancia elegida (con álcali, verbi gracia), si quiere conseguir tintes pérpuras; mojará despues el pétalo en la disolucion pura, y le enjuagará en el agua en que le mojó al principio. Este ejemplo servirá para todos los casos en que se quiera avivar particularmente un color.

CARMIN.

Este es uno de los colores de que mas uso hacen los floreros. Para carejecer diversas partes delicadas, como la orilla de las hojas de rosal, un lado de los tallos del geranio, se contentan con desleir en agua el carmin, al punto que van á emplearle. Para dar á las flores un color de rosa vivo y fresco, como el del laurel rosa (adelfa), se deslie ó deshace el carmin con una agua ligeramente alcalina: la sal de tártaro es el álcali preferido para el caso. Se-

1 *Señor.*

1 Hojas de que se compone la flor.

gun se ponga mas ó menos carmin en la tintura, se conseguirá el matiz que se quiera. Cuando se deja ocho dias en remojo antes de usarle, queda mucho mas hermoso. Es mejor comprar el carmin en pedacitos que no molido.

CARTAMO.

El cártamo ó alazor (*carthamus tinctorius*) es un color que se extrae de la flor de la planta del mismo nombre, el cual se vende en pastillas á poco precio, y se emplea en frio, porque con el calor se destruiria la virtud colorante. Puede conseguírsele líquido, disolviéndole en espíritu de vino, el cual toma un hermoso color de rosa: esto es lo que se llama "rosa en licor." Calentando esta tintura se le da un tinte naranjado. El mismo efecto producen los álcalis; los ácidos dan al color un encarnado mas vivo y mas puro. Cuando quieren los floristas teñir de rosa, ponen en la tintura de cártamo una porcion muy pequeña de álcali para conseguir ese matiz naranjado que, sumamente débil, no cambia en nada la naturaleza del color, pues tiñe los pétalos de un rosado puro. Es importante que no sea crecida la dósis, pues como dice un dicho:

Mucho álcali mata la rosa.

La sal de tártaro, el álcali volátil, la disolucion del primero en agua, son los álcalis empleados ordinariamente.

El álcali no sirve mas que para hacer cambiar el color del cártamo, es decir que pase de un tinte á otro diferente: el ácido es el que le aviva, de matiz en matiz, hasta el color de guinda; pero como lo tengo ya indicado, no se pone el ácido en la tintura sino en el agua en que se moja el pétalo antes y despues de empapado en el color: por esto se llama esta agua "agua de avivar."

El crémor tártaro en muy pequeña cantidad, el vinagre, el zumo de limon, son los ácidos que se usan para esta operacion: el zumo de limon es muy mas preferible á los otros; pero como el emplearle con frecuencia seria oneroso porque no se necesitan las mas veces sino dos gotas y el limon queda perdido, puede reemplazarse con el ácido cítrico. Este se vende hecho una sal, tambien le hay líquido con el nombre de "disolucion concentrada de ácido acético." Tiñendo primero en un ligero cocimiento de orellana (achiote), luego en un baño de cártamo se consigue el punzó ó color de fuego. Ya se sabe que al salir del baño de cártamo, el pétalo debe pasarse al agua acidulada.

Para obtener un color de carne sumamente tierno, se enjuaga la tela en una agua muy ligeramente jabonosa.

CARMIN DE RUBIA.

Este es un color de un encarnado encendido, el cual se debe á M. Merimée, quien le saca de la rubia. Es sumamente sólido; empléase como el carmin corriente; su matiz, muy hermoso, es un poco violáceo (color de violeta), y muy á propósito para teñir las flores de un encarnado semejante al de los alelíes colorados: tambien sirve muy bien para pintar los pétalos con pincel, como la rosa, la peonía blanca, amazarcada y roja. El carmin se vende en escamitas, engomado: mezclado con la gomaguta ó gutagumba, da los tintes naranjados; con el azul de Prusia, da varios matices de violados. Por último, con la tinta de China produce un rojo color de vino.

LACA DE RUBIA.

A M. Merimée se debe tambien este rojo vivo, mas encendido que el carmin de rubia y tambien se extrae de la rubia. Véase cómo hace M. Merimée para lograr este hermoso y sólido color.

Comienza por lavar en agua fria la rubia hasta que ya no comunica color al agua: luego la pone en contacto, en la temperatura ordinaria, con una disolucion de alumbre durante veinticuatro horas; cuando el agua alumbrosa ó de alumbre ha tomado un tinte muy subido, precipita la laca por medio de una disolucion ligera de subcarbonato de potasa ó de soda. Las primeras porciones que se obtienen son en general mas hermosas que las últimas.

COLORES AZULES.

AÑIL.

Se consigue fácilmente una tinta azul, propia para teñir los pétalos, con el añil, y mejor todavía el azul, llamado inglés ó bolas de azul, de lo cual se pone cierta cantidad en agua. El "azul en licor," ó el añil disuelto en ácido sulfúrico es tan bueno como las bolas de azul, pero para emplearle es necesario primero desleirle en agua, luego ponerle de vez en cuando y varias veces tiza en pequeña cantidad. Se sigue así hasta el caso en que ya no hierva el licor con el aumento de la tiza, lo que indica que el ácido sulfúrico está completamente absorbido. Esta greda combinada con el ácido se precipita al fondo de la vasija; entonces se vierte poco á poco el licor que ha quedado claro. Si se quisiese, antes de dejar reposar, se puede añadir una poca de agua; en todo caso, se lava el precipitado (los asientos) con agua pura y se saca de esta suerte otro color azul mucho mas claro. El azul del añil se pone mas subido y tira á negro, cuando se le añade potasa.

Para azul de "pintura," el azul de Prusia es preferible. Este azul, que se vende en pastillas, es el producto de hierro y del ácido prúsico (prusiato de hierro): se pone verde con el tiempo, cuando está expuesto al contacto del aire.

COLORES AMARILLOS.

1º

TIERRA MERITA[1].

Tómese *terra-merita* y póngasela á disolver por espacio de una mañana en espíritu de vino ó alcohol; filtrese despues y guárdese este licor, bien tapado siempre, en un frasco. En el instante que se vaya á usar, viértanse unas cuantas gotas en una taza; luego segun los matices que se quieran sacar, mójese primero en agua pura, ó agua acidulada con crémor tártaro, ó agua alcalizada por medio de sal de tártaro; enjuáguese luego en una de estas aguas despues de haber empapado el pétalo en el tinte.

La mojada y el enjuague en agua pura dan todas las tintas de amarillo, segun la fuerza de la tintura. Puédese excusar el enjuague en agua acidulada, pues estas dos inmersiones producen todos los tintes de amarillo un poco verdoso. Por último, la inmersion de agua alcalizada produce todos los matices de un encarnado apagado y algo variable, tirando á color de ladrillo.

2º

ORELLANA Ó ACHIOTE.

Disuélvase la orellana en alcohol ó póngase á hervir un corto rato en agua con su misma cantidad (del achiote) pesada y no medida, de ceniza revuelta; filtrese la solucion, así como tambien el cocimiento; añádase á la primera (la disolucion) suficiente cantidad de agua y se tendrá una tintura amarilla brillante, la cual sin la agregacion de la ceniza quedaria un poco rojiza. Si se enjuaga despues en agua envinagrada ó alumbrosa (con alumbre), se tendrán tintas aurora y naranjada, muy propias para los claveles de la India. Tambien se prepara un hermoso naranjado con carmin y amarillo.

1 Raiz de cúrcuma reducida á polvo.

3º

GRANAS DE AVIÑON Ó PEZACANTAS.

(*Rhamnus infectorius.*)

Las bayas de este vegetal, hervidas por media hora en suficiente cantidad de agua, dan un amarillo muy hermoso.

4º

LA SERRÁTULA.

(*Serratulat inctoria*).

Esta produce un amarillo verdoso: despues de teñir en un cocimiento de ella, es menester enjuagar en agua alumbrosa.

5º

AZAFRAN.

Es menester hacer con él una infusion fuerte en agua y teñir los pétalos en su tintura: se tendrá un amarillo rojizo. La infusion del azafran en espíritu de vino puede aplicarse con pincel. La *terra merita* (raíz de cúrcuma reducida á polvo) preparada conforme queda dicho, es tambien un amarillo de pintura.

6º

CROMO AMARILLO.

El amarillo de cromo se aplica con pincel cuando se necesita un matiz claro; pero como es opaco, sirve principalmene para dar color á los estambres de las flores. La *terra merita* tiño tambien los granitos propios para hacer las cabecitas de los estambres (anteras).

COLORES VERDES.

1º

La disolucion de las granas de Aviñon, la *terra merita*, mezcladas al azul en licor, despues que se le ha destruido el ácido con la tiza, forman unos verdes muy hermosos cuyos matices se varian como conviene.

1 Organo sexual macho de las plantas compuesto del filamento, que se levanta del centro de la flor, y de la antera que remata al filamento en forma de cabecita y encierra el polvo fecundante (pólen).—RIVADEO.

2º

La gomaguta ó gutagamba y el añil producen el mismo efecto. Rara vez se tiñen los pétalos de verde, pues este color se emplea en la tela en pieza mas que en los pétalos; por tanto se forman los matices mezclando amarillo con azul. Sin embargo, si se quisiese teñir de verde, como se necesita para algunas hojas, como para el pipirigallo ó esparcilla, puédese teñir primero de amarillo y luego de azul. Mientras mas domina el amarillo, mas tierno es el verde.

El amarillo índico (*indian yellow*) mezclado con un poco de azul de Prusia, es lo que mas conviene para pintar. Este azul se mezcla tambien con la gomaguta ó gutagamba, con el amarillo de oro y con el amarillo de Marte.

COLORES VIOLETAS.

VIOLETA DE TINTURA.

1º

Tíñase la tela ó los pétalos en una infusion acuosa de acedera, luego en un baño de azul, y se tendrá un hermoso color de violeta. La infusion de acedera produce un carmesí que tira á violáceo; los ácidos le cambian en rojo.

2º

Desláese en agua tibia una cantidad suficiente de acedera; esto caliéntese despues hasta el momento que rompa el hervor y mójese en esta agua por mas ó menos tiempo segun el matiz que se necesite. Se tendrá un hermoso gris de lino tirando á violeta, ó el matiz de lapizlázuli, solicitado para algunos lirios cárdenos, y algunas violetas de los Alpes. En general, fórmase el color violáceo mezclando encarnado y azul.

3º

Los violáceos de pintura se consiguen mezclando laca con azul de Prusia, cobal-

to con laca *carminada*, y tambien carmin de rubia con azul de Prusia.

EL COLOR DE LILA.

Para teñir color de lila, se emplea un cocimiento de acedera de Francia; para pintar se hace uso de una mezcla de cobalto y carmin de rubia sumamente debilitados, y de la de laca y ultramar.

COLORES PARDOS.

Muy poco se emplea el pardo en la fabricacion de las flores artificiales; algunos matices de orejas de oso, tulipan, de flores exóticas, á esto se reduce todo el uso del color pardo, el cual se aplica con pincel. Este mismo color se prepara de dos maneras: 1º mezclando tinta de China con muy poco carmin y añadiendo para variar el matiz, un poco de amarillo si fuero necesario; 2º sirviéndose de bistre (tierra de sombra), que da un pardo ya preparado.

PINTURAS DE LAS FLORES.

Las flores que se pintan son las trinitarias, los tulipanes, algunos claveles, los lirios, la flor del catalpa, los geranios, las rosas y otras flores blancas y disciplinadas, las orejas de oso, la altea ó malvavisco y otras varias menos difíciles. Para pintar una de estas flores es menester examinar bien los pétalos que se han de imitar, y con un pincelito de marta dar el color absolutamente conforme al natural. Con frecuencia esta operacion no dispensa de teñir el pétalo; de suerte que se comienza por teñir primero la cabeza y la cara del pétalo, de color de lila, para el catalpa, y luego se le pinta la uñita y el centro, de blanco en la basa, luego ligeramente coloridos. Tambien se estampan las flores sobre la tela con un hierro caliente, antes de pintarlas. Muchas veces tambien se moja todo el pétalo en el color dominante y se concluye con el pincel.

Cuando los pétalos que han de pintarse son de terciopelo, como sucede con la trinitaria, la oreja de oso, á veces el aleli amarillo, se comienza recortando los pétalos del terciopelo del tinte menos subido; pónese luego sobre un papel no encolado. Hecho esto, si el color se extiende un poco, aplíquese con el dedo ó con un pincel, haciendo en todos casos de suerte que el papel se embeba una parte de él. Estos colores no deben verse al revés del pétalo. Tambien es de regla el comenzar siempre por pintar la cabeza del pétalo cuando hay que pintarle por entero.

Cuando la florista tenga que pintar rasgos ligeros semejantes á los nervios delicados, como en los geranios y los lirios, deberá desleir el color en aguagoma, ó humedecer con esta agua los pinceles antes de tomar el color con ellos. Es necesaria esta precaucion (á menos que de suyo esté muy engomada la pintura) para impedir que se extiendan y engruesen los rasgos. Las flores blancas requieren con frecuencia ser teñidas en diversos matices; unas veces su blanco verdoso requiere que se moje en una agua muy ligeramente verde, como la jeringuilla; otras, en un baño apenas rosado como el clavel de mayo; otras, en un baño azulado como ciertas rosas blancas.

Por lo que acabamos de decir, las floreras verán cuáles son los colores y las sustancias de que tienen que proveerse: los amarillos y azules para componer los verdes les son desde luego necesarios; luego vienen los colorados. El crémor y la sal de tártaro, así como la potasa, no deben tampoco faltar en el obrador.

Además de las preparaciones generales que he indicado, la florista puede hacer ella misma el "azul en licor." Para esto tomará añil, y de preferencia el de Guatemala; le reducirá á polvo muy fino; le vertirá encima poco á poquito, cuatro tantos de ácido sulfúrico ó de aceite de vitríolo; moverá bien por un rato esta mezcla y la dejará reposar un dia. Después le añadirá potasa en polvo muy fino, en la proporcion de cuarenta granos por poco mas de una onza (sobre diez y seis y medio adarmes) de añil; revolverá bien esto y lo dejará veinticuatro horas reposando.

Pudiéranse añadir aquí otras varias preparaciones de colores, pero son demasiado complicadas, y la falta de costumbre, la pérdida de tiempo, compensan bien la economía que se encuentra con no comprar los colores ya preparados. Por lo demás, véase sobre este asunto el excelente MANUAL DEL TINTONERO de la ENCICLOPEDIA-RORET.

En cuanto al pintar las flores, basta con tener una ó dos de esas cajas de colores que se emplean para el *lavado* y la aguada. Yo aconsejo á las aficionadas que se provean de estos colores. Si lo importante para los operarios es el trabajar prestamente, lo importante para ellas es el ocuparse agradablemente. Ahora bien, ¿qué hay mas agradable que el pintar en cierto modo las flores en relieve y que el trasformar en un arte delicioso unos trabajos puramente mecánicos? Una paleta de marfil, unos cuantos pinceles, es todo lo que exige para esta clase de lectoras el capítulo de los colores.

EL MENOR DE LOS HERMANOS

Ó

LA FILOSOFIA DEL AMOR.

Sir Percy Harland[1] era el último vástago de su familia; un hijo menor, un segundon que el dia menos pensado vino á heredar el título de baronet á resultas de la falta de los hermanos mayores, llegando á entrar de esta suerte, cuando lo esperaba menos, en la legítima posesion de algunos miles de libras esterlinas al año, de un buen caudal, una famosa casa y las consideraciones así como el predicamento que tiene en su patria la cabeza de una buena familia.

Tan de buenas á primeras se vió sir Percy hecho dueño de su título y mayorazgo que ni por pensamiento le ocurrió el tomar estado. Su hermano mayor ¡quién habia de haberse imaginado que hubiera ido á parar en quebrarse el pescuezo cazando... el otro, Enrique, cómo considerar que habria de haberse resfriado en el Canadá y muerto en dos por tres de consuncion... que Jorge habia de morir en un encuentro con unos bandidos italianos.... y que Cárlos habia de perder la vida de resultas de una enfermedad epidémica... ó que á Eduardo, por la terpeza de un médico, habia de errarse la cura, dando lugar con esto á una sumaria averiguacion, á una declaracion de homicidio contra el boticario y á un artículo en los periódicos sobre la necesidad de cargar la mano á todos los médicos?

1. *Pérsy Járland.*

¡No; nadie pudo jamás imaginarse que todos estos sucesos acontecieran en el espacio de dos años!

Mr. Percy era un mozo muy bueno para tertulias nocturnas, para cuando habia asientos de sobra en un banquete, tal cual terrible en el juego del hombre, pero muy útil en el *whist* y en cualquiera otra cosa á que pudiera agregársele sin que tuviera ocasion de hacerse demasiado interesante á las damas.

Las mamás con hijas de que disponer hacen poco aprecio de hombres de bigotes negros, caras rosadas, buenos dientes, cabellos rizados, talle bien formado, pequeños piés con botas de última moda, y casacas *encantadoras*. Estos son malos pájaros, porque, ¿qué se puede esperar de un segundon sin mas oficio ni beneficio que trescientas libras[1] anuales, y mal pagadas cuando menos? ¿Qué se puede esperar de él, cuando apenas puede alcanzarle para vestirse y mantenerse?

No; por ningun camino. Aconséjase á las Juanas, á las Marías y á las Leonores que vean á estos hombres como animales dañinos y que por tanto se mantengan siempre fuera del alcance de sus garras; y á fe que causa no poco asombro el ver lo pronto que apechugan las hijas con las ideas de las mamás sobre esto particular, especialmente cuando entienden que semejantes matrimonios no han de proporcionarles alfileres, ni collares de diamantes, ni coche, ni un traje diverso para cada espectáculo, ni boato y desperdicio en fin. En efecto, ¡la mujer que marida con un segundon no tiene dos dedos de frente, es mujer perdida, arruinada de todo punto, y no tiene mas arbitrio que conformarse con una pobre casita alquilada y un ajuar corrientito, miserable, y privaciones á manos llenas!

Pero ¡cuán otra cosa es y cuánto se asemeja el ánimo cuando el hijo menor de la casa llega de repente á ser la cabeza de ella! Es de ver cómo cambia todo.

Así sucedió con sir Percy: no hubo alma viviente que no le mandara tarjetas de pésame por la sentida muerte de sus hermanos en dos años; y desde luego, todos sus vecinos y conocidos le vieron con buenos ojos, hablaron de él como de un sugeto muy fino, muy afable, la perfeccion personificada, y todo el mundo comenzó al punto á extrañar cómo no se casaba.

Mistress Trevelyan[1], hizo presente á Catalina y á María que sir Percy valia tanto como una docena de Highburys[2] y que algo era el ser ladi Harland. Ambas ladis convinieron en esto; pero no dejó de parecerles duro el que ya que se presentaba una buena suerte no pudieran aprovecharla por haberse pasado el tiempo.

Sir Percy pagaba todas las visitas, se manifestaba muy bondadoso, amable y cuanto se quiera; de suerte que todas las gentes, es decir todas las señoritas jóvenes y de saca de la vecindad abrigaban esperanzas.

Dos y aun tres años se pasaron y sir Percy tuvo la perversidad de estarse soltero. En todo este tiempo se mantuvo ausente de Beau-Park[3] y ó bien anduvo por alguna otra parte de Inglaterra ó fuera del continente. Poco importaba á la vecindad saber donde andaba, pues todo salia á lo mismo, á saber, que gastaba el tiempo ausente.

Érase una de esas hermosas y claras tardes de otoño, cuando el sol perdiéndose poco á poco en el horizonte deja una tinta dorada en el firmamento: movia suavemente la ligera brisa las hojas, y todo parecia tranquilo, plácido y sereno.

Veíase á un hombre á pié encaminarse hácia la pequeña villa de Allerton. Hizo

1 Mil y quinientos pesos.

1 *Tres-léiua.*
2 *Jáiboris.*—3 *Bi-park.*

alto un momento en la modesta casa que se encuentra á la entrada, el curato, y mantúvose un rato contemplando la casa embebecido. De pronto cobró al parecer ánimo, y llamando quedito á la puerta preguntó si estaba en casa Mr. Marston[1]. Respondiósele que sí, y un vivo apreton de mano de parte del respetable y honrado clérigo, aseguró á su jóven amigo de que era bien recibido.

—Muchísimo me alegro de ver á usted, Mr. Percy; me alegro de todo corazon. ¡Qué de tiempo llevamos de no tener noticias de usted! ¿Dónde ha andado usted? ¿Pasándola en Londres, eh? ¡Norabuena! muchísimo nos alegramos de ver á usted. Pasará usted algunos dias con nosotros. Acomodaremos á usted en el mismo cuarto que ocupó cuando estuvo tan enfermo. ¡Ah, Mr. Percy! ¡malísima época aquella para usted! Elenita se acuerda mucho de usted! Era cási una criatura entonces, pero ahora está muy grande: ya no la conocerá usted. ¡Elena, mi vida, Elena! aquí está Mr. Percy otra vez; ven, corre á ver á tu antiguo amigo.

Percy alargó la mano para agarrar la de la juguetona Elenita; pero grande fué su sorpresa al reparar el cambio que habia habido en su jóven compañera. La que era una niña cási de pecho estaba hecha una mujer, y no le maravilló poco su peregrina hermosura. Ignorante de los placeres de una ciudad y siendo para ella un mero cuento los cuidados y las congojas de una "temporada en Londres," se habia criado en toda la sencillez, en todo el candor de una vida campestre; conservaba intacta su ingenuidad, el ardor de su corazon, y aun quizá sabia muy poco de los atractivos que el cielo le diera.

Todo esto bien lo advirtió Percy y retiró la mano que habia extendido; pero su movimiento fué instantáneo, pues notando en el mirar de la jóven que su llegada y su vista le eran gratas, consideróse tan en su casa como cuando, años atrás, acometido de una enfermedad repentina en una hostería solitaria de la villa, la bondadosa atencion del cura le habia trasladado sin conocerle, bajo su propio techo, donde le habia cuidado y asistido con el mismo esmero que con un pariente suyo lo hubiera hecho; y no fué sino con los sentimientos de la mas viva gratitud como Percy se habia separado de allí, prometiendo volver á verle. Habian ocurrido sucesos que lo habian impedido: la muerte del padre de aquel y de sus hermanos junto con otras circunstancias habian dilatado hasta entonces el cumplimiento de la cordial promesa.

En breve estuvo Percy tan á sus anchuras y gusto en Allerton, como nunca. Emprendió su misma vida de antes, volvió á sus antiguos paseos por la villa, por las haciendas, por los molinos de vapor, por todos los sitios que la vez pasada frecuentara. Luego encontraba mil ocasiones de ejercer la caridad, y difrutaba de la variedad, sencilla pero deliciosa para los que saben apreciarla, de una vida campestre. Llegó Percy á sentirse tan contento, pasábasele tan velozmente el tiempo y agradábale todo tanto, que no le pasaba por la imaginacion que era muy larga su visita. Cubria ya la tierra la nieve, el invierno comenzaba á insinuarse, y la hospitalidad del buen anciano eclesiástico en nada disminuia, no acordándose Percy sino de vez en cuando de que solamente habia ido á Allerton de paso, al encaminarse á la casa de un hidalgo que lo habia convidado á una cacería.

Un dia Percy se puso á excusarse con Mr. Marston por lo largo de su visita, pero el sincero eclesiástico solamente contestó que no podia resolverse á pensar en su ida.

1 *Márston.*

—¿Qué va usted á hacer de aquí á la primavera? Los hermanos menores no tienen negocios en Londres; la "temporada" no puede gustar á usted mucho. Estese usted aquí y viva á su gusto, y cuando llegue la primavera, entonces, si usted gusta, puede irse.

De suerte que Percy se estuvo allí; pero hízose ánimo de continuar su visita, y una mañana se resolvió á preguntar si tendria gusto Elena en casarse con un segundon, en correr su suerte y probar á ser con el feliz ya que no rica. En breve se consiguió el sentimiento de Elena. Poco sabia ella de hermanos mayores ni de menores, y consultado Mr. Marston, si bien es verdad que al pronto titubeó, no obstante, considerando, como dijo, que Percy tenia habilidades y él por su parte tenia algunos medios, junto lo uno con lo otro, manifestó que no veia razon para creer que un hermano menor no fuese tan buen marido como cualquiera otro prójimo: por tanto, dió su consentimiento, y Percy y Elena fueron desposados por un clérigo de la parroquia vecina.

Pasáronse dos ó tres años, durante los cuales los dos esposos vivieron tan felices y contentos en el curato como si aquel hubiera sido su mundo, y ninguno de los dos desease otro. Dióles el cielo dos hijos, una hembra y un varon, á quienes pusieron los nombres de sus padres.

Un dia, estando Percy sentado al amor de la lumbre, pasando la mano por la cabeza de su hijo y mirándole con ternura y admiracion, su mujer, que habia estado contemplándole un rato, dijo:

—Percy, ¿qué carrera le daremos? ¿la de clérigo, la de abogado ó qué?

—Todavía es muy tierno, Elena; deja eso al tiempo.

—Pero bueno, vida mia, es menester pensarlo con tiempo, pues nuestros posibles son escasos....

—Pues ¿no alcanzan para todo lo que necesitamos?... ¿No tenemos felicidad, contento; no disfrutamos de vida y salud? ¿Qué mas tenemos que apetecer?

—Verdad es, Percy, pero nuestra reducida renta, dividida entre nuestros hijos, no ha de dar mucho á cada uno.

—Dices bien, Elena; dices muy bien. Pero mírale sus carrillos, mira su robustez, su salud y di si puede haber mayor riqueza que esa. Si le dieras todo lo que proporciona la riqueza no creas que estaria mas contento.

—Puede ser, dijo Elena dando un suspiro.

—Norabuena, dijo Percy; démosle riqueza y títulos, si quieres... tengan tú y el todo cuanto el dinero, la calidad y todo pueden conseguir y veremos si es algo mas feliz que ahora.

—¿Estás enojado, Percy?

—No, Elena, nada de eso: solo que estoy hablando como un filósofo. La riqueza no engendra la felicidad: ¿no lo estamos mirando por nosotros mismos? Veamos qué sucede en lo futuro.

—¿En lo futuro, Percy? ¿De dónde vamos á sacar riqueza? Y como tú dices con frecuencia, los hijos de un hermano menor rara vez llegan á ser ricos... si no es en aquellas cualidades que no aprecia el mundo.

Aquí dió fin la conversacion.

Pocos dias despues, con suma sorpresa para Elena, díjole su marido que tenia determinado irse á otro punto del país.

Y apenas dió á entender su determinacion cuando procedió á ejecutarla.

Púsose pues la familia en camino. Hácia la caida de la tarde la silla de posta rodó en direccion á una preciosa casa, cuya puerta se abrió y luego que hubo atravesado una calle de árboles llegó á la entrada de una portada donde un crecido número de sirvientes estaban formados cape-

rando á los viajeros; y adelantándose el mayordomo, dijo que se alegraba de que hubieran tenido un feliz viaje y de que no estuviera fatigada ladi Harland.

Elena volvió la vista á todas partes... Los criados allí formados delante de ella y el saludo dirigido á ladi Harland la confundian, pues no veia á nadie á quien pudiese venir bien este título: preguntó con los ojos á su marido qué era aquello, qué casa era aquella en que estaban y qué significaba aquel recibimiento.

Percy contestó al mayordomo que su señora estaba algo fatigada y deseaba retirarse desde luego á su aposento.

El mayordomo se dirigió hácia la jóven, pero Elena no se movió.

—Permítame usted, ladi Harland, que le enseñe yo el camino de su aposento.

—¡Percy! exclamó ella en voz baja; ¿qué farsa es esta? ¿Estoy soñando, ó qué?

—Elena, no estás soñando. Esta en que estás es tu propia casa, tú eres la señora Harland.... no hay otra en el mundo. El misterio es este. Tú me conociste como el pobre segundon de una buena casa, y como tal la riqueza y el viso no podian prestarme ningun atractivo. Así me amaste, así te casaste conmigo y así tres años hemos vivido felices juntos. Ahora cambia la escena... riqueza, elevacion, todo cuanto mas codicia la mujer, es tuyo... y ¡quiera Dios que con todo esto seamos tan felices como sin ello hemos sido!

Elena se echó al cuello de su marido y bien sintió este correr por las mejillas de la jóven un torrente de lágrimas que vertia sollozando.

—¡Oh Percy! ¡tórname mi tranquila casa!... ¡mi campestre casa!.... ¡mi felicidad!....

—¡Elena!.... ladi Harland deberia decir yo... una nueva vida comienza para nosotros; ¡ojalá sea tan feliz como la que habemos repudiado! pues ya no podemos retroceder, y lo futuro debe ser arrostrado.

—Percy, tus palabras son puñaladas para mí. Si te he querido... si la felicidad ha sido la suerte que nos ha cabido... si hemos vivido satisfechos con nuestra sola compañía... ninguna parte ha tenido en ello la riqueza, la elevacion ni los títulos. Yo te he amado por tí solo; y no habrá para mí dulces memorias, ni habrá en mi vida dias mas brillantes que los de aquel tiempo en que tú no eras para mí mas que mi queridísimo Percy, el segundon de la casa.

Ladi Elena Harland.

MISCELANEA.

ALIMENTO DE LOS CANARIOS.

Los canarios se alimentan con una mezcla de alpiste, navo silvestre y cañamon machacado; pero muy poco de este último debe dárseles, pues el exceso de él causa consuncion y ceguera. La avena es necesaria para la digestion, y deben dárseles de vez en cuando alimentos verdes, como lechuga, plántano y berros.

LA ÓRDEN INGLESA

LLAMADA DEL BAÑO (BATH).

Esta órden jerárquica recibió su nombre, no de la ciudad de Bath, sino de la costumbre de que los caballeros se bañasen antes que les calzaran la espuela de oro. Esta órden despues de haber estado mucho tiempo extinguida, fué revivida en el reinado de Jorge I, por la solemne creacion de un crecido número de caballeros.

EL TERCIOPELO.

El arte de hacer terciopelo ha sido conocido en Europa durante muchos siglos, pero el secreto del modo de elaborarle estuvo por mucho tiempo encerrado en Italia. De allí aprendieron los franceses el arte y lograron mejorarle. La revocacion del édicto de Nantes llevó muchos emigrados franceses á Inglaterra por el año de 1685 y aquellos se establecieron en Spittafields donde enseñaron á tejer el terciopelo.

UNA BONITA RESPUESTA.

Una muchacha pobre, pero de una tan rara hermosura que no habia quien no la admirara, al pasar por un corro de oficiales oyó á uno de ellos decir á sus compañeros:

—¡Por Dios que está pintada!

Volvióse ella y con mucho relente replicó:

—Sí, señor; por Dios solo.

El oficial conoció la fuerza de la respuesta y la elogió.

MAXIMAS CHINAS.

Barra cada hombre la nieve de delante de su propia puerta y no se afane por el hielo del tejado de su vecino.

Las grandes riquezas las trae la suerte; las moderadas, la industria.

El fruto mas maduro no caerá en tu boca.

El placer de obrar bien es el único que no se gasta.

Cavad el pozo antes que tengais sed.

El agua no se queda en la montaña, ni la venganza en el magnánimo.

ENIGMA.

Con ser ninguno mi ser,
Muchas varas en un dia
Suelo menguar y crecer,
Y no me puedo mover,
Si no tengo compañía.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:

LA LLAVE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LE BON TON

Journal de Modes

Coiffures de Renouard 22 r. des St Pères. Fleurs de Rudisseuhe, rue d'Antin. Robes de Victorine, Avenue de Mad. Mocan, 1 bout. de la Madeleine. Dentelles des fabriques françaises et belges, 1 boulevard Montmartre, au coin de la rue Vivienne. Parfumeries de la Société hygiénique, 17 J.J. Rousseau.

Maisons en Vogue

Delisle, Nouveautés rue Choiseul, 19. | Marilon, Modes 2 pl. de la Madeleine.

ULTIMAS MODAS DE PARIS.

El paquete inglés nos ha traido, con la noticia de graves sucesos políticos en París, el figurin que ofrecemos hoy á nuestras amabilísimas suscritoras y cuya descripcion, que apenas la necesita por cierto, pasemos á dar.

Una doncellita, la que está en el centro, es, como se advierte á primera vista, una novia.

Su túnico es de tafetan blanco con un corpiño subido y guarnecido de dos *volantes* de punto de Inglaterra describiendo una *berta-chal*. En el pescuezo lleva un cuellecito de Inglaterra. La falda tiene dos anchos *volantes* de tafetan picado sobrepuestos de dos *volantes* de punto de Inglaterra. El tafetan, con picos ondulantes, sospesa el encaje; las mangas no pasan del codo y caen en vuelos de encaje. Un largo velo de tul envuelve á la linda novia, velo que parece indicar los misterios del vínculo conyugal así como la pureza que lleva la jóven á las aras: este velo está sujeto á la cabeza con una corona de crisantemos y flores de azahar. Ramillete de corpiño; medias de seda con dibujo de punto de Alenzon; zapato de raso blanco.

La que está á mano derecha de la novia es una amiga suya, una amiga de esas que no se encelan de la felicidad ni de la hermosura de su amiga, porque la aman cordialmente: ¡cómo se extasia contemplando á la linda novia! Y no es menos linda ella. Su túnico es de muer antigue color de rosa con corpiño á la Luis XV, y una pieza de pecho adornada de cintas color de rosa, de punto de Alenzon y de lacitos mariposas. La falda está guarnecida de tres *volantes* de Alenzon, encabezado cada uno de un rizado de cintas color de rosa. El tocado consiste en una guirnalda de geranios de terciopelo con cáliz negro: esta guirnalda forma matitas al lado. En el brazo derecho lleva una pulsera de oro grabado, con un rico medallon de rosas de brillantes, y en la mano izquierda carga dobles anillos de esmeraldas al aire.

La jovencilla que se ve ahí con su cara tan candorosa y linda tiene un túnico *organdi* (beatilla) de la India. El corpiño es subido, fruncido en los hombros y graciosamente entreabierto en el pecho, con cuello bordado. Las mangas son largas y de mediano ancho, con *papillon* (pestaña) de muselina bordada. La falda tiene cuatro *volantes* bordados en festónes. El tocado se compone de bucleci-tos de terciopelo azul, y unos brazaletes tambien de terciopelo azul aprisionan cada una de sus muñecas finas, redondas y blancas.

Hasta aquí el figurin.

Para traje casero está muy en boga una chaqueta oriental de cachemira ó terciopelo bordado de galones de oro; de cachemira negra, está chaqueta con esterillas y bordado de oro, hace un efecto admirable; pero téngase entendido que esa chaqueta debe dejar á la vista un chalequito y que el color y el tejido de la falda deben casar bien con la chaqueta oriental.

Para salir del teatro se acaba de idear

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una linda *pelerina* de seda, acolchada de *edredon* (plumazon) y que pesa menos que una pluma.

Llámase *paracaidas*.

No hablaremos aquí nada del *blumerismo*, porque parece que no tiene traza de generalizarse ni en Inglaterra ni en Francia.

Para no cerrar este artículo sin agregarle, segun nuestra costumbre, algo que nada tiene que ver con Paris ni con modas, á imitacion de tantos libros como hay que no tienen que ver sus títulos con el asunto que en ellos se trata, diremos: que el dia 18 del presente mes y año (enero de 1852) hubo un huracan en el puerto de Veracruz, que arrojó á la playa y destrozó doce buques extranjeros la mayor parte, con pérdida considerable de intereses si no de vidas; que el 19 por la noche hubo en esta capital un incendio en la casa del señor don José María Icaza, calle de Zuleta, que devoró cuanto en ella habia, con grave detrimento de dicho señor y su familia; que el telégrafo electro-magnético, á pesar de las malas intenciones de muchos, sigue haciendo su oficio y trasmitiendo *despachos*, como dicen los "periódicos políticos y literarios."

Hay una cosa que de intento no queremos incluir en el resúmen ligero que acabamos de hacer, porque merece un párrafo aparte.

Queremos decir el camino de hierro.

El camino de hierro, sí; pues no podemos resistir el deseo de dar á saber á nuestras amables suscritoras que se proyecta hoy hacer un camino de hierro de Veracruz á esta capital, y que el proyecto parece que ha sido apadrinado con loable calor por parte del gobierno general.

Tendremos pues camino de hierro, si es que no sucede ahora con esta verdadera y utilísima mejora lo que con tantas otras que se han ideado y no han llegado á realizarse.

Y si se realiza el camino de hierro proyectado, el cual nos dicen que habrá de quedar concluido en tres años, veremos una gran novedad en nuestro país, y las comunicaciones serán mucho mas frecuentes, mucho mas rápidas que ahora, y las mercancías se abaratarán. . . . .

¿Quién puede imaginar todo lo que producirá, provechoso todo, un camino de hierro?

X.

EL AVARO.

En un rigoroso invierno, estando la tierra cubierta de yelo y hallándose las avecillas sin tener qué comer, la hijita de un rico avaro recogió todas las migajas de pan que encontró en su casa y salió á echarlas sobre el yelo.

Viólo su padre y le preguntó qué era lo que iba á hacer.

Díjoselo ella, y él dijo:

—¿Para qué sirve eso? Esas migajas no alcanzarán para alimentar á una entre mil de las aves.

—Ya lo sé, padre mio, dijo ella, pero me servirá de mucho gusto el salvar siquiera una entre ciento, ya que no puedo salvarlas á todas.

El padre se puso á pensar: sabia que en su aldea habia muchos necesitados y se habia negado á socorrer á uno solo porque no podia socorrerlos á todos. Remordióle la conciencia y dijo á su hijita que desmigajara una torta de pan para las aves mientras él fué y distribuyó una bolsa de monedas entre los aldeanos pobres.

FLORICULTURA.

(Véase la página 120.)

II.

CATALOGO DE SEMILLAS DE FLORES ANUAS.

§ *Denota tierno.* † *Perenne.* * *Difícil de trasplantar.*

*Adormidera espinosa.
Arañuela, neguilla ó ajenuz.
Agenuz enana.
†Albahaca.
*Alfalfa ú oruga.
§Algodon.
§Alheli doble.
*Altramuz lupino.
*Amapola.
§Amaranto ó moco de pavo.
Anagálida ó murajes.
§Berengena.
†Carraspique.
Campoalzochil.
Centaura.
Chícharo de olor.
Clavel de China.
†Clavellina.
*Colleja.
Copa de Júpiter.
Corona real.
†Dalia de todas variedades.
Enredaderas.
§Escarchada, escarchosa ó yerba de la plata.
Espuelas de todas variedades.
Filipéndula ó flor de oro.
Giganton.
Girasol.
Giribel ó perdiguera.
Higuerilla.
Inmortal.
Jaramago.
§Manto de la Vírgen.
†Maravilla de noche.
Mastuerzo.
Mercadela.
Mercurial.
Oreja de raton.
Reina Margarita.
Rosa de santa María.
Sangre de Cristo.
*Toronjil.
Trébol.
†Trinitaria.
Trompeta de amor.
*Verbena.
§Yedras de todas.
*Yerba del rocío.

AGÜEROS DE MISS PENÉLOPE CHICKERING.

POR CECILIA.

Miss Penélope Chickering[1] tiene opiniones determinadas sobre las cosas en general. Ella viene á ser un modelo, la representacion legítima de una clase cuya especialidad consiste en vivir en constante desasosiego por los tiempos venideros, sean buenos ó malos, y que siempre

1 *Chigüería.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está á la mira de cuanto pasa para sacar de ello agüeros.

Cuando le acontece topar dos urracas juntas, pónese como una pascua, porque es anuncio de una boda; si son tres las que ve, cuenta con hacer un viaje que le traiga provecho; cuatro presagian buenas noticias no esperadas, y cuando acontece la rareza, la maravilla, el milagro de que se le aparezcan cinco, entonces... ¡oh! entonces se da prisa á tomar lecciones de *patiria*, pues desde luego se espera á verse en compañía de alguna persona de cuenta.

Cuando está vistiéndose, si da la casualidad que se ponga las medias al revés, soñal es de buena suerte. Cuando tiene que salir á algun asunto importante, nada es capaz de presagiarle un buen éxito como el que su fiel criada la vieja María tire un zapato viejo á sus espaldas, al tomar la miss la puerta de la calle.

Cuando la hermana menor de una familia con la cual lleva amistad se casa primero que sus mayores, tóma particular empeño en imbuir á estas que no dejen de bailar en la boda descalzas, porque de otra suerte corren riesgo de morir solteras. Es de buen agüero que haga un hermoso sol el dia de un casamiento, y que llueva en un entierro; pues el antiguo adagio dice:

¡Feliz la novia á quien el sol alumbra!
¡Feliz el muerto á quien la lluvia inunda!

El ver una urraca y despues otras mas, es de mal agüero segun miss Penélope; matar una urraca es malo, lo mismo que el matar una golondrina.

Una ocasion que su hermano se estaba disponiendo para un viaje, á caballo, á la capital del condado, para consultar sobre un negocio á un letrado, recomendóle con sumo encarecimiento que si llegaba á cruzar un cerdo por el camino, cuidara de dar una vuelta cerca del animal, porque si no le sucederia alguna desgracia.

Encontrar un cuchillo presagia un revés. Un pedazo de carbon acanalado que brinque de la lumbre, es agorero de muerte.

Derramar la sal ó poner el trinchante y el cuchillo atravesados uno encima de otro, es muy fatídico.

Si se encuentran en una reunion trece personas, alguna desgracia tiene de sobrevenir á una de ellas.

El ruido del insecto llamado grilla augura muerte, y la zumaya ó zumacaya, á media noche predice una catástrofe.

El ardor en los carrillos ó el zumbido de oidos, es un aviso para miss Chickering de que álguien está hablando de ella, y pónese á cavilar en quién será. La llegada de personas extrañas la anuncia un ladron en la vela.

El viernes es dia aciago para contraer matrimonio, y aseguran las gentes que miss Chickering perdió la coyuntura de casarse por su tenacidad sobre este punto; pues queriendo el novio desposarse el mismo dia de su cumpleaños, que caia en viernes, se difirió la boda para el dia siguiente, mas en la misma noche del viernes riñeron los novios y quedó sin efecto el casamiento.

El amarillo es un color infausto para una soltera, y no debe usarle en su traje.

Cuando está en su casa manda guardar los huesos de la pechuga de las gallinas, para hacer con ellos pruebas, pues aquel de sus conocidos solteros á quien toca la mayor parte, será el que primero maride.

Es mal pronóstico el tropezar á la entrada de una casa.

Si al estar un criado haciendo la cama estornuda, el sueño de la persona que ha de acostarse en ella tiene de ser perturbado, á menos que se saquen algunas de las plumas del colchon y se arrojen al fue-

go: opinion es esta que el tapicero de la miss fomenta con el mayor empeño.

Si la víspera de año nuevo se ve en el cielo una nube, presagio es de calamidad. El dia de la semana en que cae el 3 de mayo, es infausto por todo el año. Cuando se encendió la casa de miss Penélope celebró que el accidente aconteciera en la creciente de la luna, que es cuando un suceso de esta naturaleza pronostica prosperidad; pues si hubiera ocurrido en la menguante, habria agorado pobreza. La vez que miss Penélope fué á dar un paseo á las islas de Orkney[1], no le asombró poco el encontrarse con que allí el viernes se tenia por el dia mas fausto de la semana, siendo por lo mismo el que mas generalmente se escogia para los casamientos. ¿Quién puede jurar que ella no sentiria no haber vivido en las tales islas cuando la solicitó el novio de marras? ... La buena ó mala suerte durante todo el año depende segun ella de la persona que primero se ve en la mañana del dia de año nuevo: si la primera que entra en la casa es amiga y afortunada, el año inmediato será próspero.

Así pasa su vida miss Penélope, sin otros cuidados mas que estos. No puede decirse que esté ociosa; y siendo así que no es casada, ¿con qué razon se le pueden tener á mal sus rarezas?

Traducido del inglés por R. R.

1 *Orcne.*

EL EJERCICIO.

El ejercicio debe variar segun la edad.

La naturaleza nos advierte con la excesiva inquietud de los niños, la urgente necesidad que de activo ejercicio tiene su organizacion. Vemos á los niños entregarse á movimientos espontáneos con una especie de alegría, siempre que se ven libres de sus mantillas. Este es el ejercicio peculiar de su edad, y es mucho mas saludable para ellos que todos los movimientos que les comunican las nodrizas que los *arrollan*.

Esto es aplicable á los niños de ambos sexos, debiéndose añadir que las criaturas deben sacarse con frecuencia, especialmente si se crian en ciudad, pero nunca deben tenerse sentadas en uno de los brazos. Este modo de traer es aun en la infancia una de las causas del torcimiento de la columna vertebral que todavía entonces está en un estado cartilaginoso. La madre ó la nodriza debe llevar al niño en los brazos, en una postura medio reclinada, para que pueda sustentar por igual todas sus partes. Es menester tambien que la cabeza, que es tan grande en proporcion del resto del cuerpo, no se le deje colgar.

Sobre todo es necesario tener presente que los movimientos que de su motivo hacen los niños, son los mas provechosos para ellos, porque la prontitud de sus acciones corresponde con la vivacidad de sus sensaciones.

La libertad de correr de aquí para allí de que disfrutan los niños que en el campo se crian, es lo que en su mayor parte produce esa constitucion vigorosa que los distingue de los niños que se crian en las ciudades.

En la juventud los ejercicios activos son útiles, porque introducen en los miem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bros esos jugos vivificantes que con frecuencia se dirigen con demasiada actividad hácia los órganos de la respiracion.

En la eleccion de los ejercicios es preciso tener presente la complexion del individuo.

La persona de complexion sanguina debe hacer constantemente ejercicios activos. Si la *sangüificacion* ó la formacion de la sangre fuese muy activa, pueden llevarse hasta el grado de que produzcan traspiracion: este el mejor medio de disipar, con provecho para la nutricion de los músculos, el exceso de plétora[1] y la superabundancia de jugos que atormentan á las personas de esta complexion.

Sin embargo, estas personas deben abstenerse de ejercicios que requieran muchos esfuerzos á causa de su predisposicion á la aneurisma[2], hemorragias[3] y efusiones y compresiones cerebrales.

Los ejercicios pasivos ó esos métodos que fortifican suavemente las fibras sin causar ninguna pérdida equivalente y de esta suerte producen plétora, no convienen á las personas sanguíneas dispuestas á hemorragias.

Los ejercicios activos convienen á los sugetos de complexion linfática, naturalmente apáticos, perezosos é indolentes.

Los antigos notaron los buenos efectos del ejercicio en las muchachas de constitucion débil ó de cutis suave y laxo expuestas á enfermedades de languidez; y por tanto aplicaron el ejercicio á la curacion de muchas enfermedades que frustraban la destreza de los facultativos. Los modernos han sacado provecho de sus observaciones y han hecho otras nuevas con el mismo fin.

No obstante, seria imprudente el sujetar repentinamente á un ejercicio violento á las jóvenes de constitucion débil con piel suave, complexion pálida y cabello claro, pruebas de debilidad.

Para las personas de fibras suaves, cuyos estrechos y delicados vasos están sumergidos en grasa, el ejercicio debe ser muy moderado á efecto de no agotar las fuerzas musculares privadas de su primitiva energía; pues si es muy violento ó muy continuado, puede ocasionar inflamaciones adiposas de la visceras[1].

Para remediar este estado lánguido deben primero sujetarse á ejercicios pasivos frecuentemente repetidos, comenzando por los mas ligeros.

El ejercicio al aire libre, como el andar en coche, es particularmente provechoso para las jóvenes de esta constitucion. La fuerza y resistencia de las fibras aumentan á medida que la plétora[2] serosa[3] y crasa[4] se disipa.

La complexion nerviosa promete superioridad en las facultades mentales, pero puede llegar á ser el orígen de muchos males si no se logra disminuir esa sensibilidad exquisita que los acarrea tarde ó temprano.

El efecto del ejercicio en lo general es vigorizar el cuerpo y estorbar las disposiciones precoces á una complexion nerviosa: esta complexion requiere continuo ejercicio; y no hay temor de que al fortificar el cuerpo se perjudiquen aquellas facultades que parecen hijas de una complexion nerviosa. Con una constitucion semejante nadie puede llegar á ser un atleta, lo cual es, como se sabe, convertir el espíritu en fuerza brutal.

Las jóvenes nerviosas deben pues fortificarse; esto les impedirá el llegar á ponerse inválidas sin privarlas de su hermosura.

1 Abundancia de sangre. —A. E.
2 Tumor que se forma por relajacion ó rotura de alguna arteria.
3 Flujos de sangre.

1 Entrañas.
2 Humor.
3 De suero.
4 Mantecosa.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

J. F. NAVARRO Editor

LO NOVELESCO

de un casamiento en segundas nupcias.

POR EFFIE EVERGREEN.

—Con que, Isabelita, ¿te parece imposible que haya nada interesante, nada romancesco en un casamiento de segundas nupcias?

Y la que así hablaba, mujer rubia y de muy gallarda presencia, no jóven ya, pero de un rostro cuya plácida belleza no había podido destruir el tiempo, clavó afablemente la vista en los brillantes ojos de la amable jóven que estaba sentada en una otomana[1] baja al lado de ella.

—Ni pizca de interés, ni pizca de *romanticismo*, tía Enriqueta, no solo en lo que es el matrimonio, pero ni aun en los corazones de quienes le contraen. Para pensar en semejante cosa no puede uno menos de haber perdido toda "frescura de sentimiento;" y nadie es capaz de quitarme de la cabeza que un segundo matrimonio es siempre obra ó de conveniencia ó de cálculo.

—Pero aun concediendo que el desdichado que por segunda vez pasa al estado matrimonial haya perdido la "frescura de sus sentimientos" como tú dices, y que sea incapaz de volver á amar con el mismo ardor que la vez primera, ¿no podrá ese mismo ser dos veces "amado?" Y ¿no podrá haber tanto afecto *romántico* para con él en el corazon de su segunda consorte como hubo en la primera?

—¡Imposible, tía! Un corazon reclama otro corazon y no puede satisfacerse con menos de lo que da. Un hombre como el que usted dice no tendria que ofrecer mas que una sombra de amor, y no podria recibir amor real y verdadero en cambio.

—De suerte que el pobre Sidney, rico, buen mozo, sin pero ninguno, y "ligero de sangre" como tú misma confiesas que lo es, ¿ha sido desairado por solo el motivo de que antes ha amado? Es dura cosa por cierto que tenga que pasar soltero el resto de su vida, por haber tenido la desgracia de perder al objeto de su primer amor, con quien estuvo unido cuando cási todavía era un muchacho. Habiendo ella muerto al mes escaso de su casamiento, aquel afecto precoz debe parecerle á él mas bien como un sueño alegre que no como cosa positiva.

—¡Sueño! pues ese sueño le recrea todavía y no le pierde de la memoria por nada de este mundo. Yo misma le he visto manifestar mucho mas enternecimiento al hablar de su difunta mujer del que jamás le ha ocurrido al expresar su amor por mí.

—Ese enternecimiento, Isabelita, debería haberte dado á conocer lo mucho que sabe amar y el valor de un corazon que has apartado de tí. ¡Quiera Dios que no llores algun dia tu loca humorada!

—¡Nunca, nunca jamás, tía! Yo no puedo enamorarme de Mr. Sidney, y primero me moriria que casarme con quien no amara. Yo le estimo y le respeto; pe-

1 *Ottomane*, otomana; canapé ancho.—M. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro, ya lo he dicho, nunca jamás he de aceptar un corazon dividido... un corazon ocupado con la memoria de un cariño anterior. Yo nunca he de amar sino una vez, y si no logro en correspondencia de mi amor un afecto nuevo, íntegro, exclusivo, haré lo que usted, me quedaré soltera.

—Ya veremos, replicó la tia sonriéndose aunque con alguna tristeza. Tú sabes muy poco de lo que es el mundo. Yo por mí no me asombraré de que con todo y tu *romanticismo* comiences á conocer lo que es el mundo casándote con un viudo cargado de media docena de hijos y sin la mitad de las cualidades de un Jorge Sidney.

—¡Tia!... prorumpió indignada la jóven.

Pero ella tenia mucho cariño á su tia; y viendo la jocosa sonrisa de esta, la ira que habia encendido sus mejillas se aplacó. Apartóse luego sus hermosos rizos de su preciosa frente y dió punto á la conversacion diciendo:

—Muy mala es usted, tia. Me iré á platicar con Fido, que de veras voy creyendo que tiene mas delicadeza que usted.

Y en breve ya estuvo jugando y retozando en el jardin con su favorito faldero.

Isabel Mason era la hija mayor de unos padres ricos é indulgentes. Amable y agraciada, aunque no muy bella, tenia muchas amistades y estaba ignorante aun de lo que es el verdadero mundo. Mimada de sus padres, que se espejeaban en ella, y de su tia, que se habia hecho cargo de dirigir su educacion, adorada de sus hermanos menores, habia pasado sin sentir diez y ocho años de vida, libre de los trabajos que trae consigo esta, sin un deseo que no le fuese cumplido, ni un antojo que encontrase oposicion. Habíansele presentado pretendientes, pero conservaba libre su corazon.

Jorge Sidney, cuya oferta y desaire dió márgen á la conversacion con que da principio nuestra historia, era la única persona cuyos obsequios habia recibido favorablemente, y esto fué porque no estaba impuesta de sus "verdaderos" sentimientos respecto de ella. Estimábale como un amigo, cási como un hermano; pero eso de verle como amante, de admitirle por marido, ¡ni por un pienso!... ¡No! por ningun camino consentiria ella nunca en ser "segunda" mujer de ningun hombre; y con esta firme resolucion, volvió á poner su amor en sus pajarillos y sus flores, y dióse á pensar en un porvenir tan brillante y puro como lo pasado y lo presente.

Pero la tormenta comenzó á levantarse encima de su cabeza, aunque no la percibia ella, y antes que hubiera pasado su décimonono abril, ya el sol de su prosperidad se habia opacado.

Uno de esos sacudimientos repentinos que de vez en cuando sacuden al mundo comercial, destruyó el caudal de su padre en un dia. Todo se le acabó: su preciosa casa pasó á manos extrañas, y no les quedaron mas medios de subsistencia que su trabajo personal.

Terrible golpe fué este. Al pronto hubo de abrumar á la infeliz familia, y á no haber sido por la tia Enriqueta, hermana de mistress Mason, que habiendo participado de su prosperidad, no la abandonó en su desgracia, habria quedado sumergida en la mas irremediable pobreza. Las animosas y consoladoras palabras de Enriqueta sacaron á los padres y luego á Isabel de su estupor; con poco trabajo se consiguió para Mr. Mason una colocacion que siquiera les proporcionaba lo suficiente para ir viviendo, mientras su hija con el auxilio de las amistades de la familia buscó y halló un acomodo de aya en la casa de un individuo respetable, vecino de una ciudad inmediata.

Amargo trago era para la jóven el separarse de las personas que tan entrañablemente amaba, é irse á vivir con gentes extrañas; pero cediendo al imperio de la necesidad, animada por tia Enriqueta y sostenida por la esperanza de ayudar á sus padres, despidióse alegremente. Las primeras noches que pasó ausente de su familia lloró amarga y copiosamente: sin embargo, poco á poco se fué acostumbrando, viniendo á la vuelta de algunos meses á tomar un cariño sumo á los niños que á su cuidado tenia y á los padres que se los habian confiado.

Mr. y mistress Grant, en cuya familia habia entrado, eran todavía jóvenes y breve se enseñaron á tratar á Isabel mas bien como á hermana que como á extraña; tanto, que mas de una vez sucedió que ella se olvidara por un momento de que no estaba en su casa. A los niños veíalos con la ternura de una hermana mayor, cási con la misma que manifestaba con las suyas propias; en su corazon nunca hasta entonces satisfecho, habia dado un lugar á mistress Grant, porque en ella encontraba la amabilidad y peso de su mamá ó de tia Enriqueta, y lo poco que se llevaban de edad hacia que se trataran con confianza y como hermanas: respecto de Mr. Grant, á este pronto tuvo que mirarle como á una criatura cási mas que humana. Era él en efecto un carácter singular á la pureza de costumbres y serena dignidad de sus maneras unia una amabilidad y finura que cautivaban el corazon de cuantos le trataban.

Completa como parecia ser la felicidad de aquella familia, estaba escrito que no seria de mucha duracion. La salud de mistress Grant, que siempre habia sido delicada, comenzó á decaer, y sin embargo de que no se excusó nada de cuanto podia sugerir para su conservacion el afecto mas decidido, murió despues de varias semanas de padecimiento.

Pocas horas antes de expirar, volviendo de un pesado sueño ó mas bien de un letargo, pidió que le llevasen á sus hijos. En breve se vieron reunidos al rededor de su lecho; el menor niño de seis meses, iba acurrucado en el seno de Isabel, mientras el que se le seguia, precioso muchacho de tres años, imágen é ídolo de su padre, se colgaba de ella, asustado con lo oscuro del aposento y el trabajoso aliento de su moribunda madre. Los otros, bastante grandes ya para comprender lo que pasaba, buscaban sollozando en su padre el consuelo que este necesitaba para sí. Llevólos el al lecho de su mamá, la cual, tomando sus manecitas entre las suyas, heladas ya con el soplo de la muerte, profirió unas cuantas palabras de consejo y cariño. Luego, llamando á su lado á Isabel, dijo con un acento cási inoible:

—Prométeme no separarte de ellos cuando yo haya partido.

No contestó al pronto Isabel: embargáronle las lágrimas la voz y antes que pudiese chistar una palabra la moribunda madre, tomando por una negativa su silencio, murmujeó otra vez

—Isabel, amiga mia, hermana mia, ¿no te negarás á mi postrera súplica? ¿No es verdad que no has de dejar á mis hijos al cuidado de un extraño?

Su marido que se habia inclinado para recoger sus palabras, dirigió á Isabel una mirada tan deprecatoria, que habria bastado para decidirla si hubiera llegado á vacilar. Su silencio no habia sido efecto de indecision, sino de un enternecimiento supremo: haciendo para contener sus sollozos un esfuerzo que cási la sofocó,

—¡Nunca me separaré de ellos!... dijo, ¡nunca!

É inclinando la cabeza hácia el niño

que en sus brazos tenia, de nuevo rompió en copioso llanto.

—Quedo satisfecha, tartamudeó la moribunda, manifestando en su semblante una sincera fe. Dios cuidará de ellos y tú no los abandonarás. Acércamelos, Enrique, para que los bese por la postrera vez.

El padre acercó á los mayores á que recibiesen el ósculo de despedida; pero el pequeñito descansaba en los brazos de Isabel y al inclinarse ella para llegarse á su mamá, esta, levantándose con inesperada energía, estrechó entre sus brazos al niño y á la que le tenia cargado.

—¿Con que nunca te apartarás de él, Isabel? ¿con que nunca le abandonarás?

—¡Nunca, como espero verme con usted en el mundo de los justos! contestó la jóven inundada en llanto.

—Dios te bendiga, amor mio, y te dé fuerzas para cumplir tu promesa.

Y soltándola, aplicó sus frios labios á la frente de la criatura y dejóse caer en los brazos de su marido.

Isabel corrió á dejar á los niños en su aposento y volvió á asistir á su moribunda amiga.

A poco entregó esta el alma á Dios, pero no sin haber de nuevo recabado repetidas veces la promesa ya hecha, de no apartarse de sus niños mientras necesitasen de sus cuidados.

Y el voto pronunciado en la hora postrera y renovado todo el tiempo que tuvo á su vista, sola ella, el cuerpo inanimado de la mujer que para ella habia sido una tierna hermana; el voto solemne, decimos, fué con la mayor fidelidad cumplido.

Un año llevaba de muerta mistress Grant.

Isabel, á quien todos menos los niños, llamaban mistress Grant, era el ángel consolador de aquella triste familia. Nunca en todo este tiempo se habia ausentado de ellos por un dia, apenas por una hora. El trabajo constante del padre de ella habia logrado repararar sus negocios y mas de una vez la habia estrechado á que tornara á su casa, la cual si bien es verdad que no estaba bajo el pie de lujo que en épocas de suma abundancia, era sin embargo muy otra cosa de lo que habia últimamente sido; pero no obstante que su cariño por sus amistades y su familia no se habia disminuido ni entibiado, no podia abandonar lo que ella consideraba como su deber ni tampoco se sentia con ánimo para hacerlo.

Nunca Mr Grant la habia instado á que permaneciera en su casa. Una sola vez habia hablado de la súplica de su difunta esposa, y esto fué á poco de su fallecimiento.

—Nada tengo que ofrecer á usted que la tiente á permanecer en casa, le dijo, pues aquí no puede usted encontrar lo que le agradaba cuando ella vivia. Sin embargo, usted sabe muy bien cuánto la necesitan mis hijos; y si usted tiene voluntad de estarse á su lado por amor de ellos y de la que se lo suplicó á usted, yo se lo agradeceré en el alma y Dios se lo recompensará.

A esto ella manifestó que le servia de mucha satisfaccion el poder cuidarlos y servirles en algo, con lo cual quedó muy contento él, y ya no se volvió á decir palabra sobre el particular. Ni pudo haber ocasion para que hablaran con frecuencia Isabel y Mr. Grant, porque este dió en evitar al parecer el trato frecuente con su familia, tanto como antes le habia solicitado. Dedicó la mayor porcion de su tiempo al estudio y al recogimiento, y no se podia menos de creer que ya no tenian para él atractivo los placeres domésticos despues que no existia la que los alegraba.

Miss Mason se habia hecho cargo, como cosa que le pertenecia de suyo, de la

direccion de la casa, y no le llamaba la atencion nada que no fuera aquello. Mr Grant por su parte se regocijaba de ver á sus hijos contentos y adelantados en su educacion, pues aunque dirigia en cierto modo esta misma educacion, dejaba á Isabel la mayor parte de ella.

Y ¿cómo Isabel, la alegre y bulliciosa Isabel de otros tiempos, que por mas de diez y ocho años habia pasado la vida jugando, casi sin conocer que habia espinas en ella, cómo habia hecho para amoldarse á otra de constantes cuidados y constante pensar? Tenia ella la serenidad de una conciencia sin mancha, el cariño de las criaturas para quienes vivia, y la esperanza de llegar un dia á presentarlas en otro mundo, en el mundo de la verdad, á la madre que se las habia confiado. Y al contemplar los medros de su inteligencia de ellos cási con el orgullo de una madre, ó al sentir sus pequeños brazos enlazados al rededor de su cuello, y sus ardientes labios aplicarse á sus mejillas, contemplábase enteramente pagada de todas las horas de inquietud, de todos los cuidados que le acarreaba su responsabilidad. Además, como la carga le habia venido gradualmente, la sentia menos pesada. Al principio no era mas que la instructora de los chiquitos; luego, á medida que se fué agravando mistress Grant fué tomando sobre sí nuevos cargos para desahogar á la enferma, hasta que de mucho antes de la muerte de esta llegó á verse encomendada de la direccion y manejo de toda la casa, con lo cual se encontró hecha la ama de nombre y de hecho.

Este estado era demasiado feliz y pacífico para que no fuera turbado. Comenzaron á llegar en breve á los oidos de Isabel los rumores que hacia tiempo corrian en la vecindad. Ella habia siempre mirado á Mr. Grant como á persona de respeto, y ni el trato diario habia podido hacerla mirarle con confianza. No hay palabras con que expresar su dolor é indignacion al saber de boca de una persona á quien tenia por amiga, que el hombre tan respetado de ella, así como ella misma, andaban en malas lenguas, y que el retiro de él se atribuia á causas muy diversas de la pena por la mujer que tan tiernamente habia amado y tan profundamente sentia.

—¡Un ángel del cielo no escaparia de la maledicencia de los que se atrevan á decir mal de Mr. Grant! exclamó ella no pudiendo reprimir su indignacion. Si hay en el mundo quien pueda desafiar el mas rígido exámen, es sin remedio él.

—Muy bien creo que así sea, miss Mason, dijo la persona que le contaba el cuento sonriéndose con malicia; pero las gentes...

—¡Las gentes! interrumpió impaciente ella; y ¿quién puede conocer á Mr. Grant como yo le conozco?

—Nadie, es verdad; pero yo iba solamente á decir que no habrá quien crea que usted le estima desinteresadamente.

Vínose á los labios de la picada jóven una respuesta, pero reflexionando que el prolongar la conversacion seria peor que inútil, contóvose y pasó á hablar de otra cosa: la visita, satisfecha ya de haber logrado su objeto y de haber conseguido asunto nuevo de que charlar, se ausentó en breve, dejando á Isabel sumergida en tristes pensamientos y agitada cual nunca se habia sentido.

Sin embargo, mas sentia ella que pensaba, pues todavía no era capaz de pensar con bastante intension; pero la impresion que en su alma habia hecho lo que habia oido, era demasiado profunda para ser contrarestada; de suerte que reclinando la cabeza sobre el sofá en que estaba sentada, soltóse á llorar copiosa y amargamente.

Sacóla de su dolorosa distraccion la voz de Mr. Grant, quien con acento de sorpresa y ternura se llegó á ella diciendo:

—Miss Mason de mi vida, ¿qué le pasa á usted? ¿Qué desgracia aflige á usted?

Levantó ella la cabeza, y estaba tan conturbada que no pudo ocultar lo que en su pecho pasaba.

—Mr. Grant, dijo con profunda aficion, es preciso que yo me vaya de casa de usted.

—¡Irse usted! ¡Ha tenido usted algunas malas noticias de su casa? ¡Mucho lo siento! ¿Está álguien de su familia enfermo? ¿ó qué es lo que exige que usted se vaya?

—No, señor; no es porque me necesiten particularmente en mi casa; sino porque no puedo estar mas en la de usted. No me pregunte usted la causa, prosiguió llorando; pero es preciso que me separe yo de usted.

—¡Cómo separarse! Yo debo saber por qué. Yo debo saber qué es lo que ha dado márgen á esa determinacion tan repentina.

Diciendo así sentóse Mr. Grant junto á la jóven y despues de muchas instancias logró arrancarle el secreto del cuento que habia causado su dolor y la resolucion que habia tomado.

La noticia sorprendió sobremanera á Mr. Grant y le afligió; pues jamás habia llegado á imaginarse que se pudiera echar á mala parte la retirada vida que su dolor le habia hecho adoptar. Estúvose un rato sin proferir una palabra, entregado al mas profundo abatimiento, pensando solamente en lo que acababa de oir, y sin parar la consideracion en el efecto que produciria en su familia la separacion de Isabel. Esta, por último, enjugando sus lágrimas, dijo con mas serenidad:

—Lo mejor que hay que hacer es que yo me vaya á mi casa cuanto antes, Mr. Grant. Si usted puede hallar una persona que ocupe mi lugar...

—¡Ocupar el lugar de usted, miss Mason! saltó el volviendo de su evagacion. No puedo creer que usted hable con formalidad. No puedo creer que por una habililla de gente ociosa usted se determine á quitar á mis hijos su abrigo y dejarlos otra vez sin madre en el mundo.

—No me comprometa usted á estarme, replicó Isabel tristemente; no está bien que me quede. Solamente Dios sabe lo que ha de costarme el separarme de la casa, pero es preciso que así sea.

—Y ¿por qué? exclamó él. Con toda mi alma haria yo cualquier sacrificio por ahorrar á usted la pesadumbre que tiene; pero no se imagine usted acallar las lenguas con irse. Créame usted: lo mejor en el caso es despreciar la murmuracion y antes de mucho se acabará por sí misma. Si usted nos abandona, castigará á los inocentes por los culpados. Y ¿qué será de mis niños sin usted? Usted los ha servido de madre desde que perdieron la que les dió el ser, y nadie es capaz de desempeñarla como usted.

—Pues los llevaré conmigo, dijo volviendo á prorumpir en llanto. Déjeme usted llevarme siquiera á Ana y á Enrique. Los mas grandecitos no extrañarán mis cuidados tanto... Déme usted á Ana y Enrique.

—¿Tendria usted valor para quitarme á mis hijos? dijo él como afeándole su propuesta. ¿Quiere usted quitarme lo único que me liga á la vida? No, no; mis hijos nunca nunca se separarán de mí sino con la muerte, y si usted los abandona... pero no puedo pensar que usted lo haga, prosiguió precipitadamente. ¿Se ha olvidado usted de la postrera súplica de mi mujer y de la solemne promesa que usted le hizo? Perdóneme usted, agregó con el mayor enternecimiento; nunca pensé en

recordar á usted esto, pero estoy hablando por mis hijos y su bien es para mí lo primero. ¿No dijo usted á mi Ana que nunca jamás se separaria de ellos? Y ¿la maldad del mundo puede acaso dispensar á usted de su promesa?

—Todo eso lo he pensado, replicó ella, y si no se hablara sino de mí, todo lo sufriria yo, por mas que me atormentara la maledicencia, antes que faltar á mi empeño; pero tambien á usted denigran, y no puedo consentir en ser el pretexto de que se valgan los malvados para mancillar la reputacion de usted. No me interrumpa usted, prosiguió con mas y mas energía; sé que usted dirá que aun esa consideracion no me dispensa de mi promesa; pero yo hago lo mismo que en mi lugar haria aquella á quien empeñé mi palabra. Su primer pensamiento fué siempre usted; su primer anhelo fué siempre evitar á usted todo disgusto; su mayor orgullo, el conservar su nombre de usted puro y sin mancha. ¿Considera usted que ella querria conservarme al lado de sus hijos á costa del sosiego y de la reputacion de usted? ¡No! Yo estoy persuadida de que ella aprueba el partido que voy á tomar y sabe lo caro que me cuesta. Si usted no quiere que conmigo lleve yo á los niños, y al decir esto Isabel tartaleó de nuevo y se inmutó, si me veo precisada á faltar á la letra de mi obligacion, seré fiel á su espíritu, y Dios no me castigará, porque hago lo que me creo en el deber de hacer en obsequio de ellos, de usted y de la difunta.

Dicho esto, Isabel enterró su cabeza entre sus manos y procuró en balde ocultar las lágrimas que inundando sus ojos se escapaban por entre sus delicados dedos.

—Ya ha tomado usted una resolucion, díjole Mr. Grant con dulzura despues de haberla escuchado sin despegar los labios: es inútil hablar mas sobre eso. Y ¿cuándo se va usted?

—Cuanto antes, contestó ella sin alzar la cabeza ni apartar de su rosto las manos.

Mr. Grant se ausentó sin chistar.

Isabel viéndose sola, dió rienda suelta al dolor que habia estado reprimiendo. Rompió en amargos sollozos, y no echó de ver que podian oirla sino cuando se sintió abrazada por los niños y oyó sus palabras de infantil sorpresa y amor.

Enrique, su predilecto, habia brincado al sofá y echando su bracito al cuello de ella, apartó con la otra mano los rizos que sobre su cara caian, mientras que Alberto y Emilia, que eran los mayores, cogieron cada uno una mano entre ambas suyas, exclamando:

—¡No te vayas, tia Isabel!

Y Anita, que tenia ya casi dos años, se agitaba llorando en los brazos de su padre, al procurar este llegarse á Isabel.

—¿Por qué hace usted esto? dijo Isabel como reconviniéndole al estarse ella desprendiéndose de los brazos de los niños. Es una crueldad el aumentar mi dolor. ¿Por qué me los ha traido usted?

—Para que se despidan, si es que usted se va de su lado.

—¡No, no! exclamó Enrique, estrechándola con sus brazos; tia Isabel no ha de irse.

Y Emilia, criatura amante y sensible, se arrojó en su regazo y prorumpió en ruidoso llanto.

—¡Ya no puedo mas! exclamó Isabel.

Y extendiendo sus brazos recibió á Anita de las manos de su padre y ocultó su rostro entre los dorados rizos de la tierna criatura.

—Estese usted con nosotros, miss Mason, dijo Mr. Grant con acento enternecido; mis hijos no pueden vivir sin usted. Por amor de ellos, por amor de la que los confió á usted, estese usted con nosotros.

—¡Me quedaré! contestó de repente con

resolucion. Me ha vencido usted, Mr. Grant. No me separaré de ustedes, preciosas criaturas. Enjuga tus lágrimas, Emilia, que tia Isabel ya no se va.

Inclinóse la jóven para abrazar á la niña que aun estaba gimiendo en su regazo.

Mr. Grant puso tiernamente su mano sobre la cabeza de aquella y hablándole por la vez primera en tono familiar díjole con calor:

—¡Dios bendiga á usted, Isabelita! ¡Dios la bendiga para siempre!

Y ausentóse apresuradamente del aposento para que no repararan el enternecimiento que ya no era dueño de reprimir.

Ya sola con los niños, Isabel los serenó, repitiéndoles que no habia de separarse de ellos, y cambió así su llanto en alegres risadas. Luego que los hubo dejado en su aposento, entregados á los inocentes juegos que por su padre habian interrumpido, retiróse á buscar en la soledad la fuerza de que tanto habia menester para lo presente y lo venidero.

Pasaron semanas y meses.

Los rumores denigrativos que tanto habian contristado á Isabel se acallaron, como lo habia pronosticado Mr. Grant; pero no habian cesado sus efectos en el ánimo de ella. Otros pudieran olvidarlos, pero no así la jóven, que al pensar que pudieran levantarse de nuevo se sentia tan afligida, que lo hubiera evitado á toda costa á no contenerla la formal palabra que habia empeñado. Cierto es que todo parecia haber cesado completamente: sin embargo, el sentimiento de seguridad que en tanta parte habia contribuido á hacerla feliz, habia huido de ella, y aunque á la vista parecia estar tan tranquila como antes, habia no obstante en su alma un desasosiego, un temor vago que sin cesar la molestaba y que no le era dable aquietar.

¡Ay, pobre jóven! La congoja causada por la maledicencia y por el pensamiento de la separacion le habia descubierto en las profundidades de su alma un sentimiento que nunca habia sospechado abrigar y que la habia forzado á reconocer y confesarse á sí propia, en medio del mas amargo llanto y del mayor sobresalto, que amaba á Mr. Grant cual no habia amado nunca á nadie. . . . como "no es dable" á la mujer amar sino "una vez."

Nunca pensó en ser correspondida; creia que no volveria él á amar; y solo cavilaba en la manera de extinguir ó disimular su profundo afecto. Sí, la Isabel que en un tiempo tuvo por imposible que un segundo amor, caso que existiera, pudiese alcanzar correspondencia, la que tuvo por imposible el dar "un" corazon en cambio de otro en que hubiese estado grabada otra imágen, esta misma Isabel habia venido á enamorarse ciegamente de un viudo, del viudo esposo de su mas querida amiga.

—¡Dios mio! exclamaba con frecuencia, cruzada de manos y con apasionados ojos cuando se arrodillaba ante el Altísimo, ¡no es profano este mi amor! ¡y sin embargo siento que es para mí lo mas grato que hay en el mundo! ¡Oh! ¡dadme fuerzas para vencer este sentimiento! ¡ayudadme á disimularle!

Pasáronse así algunos meses.

Una noche, al retirarse ella con los niños á la hora de costumbre, le dijo Mr. Grant:

—¿No vuelve usted á la sala cuando tenga un rato perdido? Deseo hablar con usted cuatro palabras.

Admirada de esta demanda, solamente otorgó de cabeza, y despues de haber dejado á los niños durmiendo, volvió toda temblando á la sala en donde la aguardaba Mr. Grant. Este, luego que la vió poner el pié allí, se dirigió hácia ella y la condujo al sofá.

—Miss Mason, díjole . . . Isabelita, ¿he ofendido á usted?

—¿Usted, Mr. Grant? ¡Oh, no, señor! ¿De dónde puede usted imaginarse haberme ofendido?

—He creido que usted me trataba, de algun tiempo á esta parte, con menos franqueza y cordialidad. No me ha hablado usted tan frecuente ni tan libremente como antes y temia yo haberla afligido ó lastimado sin saber cómo. Si así ha sido, perdóneme usted.

—Nunca, en ninguna ocasion ni de ninguna suerte. Si he dado á usted motivo para pensar así, yo soy quien debe pedir perdon. He sido quizá insípida, porque no me siento enteramente buena, y por la primera vez de mi vida estoy algo nerviosa; pero nunca jamás he tenido motivo de quejarme de la casa de usted y puedo asegurar á usted con toda ingenuidad que nunca me he imaginado tenerle.

—Bien, dijo él distraido, mucho lo celebro.

Siguióse un silencio de unos momentos, el cual pareció eterno á Isabel, mas no tuvo ánimo para interrumpirle.

Por último, levantóse Mr. Grant y pósose á pasear por el aposento: ella, entonces, cobrando valor, se levantó de su asiento, diciendo:

—Si ya no tiene usted nada que decirme, me retiraré.

—No, Isabelita, vuelva usted á sentarse. Tengo mucho mas que decir á usted... mucho que no sé cómo decirlo . . . Vamos al caso, agregó tomándola de la mano. Usted ha hecho mucho tiempo las veces de madre para con mis hijos. Isabelita, ¿quiere usted ser mi esposa?

Calló él, pero Isabel no pudo contestar. Palpitábale el corazon como si quisiera salirle del pecho; pegada la lengua al paladar y embargada la voz, arrojóse sobre el sofá y cubrióse con ambas manos el rostro.

Mr. Grant se sentó á su lado y blandamente trató de calmar el trastorno de la jóven.

—Muy poco hace, Isabelita, dijo, que he contemplado posible el amar á otra fuera de mi Ana. Allá cuando usted me habló de irse, me indignó sobre manera la idea de que otra tomase su lugar. Hoy ofrezco á usted el primer lugar en el corazon de un viudo, en un corazon que nunca perderá la memoria del amor primero. Sin embargo, Isabelita, amo á usted con pasion, mas que á nadie en el mundo, y si usted consiente en recibirme por esposo, pondré cuanto esté de mi parte para hacer á usted feliz.

Isabel no despegó sus labios.

—Recelo haber molestado á usted, dijo con sumo enternecimiento; deberia yo tener presente que usted es aun demasiado jóven para dar el amor primero y mas exquisito de su corazon á quien tiene tan poco con que pagarle. Perdóneme usted, Isabelita; ya que no puede usted amarme, perdóneme siquiera mi locura. Dejaré á usted sola ahora.

—No se vaya usted, musitó ella.

Pero lo dijo tan quedo, que él, en medio de su agitacion, no lo oyó, y se apartó de ella.

Isabel alzó la cabeza y viéndole á punto de irse, exclamó en voz mas perceptible:

—¡No se vaya usted, por amor de Dios!

Y al volver él, fuera de sí, prosiguió rápidamente ella:

—Si he titubeado, no ha sido porque haya dudado de mis sentimientos, sino sí de los de usted. ¿Es cierto que me ama usted?

—¿Puede usted dudarlo? ¿Para qué habia yo de manifestar el amor que no sintiera? ¿Cree usted, Isabelita, que yo habia de engañarla?

—¡No, no! ¡Estoy cierta de que no! Y

sin embargo, do puedo dar crédito... me parece un sueño el que usted me ame.

Llevó su mano á los ojos, apartósela luego y poniéndola sobre la de Mr. Grant con aigo de la pueril confianza de otros tiempos, dijo en voz baja y trémula:

—Mr. Grant, el lugar mas corto y de menos importancia en el corazon de usted es de mas precio para mí que el amor único y exclusivo de otro hombre quienquiera que sea.

—¡Isabelita! ¡Isabelita de mi vida! exclamó él arrobado con esta ingenua declaracion y arrebatándola en sus brazos, ¡te amo sobre todo lo que se puede amar en el mundo!

Excusado era mas hablar; pues en aquella hora de júbilo comunicáronse mudamente las almas, y cada cual sintió cuán sinceramente era correspondido.

—Isabelita, decia tia Enriqueta con afable sonrisa cuando pasados los primeros plácemes y calmado el bullicio que acompaña á la llegada de los novios, ella y su sobrina se pusieron á platicar en lo privado, Jorge Sidney ha vuelto á casarse la semana pasada.

—Me alegro de saberlo, contestó mistress Grant sonriéndose y sonrojándose al encontrar la mirada significativa de su tia, que parecia recordarle sus propias palabras sobre los matrimonios de segundas nupcias. Deseo que sea feliz.

—¿Feliz? ¿No lo sientes por su mujer? Pues ¿no es siempre un segundo casamiento un asunto de conveniencia ó de cálculo? ¿No es verdad que no puede uno menos de prescindir de toda delicadeza y de toda idea de *romanticismo* para poder pensar en semejante cosa? Pues ¿no es que un corazon requiere....

—Tia Enriqueta! tia Enriqueta! por Dios que no me recuerde usted todas mis muchachadas para regármelas; yo era muy majadera de doncella.

—Y ahora has adquirido cordura bajo la direccion de Mr. Grant!... Dime, Isabelita, ¿no he sido una profetisa?

—Sí, hasta cierto punto. He dado todo mi corazon por un segundo amor, y estoy mas que satisfecha; pero.... muy pocos hay como Mr. Grant, y.... y.... por Dios que no "le" diga usted lo tonta que yo era.

Traducida del inglés por E. R.

CHARADA.

POR LA SEÑORITA DOÑA GUADALUPE CALDERON.

Tres sílabas son mi nombre
Y mi primera y segunda
Es una planta fecunda,
Que presta alimento al hombre.
Con las mismas, en verdad,
Se nombra un gran personaje,
A quien rinden vasallaje,
Y que ama hoy la libertad.
Son mi segunda y tercera,
Sin mundo y sin trato, un hombre;
Hago un personal pronombre
Con mi sílaba postrera:
Y mi todo un árbol es
De forma esbelta y hermosa.

Zacatecas, enero 20 de 1852.

CUARTA EXHIBICION PÚBLICA

DE OBRAS DE BELLAS ARTES EN LA ACADEMIA NACIONAL DE SAN CARLOS.

I.

Yo, el infrascrito, el dia no sé cuantos de diciembre del año 1851 de la Redencion, amigo de ver, oir, gustar y tocar todo lo que merece, segun el leal saber y entender mio y del público, ser visto, oido, gustado y tocado, así en esta capital llamada Méjico, como en cualquiera parte de lo que se llama el mundo adonde mi buena ó mala estrella me conduce; yo, pues, el dia sobredicho, hácia la hora del mediodía, dirigí mis pasos, acompañado de un mi compadre, á la calle de la Academia, y luego que llegué á una casa grande conocida con el nombre de Academia nacional de San Carlos, entréme en ella con el derecho que me daba una cierta boleta manuscrita é impresa, á falta del otro derecho, para mí á la sazon "caduco," que se otorga á todo hijo de vecino estante y habitante en Méjico, para ir á la *exposicion* consabida sin billete ni cosa que lo valga, desde cierto hasta cierto término.

Como iba diciendo, entréme en la casa Academia, y despues de haberme hecho, mediante una peseta, de un cuadernito impreso, aunque muy mal, intitulado Catálogo de los objetos de bellas artes presentados en la cuarta exposicion (que *exposicion* ha de ser) anual (¡cuarta *exposicion* de cada año!..... objetos presentados en la *exposicion*!...) de la Academia nacional de san Carlos de Mexico, (¡como que ha de ser *Mécsico* ó *Mégsico*!) dirigíme con mi ya dicho compadre á la "clase de escultura."

Muchas cosas vi yo en la susodicha clase, y confieso claramente que todo me iba admirando, de tal suerte, que no cesaba de proferir exclamaciones.

Mi compadre, cansado sin duda de mis multiplicados "¡ah! ¡ay! ¡oh! etc.," interrumpiendo el silencio que hasta entonces habia guardado, me habló y dijo:

—Ese grupo de la Trinidad que ahí ves, obra original de don Juan Bellido, es de un mérito mediocre, así por su compo-

sicion como por su ejecucion. El Cristo que tiene está con amaneramiento y dureza de líneas, haciendo ángulos rectos los brazos, ángulos agudos las piernas, las cuales, ya lo ves, van las dos iguales y sin contraposicion alguna .... ¡Dios santo! ¡Mira, compadre, mira qué planta esa de la Vírgen! ¡Es una indecencia la vista que presenta! ¡eso es intolerable! ¡Bien cabe ahí el torso del Cristo!...

Y así hablando, mi compadre volvió con disgusto la cara hácia otra parte.

Sorprendido yo con lo que acababa de oir, cuando me esperaba un diluvio de elogios, quedéme mirando á mi compadre, por ver si estaba loco; pero no descubriendo en su semblante ningun asomo de trastorno mental, meneé la cabeza y seguí andando.

—¿Qué dices de este grupo de la Piedad? ¡Qué nobleza, qué grandiosidad, qué cosa tan recomendable!

—¡Compadre, lo mismo que dije del otro digo de este! ¿Quieres que te repita...

—¡No!

Y agaché la cabeza, contemplando si aquel hombre tendria el espíritu maligno en el cuerpo.

—Como composicion, prosiguió, no hay ejemplar de que ningun maestro haya caido en semejante yerro, pues en la célebre Piedad de Miguel Angel está colocado el Cristo sobre las piernas ó muslos de la Vírgen, los cuales están juntos, como debe ser, y cubiertos con el manto.... ¡Cómo se le fué por alto al director de la Academia, al corregir á sus discípulos, el enmendarles estas composiciones, y cómo no les recomendó el célebre grupo de Miguel Angel! .. ¿No podria uno creer que da por buenas esas.... puesto que las ha dejado pasar? Y si es cierto que ó no ha advertido defectos tan reparables ó no los ha considerado como defectos, ¿no se podria decir que....

—"*Sobre* las obras que se expresan," interrumpí yo leyendo en alta voz en el consabido cuadernito, "se hizo mencion en el catálogo de la última *exposicion;* pero como no llegaron á tiempo, se *expondrán* en este año."

—¿A qué se EXPONEN esas EXPOSICIONES? salió mi compadre.

—¿A qué? ¡Friolera! ¡A que majaderos como tú las muerdan y trinchen!

—¡Ah!

Mi compadre y yo seguimos, sin chistar uno ni otro, el estudio del señor director de escultura don Manuel Vilar.

—"La profunda y grata impresion que se siente al entrar en esta sala," decia yo con cara y voz muy *románticas*, "revela al momento el *genio* de *su* autor...."

—Pues ¿qué genio tiene el autor de la sala? interrumpió mi compadre. ¿Le conoces? ¿Es amable? ¿qué ves en la sala esta que revele su genio?

—Bien sabes lo que quiero decir... ¡Oh, "cuán interesante se presenta este grupo! contempla á ese niño con la pretension de dominar al animal amigo del hombre, un perro de raza inglesa, sobre *el que* está montado: ¡cuán natural y simpática no es la flexible posicion de este niño! ¡qué morbidez y carnosidad en el *torso!* ¡qué expresiva su cabeza!..." ¡Contempla y admira, compadre, si es que no estás muerto!

—En efecto es muy gracioso ese grupo, y está bien ejecutado en el mármol... A ver qué dice el cuaderno... ¡Ah! el "niño representa montar *á caballo* sobre el perro; al efecto le tira del collar y le castiga para que se levante símbolo del atrevimiento del hombre...." ¡Bien!.. Pero es de advertir que esta obra se ha hecho en Roma, bajo la direccion de un maestro, causa por la cual, comparándose las obras ejecutadas aquí en Méjico por la misma persona, se nota que no corresponden.

—"Estatua (de yeso) de Tlahuicole," dije leyendo, "general tlaxalteca. Después de haber sido hecho prisionero, rehusó la libertad que le concedia Moctezuma, por serle preferible la muerte á la ignominia de regresar á su patria por favor del enemigo: y para conseguir su deseo *pidió* y obtuvo *del* emperador, combatir en el sacrificio gladiatorio. El héroe tlaxalteca está en acto de combatir en este sacrificio y se halla atado *por* la pierna derecha á la piedra del sacrificio; el brazo izquierdo está en ademan de sostener el escudo para defenderse de sus adversarios y con la mano derecha empuña la formidable macana, con la que mató é hirió á muchos de sus competidores. Tamaño semi-colosal." ¡Qué impresion tan profunda é imponente excita esta estatua! exclamé contemplándola arrebatado. "Cuán enérgico, fuerte y á la vez elegante es el movimiento de este atleta! ¡qué bien entendida la musculacion, descubriendo los profundos conocimientos anatómicos que *posee* su autor! La cabeza caracteriza el *tipo* indio y con suma energía expresa el alma grande de este general. Por todos lados se presenta la figura bien compuesta, *de líneas contrastadas y grandiosas!*" ¿Qué te parece?

—Me parece, no te agravies, que la actitud es forzada y no dice lo que se quiere que represente; no se entiende si se defiende de un golpe ó si le descarga él, pues tiene los dos brazos formando un ángulo igual. La accion de las piernas no acusa una actitud violenta, la que corresponde á uno que recibe un golpe ó le da. Las formas de esta estatua, su musculacion y su carácter son exagerados.

—¡Dios te tenga de su mano! ¡Si te valdrás de que no entiendo nada de esto para estarme engañando!....

—No lo echo yo de maestro, pero tampoco se necesita tanto para notar lo que te digo.

—¡Ah! ¡otro grupo, y de mármol, compadre!... "Una niña que libra á una tórtola de un perro. Ha sacado la niña de una jaula que está en el suelo, una tórtola que defiende de los asaltos de un perro que quiere arrebatársela: símbolo de la *afectuosidad* de la mujer...." ¡Qué trabajo tan precioso! "Qué bien caracterizada se ve el alma hermosa y tierna, de esta inocente criatura, en la que desde los primeros juegos se trasluce la bondad y *puro amor* de la mujer..." ¿No es verdad, compadre, que esto no tiene pero?

—Dígote lo mismo, en todo y por todo, que te manifesté cuando vimos el otro grupo. Me gustan muchísimo ambos.

Pasamos rápidamente la clase de dibujo. Yo por mi, maldito el interés lo hallé.

Subimos al piso alto.

Detúveme poco en los retablos de anatomía, quise entrar en la pieza de grabado, pero me lo impidió la mucha gente: ¡es un horror cómo estaba allí agolpada!

Ya impacientes, pasamos á la "Gran sala de pinturas remitidas de fuera de la Academia."

Allí respiré, allí me puse como una pascua, bien que no me lisonjeé de ver bien y á mis anchuras, porque sobre estar muchos de los cuadros fuera del alcance de mi vista, habia bastante gentío.

—¡Cómo ha de ser! hablé para mí, veremos lo que buenamente se pueda.

Y fuí caminando y mirando lo que cómodamente podia distinguir. De aquí el que no me halle capaz para hablar de todo lo que allí habia ni de hacer un exacto pormenor de lo que ví.

Después del cuadro de la capilla Quirinal en Roma; del de la celda de una monja en Roma, copia hecha por la señorita doña Angela Icaza; del de la poetisa Safo; del de la napolitana tocando el pandero; del de las tres Gracias; del de santa María Magdalena; del de san Pablo; del

de la ciudad de Nápoles, los cuales me parecieron todos, cual mas cual menos, excelentes, aunque apenas pude verlos, llegué al de la celda de una monja de Roma, obra de doña María del Cármen Baez de Orihuela (difunta), copiada de Pringret. A mi compañero que se me habia extraviado entre el gentío, desde que entramos en el salon, le dije viéndole á la razon cerca de mí:

—"Este cuadrito entiendo yo que está ejecutado con mucha finura y delicado gusto."

—Sí, respondió; está bastante bien copiado.

Iba yo á seguir hablándole de la Judit, del alma subiendo al cielo, del primer amor; pero ya no le encontré.

Llamóme mucho la atencion el cuadro original de M. L. Lausano representando un lance de la vida de J. J. Rousseau, el ciudadano de Ginebra, como él mismo se firmaba. "Este, en su juventud, cuando daba lecciones de música en Lausana, *acompaña* á dos de sus bellas discípulas, que van á caballo, en un paseo campestre: sensible á los atractivos de la hermosura, y encantado con su amena conversacion, no advierte el agua que hay en el camino, y distraido entra en ella."

—"Esa composicion," oí decir á un sugeto que allí cerca estaba, "produce un efecto mágico y de perfecta perspectiva *aerea*. El pincel es franco, vivo y caprichoso, particularmente en los bien entendidos caballos y en el perro, los cuales dan mucho interes á este lienzo *romántico*, que llaman fuertemente la atencion, particularmente de los inteligentes..."

Por que lo he de negar. Me quedé con tamaña boca abierta, contemplando la composicion y al conocedor alternativamente, admirando el precioso cuadro y la "perspectiva *aerea*," y el *interes* y el "que llaman" y los tres *entes* tan seguiditos.

—Como composicion y ejecucion, díjome mi compadre acercándose á mí cuanto lo permitian los demás espectadores, esto es de primer órden. ¡Lástima que no haya *destaque* de tonos! ¡Lástima que ese cielo y las nubes se unan con el colorido de carnes de las figuras!...

—¡Y es verdad! hablé para mí; pero, exclamé en voz alta, ¡es muy de mi gusto el cuadro este!

—Estas seis miniaturas del señor don Antonio Tomasich, ¿qué te parecen? preguntóme mi compañero.

—¡Qué cosas tan buenas! exclamé viendo los retratos del señor licenciado don José María Jimenez, de la señorita doña Cayetana Ruano, del señor don Manuel Vilar, de la señorita doña Eulalia Ruano, del señor Pelegrin Clavé y de la señorita doña Juliana Ruano. "¡Parece que van á hablar! ¡Qué color tan armonioso, tan jugoso y á la vez brillante!"

—Es verdad, dijo mi compadre, está muy bien hecho esto, principalmente los retratos del señor Clavé y del señor Vilar.

—Mira este cuadro grande, original del juicio entre la virtud y el vicio. He oido decir que es de admirar "la ejecucion franca, segura y magistral de esta pintura, y mucho mas en el ángel, y en la jóven, en quien se personifica la virtud; que el torso del ángel *es* modelado con gran inteligencia y exquisito gusto; que el todo del cuadro es armonioso y agradable..."

—¡Bah! Ese cuadro es una idea mal digerida, sin carácter y sin dignidad. Esa jóven, con la expresion que ahí tiene, no representa nada; no está admirada, no está sumisa ni reverente; sus formas son ordinarias, tiene torcidas y mal dibujadas las piernas; es en suma, una figura vulgar... El ángel no es mas que un mancebo con alas... una de esas figuras que llaman académicas... Sus contornos son duros y amanerados... El diablo es una figura sin

carácter... El autor de este cuadro es un señor Podesti, pintor de mucha reputacion. Ese cuadro es obra seguramente de alguno de sus discípulos, pues él trabaja muchísimo mejor que eso. Hace mas de seis años que la Academia remitió mil pesos á cada uno de los primeros artistas de Roma á efecto de que pintaran, para la misma Academia, un cuadro ad libitum: este es uno de los remitidos á aquel costo y con aquel destino.... El señor Podesti habrá pensado que para Méjico cualquiera cosa es buena, y los señores directores de la Academia habrán quedado contentos de haber invertido el dinero con tanto provecho!....

Mi compadre, explicándose así, tenia una cara de pocos amigos... Hasta yo me puse taciturno; y así no sé cómo, seguí andando cási sin mirar nada.

—Mira ese cuadro de Minerva coronando las ciencias, salió él.

—Sí, contesté abriendo tamaños ojos, es de un señor don Nicolás Consoni. Representa á "la diosa de la sabiduría sentada en un trono de mármol, toma una corona de laurel que coloca en las sienes de la Jurisprudencia: á la derecha y al pié del trono, están las ciencias que aun no reciben el premio, y á la izquierda las que ya obtuvieron el lauro..."

—¡Ya ves! Ese es un cuadro de un mérito de primer órden, de un estilo Rafaelesco, de un dibujo correcto... ¡Es una obra magnífica!

—Y ¿estas seis vistas originales de don Cárlos Prayer, estudios de árboles, ojos de agua de la hacienda de Atlacomulco, la hacienda de Dolores, el acueducto de la hacienda de Chicopcuaque, el exterior del hospital é iglesia de Jesús, la hacienda de San Vicente...

—Son muy bonitas por su detalle. Están ejecutadas con mucho conocimiento. Los árboles, las piedras y la degradacion de tintas tienen mucha verdad.

—Lindos retratos, compadre, dije yo á mi compañero, esos del señor don Jesús Corral.

—¿El está retratado? le conocerá.

—¡No! él ha hecho los retratos, y los retratados son el jóven don Pedro Gorozpe y el señor general don José María Icaza.

—¡Ah! Sí, no están malos; tienen buen efecto y colorido... solo que se advierte en ellos cierta ostentacion como queriendo imitar á los que hace el señor Clavé.

—"En ese Iturbide del señor don Primitivo Miranda," oí decir á una persona que mirándole estaba, "es noble la accion de la figura, y el fondo *es* bien combinado y de buen gusto de tono. Es de sentir que este apreciable jóven no haya tenido para la cabeza de este retrato un original..."

—Sí, repuso un compañero suyo, dispusieron que copiara la cabeza de otro retrato que es malísimo: así lo quisieron.

Volví la cara á ver á mi compadre, el cual otorgó de cabeza á mi muda pregunta sobre si decian bien aquellos caballeros. ¡Cómo todo el mundo se ha vuelto de la noche á la mañana sabio, y que no hay quien no sea inteligente en todo, y que á cada vuelta de esquina tropieza uno con un manojo de peritos en todas ciencias y artes!...

El retrato del niño Abadiano, hecho por el mismo señor Miranda, díjome mi compadre que era muy semejante.

—"Este retrato del actual excelentísimo señor presidente de la República, manifiesta que el señor Pingret tiene tanta facilidad para tratar los asuntos pequeños como los grandes."

Y el sugeto que así hablaba, parado enfrente de un retrato de cuerpo entero del señor general don Mariano Arista, obra

de M. Eduardo Pingret, pintor francés, le señalaba y admiraba.

Volví yo la cara á ver qué decia mi compañero, el cual comprendiéndome se acercó y me dijo al oido:

—Ese retrato está malísimamente dibujado. Es muy original que aquellos ayudantes del señor Arista se vean tan claro en su colorido y dibujo, allá tan léjos como se quiere dar á entender que están; digo "se quiere," porque sus líneas de perspectiva no indican la distancia á que se ha intentado suponerlos... ¿Te acuerdas de Gulliver y los liliputienses...? Mira, los retratos al pastel son espantosos; no tienen dibujo, no tienen colorido, ni menos efecto. Sus brazos, sus manos son como unos guantes soplados... Todas las pinturas al pastel de este artista parece como que tienen un velo, se ven como entre humo. Sus cuadros al olio no perecen sino pinturas al temple, y en donde mas se nota esto es en este retrato de la familia del señor Barron y en aquel de cuerpo entero de una niña. ¡Qué colorido tan crudo! ¡y el vestido que no está en armonía con el fondo ni con las carnes!.... Mira ese retrato del ilustre señor obispo don Joaquin Madid. ¿No te parece malísimamente dibujado, no adviertes lo mal ejecutado que está en sus ropas? Respecto de la composicion y el colorido, es verdad que no está malo; pero ¿no te chocan aquellas dos figuras, los monacillos, que están al fondo del retrato y que no pueden hallarse á una distancia tan grande para que se vean tan pequeñas como están pintadas? en esto se ha pecado contra las reglas de la perspectiva. Todas las pinturas de la misma mano, así las grandes como las pequeñas, tienen el defecto de parecer como hechas muy á la ligera, *de bolazo*, como se dice...

ENFERMEDADES DE LOS OIDOS.

Cuando este órgano está entorpecido por efecto del grande ablandamiento de la membrana que le tapiza, unas fumigaciones (vapores ó vahos) aromáticas de mirra, de ládos, de benjuí, unas tinturas amargas pueden entonarle.

Cuando estuviere demasiado duro, las inyecciones ó jeringatorios emolientes pueden ablandarle.

Para alcanzar este último resultado se ha aconsejado el uso del aceite de lirio y el zumo de la cebolla blanca cocida bajo la ceniza.

Algunas veces tambien, y en el caso de *obliteracion* (debilitacion) de la trompa de custaquio[1] la horadacion del tímpano[2] artificial ó accidentalmente, ha hecho á personas sordas de mucho tiempo, recobrar el oido.

Por último remédianse todas las enfermedades á que está espuesta esta parte de nuestro cuerpo, con una limpieza muy prolija y la costumbre de tapársela con algodones.

El zumo de perifollo ó cerafollo mezclado con una poca de agua é introducido en el oido con una jeringuilla, hace pasar las comezones que en él se sienten algunas veces y que son menos molestas.

Unas cuantas gotas de aceite de olivo que se introduzcan de la misma manera, harán salir ó matarán en breve á cualquier insecto que se hubiere entrado en el oido.

Hemos visto á un sordo que oia bastante bien luego que se introducia en el oido una poca de agua comun.

La medicina sin médico.

1 Conducto del oido.
2 Membrana (tela ó tímico) del conducto auditivo.

A LA SEÑORITA

DOÑA CAROLINA CORONADO.

POR JOSEFA LETECHIPÍA DE GONZALEZ.

¡Ah! si alma dieran á las trovas mias
El divino entusiasmo de Pesado,
De Gertrudis[1] el eco apasionado,
De Lamartine las bellas "Armonías."

Si al menos encontrara los colores,
Las imágenes tiernas, halagüeñas,
Las ilusiones gratas y risueñas
De la aurora feliz de mis amores;

¡Qué animacion! ¡qué fuego! ¡si ¡qué encanto!
Hallaras en mis versos, Carolina:
Te trasportaran ¡oh mujer divina!
Y tus ojos vertieran dulce llanto;

Pero imposible que mi blanda lira,
Destemplada tiempo há por mil tormentos,
Pueda mas que gemir en sus acentos,
Como un pecho oprimido que suspira.

Mi corazon herido, destrozado,
Que siente, llora, y sin cesar padece,
No en sueños de ventura se adormece
Si tal cual vez palpita enajenado.

Sensible á los hechizos del talento,
No puede trasmitir sus sensaciones
A mis lánguidas, flébiles canciones,
Porque nunca he cantado como siento.

De otra suerte quizá te excederia,
Porque á delirio llega mi entusiasmo:
Escucho tus cantares y me pasmo,
Y me arroba su tierna melodía.

¿Hasta dónde me elevo contemplando
Ese genio sublime que embelesa
Cuando de Safo y la inmortal Teresa
La semejanza vas analizando?

Tú, ¡joya de la Iberia! tú, ¡modelo
De sentir y expresar! ¿qué no dijeras
Si los encantos de mi patria vieras,
Si te inspirara su radiante cielo?

Aromas te brindaran sus colinas,
Sus exquisitas matizadas flores,
Sus llanuras, sus valles seductores
Regados por vertientes cristalinas.

Te admiraran espléndidas praderas,
Rios soberbios de aguas caprichosas,
Bosquecillos de frutas deliciosas,
Montañas escarpadas, hechiceras.

De los mansos arroyos en la orilla
Respiraras la brisa perfumada
Bajo árboles gigantes, recostada
Sobre la muelle, suave yerbecilla.

Encontraras solaz en la frescura
De frondosas, lozanas alamedas,
En las cañadas ricas de arboledas,
Del vivo manantial en la onda pura.

En las selvas umbrosas escucharas
Del cenzontle las dulces melodías,
Te embringaran sus trinos y armonías,
Del ruiseñor acaso te olvidaras.

1 Señorita Avellaneda.

recibido de ellos; pero el juego de los soldados, los *truncuti* de las fichas, *calculi* y *scrupuli* que toman por el del ajedrez, no tienen semejanza ninguna con este juego en las cosas que constituyen su esencia y que distinguen al ajedrez de todos los demás juegos de damas, de tres en raya y de fichas, y con los cuales los confunden.

Los primeros autores que incontestablemente han hablado del ajedrez, en Occidente, son nuestros antiguos novelistas ó los escritores de aquellas historias fabulosas de los caballeros de la Mesa Redonda y de los bravos de la corte del rey Artus, de los doce pares de Francia y de los paladines del emperador Carlomagno.

Tambien es necesario observar que aquellos de estos novelistas que han hablado de los sarracenos, los representan con frecuencia como muy hábiles en este juego. La princesa Ana Cómenes, en la vida de su padre Alejo Cómenes, emperador de Constantinopla en el siglo XII nos informa de que el juego del ajedrez, que nombra *Zatrikion*, ha pasado de los persas á los griegos. De suerte que los escritores orientales son los que hay que consultar sobre el orígen de este juego.

Los persas convienen en que no son ellos los inventores y en que le han recibido de los indios, que le llevaron á Persia durante el reinado del gran Cosroes; por otro lado, los chinos de quienes el juego del ajedrez es conocido y que le nombran el juego del Elefante, reconocen tambien que le deben á los indios de quienes le recibieron en el siglo VI. El *Haipien* ó gran diccionario chino, en la voz *Stanghki*, dice que esto fué en el reinado de Vuti, por el año 537 de Jesucristo, y de allí no queda duda de que sea en las Indias donde fué inventado este juego: de allí se llevó á Oriente y Occidente.

Las circunstancias que los escritores árabes refieren de la manera con que fué inventado en las Indias y llevado después á Persia, merecen alguna atencion.

A principios del siglo V de la era cristiana habia en las Indias un príncipe muy poderoso, cuyos estados se hallaban situados en la embocadura del Ganges: dábase el fastuoso título de rey de las Indias, su padre habia obligado á un gran número de soberanos á pagarle un tributo y á someterse á su imperio; el jóven monarca olvidó en breve que los reyes deben ser los padres de sus pueblos, que el amor de los súbditos por el rey es el único apoyo sólido del trono, que solamente este amor puede ligar verdaderamente al pueblo con el príncipe que le gobierna y cuya fuerza y poder entero forman, que un rey sin súbditos no llevaría sino un título vano, y no tendria ninguna positiva ventaja sobre los demás hombres.

Los bramines[1] y los rajás[2] representaron todas estas cosas al rey de las Indias; pero desvanecido con la idea de su grandeza que creia imperecedera, despreció sus prudentes razones; las quejas y las amenazas continuando, se sintió ofendido, y para vengar su autoridad que creia ajada de los que osaban desaprobar su conducta, hízolos perecer en los tormentos.

Asustó este ejemplar á los demás, nadie despegó los labios y abandonado á sí mismo este príncipe, y (lo que todavía era mas peligroso para él y mas terrible para sus pueblos) entregado á los perniciosos consejos de los aduladores, se dió en breve á los mayores excesos: abrumados los pueblos bajo el peso de una tiranía insoportable, manifestaban cuán odiosa les habia llegado á ser una autoridad que ya no se empleaba sino en hacerlos desdichados.

Los príncipes tributarios, persuadidos de que con perder la voluntad de sus pueblos el rey de las Indias habia perdido tambien lo que formaba su fuerza, se preparaban á sacudir el yugo y á llevar la guerra á los estados de aquel: entonces un bramin ó filósofo indio llamado Sisa, hijo de Daher, dolido de las desgracias de su patria, emprendió abrirle los ojos al príncipe sobre los funestos efectos que iba á producir su conducta; pero aleccionado por el ejemplo de los que le habian precedido, conocia que su leccion no llegaria á ser útil sino cuando el príncipe se la diese á sí propio y no creyese recibirla de otro; con esta mira imaginó el juego del ajedrez en que el rey, bien que la mas importante de todas las piezas, es impotente para atacar á sus enemigos y para defenderse de ellos sin el auxilio de sus súbditos y de sus soldados.

El nuevo juego se hizo en breve célebre: el rey de las Indias oyó hablar de él y quiso aprenderle; el bramin Sisa fué elegido para enseñarle, y á pretexto de explicarle las reglas y de mostrarle con qué arte debian emplearse las otras piezas en la defensa del rey, le hizo reparar y gustar importantes verdades que se habia negado hasta entonces á escuchar; el príncipe, dotado de talento y de sentimientos virtuosos, que las máximas de los cortesanos no habian podido extinguir, se aplicó la explicacion de las lecciones del bramin, y comprendiendo que el amor de los pueblos por el rey constituye toda su fuerza, cambió de conducta y conjuró así la tempestad que le amenazaba.

Sensible y agradecido el príncipe dejó al arbitrio del bramin su recompensa: este pidió que se le diera el número de granos de trigo que produjera el número de las casas del tablero, en proporcion de uno por la primera, dos por la segunda, cuatro por la tercera, y así los demás doblando siempre hasta la sexagésimacuarta.

El rey admirado de lo módica que era al parecer la peticion, la otorgó al punto y sin exámen; mas cuando hubieron calculado sus tesoros, advirtieron que el rey se habia comprometido á una cosa para la cual ni todos sus tesoros ni sus vastos dominios podian alcanzar.[1] Entonces el bramin se valió de esta ocasion para hacerle conocer lo que importa á los reyes el precautelarse de los que los rodean, y lo mucho que deben temer el que se abuse de sus mejores intenciones.

El juego del ajedrez no se conservó mucho tiempo encerrado en la India, pues pasó á Persia en el reinado de Cosroes, pero con circunstancias particulares que las historias persianas nos han conservado[2], y que nos muestran que estaba considerado como un juego destinado á servir en todos los países para instruir á los reyes divirtiéndolos, como lo daba á entender el nombre de *Strachengi* ó *Schatrack* que se le dió, es decir "el juego del rey ó *schah*."[3] Los griegos formaron el de *Zatrikion*, y los españoles á quienes le dieron los árabes á conocer, le cambiaron el nombre en AJEDREZ.

Los latinos le llamaron *scaccorum ludus*, de donde le ha venido el italiano *scacchi*: nuestros padres se alejaron menos de la pronunciacion oriental nombrándole *le jeu des échecs* es decir del rey *schah* en persiano, *scheh* en arábigo, rey ó señor. Conservóse el término de *échecs*[4] que se emplea para avisar al rey enemigo que se precava del peligro á que está expuesto. El de *échec et mat*[5] viene del persiano *schakmat* (el rey está cogido), y es la fórmula usada para advertir al rey enemigo que no puede ya esperar auxilio.

1 Sacerdotes de la India.
2 Príncipes indios.

1 La suma de los granos de trigo se han valuado en diez y seis mil trescientas ochenta y cuatro ciudades, conteniendo cada una de ellas mil veinticuatro graneros, y cada uno de estos ciento setenta y cuatro mil setecientos setenta y dos medidas con treinta y dos mil setecientos setenta y ocho granos cada medida.
2 TEIXEIRA Historia de los reyes de Persia.
3 JAQUE en castellano.—4 Jaque y mate.

Los nombres de varias de las piezas de este juego, que no tienen significacion alguna razonable sino en las lenguas del Oriente, confirman la opinion propuesta sobre su origen oriental. La segunda pieza del ajedrez, despues del rey, se llama hoy *reine ó dame*, pero no siempre ha tenido este nombre. En unos versos latinos del siglo XII se le nombra *fercia*. Nuestros antiguos poetas franceses, como el autor del romance de la Rosa, y el traductor del poema de la Vieja llaman á esta pieza *fierce*, *fierche* y *fierge*. Estos mismos términos se hallan empleados en varios antiguos tratados manuscritos del juego del ajedrez que están en la biblioteca del rey.

El romance de la Rosa se explica así:

> No saludes, no digas jaque á los hombres ó peones, etc.[1]

El traductor del poema de la Vieja dice describiendo el ajedrez:

> En dos partes ver podeis
> Allí mismo rey y roque
> Caballo, allí, dama y peon, etc.

Y en otro lugar dice:

> La que virgen nosotros nombramos
> No es virgen, mas á Venus se parece
> Amable es, amorosa, etc.

Las palabras *fierge*, *fierche* y *fierce* ó *fiercia* son corrupciones de la voz latina *fercia* que viene de la persiana *ferz* ó *fierzin* que en Persia es el nombre de esta pieza y significa un ministro de estado, un visir.

Del latin *fercia* hemos hecho *fierce* ó *fierge*, por un cambio semejante al que de la voz *feretrum* ataud, ha hecho *fiertre* que se emplea todavía para los nichos de algunos santos.

Del nombre de *fierge* se ha formado el de *vierge*, *virgo*, y luego el de *dame* y de *reine*. El gusto que habia en los siglos XII y XIII de moralizar sobre todas las cosas, hizo mirar el juego del ajedrez como una imágen de la vida humana; de allí vinieron todos esos escritos en diversas lenguas, de los cuales algunos han salido á luz, quedándose manuscritos en las bibliotecas los mas. En estos escritos se comparan las diferentes condiciones de la vida con las piezas del juego del ajedrez; y de su marcha, nombre y figura se sacan asuntos para moralizar á la manera de aquellos tiempos.

En breve se advirtió que el cuadro de la vida humana, *speculum vitæ humanæ* seria una imágen imperfeta de ella si no tenia una mujer: este sexo hace un papel demasiado importante para que no se le diese un lugar en el juego; por tanto cambióse al ministro ó *ferz* en reina, y la semejanza de las palabras de *fierge* y de *vierge* hizo fácil un cambio que parecia tanto mas razonable cuanto que esta pieza está colocada al lado del *rey* y que en los principios no podia apartarse de él mas de dos casas."

1 Reina ó dama.

2 *Car on nauez par les garçons, fols, chevaliers, fierges ni rois.*

1 Virgen.

LA COQUETERIA.

La coquetería, ora se considere seria ora ligeramente, es perjudicial á una mujer así como inlecorosa en ella. La coquetería es una confesion patente y desvergonzada que el individuo hace de su deseo de llamar la atencion de los hombres. No hay doncella que haya hecho un feliz matrimonio por medio de la coquetería; porque entre los hombres que son aptos para hacer permanentemente felis á una mujer, no hay uno que haya jamás sido atraido por lo que es desagradable á toda persona de juicio y de finos sentimientos.

LOS PLACERES DEL DOLOR.

Aquí á la orilla del rio,
Sobre del césped sentado,
Recuerdo el tiempo pasado,
Tiempo de dicha y amor.
Y en esa pena apacible
Mezcla de tristeza y calma,
Encuentra abatida el alma
Los placeres del dolor.

Porque desciendo á la mente
De aquella edad, la memoria
En que al grito de la gloria
Gozó paz el corazon.
Y ageno de la desgracia
Sin saber qué era la pena,
Ignoró mi alma serena
Los placeres del dolor.

Hoy al rayo de la aurora
Cuando se rompen las flores
Y cantan los ruiseñores,
Al ver el claro arrebol,
Gozo en los recuerdos tristes,
Que bajar veloces siento,
Y me dan algun contento
Los placeres del dolor.

Y cuando al irse la tarde
Sube de oriente la luna
Que me recuerda una á una
Horas que fueron de amor,
Siento pena y siento gozo,
Y en ese contento incierto,
Con melancolía advierto
Los placeres del dolor

Porque es verdad que se siente,
Aun en la misma amargura,
Un no se qué de ternura
Un no se qué de ilusion,
Esa incertidumbre grata,
Esa duda que consuela,
Y al alma triste revela
Los placeres del dolor.

Y aun cuando los ojos lloran,
Y aun cuando el pecho suspira,
Al alma placer inspira
El recuerdo del amor.
Por eso al sentir los labios
Humedecerse con llanto,
Hallamos en ese encanto
Los placeres del dolor.

Se goza con la memoria
De la pasada ventura,
Porque esa dulce tristura
Nos lastima el corazon;
Pero con un dolor grato
Que la dicha nos inspira,
Y halla el pecho que suspira
Los placeres del dolor.

Al ver romperse las flores,
Al ver mecerse el rocío,
Ha sentido el pecho mio
Una apacible emocion,
Y sin sentir, de mis ojos
Ha bajado dulce el llanto
Al gozar con bello encanto
Los placeres del dolor.

Es un sentir halagüeño
Ese que disfruta el alma
Cuando en la inocente calma
Desciende la inspiracion.
El pensamiento se eleva
Y en ese éxtasis de gloria
Halagan á la memoria
Los placeres del dolor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El murmurio del arroyo,
El susurro del ambiente,
Los celajes del oriente,
La despedida del sol,
Todo da inefable gozo
Y de tristeza nos llena,
Y son el gozo y la pena
Los placeres del dolor.

Por eso yo abandonado
Huyo á los campos sombríos
Donde los suspiros míos
Suben al trono de Dios;
De ese espíritu divino
Que cuando el alma suspira
Con dulce amor nos inspira
Los placeres del dolor.

Y léjos de ese bullicio
Que cuando tenaz halaga,
Con su placer falso embriaga
Al incauto corazon,
Respiro la brisa libre,
De la paz en el asilo,
Y siente el pecho tranquilo
Los placeres del dolor.

¡Ojalá y siempre en el campo
Goce el olor de las flores
Y el ángel de mis amores
Me deleite con su voz!
Aun cuando lloren mis ojos
Entre el dolor y el contento,
Siempre me darán su aliento
Los placeres del dolor.

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.

CHARADA.

Con tres sílabas no mas
Que á esta charada componen,
Cinco nombres se disponen
Que si quieres contarás.
La última pon y primera,
Y reunidas formarán
Lo que sin pecar Adan,
Nadie sería lavandera.
Si pongo las dos primeras,
Inmediatamente hallo
Con lo que engorda un caballo;
Tan claro no lo creyeras.

Pon la tercera y segunda,
Y una tierra has de encontrar
Con que el suelo has de pintar
Cuando la vejez le inunda.
La segunda y la tercera,
Si una *erre* le has de añadir,
Quien lo puede definir,
Seguro, es la cocinera.
En fin, el todo no es mas
Que un animal de que abunda
El mundo entero, y que inunda
La tierra, el aire y el mar.

M. N.

La solucion en el próximo número.

SOLUCION
DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:
EL PAPAYO.

SOLUCION
DEL ENIGMA DE LA PÁGINA 264:
LA SOMBRA.

CUARTA EXHIBICION PÚBLICA.

DE OBRAS DE BELLAS ARTES EL LA ACADEMIA NACIONAL DE SAN CARLOS.

II.

Mi compadre y yo salimos de aquel mare mágnum de cuadros de fuera de la Academia, de aquel gentío, de aquel constante susurro de voces, y sin pararnos en "la noche de luna" ni contemplar á las "señoritas sentadas *en* una de las cruces del atrio de catedral," dirigimos nuestros pasos hácia la pieza de "*exposicion* de las obras de escultura de los artistas de fuera de la Academia."

Llamáronme de luego á luego la atencion los bustos del señor don Manuel Eduardo Gorostiza, del señor don Jorge Ainslie y de otros.

—El señor don Eugenio Thierry, díjome mi compadre, es un escultor italiano que tiene en efecto mucha facilidad y tino para hacer retratos en busto, como bien lo manifiestan estos; pero no deberia hacer mas que eso, bustos.

—¡Cómo así! exclamé. Pues yo acabo de oir decir que en las estatuas de san Isidro labrador y de santa María de la Cabeza, obras del mismísimo escultor Thierry que ha hecho estos bustos, "las cabezas son expresivas y tanto estas como las manos *son* moldeadas con verdad."

—Mira, hombre de Dios, me dijo asiéndome del brazo y llevándome á remolque delante de las susodichas estatuas, mira si no te horrorizan. Ni proporciones, ni colorido, ni gusto en los pliegues.... No ves ahí mas que unos muñecos al modo de los judas de carton.... Aguarda.... ¿qué dices de este Señor en la cruz, de tamaño natural?

—¿De qué es?

—Es de madera, y está pintado de blanco, porque sin el blanqueo ese no habria sido recibido á *exposicion* en la Academia; ¡como si el mérito de una escultura tuviera algo que ver con los colores!

—¿Es posible?

—Sí. Dicen los señores de la Academia que las esculturas pintadas, es decir con colores, no son académicas. Quizá si se les pide una explicacion de lo que quieren decir con eso, no sabrán qué responder.... ó nos saldrán con que en Europa no se usan esculturas pintadas; pero esta no es razon, porque cada país tiene y debe tener sus usos y sus costumbres peculiares, como que le caracterizan. Si eso fuera punto de civilizacion, ¡pase! ... Precisamente la religion que se nos enseña aquí en nuestra tierra lo trae consigo eso de pintar las esculturas. En Europa no tendria nadie el menor reparo en adorar á una Purísima, blanca, de yeso ó de mármol; pero en Méjico una imágen así no causaria devocion, seria vista como una simple estatua. Aquí estamos acostum-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

brados á que nuestros santos tengan colores y no solo colores sino hasta trapos, ropa. . . . Volviendo á la escultura esta, no se puede disimular que es una obra mala á toda prueba: ninguna calidad tiene; su anatomía es disparatada, sus contornos son amanerados y se conoce que su autor no ha visto nunca el natural. ¡Es lástima que algunos artistas vayan por un camino tan cerrado! ¡trabajan sin estudio, sin modelo, como si el objeto de la pintura y de la escultura no fuera la imitacion de la naturaleza! . . .

Hablando de esta suerte mi compadre, sacóme de la pieza aquella y me condujo á la "segunda sala de pintura de los discípulos de la Academia."

—"Marzias enseñando á tocar la flauta á Olimpo," leí yo, "cuadro original."

—"Sencilla y elegante se presenta esta composicion," decía un sugeto que junto á mí estaba, "*contrastando* el carácter grandioso y musculoso del cuerpo de Marzias con el elegante y mórbido del jóven Olimpo. Se nota á primera vista muy superior la figura del fauno, tanto por su colorido mas *fundido* como por la firmeza de la ejecucion."

—Las líneas de este cuadro, díjome mi compadre hablando del mismo que acababa de ser elogiado, están muy mal encontradas; no hay un partido de claroscuro, ni variacion en los coloridos de carnes. Ese Marzias no enseña, pues no tiene ni accion ni expresion de enseñar. Adelante.

Y cuando hubimos llegado al otro cuadro,

—¿Qué representa eso? preguntó.

—Dálila llama á los filisteos, dije yo, para entregarles á Sanson.

—¡Ah! . . . Porque yo no veo aquí sino una mujer sentada, con un hombre medio desnudo en su regazo: la mujer está con la una mano en la cabeza del hombre y la otra alzado como llamando á alguien ó pidiendo algo. ¿Dónde están los filisteos que vienen á atar á Sanson, dónde está el barbero preparado para cortar el pelo? La mano esa que pide algo ó llama á alguno. . . . ¿dónde están los que llama? Ese modo de componer un asunto sin explicarle, sin que se reconozca el pasaje histórico en el mismo cuadro, no se ha visto nunca. Estaba reservado á un discípulo del señor Clavé. Este cuadro no está acabado; de suerte que por lo que hace al color y al efecto no se sabe qué tal saldrá. . . . Pero ¿á qué poner en una exhibicion cuadros sin acabar? ¡Un año para hacer lo que hay, y esto sin concluir!. . . Como quien dice: "esas obras se presentan al público sin concluir, porque son buenas, porque así como están se quedarán admirados los que las vean; y si esto es ahora, ¿qué no será cuando estén concluidas?" Semejante proceder no puede menos de redundar en perjuicio de los jóvenes, los discípulos; pues que los envanece, los infatúa el ver que sus cuadros en bosquejo son dignos de presentarse al público. ¡Y el concepto que se formarán del público!. . . Vamos al otro cuadro.

—"La muerte de Abel, cuadro original del señor don Santiago Rebull," dije yo leyendo.

—"Este cuadro," saltó el conocedor que había elogiado el cuadro de Marzias, "ha obtenido el premio de la *gran pension*. . . . La composicion de esta pintura es muy difícil; porque no pudiendo hacer uso de sus grandes pliegues,"

—¿Quién? susurró mi compadre.

—"Es preciso," prosiguió el expositor, "encontrar en dos solos desnudos la variedad y armonía de líneas, que el artista con artificio encadena por medio de los pliegues para hacerlas agradables. Lo mismo digo relativamente al colorido, por ser corta la escala de tonos, no pudiendo introducir objetos. . . ."

—¿Quién? volvió á decir entre dientes el consabido compadre.

—"De varios colores," prosiguió el panegirista; "por lo que se vé obligado."

—¿Quién? murmujeó por tercera vez el compadre.

—"Con artificiosas medias tintas, siempre muy difíciles *á llenar*". . . .

(Aquí el compadre hizo como quien tiene carraspera.)

—"Esta falta de riqueza de tonos. La figura del Abel es noble, elegante y á la vez natural. La de Caín se presenta algo tosca; sin duda su autor habrá querido indicar en sus formas lo que afean el vicio y el crímen."

—Muy mal hecho, susurró el compadre, porque se falta á la verdad. El vicio no afea ni tampoco el crímen, á lo menos en los tiempos en que vivimos. ¡Oh, si así fuera, ya supiéramos que en encontrando á un hombre feo, tosco (ó contrahecho), debiamos guardarnos de él como de un vicioso si es que no de un criminal! ¿Qué sería entonces de los feos? Luego tambien, Caín no fué jugador, ni ebrio, ni tampoco hurtó, ni mató á nadie antes de matar á Abel. En resumidas cuentas, Caín no tuvo mas que envidia, y la envidia no es ni un vicio ni un crímen, sino solo una pasion.

—"El fondo es altamente poético por el color, y parece que toma parte. . ."

—¿El fondo? ¡qué pobre pensamiento y qué pobre expresion!

—"En la reprobacion y maldicion de Dios, á causa del horrendo y execrable crímen que por primera vez presenciaron los cielos y la tierra. Esta pintura no se halla terminada."

—En efecto, prosiguió mi compadre dirigiéndose á mí, este cuadro es el mejor, como idea, y no está mal compuesto; pero su colorido y entonacion no deben estar así. ¿Por qué está tan oscuro ese cielo? El Génesis no dice la hora en que aconteció el homicidio, sino solo que "dijo Caín á su hermano Abel; salgamos fuera. Y como estuviesen en el campo, levantóse Caín contra su hermano Abel y le mató." Pero es de suponer que el sacrificio que hacian Caín y Abel no sería de noche. Si el pintor se imaginó ó quiso dar á entender que el cielo se entoldó y el sol se oscureció en el momento del homicidio, su idea fué muy comun y hasta cierto punto falsa: ¡cuántos crímenes no se consuman á la luz del sol mas resplandeciente y á toda claridad? . . . En fin, tal vez cuando el cuadro esté concluido, no quedará así.

—"Número 43," dije yo leyendo. "San Juan Bautista en el desierto, exhortando á hacer penitencia á un numeroso pueblo que le sigue, original."

—"Es del señor Manchola," dijo el panegirista de marras, "esta muy enérgica y expresiva figura. *Contrastada* es la posicion; inspirada la cabeza, correcto y bien estudiado el dibujo, y el color verdadero y armonioso."

—Este cuadro sin concluir, díjome mi acompañante designándome el mismo que acababa de ser alabado, está mal compuesto, porque nunca al personaje principal debe ponerse de perfil como ahí está: esta es una idea *bareca*, como dicen los franceses, pues así como está de perfil, bien pudieron haberla puesto de espaldas, que es lo mismo, el mismo disparate. Los personajes principales deben ponerse de frente ó de tercio, como todos los buenos pintores lo han hecho y lo hacen. . . Esos cuadros de Ismael, ni los veamos.

—¡Vamos ahora á lo bueno! exclamé yo con entusiasmo entrando en el estudio del señor director de pintura.

—¡Retratos! dijo mi compadre sonriéndose. ¡Siempre retratos y nada mas que retratos! Hace bien el señor don Pelegrin en no dedicarse á otra cosa, pues que con

eso gana. . . . ¿Para qué habia de trabajar cuadros de invencion, que solo le compraria la Academia ó que tendria que regalar?, . . .

Yo apenas si oia las murmuraciones del compadre. Embebecido en la extática contemplacion de los retratos de los señores don Manuel Rionda, don Lorenzo Hidalga, don Manuel Gutierrez Rozas, don Claudio Ochoa, don Feliz Pavia y de las señoras doña Ana G. Icazbalceta de Flores, doña Manuela Santibañez de Flores y doña Ana de Ochoa, no sé cuanto tiempo me hubiera estado allí, de pié firme, y sin despegar los labios ni llevar á otra parte mis ojos, á no haberme sacado de mi arrobo un regular codazo que recibí. Volví la cara y hallé que quien así me llamaba la atencion era mi compadre, haciéndome seña de que atendiera yo á lo que decia un sugeto, el mismo personaje aquel que habia dicho tanto bueno del cuadro de Abel. Abrí pues tanto oido á lo que hablaba.

—"A competencia parecen querer hablar con el espectador estos bellos y animados retratos, y tomar parte en el placer que se siente al admirar cómo por medio del profundo estudio se obtenga tanto relieve y tanta verdad; *ella*, engalanada con hermosos y bien escogidos ropajes, con ricos y brillantes muebles, forma un conjunto lleno de atractivo, de sumo interés y *seductora* armonía que *arrancan* exclamaciones de vivo aplauso y *exaltan* al observador. . . ."

—Vámonos, compadre, que ya es tarde, díjome mi acompañante. En los retratos esos no hay mas mérito que los trapos; las sedas, los rasos y los terciopelos están bien hechos: los personas que el señor Clavé retrata pueden congratularse de que sus biznietos y choznos admirarán las ricas telas con que *in illo tempore* estuvieron vestidas. En medio de esto el señor Clavé es un mal dibujante, como lo predican todos sus retratos; de mas á mas los brazos de las señoras son como unas fundas. Pintor, retratista que adula poniendo blanco al que es "trigueño," rosado al que es pálido, no será muy verdadero, exacto y escrupuloso, pero si de esta manera gana dinero, él no es sin duda quien sale burlado.

En esto llegóse á nosotros un mutuo amigo de ambos.

—¿No han visto ustedes, dijo, un famoso grupo de dos figuras de mármol que representan á Elena y Páris?

—No, respondí yo.

Y oyendo esto nos llevó del brazo á la pieza donde hablamos visto el Crucificado conocido.

—"Esta obra llama detenidamente la atencion," dijonos con el entono de un maestro, "por ser obra de uno de los mejores artistas europeos. La composicion es sencilla y elegante, de bellas formas el desnudo del jóven Páris y buena la eleccion de los *pliegos* de la hermosa Elena: la ejecucion es bien acabada en todas sus partes. . . ."

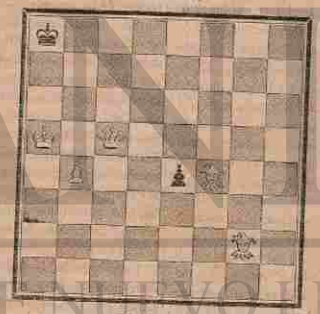
—Este grupo, interrumpió mi compadre, es un verdadero mamarracho de mármol, una escultura de esas que se llaman de pacotilla ó de decoracion. A mas de lo mal manejado y mal concluido en la ejecucion, las dos figuras están amaneradas, no hay elegancia en los contornos esos: la figura de Elena no tiene carácter, y son de mal gusto sus plegaduras. Este grupo le mandó de Roma el escultor español don Antonio Solá, autor de él, para que se le vendiera aquí en Méjico: los señores directores de esta Academia de San Cárlos han tenido por conveniente comprarlo, no sé por qué motivo, pues por lo que hace al mérito, ya ven ustedes el que tiene. . . .

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

NOTA.—A vale ALFIL; C CABALLO; D DAMA (ó reina); P PEON; R REY; T TORRE (castillo ó roque); 3 AL Ó A LA; C CASA (ó casilla); d DEL Ó DE LA; j JAQUE ó JAQUE A; jm JAQUE Y MATE; t (toma) COME AL Ó A LA. Los números progresivos del márgen (1. 2. 3. etc.) indican la serie de las jugadas; los otros, la casa que toma la pieza á que se refiere el número (C d R 3d A vale EL CABALLO DEL REY TOMA LA TERCERA CASA DE SU ALFIL). Hay otras abreviaturas y signos, pero consideramos aquellos mas claros: sin embargo en otro lugar los daremos á conocer.

PROBLEMA I.—POR MR. KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Ganar con las blancas en cuatro lances, jugando el rey solamente.

Jugadores: Mr. Spreckley y Mr. Mongredien.

NEGRAS (MR. S.)	BLANCAS (MR. M.)	NEGRAS (MR. S.)	BLANCAS (MR. M.)
1. P d R 3c	P d R 7c	9. D á su c	C d R á su 5c
2. P d A d R 3c	P t P	10. D á su 3c	C á su R j
3. C d R á su A	A á su R	11. R á c d C	C d D á d A j
4. A d R á d A d D	A jaque	12. P t C	P t C
5. C t A	D t C j	13. D á 6d C d R j	R á 2d A
6. R á c d A	C d R á su A	14. D á 5d C d R j	R á c d R
7. D á 3d A	C d D á 5d A	15. D t T j	R juega
8. P d D 1c	C á su D	16. D á 5d A d R, jaque y mate.	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA BATALLA DE LA VIDA.

HISTORIA DE AMOR.

POR CARLOS DICKENS.

PRIMERA PARTE.

En tiempos pasados, poco importa la época, y en la vieja Inglaterra, el lugar no hace al caso, dióse una batalla terrible. Esto fué en una larga mañana de verano y la undosa yerba estaba verde. El dia aquel, mas de una flor silvestre, obra del omnipotente artista y formada para recibir el rocío en su aromático cáliz, sintió llenarse de sangre hasta rebosar, su esmaltada corola, y se inclinó amortecida sobre su tallo. Mas de uno de esos insectos que se pintan con los colores exquisitos de las hojas y de las yerbas puras se vió manchado aquel dia en la sangre de los moribundos y en medio de su espanto señaló su tránsito con huellas extrañas. La matizada mariposa halló salpicada de sangre la punta de sus alas, hasta allá en el aire donde revoloteaba. El riachuelo se tiñó de rojo. El suelo hollado se volvió un charco, y mil aguazales de sangre, ahondados por los piés de los hombres y de los caballos, espejearon lúgubremente con los rayos del sol.

¡Líbrenos el cielo de presenciar los espectáculos que en el aquel campo de batalla contempló la luna cuando elevándose por encima de la línea negra de las lejanas colinas, subió por el cielo y descubrió la llanura sembrada de cabezas, cabezas que reclinadas en otros tiempos en el regazo de la amante madre, habian disfrutado de su tierna mirada ó dormidose apaciblemente allí! ¡Líbrenos el cielo de saber los secretos murmujeados después por el viento corrompido que sopló sobre la escena en que se consumó la obra de aquel dia fatal! Bastantes lunas solitarias han alumbrado el campo de batalla, bastantes estrellas le han velado durante muchas noches luctuosas, y bastantes brisas corriendo de todos los puntos del globo, han pasado por aquellos lugares, antes que las señales del combate se hayan borrado.

Estas señales llegaron poco á poco á desvanecerse, pues la naturaleza que es superior á las negras pasiones de los hombres, recobró en breve su serenidad y se mostró halagüeña al campo criminoso de batalla, así como lo habia hecho en los inocentes dias.

Cantaron las alondras en los aires, deslizándose por la yerba, los prados y los bosques para arrojarse en el deslumbrador horizonte donde se extinguen los rojos resplandores del sol, persiguieronse las sombras de las fugitivas nubes. Sementáronse y segáronse muchas cosechas; el arroyo cuyas aguas habian sido enrojecidas

dió vueltas á las ruedas del molino; alegres los hombres sulcaron con su arado la tierra; los espigadores y los guadañeros formaron en aquel mismo campo unos grupos laboriosos; allí pacieron rebaños; los muchachuelos acosaron allí las aves con sus gritos; despidieron remolinos de humo las chimeneas del lugarejo; repicaron apaciblemente las campanas del domingo; nacieron y murieron las generaciones; las criaturas tímidas del campo y las sencillas flores de los matorrales y de los verjeles brotaron y se marchitaron cuando se hubo completado el tiempo que les diera el cielo de vida: y todo esto en el áspero y sangriento campo de batalla en que tantos millares de hombres habian perecido durante el formidable combate.

Pero, allá en los primeros tiempos, en medio del trigo tierno, extendianse unas capas de un verduzco triste, que nadie veia sin terror. De año en año volvieron á parecer estos rastros espesos y todos sabian que bajo el fértil suelo aquel, muchos montones de hombres y caballos enterrados, aquí y allá, mantenian aquella fecundidad. Los hombres que laboreaban la tierra retrocedian á la vista de los disformes gusanos que allí hormigueaban. Las gavillas que allí se segaban fueron por muchos años nombradas gavillas de la batalla, y se conservaron aparte. Por mucho tiempo, á cada surco que se abria se descubria algun resto de la lid. Por mucho tiempo hubo en el campo de batalla árboles lastimados, fragmentos de paredes despanzurradas, allí donde habian ocurrido encuentros desesperados. Por mucho tiempo no hubo en el lugarejo muchacha alguna que se pusiese en el seno ó en los cabellos una flor que en aquel campo de muerte se diera, por suave que fuera la flor. Y después de muchos años, todavía se notaba que las moras cortadas en aquel campo dejaban unas manchas muy rojas en la mano.

Sin embargo las estaciones, pasando con la ligereza de los nublados veraniegos, acabaron hasta con estos últimos restos del antiguo combate; y tanto hizo el tiempo, que las memorias de antaño se cambiaron en leyendas y en cuentos de viejas, que servian para pasar las noches en los tiempos de frio. Allí mismo donde las flores silvestres y las moras habian estado tantos años intactas sobre sus tallos, trazáronse verjeles; levantáronse casas, y muchos chicos jugaron "á la guerra" en los verdes céspedes. Tiempo hacia que los árboles heridos se empleaban en las hogueras de Noche buena y se consumian echando chispas. Ya no se acordaba nadie de las mazorcas de trigo tan notables de antaño ni menos de aquellos cuyo polvo estaba revuelto con la tierra. De tiempo en tiempo la reja del arado desenterraba todavía algunos fragmentos de metal enmohecido; pero trabajo costaba adiviuar el uso que de ellos se hubiera hecho en otros tiempos, y los que lo atinaban se soltaban en sapientísimas discusiones. Una coraza vieja y abollada y un casco llevaban tanto tiempo de estar colgados en la iglesia, que los ancianos cuyos ojos debilitados los distinguian ya á duras penas, se acordaban de haberlos contemplado en sus tiempos con admiracion. Si los guerreros muertos en aquel campo de batalla hubieran podido revivir por un momento, solo un momento, con las formas que á la hora de la muerte tenian, cada uno en el sitio que le servia de tumba, no pocos miles de soldados mutilados y pálidos se habrian aparecido, unos cerca de quietos hogares, otros en los verjeles, en los prados y en el arroyo que hace dar vueltas al molino; tan cambiado así estaba el campo de batalla en que habian perecido estos hombres durante el tremendo combate.

En ninguna parte quizá eran mas notables estas trasformaciones, habrá de es-

to unos cien años, que en un pequeño verjel anexo á una casa vieja de piedra con un pórtico colgado con madreselva.

En una preciosa mañana de otoño retumbaba este verjel con risadas y músicas, y dos mocitas bailaban alegremente sobre la yerba, mientras unas lugareñas, encaramadas en unas escaleras para cortar manzanas, olvidaban su ocupacion por mirar á las mocitas y tomar parte en su alegría. Era este un espectáculo grato, animado, natural: estaba hermosísimo el dia, era retirado el sitio, y las dos jóvenes, ajenas de todo cuidado y rebosando candor, bailaban y bailaban con la alegre y franca libertad de sus corazones.

Si la sujecion y la rigidez desaparecieran del mundo, creo yo y cuento con que opina conmigo el lector, que nos iria mucho mejor y que la sociedad ganaria cuanto no es imaginable. Un gusto era ver cómo bailaban las dos muchachas, sin mas testigos que las cortadoras de manzanas. Contentísimas estaban las bailadoras de divertir á las lugareñas, pero ellas bailaban por divertirse á sí propias; á lo menos así lo hubiera entendido cualquiera; de suerte que ni se podia dejar de admirar, ni tampoco las muchachas podian dejar de bailar. ¡Cómo bailaban!

No lo hacian como una bailarinas de ópera: nada de eso. No lo hacian como las primeras discípulas de una señora cuidadosa por demas. No era cosa de cuadrillas, ni de minué, pero ni aun de baile campestre; no era un baile al estilo antiguo ni al estilo moderno, ni al estilo francés ni al estilo inglés; sino sí algo quizá al estilo español, el cual, por lo que me han dicho, es libre, alegre y agraciado de una manera deliciosa la inspiracion que comunica el palotéo de las castañuelas.

En tanto que las dos muchachas bailaban entre los árboles del verjel y al rededor de los bosquecillos, la influencia de sus aéreos movimientos parecia, sobre la escena iluminada por el sol, como un círculo que se extiende en el agua. Sus cabellos volando por el aire, sus vestidos agitándose, la elástica yerba que pisaban, las ramas que crujian con el aire de la mañana, las hojas que brillaban caprichosamente y sus sombras reflejadas sobre la blanda alfombra verde, la aromática brisa que acariciaba al paisaje, y se recreaba de hacer dar vueltas al lejano molino, todo esto, todo en fin lo que se hallaba entre las dos muchachas y el hombre que allá en el campo inmediato estaba trabajando con sus bueyes y su arado, todo parecia estar bailando.

Al fin, la mas jóven de las bailadoras, jadeando y rebosando gusto se tiró sobre un banco para descansar. La otra se reclinó contra un árbol. La orquesta, compuesta de una arpa y un violon, sintió tambien la necesidad de tomar un poco de descanso.

Las mujeres que estaban encaramadas en las escaleras dejaron oir murmurios de aplauso; luego, siempre susurrando, volvieron á la obra como unas laboriosas abejas.

Quizá este aumento de actividad era efecto de la repentina llegada de un *gentleman* bastante entrado en edad, el cual no era ni mas ni menos que el doctor Jeddler en cuerpo y alma; pues la casa y el verjel pertenecian al doctor Jeddler y las dos bailadorcillas eran hijas suyas. Al oir el son de los instrumentos acudia á ver "quién diablos" estaba dando música en sus tierras antes de la hora de almorzar; pues era un gran filósofo el, y no tenia mucho afecto á la música.

—¡Música y baile hoy! dijo el doctor suspendiéndose y hablando consigo. Pensaba yo que tenian este dia. Pero ¡si vivimos en un mundo de contradicciones!

¡Hola, Engracia! ¡hola, Maruca! agregó en voz alta, ¿está hoy el mundo mas loco de lo de costumbre?

El doctor Jeddler.

—Vedle con alguna indulgencia si es así, padre, respondió la menor, Maruca, llegándose muy cerquita del doctor á quien se quedó mirando cara á cara; pues es el cumpleaños de una persona.

—¿El cumpleaños de una persona, Maruca? repuso el doctor. ¿No sabes tú que no hay dia que no cumpla años álguien? ¿No has oido nunca decir cuantos actores nuevos entraban en esta..... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡quién puede hablar con formalidad de ésol.... en esta disparatada y ridícula farsa que llaman la vida?

—¡No, padre!

—¿Con que no? No me admiro de ello; tú eres una mujer..... mujer poco mas ó menos. A propósito, aquí el doctor clavó la vista en la linda cara que tenia casi pegada á la suya, á propósito, ¿no es hoy el dia que cumples años?

—¡Mucho que sí, padre! exclamó la hija favorita del doctor adelantando la frente para recibir un beso.

—¡Norabuena! dijo el doctor dando un beso á la muchacha, te deseo la vuelta alegre y muy repetida de este..... ¡qué ocurrencia!.... de este dia. ¡Qué ocurrencia tan cómica! dijo para sí el doctor, ¡qué idea tan cómica esta de desear cumpleaños felices en un entremés como este! ¡Famosa ocurrencia! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Era el doctor Jeddler, como ya lo tengo dicho, un filósofo de cuenta, y el fondo, el secreto de su filosofía consistia en considerar al mundo como una chanza de gran tamaño, como un disparate demasiado descomunal para que ningun hombre entendido le tomara por lo serio. Su sistema de fe habia formado en un principio, como vais á verlo, parte integrante del campo de batalla, como vais á comprenderlo en breve.

—Y ¿cómo os habeis hecho de la música? preguntó el doctor; ¿de dónde han salido esos ministriles?

—Los ha mandado Alfredo, respondió Engracia, componiendo en los cabellos de su hermana unas flores que con su admiracion por la tierna hermosura de aquella le habia puesto media hora antes y que el baile habia descompuesto.

—¡Ah! ¿con que Alfredo es el que ha mandado los músicos?

—Sí. Se encontró con ellos muy de mañana saliendo de la ciudad á tiempo que él entraba. Y como hoy es el dia de cumpleaños de Maruca, Alfredo, deseoso de obsequiarla, los ha mandado acá con una esquela escrita con lápiz anunciándome una serenata en obsequio de Maruca, si yo lo llevaba á bien.

—Sí, ya sé, dijo con descuido el doctor, Alfredo no da paso sin consultarte.

—Ahora bien, estando yo conforme, dijo Engracia con buen humor y haciendo una pausita para recrearse, en una preciosa actitud, con la linda cabeza en que estaba componiendo las flores, estando yo conforme y hallándose Maruca en buena disposicion para bailar, he hecho como ella, y con tantas ganas, que hemos bailado con la orquesta de Alfredo hasta perder el resuello. Y esta música nos ha gustado mas por ser de Alfredo. ¿No es verdad, Maruca de mi alma?

—No sé, Engracia. ¡Cómo me mueles con Alfredo!

—¿Te muelo hablándote de tu adorado?

—De veras que me importa un bledo el oir hablar de él, dijo la perrenguo deidad arrancándole las hojas á las flores que en la mano tenia y tirándolas. Sí, ya cási me fastidia el oir hablar de él: y por lo que hace al título de adorador....

—¡Calla! no te esplíques así tan de ligero, ni aun en chanza, de un corazon sincero que es todo tuyo. ¡No hay en el mundo corazon mas leal que el de Alfredo!

—¡No, no! dijo Maruca levantando graciosamente sus cejas con traza de completa indiferencia, puede que no. Pero yo no encuentro mucho mérito en eso. Yo... no le pido esa grande sinceridad..., nunca jamás se la he pedido.... Si espera que yo.... Pero'mi vida, ¿á qué hablar de Alfredo ahora?

Daba gusto ver el gracioso grupo que formaban las preciosas jovencillas, paseándose asidas una de otra, entre los árboles y platicando con amorosa ternura. Los ojos de la menor estaban repletos de lágrimas y á despecho de sus palabras advertíase por la aparente acrimonia de sus palabras que se albergaba en su corazon una pasion profunda.

Cuatro años á lo sumo se llevaban las dos hermanas; pero como sucede con frecuencia entre las hermanas que han quedado huérfanas de madre, y estas habian perdido la suya, Engracia por su cariño y su dedicacion á su hermana parecia de mas edad de lo que en realidad era.

Las reflexiones del doctor, mientras con la vista seguia á sus hijas y sin dejar de oir lo que decian, se ciñeron al principio á unas meditaciones divertidas con relacion á los amores y á las aficiones, y á esa pueril imposicion establecida sobre ellos mismos por la juventud que siempre queda burlada, no obstante... ¡siempre!

Nunca pensaba el doctor en preguntarse si sus hijas tomaban por lo serio la vida. Cierto es que el doctor era filósofo.

—¡Bretaña! dijo llamando el doctor... ¡Bretaña! ¡hola!

Un hombrecillo de cara tosca y avinagrada salió de la casa y respondió con acento regañon:

—¿Qué hay?

—¿Dónde está la mesa para el desayuno? preguntó el doctor.

—En casa, respondió Bretaña.

—¿Os pondreis en disposicion de tenderla aquí conforme se os dijo anoche que lo hicieseis? ¿No sabeis que esperamos visitas? ¿que hay algo que hacer en esta mañana antes que pase el faeton? ¿que el caso en que nos hallamos no es de todos los dias?

—Yo no podia echar mano á nada, doctor Jeddler, antes que las mujeres hubiesen traido las manzanas; ¿no es verdad?

—Norabuena, y ¿ya acabaron? dijo el doctor mirando á su reloj..... ¡Vamos! prosiguió estregándose ambas manos una con otra, ¡vamos, dos prisa!... ¿Dónde anda Clemency?

—Aquí me tepeis, señor, respondió una voz que salia de una de las escaleras, mientras dos piesazos bajaban vivamente los escalones. Ya está concluida la obra. Marchad, muchachas...: En un pensamiento estará todo listo.

A estas palabras Clemency se puso á la faena con increible energía y unas andaduras cuya rareza justificará bastante una palabra de introduccion.

Tenia cosa de treinta años. Su cara era bastante agraciada, bien que con mucha frecuencia tomaba una expresion de seriedad que le daba una traza cómica. En cuanto á su facha y á sus modos bastaba verlos para olvidar su cara y todas las caras del mundo. Decir que tenia ella dos piernas izquierdas y los brazos de otro cristiano, que estos cuatro miembros parecian separados de sus ataduras y se veian mover sin concierto siempre que se ponian en movimiento; decir esto es dar un bosquejo demasiado ligero de la realidad. Decir que ella estaba muy bien hallada con estas cosas cual estaban dispuestas y que las consideraba como indiferentes, que tomaba á sus brazos y piernas como venian y que les permitia que dispusiesen de sí á su antojo, es hacer débilmente justicia á su ecuanimidad. Usaba un par de zapatos prodigiosos, independientes y voluntarios que nunca querian ir adonde sus piés iban; unas medias azules, un vestido pintado de varios colores y del gusto mas refinadamente detestable; por encima, un delantal blanco. Siempre andaba en mangas cortas. En general veíase encaramado en su cabeza un gorro, bien que rara vez se le encontrare en el sitio que ordinariamente ocupa este tocado mujeril. Ahora, bueno será añadir que de piés á cabeza, siempre guardaba una limpieza escrupulosa.

Tal era en su exterior y su vestir Clemency Newcome[1]. En cuanto á su nombre, suponíase que por corrupcion se habia trocado de Clementina en Clemency; pero no habia quien lo supiera, pues su vieja madre sorda, verdadero fenómeno de edad á quien aquella habia sustentado, cási cási desde su niñez, habia muerto, y no tenia otro ariente ni pariente.

Estaba Clemency afanada tendiendo la mesa, delante de la cual se paraba cada rato, cruzando sus brazos encarnados y desnudos, y estregándose los codos hasta que advirtiendo que faltaba algo, arrancaba de repente á traerlo.

—Aquí vienen los dos abogados, señor, dijo Clemency con un acento muy poco afectuoso para con las personas cuya venida anunciaba.

—¡Ah! salió el doctor encaminándose á la puerta para recibirlos. ¡Buenos dias, muy buenos dias! ¡Engracia, vida mia! ¡Maruca! Aquí están los señores Snitchey[1] y Craggs[2].... ¿Dónde está Alfredo?

—No debe de tardar seguramente, respondió Engracia.... Tenia tantas cosas que preparar esta mañana para su marcha, que al amanecer se levantó y se fué..... Buenos dias, señores.

—Señoras, dijo Snitchey, por mí y por Craggs (este saludó), os doy los buenos dias.... Miss, añadió dirigiéndose á Maruca, os beso las manos (y lo hizo en efecto), y os deseo (lo cual podia ser ó no ser verdad, pues á primera vista no tenia él cara de ser muy cariñoso para con sus prójimos), os deseo cien cumpleaños felices como este.

—¡Ja! ja! ja! saltó el doctor riéndose con semblante preocupado y metiéndose en los bolsillos las manos, ¡un seiseton en cien jornadas!

—¿A que no habiais de querer, dijo maese Snitchey poniendo contra uno de los piés de la mesa un taleguito azul que contenia las "cosas" de su profesion, á que no os habia de gustar, sobre apuesta, por ningun camino, que se cortara la representacion del sainete para esta jóven actriz, doctor Jeddler?

1 *Snitche.*
2 *Crdgs.*

—No, replicó el doctor, ¡no lo permita Dios! Dios le conceda de vida, para divertirse con ella, tantos años cuantos le sea dable divertirse, y exclame entonces con el ingenioso francés: Ya se acabó el entremés, bajad el telon.

—El ingenioso francés no tenia razon, doctor Jeddler, dijo maese Snitchey, registrando en su taleguito azul, y vuestra filosofía es de todo punto errónea, como os lo tengo mil veces repetido. ¡Nada hay serio en la vida, decis! ¿Y la ley?

—Chanza, respondió el doctor.

—¿Habeis litigado alguna sesion en vuestra vida? preguntó maese Snitchey levantando de su talego la vista.

—Nunca, repuso el doctor.

—Si llegais algun dia á veros en ello, quizá quizá opinareis de otro modo.

A estas razones, Craggs que parecia estar representado por Snitchey y falto de todo sentimiento de individualidad, hizo un obstante una observacion exclusivamente suya: esta observacion incluia la única idea que no poseyese por mitad con Snitchey, aunque es cierto que muchos hombres entendidos participan de ella.

—La ley es fácil en demasía, dijo maese Craggs.

—¿Os parece? saltó el doctor.

—Sí, respondió maese Craggs. Lo mismo son todas las cosas en el dia. Ese es el vicio de nuestra época. Si el mundo es una chanza..... no estoy de punto de sostener lo contrario..... si el mundo es una chanza, deberian hacer que esta chanza no fuese tan ligera. El mundo, señor mio, deberia ser una contienda tan recia cuanto dable fuera. Y no que le hacen mas llano de lo regular. Untan de aceite las puertas de la vida, cuando deberian dejar que se enmohecieran. En breve las vereis empezar á girar, á abrirse y cerrarse con un ruidillo grato, cuando el caso es que rechinen sobre sus goznes, señor mio.

Maese Craggs parecia rechinar, él sí sobre sus goznes, al soltar su opinion, á la cual comunicó un efecto estupendo, pues era él un hombre frio, duro y seco, vestido de gris y de blanco, muy semejante á un guijarro, con unas chispillas en los ojos, dispuestitas á brincar al primer choque.

Con toda formalidad puede creerse que los tres reinos naturales tenian, cada uno, un representante extravagante en la asamblea de argumentadores. Snitchey era la verdadera imágen de una urraca ó de un cuervo, fuera de lo lustroso y bruñido del plumaje, y el doctor tenia una cara rugosa como una manzana de invierno, con un hoyuelo aquí y allí, para figurar los picotazos de las aves; ostentaba además una pantita de cola que le colgaba sobre la espalda de la casaca.

Al ver á un guapo jóven en traje de viaje, acompañado de un mozo cargado de bultos, entrar en el verjel con firme paso y con un semblante de alegría y esperanza en armonía perfecta con lo hermoso de la mañana, los tres hombres se adelantaron juntos, como los hermanos de las Parcas[1], ó como las Gracias[2] admirablemente disfrazadas; ó si se quiere, como tres hechiceros en el matorral.

Llegáronse al jóven y le cumplimentaron.

—Felices dias, Alfredo, dijo el doctor con ligereza.

—Cien años disfrutad como este hermoso dia, señor Heathfield[3], dijo Snitchey haciendo un profundo saludo.

—¡Como este! profirió entre dientes Craggs, con voz melancólica.

—¡Ah! exclamó Alfredo suspendiéndose: uno... dos.... tres.... profetas si-

1 Nombre de las tres diosas de la fábula que hilaban, dividian y cortaban el hilo de la vida de los hombres. Hermanas eran las tres, y llamábanse Cloto, Laquesis y Atropos.

2 Diosas, emblema de todas las cualidades amables.

3 *Jefe.*

niestros, ante el vasto horizonte que se tiende á mi vista. Por fortuna no sois vosotros los primeros con quienes hoy topo, pues habria visto el encuentro como un mal agüero. Engracia ha sido la primera.... la amable, la preciosa Engracia..... Y de suerte que desafio á todos vosotros.

—Si no os enojais, señor mio, "yo" soy á quien habeis visto primero, acordaos bien, dijo Clemency Newcome; miss Engracia se andaba paseando por aquí antes de la salida del sol, os acordareis, y yo estaba en casa.

—¡Es verdad! Clemency ha sido la primera, dijo Alfredo. Entonces, os desafio con Clemency.

—¡Ja! ja! ja!.... por mí y por Craggs, ¡qué desafío! dijo Snitchey.

—¡Quién sabe! repuso Alfredo estrechándoles cordialmente las manos al doctor, á Snitchey y á Craggs.

Luego, mirando en torno de sí:

—¡Gran Dios! exclamó, ¿dónde están las...

Y partiendo con una precipitacion que produjo entre Jonatan Snitchey y Tomás Craggs una aproximacion mas íntima de la que habian convenido, hizo alto en el sitio donde estaban juntas las dos hermanas; y quizá al verle apersonarse á Maruca primeramente y luego á Engracia, reparó el maese Craggs que eran *demasiado fáciles* los modos del jóven.

Para no dar lugar á observaciones, el doctor Jeddler se dirigió al punto á la mesa, en donde todos se acomodaron para desayunarse. Engracia presidia, habiéndose situado de manera que separaba á Alfredo y á su hermana de los demás convidados. Snitchey y Craggs estaban sentados en extremos opuestos, con el talego bien colocado en medio de ellos dos, para mayor precaucion.... El doctor por su parte, tomó su lugar ordinario, enfrente de Engracia. Clemency sirvió galvánicamente la mesa, mientras el melancólico Bretaña, en calidad de escudero trinchante, partia un solomo de vaca y un pernil.

—¿Vaca? preguntó Bretaña, acercándose á maese Snitchey con tenedor y cuchillo en la mano, y despidiéndole como un proyectil su pregunta.

—Sin duda, contestó el abogado.

—¿Vos tambien? dijo Bretaña á Craggs.

—Magra y bien cocida, respondió este.

Bretaña, cuando hubo servido á estos señores así como al doctor, sin hacer caso de los convidados que no daban á manifestar que tuviesen mucho apetito, mantúvose tan cerca de los dos socios cuanto lo permitia la buena crianza: luego siguió con mirar severo las maniobras de sus tenedores. Una sola vez perdió algo de su austeridad la expresion de su fisonomía y esto fué cuando maese Craggs estuvo á punto de ahogarse por querer tragar sin masticar, atento á que sus muelas no eran de las mejores.

—Alfredo, dijo el doctor, hablemos algo de negocios mientras nos levantamos de la mesa.

—Mientras nos levantamos de la mesa, repitieron Snitchey y Craggs que no tenian traza de pensar en quitar el dedo del renglon.

Bien que Alfredo no se hubiese desayunado y que pareciese tener bastante quehacer por la ocasion, respondió respetuosamente:

—Mandad, señor.

—Si pudiera haber algo serio, comenzó el doctor, en una....

—Una farsa semejante, señor, apuntó Alfredo.

—En una farsa semejante, repitió el doctor, seria tal vez la circunstancia que nos reune, en la víspera de una separacion, de un doble cumpleaños, circunstancia á que se juntan multitud de pensamientos halagüeños para cada uno de nos-

otros, así como las memorias de unas relaciones antiguas y afectuosas. Eso no nos llena.

—¡Ah, sí, sí, doctor Jeddler! dijo el jóven, eso llena nuestro objeto á las mil maravillas, como lo puede atestiguar hoy mi corazon, y como tambien lo atestiguará el vuestro, lo sé, si le dejáreis hablar. Hoy me ausento de vuestra casa, hoy cesa de ser vuestro pupilo. Nos separamos con relaciones de afecto que se extienden muy léjos tras nosotros sin poder jamás volver á ser como antes y con sentimientos muy nuevos.

Aquí Alfredo bajó sus ojos á ver á su vecina.

—Mil cosas tengo que decir sin tener ánimo para hablar. ¡Vamos! ¡vamos! agregó con cierto calor, entre este gran montón de polvo y de tonterías, se halla un gérmen serio. Doctor, confesemos hoy que sí hay uno.

—¡Hoy!... exclamó el doctor. ¡Oidlo! ¡Ja! ja! ja! de todos los dias del año, este dia es el mas abundante en locuras. En efecto, en tal dia como este fué cuando se dió la gran batalla en este sitio. En este mismo lugar donde estamos sentados, donde he visto esta mañana bailar á mis dos hijas, donde acaban de cortarse para nuestra mesa los frutos de esos árboles cuyas raíces están enterradas en puras osamentas y no en la tierra,... en estos mismos lugares, han sido cortadas tantas existencias que, bien presente lo tengo, despues de una sucesion de generaciones, se ha cavado bajo nuestras plantas un cementerio de osamentas. Sin embargo, en esa batalla no se podian contar cien hombres que supiesen por qué causa peleaban, y entre los vencedores no habia cien hombres que pudiesen explicar el júbilo insensato que engendró en ellos la victoria. No se han hallado cincuenta hombres á quienes haya sido de provecho. A esta hora no se hallarian seis de acuerdo sobre la causa y los resultados de aquella jornada. En una palabra, nadie ha sabido nunca nada cierto sobre el particular. Solamente lo han sabido los que han llorado á las víctimas..... ¡Ahora yo soy el que se pone serio! añadió el doctor riéndose. ¡Qué sistema!

—¡Pero todo eso, replicó Alfredo, me parece á mí muy serio!

—¡Serio! gritó el doctor. Si admites semejantes cosas como serias, te volverás loco sin remedio, ó te costará la vida, ó irás y te treparás en la punta de un monte y te harás ermitaño.

—Despues de todo... ¡hace ya tanto tiempo de eso! dijo Alfredo.

—Hace mucho tiempo! repuso el doctor. ¿Sabes lo que el mundo no ha parado de hacer desde entonces? ¿Crees que el mundo haya hecho otra cosa? ¡Por mí, no lo creo!

—Ha litigado un poquito, insinuó maese Snitchey revolviendo su cuchara dentro de su taza de té.

—Bien que los expedientes hayan sido siempre demasiado fáciles, añadió su socio.

—Y me dispensareis que lo diga, doctor, prosiguió maese Snitchey, pues en el curso de nuestras discusiones mil veces os he comunicado mi opinion, á saber, que yo descubro un lado serio... y en realidad... un fin determinado en el sistema legal que hoy se usa...

En este momento Clemency Newcome topetó tan violentamente contra un ángulo de la mesa, que la loza chocó de una manera capaz de causar cuidado.

—Hola! ¿qué sucede? exclamó el doctor.

—¡Es ese malvado saco de enredos, dijo Clemency, que siempre anda entre las piernas de la "gente!"

—Iba yo diciendo, prosiguió Snitchey, y con determinada intencion, una cosa digna de ser estudiada. ¿La vida, decís, es una farsa, doctor Jeddler? ¿Con las leyes á nuestra disposicion?

Soltóse á reir el doctor y volvió sus miradas hácia Alfredo.

—Os concedo, si quereis, que la guerra es una insensatez, dijo Snitchey. Sobre este punto vamos acordes.... No defiendo yo la vida en lo general, volvió estregándose las manos; la vida abunda en locuras, en cosas peores que locuras, en protestas de confianza, de desinterés, de propia abnegacion, etcétera, etcétera. ¡Bah! bah! bah! acá sabemos bien lo que valen. Pero siempre no debe uno reirse de la vida, por la razon de que tenemos que jugar en ella un juego serio, ¡muy serio! Todo el mundo juega con nosotros, ¿no es verdad? y nosotros jugamos contra todo el mundo. ¡Oh! ¡es cosa muy interesante! Se hacen maniobras hábiles en el tablero. ¡Ahora bien! doctor Jeddler, no ríamos sino cuando ganemos y aun así no ríamos muy recio. ¡Ja! ¡ja! ja! ¡Y aun así no ríamos demasiado! repitió Snitchey meneando la cabeza y guiñando el ojo.

—Ahora, Alfredo, ¿qué dices de eso?

—Yo lo que digo es que el mas señalado favor que podais hacerme á mí y creo que tambien á vos mismo seria el que os esforzáseis por olvidar de tiempo en tiempo vuestro campo de batalla, por este otro mas grandioso campo de batalla que es el de la vida, al cual ilumina todos los dias el sol.

—En realidad yo temo que eso no pueda templar sus opiniones, señor Alfredo, dijo Snitchey.... ¡Reparad que los combatientes están muy ardientes y muy encarnizados en esta batalla de la vida! ¡Qué de personas no son heridas en la cabeza y por detrás! ¡Cuántas otras no son despanzurradas y pisoteadas! En resumidas cuentas, es una cosa miserable.

—Yo, señor Snitchey, dijo Alfredo, entiendo que hay contiendas y victorias pacíficas, muchos grandes sacrificios de sí propio, actos nobles de heroismo, aun en medio de las futilidades y de las aparentes contradicciones del mundo, y estas grandes cosas, no porque no tengan ni testigos ni cronistas terrestres dejan de ser muy arduas de ejecutar. Sírvenles de teatros cotidianos unos ignorados retiros, interiores modestos y apartados; en suma, corazones de hombres y de mujeres de los cuales bastaria con uno solo para reconciliar con el mundo al misántropo mas triste, y para darle esperanza y fe en este mismo mundo, aun cuando las dos cuartas partes de sus habitantes estuviesen en guerra y otra cuarta en litigios: ya veis á cuánto me extiendo.

Atentas escuchaban las dos hermanas.

—¡Bien, bien! dijo el doctor, yo soy demasiado viejo para que me convirtan, ni aun mi amigo Snitchey ni la buena de mi doncella hermana Marta Jeddler, que en tiempos pasados tuvo sus pesares, y que desde entonces pasa su vida simpática con toda laya de gente; la cual en resumidas cuentas es tan de vuestro parecer... con la diferencia de que como es mujer tiene menos meollo y mas terquedad..... que no podemos convenirnos y nos vemos muy de tarde en tarde. Yo he nacido en este campo de batalla. Desde chiquito comencé á fijar mi pensamiento en la verdadera historia de un campo de batalla. Sesenta años van pasados por mí y nunca jamás he visto al mundo cristiano, el cual encierra sepa Dios cuántas amantes madres é hijas bastante buenas como por ejemplo las mias, nunca jamás he visto, digo, á este mundo de otra suerte sino apasionado á los combates. Las mismas contradicciones militan en todo. Preciso es reir ó llorar en vista de estas contras y yo prefiero reir.

Bretaña que habia prestado la mas pro-

funda y melancólica atencion á cada orador, pareció de repente decidirse en pro de la opinion del doctor, si es que el gruñido sordo y lúgubre que se le escapó podia tomarse por una expresion de asenso y simpatía. No obstante, su rostro se mantuvo tan perfectamente indiferente, antes y después de la explosion, que por mas que dos ó tres convidados hubiesen tratado de saber de dónde provenia el ruido misterioso, nadie se recelló nada de Bretaña.

No así Clemency Newcome, la cual empujándole con el codo le preguntó muy quedito y con acento de reprension, de qué se reia.

—¡No es de vos! dijo Bretaña.

—¿Pues de quién?

—De la humanidad, respondió Bretaña.

—¡Vaya una gracia! Con el amo por un lado y sus abogados por el otro se vuelve cada dia mas imbécil, dijo Clemency aplicando á Bretaña un codazo como por via de estímulo. ¿Sabeis dónde estais? ¿Tratais de que os den la puerta de la calle?

—Yo no se nada, dijo Bretaña con ojos y semblante muertos. Nada pido, nada entiendo, nada creo, de nada necesito.

Esta manifestacion de su condicion debia de ser exagerada, como que era efecto de un arrebato de desaliento; con todo, Benjamin Bretaña, á veces nombrado Pequeño Bretaña, habia definido su verdadera situacion mas exactamente de lo que pudiera suponerse. A fuerza de oir repetir los numerosos argumentos que dirigia el doctor á diversas personas para probar que su propia existencia era, á todo tirar, un yerro ó un absurdo, el desdichado sirviente habia caido por grados en tal mare mágnum de sugestiones confusas y contradictorias, procedentes de lo interno y de lo externo, que se perdia en las honduras de sus propias burlas. El único punto que él comprendiese claramente era que el nuevo elemento introducido en las discusiones por parte de Snitchey y Cragga nunca servia para despejarlas mas y parecia dar siempre al doctor una especie de ventaja. Por tanto, él achacaba á los dos socios la culpa del estado de su cabeza y los miraba por lo mismo con soberano desprecio.

—Pero nosotros no tenemos que ver con eso, Alfredo, dijo el doctor. Hoy se acaba mi encomienda de tutor, y después de haberte empapado en la instruccion que la escuela inmediata podia dar de sí y en lo que tus estudios en Londres te han añadido, te separas de nosotros para entrar en el mundo. Ahora eres libre, y mucho antes que hayan corrido los tres años que segun el deseo de tu pobre padre vas á pasar en las escuelas de medicina extranjeras, nos habrás olvidado.

—Antes que os olvidara... Pero bien sabeis que no sucederá tal cosa; ¿para qué tratar de persuadiros lo contrario! dijo riéndose Alfredo.

—Yo no sé, replicó el doctor. ¿Qué te parece, Maruca?

Jugando con su taza, Maruca aparentó decir, pero no lo dijo, que le daba licencia de que la olvidara, si podia. Engracia apretó contra sus labios las mejillas encendidas de su hermana y pásose á sonreirse.

—Yo, así lo entiendo á lo menos, no he cumplido mal mi encomienda, prosiguió el doctor; pero como mis poderes terminan hoy mismo, aquí tienes á nuestros buenos amigos Snitchey y Craggs con un saco que han traido lleno de papeles, cuentas, para el traspaso de las sumas y otras chismes de esta especie, y vas á firmar y á cargar con todo eso.

—Para actuar en presencia de testigos, conforme lo prescribe la ley, dijo Snitchey empujando su plato y sacando del talego los papeles que su socio extendió sobre la

mesa, yo y Craggs como que habemos sido curadores, para la administracion del capital, necesitamos que vuestros dos sirvientes pongan su firma en las piezas... ¿Sabeis leer, mistress Newcome?

—Yo no soy casada, respondió Clemency.

—¡Ah! dispensadme. No me cojo de nuevo eso, dijo entre dientes Snitchey. ¿Sabeis leer?

—Algo, dijo Clemency.

—¿En el libro del matrimonio, eh? insinuó el abogado con tono jocoso.

—No, dijo Clemency; es muy difícil. No sé leer mas que en un dedal.

—¡Leer en un dedal! repitió Snitchey. ¿Qué es lo que estais hablando, criatura?

Clemency meneó la cabeza.

—Y en un rallo de nuez moscada, repuso.

—¡Esta mujer no está en sus cabales! dijo Snitchey mirando de hito en hito á Clemency.

En esto saltó Engracia y explicó que como estaban grabados en el dedal y el rallo unas sentencias, aquellos componian la biblioteca portátil de Clemency Newcome, mujer muy poco literata, fuera de eso.

—¡Ah! ahora yo doy en el busilis, dijo Snitchey riendo. Yo tenia á Clemency por una idiota. Y de veras, no hay cosa que mas lo parezca, agregó entre dientes. Ya decidme lo que leeis en vuestro dedal, mistress Newcome?

—No soy casada, señor mio, respondió Clemency.

—¡Pues Newcome, entonces! ¿Estais conforme? Ahora Newcome, ¿qué leeis en vuestro dedal?

Antes de responder á esta pregunta, Clemency abrió una bolsa, en cuya hondura metió la vista en busca del dedal que no estaba allí. Entonces registró en otra bolsa, de la cual sacó un pañuelo, un cabo de vela, una naranja magullada, un peinique[1], un estuche, unas tijeras, unas bolitas de algodon y un diluvio de otras cosas que pasaba sucesivamente á Bretaña. Por último, enseñó con cara muy satisfecha el rallo y el dedal.

—Ahora, criatura, dijo Snitchey, vamos viendo lo que dice el dedal.

—Dice, respondió Clemency leyendo despacito al rededor del dedal, dice: Olvidad y perdonad.

Snitchey y Craggs soltaron la carcajada.

—¡Oiga! dijo Snitchey.

—¡Qué máxima tan fácil! exclamó Cragga.

—¡Qué bien explica á la naturaleza humana! dijo Snitchey.

—¡Cómo se explica á los lances de la vida! añadió Cragga.

—¿Y el rallo? preguntó el jefe de la asociacion.

—El rallo dice, respondió Clemency: Haced á los demás lo que quisiéredes que á vos se os hiciera.

—Haced á los demás lo que "no" quisiéredes que á vos se os hiciera, quereis decir, dijo glosando la sentencia maese Snitchey.

—No entiendo, dijo Clemency meneando la cabeza, no soy abogado.

—Si esta fuera abogado, doctor, dijo Snitchey volviéndose á este último como para precaver las consecuencias á que podia dar márgen la réplica de Clemency; si fuera abogado, me temo que no dejaria de advertir que ese sentimiento es grato á los mas de los litigantes. Bajo este punto de vista sí son serios ellos. Pero á nosotros nos echan las pedradas. En nuestra profesion, nosotros casi no venimos á ser mas que unos espejos, bien visto todo, caballero Alfredo; pero en lo general nos consultan unas gentes díscolas y pendencieras

[1] Moneda esterlina ó inglesa (*penny*) que vale dos gramos de la nuestra. Doce peniques (*pence*), hacen un chelin (dos reales y veinte céntimos (*shillings*), una libra ó *pound* (cinco pesos).

que no se presentan con todas sus ventajas; y no deja de haber su imprudencia en que se enfaden con nosotros, pues que nosotros reflejamos aspectos feos... Entiendo explicarme por mí y por Craggs.

—Sin duda alguna, dijo este.

—Y ahora, repuso Snitchey examinando los papeles, si maese Bretaña se sirve darnos una gotita de tinta, sin pérdida de tiempo firmaremos estos papeles antes que nos coja desprevenidos el paso del faeton.

A juzgar por las apariencias, el faeton habrá tenido tiempo sobrado para pasar cien veces, pues maese Bretaña se mantenia embebido en sus reflexiones, preguntándose allá para sus adentros lo que debia pensar de los abogados, de los clientes, del doctor, del rallo y del dedal, todo junto y revuelto en una estupenda confusion.

Por fortuna, Clemency que era el buen genio de Bretaña, aunque la considerase este como una criatura completamente falta de inteligencia, Clemency, pronta siempre á ser útil, trajo un tintero y prestó á Bretaña el servicio de volverle en sí, metiéndole el codo entre las costillas.

Sentíase Bretaña en la mayor perplejidad al pensar que iba á poner su nombre al pié de unos papeles importantes en que se versaban considerables sumas. De suerte que el doctor se vió en el caso de obligarle, en cierta manera, á dar su firma, lo que no hizo, á pesar de todo, sino despues de haber terqueado por leer los diversos documentos, por mas que se quedase en ayunas de lo que querian decir. Por último, firmó; pero ya que se hubo llenado esta formalidad, se adigió como un hombre que acaba de hacer renuncia de sus derechos y sus bienes. Entonces el talego aquel azul tomó á sus ojos una importancia misteriosa que le preocupó vivamente. En cuanto á Clemency Newcome, soltóse á reir con todas sus ganas al considerar su entono y su pedantería, y luego, plantando sus dos codos en la mesa, púsose á pasear la vista, con admirada traza, por todo lo que presente tenia. Cuando le tocó, dió su firma y hubiera dado este mundo y el otro por ponerla en todos los papeles presentes y futuros, pues la vista del negro líquido produjo en ella el mismísimo efecto que produce la vista de la sangre en el tigre.

Por fin, el doctor se halló descargado de sus cuentas de tutela, y Alfredo se encontró en libertad de emprender el viaje de la vida.

—Bretaña, gritó el doctor, id á pararos en la puerta y espiad la llegada del faeton. ¡El tiempo vuela, Alfredo!

—Sí, señor, contestó el jóven con viveza. ¡Engracia de mi vida! una palabra... ¡Escuchadme! Vuestra hermana... tan jóven y tan hermosa, tan hechicera y tan admirada, cara á mi corazon sobre todas las cosas... ¡os la confio!

—¡Siempre la he mirado como un depósito sagrado, Alfredo! Ahora la querré mucho mas y creed que cumpliré fielmente mi promesa.

—Os creo, Engracia. Y ¿quién es el que no os creyera al contemplar vuestro rostro y al oir vuestra voz sincera? ¡Ah, excelente Engracia! ¡si yo tuviera vuestro corazon firme y recto, vuestro apacible ánimo, con qué valor me ausentaria hoy de esta casa!

—¡Es verdad! dijo ella con una serena sonrisa.

—Y con todo, Engracia.... hermana, debia yo mas bien decir.

—Decidme hermana, interrumpió Engracia; ese nombre me agrada mucho.

—Pues bien, hermana mia, dijo Alfredo, yo envidiaba vuestras virtudes, pero vale mas que estén en vos, pues vos nos servireis aquí á los dos; nos hareis mejores y mas felices. ¡Y con todo esas virtudes me serian bastante útiles para sostener mi valor!

—¡El faeton bajando la cuesta! gritó Bretaña.

—El tiempo vuela, Alfredo, dijo el doctor.

Maruca se mantenia aparte, clavados en el suelo los ojos; pero al oir el grito de Bretaña, Alfredo se allegó á ella y tiernamente la condujo á los brazos de su hermana.

—Estaba yo diciendo á Engracia, querida Maruca, que yo le confiaba mi valioso tesoro al partir. Cuando vuelva yo para volver á pediros mi amor, y que tengamos á nuestra vista la perspectiva brillante de nuestra union, uno de nuestros primeros gustos será el ocuparnos en la felicidad de Engracia, el anticiparnos á sus deseos, el demostrarle nuestro tierno agradecimiento y el pagarle la deuda que hemos contraido con ella y cuyos intereses van á aumentar bastante.

Tenia Maruca una mano en la mano de Alfredo, y puesta la otra sobre el hombro de su hermana. Sus ojos en que se encontraba una expresion que participaba á un tiempo de la ternura, de la admiracion, de la pena y del sobresalto, los tenia clavados en los ojos plácidos y alegres de su hermana.

Contemplaba ella las facciones de aquella su hermana como si aquellas facciones hubiesen sido las de algun ángel glorioso. Las miradas de Engracia abrazaban á la jóven pareja.

—Y cuando llegue el tiempo como debe llegar algun dia, prosiguió Alfedro... no sé cómo es que aun no ha llegado... pero Engracia lo sabe, ella que nunca se engaña.... cuando ella necesite de un corazon amigo para depositar todos sus secretos en él, y para hallar en él ese apoyo que nos ha prestado, Maruca, qué fieles no le seremos y qué júbilo no sentiremos cuando sepamos que ella, nuestra querida y buena hermana, ama y es amada tanto como lo deseamos!

Pero la jóven no cesaba de mirar á su hermana, sin volver los ojos á su novio.

—Y cuando haya pasado todo eso, prosiguió Alfredo, cuando seamos viejos, y hablemos de las cosas de antaño; cuando nos comuniquemos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestros recelos... cuando traigamos á la memoria la hora de nuestra separacion, preguntándonos cómo hemos tenido ánimo para pronunciar la palabra á dios...

—¡Ya cruza el faeton por el bosque! voceó Bretaña.

—Sí, estoy listo, respondió Alfredo.

Luego, quedito á la niña:

—Y cómo nos habremos vuelto á reunir, cuán felices habremos sido, á despecho de todas las cosas, haremos ese dia el mas hermoso del año, y le celebraremos como un triple cumpleaños... ¿Qué decís, Maruca de mi vida?

—Sí, apresuróse á decir la hermana mayor con una sonrisa celestial. ¡Sí, Alfredo!... Pero ya es tiempo de partir. Despedíos de Maruca..... ¡Y el cielo os acompañe!

Estrechó el jóven á Maruca contra su corazon; pasó esta de los brazos de su novio á los de su hermana, y tornó á clavar sus ojos en los ojos serenos, plácidos y alegres de Engracia.

—A dios, hijo, exclamó el doctor. Hablar de serias correspondencias, de afectos serios, de juramentos, etcétera, etcétera, en un caso como este.... ¡Ah! ¡ah!.... ya me entendeis... sería un desatino, confesemelo. Todo lo que puedo deciros es que si tú y Maruca se están en las mismas estrambóticas disposiciones de ánimo, no me negaré á uniros uno de estos dias.

—¡Por el puente! gritó Bretaña.

—¡Pues llegue norabuena! ¡acabe de

llegar! dijo Alfredo agarrándole al doctor la mano y apretándosela con fuerza. ¡Acordaos de cuando en cuando de mí, amigo mio, tutor mio, lo mas seriamente que sea dable! ¡Á dios, caballero Snitchey! ¡á dios, caballero Craggs!

—¡En la bajada del camino! vociferó Bretaña.

—Clemency Newcome, un abrazo en memoria de nuestro antiguo conocimiento. . . . venga esa mano, Bretaña. . . . Maruca, alma mia, ¡á dios! Hermana Engracia, ¡acordaos!

Engracia encomendó su respuesta á una expresiva y clara mirada que arrojó al jóven; pero Maruca se mantuvo impasible.

A la puerta estaba el faeton. Cargóse en dos viajes el equipaje.

Partió el coche. Maruca no salió de su inmovilidad.

—Está revoloteando el sombrero para darte su postrera despedida, amor mio, dijo Engracia. El esposo de tu eleccion, vida mia. ¡Mira!

Levantó la jóven la cabeza y la volvió un rato. Luego, mirando sin pestañear á su hermana, y encontrándose con su mirar apacible y sereno, echóse á su cuello sollozando.

—¡Oh, Engracia! ¡Dios te bendiga! No puedo llevar mis ojos por allá. ¡La vista esa me clava el alma!

CHARADA.

A LA SEÑORITA DOÑA JESUS ALEMAN DE VALENZUELA.

Si de esta charada el nombre
Quisieres adivinar,
En el vestido de un hombre
Fácilmente le has de hallar.
Solo tres sílabas tiene,
Y la primera te da
"Una letra poco usada,
De nuestro A B C vulgar."
La segunda solamente,
Es un signo musical,
Y con la tercera unida,
Vienen estas á formar.
Un sacrificio (ó su nombre),
Y es sacrificio que el hombre
Al templo va á celebrar.
Primera y última son
De las que puedes sacar,
Nombre de la habitacion
Que tiene comodidad.
Otras cosas sacaria
Del nombre de mi charada,
Pero haceria mas cansada
A imprudencia pasaria.

FRANCISCO F. MARTINEZ.

La solucion en el próximo número.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Ropa.—Paja.—Roja.—Pájaro.

EL VISITAR.

Las sensaciones de júbilo que se manifiestan en nosotros cuando nos acercamos á la morada de una persona que amamos, son como el albor matutino antes de la salida del sol.

LA HERMOSURA.

Don del cielo es la hermosura en la mujer; pero si no concierta con el rostro el alma, este mismo don del cielo puede no ser sino una maldicion.

AJEDREZ.

II.

METODO PARA APRENDER SIN AUXILIO AJENO LA MARCHA DE LAS PIEZAS.

ARTICULO I.—El Tablero.

El TABLERO es una superficie plana que representa un cuadro dividido en sesenta y cuatro casas (ó casillas), alternativamente blancas y negras, ó treinta y dos casas blancas y treinta y dos casas negras. Colócase el TABLERO en términos que una casa blanca formando ángulo quede siempre á la derecha del jugador.

NUMERACION DEL TABLERO SEGUN LA NOTACION DE M. KIESERITZKY.

80	81	82	83	84	85	86	87	88
70	71	72	73	74	75	76	77	78
60	61	62	63	64	65	66	67	68
50	51	52	53	54	55	56	57	58
40	41	42	43	44	45	46	47	48
30	31	32	33	34	35	36	37	38
20	21	22	23	24	25	26	27	28
10	11	12	13	14	15	16	17	18
	1	2	3	4	5	6	7	8

ARTICULO II.

NOMENCLATURA DE LAS PIEZAS Ó TREBEJOS.

Dos DAMAS ó REINAS; una blanca y otra negra.

Dos REYES; uno blanco y uno negro.

Cuatro TORRES, CASTILLOS ó ROQUES; dos blancas y dos negras.

Cuatro CABALLOS; dos blancos y dos negros.

Cuatro ALFILES; dos blancos y dos negros.

Diez y seis PEONES; ocho blancos y ocho negros.

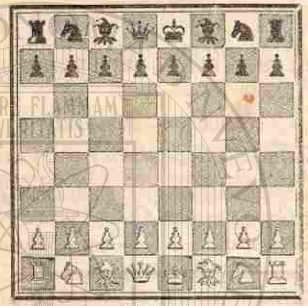
Las piezas blancas se colocan siempre en la parte inferior del juego de la manera que está figurado en el artículo siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTICULO III.

POSICION DE LAS PIEZAS EN EL TABLERO Y SU MARCHA.

NEGRAS.



BLANCAS.

Los ocho peones tienen el mismo valor y toman el nombre de la pieza delante de le cual se hallan situados.

De suerte que el peon que se halla delante del rey se llama PEON DEL REY. El que está delante de la reina, PEON DE LA REINA. El de delante del alfil del rey[1], PEON DEL ALFIL DEL REY. El de delante del caballo del mismo lado del rey, PEON DEL CABALLO DEL REY. Por último, el de delante de la torre inmediata (roque ó castillo), PEON DE LA TORRE (roque ó castillo) DEL REY.

Las mismas denominaciones se aplican á los peones que quedan situados delante de las mismas piezas correspondientes de la reina ó dama, llamándose PEON DEL ALFIL DE LA REINA al de delante del alfil de la reina, PEON DEL CABALLO DE LA REINA al de delante del caballo de la reina, y PEON DE LA TORRE (castillo ó roque) DE LA REINA al de delante de la torre (castillo ó roque) de la reina.

1. Llámase ALFIL DEL REY el que está del lado del rey, y asimismo, CABALLO y TORRE DEL REY el caballo y la torre que están del lado del rey.

CULPA EN AMBAS PARTES.

En las mas de las pendencias hay culpa en entrambas partes. Una pendencia puede compararse con una chispa, la cual no puede producirse sin una piedra y un eslabon. Una ú otra pueden norabuena estar golpeando toda la vida un pedazo de madera, que no saldrá lumbre.

A LAS HERMOSAS.

¿Sois hermosa?

Pues vivid en armonía con la peregrina forma que os dió el cielo, y que la hermosura de vuestra persona os enseñe á hermosear vuestro espíritu con la santidad, que es el ornato de los amados del Señor.

c

CUARTA EXHIBICION PÚBLICA

DE OBRAS DE BELLAS ARTES EN LA ACADEMIA NACIONAL DE SAN CARLOS.

III.

Estaban al caer las tres, hora en que la *exposicion* se cierra á los profanos, y nosotros como tales debiamos ir tomando el camino de nuestra casa ó de la calle por lo menos.

Así lo consideramos mi compadre y yo, y como lo consideramos lo hicimos.

Ya que estuvimos en la calle, fuera del influjo inmediato de las obras *expuestas*, tomó mi compadre la palabra y soltóse diciendo:

—La exhibicion, en lo tocante á la escultura, es hoy mas reducida que el año pasado. Con verdad pudiera decirse que los adelantos, si es que los hay, de los discípulos en esa clase, son muy cortos. En cuanto á la clase de dibujo, comprendiendo los principios elementales, los de la clase del yeso y las anatomías, se encuentran en un atraso que cási podria llamarse vergonzoso. Es muy sensible que los señores directores, sugetos muy estimables por todos cuatro costados, hayan descuidado, como quien dice, la clase de dibujo, pues no solamente parecemal que se vean las paredes llenas de.... de.... no sé qué nombres darles, sino que de mas á mas cási da ese lugar á creer que ellos no tienen el mejor concepto del público ante el cual exhiben esas cosas. ¿No parece muy natural pensar que en una academia debe ponerse un esmero, un empeño muy particular en enseñar con toda propiedad los elementos del dibujo y de la escultura, como que constituyen la basa ó fundamento de las nobles artes? En la exhibicion de pinturas de fuera de la Academia se nota mucha escasez de cuadros: ¡y cási todos son obras de extranjeros, y por supuesto, no ejecutados en el país!.... Las obras de los discípulos de la clase de pintura son inferiores con mucho á las del año pasado. Es lástima que los ocupen tanto en tanto pintar, haciendo copias y cuadros de invencion, sin saber á derechas dibujar. Entre ellos hay varios que tienen excelentes disposiciones, pero infatuados hasta creerse ya unos maestros. Ahí el discípulo que ya pinta, no sabe dibujar una estatua, y mucho menos del natural, como lo pregona lo que se ha presentado en los años anteriores: en cuanto á anatomía y perspectiva, tampoco están aventajados, á causa de que,.... yo no sé. Ni son de los discípulos los cuadros de invencion que hemos visto, que mucho han de tener del maestro: sin embargo, ¿quién ha dicho que un maestro de pintura ha de enseñar la composicion? podrá enseñar, sí, las reglas científicas del arte, pero nunca podrá infundir en el talento del discípulo cómo se ha de pintar, verbi gracia, á Dios, porque esto es exclusivo del ingenio, peculiar al talento del pintor. Un cuadro de invencion es una idea nueva, una produccion original; y ¿cómo se puede comprender que una produccion original se haga entre dos? El maestro y el discípulo humanamente no pueden pensar de un mismo modo; luego si un cuadro de inven-

cion se ejecuta bajo la direccion de otro, el tal cuadro será propiamente del que dirige, así en la concepcion de la idea como en la de las líneas, del colorido, efecto, etc., sin caberle en él al pobre discípulo mas que la ejecucion, con ayuda del maestro, viniendo á ser el pensamiento que ha ejecutado un plagio del maestro ó bien una mezcla de ideas, si acaso el maestro ha dejado algo del discípulo al corregirlo.... Con todas estas razones ¿podrá decirse con propiedad que los cuadros de los discípulos del señor don Pelegrin son originales?.... Pues bien, sean de los discípulos ó del maestro, las tales composiciones originales no están buenas....

Aquí concluyen estos apuntes, los cuales se han encontrado entre los papeles de una persona á quien cogió repentinamente la muerte. Insértanse en este lugar, así por imitacion de lo que cierto ilustre literato ha hecho utilizándose de los escritos póstumos de otro cierto literato, como para completar la coleccion de ensayos curiosos sobre la "enseña española" anual," pues hay razones bastantes para creer que sin estos apuntes no sería posible descubrir bien la habilidad, el acierto y la pulcritud con que está trabajado un cuadernito universal que sobre el particular corre impreso.

A UN CELAJE.

Vuela, precioso celaje,
De plata orlado y de nácar,
Abandona el horizonte
Que despejas la mañana.
Eres precursor divino,
Cuando brilla la alborada,
Del encanto de los campos
Que incienso elevan al alba.
Al verte, á mi alma viene
El recuerdo de mi infancia,
Y siente el pecho consuelo,
Y siente descanso el alma.
En la noche silenciosa,
Mientras que la luna pasa,
Entre su corte de estrellas,
Allá en la cerúlea estancia,
Veloz te he visto pasando
Como cortina de gasa,
Enfrente á la Virgen, reina
De la noche solitaria.
Cuando á orillas de algun rio
Que suave murmuraba,
Estaba yo contemplando
Triste, la miseria humana,
Me parecias el ángel
Que al hombre dormido guarda;
El ángel que mira al hombre
Lleno siempre de esperanza.
Y allí en el campo risueño,
Donde la paz encontraba,
Al verte gocé la dicha,
Al verte gocé la calma.
Porque el llanto que vertia
Sobre el césped y la grama
Era un bálsamo divino
Que daba alivio á mi alma.
Y en hermosos pensamientos
La noche pura pasaba,
En tanto que recorrias
Esas mansiones sagradas.
Hasta que cruzando el monte
Erguido, que se levanta,
Divisaba con encanto
Un horizonte de gualda.
Y era tu celaje hermoso
Lo primero que miraba,
Tú que mirasto mi gloria,
Tú que miras mi desgracia.
¡Oh si como tú pudiera
De este mundo en breves alas,
Volar para esas regiones
Do siempre habita la calma!
Y en ese espacio brillante,
Con amor me remontara,
Y oyera en medio del dia,
En los vapores del agua,
El himno que eleva el hombre
Cuando llora su desgracia:
Y feliz gozara siempre
La paz que anhela mi alma. —*F. M.*

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA OBESIDAD Y LA FLAQUEZA.

UN ARTICULO DE ESTAMPA.

LA OBESIDAD Y LA FLACURA.

Graves y de gran tamaño son los inconvenientes, digo poco, los males de la gordura. En ciertos lances muy privados de la vida doméstica Dios tan solo sabe cómo se compondrán doña Obesinda y don Gordonio que á duras penas pueden darse el brazo en las presentaciones públicas. Un gordo no puede montar á caballo sin sofocarse ó sin que su pobre caballería se rinda bajo el peso descomunal que sobre su lomo carga; no hay silla que no flaquee y se haga añicos con el inmediato contacto de un cuerpo obeso; imposible de disfrutar la delicia de las "suaves presiones," de los cordiales abrazos cuando el bulto de la barriga excede á la extension de los brazos; y ¿qué hacer en el aprieto de que caiga uno sea boca arriba ó boca abajo? y ¿qué partido tomar para dar alcance á una chica de cabello talle que se ríe de uno con la impunidad que le procura su flaqueza de ella y el grosor de uno? Ahora, entre los animales, ¡vaya usted á fiar la seguridad de su casa, la custodia de sus intereses á un perro obeso! ¡No, es una verdadera maldicion el ser gordo!

Así hablaba don Magruncio á doña Flaquera, dama de sus pensamientos, blanco de sus tiros, estrella de su vida.

Y él tenia sobrada razon en hablar así, primero porque tenia la honra de ser un individuo eminentemente sútil, y segundo porque su novia era hiperbólicamente magra. De suerte que de un tiro elogiaba su constitucion y ensalzaba la de la doña.

Decia bien don Magruncio, y aunque no faltaria que decir en desdoro de los flacos, no trataremos aquí la cuestion bajo el aspecto físico y material de lo abultado de la carne, ni de lo abundante de los huesos: muy otro y muy mas filosófico es nuestro objeto.

Flaquezas morales hay de todos géneros y condiciones.

Flaqueza es en un filosofastro que conocemos el despreciar todo lo que no es de él.

Flaqueza es en la generalidad de los hijos de Adan el dejarse llevar de todo lo que brilla, aunque no sea oro, de todo lo que parece, aunque no sea; flaqueza, ¡pero qué grata! el amar á las mujeres, flaqueza el. . .

Pero y ¿dónde dejamos las gorduras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nosotros llamamos gorduras al exceso de presuncion, en medio del defecto de mérito; al exceso de vanidad, en medio del defecto de dotes; al exceso de pretension, en medio del defecto de probidad.

Y si quisiéramos aducir ejemplos, amontonar pruebas no nos escasearian; pero seria necesario, indispensable, particularizar en términos, que al querer ó no, vendria este artículo á ser una diatriba.

¡Líbrenos el cielo de semejante tentacion!

. . . . . .

X.

VIAJEROS.

El mentir es el privilegio de los viajeros. Desconfiad de lo que os cuentan y temed que os chasqueen.

Uno que decia haber recorrido las cuatro partes del mundo contaba que entre las curiosidades que habia encontrado habia una de que no hablaba ningun autor.

—Esta maravilla, decia, era una col tan grande, tan alta, que debajo de cada una de sus hojas cabian cincuenta hombres de caballería armados y todo, podian formar en batalla y hacer el ejercicio militar sin estorbarse.

Otro que le escuchaba no se entretuvo en rechazar esta bola, sino que dijo con mucha frescura, que habiendo tambien andado tierras habia visto una vez en el Japon mas de trescientos operarios ocupados en fabricar una caldera y ciento cincuenta hombres afanados en bruñirla.

—Pero ¿en qué podia emplearse tan enorme caldera? dijo el viajante.

—Seguramente era, contestó el otro al punto, para cocer la col esa que usted dice.

CRIATURAS MOLESTAS.

Las que llegan demasiado temprano, antes que estén encendidas las velas, ó antes que las señoras de la casa hayan acabado de emperejilarse; las que llegan demasiado tarde, cuando ya pasó la cena ó cuando han cenado en otra parte (y lo dan á entender) ó cuando no han sido convidadas (y el amo de casa lo da á conocer); las que concurren solamente por lucir su pecho y se encuentran con que no hay piano ni acompañante, ó por lucir su habilidad en el baile y se encuentran con que no hay baile, ó por cenar y se encuentran con que no hay mas que dulces y vino, ó á coquetear y no hallan quien las conozca ó á quien conozcan; las que se empeñan en hacer mortales disertaciones en la mesa; las que bailan mal, las que bailan admirablemente, las solteras pasadas que regañan á las muchachas, los solteros pasados que toman polvos, y las solícitas mamás que intrigan para conquistar maridos á sus hijas.

AJEDREZ.

II.

(CONTINUA.)

ARTICULO IV.

DE LA MARCHA DE LAS PIEZAS.

Colocadas las piezas como acaba de verse en el artículo precedente, el partido puede comenzarse por cualquiera de ambas partes. Juégase pues la mano, para determinar cuál ha de jugar primero, por medio de un peon negro y otro blanco que uno de los dos jugadores ha de tener en cada mano, y cuyo color ha de adivinar el otro: el color que salga designado es mano.

Los dos campos tienen las mismas maneras de comenzar. En las ocho piezas que ocupan la primera línea solamente los caballos son los que por su marcha, que adelante se explicará, pueden empeñar el partido: las otras seis no pueden obrar desde luego. Como de ordinario no se comienza por estas piezas, se pasa á exponer por donde empiezan generalmente los jugadores.

1º EL PEON, SU MARCHA.

Este[1], mientras se halla en la segunda línea del tablero, es decir en su lugar, avanza derecho delante de sí. Cuando parte de esta línea tiene la facultad de dar dos pasos hácia adelante, es decir avanzar dos casas, pero una vez que se ha alejado de su primer lugar no puede ya caminar mas que una sola á un tiempo: sin embargo, si un PEON contrario se encuentra ya arrojado en la quinta casa y á pesar de esto se quieren avanzar dos casas, es decir hacerle que dé dos pasos, entonces el PEON de la quinta casa puede comer al PEON que se ha avanzado así (lo que se llama "comer de paso"), y el PEON que come ocupa la sexta casa, ó la tercera del PEON que ha dado dos pasos, de la misma suerte que si no hubiera dado mas que uno. Este lance no se presenta sino en el curso del juego. Volvámos á su marcha natural. Como segadamente, de frente, á derecha ó á izquierda, indistintamente, al PEON ó la pieza que viene á situarse en una de las dos casas que su marcha ó su posicion defiende; y pónese en el lugar del PEON ó del trebejo que se ha comido. Nunca puede retroceder ni para jugar derecho ni para comer. Si por su juego llega á la octava casa ó primera línea horizontal del tablero de la parte contraria, se hace ó vuelve dama (ó reina) ó cualquiera otra pieza, menos rey, que plazca al jugador que lo hace mover, y de allí hasta la conclusion del juego, goza de las prerogativas propias de la pieza que se ha elegido.

2º DE LA MARCHA DEL ALFIL.

El ALFIL[1] avanza oblicuamente, y puede pararse en cada casa de las diagonales

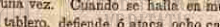
1 *Pion* en francés, *pawn* (*pon*) en inglés.

1 *Pion* (fig. LOCO) en francés, *bishop* (*obispo*) en inglés: los ingleses le representan con la figura de una mitra.—*T.*

de la línea que ocupa,[1] cuando ninguna pieza ó peon, sea de los suyos ó de los contrarios, se lo estorba.

3º DE LA MARCHA DEL CABALLO.

El CABALLO[2] es la única pieza del juego que puede pasar por encima de otras piezas: va de la casa blanca á la negra y de la negra á la blanca dando dos pasos de una vez. Cuando se halla en medio del tablero, defiende ó ataca ocho casas, las cuales forman un octógono[3] perfecto: tambien esta pieza es la única de que no puede quitarse uno el jaque sino jugando el rey, si no puede uno comerla.



4º DE LA MARCHA DE LA TORRE.

La marcha de la TORRE[4] es recta ó cuadrada en toda la longitud de su línea, sea perpendicular ú horizontal. Esta pieza, después de la reina, es la mas poderosa de las ocho; pues en cualquiera parte del tablero que se halle, defiende (cuando está sola con el rey) catorce casas á un tiempo.

5º DE LA MARCHA DE LA REINA Ó DAMA.

La REINA[5] reune la marcha de la torre y la del alfil. Muévese en todos sentidos (sin embargo, no puede imitar la marcha del caballo), en línea recta y sesgamente; avanza y retrocede, y salva toda la longitud de las líneas cuando nada se lo estorba.

1 En los dos juegos hay dos ALFILES como se ve en el tablero (art. III) y están situados, el uno en casa blanca, y el otro en casa negra. Esta posicion de color deben conservarla en todo el juego, sin poder cambiar nunca, de suerte que los de la casa blanca no pueden entrar en casa negra, ni los de esta negra en casa blanca, porque dejarian de caminar oblicuamente.

2 *Chevalier* (caballero) en francés, *knight (náit)* en inglés.

3 Lo que tiene ocho ángulos y ocho lados.

4 *Tour (tur,* torre) en francés, *castle (catl)* en inglés.

5 *Reine* en francés, *queen (cuin)* en inglés.

Esta pieza es la mas importante del juego.

6º DE LA MARCHA DEL REY.

La marcha del REY[1] es semejante á la de la reina, en línea recta, sesgamente, avanza, retrocede, pero con esta condicion precisísima, que nunca puede dar mas de un paso.

Puede comer todo trebejo que se avanza á una de sus casas, con tal, sin embargo, que no se ponga en jaque después de haber comido. Para el REY, como para cualquiera otra pieza del juego, es una regla invariable que se ponga, después de haber comido, en el lugar de la pieza que ha comido. Otra regla tambien invariable: no hay fuerza de comer sino en el caso en que está mate el REY. Hay un caso en que el REY da dos pasos en el juego: es cuando enroca. Llámase ENROCAR el traer á una de las torres (ó roques), sea la del REY, ó la de la reina junto al REY. Con la misma jugada, este salta por encima de la torre y va á situarse en la casa opuesta, de suerte tal que si enrocais con su torre, es decir con la que está de su lado, él ocupa, después, la casa de su caballo; si es del lado de la reina, ocupa la casa del alfil de este.

Hay varios casos en que el REY no puede enrocar.

1º Cuando las casas entre el REY y la torre con la cual quiere enrocar no están libres;

2º Cuando ya ha jugado;

3º Cuando ha jugado la torre con que quiere enrocar;

4º Cuando está en jaque;

5º Cuando pasa bajo el jaque, es decir por una casa en que cualquiera pieza contraria le jaquearia;

6º Y cuando después de haber enrocado se hallaria en jaque.

1 *Roi (rud)* en francés, *king (quin)* en inglés.

ROSA CLIFTON.

Nunca he visto criatura que mas haya merecido el epíteto de amable que Rosa Clifton[1]. Era su labio de la mas viva escarlata, su mejilla del mas encendido rosado, sus ojos de ese azul violáceo que tan raramente se encuentra fuera de los niños, y su cutis tan trasparente que las azules venas de sus sienes parecian competir en color con sus ojos. Su cabello se rizaba de suyo y ningun símil poético pudo jamás sobrepujar la verdad de su brillantez. No tenia quien la dirigiese, era entusiasta y sensible; sabia de libros y de mundo demasiado poco para ser lo que se llama entendida, pero tenia en sí todas las disposiciones para llegar á serlo, con esa viva percepcion que da siempre la fantasía y la energía que es la basa de toda excelencia.

Sir Enrique Clifton, su padre, era un hombre severo, y decíase de él que una esposa jóven y bella habia templado la aspereza y frialdad de su genio. Deseo de viajar, no el amor á las bellas artes, le condujo á Roma. No le llamaba la atencion allí la música ni los admirables lienzos, el trato de gentes no era cosa que le gustara. Pero su hija gozó por él y por sí: todo lo que allí heria sus sentidos la deleitaba. La poesía de su naturaleza fué excitada por la poética atmósfera de Roma. Era su organizacion de esas en que la música obra prodigios; y yo cuando la ví en el baile del embajador de España bailando con el jóven conde Arezzi, me persuadí de que la preciosa inglesita comunicaba á todo cuanto la circuia esa grata novedad que despide el corazon sobre las vulgaridades de la vida una vez y no mas.

Una ó dos noches después, como yo era su vecino, oí las cuerdas de una guitarra acompañando una cancion de Metastasio, luego percibí el ruido de una ventana que se abria, y á muy poco vinieron de improviso unas estanzas en loor de una guirnalda de flores que entendí habia sido arrojada á la calle. Ahora bien: una guitarra, una capa, el fulgor de la luna y un guapo galan, era mas de lo suficiente para conquistar una naturaleza femenil. Para Rosa que estaba acostumbrada al retiro de una vida en el campo, el efecto de Roma fué como la entrada en una tierra de hadas y encantamientos. Fascináronsele los sentidos y los ojos á un tiempo, contemplóse viviendo en un paraíso. Son compañeros inseparables juventud y amor, y como jóven que era, Rosa no pudo excusarse de dar cabida al amor. Pero su naturaleza era una de esas que el amor hiere muy hondamente; su amor era con toda verdad,

> El culto que del alma al cielo vuela
> Y los cielos propicios no desechan.

Pues amor tal es la emanacion de todo lo que hay mas excelso y acendrado en nuestra naturaleza. Su afecto de ella vino á ser su destino y prendóse del jóven italiano con el ardor y la abnegacion de un amor medio fantástico. En mi vida he visto pareja mas hermosa, una repre-

1 *Clifton.*

sentacion mas perfecta del Setentrion y del Mediodía; ella, blanca como la rosa mas delicada, y él de un rico color de oliva que tanto realza las majestuosas facciones romanas.

Al punto que sir Enrique tuvo noticia de la aficion recíproca de los dos jóvenes, impidió todo trato entre ellos y recluyó en su aposento á su hija. Hizo mal, como todo el que provoca la resistencia pasiva de una mujer. La villanía y la violencia con que la trataban tan solo sirvió para apasionarla mas é inducirla á buscar amparo en el corazon que tan sinceramente creia suyo. La bondad quizá la habria llevado á las plantas de su padre, desosa de renunciar sus esperanzas mas gratas por el amor de él, en lugar que su inclemente ira la hicieron temblar por su triste porvenir. Tambien habia otro motivo que fortificaba su resolucion; ella habia abrazado secretamente la fe católica, y estaba, como todo catecúmeno, llena de entusiasmo con su creencia. Cierto es que el amor habia obrado en su conversion; pero Rosa no lo advertia.

Una noche de luna vióse una pareja muy embozada deslizarse por la *piazza*. El murmurio suave y melancólico de la fuente era el único sonido que se percibia, y la luna alumbraba el magnífico vuelo de la escalera que conducia al convento de la *Trinita di Monti*: las majestuosas cúpulas brillaban como la plata en medio de la amorosa noche, y Rosa subió las anchas gradas con el donaire de la esperanza, pues que la conducian á un lugar de amparo y allí la llevaba su amante. Poco á poco conforme subia, iba extinguiéndose el murmurio de la fuente; pero levantóse por el aire un murmurio muy mas grato, el cual se interrumpió con el agudo sonido de la campana que anunció la llegada de ambos, y que retumbó en el corazon de Rosa como la campana de difuntos. Aguardábanla en el convento. Al punto fué presentada á la abadesa, mujer alta y de respetable aspecto, cuya melancólica frente y descarnadas mejillas, extenuadas prematuramente, anunciaban que el dolor y los quebrantos se habian albergado en su ánimo antes que el sosiego del claustro.

No fué sino con sentimientos extraños como Rosa se dejó caer en la cama que se le tenia designada. Era pequeño y alto el aposento, al parecer dividido de otro de mayor tamaño, pues la altura era completamente desproporcionada, y estaban cubiertas las paredes de enormes pinturas al fresco, conteniendo pasajes de la Escritura; terminando estos repentinamente con un artesonado oscuro, que se angostaba por un lado. La pieza era notablemente triste de suyo, lo cual no contribuia poco á aumentarlo las pinturas, pues representaban la degollacion de los inocentes; y llamó la atencion de Rosa la figura de una mujer postrada al lado de los cuerpos de dos niños, abrazados uno de otro y atravesados con la misma estocada. Habia tal expresion de despecho en los hermosos enjutos ojos de la mujer, tal horrenda estupidez en su áspero rostro, como si no cupiese en su ánima sino el horror, que el pensamiento de lo fuerte que debe de ser el afecto parental se apoderó de Rosa quien comenzó al punto á reprocharse el haber abandonado á su padre, viniendo luego á combatir su dolor el terror de la ira de aquel y la ternura para con su amante.

Sir Enrique estuvo á punto de perder el juicio de rabia cuando tuvo noticia de la fuga de su hija: desafió al conde, quien se negó á entrar en campo con el padre de su futura esposa; luego dirigió todas sus diligencias al recobro de Rosa, para lo cual se amenazó al papa hasta con la violencia, pero sin provecho; pues díjose

que miss Clifton era mayor de edad y que la iglesia no podia negar su proteccion á quien iba á hacerse una oveja de su rebaño.

Al recibir esta noticia sir Enrique se preparó para marcharse de Roma, pero en la mañana de su marcha, mandó llamar al conde Arezzi. Este obedeció al llamado, contemplando que fuese con el fin de preparar una reconciliacion. A su llegada encontró á sir Enrique pálido de rabia y paseándose por el salon, á cuya puerta estaba el carruaje de viaje.

No dejó de asombrarse el conde al advertir este indicio de una próxima partida, pero entró no obstante, y recibióle su pretenso suegro con un atento saludo.

—Mil perdones tengo que pedir á usted, dijo el baronet, por la molestia que le he causado, pero estoy en la precision de mandar con usted un recado á miss Clifton.

El conde contestó que le serviria de mucho gusto encomendarse del recado.

—Norabuena. Pues, señor mio, sírvase usted poner en conocimiento de miss Clifton que tiene derecho á cien libras[1] anuales que le ha dejado su tio, las cuales le serán pagadas con toda puntualidad en la casa del banquero Torloni; fuera de eso, no tiene que contar con un chelin de mi parte. Hoy parto de Roma, y no he de volver á verla nunca... nunca he de permitir que vuelva á proferirse en mi presencia su nombre. Mi caudal ha de heredarle mi sobrino.... y jamás ni nunca le he de dejar otra cosa mas que mi maldicion.

Así diciendo, Sir Enrique saludó al italiano y se metió en su coche.

—¡Santa María! exclamó el conde en italiano y asiendo del brazo al criado, ¡es imposible que haga lo que dice!

—Si usted conociera como yo á sir Enrique, contestó el criado, no lo dudaria un momento.

Y voló á alcanzar á su amo.

Quedóse el conde estupefacto.

—¡Cien libras anuales! dijo entre dientes; mas valen mis bigotes.

Fuése á su casa, fumóse dos tabacos, y encaminándose al convento *della Trinita*, pidió ver á la abadesa.

—Señora, díjole luego que la majestuosa superiora se hubo acomodado en su poltrona, hay cosas desagradables que se arreglan mejor por interpósita persona. ¿No quisiera usted informar á miss Clifton que he visto esta mañana á sir Enrique, el cual ya se marchó de Roma, y que me ha encomendado avisarle que las cien libras que le tocan de herencia se las pagarán con toda puntualidad en la casa de Torloni; pero que lo que es de él no tiene que esperar nunca ni un chelin, y que no le dejará mas que su maldicion? A tanto, prosiguió el conde con semblante melodramático, no quiero exponerla; me sacrifico, y mañana mismo parto de Roma. ¿Gusta usted decirle esto y ahorrarnos así la horrible congoja de una despedida?

—Permítame usted que no me encargue yo de semejante encomienda, replicó la superiora, clavando en él sus oscuros y penetrantes ojos, bajo cuyo desprecio quedóse un momento helado el conde; usted mismo dirá á la *signora* inglesa lo que guste.

Dicho esto, tocó la campanilla de plata que se hallaba sobre la mesa que á su lado tenia. Al punto acudió una novicia y mandó la abadesa que miss Clifton bajase al locutorio. Cubrióse la superiora el rostro, púsose á rezar el rosario y dejó al conde que al pié de la ventana arreglase su próxima conversacion de la manera que quisiese.

Oyóse á poco un paso ligero y presentóse Rosa Clifton, muy mas bella con el

[1] Quinientos pesos.

sencillo traje conventual de lo que jamás lo habia estado con todos los atavíos del mundo, pues no es para dicho cuan bien le estaban á su cuerpo de niña los pliegues de la túnica recogidos en la cintura. Apenas podia discernirse del puro albor de su tez el puro albor de su velo; la sencilla trenza de oro que rodeaba ambos la, dos de su frente acusaba lo rico del cabello que oculto estaba, y lo fino de las facciones daba á su rostro el viso de la inocencia infantil. Tiñéronse sus mejillas de un encendido sonrojo cuando puso la planta en el locutorio y no osó tender su preciosa manecita á su amante.

—Angel mio, díjole el conde hincando en tierra una rodilla, he visto esta mañana á tu padre.

Rosa se puso pálida como un cadáver.

—No temas, prosiguió el conde, todo lo renuncio, hasta tu propio amor, por no hacerte desdichada. Tu padre ha amenazado nuestro enlace con su maldicion.... Pero yo estoy determinado á apartar de tí su maldicion, Rosa,.... renuncio todos mis derechos á tí, esta noche me ausento de Roma.

Quedóse Rosa sin color y sin habla.

Una mujer á quien renuncia su propio amante, y como por su propio bien de ella aunque sin consultarla, no puede menos de verse en la situacion mas penada. ¿Qué camino toma! Cogerle la palabra.. fácil es decirlo, pero ¡cuán difícil ponerlo en ejecucion, cuando todo está vinculado en el amor!

Vió la superiora lo apurado del lance en que se hallaba Rosa, y dirigiendo la palabra al conde:

—Ha olvido usted decir, conde, díjole, que en lo sucesivo miss Clifton no ha de contar con mas caudal que las cien libras que hereda de su tio.

De nuevo se tiñeron de encarnado las mejillas y los labios de Rosa; probó en vano á encontrar con sus ojos los ojos del conde, pues este excusó su mirada. Con ese vivo instinto de la mujer en lo que se interesan los afectos, caló sus motivos de él y con un decoro que apenas era creible en su infantil aspecto, volvióse serena á la abadesa y dijo:

—¿Me permite usted que nos deje solas el conde? Considero ocioso el alargar nuestra postrera entrevista.

Acercóse el conde y comenzó á tartajear algunos precipitados vocablos de buenos deseos, cariño, sacrificio de su propia felicidad, etcétera; mas ella cortándole la palabra,

—No tengo mas que una gracia que pedir á usted, y es que me deje usted en paz para siempre y desde luego.

Arezzi, contentísimo de verse libre del aprieto, y á tan poca costa, cuando se habia temido súplicas, llantos y quejas, obedeció al punto. Cerróse la puerta tras él y Rosa cayó sin sentido en tierra. No pidió auxilio la abadesa, pues demasiado la lastimaba la angustia del lance para dar lugar á que le presenciaran extraños. Suspendió en sus brazos á la tierna víctima, bañó con espíritus su rostro, y cuando Rosa vovió en sí viése con la cabeza reclinada en el hombro de la superiora quien la contemplaba con la ternura de una madre.

—Estas son, hija mia, las probaciones que nos hacen volver el alma al cielo. La Vírgen santísima te guarde.

Estas fueron sus únicas palabras y Rosa se retiró á su celda.

Fortuna fué para ella que su salud resintiese tanto dolor, pues no pocas veces salva el cuerpo al alma. Al dia siguiente hallóse demasiado débil para levantarse de la cama, y estuvo con fiebre durante muchas semanas. De todas las cosas, la que menos puede medirse por el espacio es el tiempo. Años ó el efecto de años pasaron por el ánimo de Rosa antes de levantarse de su lecho de dolor, y en él se consumieron las rosas de sus mejillas, el brillo de sus ojos, la ligereza de su paso.... para siempre perdió su alegre risa, ni ya la animaron la juventud y la esperanza. Alguien ha dicho con harta verdad:

> No del galan la perfidia
> Es lo que al alma atormenta:
> Son las memorias de amores,
> Y lo caro que nos cuestan.

Esto sucedia con Rosa. Despreciaba ella demasiado al conde para sentirle, conocia bastante bien cuán indigno era de su profundo y sincero afecto. Como estaba acostumbrada á la riqueza, no hacia mucho mérito del valor del oro, siendo el metálico en concepto de ella la mas vil de las consideraciones tratándose de sentimientos. Contempló con asombro la mala fe del conde. Habria ella perdonado la inconstancia, pues esta estuba á sus alcances; habria sido capaz de cualquiera sacrificio personal por conseguir su felicidad, aun con una rival; pero el verse de repente abandonada al punto que no ofrecia esperanzas de riquezas, daba á conocer demasiado á las claras cual habia sido desde un principio la mira del conde... todo su entusiasmo, toda su exaltacion habia sido una pura comedia. Con este conocimiento la jóven se apartó de un mundo en que veia tales desengaños.

Llevaba cerca de un año de estar en el convento, y acercábase velozmente la época en que debia pronunciar sus votos, cuando un dia, con mucho asombro suyo, hirió sus oidos en el jardin un acento inglés y vió el blanco rostro de una compatriota suya. Rosa se habia engañado al creerse muerta para todo afecto mundano, pues encendiósele el corazon con el trato de su jóven parienta. Después de algunos dias se animó á hablar de lo pasado, y preguntó al fin por su padre.

—Está completamente consumido de resultas de su última enfermedad, no es mas que una sombra de lo que era. Cúbrese el corazon al verle pasearse azogadamente por los tristes aposentos de su casa como si le acosara la memoria de los que allí han vivido en su compañía.

Mucha impresion hizo esto en el ánimo de Rosa, pero no se atrevió á decir nada. Al fin, venciéndose, se arriesgó á preguntar.

—¿Crees que no se negaria mi padre á verme?

—Estoy cierta de que no, exclamó Emilia; si no te ve es por no humillarse. Pero entiendo que á tí te tocaria buscarle.... ¿acaso al padre toca humillarse á su hija?

Aquella misma noche antes de separarse las jóvenes, quedó acordado que Rosa acompañaria á su prima la semana siguiente, en la cual deberia de regresar á Inglaterra con su hermano.

Ahora, lo que habia pasado con sir Enrique era que al punto que llegó á Inglaterra mandó llamar á su sobrino Cárlos, extendió un testamento á favor de este, y se vió á poco atacado de una enfermedad grave que le dejó en muy mal estado de salud.

Al dia siguiente Rosa pidió una audiencia á la abadesa, cuya bondad para con ella desde el dia de la entrevista del conde no se habia desmentido un momento. Hízole presentes sus sentimientos y temores, su dolor de considerar á su padre sin consuelo en su ancianidad, y la conviccion en que ella estaba del deber que tenia de solicitar su perdon.

—¡Si me arroja de sí, exclamó, volveré á los piés de usted, madre!

La superiora al pronto cedió á la debilidad humana; corrieron lágrimas de sus ojos y su majestuosa cabeza se reclinó contra el hombro de Rosa; pero en breve refrenó su emocion.

—Ve, querida hija, contestó con entera voz: tu deber para con tu enfermo y solitario padre es superior á todo; cumpliendo con él cumples con Dios. Ve, y si vuelve á darte el mundo otra amarga leccion, y quieres descargarte de un peso que te abrume, acuérdate de que mientras yo viva tienes un refugio en este convento.

Una semana despues pusiéronse los primos en camino para Inglaterra á donde llegaron en breve. Rosa, latiéndole el corazon se vió al fin en el parque de donde llevaba tantos meses de hallarse ausente, y parecióle que acababa de verle, tan poco era lo que habia cambiado. El sol reverberaba en la avenida de los viejos fresnos; el lago reflejaba sus rayos; descansaban sobre la yerba las prolongadas sombras, mientras allá á lo léjos se mezclaban en una oscuridad sin fin. Los venados estaban echados bajo los árboles y un crecido rosal ostentaba su fragrancia y sus flores.

Acercóse paso á paso á la casa. Bajó el terrado y ya que se vió allí consideró que podria entrar sin cuidado alguno. Daba al terrado un pequeño aposento que en mejores tiempos habia sido la pieza favorita de ella, pues contenia un retrato de su mamá con ella propia, de chiquita, en su regazo. Al acercarse oyó voces, pero un recodo de la pared la ocultaba completamente. Mantúvose allí sin resollar. No podia equivocarse.... de su padre era la voz, y le oyó decir.

—Cárlos, confieso mi debilidad, me muero por ver á mi hija.

Al punto se arrojó Rosa á sus plantas. Encontróle muy otro; la enfermedad habia ablandado su genio. Viéndose solo y atenido á personas extrañas, conoció la necesidad del afecto que habia desechado de sí hasta entonces. A poco ya no podia estar un momento sin ver junto á sí á su hija, y ella le contemplaba sin cesar. Sir Enrique, reducido á cási no salir de su casa, paseado en un *quitrincillo*, se contemplaba el hombre mas feliz del mundo. Solo un disgusto le quedaba: terminante y públicamente habia hecho su heredero á su sobrino y advertia el derecho que tenia su hija. Una noche de verano, reunida la familia en el parlatorio, que era siempre el aposento favorito de todos, sir Enrique habló del particular.

—¡No se trate de eso! exclamaron los primos á una.

Cárlos tenia algo mas que decir. Manifestó á Rosa que la amaba, y suplicó al padre de ella que le otorgara su mano, como joya de mas valía que todas las riquezas que pudiera legarle aquel. No retiró Rosa su mano de la de Cárlos, pero no animaba esta accion al amante. Estaba ella serena, pero muy pálida.... y tan solo bondad era su bondad.

—Cárlos, dijo al cabo, mirándole con la tierna expresion de una hermana, una vez he amado.... amé indignamente, pero no puedo volver á amar. No es al mundo adonde he tornado, sino á mi casa.... ¡Yo soy de Dios y de mi padre!

Cárlos contempló á Rosa, vió que no habia que esperar nada de ella y estrechando la mano que soltó luego, hizo el ademan de ausentarse; pero la jóven deteniéndole volvió á su padre y dijo:

—Es mi hermano ¿no es verdad?

Cárlos poco despues se marchó á Londres, donde se prendó de una preciosa huérfana sin posibles, hija de un oficial que habia perecido en la península. Rosa fué quien reconcilió á sir Enrique con la pareja, la cual se avecindó en *Clifton House* y Rosa fué para los dos esposos una hermana.

A la muerte de sir Enrique encontróse que habia legado todo su caudal á su sobrino, con solo una suficiente anuidad á su hija, y una casita que ella misma habia mandado hacer en el parque. Esta estaba inmediata á la casa de sus primos. Nunca se casó, sino que pasó su vida ejerciendo la caridad. Encontrábasela á la cabecera de los enfermos ó al lado de los necesitados. Los niños que á toda prisa crecian en la casa la adoraban; y cuando ya grandes veian el retrato de ella, nunca dejaban de decir:

—Si ha existido un ángel sobre la tierra ha sido prima Rosa Clifton.

AL IRSE LA TARDE.

POR DON F. G. MALDONADO.

Es bello en la tarde umbría
Ver en el confin la nube
En el silencio apacible,
Cuando nada se descubre;

En tanto que se serena
El aura, porque ya luce
En el Oriente la luna
Que del orizonte sube.

En esa hora se despide
Del pájaro la voz dulce,
Que tierna melancolía,
A mi corazon infunde.

En esa hora el bullicio
Con la luz del dia huye,
Y á la fatigada mente
Mil pensamientos acuden.

Se pierde el sol en Ocaso
Antes que bellas fulguren
Las apacibles estrellas
Que el sol no deja que alumbren.

Y la belleza nocturna
Con encanto se descubre
Y las ideas del dia,
Traen pensamientos dulces.

Méjico, enero de 1852.

Aun los deseos hermosos
Hace la noche que mueden
Y que sin pasion el hombre
Del alma lo bello juzgue.

Que nuevos placeres halle,
Que nuevos placeres busque
Y apartándose del mundo
A otras regiones se encumbre.

Por eso yo siempre busco
De la noche el aura dulce
Que disipe los temores
Que á la luz del dia tuve,

Y dejo que en el contento
De tranquilidad disfrute
Y al suave soplo del aura
Lleno de gozo me arrulle.

Es bello al irse la tarde
Porque al venir esas luces
Que preceden de la noche
La calma apacible y dulce,

Siente el alma ensueños gratos
Y cuando la luz concluye
Del esplendoroso dia
La paz y el silencio cunden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA BATALLA DE LA VIDA.

HISTORIA DE AMOR.

POR CARLOS DICKENS.

SEGUNDA PARTE.

Ocupaban Snitchey y Craggs en el antiguo campo de batalla un buen "oficillo," en el cual hacian sus buenos negocillos y sostenian numerosos combates en toda regla por un crecido número de partes desavenidas. Ora atacaban á este, ora almorzaban con aquel, lo cual no obstante se veian de vez en cuando en el caso de tener sus ligeras escaramuzas con un cuerpo irregular de deudores. Hacia la Gaceta un papel importante en los negocios de ellos y en las mas de las refriegas que comandaban se encontraban siempre envueltos en torbellinos tan densos de humo, que á duras penas alcanzaban á distinguir de entre sus enemigos á sus amigos.

El oficio de los señores Snitchey y Craggs estaba muy bien situado en la plaza del mercado, de suerte que cualquiera arrendatario caviloso no tenia mas que dar un paso para colarse en él. El cuarto especial del consejo, que de paso servia de sala de conferencias, era una pieza vieja retirada, situada en alto: el cielo bajo y negro de esta pieza parecia como que fruncia el entrecejo al reflexionar en las dificultades inextricables de la ley.

La pieza consabida poseia, en punto de moblaje, unas cuantas sillas de espaldar alto y forradas de cuero. Estas sillas estaban guarnecidas de clavos gruesos de cobre y de tramo en tramo faltaban dos ó tres, caidos de decrepitud ó arrancados por los dedos de algunos clientes distraidos. En la pared veíase el retrato de un célebre juez ataviado con una peluca terrible, de la cual cada bucle habia llevado el pavor en lo mas hondo del alma de un litigante. Montones de papeles embarazaban los mugrientos aposentos, los tabiques y las mesas, y á lo largo del artesonado veíanse acomodadas por hileras unas cajas cerradas con candados, en que estaban grabados los nombres de los clientes; pero como estos nombres estaban escritos al revés, los curiosos se veian obligados á delctrearlos y á hacer anagramas al aparentar escuchar á Snitchey y á Craggs, en cuyas palabras no entendian una jota.

Snitchey y Craggs tenian, en la vida pública así como en la vida privada, su consorte cada uno. Eran Snitchey Craggs los mejores amigos del mundo y recíprocamente se otorgaban una confianza positiva; pero mistress Snitchey, por una de esas rarezas harto comunes en los negocios de la vida, se manifestaba sistemáticamente desconfiada de maese Craggs, mientras mistress Craggs por su lado, desconfiaba sistemáticamente de maese Snitchey.

—¡Tus Snitchey! solia decir mistress Craggs á su marido, ¡tus Snitchey! En verdad que no entiendo que tengas tanta

necesidad de ellos. Pones demasiada confianza en ellos, y Dios quiera que no llegue á salirte á la cara lo que te digo.

Por su lado, mistress Snitchey decia á su consorte, hablando de Craggs, que si algun dia llegaba á verse en un aprieto, culpa seria de Craggs.

Con todo y eso, habitualmente existia una buena correspondencia entre las cuatro personas, y las dos mujeres habian celebrado un pacto de alianza contra el "oficio" que ellas miraban como á comun enemigo, con tanto mas motivo cuanto ignoraban los negocios particulares de sus maridos.

Y era sin embargo en este "oficio" donde Snitchey y Craggs hacian su agosto. Con frecuencia, en las noches hermosas, los dos socios, sentados junto á la ventana del cuarto del consejo, que daba al antiguo campo de batalla, se maravillaban de la locura de los hombres, que en lugar de litigar cómodamente no pensaban mas que en la guerra. En lo general ocurrianles estas reflexiones en la época de la convocacion de los tribunales, durante la cual la multiplicidad de los negocios daba á su mente un sesgo sentimental.

En el tal oficio les habian pasado dias, semanas, meses y años por los lomos. Allí era donde se hallaba el calendario de ambos, las sillas de clavos de cobre, y los números de papeles amontonados sobre las mesas. Allí, tres años trascurridos desde el desayuno en el verjel, habian puesto flaco al uno y rollizo al otro.

Por esta época era cuando se hallaban una noche sentados en consulta en el cuarto del consejo.

No estaban solos. Encontrábase con ellos un hombre de unos treinta años, el cual estaba vestido con poco esmero, y tenia una cara algo despavorida. Por lo demás, era bien apersonado y no carecian de distincion sus facciones. Este hombre, sentado en el sillon de maese Snitchey, con una mano puesta en el pecho y otra entre sus enmarañados cabellos, estaba sumergido en la mas profunda meditacion. Maese Snitchey y maese Craggs estaban sentados uno en frente de otro, junto á una carpeta inmediata encima de la cual estaba un cajon abierto. Parte de lo que contenia este cajon yacia esparcido sobre la mesa y el resto de los papeles se hallaba en ese momento en las manos de maese Snitchey, quien despues de haberlos acercado uno por uno á la luz, los pasaba meneando la cabeza, á maese Craggs, quien los examinaba y meneaba la cabeza tambien. De tiempo en tiempo suspendíanse, y meneando simultáneamente la cabeza, dirigian la vista á su cliente. Encima de la caja se veia escrito este nombre:

Michael[1] *Warden*[2], *esquire.*[3]

De lo cual podemos sacar en claro que este nombre era el mismísimo del cliente consabido y que sus negocios se hallaban en malísimo estado.

—Se acabó, dijo maese Snitchey tomando el último papel. En verdad, no hay otro medio. No hay otro medio.

—¿Con que todo está perdido, gastado, disipado, empeñado, vendido? preguntó levantando los ojos el cliente.

—Todo, todo, respondió maese Snitchey.

—¿No queda cosa ninguna que hacer, decía?

—Absolutamente nada.

Mordióse las uñas el cliente y volvió á darse á sus meditaciones.

—¿Y hasta mi seguridad personal está

1 Miguel.

2 *Uárden.*

3 Voz inglesa que significa propiamente escudero, pero que equivale á nuestro señor don; pronúnciase *iscuáier.*

comprometida en Inglaterra?... ¿Persiste usted en esta opinion?

—Persisto, replicó maese Snitchey.

—¡Arruinado á los treinta años! exclamó el cliente. ¡Dios mio!

—Lo que es arruinado, no, caballero Warden, repuso Snitchey. La situacion no está determinada hasta ese extremo. Habeis marchado con pasos de gigante á vuestra ruina, no puedo menos de confesarlo; pero con una poca de cordura..... con una administracion severa....

—¡Un diablo! interrumpió el cliente.

—Caballero Cragga, salió Snitchey, ¿gustais darme un polvo?... Gracias, caballero.

Mientras que el imperterrito abogado sorbia su tabaco con la traza del que se saborea con un goce que le arrebata los sentidos, vino á cabo el cliente de gestear una sonrisa, y alzando los ojos:

—Habeis hablado de administracion severa, dijo; ¿qué tiempo tendria que durar eso?

—¿Qué tiempo? repitió Snitchey quitándose de los dedos las particulas de tabaco que tenian pegadas, en tanto que con mucha lentitud hacia un cómputo. Para redimir vuestra hacienda gravada, caballero, estando vuestros intereses en buenas manos, supongamos en las manos de S. y C., se necesitarian seis ó siete años.

—¡Morirse de hambre durante seis ó siete años! dijo el cliente con una convulsiva y espantosas contorsiones.

—Morir de hambre durante seis ó siete años, caballero Warden, dijo Snitchey, el caso seria en efecto bastante extraordinario. Haciendo ese oficio durante los siete años consabidos, podriais ganaros otra hacienda cuando saliéseis al público. Pero no nos parece hacedera la cosa... Hablo por mí y por Craggs... Por tanto, no la aconsejamos.... Es necesario poner en buenas manos la administracion de vuestros bienes, os lo vuelvo á decir. Si nos dais esta encomienda á mí y á Craggs por el término de unos años, se arreglarán vuestros negocios. Mas para ayudarnos á hacer algunas composiciones y para que no podais echarlas al traste es preciso que pongais tierra en medio. En cuanto al moriros de hambre, aquí nosotros podriamos, aun desde los primeros dias, asegurarnos una renta de unos centenares de libras para ayudaros á morir de hambre.

—¡Unos centenares de libras, á mí que he gastado millares!

—Tanto como eso, replicó maese Snitchey volviendo á colocar los papeles en el cajon, tanto como eso no negaré yo. Sí.., decia bien, agregó siguiendo siempre allá para sí sus cálculos.

A la cuenta el abogado conocia á las mil maravillas á su cliente. Como quiera, sus modos secos y frios influian favorablemente en las malas disposiciones de este y le disponian á mostrarse mas tratable. Quizá tambien el cliente conocia á su abogado y al haber desechado sus primeras propuestas acaso habia tenido la segunda de sacar mas provecho del proyecto que á revelar iba. Levantando despacito la cabeza, el caballero Warden miró á su imperturbable abogado con una sonrisa que á poco degeneró en una abierta risa.

—Despues de todo, mi temoso amigo... Maese Snitchey designó á su socio con el dedo.

—Dispense el caballero Craggs, prosiguió el cliente. Despues de todo, mis temosos amigos, prosiguió inclinándose hácia delante y bajando un tanto la voz, no conoceis vosotros la mitad de mis apuros.

Maese Snitchey se quedó mirando al cliente con cara azorada. Otro tanto hizo maese Cragga.

—No solo estoy entrampado hasta los ojos, sino que estoy enamorado hasta perder el juicio.

—¡Enamorado! exclamó Snitchey.

—¡Sí!... dijo el cliente repantigándose en el asiento y mirando de arriba abajo á los socios, loco de enamorado.

—¿Y no será de alguna heredera, caballero? preguntó Snitchey.

—No de una heredera.

—¿Ni siquiera de una mujer que tenga algun caudal?

—La mujer que amo no tiene mas caudal que sus virtudes y su hermosura.

—¿No será viuda por lo menos? preguntó maese Snitchey con cierto calor.

—No por cierto.

—¿No será ninguna de las hijas del doctor Jeddler?.... repuso Snitchey poniéndose los codos en las rodillas y estirando extraordinariamente la cabeza.

—Una de ellas es, respondió el cliente.

—¿Pero no la menorcita?

—La menorcita cabalmente.

—Caballero Craggs, dijo Snitchey respirando, ¿gustais darme otro polvo?... Tantas gracias.... Tengo la satisfaccion de manifestaros que no saldreis bien, caballero Warden. La muchacha está comprometida, señor mio, la muchacha está comprometida. Mi socio os lo dirá como yo. Os lo damos por cosa cierta y verdadera.

—Por verdadera, repitió Cragga.

—Y ¿quién os ha dicho que no me lo sé yo? replicó tranquilamente el cliente. Y ¿qué se me da? ¿No habeis nunca visto cambiar de resolucion á una mujer?

—Mucho que sí, algunos pleitos se han puesto por causas análogas, dijo maese Snitchey, y á viudas y á solteronas, pero las mas veces.....

—¡Bueno, bueno! rompió el cliente impacientado. Lo que yo os puedo decir es que no he perdido las seis semanas que he pasado en la casa del doctor.

—Y yo por mí, dijo con valentía Snitchey dirigiéndose á maese Cragga, pienso que de todas las malas partidas que los caballos del caballero Warden han jugado á su dueño, en un tiempo ú otro, la peor de todas, si el caballero Warden persiste en sus ideas, será quizá esa de que ha sido víctima el dia en que su caballo le dejó tirado á la puerta del doctor con tres costillas sumidas. No lo habiamos advertido bien en la época en que sabiamos que el caballero Warden estaba sanando, merced á la buena asistencia del doctor; pero ya hoy la cosa es mas grave. La cosa es de lo mas grave. El doctor Jeddler es tambien nuestro cliente, caballero Craggs.

—El caballero Alfredo Heathfield tambien.... es en cierto modo un cliente, caballero Snitchey, dijo Craggs.

—El caballero Miguel Warden tambien es una cosa así como cliente, dijo él mismo, y no de los peores, pues ha hecho calaveradas durante unos diez ó doce años. No obstante, el caballero Miguel Warden está en ánimo de enmendarse. Y para probarlo, el caballero Miguel Warden quiere casarse, si ello es posible, con Maruca, la amable hija del doctor, y llevarla consigo.

—En resumidas cuentas, caballero Craggs... dijo Snitchey.

—En resumidas cuentas, caballero Snitchey y caballero Craggs, interrumpió el caballero Warden, vosotros estais impuestos de vuestros deberes para con vuestros clientes, y sabeis muy bien, lo tengo por seguro, que esos deberes no os obligan á tomar parte en el sencillo negocio de amor que me veo en el caso de confiaros. No he de robarme yo á la niña sin consentimiento suyo. Nada ilegal he de hacer. De mas á mas nunca he sido íntimo amigo del caballero Heathfield. No falto á su confianza. Quiero á la mujer que quiere él y como pueda yo, la lograré.

—No lo ha de lograr, caballero Craggs, dijo Snitchey notoriamente inquieto y mortificado. No ha de lograrlo. Ella se muere por el caballero Alfredo.

—¡Ah! ¡de veras! dijo el cliente.

—Caballero Craggs, ella se muere por él, persistió Snitchey.

—Yo no me he dormido durante las seis semanas que pasé ahora meses en la casa del doctor, y de mucho antes tenia yo mis malicias de ese amor, prosiguió el cliente. Habria llegado la muchacha á morirse por él, si su hermana hubiera podido preparar la cosa, pero no las he perdido de vista un momento. Maruca se excusaba de proferir el nombre de Alfredo, y se disgustaba de media palabra que le dijesen con relacion á ese amor.

—Y ¿por qué se disgustaria, caballero Craggs; por qué, gustais decírmelo? preguntó Snitchey.

—Ignoro por qué, bien que no deje de estar en una multitud de razones verosímiles, dijo el cliente con una sonrisa de satisfaccion provocada por la perplejidad de maese Snitchey y por los ardides de que se valia este para sostener indirectamente una conversacion que lo interesaba. Ignoro por qué, prosiguió, pero ese es el caso. Maruca era muy moza cuando contrajo ese compromiso, si es que puedo emplear esta expresion; de entonces acá se ha arrepentido seguramente. Tal vez habrá visos de fatuidad en mis palabras; pero por mi ánima, hablo de veras, acaso ella participa del amor que tengo por ella.

—¡Ja, ja! os acordais, caballero Craggs, dijo Snitchey riéndose á media boca, el caballero Alfredo conoció á Maruca desde chiquita.

—Eso no hace mas que dar mayor probabilidad á los sentimientos que me imagino en ella, prosiguió con frescura el cliente. Yo la creo bastante dispuesta á querer á un nuevo admirador que se presentase ó que fuese presentado por medio de su caballo en circunstancias novelescas; sobre todo si el mozo..... mis palabras sin querer tienen quizá visos de fatuidad, pero por mi ánima que no deben echarse á mala parte..... sobre todo si el mozo tiene una persona bastante buena para eclipsar al mismísimo caballero Alfredo.

Difícil era en verdad contradecir esta última observacion, y muy bien lo comprendió maese Snitchey. Habia efectivamente algo naturalmente amable y airoso hasta en los modos descuidados del cliente; y bien se colegia que pidiéndolo las circunstancias, debia facilitársele el agradar.

—¡Peligrosa ralea de libertino! habló para sí el perspicaz abogado.

—Por lo demás, servíos reparar, Snitchey, prosiguió el cliente levantándose y tirando de un boton á este; y vos, Craggs, agregó tirando de la misma suerte á este otro, y colocándose en medio de ambos, servíos reparar que no os pido ningun consejo. Haceis muy bien en manteneros neutrales en un caso en que no está bien á hombres graves como lo sois vosotros, el tomar cartas. Voy á exponeros en pocas palabras mi situacion y mis proyectos; luego os dejaré el cuidado de tratar, lo mas ventajosamente posible, mis intereses pecuniarios. Tanto mejor cuanto que si me marcho con la linda hija del doctor... y es lo que pienso hacer.... mi viaje será mas dispendioso. Pero esta materia es de poco momento; pues en breve, y merced al influjo de la amable Maruca, asentaré completamente el juicio,

—Bueno será, me parece, caballero Craggs, que ya no oigamos mas, dijo Snitchey.

—Lo mismo me parece á mí, respondió Craggs.

Sin embargo, ambos escuchaban atentamente.

—No es preciso que escucheis, volvió el cliente; por tanto, prosigo..... No es

mi ánimo pedir su beneplácito al doctor, pues me le negaria. Pero no creo portarme mal con él salvando á su hija de un peligro que teme: el de ver volver á su novio. Estoy cierto á no dudarlo de lo que estoy diciendo. En lo sucesivo, y merced á vuestro empeño, se repondrá mi hacienda, y Maruca, casada conmigo, llegará á verse mas rica que jamás lo hubiera sido con Alfredo Heathfield..... Con que ya veis que todo este negocio es completamente honroso. Ahora ya sabeis cuales son mis necesidades y mis proyectos..... ¿Cuándo os parece que me vaya á ver mundo?

—¿Dentro de una semana, caballero Craggs? dijo Snitchey.

—Un poco antes, caballero Snitchey, respondió Craggs.

—Dentro de un mes, salió el cliente después de haber mirado de hito en hito las dos fisonomías... Dentro de un mes, dia por dia. Hoy es jueves: salga yo bien ó mal, dentro de un mes, dia jueves, me marcho.

—Es largo el plazo, dijo Snitchey. Mucho muy largo. Pero en fin,... ¿partís? Buenas noches, señor mio.

—Buenas noches, respondió el cliente dando un apreton de manos á los socios... Ya me vereis algun dia hacer un buen uso de mi caudal. En lo de adelante Maruca ha de ser el lucero de mi mente.

—Cuidado por las escaleras, caballero, contestó Snitchey, pues no resplandece ahí vuestro lucero... ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Los dos socios se mantenian arriba de la escalera con una luz en la mano para alumbrar á su cliente, y cuando este hubo partido se miraron uno á otro.

—¿Qué decís de todo eso, caballero Craggs?

Maese Craggs meneó la cabeza.

—Hemos opinado, el dia de la marcha de Alfredo, que ocurria algo extraño entre la muchacha y él, al tiempo de la despedida.

—Me acuerdo, dijo Snitchey.

—Yo tambien.

—Tal vez el caballero Warden se equivoca de medio á medio, prosiguió maese Snitchey cerrando el cajon del cliente y volviéndole á su lugar; y si no se equivoca, tendremos que apuntar una perfidia mas, caballero Craggs. Y yo tenia confianza en aquellos lindos ojos. Parecíame, añadió maese Snitchey poniéndose su sobretodo, pues estaba muy frio el tiempo, poniéndose sus guantes y soplando una de las velas, parecíame haber advertido en el carácter de Maruca una mejora sensible; se parecia mas á su hermana.

—Lo mismo opinaba mistress Craggs, salió Craggs.

—Algo daria yo esta noche, volvió maese Snitchey, que era un buen sugeto en el fondo, por poder creer que el caballero Warden ha contado sin la huéspeda; pero con todo y su ligereza y su originalidad, tiene cierto conocimiento de mundo..... caro le ha costado, es verdad. En cuanto á nos, caballero Craggs, nada podemos remediar; de suerte que haremos bien en estarnos quietos.

—Nada podemos remediar, replicó Craggs.

—Nuestro amigo el doctor trata esas cosas por encima, dijo Snitchey moviendo la cabeza. ¡Como no vayan á costarle algun dia toda su filosofía! Nuestro amigo Alfredo habla de las batallas de la vida... ¡ojalá no sucumba en los primeros encuentros!... ¿Tenéis ya vuestro sombrero, caballero Craggs? voy á apagar la otra vela.

A la respuesta afirmativa de maese Craggs, maese Snitchey mató la luz: luego ambos socios salieron del aposento del consejo, el cual aposento quedó tan oscuro

como lo es la presente historia, tanto como la ley misma en lo general.

Ahora la escena pasa en un gabinete de labor donde aquella noche el bueno del viejo doctor y entrambas hijas suyas estaban sentados al amor de la lumbre. Engracia estaba cosiendo; Maruca leia en voz alta; el doctor, de bata y chinelas, con sus piés calientemente extendidos en el suelo, estaba repantigado en su sillon y miraba á sus hijas oyendo la lectura.

En tres años, el tiempo habia suavizado las contraposiciones que antes se notaran en las dos hermanas, y Maruca tenia ya la serena fisonomía de Engracia.

—"Y hallándose en su propia casa, leia Maruca, casa que estas memorias hacian deliciosamente caras para ella, comprendió que la grande probacion de su corazon debia comenzar en breve. ¡Oh *home!* nuestro consuelo, nuestro amigo, cuando todo nos abandona; *¡home!* de que no podemos desprendernos sin dolor . . .

—¡Maruca, vida mia! prorumpió Engracia.

—¡Hola, Maruca, qué tienes?

Puso Maruca su mano en la que le tendia su hermana, y prosiguió leyendo con inmutada y trémula voz, á pesar de cuanto se esforzaba por disimular su trastorno.

—"*Home* del que no podemos desprendernos sin dolor en ninguna época de la vida. ¡Oh *home!* siempre tan leal. . . . en correspondencia tan frecuentemente menospreciado, ¡sé indulgente para con los que se ausentan de tí, y no los mires con remordimientos demasiado agudos en su errante carrera! ¡No vean ellos en sus sueños las deleitables sonrisas de tiempos pasados!"

—Maruca de mi vida, no leas mas esta noche, dijo Engracia al ver llorar á su hermana.

—Las palabras me parecen escritas en caracteres de fuego, respondió Maruca cerrando el libro.

El doctor acarició sonriéndose á su hija.

—¡Es posible que así te trastorne un cuento! dijo; ¡letras y papel! Después de todo, tan racional es el tomar esas sofisterías por lo serio como cualquiera otra cosa del mundo. Enjúgate los ojos, amor mio; enjúgate los ojos. Ya estoy en que la heroina ha regresado tiempo hace á su *home*. . . . Hola, ¿qué quereis? agregó el doctor viendo entrar á Clemency.

—Venga su merced por acá.

Admirado el doctor se prestó al llamado.

—Decíais que no os daria yo "una," dijo Clemency.

Cualquiera extraño que hubiera presenciado aquellas raras guiñadas y el arrobamiento en que Clemency parecia hallarse, la cual se agarraba ambos codos como si hubiera tratado de abrazarse; cualquiera extraño, decimos, habria de seguro entendido que la voz "una," en la mas sana acepcion, significaba una casta caricia. Al pronto hasta el doctor se cortó; pero no tardó en recobrar su entereza luego que vió á Clemency, después de haber bien registrado sus bolsas, acabar por sacar de la última una carta con el sello del correo.

—Hay A. H. en la esquinita, dijo con misterio ella presentando la carta al doctor. Va á regresar el caballero Alfredo apuesto cualquiera cosa. Tendremos una boda . . . de fijo. ¡Qué dicha! . . . ¡Qué despacito va abriendo la carta!

Todo esto lo dijo Clemency en forma de monólogo, mientras que en medio de su impaciencia por saber noticias hacia los mas extravagantes remilgos para llamar la atencion del doctor.

—¡Escuchad, muchacha! exclamó el doctor, es mucho para mí; en los dias de mi vida he podido guardar un secreto. Por lo demás, raro es el secreto que merezca la pena de guardarse en semejante.... En fin, ¡no hablemos de eso! . . . ¡Viene Alfredo, hijas de mi alma! . . .

—¡Viene! exclamó Maruca.

—¡Hola! ¿se pasó ya la historia del libro? dijo el doctor, dando á su hija menor un pellizquito en el cachete. Ya me sabia que la noticilla secaria tus lágrimas.. Guardadme el secreto, me escribe Alfredo, pienso cogerlas de sorpresa. . . . Pero yo, á la inversa, quiero que salgamos á recibirla.

—¡Viene! repitió Maruca.

—No tan aprisa como tú lo deseas, respondió el doctor, pero en fin, viene muy pronto. Vamos á ver, hoy es jueves, ¿no? ¡Pues bien! ¡promete estar aquí dentro de un mes, dia por dia!

—¡Un mes! repitió quedito Maruca.

—¡Qué dia para nosotras! dijo Engracia abrazando á su hermana para felicitarla.

—¡En fin, ya está cerca, el dia tan deseado!

Maruca contestó con una sonrisa, sonrisa triste, pero llena de fraternal cariño. Y al ver el radioso rostro de su hermana y al oir su voz armoniosa cantar la dicha del regreso, su rostro tambien brilló de esperanza y júbilo.

El doctor Jeddler, á despecho de su sistema filosófico que rara vez ponia en práctica (pero no obran de otra suérte los mayores filósofos), no podia menos de interesarse en el regreso de su pupilo, lo mismo que se interesa uno en cualquiera suceso serio. Volvió pues á tomar su lugar en el sillon, volvió á extender sus piés en el suelo; luego leyó y releyó la carta, sin dejar de hacer multitud de comentarios.

—¡Ah! hubo un tiempo, dijo el doctor mirando á la lumbre, en que tú y él, Engracia, tenian la costumbre de correr juntos asidos del brazo, ¿te acuerdas?

—Sí, respondió ella con su amable sonrisa y apurando sus puntadas.

—¡Dentro de un mes, dia por dia! dijo el doctor con meditabunda traza. . Y por aquel tiempo ¿dónde andaba mi hija Maruca?

—Nunca muy léjos de mi hermana, saltó alegremente Maruca; pues desde muy chiquita Engracia ha sido todo mi querer.

—Es verdad, vida mia, es verdad, dijo el doctor. Ya Engracia estaba hecha una mujercita, una buena mujer de su casa; y ¡qué amable y buena era! ¡qué pronto olvidaba lo que queria por dar gusto á los demás! Nunca en mi vida te he oido sostener nada con terquedad, Engracia, alma mia, sino solo una cosa. . . .

—Temo haber cambiado mucho con perjuicio mio desde entonces, respondió Engracia sin dejar su obra. Y ¿qué cosa era esa, padrecito?

—Alfredo, naturalmente, respondió el doctor. Por precision te habia uno de llamar mujer de Alfredo, y estoy en que habrias preferido este título aun al de duquesa si se hubiera ofrecido.

—¿De veras? dijo tranquilamente Engracia.

—¡Cómo! ¿se te ha olvidado?

—Me parece que me acuerdo de algo de eso; pero ¡hace tanto tiempo! . .

Y soltóse á murmurar una cancion que gustaba al doctor.

—Alfredo tendrá en breve una mujer de veras, volvió ella á poco, y entonces seremos felices todos. Mi encomienda de tres años está para acabarse, Maruca, y no me ha costado trabajo cumplir con ella. Diré á Alfredo cuando te entregue en sus manos, que no has dejado de quererle tiernamente, y que nunca ha tenido necesidad de mí durante su ausencia. ¿Podré decirle eso, vida mia?

—Dile, Engracia de mi alma, respondió Maruca, que no hubo nunca enco-

1 Jóm, la casa, el hogar doméstico.

mienda mas generosa, mas noble y mas resueltamente cumplida; dile que no he dejado de quererte y que cada dia te quiero mas.

—No, dijo alegremente Engracia besando á su hermana, no he de decirle eso. Es necesario dejar á Alfredo que adivine tu mérito. Su imaginacion no será menos liberal que la tuya, Mariquilla.

Dicho esto, volvió á su labor que por un momento habia suspendido al oir las apasionadas palabras de su hermana; luego volvió á entonar la cancion favorita del doctor, mientras que este, tendido sobre su sillon, escuchaba, llevando el compás en su rodilla con la carta de Alfredo. De tiempo en tiempo miraba á sus dos hijas, y decia para sí que entre las mil extravagancias de este mundo extravagante, las extravagancias que él presenciaba no dejaban de ser deleitables.

Entre tanto, Clemency Nowcome, luego que hubo desempeñado su encargo y correteado por el cuarto para tomar parte en las noticias, bajó á la cocina en donde su "coadjutor" maese Bretaña digeria su cena en medio de un acopio de cacerolas, de ollas y tapaderas tan relucientes que no parecia sino que estaba él en el centro de un salon artesonado de espejos. De seguro la mayoría de estos espejos no le representaban de una manera muy agraciada que digamos ni tampoco eran unánimes con mucho en sus "reflexiones." Representábanle unos con una cara muy larga, otros con una cara sumamente ancha. Estos le daban una traza amable; aquellos le hacian atrozmente feo, cada cual segun su manera de reflejar, semejándose harto en esto á las diversas opiniones del vulgo sobre un mismo asunto. Mas todos á una voz decian que en medio de ellos estaba á sus anchuras sentado un individuo con una pipa en la boca y una jarra de cerveza al lado; el cual individuo se sonreia muy complaciente con Clemency, quien se hallaba sentada á la misma mesa.

—Con que, Clemency, ¿qué decís ahora, y qué sabeis de nuevo?

Clemency relató las noticias de Bretaña y este se impuso de ellas con gusto. Una mudanza graciosa se habia actuado en él. Habíase puesto mucho mas ancho, mucho mas encarnado, mucho mas alegre y mucho mas amable, por todos cuatro costados. Cualquiera hubiera dicho que su rostro, después de haber estado mucho tiempo apretado en un nudo, se habia de pronto y libremente abierto.

—Mas quehacer para Snitchey y Craggs, supongo, dijo aspirando muy despacio el humo de su pipa. Otra vez tendremos que dar firmas, si á mano viene, Clemency.

—¡Ah! ¡ojalá me tocara á mí!

—¡Tocaros!... ¿qué?...

—Enmaridar, Bretaña.

Benjamin se quitó de la boca la pipa y se soltó á reir con todas sus ganas.

—En efecto, dijo, ¡teneis cuanto se necesita para el caso! ¡Pobre Clem!

Clemency por su parte celebró mucho esta ocurrencia.

—Sí, replicó, tengo cuanto se necesita para el caso... ¿no es verdad?

—Nunca os habeis de casar, bien lo sabeis, dijo maese Bretaña volviendo á tomar su pipa.

—¿De veras?... ¿Os parece? preguntó candorosamente Clemency.

Maese Bretaña meneó la cabeza.

—Pocas probabilidades hay.

—Y vos, replicó Clemency, ¿no pensais en casamentar un dia de estos?

Una pregunta tan imprevista, sobre un asunto de tanta monta, exigia reflexion. Maese Bretaña por tanto, después de despedir al aire un nubarron de humo que contempló dirigiendo la cabeza ora de un

lado ora de otro, como si aquel humazo hubiese sido la mismísima cuestion que importaba examinar bajo todos sus aspectos, respondió que sin estar perfectamente predispuesto no creia sin embargo imposible la cosa, tarde ó temprano.

—Quien quiera que tenga de ser la mujer con quien caseis, le deseo muchas felicidades! exclamó Clemency.

En este momento maese Bretaña se hallaba en un estado de completa beatitud, y el goce de la pipa le absorbia tan deleitosamente que apenas si tuvo ánimo para volverse hácia Clemency, para decirle con acento muy grave:

—Teneis una alta opinion de mí, Clemency, y no me admiro de que así sea; pues no siempre he sido lo que ahora soy. En mis tiempos he hecho un monton de investigaciones y he leido un diluvio de libros sobre la filosofía; pues en mi juventud he seguido la carrera de las letras.

—¡Oiga! exclamó Clemency con admiracion.

—Sí, prosiguió Bretaña; por mas de dos años me he estado escondido detrás de una armazon de librería, siempre listo para brincarlo á los cabezones á cualquiera que tuviese la ocurrencia de cargar con un volúmen. Después he desempeñado el empleo de comisionista en la casa de un fabricante de corsés, quien me hacia cargar sus enganifas en unos cartones forrados de encerado... circunstancia que alteró mi confianza en la especie humana. De entonces acá he vivido en esta casa, donde he oido un "mundo" de discusiones que han trastornado mi cabeza. Por tanto, después de todo eso, mi opinion es que para aquietar mi ánimo y deleitar mi vida, no veo cosa mejor que un "rallo de moscada."

Sobre este punto Clemency se disponia á sugerir una idea, pero Bretaña se apresuró á ganarla por la mano.

—"Combinada" agregó gravemente, con un dedal.

—Haced lo que gusteis... ¡y las resultas, eh! dijo Clemency cruzando los brazos y acariciándose los codos para expresar el gozo que le causaba tal confesion.

—No estoy cierto, repuso Bretaña, de que eso pueda considerarse como una buena filosofía.... Tengo mis dudillas sobre el particular.... Pero en resumidas cuentas, me doy por satisfecho....

—¡Ved cómo habeis cambiado con provecho! dijo Clemency.

—Lo que me hace mas gracia es que este cambio vos sois quien le ha producido, vos, Clemency. Y con todo no entiendo que tengais en vuestra cabeza ni una idea partida por la mitad.

Sin sentirse para nada ofendida con semejante suposicion, Clemency dijo riendo,

—Así lo entiendo yo tambien.

—Y yo hasta lo cuento por cierto.

—¡Oh! teneis mucha razon, Bretaña. No pretendo yo tener una idea.... ¿Para qué, Bretaña?

Por segunda vez se quitó Benjamin la pipa de la boca y se soltó á reir hasta saltársele las lágrimas.

—Cuán sencilla sois, Clemency, dijo meneando la cabeza y enjugándose los ojos.

Y ambos se soltaron á reir con todas sus ganas.

—¡Pues bien! no puedo menos de amaros, dijo maese Benjamin; en vuestro tanto sois una excelente criatura: vengan pues esos cinco, Clem. Suceda lo que Dios quiera, os tendré siempre presente y seré toda la vida vuestro amigo.

—¿De veras de veras? replicó Clemency.... ¡Cuán bueno sois, Bretaña!

—Sí, sí, dijo Bretaña sacudiendo la ceniza de su pipa, os protegeré.... ¡Oís!... ¡Qué extraño ruido!

—¿Qué ruido?

—Parece como el de álguien que cae sobre el techo, allá arriba.... ¿Están ya durmiendo todos?

—Todos.

—¿No habeis oido?

—Nada.

Ambos aplicaron el oido; pero ningun ruido se oyó.

—Para que ningun recelo me quede, dijo Benjamin tomando una linterna, voy á practicar una ronda antes de irme á la cama..... Abrid la puerta, Clemency, mientras enciendo esta linterna.

Clemency fué á toda prisa á abrir, sin dejar de ir diciendo que todo era ocioso.

—Bien puede ser, contestó Bretaña.

Lo cual no le impidió de salir con una linterna en una mano y un palo en la otra.

—Todo está tan quieto como un cementerio, dijo Clemency siguiéndole con la vista.

Luego, echando una ojeada á la cocina, arrojó un grito, al ver dirigirse una persona á aquel sitio.

—¡Silencio! dijo en voz baja Maruca... Siempre me has tenido cariño, ¿no es verdad? agregó con inmutado acento.

—¡Mucho que sí! respondió Clemency.

—Ya lo sé. Por lo mismo puedo fiarme en tí, ¿no es verdad?... En este momento no puedo fiar de nadie mas que de tí.

—Os obedeceré con toda mi alma.

—Ahí hay, volvió Maruca señalando á la puerta, ahí hay una persona que tengo precision de ver esta noche..... Michael Warden.

Sorprendida y trémula Clemency se volvió de pronto y percibió una melancólica figura parada en el umbral de la puerta.

—Todavía no, dijo Maruca, porque sería sorprendido. Ocultaos por ahí y esperadme. Vuelvo dentro de un momento.

Michael Warden saludó á Maruca con la mano y se ausentó.

—No te acuestes, dijo precipitadamente Maruca á Clemency. Hace una hora que estaba yo espiando un momento favorable. ¡Por Dios! ¡no me vendas!

Asiendo la mano de Clemency entre ambas suyas, Maruca la estrechó á su corazon, y despues de esta muda súplica muy mas expresiva que las palabras mas elocuentes, se retiró.

A poco entró Bretaña en la cocina.

—Nada se mueve, dijo. A nadie he visto. ¡Ved lo que es, agregó atrincherando bien la puerta, ved lo que es tener una imaginacion ardiente!.... ¡Ah! ¿qué es eso?

Clemency, incapaz de ocultar su turbacion, estaba sentada en su silla y temblaba de piés á cabeza.

—¡Me lo preguntais á mí, dijo, despues de haberme casi matado de miedo con vuestros ruidos, vuestras linternas y todas vuestras "ideas!"

—De poco os asustais, replicó maese Bretaña apagando con precaucion la linterna que volvió á poner en su lugar. ¿Qué os ha ocurrido? Una idea, ¿eh?

Pero como Clemency le dió las buenas noches poco mas ó menos como de costumbre, y pareció dispuesta á ir á acostarse, maese Bretaña, previas unas cuantas reflexiones sobre las humoradas inexplicables de las mujeres, le dió las buenas noches tambien, y tomando una vela salió con desgaire para irse á la cama.

Cuando todo quedó sosegado, Maruca volvió á la cocina.

—Abrid la puerta de la casa, dijo á Clemency, y estaos conmigo durante la conversacion que voy á tener con "él."

A pesar de su natural timidez, Maruca ostentaba en este momento una resolucion de ánimo á que no pudo Clemency resistir. Corrió pues los cerrojos de la puerta; pero antes de torcer la llave miró con inquietud á la jóven doncella.

Lejos de manifestar confusion y abatimiento, Maruca, que estaba en todo el esplendor de su juventud y hermosura, correspondió á Clemency con una mirada serena y pura. Al pensar como por instinto que la casa feliz estaba á punto de perder su tesoro mas precioso, Clemency se sintió tan lleno el corazon de congoja y lástima, que se echó al cuello de Maruca deshecha en llanto.

—Lo que yo sé es muy poco, Maruca de mi alma, muy poco; peró sé que haceis mal.... ¡Reflexionad!....

—Ya he reflexionado bastante, dijo Maruca.

—Reflexionad mas, replicó Clemency; no mas hasta mañana.

Maruca contestó con un movimiento de cabeza negativo.

—¡Por vida del caballero Alfredo! volvió rogando Clemency; ¡por vida del hombre á quien tanto habeis amado!

—Déjame salir, dijo Maruca con cariñosa voz.

—¿Quereis que yo le hable por vos?... No paseis el umbral de la puerta esta noche..., Estoy segura de que os redundaria en mal.... Pensad en vuestro buen padre.... en vuestra hermanita.

—Ya he pensado en ellos, creemelo, Clemency. Tú no entiendes lo que hago, es preciso que le hable yo. Te agradezco en el alma tus consejos tan compasivos; y bien veo que en tí tengo una amiga leal; pero es necesario que lleve yo á cabo mi proyecto. ¿Quieres acompañarme, Clemency? prosiguió abrazándola, ó he de irme sola!

Dolorosamente desanimada, Clemency torció la llave y abrió la puerta. Maruca, llevando á Clemency de la mano, se adelantó en medio de la noche oscura con paso rápido y firme. "Él" vino á ella y ambos platicaron largamente y con ardor. Y Clemency sintió la mano que estaba asida á la suya ponerse alternativamente trémula, fria y ardiente. Concluida la plática, volvieron á tomar el camino de la casa. "Él" las acompañó hasta la puerta, y allí, tras una breve pausa, tomó la otra mano de Maruca y la estrechó á sus labios; luego desapareció. De nuevo cerróse la puerta. Volvióse Maruca á ver bajo el techo paterno y á pesar del secreto que á él llevaba, á pesar de su juventud, no habia flaqueado su valor. Solo que aquella expresion para la cual no he hallado voz en una circunstancia precedente, brillaba en su rostro por entre las lágrimas en que estaba inundado. Dió nuevamente gracias á su humilde amiga, y despues de repetirle que en ella ponia toda su confianza, entróse en su cuarto. Allí, cayendo de rodillas, púsose á rezar á pesar del secreto que abrumaba su corazon. Luego, ya que hubo concluido su oracion, allegóse serena y pálida al lecho en que descansaba su hermana querida, é inclinóse para contemplar su apacible rostro y sonreirse con ella, tristemente, es verdad, y murmujeando, cuando la estaba besando en la frente, palabras de ternura y de gratitud, por el cariño de madre que esta hermana no habia dejado de manifestarle desde la infancia. Luego, habiéndose recostado al lado de su hermana, tomóle el brazo para pasarle al rededor de su cuello y el obediente brazo pareció permanecer de su motivo en aquel lugar tierno y de amparo, aun durante el sueño. Luego, por los labios entreabiertos de su protectora, "zopló" estas palabras.

—¡Dios mio! ¡bendecidla!

Luego ella tambien se durmió, y durmió apaciblemente sin ser sino una vez turbada por un sueño en que exclamó con su voz tierna y pura, que se hallaba sola en el mundo y que todos la habian olvidado.

Presto pasa un mes, aun cuando mas

despacio camina. El mes que separaba á la noche de que acabamos de hablar del dia fijado para el regreso tenia pies ligeros y caminó rápidamente. Llegó el dia; dia felísimo de invierno durante el cual la vieja casa se tambaleó con el soplo impetuoso de la tempestad, uno de esos dias que hacen al *home* dos veces caro, y dan al rincon de la lumbre deleites nuevos, uno de esos dias en que gusta uno del encierro, de las miradas alegres, de la música, de las risas, del baile, de la luz y de todos los placeres de la vida. El doctor habia hecho acopio de todo eso para celebrar el regreso de Alfredo: sabíase que no habia de llegar antes del anochecer y él queria que el "aire de la noche sonase" cuando se acercara. Habia invitado á todos sus amigos á reunirse para darle la bienvenida. ¡Era menester que Alfredo no buscase en vano un rostro amado! Por lo tanto todos los amigos habian sido convidados, y detenidos los músicos; puestas estaban las mesas y derramados los tesoros todos de la hospitalidad. Porque era la noche de Navidad y los ojos de Alfredo no estaban acostumbrados al acebo inglés y á su verde follaje con el cual se habian hecho guirnaldas para adornar la sala del baile.

Laboriosa mañana para todos los de la casa, y particularmente para Engracia, quien sin precipitacion ni tosquedad asistia á todo, disponia todo y daba la vida á todos los preparativos. Mas de una vez durante este dia, como mas de una vez durante el mes que acababa de irse, Clemency habia dirigido á Maruca miradas llenas de congoja y casi de terror. Viólа pálida, mas quizá que otros dias, pero notábase en su semblante una serenidad que la hacia mas preciosa que nunca. Hácia la noche, cuando se hubo puesto su traje de baile, y luego que Engracia le hubo acomodado en la cabeza una guirnalda tejida con las flores favoritas de Alfredo, como se lo recordaba Engracia al elegirlas, tomó su fisonomía una expresion pensativa y casi melancólica que la hermoseó mas.

—La primera corona que ponga yo en esta preciosa cabeza será una de casada, dijo Engracia, ó soy mala profetisa.

Sonrióse su hermana y la estrechó en sus brazos.

—Aguarda, Engracia; no te apartes de mí todavía. ¿Estás segura de que ya no me hace falta nada?

—Ni mi arte alcanza á mas, vida mia, dijo Engracia, ni es posible que te pongas ya mas hermosa. Nunca te he visto tan linda.

—Nunca he sido mas feliz, respondió Maruca.

—Sin embargo una felicidad mayor te espera. En otra casa tan alegre como ahora lo está esta, dijo Engracia, Alfredo y su mujercita vivirán en breve.

Sonrióse otra vez Maruca.

—Esa casa será feliz, ¿no es verdad? agregó Engracia. Tus ojos me están diciendo que así lo piensas. ¡Sí, alma mia, será" feliz, lo sé, de seguro que sí!

—¡Hola! gritó el doctor entrando alegremente, ya estamos listitos para recibir á Alfredo, ¿eh? No puede menos de llegar muy entrada la noche; á cosa de una hora antes de las doce; de suerte y manera que tiempo nos sobra para prepararnos á la alegría..... Bretaña, echad leña al fuego. Que brille en el follaje la llama de la chimenea. Este mundo es un despropósito, Maruca, con todo y los amantes y demás.... despropósito; pero iremos con el mundo, y haremos á nuestro fidelísimo novio un recibimiento extravagante.....

¡Por mi ánima! agregó el viejo doctor mirando con orgullo á sus hijas, entre los demás absurdos, tengo yo casi el absurdo, esta noche, de creerme padre de dos lindas muchachas.

—Si una de ellas os ha causado alguna pesadumbre, si.... algun dia.... ha de cansaros otra, dijo Maruca, perdonadla.... Decidle que la perdonais.... Decidle que siempre habeis de quererla, y. .

No acabó y ocultó su rostro contra el seno de su padre.

—¡Tú, tú, tú! hizo el anciano con amoroso acento. ¡Perdonar! ¿qué he de tener que perdonarte? Vamos, Maruca, eres una loquilla; abrázame y echa de tí esos pensamientos feos.... ¡Hola!.. hágase una buena lumbre, y que todos tengan calor y todos estén alegres; ó me enojo, si no.

Amontonáronse leños sobre leños, multiplicáronse las luces, y poco á poco la casa del doctor se fué llenando de convidados, de bulla y de alegría. Los ojos de Maruca despedian un vivo brillo, y todos la felicitaban por la vuelta de su novio; tenianle envidia las muchachas y los mozos consideraban muy feliz al amante esperado. Mister y mistress Craggs llegaron juntos, pero mistress Snitchey vino sola.

—¿Y vuestro marido! preguntó el doctor.

A esta pregunta la pluma de ave del paraiso que ornaba el turbante de mistress Snitchey se agitó como si el pájaro dueño primitivo suyo hubiese estado vivo, y mistress Snitchey *respondió* que seguramente el caballero Cragga sabia por qué el caballero Snitchey no habia concurrido.

—¡*El horrendo* "oficio!" dijo mistress Cragga.

—¡Vierale yo arder! replicó mistress Snitchey.

—Mi socio está ocupado en un "negocillo," dijo maese Cragge, echando al rededor de sí unas inquietas miradas.

—Sí, "naturalmente," dijo mistress Snitchey con tono irónico.

—Muy bien sabemos lo que vosotros entendeis por "negocios," agregó mistress Craggs.

Y tal vez el no saber ellas palabra sobre el particular era el motivo por el cual el ave del paraiso de mistress Snitchey se agitaba de una manera tan sañuda, y los pendientes de mistress Cragga repicaban como unas campanillas.

—No sé cómo es que no habeis hecho lo que vuestro socio, caballero Craggs, lo dijo su mujer.

—No sé cómo hay quien se case teniendo semejantes ocupaciones, salió mistress Snitchey agregando para sí que sus miradas le habian llegado á Cragga al alma, mientras de su lado, mistress Craggs afirmaba á su consorte que el socio se aprovechaba de la ausencia para engañarle, y que á la corta ó á la larga descubriria una traicion.

Entre tanto, maese Craggs sin hacer aprecio á estas quejas, parecia estar sobremanera inquieto, y no recobró su sosiego hasta que percibió á Engracia á quien fué corriendo á saludar.

—Estais deliciosa esta noche, "miss," dijole al acercarse á ella; ¿cómo está vuestra hermana miss Maruca?

—A las mil maravillas, caballero Craggs.

—Y ¿dónde anda?

—¡Cómo! ¿no la veis allá? Mirada que va á bailar.

Púsose maese Craggs sus anteojos, estuvose un rato mirando hácia donde le habian dicho, tosió, luego con traza satisfecha volvió á poner los anteojos en el estuche y el estuche en la bolsa.

Oyóse en este momento la música, y rompió el baile. El brillante fuego chisporoteó, se puso en movimiento, como si hubiese querido bailar tambien: á veces chirriaba, como para acompañar á la orquesta, ora despedia llamas, ora echaba rayos; parecia como quien dice el ojo del apo-

sento viejo, y de vez en cuando, semejante á un prudente patriarca lanzaba miradas oblícuas á los juveniles grupos que platicaban quedito en los rincones. Al concluir la contradanza maese Craggs vió llegar á su socio, y se estremeció como si hubiera percibido á un espectro.

—¿Se fué? preguntóle saliendo precipitadamente á recibirle.

—¡Chut! se ha estado mas de tres horas conmigo, respondió Snitchey. Ha examinado con todo escrúpulo y minuciosidad los arreglos que le hemos hecho. . . . El. . . ¡Chut!

Interrumpióse Snitchey viendo pasar á Maruca junto á él; pero esta, sin hacer alto en los dos socios, volvió la vista á donde se hallaba su hermana y se perdió entre la gente.

—Ya veis, todo va á pedir de boca, dijo maese Craggs.

—¡No ha vuelto á tocar el asunto aquel, por supuesto!

—Ni palabra.

—¿Y de veras ha partido?

—Cumplirá en este momento debe ponerse en camino. Por mi estoy contentísimo de que se haya dado punto á esa cosa.

Maese Snitchey se enjugó la frente.

—¿Qué pensais de. . .

—¡Silencio! dijo Snitchey cortando la palabra á su socio y mirando en línea recta. Os entiendo. No parezca que estamos secreteando. Sobre todo, nada de nombres propios. No sé qué pensar, y hablando francamente ya no me cuido mucho del asunto. Se me ha caido un gran peso de encima. Entiendo que su presuncion le habrá chavado. Quizá la muchacha habrá sido algo coqueta. A lo menos me lo dan á creer las apariencias. . . . ¿Alfredo no ha llegado?

—Todavía no. Le esperan de un momento á otro.

—¡Bueno! repuso maese Snitchey enjugándose la frente. Por fin, salí de congojas, y hago ánimo de pasar la noche divertido, caballero Craggs.

No bien hubo sido proferida esta frase cuando mistress Craggs y mistress Snitchey se aparecieron á ellos. El ave del paraíso estaba en un estado de sumo desasosiego y las campanillas tropicaban recio.

—Vuestra conducta ha sido el palillo de toda la concurrencia, caballero Snitchey, dijo mistress Snitchey. Ya estará contento el "oficio."

—¿Contento de qué, vida mia? preguntó maese Snitchey.

—De haber expuesto al escarnio, como un ecce-homo, á una mujer indefensa. Contemplo que eso está en las atribuciones del oficio.

—Por mi, dijo mistress Craggs, hace tanto tiempo que estoy viendo al oficio en oposicion patente con todas las cosas domésticas, que me alegra mucho el saber que es el enemigo declarado de mi tranquilidad. Siquiera ahora ya sé á que atenerme.

—Vida mia, insinuó maese Craggs, yo doy mucho peso á tu opinion, pero nunca he dicho, por mi parte, que el oficio sea el enemigo de tu tranquilidad.

—No, repatió mistress Craggs repiqueteando sus campanillas; no, nunca lo habeis dicho por lo claro, es verdad. No serais digno del "oficio" si tuviéseis el candor de hacer una confesion semejante.

—Por lo que respecta á mi ausencia una parte de la noche, dijo maese Snitchey ofreciendo el brazo á mistress Craggs, seguramente que la privacion ha sido toda para mí; pero el caballero Craggs le contata. . .

Mistress Snitchey cortó esta explicacion tomando del brazo á su marido, á quien llevó á parte.

—¡Miradme á ese hombre! díjole. ¡Hacedme el gusto de mirarle!

—¿Qué hombre, vida mia?

—Vuestro socio, vuestro predilecto.

—¿Y qué? dijo maese Snitchey poniendo la vista en Craggs.

—¿Y qué? prosiguió mistress Snitchey. Si podeis esta noche mirar cara á cara á ese hombre sin deciros que sois engañado, burlado por él; que hechizado de una manera inexplicable, habeis venido á ser su juguete, á despecho de cuantos consejos os doy, si no conoceis esta verdad, lo mas que puedo deciros es que. . . . . ¡me dais lástima!

Al mismísimo tiempo mistress Craggs preguntaba á su marido cómo era posible que fuese él tan bobo, tan topo, tan crédulo que no adivinase las tretas y mañas de Snitchey; cómo era que no advirtiu que la ausencia de este era el indicio de una traicion manifiesta.

Ni á Snitchey ni á Craggs pasó por el pensamiento el ir contra la corriente: ambos se conformaron con dejarse llevar hasta que la fuerza de la corriente cediera; lo cual no tardó en suceder, pues al oir el preludio de la contradanza, maese Snitchey se ofreció de compañero á mistress Craggs, mientras maese Craggs con mucha galantería presentaba su mano á mistress Snitchey.

Ambas damas aceptaron con preciosas sonrisas. No habia dia que no se representaran de estas escenas entre los dos matrimonios, los cuales fuera de esto vivian en los términos de la mas afectuosa estrechez; pero la mujer del "pérdido" Craggs y la del "trapacero" Snitchey habrian creido terriblemente comprometidos sus intereses respectivos si no se hubiesen esforzado por estimular á sus consortes con reiterados consejos. En tanto, el ave del paraíso se hacia reparable por su desasosiego desordenado y las campanillas repiqueteaban que era un gusto, mientras que maese Craggs, ya sin resuello, se preguntaba si la danza, así como la ley, era de veras una cosa "demasiado fácil."

El doctor con su alegre rostro se paseaba de grupo en grupo: rejuvenecíase y multiplicábase para obsequiar dignamente á sus convidados. Sin embargo, quemábale la tardanza de Alfredo, y por la vigésima vez fué á preguntar á Bretaña:

—¿No habeis visto, no habeis oido nada todavía?

—Harto oscuro para ver léjos, señor. Hay aquí demasiado ruido para oir, contestó Bretaña.

—¡Así es bueno! así celebraremos mejor su regreso. ¿Qué horas son, Bretaña?

—Las doce en punto, señor. Ya no ha de tardar.

—¡El hijo de mi alma! Puede que ya vea las luces de la casa.

Alfredo las veia en efecto, pues su carruaje torcia en este momento por la vieja iglesia. Distinguia ya las ramas de los árboles, que caian sobre los brillantes vidrios; traia á la memoria que uno de aquellos árboles se mecia armoniosamente bajo la ventana del aposento de Maruca en los dias de verano.

Empañáronse en lágrimas sus ojos; latióle el corazon tan recio que á duras penas resistia su emocion. ¡Cuántas veces habia pensado él en aquella hora, en todos los deleites de aquella hora, y qué de veces habia temido que no llegase nunca!

Entre tanto ya viendo las luces de la casa mas y mas distintas. Tiende las manos, tremola al aire su sombrero, como si las luces fueran sus amigos, como si sus amigos pudiesen verle: ¡grita, como si ellos pudiesen oirle!

Por fin, llega el carruaje cerca de las paredes del huerto, y después de mandar al postillon que pare, salta al suelo, escala la tapia y hállase en el antiguo verjel.

Un granizo menudo, duro y tupido cubria los árboles y colgaba de las ramas

en fúnebres guirnaldas que resaltaban al pálido resplandor de la luna. Las secas hojas sonaban bajo los pasos de Alfredo á medida que se acercaba él, pié ante pié, á la casa.

La desolacion de una noche de invierno cubria al cielo y la tierra; pero la roja luz de las ventanas llegaba alegremente hasta Alfredo. Muchas formas pasaban y volvian á pasar; heria sus oidos el murmullo de las voces, y ya le parecia distinguir la voz de su amada. Llegaba al umbral de la puerta cuando salió azoradamente una mujer, la cual á la vista de Alfredo retrocedió dando un grito.

—Clemency, ¿no me conoces?...

—No entres, respondió ella empujándole. Huid. No me preguntes por qué. No paseis adelante.

—Pues ¿qué sucede?

—No sé..... Me da miedo pensarlo. ¡Marchaos!

En este momento hubo mucho bullicio dentro de la casa. Retumbó un grito agudo y Engracia fuera de sí y trastornado el semblante se precipitó hácia la puerta.

—¡Engracia! ¿qué sucede, Dios mio! exclamó Alfredo asiendo en sus brazos á la jóven.

Mas esta, conociéndole, desasiéndose de sus brazos y cayó como muerta á sus piés.

Al punto una multitud desaforada salió de la casa, y en medio de la multitud conoció Alfredo al doctor, el cual corrió á él con un papel en la mano.

—¡Por Dios! ¿qué ocurre? exclamó Alfredo que arrodillado junto á la jóven desmayada queria leer en todos los semblantes. ¿Nadie, con que nadie quiere verme? prosiguió con desesperada agonía. ¿No hay quien quiera hablarme y conocerme? ¿No hay entre vosotros quien se preste á decirme lo que pasa?

La gente murmujeó:

—¡Se ha ido!

—¡Ido! replicó Alfredo.

—¡Se ha fugado, Alfredo! dijo el doctor con quebrantada voz y tapándose con ambas manos el rostro. ¡se ha fugado de casa! ¡nos ha dejado! ¡esta noche! ¡ha escrito implorando nuestro perdon!... ¡Se ha marchado!

—¿Con quien? ¿por dónde? exclamó Alfredo partiendo como para correr en persecucion de Maruca.

Pero viendo á la gente apartarse á su vista, contemplóla con hoscos ojos, tambaleó, luego volvió á caer á los piés de Engracia y tomó en sus manos una de las manos heladas de la doncella.

Tras esta escena vino el tumulto y la confusion: quien corrió por aquí, quien por allá; unos montaron á caballo, otros trajeron luces, pero nadie sabia lo que hacerse debia, porque no habia dejado huella alguna la fugitiva. Algunos amigos se llegaron á Alfredo para ofrecerle consuelos y tratar de conducir á Engracia dentro de la casa; pero estorbóselos él y permaneció en la misma actitud sin oirlos.

Espesa y fuerte caia la nieve. Miró Alfredo á la tierra cubierta con una sábana blanca, y dijose, pensando en Maruca, que la huella de sus pasos se borraria muy breve y que tambien se borraria su memoria; pero no sintió el desdichado la impresion del frio y se mantuvo en su actitud inmoble y desesperada.

LA CRUZ DE UN SEPULCRO.

POR LA SEÑORITA A. M. y G.

Era mediados de diciembre, la tarde moribunda, apenas permitia distinguir los objetos y un fuerte viento sacudia los árboles del cementerio de la parroquia del pueblo de L., á 8 leguas de Méjico. Agradable es el aspecto de este panteon, altos olivos y majestuosos fresnos están plantados al rededor de las tumbas de los sencillos habitantes de aquella poblacion.

En la tarde á que me refiero se vió llegar al pueblo de L. á un anciano, y dirigirse al panteon: allí se detuvo buscando una á una todas las sencillas lápidas de palo ó cantería y al fin allí se detuvo ante un sepulcro que estaba en el suelo cubierto con una losa verdosa y encajada una cruz de mármol gris y coronada de flores. El anciano examinó la losa y exclamó:

—¡Ella es! Pero esta cruz, estas flores, ¿quién las pondrá?

Como para responder á esta pregunta una mujer apareció en la puerta y se dirigió hácia la tumba de donde se apartó el anciano para examinar á la desconocida.

Esta era jóven y bastante linda, llamando particularmente la atencion sus cabellos de un castaño oscuro que la cubrian como un espeso velo.

La jóven se arrodilló ante la cruz de mármol, desató la corona marchita y puso otra de aromáticas y blancas rosas, cruzó sus manos y se entregó á la meditacion, de la que fué sacada por la voz del anciano que le dijo.

—Señorita, ¿conoció usted á mi hijo?

—¿A su hijo de usted, señor? respondió la jóven Angeles asombrada.

—Sí, señorita, esta tumba es de mi hijo, y al ver el interés de usted, porque usted es sin duda la que ha puesto esta cruz, al ver sus oraciones fervorosas ante este sepulcro, he creido que lloraba usted un amigo ó un hermano por las simpatías.

—No, nada de eso, replicó Angeles, ni aun ví una sola vez al que aquí reposa.

—¿Seria posible, señorita?

—Sí señor, no le conocí, pero el dia de su entierro estaba yo en la iglesia cuando ví llegar el ataud: ninguno le acompañaba, ni aun los curiosos del pueblo; pues como era por la mañana todos estaban en el campo: yo, sola yo, conmovida por este abandono, asistí á los funerales de este desgraciado, porque para mí juicio era muy infeliz el que no tenia ni un amigo que presenciara su sepultura. Un año pasó y todos los dias traia á la tumba unas flores y al fin le puse esta cruz.

El anciano enjugó sus lágrimas y dijo:

—Mi hijo, señorita, no mereció el morir léjos de sus parientes, pero Dios lo dispuso así: yo estaba muy enfermo y solo mandé pusieran esta losa verde sin pensar que tal vez podria confundirse con otra. Mi hijo tenia ya treinta años y era toda mi alegría; hoy pensaba trasladar su cuerpo al lugar de su nacimiento, mas no haré tal cosa, porque allí no habrá quien ponga una cruz en su sepulcro. Permita usted sea su compañero en las oraciones que hace por mi hijo, y ojalá sea usted quien ponga una cruz en mi sepulcro.

Méjico, enero 22 de 1852.

Escrito para la Semana.

EN EL CARNAVAL.—A UNA MASCARA.

Oye, gentil disfrazada,
¿Quién eres? dime, ¿quién eres?
¿Por qué entre tantas mujeres
Vuela á tí mi corazon?
¿Quién eres tú?... En tus ojos
La luz del sol resplandece...
Y mi pecho se estremece
Al sonido de tu voz.

¿Por qué mis sienes palpitan
Y se enturbia mi mirada?...
Dime, gentil disfrazada,
¿Qué influjo tienes en mí?...
He visto mujeres bellas
En mi borrascosa vida,
Mas nunca he sentido ante ellas
Lo que tú me haces sentir.

Arráncate esa careta
Que avara tu rostro encubre,
Y deja mire el poeta
Realizada su ilusion...
Bella debes ser... muy bella...
Porque es tu cuello de armiño,
Y tus lindos piés de niño,
Y tu talle... seductor.

¡Angel, ó mujer!... me hechizas...
Como al ave la serpiente
Tu viva mirada, ardiente,
Me atrae.... me arrastra á tí...
Y al tocar tu linda mano,
Y al beber tu dulce aliento,
No sé, no sé lo que siento...
Si es gozar ó si es sufrir...

Seas ángel ó demonio,
O mundanal hermosura,
¡Yo te amo!.. porque fulgura
En tus ojos viva luz,
Y esa luz que se desprende
De tus pupilas de fuego,
A mi corazon enciende
Porque le comprendes tú.

Sí, la luz es del talento
La que brilla en tu mirada,
Es la luz del pensamiento
Que altivo se eleva á Dios
Es esa luz misteriosa
Que el espíritu ilumina;
Es de la bondad divina
El mas grande y rico don.

Levanta solo un instante
Ese antifaz importuno...
No tengas temor ninguno,
Que aunque no fueras, mujer,
Tan bella cual te imagino,
Te adoraria entusiasmado
Porque ya me ha cautivado
Tu talento y tu altivez.

¡Cede á mi ruego!... ¿no quieres?...
¡Ah!... ya alzas la blanca seda...
No te conozco... pero eres
Mas bella que te creí.
Incitante y voluptuosa,
Tu boca es nido de amores,
Y tu mejilla una rosa,
Y tu alba frente un jazmin.

No te conozco... me dices
Que á mi amor tu amor responde,
Pues bien, seremos felices,
O desgraciados los dos...
Con entusiasmo infinito
Te adoraré si me adoras...
Mi porvenir está escrito
En *tu engaño ó en tu amor.*

Con tu amor... me alzaré osado
Y conquistaré alto nombre;
Con tu engaño... desgraciado
Seré... *tal vez criminal.*
QUIERO EL TODO POR EL TODO
Me has dicho; pues bien, juguemos...
Si eres falsa.... olvido y lodo...
Si eres fiel.... nombre inmortal.

Méjico, 1852.

LOS TELÉGRAFOS.

POR ASMODEO DE BAST.

Tambien en el arte de corresponderse desde léjos y con rapidez por medio de señales son nuestros maestros los antiguos. Los sirios, los medos, los egipcios, los judíos y los chinos, han aventajado mucho la ciencia del mudo lenguaje de los signos. Los persas, durante la guerra médica, se comunicaban así con perfeccion maravillosa; llegaban en dos dias á Luza las noticias de Atenas, y hoy se sabe que en China el gobierno central de Pequin en unas cuantas horas se impone de lo que pasa en diversos puntos fronterizos del celeste Imperio.

El príncipe de los poetas, Homero, habia en la Ilíada de ciertas señales de fuegos de que se servian los griegos para atacar á los troyanos ó para rechazar las salidas de los soldados de Príamo. Pero Eschiles, en su tragedia de Agamenon, es todavía mas explícito. La nueva de la toma de Troya comunícala á Clitemnestra un vigía que ha estado diez años espiando el momento solemne en que una lumbre encendida en el monte Ida y repetida de distancia en distancia lleve á Argos la certeza del feliz suceso.

El historiador Polibio asegura que Filipo, rey de Macedonia, padre de Perseo, dió mucho incremento al arte de las señales. Las explicaciones que da Polibio conducen naturalmente á pensar que el sistema telegráfico de escribir era conocido de los macedonios.

César parece que fué el primero de los generales romanos que se sirvió de señales para reunir los diversos cuerpos de su ejército, y tal vez á los galos fué á quienes debió esta importante mejora para la unidad del mando, la uniformidad de los movimientos y la rapidez de las marchas; pues los galos en efecto se comunicaban desde largas distancias por medio de ciertos gritos cuyas misteriosas sílabas no eran conocidas sino de los dróidas[1] y de los jefes supremos de la confederacion gala. César, cuyo vasto entendimiento no perdia ocasion alguna de triunfar, comprendió todo el partido que podia sacar de esta correspondencia aérea, y adoptó la TELEGRAFÍA[2] de las Galias, así como habia hecho que el senado romano adoptase las armas, la disciplina y los dioses de aquellos mismos.

César en sus Comentarios dice que un suceso que habia ocurrido en Orleans al apuntar el dia, era sabido en Auvernia á las nueve de la noche. El pensamiento de aquellos pueblos á quienes los romanos llamaban bárbaros, habia corrido un espacio de mas de ochenta leguas en quince horas, mientras las cartas de César al senado no llegaban á Roma, en las estaciones mas favorables, sino en siete dias y medio. ¿De qué lado estaba la barbarie?

Desde entónces los romanos levantaron, de distancia en distancia sobre los ca-

1 Sacerdotes.
2 Arte de construir, dirigir, observar los telégrafos; conocimiento de las señales, de los signos telegráficos.

minos magníficos de que surcaban las regiones que conquistaban, unas torres en que se mantenian unos atalayas encargados de comunicar las señales que percibian. Un bajo relieve de la columna trajana atestigua hasta el dia de hoy el empeño sumo de los generales romanos por este cambio importante de comunicaciones: este bajo relieve representa en todos sus pormenores una atalaya telegráfica y distínguense en él muy bien no solamente los soldados que espian las señales de la torre inmediata, sino tambien las poleas y los cables que deben servir á repetirlas á lo lejos.

Se ha dicho que el arte de las señales habia desaparecido en la edad media; pero esto es un error. Los griegos de Constantinopla no eran hombres de olvidar unas operaciones mecánicas ó vocales que podian servir á la duplicidad y á la traicion, así como á las leales proezas de los guerreros. San Luis, en la toma de Tiro y de Cesarea en 1251, se sirvió de señales para llamar á sí á un cuerpo considerable de cruzados que operaba en otro punto de la Palestina: consistian estas señales en una cruz de raso rojo que se elevaba al aire de la misma suerte que los muchachos empinan en el dia sus cometas, y unos agudos gritos del pífano, de los cuales cada arpegio tenia una significacion conocida de antemano.[1] Además los árabes por el mismo tiempo se comunicaban á distancias enormes por medio de banderas, luces y *clarinadas*.

En el siglo quince un fraile nombrado Tritemo publicó un sistema de *estenografía*[2] para trasmitir noticias á cualquiera distancia, con el auxilio del fuego. Por desgracia la obra de este fraile se perdió en el saqueo de un monasterio de Lorena, y las pesquisas de los sabios para hallar las copias, que verosímilmente existen aun, han sido hasta el dia infructuosas.

El invento de la telegrafía pertenece pues á los tiempos modernos, y á la Francia es á la que deberá el mundo este útil cuanto ingenioso descubrimiento.

A fines del siglo diez y siete el sabio académico Amontons tuvo la idea de aplicar los telescopios á los telégrafos: propuso emplear los anteojos de larga vista á la observacion de señales que representasen las letras del alfabeto para los que tuvieran la clave de su sistema, cuidadosamente explicado en varias memorias que publicó sobre el particular; pero los ensayos no correspondieron á lo que generalmente se esperaba, y como en 1676 los descubrimientos científicos no salian del recinto de las academias, la idea fecunda de Amontons quedó enterrada en el polvo de las bibliotecas.

Un siglo despues, en 1784, el profesor Bergstrasser, de Hanóver, publicó un tratado de *sintemetografía:* evidentemente el sabio hanoveriano habia tenido conocimiento de los trabajos del académico francés. La Alemania leyó, discutió, disputó, escribió á favor y en contra del sistema de Bergstrasser, hasta que las sesudas cabezas del otro lado del Rin declararon impracticables las ideas del hanoveriano. La Inglaterra, á la cual servia ya de desembarcadero el Hanóver, adoptó el sistema de Bergstrasser, dió al autor una suma de cinco mil libras esterlinas[1] á título de ayuda, se hizo dueña de la teoría y la perfeccionó, con mucha sorpresa para los gaceteros y los sabios alemanes que se dolian de que la Inglaterra malgastase así su dinero.

1 Está averiguado con el juego del *conecta (pescete)* data del siglo doce y se sabe que en los ejércitos de la cruzada los que hacian el oficio de correos eran los servidores ó siervos de los príncipes que comandaban las tropas. El empleo de estos correos es el que usurparon las cruces de raso echadas al aire y sostenidas con cuerdas.—*N. del A.*

2 O TAQUIGRAFÍA, arte de escribir con tanta velocidad como se habla, usando de ciertas figuras y notas.

1 *Amontons.*

2 Veinticinco mil pesos.

Como quiera, los trabajos de Amontons y de Bergstrasser no apresuraron el nacimiento oficial del arte telegráfico. La Francia, con ese soberbio desden que la distingue para con sus hijos, ignoraba hasta el nombre del modesto y paciente académico que habia querido enriquecerla con una idea maravillosa y la Inglaterra, satisfecha con haber gratificado á un extranjero por el descubrimiento de un instrumento cuya importancia política no habia medido todavía, se pavoneaba entre su azúcar y su canela, sin mirar á sacar provecho de su compra.

A la revolucion francesa estaba reservado el adoptar la ciencia telegráfica y asociarla á sus grandezas y á sus victorias.

Varios sistemas de trasmision de palabras ó signos habian sido presentados á la Convencion; pero el 22 de marzo de 1793 se fijó esta asamblea en el método de que era autor el abate Chappe.

No era este sugeto ni un sabio, ni un académico siquiera: era simplemente un hombre serio, paciente, sagaz, muy inteligente y muy constante en el trabajo, y que no debia su descubrimiento sino á una feliz casualidad. Cuando se hallaba en el seminario tuvo la ocurrencia, para comunicarse con sus hermanos, que estaban en una pension que quedaba enfrente de sus ventanas y á una distancia considerable, de componer un tren completo de *telegrafía* y de inventar unas señales. Esta misma teoría y práctica, perfeccionadas peregrinamente por el célebre relojero Breguet, fueron las que el abate Chappe y su hermano ofrecieron á la Convencion el 22 de marzo de 1793. La Convencion no desperdiciaba el tiempo siempre que se trataba de consagrar por una sancion legislativa una conquista útil á la República: el 24 de abril Lakanal, relator de la comision nombrada para examinar el sistema del abate Chappe, da cuenta de los experimentos que se han hecho en una línea de nueve leguas; estos experimentos han dado buen resultado, y se ha calculado que un parte de Paris á Valenciennes podia despacharse, trascribirse y publicarse en trece minutos y cuarenta segundos. Llueven aplausos de todos los puntos de la cámara, y en sesion permanente la asamblea vota por entusiasmo los fondos necesarios para formar la primera línea; confíase su direccion al ministro de la guerra, y el abate Chappe recibe el título de ingeniero telegráfico con sueldo de subteniente de ingenieros. Era mezquina la recompensa, pero la fiebre cívica que inflamaba á todos los corazones daba un precio considerable á los espartanos testimonios de la gratitud legislativa.

En 1794 quedó concluida la línea telegráfica de Paris á Lila: por una feliz casualidad la primera noticia que por ella se trasmitió al gobierno fué la del recobro de Condé por las tropas republicanas. Apenas ha entrado en la plaza el último soldado francés, cuando la Convencion se impone del glorioso suceso: al punto decreta la Convencion al EJÉRCITO DEL NORTE "benemérito de la patria," y que Condé en lo sucesivo se nombrará NORTE LIBRE. Una hora despues de la votacion, el presidente anuncia que el decreto ha llegado á su destino, y que todo el mundo, ciudadanos y soldados, le vitorea. Esta fausta patriótica y científica suerte el efecto que de esperarse era, y la Convencion decreta luego otras líneas para comunicar á Paris con las fronteras, á fin de cimentar mas y mas la unidad del gobierno de Francia.

No tuvo bastante vida la Convencion para establecer las líneas que habia votado, para crear todas las que deseaba crear, pero sí tuvo ella la gloriosa iniciativa de un beneficio que valia mas que veinte batallas ganadas.

En 1798 la línea se extendió hasta Dunquerque. Bonaparte la prolongó en 1803 hasta Bruselas con ramales sobre Bolonia. En 1809 y 1810 se le añadió Amberes y Amsterdam.

La línea de Estrasburgo se había formado en 1798 y ramificado hasta Huninga. La línea de París á Brest data del mismo año. En 1799 el Directorio dispuso la línea del Mediodía que paró en Dijon. En 1805 el emperador la prolongó hasta Milan y en 1810 hasta Venecia. La restauracion dispuso la línea de Leon á Tolon, etc.

La *telegrafía* que hoy se usa es con corta diferencia la que perfeccionaron los hermanos Chappe y Bregnet.

En 1843 se trató de fundar telégrafos nocturnos, pero no ha vuelto á hablarse de ellos.

Los telégrafos no siempre comunican noticias políticas: en estos últimos tiempos se ha preguntado si no deberia ponerse á la disposicion de los particulares y al servicio de sus intereses, de sus antojos y de sus placeres. Ignoramos si semejante pregunta se ha hecho con seriedad; pero lo que sí sabemos es que el gobierno tan estúpido que diera oidos á los deseos del agiotaje político ó del agiotaje puramente comercial no tardaria en arrepentirse de su debilidad, pues confiar una fuerza pública tal como el telégrafo á las manos del primer quidam que tuviese con que pagarle, seria tanto como ofrecer como presa á la audacia de un incendiario ó de un asesino, el honor, la gloria y la libertad de la patria. ¡Líbrenos Dios de los telégrafos *ómnibus* y del telégrafo nocturno!

En los tiempos serenos, bajo la autoridad de un gobierno regular, el destino del telégrafo es prestar servicios inmensos. El alma, la unidad del poder público se manifiestan como quien dice, merced á él, hasta los puntos mas distantes del territorio. Con él, en los tiempos de guerra, puédese animar el espíritu público, improvisar batallones en una hora, organizar la victoria; pero en una época de trastornos, de incertidumbres políticas, de facciones, digámoslo francamente, el telégrafo es inútil si es que no estorba.

"La *telegrafía*, ha dicho M. Denys, es de todos los resortes que emplea el gobierno, uno de los mas poderosos, así como es el mas rápido. Hoy es la seguridad del Estado, su fuerza administrativa..... segun nosotros, y para todo el que lo ve despacio, el telégrafo viene á ser, en la organizacion social, la expresion mas activa del ingenio de la civilizacion."

Conformes, pero ¿el honorable M. Denys tenia presentes, al escribir estas líneas, las sumas dificultades de los tiempos en que vivimos? ¿tenia él presentes á esos malvados, gladiadores pagados de todos los partidos que de ordinario auguran el pillaje y el incendio de los monumentos públicos con la destruccion de los telégrafos? ¿No ha comprendido él, con la historia en la mano, que la suma civilizacion toca muy cerca á la suma barbarie, y que mucho antes de ser vencidos por los suevos, los francos, los gépidos y los germanos en el campo de batalla, ya lo habia sido el pueblo romano en el Foro por los soldados pretorianos y el populacho de Constantinopla? Las invenciones, aun las mas sublimes, no salvan á las naciones; Arquímedes, con todo su ingenio, no logró escapar á Siracusa de un sangriento asalto, y los telégrafos aunque llevan consigo el gérmen de la civilizacion, no dilatarán la decadencia de la Francia, si la hora señalada por los inmutables decretos de la Providencia llega á sonar.

Los antiguos sistemas de mejora de la *telegrafía* no han apagado la sed de *locomocion*[1] moral y animal que consume á nuestra vieja sociedad. Se ha buscado

[1] Facultad de moverse.

en la electricidad un medio mas rápido de comunicacion y se ha encontrado.

¡Cosa extraordinaria! la *telegrafía* eléctrica habia sido controvertida en algunas academias antes de 1790, y ocupábanse con ella en España en 1796. El establecimiento de los caminos de hierro ha hecho revivir la idea de aquella ciencia y la ha puesto mas en boga porque la vecindad de los *ferrocarriles* hacia menos onerosa su ejecucion. Se han construido pues telégrafos eléctricos en Munich, en Bélgica, á lo largo del camino de hierro de Londres á Bristol, y los señores Weathstone y Cooke á quienes se debe esta aplicacion del electromagnético han acabado unos algunos años hace, de Pádinton á Eslú á lo largo del principal camino de hierro occidental.

Su tren se compone de alambres sostenidos por estacas en todo el camino y que sirven de conductores: hácense las señas con el auxilio de agujas magnéticas adaptadas á un cuadrante en el cual figuran las letras del alfabeto y otros signos. La trasmision del flúido eléctrico por medio un pequeño aparato galvánico hace tomar la misma posicion á las agujas colocadas en las dos extremidades de la línea, de suerte que el signo indicado en una de ellas con la mano se repite naturalmente en la otra. Para dar el aviso al *estacionero*, un pequeño martillo sospesado por una corriente eléctrica hiere sobre una campana.

Este sistema que es capaz de perfeccionarse aun tiene en sí un grande inconveniente, á saber la facilidad con que puede ser destruido por accidente ó por maldad. Basta en efecto con que se rompa uno de los hilos para cortar toda comunicacion entre dos apostaderos. La prueba de esta triste posibilidad se ha palpado en Paris cuando los sucesos de 1848. El telégrafo eléctrico que sigue el camino de hierro de Ruan fué mutilado, y ruaneses y parisienses se encontraron de repente en tres siglos de atraso; pues el flujo de la barbarie sube mas aprisa que el de la civilizacion, y un hombre civilizado que halla su esperanza frustrada se vuelve mil veces mas estúpido y mas torpe que el hombre bárbaro que desde su infancia se ha familiarizado con los accidentes, defectos necesarios de su impotencia.

Desde diciembre del año pasado está establecido de Inglaterra á Francia un telégrafo llamado submarino, porque su línea corre debajo de la mar atravesando el canal de la Mancha: compónese de cuatro alambres de cobre encerrados en hule, entretejidos con un número correspondiente de cuerdas de cáñamo, formando, con una mezcla de alquitran y sebo, una cuerda de cosa de una pulgada de diámetro; otra cuerda preparada de la misma suerte rodea este cordon; por último, diez alambres de hierro galvanizado del grueso de un tercio de pulgada, están entrelazados al rededor de este cuatro. Esta cuerda tiene veinticuatro millas de largo y pesa ciento setenta á ciento ochenta toneladas (3,400 á 3,600 quintales).

En nuestra república el infatigable empeño del señor don Juan de la Granja ha logrado establecer una línea telegráfica electromagnética de Puebla á esta capital de la Confederacion, y de la cual se están palpando los mejores efectos.—RR.

ERRATAS.

En la página 348, columna 2ª, lín. 17 en lugar de *ecce-homo* debe ser ECCEHOMO. Y en la línea 45 en lugar de *á parte* debe ser APARTE.

LA PRIMAVERA.

Viene por fin, y se presenta tan pura como las ideas de un niño, á nadie olvida en sus dones bellos, enriqueciendo el orbe con sus grandes y vistosas galas. La tierra al punto que su influjo siente, abre su seno y con plantas tiernas cubre su suelo. Recorred los campos; los vereis con una alfombra de verdura llenos. Aquí el tomillo y el alhelí amarillo de oblongas hojas, se mezclan siempre, y cási ocultan á la modesta flor del pensamiento; mas allá, al borde de un riachuelo, crecen y vegetan los lirios tiernos, ranúnculos y anémonas que á la sombra de los sauces y sabinos, orgullosos elevan sus fálicas débiles, mecidos solos por los húmedos céfiros de la corriente.

Pero ¿no eres tú quien las anima? Sí, que por tu medio y en un tiempo, quiso EL QUE ES que aparecieran teñidas como el iris, brillantes como estrellas las corolas de las flores, y que respirando exhalaran suavísimos perfumes que nos adormecen con su intensa accion en los sentidos.

Tu poder alcanza en tus mágicos misterios, hasta las altas rocas, que á tu soplo se cubren de helechos que ya rastreros, hacen mucho contraste con otras que se elevan hácia el cielo; y si algun arbusto sufrió y vivió despues de los crudos rigores del invierno, su parduzca corteza se cubre con amarillosos líquenes que ávidos extraen el jugo de la vida de aquel que los sostiene.

Y ¿qué diremos cuando en torno de las flores voltejean mil y mil pintados pajarillos que gorjean al verse entre los tallos y que volando con movimiento rápido sobre umbelas de agapantos, saltan ya de uno al otro ramo?.... Entonces viven solo por tí, porque despues que los vegetales con sus verdes hojas ya no los sombrean, dejan algunos de existir y otros buscan en climas muy lejanos otra primavera que así se acomode á su vida.

¡Con cuánto placer se vive entre las flores, y se contemplan los débiles insectos que pasan cual meteoros, dejando oir un leve zumbido que *armoniza* con el cási no percibido sonido de las hojas mecidas por las brisas!

¡Cómo late el corazon al percibir entre los ramajes una delicada avecilla, que solícita alimenta sus polluelos; que al verla, se mueven y dirigen piando hácia la que con tanto amor los cuida, y que si fueran perseguidos, gustosa cediera su vida!

Llega por fin, dichosa y mágica estacion; llega, que los campos fértiles de mi país hermoso solo te aguardan: ven y ma-tiza sus extensos valles, que mi alma se eleva de Dios á sus regiones cuando los veo floridos; ven y despiértale del letargo en que se halla adormecido, y que semejante á las oasis del desierto, se oigan las voces de encantadores huríes que en medio de bosques de jazmines eleven sus célicos cantares en honor siempre de la patria mia.

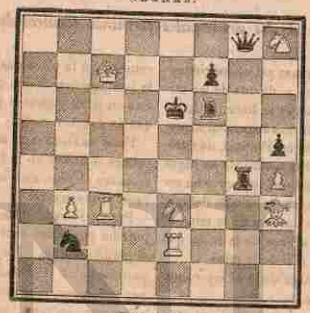
Guanajuato, febrero 23 de 1852.

EULOGIA ZAMARRONI.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

II.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas han de ganar en tres juegos.

Partida jugada por las sociedades de Estocolmo y Upsala.

BLANCAS.	NEGRAS.	BLANCAS.	NEGRAS.
1. PdR 2c	PdR 2c	13. AdDáR 3d T	DtPdR
2. CdR 3d A	CdDáA	14. CáR 2d D	PdD 2c
3. AáA 4d AdD	AáA 4d AdD	15. TdDác R	PdDtA
4. PdC 4d Dc	AtPdCdD	16. CtP	DáA 4d D
5. PdA 4d D 1c	AáA 4d TdD	17. AtC	TáC d R
6. Roque	AáR 3d CdD	18. CtA	DtD
7. PdD 3c	DáR 3d R	19. PdTtD	PdTtC
8. PtPdR	CdDtP	20. AáC 6d D	AáR 3d R
9. CdRtC	DtC	21. AtPdA 4d D	TdDáC d A 4d D
10. DáR 3c d D	DáA 4d TdR	22. AtP	TdDtP
11. PdR 1c	CdRáR 2d R	23. PdC 4d D 1c	
12. R á c d T	Roque		

TABLAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA I.

BLANCAS.	NEGRAS.	BLANCAS.	NEGRAS.
1. R á 4d T d D	R á 2d C	3. R á 6d A d R	P 1c
2. R á 5d C d D	R á c d T	4. R á 7d A d D, jaque y mate.	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AJEDREZ.

III.

Explicacion de los principales términos técnicos del ajedrez.

ENROCAR. Llámase así un movimiento particular del rey y de una de las torres, el cual movimiento se hace por lo regular para poner en mas seguridad al rey. El método adoptado en Francia, de enrocar con la torre del rey, consiste en jugar la torre á la casa del alfil del rey y en colocar al rey en la casa del caballo del rey; y para enrocar con la torre de la reina se coloca la torre en la casa de la reina y el rey en la casa del alfil de la reina.

JAQUE es una carga dada al rey con una pieza ó un peon.

JAQUE SIMPLE es el que se da cuando no está herido sino de la pieza jugada.

JAQUE POR DESCUBIERTA es cuando el rey está herido, no de la pieza jugada, sino sí de la que queda descubierta con el movimiento de aquella. Por ejemplo: puesto el rey negro en la casa de la torre del rey, una torre blanca en la quinta casa del rey blanco, un alfil blanco en la cuarta casa de la reina blanca; si se juega la torre á la cuarta casa del rey, se da JAQUE POR DESCUBIERTA al rey negro con el peon blanco.

JAQUE DOBLE se hace cuando está herido á un tiempo de la pieza jugada y de la que está descubierta; por ejemplo: puestas las piezas como antes, juéguese la torre á la 5ª casa de la torre del rey blanco, y entonces la torre, lo mismo que el alfil, dan jaque al rey negro.

JAQUE Y MATE. Cuando el rey está herido de suerte que no puede librarse sea comiendo á la pieza que le hiere, sea con la interposicion de otra pieza, se dice que está en MATE y gana el partido el jugador que da JAQUE Y MATE.

PEON TRASPENADO se dice cuando dos peones se hallan en la misma columna, y entonces el peon mas avanzado se llama PEON TRASPENADO.

PARTIDO NULO. Cuando ni uno ni otro jugador puede dar mate á su adversario, el partido es nulo. Hay varias suertes de partidos nulos: 1º Cuando no hay ya fuerzas suficientes, como un rey ó un caballo solamente, un rey y dos caballos, etc.; 2º Cuando aun habiendo fuerzas suficientes, no se conoce la manera de dar mate en el límite de los cincuenta lances exigidos por las reglas del juego; 3º Cuando hay jaque perpetuo; 4º Cuando los dos jugadores juegan la defensa; 5º Cuando ambos jugadores tienen las mismas fuerzas, como una reina, una torre, etc., etc.; 6º Cuando uno de los reyes está forzado.

ENTREGADA. Cuando una pieza está atacada por otra pieza se dice que está expuesta ó herida de la pieza que la ataca. Entregar una pieza es jugar de manera que pueda el adversario comérsela.

GANAR EN EL CAMBIO. Cuando un jugador come una torre perdiendo un alfil ó un caballo, se dice que GANA EN EL CAMBIO.

GAMBITO. Llámase así un principio de partido muy particular, en el que un peon es sacrificado al segundo lance por el primer jugador. Hay dos gambitos principales, el del rey y el de la reina. Llámase gambito del rey aquel en que comenzando cada jugador por avanzar á dos casas el peon del rey, el primer jugador avanza después á dos casas el peon del alfil del rey, al cual come el segundo jugador con el peon de su rey. El gambito de la reina se juega de la misma manera con los dos peones de las reinas y el peon del alfil de la reina.

PEON DEL GAMBITO. En los gambitos, el peon del rey ó de la reina del segundo jugador, despues de haber comido al peon del alfil del rey ó al del alfil de la reina del primer jugador, se llama PEON DEL GAMBITO.

COMPONGO. Expresion de que se usa cuando se toca una pieza sin tener intencion de jugarla.

PIEZAS SECUNDARIAS son los alfiles y los caballos.

PEON PASADO es aquel al cual no estorba un peon contrario el llegar á su 8ª casa, en el concepto de que es preciso que el adversario no tenga peon alguno en la misma columna ni en las columnas adyacentes ó confinantes.

HACER IR UN PEON A DAMA es cuando un peon, llegado á la 8ª casa de su columna, adquiere entonces la fuerza de una reina, de una torre, etc.

TABLAS. Cuando un jugador, teniendo que jugar, se encuentra situado su rey de tal suerte que no puede jugarle sin entregarle y que al mismo tiempo no tiene otra pieza ó peon que pueda marchar, se dice que el partido se ha hecho tablas y es nulo.

COGER AL PASO. Colóquese un peon negro en la 2ª casa del caballo de la reina negra, y un peon blanco en la 4ª casa del alfil de la reina negra: es evidente que si se avanza á una sola casa el peon negro, podrá comerle el peon blanco; pero si se avanza á dos casas, puede tambien ser comido por el peon blanco de la misma manera que si le hubiese avanzado á una casa: eso se llama COGER AL PASO, porque el peon pasa por encima de una casa atacada por el peon del contrario. Adviértase bien que aquí no se trata mas que de los peones, pues las demás piezas no pueden ni comer ni ser comidas AL PASO.

LA SOCIEDAD DE LOS AHORCADOS.

Ahora unos diez años contaban los periódicos ingleses una peregrina aventura trágica, de la cual uno de sus principales actores fué aprendido en Paris á principios de agosto del año pasado (1851).

El caso era un doble crimen cometido en los términos siguientes:

El doctor Faust-Werther, de Stuttgard, habiendo alcanzado de la suprema corte de justicia la licencia de que se le entregara el cadáver de un ahorcado para hacer en él estudios frenológicos[1], le mandó trasportar á su gabinete, verdadero laboratorio de un astrólogo de la edad media.

Era el sugeto un pícaro de los mas redomados, un bandido completo, que bien habia merecido la horca.

En presencia del cadáver, púsose el doctor Werther á palparle los bultos, con

[1] Frenológico es lo que pertenece á la FRENOLOGÍA ó parte de la metafísica que tiene por objeto el estudio de las facultades intelectuales.

el ánimo de sacar embustera á la frenología: el bulto de la inocencia predominaba de una manera triunfante, con lo cual el doctor admirado se habló poco mas ó menos estas razones:

—¿Sería posible que ya no fuera positiva la ciencia? ¿Habrá mentido Gall, ó se habrá engañado?

Mientras hacia este soliloquio, practicó una incision en el cuello del reo que todavia estaba calientito, pues habíansele entregado acabado de ajusticiar. No bien comenzaba la operacion el doctor cuando le distrajo la llegada de un diplomático, viejo él, que iba á consultarle: dejó el cadáver para recibir á la visita y pasó con ella á una pieza inmediata.

Durante este intermedio el ahorcado habia vuelto en sí: el aire que se habia entrado seguramente por el músculo esterno-clavicular le habia restituido la vida poco á poco. Echa la vista en torno de sí, y admírase de encontrarse en un paraje de apariencia extraña pero cómodo. Levántase entonces, dió varias vueltas, tocóse varias veces, estancó la sangre que le salia de la herida que en el cuello tenia, púsose la ropa que á la mano encontró, apoderóse de un reloj y de algunas otras cosas y ya estaba buscando el modo de escurrirse, cuando volvió el doctor.

Llenóse este de horror al ver en sus dos piés al ahorcado.

—Caballero, díjole el ahorcado advirtiendo su terror, bien sabe usted lo que soy yo: dos horas há era yo un malvado consumado; pero en este momento, agregó mirando al reloj...

—Es mi reloj, dijo el doctor.

—Bien puede ser, prosiguió el bandido; pero desde ayer pasan cosas tan extrañas por mí, que suplico á usted, que debe saberlo, me explique si estoy vivo, ó si estoy en el paraiso ó en el infierno.

El doctor á esto refirió al ahorcado cómo por interés de la ciencia habia logrado que le diesen su cadáver.

—La ciencia ignora lo que yo sé, exclamó el pretenso ahorcado, y he merecido vivir, pues puedo revelar á usted cosas muy peregrinas. Mucho se ha dicho siempre de los deleites de un ahorcado, pero no hay quien haya podido describirlos: usted si lo podrá, pues yo se los diré. Imagínese usted los deleites del cielo y los tormentos del infierno todo á un tiempo, etc.

—Ya tenemos asegurada nuestra suerte, exclamó de pronto el doctor, te creen muerto, y te quemarás conmigo.

A los ocho dias de esto el doctor Faust-Werther llegaba á Londres, donde no tardó en establecer la famosa Sociedad de los Ahorcados; y cuantos *excéntricos* habia en Londres no tardaron en filiarse en ella.

Muchos hombres llevados de la curiosidad concurrian á la casa del doctor en busca de las emociones de la ahorcadura. Colgados por el tiempo preciso, sentian unos éxtasis que arduo seria describirlos.

El doctor con reloj en mano, contaba los minutos y las pulsaciones, y al punto que consideraba que la muerte iba á suceder á la vida, mandaba á su ayudante, que era el mismísimo ahorcado consabido, que cortara la cuerda.

La policía de Londres, el dia menos pensado, mandó cerrar el establecimiento del doctor Faust-Werther y aun él recibió órden de salir de Inglaterra inmediatamente.

Entre los clientes mas asiduos de la Sociedad de los Ahorcados, el mas notable era lord Q..., el cual en cuanto supo que el doctor salia de Inglaterra quiso acompañarle.

Bajáronse los dos viajeros en una posada de Duvres. Después de una opípara cena, lord Q... pidió sus postres; pero por efecto de una humorada de gran señor quiso que el doctor le secundase: cedió este, y siguiendo el ejemplo del lord hizo que el facineroso de Stuttgard le colgase en compañía de aquel, recomendándole que tuviese mucho cuidado de cortar la soga dentro del término que le designó.

Mientras el doctor y el lord hacian su chistoso duo de ahorcadura, el fielísimo criado pilló los billetes de banco y las alhajas de ambos y tomó el portante.

Al dia siguiente el mozo de la posada, al entrar en el aposento para asearle, se encontró con los dos cadáveres.

Uno de los últimos dias de enero del año pasado (1851) aprendióse un pordiosero en las calles de Paris: ciertos papeles en inglés que se le hallaron dieron lugar á una averiguacion minuciosa, de la cual se sacó en claro que el tal pordiosero habia gastado en Paris considerables sumas; que habia vivido durante bastante tiempo con todos los visos de hombre acomodado, pero que en fin, habia caido en la mas completa miseria.

Creyóse al pronto que seria alguno de los falseadores que años atrás habia puesto en circulacion unos billetes falsos del banco inglés, y dióse aviso á la policía inglesa, la cual envió uno de sus agentes á Paris. En suma, el misterioso mendigo se ha descubierto ser el malhechor de Stuttgard, asesino del lord Quawkerson y del doctor Werther, y se le ha despachado á Londres.

ECONOMIA DOMESTICA.

BOLSITAS DE OLORES.

Tómese: de lirio de Florencia, cuatro onzas; de cálamo aromático, dos onzas; de sándalo citrino, dos dracmas; de clavos de especia, dos dracmas; de benjuí, cuatro dracmas; de bergamotas verdes ya secas, una onza. Hágase todo polvo grueso.

Hágase una ó mas bolsitas de papel, de seda ó de otra tela, y llénese con el polvo que se tiene dispuesto.

Sirve esto para aromatizar la ropa y los muebles, entre los cuales se pone la bolsita. Muchas señoras la traen en el seno ó en sus faltriqueras.

OTRO COMPUESTO MAS SENCILLO.

Rosas secadas á la sombra, ocho onzas; clavos de especia quebrantados, cuatro dracmas; nuez moscada tambien quebrantada, cuatro dracmas.

El incienso, la mirra, el ámbar gris, el estoraque, el macias, el sándalo citrino solos ó mezclados pueden servir á componer bolsitas.

AGUA DE BOTOT PARA LA BOCA

Grana en polvo, media dracma;
Anís verde en polvo, una onza;
Canela machacada, media dracma;
Clavos de especia machacados, media dracma.

Mézclese todo en una botella, que contenga poco menos de media azumbre de aguardiente muy fuerte, sacúdase esta botella durante veinte dias. Pásese todo por papel de estraza, y cuando ya lo esté, añádasele

Esencia de yerbabuena, media dracma;
Alcohol de ámbar, media dracma.

Tápese bien la botella cada vez que se saque de ella el AGUA DE BOTOT para llenar una botellita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA BATALLA DE LA VIDA.

HISTORIA DE AMOR

POR CARLOS DICKENS.

TERCERA PARTE.

Seis años mas de edad tenia el caduco mundo desde la noche consabida del regreso.

Érase una calurosa tarde de otoño, y habia llovido con temeridad. De súbito rompió el sol las nubes é iluminó el antiguo campo de batalla, el cual reflejó los alegres rayos del astro del dia en los ribazos vecinos.

A la entrada del vecino lugar, una pequeña posada cómodamente abrigada con un olmo vasto adornado de un banco circular demasiado angosto para los ociosos, presentaba al viajero su alegre frontis y silenciosamente le prometia un afectuoso recibimiento. Las cortinas encarnadas del piso bajo y las cortinas blancas de los cuartos superiores parecian decir cada vez que soplaba la brisa:

—¡Entrad!

En los postigos verdes, se leian muchas lindezas de cerveza, de vinos generosos y de buenas camas. Estaban las ventanas ataviadas con flores sembradas en tiestos de un rojo sobresaliente, y que resaltaban con primor sobre la blanca fachada de la casa. En el umbral de la puerta veíase el honrado bulto del huésped, hombrecillo rechoncho que se mantenia de pié, metidas ambas manos en las faltriqueras y suficientemente abiertas ambas piernas para manifestar una seguridad perfecta en punto á las comodidades de su casa.

La pequeña posada en su orígen habia adoptado un rótulo bastante peregrino: llamábase El Rallo de Moscada. Debajo, habia escrito en letras de oro el nombre de Benjamin Bretaña.

Examinando de cerca la cara del posadero, que se mantenia en el umbral de la puerta, se habria conocido á media vista á Benjamin Bretaña, tal cual cambiado por el tiempo, pero cambiado en provecho suyo. Era él con todas veras lo que se llama un huésped agraciado.

—Mistress Bi tarda, díjose mister Bretaña; ya es hora de tomar el té.

Mientras llegaba mistress Bretaña, púsose él á pasearse de arriba abajo delante de la casa, á la que de vez en cuando echaba la vista con ufanía.

—Esta es de seguro, hablaba consigo Benjamin, la casa donde yo pararia con todo gusto si no fuera su dueño.

Luego fuese hácia la valla de su huerto y dió una ojeada á sus dalias que habia maltratado la lluvia.

—Preciso será teneros presentes, dijo Benjamin; hablaré de vosotras á mi mujer, ¡cómo tarda!

La mujer de mister Bretaña era tan rigorosamente su mitad, que durante la ausencia, la otra mitad de él mismo estaba completamente amodorrida y caida de ánimo.

—Y no era cosa lo que tenia que hacer,

díjose Bretaña. Unas comprillas en el mercado, y parad de contar. ¡Ah! ¡por fin, ya está aquí!

Un carromato guiado por un mozo acababa de avistarse á la vuelta del camino. En el asiento delantero venia sentada un mujer rolliza rodeada de canastas y bultos de todo género. Su buena y gozosa cara expresaba un contento perfecto y se mecia de aquí para allí, al grado de los saltos del carruaje. Al punto que el vehículo hubo parado á la puerta del Rallo de Moscada, un par de zapatos bajó del estribo y se deslizó en los brazos abiertos de mister Bretaña, luego cayó en el empedrado con una pesadez que no podia menos de ser propia de los zapatos de Clemency Newcome.

Eran en efecto los suyos, en los cuales apareció ella en persona con su honrada cara y sin novedad.

—¡Qué tarde vienes, Clemency! dijo mister Bretaña.

—Es que, ya ves, tenia yo un monton de cosas que hacer, respondió ella teniendo el mayor cuidado en el trasporte de los bultos y de las canastas dentro de la casa. Ocho, nueve, diez... ¿Dónde está el onceno!... ¡Ah! bien, aquí está... Harry[1], llevad el caballo á la caballeriza, y si vuelve á darle la tos, dadle á beber algo caliente.. ¿Cómo están las criaturas, Ben?

—Como unos angelitos, Clemency.

—¡Hijos de mi vida! dijo mistress Clemency quitándose el gorro y alisándose el pelo con ambas manos. Y á esto, viejo, ¿no me abrazas?

Mister Bretaña abrazó á su mujer.

—Creo, dijo mistress Bretaña registrándose los bolsillos, de los cuales sacó multitud de libritos y papeles ajados, creo que no se me ha olvidado nada. Todas las cuentas están pagadas..... vendidos los nabos... arreglada la cuenta del cervecero..... En cuanto á la del doctor Heathfield... ¿qué te parece que ha sucedido?..... no ha querido recibir nada el doctor, Ben.

—No me admiro.

—Dice que si veinte hijos llegaras á tener, los cuidaria á todos sin cogerte un penique.

Púsose seria la cara de mister Bretaña y clavó en la pared los ojos.

—¿No es una generosidad suya? dijo Clemency.

—Sí, pero no abusasé yo de esa generosidad.

—¡Caramba! no. ¡Ah! se me pasaba... he vendido el jaco por ocho libras y dos chelines!... ¿Te parece bien?

—Mucho muy bien.

—Eso me alegra á mí... Oye, cógete toditos esos papeles y mételos debajo de llave... ¡Ah! aquí tienes un rotulon fresquecito para pegarle á la pared.

—¿Qué rotulon es ese?

—No te daré razon, pues no le he leido.

—"De venta en pública subasta" leyó el posadero del Rallo de Moscada, á menos que se encuentre un postor antes de la época fijada para la venta.

—Siempre ponen eso, dijo Clemency.

—Sí, pero no ponen siempre lo que sigue, prosiguió Bretaña volviendo á su lectura: "casa y dependencias, etc., etc. Los señores Snitchey y Craigg, etc., etc., etc. Porcion libre de la propiedad de Michael Warden, *esquire*, quien tiene ánimo de prolongar su estada en país extranjero.

—¡Animo de prolongar su estada en país extranjero! repitió Clemency.

—¡Sí... lee tú!

—¡Cuando pienso en que hoy mismo he oido decir en la antigua casa que en breve habria noticias de Maruca! dijo Clemency sacudiendo tristemente la cabeza y a-

1 Jarvi Enrique.

1 Cuarenta pesos y cincuenta centavos (40 pesos 4 reales.)

caricián dose los codos, como si la memoria del tiemo pasado hubiese despertado sus costumbres viejas sin advertirlo ella. ¡Jesús, Jesús! ¡buena pesadumbre van á tener por allá!

Mister Bretaña despidió un profundo suspiro y meneó la cabeza diciendo que no entendía palabra: tiempo hacía que había desistido de todo empeño por entender. Después de esta observacion púsose á pegar el rotulon y Clemency salió para ir á ver á los chicos.

Bien que el posadero del Rallo de Moscada tuviese un vivo cariño á su excelente consorte, en este sentimiento había, como en lo pasado, algo de proteccion: divertíale mucho Clemency. Habríale cogido muy de nuevo el que á álguien hubiera ocurrido decirle que su mujer era quien disponia todo en la casa y quien con su perseverancia, con su buen humor, su honradez y su actividad le había convertido á él, Benjamin Bretaña, en lo que á la sazon era. ¡Tan cómodo así es, en todas las circunstancias de la vida, el no estimar sino en el valor que modestamente se dan, á esas gentes francas que nunca hablan del mérito suyo, mientras admiramos las rarezas de ciertas personas que no valen lo que nosotros y cuya inferioridad advertiríamos si nos tomásemos el trabajo de estudiarlas de cerca!

Mister Bretaña gustaba decirse que se había casado con Clemency por pura condescendencia: era ella á sus ojos un testimonio constante de la bondad de su propio corazon y de la generosidad de su propio carácter; y al verla tan buena esposa, decíase que la virtud halla siempre en sí su recompensa.

Mister Bretaña, ya que hubo pegado el rotulon, aguardó, meditando ese punto, á que Clemency viniese á servir el té. A poco llegó ella, después de haber visto por sus ojos que los dos chicos Bretaña estaban ocupados en jugar pacíficamente en la cochera al cuidado de Betsy[1], aya suya. Mister Bretaña y su consorte se sentaron entonces á la mesa.

—Esta es la primera vez en el dia de hoy que puedo sentarme á mis anchuras, dijo mistress Bretaña respirando con todas sus ganas como si no tuviese ya que levantarse en toda la noche, lo cual no impidió que lo hiciera un instante para servir te á su marido y prepararle unas rebanadas de pan con mantequilla. ¡Cómo me trae á la memoria el otro tiempo el rotulon ese!

—¡Ah! dijo entre dientes Bretaña tomando su taza como se coge una ostra y tragándose el contenido segun el mismo principio.

—Ese mister Michael Warden, prosiguió Clemency echando los ojos al rotulon, con traza de pena; él es el que me ha hecho perder mi acomodo.

—También él es el que te ha hecho hallar un marido, dijo mister Bretaña.

—Es verdad, y se lo agradezco.

—El hombre es la criatura de la costumbre, dijo mister Bretaña mirando á su consorte por encima de la taza. Yo, sin saber bien á bien cómo, me había acostumbrado á tí, Clemency, y conocia que no podria hallarme sin tí. Por lo tanto, nos hemos vuelto marido y mujer. ¡Ja, ja, ja! "¡Nosotros!" ¡quién nos lo hubiera dicho!

—¡Sí, quién nos lo hubiera dicho! exclamó Clemency. ¡Qué bueno has sido tú!

—¡Qué! replicó mister Bretaña haciéndose el modesto, eso no merece la pena...

—¡Mucho que sí, Ben! repuso con suma naturalidad su consorte, y no me acuerdo de eso sin agradecértelo, de veras. ¡Ah! dijo contemplando nuevamente el rotulon; ¡niña de mi alma! después que se marchó y ya que estuvo fuera de alcance, no pude menos de contar lo que sabia, por su propio interés y por el de todo el mundo. ¿No hice bien, Ben?

—Bien ó mal, está hecho.

—Y el doctor Jeddler, siguió Clemency descansando su taza de té, el doctor Jeddler, en su cólera y su dolor, me despidió de su casa. ¡Que gusto tengo de no haberle dicho aquel dia ni una palabra de disgusto y de no haberme enojado con él, pues de entonces acá se ha arrepentido bien de su proceder conmigo! ¡Qué de ocasiones, aquí, en este mismo cuarto, me ha dicho que sentia haberse portado como lo hizo! Todavía ayer, mientras andabas tú fuera, me lo repitió. ¡Cuántas ocasiones se ha pasado las horas enteras en este cuarto hablándome de lo que me interesa; todo eso, en memoria de las cosas pasadas, y porque sabe que "ella" me queria, Ben!

—¿Cómo has adivinado eso, Clem? preguntó mister Bretaña admirado de ver que su consorte había alcanzado una verdad que "él" comenzaba no mas á entrever.

—¡Caramba! ¡qué sé yo! respondió Clemency soplando su té para enfriarle. Ya tendria yo mis trabajos para decírtelo, así me ofrecieras cien libras.

Tal vez mister Bretaña habria seguido tratando esta materia metafísica á no ser por la llegada de un *gentleman* vestido de luto. Juzgando por sus botas calzadas de espuelas y su capa, entendíase que acababa de apearse del caballo el forastero. Clemency se puso al punto en pié: mister Bretaña se levantó tambien después y saludó á su huésped.

—¿Gustais subir la escalera, señor? Os daremos un aposento bonito, dijo Clemency.

—Gracias, dijo el forastero mirando de hito en hito á la consorte de Bretaña. ¿Podré estarme aquí?

—¿Cómo no, si lo disponeis así? dijo Clemency. ¿Quereis que se os sirva algo?

El rotulon había excitado la atencion del forastero, quien se puso á leerle.

—Excelente propiedad, caballero, dijo mister Bretaña.

No respondió el caballero: cuando acabó de leer volvió á Clemency y le dijo, mirándola con mas cuidado:

—¿Me hablábais, creo?

—Os preguntaba, caballero, lo que querríais que os sirviesen, respondió Clemency examinándole tambien.

—Si gustais servirme *ale*[1], ahí, junto á esa mesita contra la ventana, os lo agradeceré mucho.

Hablando así, el forastero se fué á sentar en la mesa que había designado y se puso á mirar para afuera. El tal era un guapo caballero, en lo vigoroso de la edad: su rostro, muy moreno por el sol, estaba sombreado por una espesa cabellera, y traia bigote. Habiéndole sido servido el *ale*, llenóse el vaso y bebió alegremente á la prosperidad del establecimiento, y luego agregó soltando el vaso:

—¿Esta casa es nueva?

—No nuevecita, caballero, dijo Bretaña.

—Tiene cosa de cinco ó seis años de hecha, saltó Clemency recalcando estas palabras.

—Me parece haberos oido pronunciar el nombre del doctor Jeddler, al tiempo de entrar yo, repuso el forastero. Ese aviso me hace acordarme de él, pues he oido á varias personas hablar de su familia.... ¿Vive todavía?

—Sí, señor, contestó Clemency.

—¿Está muy cambiado?

—¿Desde qué tiempo, caballero? replicó Clemency apoyando sobre las palabras con afectacion.

—Desde.... la fuga de su hija.

—¡Sí! muy cambiado está desde entonces, no puede menos de contar lo que sabia, por su propio interés y por el de todo el mundo. ¿No hice bien, Ben?

—Bien ó mal, está hecho.

—Y el doctor Jeddler, siguió Clemency descansando su taza de té, el doctor Jeddler, en su cólera y su dolor, me despidió de su casa. ¡Que gusto tengo de no haberle dicho aquel dia ni una palabra de disgusto y de no haberme enojado con él, pues de entonces acá se ha arrepentido bien de su proceder conmigo! ¡Qué de ocasiones, aquí, en este mismo cuarto, me ha dicho que sentia haberse portado como lo hizo! Todavía ayer, mientras andabas tú fuera, me lo repitió. ¡Cuántas ocasiones se ha pasado las horas enteras en este cuarto hablándome de lo que me interesa; todo eso, en memoria de las cosas pasadas, y porque sabe que "ella" me queria, Ben!

—¡Cómo has adivinado eso, Clem? preguntó mister Bretaña admirado de ver que su consorte había alcanzado una verdad que "él" comenzaba no mas á entrever.

—¡Caramba! ¡qué sé yo! respondió Clemency soplando su té para enfriarle. Ya tendria yo mis trabajos para decírtelo, así me ofrecieras cien libras.

Tal vez mister Bretaña habria seguido tratando esta materia metafísica á no ser por la llegada de un *gentleman* vestido de luto. Juzgando por sus botas calzadas de espuelas y su capa, entendíase que acababa de apearse del caballo el forastero. Clemency se puso al punto en pié: mister Bretaña se levantó tambien después y saludó á su huésped.

—¿Gustais subir la escalera, señor? Os daremos un aposento bonito, dijo Clemency.

—Gracias, dijo el forastero mirando de hito en hito á la consorte de Bretaña. ¿Podré estarme aquí?

—¿Cómo no, si lo disponeis así? dijo Clemency. ¿Quereis que se os sirva algo?

El rotulon había excitado la atencion del forastero, quien se puso á leerle.

—Excelente propiedad, caballero, dijo mister Bretaña.

No respondió el caballero: cuando acabó de leer volvió á Clemency y le dijo, mirándola con mas cuidado:

—¿Me hablábais, creo?

—Os preguntaba, caballero, lo que querríais que os sirviesen, respondió Clemency examinándole tambien.

—Si gustais servirme *ale*[1], ahí, junto á esa mesita contra la ventana, os lo agradeceré mucho.

Hablando así, el forastero se fué á sentar en la mesa que había designado y se puso á mirar para afuera. El tal era un guapo caballero, en lo vigoroso de la edad: su rostro, muy moreno por el sol, estaba sombreado por una espesa cabellera, y traia bigote. Habiéndole sido servido el *ale*, llenóse el vaso y bebió alegremente á la prosperidad del establecimiento, y luego agregó soltando el vaso:

—¿Esta casa es nueva?

—No nuevecita, caballero, dijo Bretaña.

—Tiene cosa de cinco ó seis años de hecha, saltó Clemency recalcando estas palabras.

—Me parece haberos oido pronunciar el nombre del doctor Jeddler, al tiempo de entrar yo, repuso el forastero. Ese aviso me hace acordarme de él, pues he oido á varias personas hablar de su familia.... ¿Vive todavía?

—Sí, señor, contestó Clemency.

—¿Está muy cambiado?

—¿Desde qué tiempo, caballero? replicó Clemency apoyando sobre las palabras con afectacion.

—Desde.... la fuga de su hija.

—¡Sí! muy cambiado está desde entonces,

1 *Bétsi*, Isabel.

1 *Ale*, cerveza dulce.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ces. Con todo, bien que esté muy extenuado, le creo feliz ahora. Visita con frecuencia á su hija mayor, y eso le alegra. En los primeros tiempos estaba muy perdido, y nos quebraba el alma verle andar de aquí para allá, siempre triste, por el país; pero á la vuelta de dos años habló con cariño de su hija y no se cansaba ya de decir que era muy hermosa y buena muchacha. La había perdonado. Fué por el tiempo del casamiento de miss Engracia. ¿Te acuerdas, Bretaña?

Mister Bretaña hizo una señal afirmativa.

—¡Segun eso, la otra hija del doctor está casada! preguntó el forastero.

Luego, tras una corta pausa:

—¿Con quién? agregó.

A esta pregunta se trastornó Clemency, de tal suerte que estuvo á pique de volcar la mesa.

—¿Nunca os lo han dicho? preguntó.

—Nunca, y quisiera yo saberlo, respondió el forastero llenando su vaso y llevándole á los labios.

—¡Ah! eso sería una historia larga de contar toda, dijo Clemency con distraído semblante. Larga historia sería, creédmelo.

—Norabuena, en cuatro palabras, contádmela.

—Pues entonces, ¿qué quereis que os diga sino que todos juntos la lloraron como se llora á una persona muerta, y que hablaron de ella con amor? Todo el mundo sabe eso, y yo mejor que nadie, dijo Clemency enjugándose los ojos.

—¿Y luego?

—Luego, el caballero Alfredo paró en casarse con la hermana. Una noche, paseándose por el verjel con miss Engracia, díjole á esta: "Engracia, ¿quereis que nos despesemos el cumpleaños de Maruca?" Y el casamiento se celebró ese dia.

—¿Son felices?

—Cuanto cabe; no tienen mas pesar que el haber perdido á Maruca.

Clemency al hablar así levantó los ojos y miró al forastero. Mientras que este parecia estar absorto en la contemplacion de los objetos exteriores, púsose á hacer enérgicas señas á su marido, enseñándole el rotulon y moviendo los labios como para articular una palabra muy significativa; pero como la palabra no llegaba á ser pronunciada y Clemency proseguia con su extraordinaria pantomima, no comprendiendo nada mister Bretaña en la conducta de su mujer, cayó en un estado de exasperacion inconcebible. Miraba alternativamente y con cara de bobo á la mesa, al forastero, á las cucharas y á su mujer; luego, siguiendo con una ansia que iba en aumento los gestos incomprensibles que Clemency no paraba de hacerle, contestábale con otros gestos que daban á entender su confusion y su perplejidad.

Cansada al fin Clemency, no pensó ya en darse á comprender, y arrimando poco á poco su silla á la del forastero, clavóle la vista, aguardando que le dijera algo. No tuvo que esperar mucho, pues él volvió, viéndose de pronto hácia ella.

—Y ¿qué suerte corrió la niña?... díjole. Entiendo que se sabrá.

Clemency meneó la cabeza.

—He oido decir, respondió, que el doctor Jeddler sabe acerca de eso mas de lo que cuenta. Miss Engracia ha recibido cartas de su hermana en que esta decia que se encontraba feliz, y particularmente contenta por saber que estaba casada con el caballero Alfredo. Pero hay en sus aventuras y en su existencia algo que hasta el dia no ha sido puesto en claro, y que....

—Y que... repitió el forastero.

—Y que no hay mas que una persona en el mundo, creo yo, que pueda explicarlo.

—¿Quién es esa persona?

—El caballero Michael Warden! exclamó Clemency mirando de hito en hito al forastero. ¿Me conoceis, señor? agregó Clemency temblando de emocion.... ¿Me reconoceis? os acordais de la famosa noche... Yo iba con miss Mercy...

—Sí, os conozco dijo Michael.

—Ya os he conocido hien.... Ved aquí á mi esposo, caballero. ¡Ben, Ben de mi vida, corre á ver á miss Eugracia!... ¡corre á buscar á su padre!... adonde te parezca... ¡pero corre á traer á alguno!

—¡Alto! dijo Michael Warden plantándose entre Bretaña y la puerta. ¿Qué intentais hacer?

—Ya á deciros que estais aquí, caballero, respondió Clemency con la mayor agitacion. A deciros que pueden saber de ella por vos; que por vos sabrán que no la han perdido para siempre, y que ha de volver para hacer muy feliz á su padre, á su amante hermanita... y á su antigua criada.... ¡Corre, corre, Ben!

Y volvió á empujar á su marido hácia la puerta.

—Pero tal vez está ella aquí, agregó mirando al caballero Warden que detenia á mister Bretaña con solo la fuerza de su mirada. Tal vez está aquí..., cerquita de nosotros. ¡Señor, señor! ¡dejadnosla ver! Yo la he cuidado desde chiquita y la he visto crecer y ponerse hermosa. Yo vivia con ella cuando era novia del caballero Alfredo. Yo traté de estorbar el que se fuera. Si hubierais visto la casa de su padre cuando ella era como quien dice su alma, y si supiéseis cuán otra está desde que se marchó. ¡Por Dios, dejadme hablarle!

Y miró el caballero Warden á Clemency con lástima y sorpresa, pero sin proferir una palabra, sin hacer gesto alguno de asentimiento.

—Seguramente no sabe, prosiguió Clemency, que está tiempo hace perdonada. ¡No sabe con qué extremo la aman y qué gusto tendrian de volver á verla! Tal vez no se atreverá á volver á su casa, pero en cuanto me vea cobrará ánimo. Decidme no mas la verdad, caballero Warden: ¿ha venido con vos?

—No, respondió el caballero Warden con acento de tristeza.

Esta respuesta, su traje, sus ademanes, su imprevisto regreso lo explicaron todo. ¡Habia muerto Maruca!...

No trató el caballero Warden de disuadir á Clemency.

Clemency ocultó la cabeza entre sus manos y rompió en sollozos.

En esto un anciano de cabellos canos entró precipitadamente: era mister Snitchey, el abogado.

—¡Gran Dios! exclamó con turbada voz llevándose aparte al caballero Warden, ¿qué motivo os ha hecho volver?

—Un motivo doloroso, respondió el caballero Warden. Si supiéseis lo que ha ocurrido poco há; si supiéseis los imposibles que me han amontonado que ejecute yo, ¡si supiéseis, por último, la aflicion de que soy mensajero!

—Harto le adivino, replicó Snitchey; pero ¿por qué habeis entrado en esta casa, señor mio?

—¿Por qué? ¿Cómo habia yo de saber que la ocupaban los que la ocupan? Despues de haberos despachado mi mozo entré en esta posada porque no la conocia yo y porque sentia mucha curiosidad natural por ver las novedades que habia en esta tierra despues de mi ausencia. Además, esta casa está á cierta distancia de la ciudad, donde no queria yo dejarme ver sin antes hablar con vos. Tambien deseaba yo saber lo que me dirian, y advierto por vuestra traza que podreis satisfacerme. Ya estaria yo al cabo de todo, una hora hace, sin vuestra condenada circunspeccion.

—"¡Nuestra" circunspeccion! replicó el abogado. Hablando por mí y por.... el difunto Craggs (aquí maese Snitchey echó los ojos al crespon de su sombrero y meneó la cabeza), ¿cómo podeis tener que vituperarnos, caballero Warden? Habiamos acordado que el negocio no lo habiamos de tocar por no ser el caso de esos en que unos hombres graves y prudentes como nosotros (he tomado nota de las observaciones hechas en su tiempo por vos sobre el particular), en que unos hombres graves y prudentes como nosotros podian tomar cartas. ¡Nuestra circunspeccion, decís! Cuando el caballero Craggs descendió á su respetada tumba, llevó consigo la firme conviccion....

—Yo os habia prometido solamente, interrumpió el caballero Warden, el guardar silencio hasta mi vuelta, fuera cuando fuese, y he cumplido mi palabra.

—Muy bien, señor nuestro, respondió maese Snitchey; pero nosotros tambien nos habiamos comprometido á observar la misma discrecion. Estábamos en el caso de callar por deber para con nosotros mismos y para con muchísimos clientes de suma reserva. No nos convenia preguntaros sobre un negocio tan delicado. Yo tenia mis recelos, señor mio, pero ahora cosa de seis meses supe lo cierto, y sé á no dudarlo que habeis perdido á Maruca.

—¿De quien lo habeis sabido?

—Del mismo doctor Jeddler, que ha parado en confirme de su motivo este secreto. Él, no mas él, ha sabido la verdad desde hace unos años.

—¿Y vos la sabeis ahora?

—Sí, señor. Además tengo mis fundamentos para creer que el secreto será revelado mañana en la noche á su hermana: se lo han prometido. De ahora para entonces quizá me hareis la honra de habitar mi casa, ya que no os esperan en la vuestra. Mas para que no os veais expuesto á trabajos como los que habeis pasado, bien que estais tan cambiado que yo creo que habia pasado á vuestro lado sin conoceros, para que no os veins expuesto á otros apretos, digo, hariamos bien en comer aquí. En la noche iremos á pié á mi casa. Se come muy bien en esta casa, que os pertenece, caballero Warden. Yo mismo y el difunto Craggs veniamos una que otra vez á comer una costilla, y éramos perfectamente servidos. ¡Él caballero Craggs, caballero, añadió Snitchey cerrando un ratito los ojos, el caballero Craggs ha sido testado demasiado presto del libro de la vida!

—Perdóneme Dios el que no tome yo parte en vuestra afliccion, replicó Michael Warden pasándose por la frente la mano, pero me parece como que vivo soñando y no estoy en todos mis sentidos. Me hablábais del caballero Cragg.... sí.. Siento mucho la pérdida del caballero Cragg.

Pero al estar hablando no dejaba de mirar á Clemency y mostraba confrontar con Ben que se esforzaba por consolarla.

—El caballero Craggs, caballero, no halló la vida, y con pesar lo digo, tan fácil de practicar como se lo habia enseñado su teórica; de otra suerte nos acompañara todavía. Ha sido una pérdida muy grande para mí; él era mi brazo derecho, mi pierna derecha, mi ojo derecho, mi ojo derecho, ¡pobre caballero Cragg! Sin él ya no valgo nada. Ha legado á mistress Craggs su parte en todos los negocios de nuestra casa, que hasta hoy conserva su nombre. A veces tengo la niñada de hacer como que existe aun mi socio. Podeis notar, señor mio, que hablo por mí y el difunto Cragg... y el difunto Craggs, añadió el sensible abogado extendiendo su pañuelo.

Cuando maese Snitchey acabó de hablar, Michael Warden, que no habia quitado de Clemency sus ojos, se volvió hacia él y le dijo unas cuantas palabras por lo bajo.

—¡Ah! ¡pobre criatura! dijo Snitchey agachando la cabeza; sí, pues ella ha sido siempre fiel á Maruca; siempre la ha querido entrañablemente. ¡Preciosa Maruca! ¡pobre Maruca!... ¡Vamos!... no os aflijais, mistress... Ahora sí puedo llamaros mistress Clemency, pues que sois casada.

Por toda respuesta Clemency suspiró y meneó tristemente la cabeza.

—¡Bien, bien! ¡esperad hasta mañana! dijo el abogado con un acento lleno de bondad.

—Mañana no han de resucitar los muertos, replicó sollozando Clemency.

—Es verdad, que si así fuera, nos restituiria al difunto caballero Craggs, pero sí puede suceder que mañana haya circunstancias "atenuantes," bien puede ser que tengamos algunos consuelos... Esperad hasta mañana, añadió tendiendo la mano á Clemency.

Apretó Clemency la mano á maese Snitchey con semblante de resignacion, y Bretaña á quien el dolor de su mujer habia acongojado sobre manera, prestó su aprobacion á los afectuosos consejos de maese Snitchey. Este subió entonces la escalera con Michael Warden y ambos comenzaron en voz baja una conversacion íntima, cuyo secreto protegian harto el ruido de los platos y de los platones, el chisporroteo de la sarten de freir, el hervidero de las cacerolas, la monótona rotacion del asador que á cada instante dejaba oir un grito agudo, como si en un ímpetu de vértigo hubiese recibido algun golpe mortal en la cabeza: en suma, todos los preparativos que en la cocina se hacian para la comida de los señores convidados.

El dia siguiente hizo un tiempo hermoso y sereno; y en parte ninguna los tintes

del otoño se ostentaron mas espléndidos que en el tranquilo verjel de la casa del doctor.

Allí se habian deshecho las nieves de no pocas noches hibernales; allí habian zurrido no pocas hojas desecadas por no pocos veranos, desde la huida de Maruca. De nuevo estaba en flor la madreselva del pórtico; delineábanse sobre la yerba las sombras mudables y salutíferas de los árboles; tenia el paisaje la apacible serenidad de los dias mas hermosos: pero ¿dónde estaba Maruca?

Ella no estaba allí. La presencia suya aquel dia en la antigua habitacion habria producido una novedad mayor que la novedad que en otro tiempo causó su desaparicion; pero en este paraje familiar encontrábase una jóven cuyo corazon habia conservado siempre la memoria de Maruca, memoria inalterable, siempre fresca, radiosa en promesas y esperanzas. Esta jóven, madre ya, pues una niñita adorada jugaba á su lado, habia mantenido su ternura tan entrañable, tan profunda por Maruca, y en este momento este nombre temblaba en la punta de sus labios.

El alma de la doncella perdida respiraba en los ojos de Engracia, esta hermana tan amada. El dia este era el doble cumpleaños de su casamiento y del nacimiento de Maruca; y Engracia habia venido al verjel con su criatorita y su marido. No se habia hecho este ni de fama ni de riquezas, no habia dado al olvido ni las escenas ni los amigos de su juventud; en una palabra, no habia justificado ninguno de los vaticinios del viejo doctor. Mas con sus visitas caritativas, frecuentes é ignoradas al albergue del pobre, con sus desvelos á la cabecera del enfermo; con su conocimiento cada dia mas profundizado de las virtudes modestas que florecen en los senderos de la vida y las cuales, en lugar de ser holladas por la plan-

ta pesada de la pobreza, nacen con libertad bajo sus pasos y agracian su ruta, había él aprendido mejor y mejor sentido, en la sucesion de los años, la verdad de sus primeras creencias.

Las costumbres de su vida, aunque apacibles y retiradas, le habian revelado que esa hierba frecuentada y sin que lo sepan los seres, los hombres frecuentados con los ángeles como en los tiempos antiguos, y que las criaturas humanas mas humildes, hasta las que tienen el aspecto mas repugnante y que están llenas de necesidad, se ponen gloriosas á la cabecera del dolor, de la indigencia, de la aflicion y se cambian en espíritus benéficos con una aureola encima de su cabeza.

Tenia la vida de él un objeto muy mas noble en el campo de batalla trasformado, que si la hubiera pasado en las luchas mas rudas de la ambicion, y encontrábase feliz con Engracia, su esposa de su alma.

—Y Marucal gritaba alegando á Marucal

—Volaron bien corridas las horas, desde aquella noche lamentable, Engracia, me dijo él, y sin embargo me parece que ha mucho que paso. Nosotros no hemos, no por los años, sino por las molestias y los sucesos que ha habido en nosotros.

—No por eso dejan de haberse pasado sus años desde que perdimos á Maruca, respondió Engracia. Seis veces amor mio, contando con esta noche, hemos venido á este sitio á cumplimos de ella y hemos hablado del feliz regreso con tanta ansia esperado y tanto tiempo diferido. ¿Cuándo tendremos el gusto de volver á verla entre nosotros?

Observaba atentamente á Engracia su marido, viendo las lágrimas que asomaban á sus ojos, y acercándose mas á ella, le dijo

—Pero ¿no te ha declarado Maruca, cielo mio, en la carta de despedida que dejó encima de la mesa y que tantas veces tienes releida, que era preciso esperar años antes que fuese posible su regreso? ¿No dice así en la carta?

Sacó Engracia de su seno una carta y leyó:

—¿No te decia que durante ese trascurso de tiempo, por muy feliz que pudiera estar, pensaria siempre en el dia en que estuviesen reunidas ambas, y que todo guardara secreto, suplicándote que guardaras el mismo pensamiento y que abrigaras fe y confianza? ¿No decia así en la carta, vida mia?

—Sí, Alfredo.

—Y no te ha dicho ella lo mismo en todas las cartas que despues te ha escrito?

—Menos en la última, la que recibí hace pocos meses, y en que hablaba de tí, con motivo de las revelaciones que deben hacerse esta noche.

Miró Alfredo al sol que declinaba velozmente, y dijo que la hora citada para las revelaciones era la puesta de este astro.

—¡Alfredo! saltó Engracia poniendo con viveza la mano en el hombro de su marido, hay en esa carta... esa vieja carta tan frecuentemente releida por mí, como tú decias... hay una cosa de que nunca te he hablado. Pero esta tarde, dueño mio, mientras llega la hora de que el sol se ponga, mientras toda nuestra existencia parece suavizarse y ponerse callada con el dia que se va, no puedo guardar el secreto.

—¿Qué secreto, cielo mio?

—Al momento de ausentarse de nosotros, Maruca me escribió, aquí, que tú en ella tiempo me la habias confiado á mí, como un depósito sagrado y que ahora, al separarse de tí, Alfredo, ella te confiaba en los mismos términos á mí, rogándome, suplicándome en nombre de mi cariño para con ella, de mi cariño para contigo, que no desechara el afecto que tú pondrias en mí... y que, lejos de desechar tu afecto, le fomentase y le correspondiese.

—En dos palabras, que me hiciera feliz y me pudieras amar, Engracia. ¿Eso decia ella?

—Ella queria de esta suerte hacernos vivir bendita y honrada en tu amor, respondió Engracia arrojándose en los brazos de su marido.

—¡Escúchame, vida mia! y escúchame ahí donde estás, dijo él desenlazándola contra su pecho con amoroso abrazo. Ya sé por qué hasta hoy no me has leido esa página de la carta. Ya sé por qué antes ni tus palabras ni tus miradas le han dado entender. Ya sé por qué Engracia, á pesar de su amistad tan sincera para conmigo, manifestaba tanta repugnancia en ser mi esposa. Y viendo como se está alma de mi alma, conozco el valor inapreciable del sacrificio que hizo sobre el mio, y doy á Dios mil gracias por el rico tesoro que me ha dado.

Lágrimas derramaba Engracia, pero ¡cuán deliciosas lágrimas!

Al cabo de un corto rato, bajó Alfredo la vista y vió á la niña que jugaba á sus piés con una arenisca de flores, y le dijo que viera cuán rojo y dorado el sol estaba.

—Alfredo, saltó Engracia levantando de pronto la cabeza; ya está para ponerse el sol. ¡No habrás olvidado lo que debo saber antes de que acabe de ponerse!

—Sí, tienes que imponerte de toda la historia de Maruca en toda su verdad, vida mia.

—En toda su verdad! dijo ella con voz deprecatoria. Nada se me callará? así me lo han prometido. ¿No es verdad?

—Cierto, te lo han prometido.

—Y la promesa tiene de cumplirse antes de la puesta del sol, el dia del cumpleaños de Maruca. ¡Y mira, Alfredo, va bajando á toda prisa el sol!

—A mí no me toca ya, cielo mio, decirte el secreto. Otros son los labios que han de revelártele.

—¡Otros labios! repitió Engracia.

—Sí. Conozco la entereza de tu corazon, tu ánimo, vida mia, y sé que bastará con una palabra de preparacion. Has dicho que habia llegado la hora de que te impusieran de todo, y has dicho verdad. Prométeme que tendrás bastante fuerza para sobrellevar una prueba... una sorpresa... un choque violento, y al punto llamo al mensajero, aquí cerca está.

—¿Qué mensajero? y ¿qué mensaje trae?

—Estoy comprometido, respondió Alfredo mirándola un pestañear, estoy comprometido á no decir mas. ¿Piensas comprenderme?

—Pero ¿pregunta mamá?

Estaba asustada Engracia al ver la inmutacion que se descubria en el semblante de su marido, por mas que este lucia siempre su mirada fuera serena. Do quiera, recaló ella el rostro detras del hombro de Alfredo, y suplicólo temblando que llevara un llamase al mensajero.

—Animo, amor mio, aguardaré á que recobres tu entereza... Pero ya se pone el sol... y estamos en el dia del cumpleaños de Maruca... ¡Animo, ánimo, Engracia!

Volvió ella á levantar la cabeza; luego, poniendo en su marido la vista, dijole que estaba pronta. En esto, mientras veia á su marido alejarse, tomó su fisonomía una semejanza maravillosa con la que se notaba en Maruca durante los últimos dias anteriores á su fuga. Como Alfredo se llevaba consigo á la criaturilla, llamóla Engracia (tenia el nombre de la hermana perdida) y la estrechó á su seno; luego, habiendo corrido á alcanzar á su padre la niña, despues de esta caricia, quedóse á solas Engracia.

Sin darse cuenta de sus temores ó de sus esperanzas, Engracia permanecia en

el mismo sitio, inmóvil y clavados los ojos en el pórtico por donde habian desaparecido su hija y su marido.

¡Ah! . . . ¿qué forma es esa que sale de la sombra del pórtico y se para en el umbral! Esa forma humana con sus blancos vestidos agitados por la brisa de la tarde, y esa cabeza que aprieta el viejo doctor tan apasionadamente á su corazon. ¡Potente Dios! ¿es una vision esa que se abalanza de entre los brazos del anciano, y dando un grito, tendiendo las manos, para precipitarse luego al encuentro de Engracia con irresistible impulso de amor y caer desfallecida entre sus brazos?

—¡Oh Maruca, Maruca! ¡oh hermana! ¡oh alma adorada de mi alma! ¡oh júbilo! ¡oh dicha inefable! ¡te vuelvo á ver!

No era ni un sueño, ni un fantasma evocado por la esperanza y el temor . . . : ¡era Maruca en cuerpo y alma, la amable Maruca! tan bella, tan radiosa, tan libre de penas y de inquietud, tan brillante en medio de su celestial hermosura, que mientras los rayos del sol poniente daban en su rostro reclinado hácia atrás, hubiérala tomado cualquiera por un espíritu que habia venido á visitar la tierra para desempeñar en él una obra de caridad.

Tenia ella abrazada á su hermana que habia caido sobre un banco y que estaba reclinada sobre ella; estaba ella arrodillada ante su hermana, y enlazada la tenia con sus brazos, sonriéndose con ella, por entre sus lágrimas, sin poder apartar un momento del rostro de su hermana los tiernos ojos.

Y todavía iluminando su frente los últimos rayos del moribundo sol, ya sintiéndose en torno de ambas la benigna serenidad de la noche, rompió al fin Maruca el silencio, con un acento suave, claro, delicioso y en perfecta armonía con el cielo.

—En el tiempo que este hogar era mi hogar querido, Engracia, como va á volver á serlo. . . .

—¡No hables, alma de mi alma! . . ¡Oh Maruca, estate un momento sin chistar!

Engracia, en sus primeros arrebatos de júbilo, amor y sorpresa, no tenia alientos para oir esta voz adorada.

—En el tiempo que este hogar era el mio, Engracia, como tiene de volver á serlo, amábale yo á él con toda mi alma. Amábale yo tanto que, jóven como lo era yo, habria dado por él mi vida. Nunca jamás, ni por un instante, he tratado ligeramente su cariño, allá en lo recóndito de mi corazon, pues preciaba yo su cariño sobre todo lo criado. Por mucho, mucho tiempo que haya de eso, y por mas cambiado que todo está, me aflige infinito el que tú que amas tanto, pudieras creer que yo no le amé con toda sinceridad en otro tiempo. Nunca le quise tanto, Engracia, como cuando, tal dia como hoy, se ausentó de estos lugares él. Nunca le quise tanto como la noche que yo tambien me ausenté de esta casa.

Engracia, siempre reclinada contra su hermana, no podia mas que mirarla á la cara, teniéndola entre sus brazos.

—Empero, prosiguió Maruca con apacible sonrisa, él, sin advertirlo habia conquistado otro corazon antes de saber yo que tenia uno que darle. . . Este corazon, en su otro cariño, estaba tan consagrado á mí, era tan generoso, tan noble, que arrancó de raiz su amor, y ocultó de todos su secreto, menos de mí . . . ¡Ah! ¿quién mas habria sido capaz de descubrir un cariño tan grande sin la perspicacia de la gratitud! . . ¡Y ese corazon á dicha tenia el sacrificarse por mí! Pero yo alcancé á ver una cosa en sus profundidades. Comprendí el precio inestimable que tendria para Alfredo, que á pesar de su amor á mí le apreciaba como lo merecia. Comprendí cuánto debia yo á ese

corazon. . . . Diariamente tenia yo á mi vista los grandiosos ejemplos suyos. Lo mismo que tú hacias por mí, Engracia, conocia yo que podia hacerlo por tí si queria. Jamás descansé mi cabeza sobre la almohada sin rezar llorando para que me fuese dada la fuerza que el sacrificio pedia, y sin hacer memoria de las propias palabras de Alfredo la mañana de su marcha. Habia él dicho y me lo habias repetido tú, que todos los dias en las luchas del corazon se alcanzaban victorias junto á las cuales nada valian las de los campos de batalla. A fuerza de pensar en las grandes penas sobrellevadas valerosamente en el silencio y el olvido, en medio de las gloriosas é incesantes contiendas de que Alfredo hablaba, parecíame hacerse ligera y fácil mi prueba y AQUEL que lee en los corazones nuestros en esta hora, Engracia de mi vida, y que sabe que no hay en el mio ni una gota de amargura ó de pesar mezclada con mi dicha cumplida, me dió fuerzas para poder jurar que nunca habia yo de ser esposa de Alfredo, que él seria hermano mio y marido tuyo si la resolucion que yo tomaba alcanzaba á traer este feliz resultado; pero que nunca jamás. . . . ¡entonces, Engracia, le queria yo mucho! . . . que nunca jamás seria yo su esposa!

—¡Oh Maruca! ¡Maruca!

—Habia yo puesto cuanto de mi parte estaba por manifestarle frialdad . . .

Maruca estrechó el rostro de su hermana al suyo.

—Mas era arduo el empeño, y tú siempre abogabas calorosamente por él. Habia yo probado á comunicarte mi resolucion; pero nunca me prestabas oido, nunca querias comprenderme. Acercábase la época del regreso de él. Conocí que ya debia yo ponerme á la obra antes de volver á nuestra intimidad de todos los dias. Sabia yo que una crísis violenta nos evitaria á todos una larga agonía. Deciame yo que con partir entonces sucederia lo que ha sucedido en efecto, con gran júbilo de nosotras dos, ¡Engracia! Escribí á mi tia Marta para pedirle asilo en su casa: consintió ella gustosa, bien que hasta hoy no le he dicho sino una parte de mi historia. En tanto que el paso que á dar iba le discutia yo conmigo misma, con mi amor á tí y al hogar doméstico, el caballero Warden, traido aquí por un accidente, vino á ser nuestro huésped.

—Durante estos últimos años, mas de una vez, he pensado temblando en eso, exclamó Engracia cubriéndosele de palidez el rostro. ¡No le has amado nunca, añadió, y te has casado con él por consecuencia del sacrificio que por mí te has impuesto!

—Por aquel tiempo, prosiguió Maruca trayendo á sí á su hermana, por aquel tiempo el caballero Warden estaba para marcharse de oculto á un viaje largo. Después de su ida de casa me escribió diciéndome la verdad tocante á su situacion, imponiéndome en sus proyectos y ofreciéndome su mano. Habia echado de ver, deciame, el sobresalto que me causaba el pensar en el regreso de Alfredo; y creia él sin duda que mi corazon no estaba dispuesto al proyecto de enlace que tenia formado mi padre, ó acaso que ya no amaba yo á Alfredo. . . . ¿Qué sé yo? Pero yo queria persuadirte que Alfredo no podia ya contar conmigo, que habia muerto para él. . . . ¿Me comprendes, amor mio?

Contemplóla Engracia con perpleja traza.

—Ví al caballero Warden, prosiguió Maruca, y fiándome en su hidalguía le revelé mi secreto, la víspera de nuestra doble partida. Guardó él secreto. . . ¿Me comprendes ahora, cielo mio?

Mirála Engracia con incertidumbre y como que no la entendia.

—¡Amor mio, hermana de mi alma! pro-

siguió Maruca, recorre un poco tus pensamientos; escúchame. No me dirijas esas extrañas miradas. Hay tierras, mi vida, donde los que desean abjurar una pasion funesta ó luchar contra un sentimiento de su corazon se retiran á una profunda soledad, poniendo una valla insuperable entre ellos y el mundo con sus amores y sus esperanzas. Cuando esas mujeres las que la hacen, toman ese nombre que tanto nos gusta á árabes y se llaman hermanas. Pero, Engracia, pueden hallarse hermanas que en el gran mundo en que vivimos, bajo su libre cielo, en medio de la muchedumbre agitada, en la vida en fin donde se esfuerzan por hacerse amables y útiles, puedan hallarse hermanas que sigan los mismos preceptos y quienes con corazones tiernos aun y jóvenes, accesibles á todos los goces, á todas las posibilidades de felicidad, puedan decir que está terminada la batalla de mucho há, que de mucho há tienen alcanzada la victoria. ¿Yo, yo puedo decir eso? ¿me comprendes ahora?...

Miró Engracia de hito en hito á su hermana y no respondió.

—¡Oh Engracia! ¡adorada Engracia! prosiguió Maruca apoyándose mas tierna y mas apasionadamente en aquel seno léjos del cual tanto tiempo había estado desterrada, si no fuera tú una esposa feliz, una madre feliz, si Alfredo, mi buen hermano, no fuese tu esposo adorado, ¿de dónde me vendria á mí el júbilo que tengo esta noche! Pero vuelvo tal cual era al marcharme; no ha conocido otro nuevo amor mi pecho; mi mano es libre todavía; yo soy lo que antes era, tu Maruca siempre amante, tu Maruca cuyo afecto es tuyo y tan solo tuyo, ¡Engracia!

Engracia comprendió ya: explayósele el rostro, aliviáronla los sollozos, y arrojándose al cuello de su hermana, lloró y volvió á llorar, acariciándola como en los tiempos de su infancia.

Cuando se hubieron calmado un poco sus arrebatos, echaron de ver que el doctor y su hermana la buena tia Marta estaban junto á ellas con Alfredo.

—Este dia no deja de ser triste para mí, dijo la buena tia Marta sorbiéndose por entre sus lágrimas y abrazando á sus sobrinas; pues al hacerme á todas felices pierdo mi querida compañera. ¿Qué me dais en cambio de mi amada Maruca?

—Un hermano convertido, dijo el doctor.

—De seguro, replicó tia Marta, ya veo os pago en una farsa como...

—Oh, calla, por vida tuya! .. dijo el doctor con el acento del arrepentimiento.

—Sea norabuena... Sin embargo, yo salgo perjudicada en mis intereses de corazon. No se qué será de mí sin Maruca, despues de haber vivido tantos años con ella.

—Te quedarás con nosotras... Ya no pelearemos, María de mi vida.

—O si no, os casaré, salió Alfredo.

—No sería un mal pareamiento ese, si me tocara por marido, verbi gracia Michael Warden, que segun me dicen ha vuelto á la tierra, cambiado por todos cuatro costados en provecho suyo; pero como le he conocido desde niño y entonces no era yo una doncella muy moza, acaso no haria aprecio de mí. Por tanto, me haré ánimo de acompañar á Maruca y de vivir con ella cuando se case. Mientras, y entiendo que no tendré que esperarme mucho, viviré sola. ¿Qué te parece, hermano?

—Me dan ganas de decir que es ridículo este mundo y que no se halla en él nada serio, replicó el pobre doctor con melancólica sonrisa.

—Por mas que dijeras, respondióle su hermana, no habria quien te creyera viendo lo que pasa en este momento delante de nosotros.

—Sí, este mundo está lleno de corazones nobles, dijo el doctor abrazando alternativamente á sus dos hijas. Es un mundo serio á pesar de todas sus locuras, y de mas á mas, á pesar de mi propia locura, que habria sido suficiente para enloquecer al universo entero, un mundo del que no debemos hablar sino con circunspeccion, pues abunda en misterios sagrados, y solo el Criador sabe lo que cubre la faz de su imágen mas humilde.

. . . . . .

No os gustaria mucho, lector, que mi pluma indiscreta os describiera punto por punto el alborozo de esta familia reunida al fin despues de tan larga separacion. Por lo tanto no acompañaré al pobre doctor en las memorias de su pasado dolor. No diré tampoco cuán serio llegaba á parecerle este mundo, en el cual un amor profundamente prendido es la suerte de toda humana criatura; menos diré á qué extremo le afligió la ausencia de una pequeña unidad que hacia parte de un todo absurdo, segun él; por último no diré cómo, dolida de su desesperacion, su hermana le habia revelado la verdad de mucho tiempo atrás y poco á poco, respecto de la hija, desterrada voluntaria, que le restituia y cuyo corazon le habia hecho conocer.

Tambien me abstendré de referir cómo Alfredo Heathfield habia mucho antes sabido la verdad por conducto de la misma Maruca que le habia prometido imponer de todo á Engracia el dia del cumpleaños de esta y hácia la caida de la tarde....

—Dispensad, doctor, dijo maese Snitchey presentándose á la entrada del verjel, ¿puedo tomarme la licencia de entrar?

Y sin esperar el permiso, maese Snitchey se fué en derechura á Marica, y le besó la mano con una cara de pascua.

—Si todavía fuera el caballero Craggs alma de este mundo, mi querida miss Maruca, habria tomado muchísima parte en la novedad de hoy. Este suceso, caballero Alfredo, le habria enseñado que la vida no es muy fácil y que las mas veces se aviene con todas las pequeñas dulzuras que podemos darle, pero, ¡ay!... se me olvidaba... ¡Mistress Snitchey, vida mia!

A esta llamada la dama entró en el verjel.

—Mistress Snitchey, veos entre antiguos amigos.

Mistress Snitchey despues de saludar á la concurrencia tomó aparte á su marido:

—Cuatro palabras, caballero Snitchey, dijo ella. No es mi genio el revolver la ceniza de los difuntos.

—No, vida mia, ya lo sé, contestó maese Snitchey.

—Pero, volvió mistress Snitchey, os diré que el caballero Cragga es....

—Difunto, sí, vida mia, difunto, lo sé, interrumpió maese Snitchey.

—Permitidme, no obstante, replicó mistress Snitchey, que os pregunte si os acordais de la famosa noche aquella del sarao. Eso no mas pregunto. Si os acordais y si no habeis perdido de remate la memoria, caballero Snitchey; si no estais ahora en vuestra chochez habitual, os ruego que cotejeis lo que pasó durante la noche consabida y lo que hoy pasa... Os ruego que os acordeis de las instancias con que os pedí de rodillas....

—¿De rodillas, vida mia? saltó Snitchey.

—Sí, dijo mistress Snitchey con entereza, sí, de rodillas, bien lo sabeis... Os pedí que os recelásceis de aquel hombre,... que observáseis su mirar... y ahora os pido que me digas si no tenia yo razon y si Cragga no os ocultaba un secreto!.....

—Mistress Snitchey, respondió maese Snitchey hablándole á su mujer al oido, ¿habeis nunca observado algo particular en "mi" mirar?

—No, nunca, respondió secamente mistress Snitchey. No os adulcis.

—Es que la noche aquella, señora mia, prosiguió el tirando de la manga á su mujer, sucedió que Cragga y yo éramos dueños de un secreto que no queriamos comunicar y que el tal secreto tenia que ver con nuestra profesion. Por tanto, mientras menos hablemos del caso mejor será, mistress Snitchey, y deseo que mis palabras os enseñen á ver mas justa y caritativamente otra ocasion. . . . Miss Maruca, os traigo una amiga. . . . Venid, mistress, añadió haciendo una seña á la consorte de Bretaña.

La pobre Clemency, tapándose los ojos con su delantal, entró paso á paso acompañada de su marido, que decia melancólicamente para su sayo que si su esposa se entregaba al dolor, se acababa el Rallo de Moscada.

—Ahora bien, mistress, le dijo el abogado deteniendo á Maruca que se abalanzaba á encontrar á Clemency y poniéndose en medio de ambas, ¡ahora bien! ¿qué teneis?

—¡Qué tengo!... exclamó la triste Clemency.

A estas palabras, levantó los ojos para manifestar la sorpresa y la cólera que le causaban la pregunta de maese Snitchey no menos que uno como buñdo que habia dado mister Bretaña. Mas encontrándose con el apacible rostro de Maruca tan bien grabado en su memoria, miróla con ojos espantados, soltóse á sollozar, reir y aullar, abrazó á Maruca, la apretó entre sus brazos, se apartó de ella para abrazar á maese Snitchey, luego al doctor; por último ocultó su cabeza en su delantal, tras el cual se dió á risadas y sollozos convulsivos.

Entre tanto un extraño se habia entrado en el verjel detrás de maese Snitchey y se habia estado junto á la puerta sin que le viera nadie, pues cada cual estaba muy ocupado y toda la atencion disponible habíala absorbido el extasis de Clemency. Lejos de parecer deseoso de llamar las miradas, el forastero se mantenia aparte con los ojos fijos en el suelo. Su abatido aspecto hacia una contraposicion notable con el alborozo general.

Tia Marta fué la única que le vió y fuése al punto á platicar con él: á poco llegóse aquella á Engracia y á Maruca, díjole unas cuantas palabras al oido á esta que se estremeció y pareció muy turbada; pero recobrando luego su serenidad, encaminóse tímidamente al extranjero con tia Marta y entró en conversacion con él.

Mientras esto pasaba, maese Snitchey, sacando de su faltriquera un papel que tenia la traza de un documento legal, se apersonó con mister Bretaña.

—Caballero Bretaña, díjole, os doy mil plácemes; ahora sois el propitario único de la casa conocida con el nombre de Rallo de Moscada. Por culpa del caballero Michael Warden, cliente mio, perdió vuestra consorte ahora años una casa; hoy gana otra. Un dia de estos tendré yo el gusto de solicitar vuestro sufragio en las elecciones del condado.

—¿Tendria mi voto el mismo valor si yo cambiara el título de mi casa?

—Sin duda alguna.

—Siendo así, dijo mister Bretaña alargando la escritura de propiedad á maese Snitchey, agregad estas palabras al nombre de mi casa: Y el Dedal. ¿Gustais tomaros esta molestia? En cuanto á las sentencias que tiene escritas el dedal, harélas grabar en otra parte.

—Permitidme reclamar el beneficio de las máximas á que haceis alusion, dijo una voz que salia por la espalda de mister Bretaña. . . .

Era la de Michael Warden.

—Caballero Heathfield. . . . y vos, doctor Jeddler, yo hubiera podido haceros mucho mal, pero no tengo mérito alguno por

haberme abstenido de hacerlo. No pretendo ser mas discreto ó mejor despues de una prueba de seis años; sin embargo, he padecido durante ese tiempo. No me considero con derecho de solicitar vuestra benevolencia; he abusado de la hospitalidad de esta casa y me abochorno de mi conducta. La leccion que he recibido me ha aprovechado, y debo agradecérsela á una persona (dirigió una mirada á Maruca), á una persona á quien rendidamente he pedido perdon, reconociendo su mérito y lo poco que yo valgo. . . Dentro de unos dias me ausentaré de estos lugares para nunca mas volver. Os suplico que me perdoneis "Haced con los otros como quisiéredes que los otros hagan con vos: ¡olvidad y perdonad!"

. . . . . .

El Tiempo, de quien he sabido la última parte de esta historia, y á quien tengo el gusto de conocer personalmente desde unos treinta y cinco años hace, me ha informado, apoyándose con desgaire en su hoz, de que Michael Warden no se ausentó ya de la tierra, y que en vez de vender su casa, la abrió de nuevo, ofreció en ella una magnífica hospitalidad y tuvo una esposa, orgullo y ornato del país, la cual se llamaba Maruca.

Pero como tengo observado que el Tiempo suele confundir los sucesos, no sé bien á bien hasta dónde atenerme á su autoridad.

Traducido por Eusebio Blasco.

FIN DE LA BATALLA DE LA VIDA.

ECONOMIA DOMESTICA.

CREMA DE ANÍS.

Tómense de granos de anís, una cuarta de libra (cuatro onzas); de azúcar, una libra; de aguardiente, poco menos de media azumbre.

Cuézase el azúcar en dos vasos de agua; cuando esté cocida échesele el anís, luego el aguardiente, y póngase en infusion en un cántaro durante seis semanas. Filtrese después.

RATAFÍA DE AZAHAR.

Tómense dos onzas de azahares mondados; póngause en poco menos de media azumbre de aguardiente blanco, déjese en infusion cuatro horas, pásese por tamiz y añádasele una libra de hermosa azúcar.

Al cabo de ocho dias, estando ya bien deshecha la azúcar, pásese por filtro, tápese muy bien y sírvase el licor después de seis meses.

PARA LAVAR EL ENCAJE BLANCO.

Cósase ligeramente el ENCAJE en un paño delgado empapado en agua fria; luego déjesele estar en una jabonadura por un dia; múdese el agua y déjese el ENCAJE en otra nueva jabonadura por toda la noche. Luego póngase en una sarten la cuarta parte de un pan de cera blanca, seis terrones de azúcar, dos cucharaditas de almidon líquido, y media azumbre de agua dulce, en lo cual hiérvase el encaje por diez minutos; échesele luego en agua fria y aplánchese cuando esté casi seco el añil debe agregarse al agua fria.

PARA LIMPIAR LA CHINA.

Empléese como lo mas propio la tierra de batan muy finamente pulverizada, enjuagándola después bien en agua clara muy limpia. Lo mismo puede hacerse con el cristal.

BORDADO.

IV.

ESQUINA PARA PAÑUELO.

Materiales.—Hilo francés de algodon propio para bordar, ó seda de color.

Cósase por encima de las líneas, con puntada al pasado realzada.

EN MI DESTIERRO

UN RECUERDO A ELVIRA.

Composicion dedicada al literato el señor don Tomás Ruiseco.

I.

Elvira, si tú pudieras
Verme aquí en extraño suelo,
Perseguido, sin consuelo,
Presa solo de dolor;
¡Oh! tu corazon sufriera
Y lloraras, vida mia,
Al ver mi cruel agonía,
Mi martirio y su rigor.

Probaras ese veneno
Que concluye con mi vida,
Y que calcina la herida
Que tengo en el corazon:
Vieras que ya no respiro
Sino con esfuerzos tantos,
Que, lánguido á los quebrantos,
Se extingue ya mi razon.

Lejos del hogar paterno
Y de tu imágen divina,
Mi mente solo se inclina
A buscar la eternidad.
No miro mas que tristeza,
Y en todas partes el duelo,
Sin tus pupilas de cielo
Que son mi felicidad.

Las noches las paso en vela;
Y á la luz de una bujía,
La negra melancolía
Me acompaña á padecer.
Ella siempre está conmigo,
Y aumenta el dolor que siento,
Con el bárbaro tormento
Que no me es dable romper.

Pero siempre, Elvira, siempre,
Tu imágen bella, querida,
En mi seno está esculpida
Por la mano del Señor.
Y la trenza de cabello
Que me diste y guardo ufano,
Es el iman soberano
Que mitiga mi dolor.

II.

Y aunque léjos de tí vivo,
Nunca á tu memoria esquivo
Yo seré:
Pues con el llanto en mis ojos
Recordándote, de hinojos
Estaré.

Tú, entre tanto, llora, hermosa,
Mi existencia procelosa
De dolor:
No me olvides un instante
Y en tu pecho fino, amante,
Tenme amor.

Tula de Tamaulipas, febrero de 1852.

FRANCISCO DE P. FERNANDEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LID DE BUHOS CON RATONES.

El martes 28 de octubre del año 1851 de la redencion, á las doce horas de la noche, en la ciudad de Paris capital hoy del *Imperio tenapartino* de Francia, en la casa no gobernada todavía la excelente constitucion del Sable: el dia poco ántes dicho, á la hora arriba expresada y en la ciudad ántes nombrada, tuvo efecto, dentro del edificio conocido bajo el nombre de *Yockey-Club*, el famoso combate de los dos buhos (vulgarmente *trofeos*) Pico de Fierro y Yong contra doce ratones.

He aquí cómo nos lo refiere un periódico francés.

Lo mas lucido, sobresaliente y elegante de la poblacion de Paris, la flor y nata de la literatura y de las artes fué convidada á la funcion.

Las apuestas del lado de los ratones montaban á treinta y tres mil francos[1]. Lord H. ha hecho frente á todas con sus dos campeones Yong y Pico de Fierro.

Reinaba el mayor órden en el salon, habiendo marcado de antemano los asientos unos comisionados, quienes hacian además el oficio de jueces: estos, sea dicho en debido loor de ellos, han desempeñado su cargo con la cordura de Nestor, y no han dado ningun motivo de queja con sus decisiones.

Lord H. tenia á su diestra á M. Méry[2]: las agudezas, el ingenio tan brillante del poeta marsellés hicieron la mas viva impresion en el noble lord, quien le pidió unos versos sobre la pelea que á empeñarse iba. Mientras llegaba el momento crítico, el autor de la Guerra de Nizam improvisó doce estrofas que tienen toda la originalidad de su ingenio y de la circunstancia.

A las once y media, Víctor Couturier trajo su jaula enorme de doce compartimientos y la situó sobre una mesa que ocupaba por el momento lo interior de la liza en que debia darse el combate: al punto procedió á dar sustento á los doce campeones.

Sobre manera interesante fué esta operacion, pues como los ratones llevaban veinticuatro horas de no comer nada, brincaban en sus jaulas como unos *convulsioneros* de Tánger.

El "jefe" del club, cocinero excelente, habia compuesto la pasta de una manera notable; en lugar de raeduras de criadillas de tierra, habia elegido criadillas de Perigór, las cuales devoraron en tres minutos los ratones, con un deleite que no se hubiera creido en estos animales.

Ya que hubieron concluido de alimentarse los ratones, lord H. hizo seña á su halconero de que llevase los buhos: quedó al punto ejecutada la órden, y púdose juzgar entonces de los dos terribles antagonistas.

Yong y Pico de Fierro han visto la luz en Escocia, en una propiedad de lord H.; han vivido dos años en una de las torres del alcázar, en donde un dia los pilló William Perkes, halconero de lord H., no sin sacar ambas manos rasguñadas por las dos aves nocturnas.

Pico de Fierro y Yong son unos buhos de la raza mas fuerte. Tienen dos piés (ó tercias) de alto; son sus ojos de una trasparencia fúnebre; las plumas, una mezcla de pardo blanco, de pardo perlino y de paduzco; las garras, notables por la fuerza de su constitucion y de su encorvadura, y tan firmes como unas varillas de hierro.

A las doce en punto los jueces dieron la señal del combate.

Víctor Couturier lanzó á sus doce ratones en la liza: cabalmente á esa hora se hacia la digestion. Iban los ratones á embestir unos á otros con furia, cuando William Perkes, el halconero, soltó los dos buhos. Los doce ratones en vez de desgarrarse entre sí, volvieron su rabia contra sus nuevos enemigos.

En este punto reinaba un silencio religioso en el gran salon de la sociedad, y tan solamente se oia los agudos chillidos de los doce ratones y los rechinamientos de pico de los dos buhos.

Pico de Fierro se abalanzó primero sobre Roberto Macario, alias el Griego, y asiéndole de los cuartos traseros, le machacó como hace un boa cuando se apodera de un becerro ó de un potro. De su lado Yong hacia otro tanto con el desdichado Viejoverde, alias Tenedor de Libros.

El príncipe Petulante, alias Chamuski, Rodillar, alias Azotacalles, Brisquet, alias el Maton, cayeron sobre Yong y se engancharon á sus patas. Después de haber ahogado á Viejoverde, Yong hizo sucesivamente morder el polvo á Rodillar (Azotacalles) y á Brisquet (el Matón). El príncipe Petulante (Chamuski) era el único que sobrevivia, encarnizándose mas y mas á los corvejones de Yong, á quien se los quebró de dos cuchilladas.

Pico de Fierro por su parte habia *muerto* á Volter, alias el Enemigo de la Oscuridad, al valeroso Ratapual, alias el Lagotero, y á Tinieblas, alias Roecrespones; pero él habia quedado con una pata quebrada, la misma pata que habia sido tan estropeada en Inglaterra.

Las suertes eran todavía iguales. Los dos buhos estaban gravemente heridos, pero ya no tenian en su contra sino á cinco ratones mas ó menos ilesos.

En este momento llegaba á su mas alto punto la atencion de los espectadores.

Pulastról, alias el Peluquero, que se habia estado en un rincon, y como abochornado de sí mismo, brinca sobre Yong, que estaba recostado, y róele los ojos. Arroja el buho un grito terrible y correspóndele á Pulastról con un picotazo que le abre las entrañas: expiran ambos enemigos uno junto á otro.

Pico de Fierro tenia que haberlas con Turlurú, alias el Quitapelillos, con el Marqués, alias Cubreamor, con el Parisiense, alias Medialengua y con el príncipe Petulante (Chamuski). Este último que se habia atiborrado de criadillas de tierra, estaba enfurecido cuanto no es decible: habiéndose agarrado de la pata sana de Pico de Fierro, róela mientras el buho degollaba sucesivamente á todos los demás ratones. Ya no quedaban mas que Pico de Fierro y el príncipe Petulante (Chamuski), el uno quebradas ambas patas y el otro despanzurrado, pero respirando todavía ambos y amenazándose con la vista.

Ninguno ganó su apuesta; por tanto se ha decidido que las pastas no serán entregadas sino al que haya apostado al animal que sobreviva.

Víctor Couturier, concluido el combate, se llevó al príncipe Petulante (Chamuski), para asistirle: otro tanto ha hecho William Perkes con Pico de Fierro. A esta hora, la cuestion no es mas que una cuestion médica en que decidirá soberanamente la muerte.

---

[1] Seis mil seiscientos pesos.
[2] *Merí.*

AJEDREZ.

IV.

REGLAS DEL JUEGO.

Las reglas siguientes, con tal cual ligera modificacion, se observan y siguen desde hace cincuenta años: han sido revisadas últimamente por la junta de la Sociedad de Ajedrez de Londres fundada en 1807, la cual las ha publicado, y son como sigue:

I. El TABLERO debe estar dispuesto en términos que la casa angular de la izquierda de cada jugador sea una casa negra. Cuando el TABLERO haya sido mal situado, deberá ponérsele bien antes que se haya dado la cuarta jugada por ambas partes, pero no despues.

II. Si cualquiera pieza fuese mal situada al principio del juego, cualquiera de los dos jugadores puede insistir en que sea enmendado el yerro, en caso que le note antes de hacer su cuarta jugada, pero no despues.

III. Si un jugador, al comenzar el juego, olvida el poner todas sus piezas en el tablero, le será permitido reparar la omision antes, pero no despues, de hecha su cuarta jugada.

IV. Si un jugador, queriendo devolver cualquiera pieza á su contrario, olvida quitarla del tablero, su adversario, despues de hechas cuatro jugadas de ambas partes, tiene la opcion de proseguir ó de volver á comenzar el juego.

V. Cuando no hay piezas devueltas, cada uno de los jugadores debe hacer alternativamente la primera jugada, y la suerte debe designar quién ha de comenzar el primer juego. Cuando el juego es nulo, al que le abrió toca hacer la primera jugada en el partido siguiente.

VI. Cuando uno de los jugadores da una ó varias piezas á su adversario, aquel tiene derecho á comenzar el juego, á menos que se estipule lo contrario. Cuando se da un peon, siempre es el del alfil del rey.

VII. Toda pieza tocada debe ser jugada, como el jugador al punto de tocarla no diga COMPROMISO, ú otras palabras que expresen lo mismo; pero si una pieza perdiese su lugar ó cayese por efecto de casualidad, puede volverse á donde estaba.

VIII. Mientras un jugador no quita su dedo de la pieza que ha tocado, está en libertad de ponerla donde quiera, menos en la casa de donde la ha sacado; pero luego que la quita el dedo no puede ya reparar la jugada.

IX. Si un jugador toca una de las piezas de su adversario sin decir COMPROMISO ú otra expresion equivalente, puede su adversario forzarle á que la coma; pero si las reglas del juego se oponen á que sea comida, puede forzarle á jugar su rey, y si el rey está situado de manera que no pueda mudar de lugar, no puede imponerle ninguna pena.

X. Si un jugador quita de su lugar una de las piezas de su adversario, este tiene derecho á obligarle: 1° á volver la pieza á su lugar y á jugar su rey; 2° á volver á poner la pieza y á comerla; 3° á dejar la pieza en la casa en que había sido situada como si hubiera sido buena la jugada.

XI. Si un jugador come una de las piezas de su adversario con una de las suyas propias que segun las reglas del juego no pueda comer, su adversario puede forzarle ó á comer esta pieza con una de las suyas, si está amenazada, ó á jugar con su propia pieza tocada.

XII. Si un jugador come una de sus propias piezas con otra de sus piezas, su adversario puede, á su arbitrio, obligarle á jugar la una ó la otra de esas mismas piezas.

XIII. Si un jugador hace una falsa marcha, es decir si pone una de sus piezas en una casa donde no puede situarse segun la regla, su adversario puede, á su arbitrio, forzarle, ó á dejar la pieza donde la hubiera puesto, ó á ponerla, segun las reglas del juego, en otra casa, ó á volver la pieza á su lugar y jugar su rey.

XIV. Si un jugador juega cuando no le toca, su adversario tiene derecho de exigir ó que valgan las dos jugadas ó que se deshaga la segunda.

XV. Cuando por la primera vez se juega un peon en un juego, puede avanzársele á una ó á dos casas; pero en este último caso el adversario tiene el privilegio de COGERLE AL PASO con un peon que hubiese podido cogerle si solo se le hubiera avanzado á una casa. Un peon no puede ser COGIDO AL PASO sino por otro peon.

XVI. Un jugador no puede ENROCAR sino en los casos siguientes:

1° Si el rey ó la torre han sido jugados;

2° Si el rey está en JAQUE;

3° Si hay una pieza entre el rey y la torre;

4° Si el rey está obligado á cruzar por una casa atacada por una de las piezas de su contrario.

Al jugador que ENROCA en uno de los casos arriba mencionados, puede su contrario obligarle á dejar subsistir la jugada ó á jugar su torre.

XVII. Si un jugador toca una pieza que no pueda jugar sin dejar á su rey en jaque, está obligado á volver la pieza á su lugar y á jugar su rey; pero si el rey no puede mudar de lugar, el yerro no tendrá consecuencia.

XVIII. Si un jugador, sin decir ¡JAQUE! ataca al rey de su adversario, no tiene este obligacion de hacer caso; pero si el primero al volver á jugar, dice ¡JAQUE! cada jugador está obligado á reparar la última jugada, y aquel cuyo rey está en JAQUE debe reaguardarle.

XIX. Si el rey ha estado en JAQUE mientras que se han hecho varias jugadas sin que se sepa cómo ha sucedido el caso, aquel cuyo rey está en JAQUE debe reaguardarle; pero si son conocidas las jugadas que han seguido despues del JAQUE, deben rehacerse todas.

XX. Si un jugador dice ¡JAQUE! sin darle, y su adversario por consecuencia juega su rey, ó toca una pieza ó un peon para reaguardarle, este estará en libertad de rehacer su jugada, con tal que su adversario no haya completado su jugada siguiente.

XXI. Todo peon que llegue á la 8ª ó última casa del tablero, debe ser al punto cambiado por una reina ó cualquiera otra pieza que quiera el jugador, aun cuando tenga el tablero todas sus piezas completas. Siguese de aquí que puede haber dos ó varias reinas, tres torres, tres alfiles, tres caballos y aun mas.

XXII. Si al fin de un juego un jugador queda con torre y alfil contra torre, ó con dos alfiles solos, ó caballo y un alfil, etc., debe dar mate á su adversario en cincuenta jugadas, si no se tendrá por nulo el jaque. Comienzanse á contar las cincuenta jugadas desde el momento que el

contrario anuncia que va á contarlas. Aplícase igualmente esta regla á todos los casos en que se trata de dar mate con piezas solas, tales como la reina ó una torre, la reina contra una torre, etc., etc.

XXIII. Si un jugador se obliga á dar mate con tal pieza ó tal peon designado en una casa determinada de antemano, ó si emprende forzar á su contrario á hacer tablas el juego ó á darle mate, no está restringido á un número limitado de jugadas.

XXIV. Tablas es un juego nulo.

XXV. Si un jugador hace una falsa marcha, enroca de una manera ilegítima, etc., etc., debe su contrario advertirle esta irregularidad, antes de tocar una pieza ó un peon; de otra suerte no le será lícito imponer pena alguna.

XXVI. Si se suscita una duda ó disputa á que no den solucion alguna las reglas, ó si se suscita una discusion acerca de alguna regla, los jugadores deben someter la dificultad á los mas hábiles y á los mas desinteresados de los concurrentes, y la decision de estos debe ser considerada como decisiva.

V.

VALOR RELATIVO DE LAS PIEZAS.

Los peones son las menos preciosas de todas las piezas. Sirven de unidad para medir el valor de las demás piezas. Sin embargo, hay alguna diferencia en el valor de los peones: los del rey, de la reina y de los alfiles, que se llaman peones del centro, son mas importantes que los demás, sobre todo al principio y á mediados del juego; los peones de la torre son los menos importantes.

Los alfiles y los caballos se consideran como de igual valor; estímanse en mas de tres peones sin llegar sin embargo á cuatro.

Dos piezas secundarias, como dos alfiles ó dos caballos, ó un alfil y un caballo se consideran como equivalentes á una torre y dos peones.

Una torre vale cinco peones y puede cambiarse por una pieza secundaria y dos peones: dos torres valen tres piezas secundarias.

La reina vale dos torres y un peon.

El rey, por la naturaleza misma del juego, no tiene valor. Los valores que hemos hecho constar se aplican solamente al principio y á mediados del juego; pero siempre es preciso tomar en cuenta la posicion general de las piezas, pues una torre fuera de juego puede cambiarse provechosamente por un caballo ó por un alfil que ocupe un buen lugar. A veces es bueno sacrificar un caballo por dos peones, aunque absolutamente valga aquella pieza tres, etc., etc. Hácia el fin del juego, la reina y los caballos rebajan de valor, mientras los castillos y los peones adquieren mayor importancia: puédese entonces sacrificar un caballo ó un alfil por un solo peon, pues al fin del juego un rey y un peon pueden ganar, pero un rey y uno y hasta dos caballos no pueden.

SOLUCION DEL PROBLEMA II DE AJEDREZ.

BLANCAS.	NEGRAS.	BLANCAS.
1. C 6 A d D 8	R 4 D 4	
2. T 5 5 d D 4	R 4 T	3. T 4 5 d R. jm.

MODAS DE PARIS.

Por el presente, para dar idea de las modas del emporio del buen gusto y elegancia en el vestir, basta y sobra, así lo creo yo á puño cerrado, con poner á la vista de mis deliciosas lectoras el par de primorosos figurines adjuntos: la perspicacia de las interesadas hace de todo punto ociosa toda explicacion escrita.

Otras cosas harto de moda en Paris hoy no pueden representarse con figurines, como por ejemplo los destierros por centenares de los personajes mas ilustres de la Francia, la completa restriccion de la libertad de imprenta, la persecucion, el *espionaje*, la violacion de toda garantía social, los asesinatos administrativos, las incontables violencias, en suma, que Luis Napoleon, actual presidente-autócrata de Francia, por la gracia del Sable, está en el dia ejerciendo, con el cristiano y filantrópico fin de *monarquizar* por completo la nacion que ha tenido la torpeza de poner su vida en las manos de él.

Mas de cuatro sugetos hay aquí en Méjico, y de lo mas delicado y exquisito de nuestras *notabilidades* políticas, que darian un dulce á quien quisiera agraciar á esta nuestra república con galanterías á la Luis Bonaparte, á reserva de desairarlas ellos si llegaba el galan á comprenderlos en sus "suaves presiones." En efecto, harto de envidiar debe de ser la condicion delcitable de una venturosa nacion en que, como en el dia sucede en Austria y Francia, no haya libertad de imprenta mas que para incensar al dueño y señor, ni lengua mas que para loar al señor y dueño, ni vida mas que para el servicio del dueño y señor, ni pensamiento mas que para contemplar, bendecir y admirar al señor y dueño....

No sin querer he traido aquí á la política; hablando de modas no he podido ni debido pasar en claro estas modas tan nuevas y tan rancias á un tiempo en el gobernar á los hombres, ni tampoco he podido, sin grave cargo de conciencia, negar un lugar en este artículo al nombre del famoso modista que hoy ha tomado sobre sí el vestir á los franceses. Por ventura ¿no es "digno y justo" el hacer mencion de un *cortador* notable, así como de un cantante, de un músico, y en suma de toda habilidad sobresaliente en su línea? Por ventura ¿vale mas un *virtuoso* que un "restaurador del Imperio," un resucitador de muertos?

No lo creo yo.

Pero sea como fuere, contando yo con la indulgencia de los que no sean de mi parecer, paso á otra cosa.

El domingo 14 del presente mes de marzo del año 1852, tuvo efecto en la plaza de toros del paseo de la Victoria la ascension *aereostática* (AEROSTÁTICA no tiene gracia) del *aereonauta* (así dice un maestro de mucha gollilla) Gomez Puente, bajo el patrocinio, amparo y ayuda del señor Escobedo. Nada particular ofreció el espectáculo, si no es que la concurrencia fué muy escasa: pero no puedo menos de notar ahora que se ofrece la singular circunstancia de que el señor Puente siempre luce en plazas de toros, lo cual haria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

temer á un fatalista quién sabe qué suerte taurina para el aeronauta.

El mismo domingo ya mencionado, hubo una lucha que no fué lucha entre un oso y un toro, en la plaza de San Pablo, y de la cual, segun un periódico sesudo que á la vista tenemos, resultaron desgracias en la concurrencia.

Tambien el propio domingo se estrenó en el teatro Nacional una cantatriz, la señora Koska, extranjera de origen y procedencia, y no agradó tanto como se esperaba ella: parece que los auditores no sintieron *trasportes* de entusiasmo, ni "*expansiones*," no percibieron "melodías *feras*," ni notaron "estilos *chispeantes*," "trozos de *fisonomías*," "*cadencias* volcánicas;" en fin, parece que la voz de la *virtuosa* no despidió "*corrientes proféticas*."

Por demás me parece el hablar á estas horas del pasado carnaval. Un gacetero que por señas no es mejicano y que se dedica con desaforado afan á recodar á los mejicanos las consejas de las descomunales fazañas de nuestros conquistadores, como cosas que importa mucho que los mejicanos sepamos y no olvidemos, ha dicho *sonriendo* que la diversion á que en este lugar me contraigo ha estado poco animada este año, deduciendo luego que el público mejicano tiene mas *ganas* de ahorcarse que de divertirse "cómo Dios manda;" como manda Dios que se divierta el público mejicano, lo dirá tal vez el Decálogo ultramarino del gacetero, pues lo que es en el Catecismo del padre Ripalda no encuentro yo nada relativo al caso. Agrega despues el mismo susodicho gacetero, con el *genio* que le distingue y sin apearse del *rango* que ocupa, esta agudeza digna por su novedad y chiste de trasmitirse por *despacho* telegráfico al suelo que le inspiró: "La carcta ha perdido todos sus *prestigios:* sin duda es porque la mayor parte de los hombres (y mujeres, se entiende) la llevan todo el año. . . ."

Las corridas de toros, con motivo de la cuaresma, no son hoy de legítima exhibicion; y es de sentirse de veras, porque con ellas se le acaba la ocasion al consabido gacetero de lucir sus profundos y envidiables conocimientos de tauramaquia, así como de que siga *banderillando* á sus lectores por ese lado. . . .

Vamos á lo serio.

Es de mi deber como mejicano el referir el horrendo é inaudito atentado que se ha cometido en California en la persona de una señora mejicana, cuyo nombre no revela el periódico en que consta el hecho. Esta señora pues en la ciudad de Downieville, de la jurisdiccion de los Estados-Unidos del Norte, fué arrebatada por los miserables y bárbaros vecinos, á pretexto de no sé qué delito, y colgada de una cuerda que se atravesó encima del rio llamado North Yuba.

"Allí, dice el periódico, fué arrastrada por la plebe la débil víctima: su aspecto era altivo y sereno en sumo grado; era muy hermosa, pero ni su hermosura ni su donaire fueron bastantes á mover á compasion á sus asesinos. Con la mas imperturbable entereza se aplicó ella misma la soga, y ocultó el nudo bajo las negras matas de su abundante cabello; sacó luego unos cigarros, repartiólos entre los circunstantes, medio fumó uno que se habia reservado y le tiró luego. Al punto su esbelto y ligero talle voló por el aire, sin patalear apenas, tan potente era la voluntad que mantenia á sus libres brazos tenazmente apretados á sus lados. Allí quedó colgada, muerta, entre el firmamento y la tierra, clamando venganza su cadáver de la atrocidad de un pueblo bárbaro."

Suponer que el gobierno mejicano tendrá conocimiento de esta barbaridad, sería mucho suponer. Pero ¿hay mejicano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se contente con solo saber el caso, y no se conmoverá el gobierno hasta el punto de providenciar lo conveniente á no permitir que quede impune tamaña atrocidad?.....

Mis compatriotas deben esforzar su voz y su influjo, y á ello los invito encarecidamente, á efecto de que el inaudito crímen contra la humanidad, la sociedad y el cristianismo no quede impune.

Los feroces hombres que han asesinado tan bárbaramente á una criatura humana, á una débil é indefensa mujer, á una mejicana, ¿no deben considerarse como unos forajidos que toda sociedad debe escarmentar ejemplarmente? *X.*

COMO VIVEN LOS HEROES DE NOVELA.

POR FILIBERTO AUDEBRAND.

"No come quien quiere sino quien puede," dice un triste proverbio inglés, el cual por desgracia es aplicable á todas las naciones. Este melancólico aforismo nos parece aplicable mas particularmente á los personajes de las novelas modernas, á los héroes de los folletines[1].

En la literatura francesa siempre ha sido una regla el no hacer comer á los enamorados, ni aun á los forajidos. Francisco Rabelais[2], es verdad, habia ciertamente puesto el principio en sus obras maestras, que se debe comenzar un libro por una gran escena de comida; pero en breve quedó abandonada la doctrina del cura de Meudon. Soudéry y toda su escuela, mucho mas numerosa de lo que se cree, desechaban de sus libros todo relato de comida.

En aquellos tiempos de pastorales y de ramilletes á Cloris, no habia mas potaje que el amor y el murmurio de los arroyos. Durante el siglo diez y siete todo entero y una parte no despreciable del diez y ocho, siglo tan positivo, diferenciábanse los héroes de novelas en lo relativo al estómago, del resto de los humanos; lo cual quiere decir que un héroe de novela no bebia ni masticaba: vivia, y punto concluido.

Guardábase el autor de informarnos de qué trata se valia para mantener á su galan, hacerle enamorar, reñir, dejarse medir las costillas, ver tierras y tantas otras cosas sin jamás echarse á pechos un vaso de agua ni comerse una nuez: no era esta situacion cuenta del autor, sino del galan solamente.

La crítica, inexorable siempre, no dejaba de hacer con este motivo un reparo severo y aun de vez en cuando soltaba una pulla.

—¡Por mi ánima! exclamaba el autor, ya he soltado mi héroe; allá se las avenga él. En conciencia, á mí no me toca servirle los platillos. Le he engendrado, le he dado á luz, pero no estoy por calentarme el cerebro en describir los pormenores de un *realismo* prosáico. El espectáculo de un hombre que tiene llena la boca descompone sin duda ninguna toda accion tal cual decente. Yo soy un poeta y no un cocinero.

1 Martinez López.
2 Rab-lé.

Mientras tanto, el desdichado héroe de novela, fuese cacique como en Marmotel, forajido de profesion como en Ducray-Duménil[1] ó trovador que tocase la bandurria como en madama de Genlis, el héroe, decimos, no salia de su paso en cuanto al comer; vivia en ayuno desde el primer párrafo hasta el punto final de cuatro volúmenes en dozavo. ¿Cómo no ocurrir al autor que tuviese necesidad de reparar sus fuerzas? Robábase á su dama tres veces, casábase una vez, crecia como un hongo en un sitial á la Voltaire hasta el septuagésimo quinto año de su edad, y llegaba á verse hecho el bendito padre de tres pares de lindos chicos, sin haber en toda su vida hecho una digestion maciza.

Me hareis presente quizá que comia el héroe en los entreactos, que aprovechaba, para comer, el blanco intermedio de un capítulo á otro. Así seria; pero aquí para nosotros, cualquiera tiene derecho de dudarlo. Lo que tiene muy presente todo hijo de vecino es que á excepcion de Gil Blas, nunca se ha visto á un solo héroe de novela comer, de la revolucion (la de 1789) para atrás.

Nombré antes á Gil Blas; ahora bien, Lesage, como hombre de ingenio que era, sabia alargarse á que mencara los dientes su protagonista, y con todo no lo hacia sin cierto recelo. Es de notar en efecto que el aventurero Santillana no se pone propiamente hablando á la mesa, sino una sola ocasion, en una hostería de Peñaflor, y eso no tanto para tomar alimento él como para pagarle á un górriato.

Con todo, á la larga hubo una como transaccion entre la fábula neta y la realidad. En tiempo del Imperio, los héroes de novela, gentes todas militares ó destinadas á serlo, tomaron á pechos el tener un estómago. Introdujo esta reforma Pigault Lebrun. Algo semejante á los forajidos ilustres que conquistaban el mundo, estos héroes bebieron inmensos tragos, pero tan solo bebieron, pues el comer parecia cosa tonta para personajes que tiraban el florete con la Europa entera[2] por tanto en el aguardiente, el ponche de ron y el vino de España cifraban ellos toda su gloria. Bribonchaban en compañía del amor, cantando una romanza de Boieldieu ó de la reina Hortensia, y achispábanse en honra de las bellas.

Qué diferencia, santo Dios, con la escuela inglesa, la mas fecunda en punto á novelas! Cualquiera puede contemplar á Tom Jones[3] á la mesa, y ni un ápice pierde Tom Jones del interés que excita. Daniel de Foe no se descuida de dar á saber de qué manera Robinson Crusoe busca la vida en su isla, y en esto principalmente es lo que interesa el personaje. Escenas *gastronómicas* abundan en Walter-Scott[4], el Homero de las narrativas familiares. ¿Quién no ha leido veinte veces con gusto la página en que Fenimore Cooper[5], el Walter-Scott de la América, pone á Calzadecuero enguyendo un pernil de bisonte? En nuestros dias Dickens no omite sino rara ocasion el sustentar lo mas que puede á las criaturas que pone en accion. En suma, todos los escritores ultramarinos parece como que de continuo tienen á la vista este verso que pone Molière[6] en los labios del bonazo de Crisalo:

Vivo de sopa exquisita.
Y no de buenas razones.

Volviendo á nuestros carneros, ha existido poco hace una época en que los novelistas se afanaban por crear hombres y mujeres puramente materiales. Cuando el romanticismo estaba en toda su fuerza, en 1831, los héroes de novela bebian á

1 *Ducré-Duménil.*

1 *Tom-Yons.*
2 *Heuliter-Scot.*
3 *Fénimor Cöper.*
4 *Molière.*

mañana y noche de la copa amarga de la vida y se comian los puños. Con trabajo se darian gentes mas comilonas que aquellas. Madama Staël[1] hizo punta con su Corina; Benjamin Constant[2] y M. de Sénancourt[3] creyeron llevarse la palma sobre el modelo de la musa moderna dando á luz, el uno á Adolfo y el otro á Obermann. Desde entonces los personajes á la moda cayeron en un disgusto invencible por el pan de centeno y el vino de la viña: tragábanse sus lágrimas, y cuando no tenian á mano lágrimas ni sollozos, se roian el corazon, lo cual no es tan sabroso como una simple criadilla de Perigór ni aun como una tajada de pastel de Estrasburgo.

Por fortuna estas tradiciones no tenian de hacer huesos viejos. Un dia M. Honorato de Balzac dijo para su sayo:

—Ya no es dable hacer ayunar la idea de un libro en una época en que el hambre es el asunto dominante, ó mas bien, ¡ay! el único asunto. En lo sucesivo desleiré la Fisiología del gusto en mis libros en octavo.

El insigne novelista no tardó en cumplir su promesa: nadie ignora que el primer volúmen de El Padre Goriot versa casi todo sobre lo que ocurre en una mesa redonda del país latino, mesa redonda entreverada donde se encuentra frente á frente uno de otro á Eugenio de Rastiñac, al doctor Bianchon y á Votrin, alias Clavalamuerto.

Lo mismo que Balzac, M. Eugenio Sue comprendió la necesidad de hacer subsistir á su gente de diferente manera de lo que respiran los duendes y los silfos. Y luego, ¿cómo evaporizar las espantosas siluetas[4] que el novelador socialista desenterraba de los albañales de la capital? Cómese pues mucho en los Misterios de París, y hasta á la calidad de los bocados excede su cantidad: sin hablar del *peñascaró* que corre en abundancia, todo el mundo sabe que en el capítulo II se mete el diente, en la calle de las Habas, en la taberna de la Lechuza, á un *croque* con que se chupan los dedos los convidados. El *croque*, platillo que no conoció Lúculo, es un mosáico de lenguas de ternera, de cabezas de arenques, de ruinas de hojaldre, de pedazos de costillitas y de otras riquezas del mismo género.

Aquí se pudiera hacer un cargo á los señores Victor Hugo, Alfredo de Vigny[1] y Enrique de la Touche, á saber: que sus personajes están veinte veces á punto de regodearse y en realidad no se regodean. Siempre cree uno que Pedro Gringorio va á comer algo con los truhanes de la Corte de los Milagros, y siempre se lleva uno chasco. A Stello, el Doctor negro, que está presente á la triple muerte de Gilberto, de Chatterton y de Andrés Chénier se le ve con frecuencia á pique de romper la costra de un pastel; pero no hace nada. En cuanto á Fragoleta, no se le ve tomar cosa alguna, ella que siendo hombre y mujer á un tiempo debia por lo mismo comer por dos.

Otro tanto sucede con el *pandemonium* de Jorge Sand. La abstinencia viene á ser el régimen de todos estos rebeldes elegíacos, apenas si una vez se tiende el mantel en Lelia, y aun eso es para cantar unos versos de doce pies con acompañamiento de lira y de tiorbas. En Horacio y en las novelas de la Revista independiente, Jorge Sand no permite á sus héroes que devoren nada mas que tiranos.

No puede negarse: M. Alfonso Karr describe algo mejor las angustias y el *realismo* cruel de la vida de artista en Bajo los tilos y en Genoveva: este último li-

1 *Staël.*
2 *Constan.*
3 *Senancár.*
4 Retrato de perfil sacado por el contorno de la sombra (*silhouette*).—M. L.

1 *Vini.*

bro brilla particularmente por una página llena de fantasía y de verdad. Trátase de un tocinero que dos veces hace su entrada en el taller de un pintor con una caja de estaño llena de costillitas con pepinillos en adobo: de este episodio, tan poco novelesco al parecer, saca un partido maravilloso el artista, resumiendo admirablemente en este golpe de teatro que vale una comedia, los trabajos y los gustos de los gitanos.

Sustento es este muy primitivo, antediluviano y que trae á la memoria el fruto prohibido de nuestros primeros padres; pero en ese caso, para la tierra de las manzanas, M. Alfredo de Musset habria debido tomar para heroina una Carlota.

Se nos tendrá á mal acaso el que nos

Si no lo llevais á mal, amigo lector, diré una palabrita de M. Alfredo Musset. El autor de Frederico y Bernereta ha inventado una gastronomía aparte para uso de sus héroes. Cuando leas la preciosa novela que se intitula Cruasillas, verás este pasaje:

"La Normandía no es mas que un vasto manzanar de un extremo á otro de la provincia; por todo el camino Cruasillas no comió sino manzanas."

háyamos dejado á M. Pablo de Kock en el tintero: este señor, lo confesamos, sustenta bien á sus personajes, y aun las gentes de gusto notan que los sustenta en demasía; pero este exceso no es un defecto, sino lo contrario, en un escritor que es la delicia de las cocineras.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS DOS ANGELES.

POR EMILIO REY.

Blandos sueños de ventura
Halagan dulces la mente
De esa jóven hermosura
Que se mira dormitar.
¡Es dulcísimo su sueño!
Encantadoras visiones,
Con divinas emociones
Su pecho hacen palpitar.

Mas de pronto se estremece
Porque resuena en su oido
Acento desconocido,
Suave y argentina voz.
Es la voz de un ángel malo
Que la dice tentadora:
"Gozad del mundo, señora,
"De sus delicias y amor.

"Gozad, gozad.... Los placeres
"Son el encanto del alma,
"Para las lindas mujeres
"Es esta vida un Edén.
"Gozad, señora, que el mundo
"Es una alfombra de flores;
"Mil y mil adoradores
"Os halagarán en él.

"Gozad, señora.... lanzaos
"Y en los brillantes festines,
"Y en animados saraos
"Encontrareis el placer.
"Los suculentos manjares,
"Los espirituosos vinos,
"Ahogarán vuestros pesares,
"Si es que pesares teneis.

"Gozad, señora... la vida
"Es una senda de flores,
"Y en danzas, vino y amores,
"Hallareis felicidad.
"La dicha está en los placeres....
"Es necio quien los condena.....
"Cantad..... reid... las mujeres
"Nacisteis para gozar..."

Y la jóven hermosura
Se sonrie blandamente
Dibujándose en su frente
El placer del corazon.
Que al oir el dulce acento
Que la pinta tales goces
Vuela raudo el pensamiento
De ilusion en ilusion.

De repente se oscurecen
Las visiones que la encantan;
Huye el ángel, aparecen
Fantásticas sombras mil,
Y con alas de colores
Rasgando el cielo azulado
Viene á posarse á su lado
Un hermoso querubin.

"¡Despiértate, niña!.... El vicio
"Se encubre siempre con flores...
"Con falsos labios traidores
"Te ha hablado el ángel del mal.
"Huye del festin ardiente,
"De las bacanales huye,
"Porque sellarán tu frente
"Con afrentosa señal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"No está sembrado de rosas
"El camino de la vida;
"Si la virtud no se anida
"En tu pecho tierno y fiel,
"En lugar de flores bellas
"Hallarás rudas espinas
"Que al pisar encima de ellas,
"Rasgarán tu lindo pié.

"Huye, niña, los placeres,
"Guarda mucho tu hermosura,
"Que vosotras las mujeres
"Cañas muy débiles sois

"Frágiles como los juncos
"Que crecen en la ribera....
"¡Ay! una mano cualquiera
"Puede echaros un borron."

Dijo el querub .., desplegando
Sus alas de plata y rosa,
Por los espacios cruzando
Hasta el cielo se elevó,
Y la juvenil belleza
Entreabrió los dulces ojos,
Movió la linda cabeza,
Y del sueño despertó.

Méjico, marzo de 1852.

RECOMPENSAS DE LA FIDELIDAD.

Nunca abandoneis á un amigo. Cuando le persigue el odio, cuando le postra la enfermedad, cuando el mundo le maltrata, entonces es cuando se prueba la amistad verdadera. Los que huyen de los espectáculos de desgracia, su hipocresía patentizan, y dan á conocer que el interés tan solo los mueve. Si teneis un amigo que os ame, que haya estudiado vuestro interés y felicidad, no le olvideis en su adversidad. Dadle á conocer que apreciais su bondad y que sabeis valuar su cariño. Rara es la verdadera lealtad, pero existe. Solamente niegan su valía y su poder los que nunca amaron á un amigo, ó trabajaron en hacer feliz á un amigo. El bueno y bondadoso, el afectuoso y el virtuoso saben sacrificar el interés propio al bien de sus semejantes; y en correspondencia reciben el premio de su amor encontrando corazones que los aman y recibiendo mil servicios cuando la adversidad ó la desgracia los abruma.

A SOFIA.

SONETO.

Cuando mi pecho en juventud ardia
Tu frente pura coroné de flores,
Y en mi dorada lira tus loores
Sonaban, dulce bien, de noche y dia.

Feliz cual nunca fuí, bella Sofía,
Con tu cándida risa y tus amores,
Con tu blando desden y tus favores,
En otro tiempo cuando Dios queria.

Como las rosas que arrebata el viento,
¡Ay! pasaron las horas de ventura,
Y en pos de ellas vinieron los pesares.

Mas tú siempre serás mi pensamiento,
Mi amor en este valle de amargura
Y el númen de mis fervidos cantares.

J. Sebastian Segura.

LA PÓLVORA.

POR ASMODEO DE BAST.

El convento de los franciscanos de Friburgo.—Los primeros cañones. Las armas de fuego.—Las minas.—Las fiestas de Medicis, etc.

Mientras se sepulta en el olvido el nombre de los hombres que han sido benéficos á la humanidad, se conserva fatalmente la memoria de los que han sido su azote; erígense altares á los que han descubierto el secreto de perfeccionar la destruccion y de multiplicar la muerte, mientras se abandona á los albañales de la ingratitud y de la indiferencia á los inspirados de Dios que con haber inventado un instrumento, indicado ligeramente una idea, han abierto á la inteligencia humana el campo inmenso del trabajo y de la inmortalidad. ¿Cuál es el sabio que podrá decirnos el nombre del que inventó el primer torno de hilar ó el primer martillo? ¿En qué climas, bajo qué cielos colocaremos las primeras colmenas, y cuál es el hombre que supo reunir bajo unas pajizas las esparcidas repúblicas de la industriosa abeja? ¿Y quién encendió sobre los abismos del Océano las lámparas eternas cuya claridad ardiente señalan al navegante, en lo mas fuerte de la tormenta, los escollos que debe evitar? El silencio tan solo responde á una curiosa gratitud.

Mas en cambio, no ignoramos ni el nombre de los que han descubierto y popularizado los mas sútiles venenos, ni la vida de los que han inventado las armas mas mortíferas. Los poetas han divinizado, bajo el nombre de Vulcano, al primer fabricante de los rayos humanos, y el nombre de Locusto ha atravesado hartos siglos para rejuvenecerse en el nombre de la Brinvilliers.[1]

Los grandes males se remudan en la tierra: cambia la muerte sus postas sin cambiar no obstante el andar de su carrera. No bien acababa la humanidad de verse libre de aquella horrible enfermedad llamada lepra y que diezmaba todos los años las poblaciones europeas, cuando un fraile de Friburgo, por una de esas casualidades á que se deben los mas de los descubrimientos, encontró el secreto de la pólvora.

Otro hombre habria quizá enterrado en el misterio de su laboratorio este secreto espantoso; pero el fraile quiere siempre salir á luz: cuando es elocuente y docto como Lutero, lucha cuerpo á cuerpo con la autoridad del papa; cuando es envidioso y codicioso como Schwartz vende á la muerte las entrañas de la humanidad.

El fraile de que hablamos se llamaba Bertoldo Schwartz y era hermano de la órden de san Francisco en el convento mayor de Friburgo, en Alemania. Su ge-

1 *Brenvhé*, famosa envenenadora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"No está sembrado de rosas
"El camino de la vida;
"Si la virtud no se anida
"En tu pecho tierno y fiel,
"En lugar de flores bellas
"Hallarás rudas espinas
"Que al pisar encima de ellas,
"Rasgarán tu lindo pié.

"Huye, niña, los placeres,
"Guarda mucho tu hermosura,
"Que vosotras las mujeres
"Cañas muy débiles sois

"Frágiles como los juncos
"Que crecen en la ribera....
"¡Ay! una mano cualquiera
"Puede echaros un borron."

Dijo el querub .., desplegando
Sus alas de plata y rosa,
Por los espacios cruzando
Hasta el cielo se elevó,
Y la juvenil belleza
Entreabrió los dulces ojos,
Movió la linda cabeza,
Y del sueño despertó.

Méjico, marzo de 1852.

RECOMPENSAS DE LA FIDELIDAD.

Nunca abandoneis á un amigo. Cuando le persigue el odio, cuando le postra la enfermedad, cuando el mundo le maltrata, entonces es cuando se prueba la amistad verdadera. Los que huyen de los espectáculos de desgracia, su hipocresía patentizan, y dan á conocer que el interés tan solo los mueve. Si teneis un amigo que os ame, que haya estudiado vuestro interés y felicidad, no le olvideis en su adversidad. Dadle á conocer que apreciais su bondad y que sabeis valuar su cariño. Rara es la verdadera lealtad, pero existe. Solamente niegan su valía y su poder los que nunca amaron á un amigo, ó trabajaron en hacer feliz á un amigo. El bueno y bondadoso, el afectuoso y el virtuoso saben sacrificar el interés propio al bien de sus semejantes; y en correspondencia reciben el premio de su amor encontrando corazones que los aman y recibiendo mil servicios cuando la adversidad ó la desgracia los abruma.

A SOFIA.

SONETO.

Cuando mi pecho en juventud ardia
Tu frente pura coroné de flores,
Y en mi dorada lira tus loores
Sonaban, dulce bien, de noche y dia.

Feliz cual nunca fuí, bella Sofía,
Con tu cándida risa y tus amores,
Con tu blando desden y tus favores,
En otro tiempo cuando Dios queria.

Como las rosas que arrebata el viento,
¡Ay! pasaron las horas de ventura,
Y en pos de ellas vinieron los pesares.

Mas tú siempre serás mi pensamiento,
Mi amor en este valle de amargura
Y el númen de mis fervidos cantares.

J. Sebastian Segura.

LA PÓLVORA.

POR ASMODEO DE BAST.

El convento de los franciscanos de Friburgo.—Los primeros cañones. Las armas de fuego.—Las minas.—Las fiestas de Medicis, etc.

Mientras se sepulta en el olvido el nombre de los hombres que han sido benéficos á la humanidad, se conserva fatalmente la memoria de los que han sido su azote; erígense altares á los que han descubierto el secreto de perfeccionar la destruccion y de multiplicar la muerte, mientras se abandona á los albañales de la ingratitud y de la indiferencia á los inspirados de Dios que con haber inventado un instrumento, indicado ligeramente una idea, han abierto á la inteligencia humana el campo inmenso del trabajo y de la inmortalidad. ¿Cuál es el sabio que podrá decirnos el nombre del que inventó el primer torno de hilar ó el primer martillo? ¿En qué climas, bajo qué cielos colocaremos las primeras colmenas, y cuál es el hombre que supo reunir bajo unas pajizas las esparcidas repúblicas de la industriosa abeja? ¿Y quién encendió sobre los abismos del Océano las lámparas eternas cuya claridad ardiente señalan al navegante, en lo mas fuerte de la tormenta, los escollos que debe evitar? El silencio tan solo responde á una curiosa gratitud.

Mas en cambio, no ignoramos ni el nombre de los que han descubierto y popularizado los mas sútiles venenos, ni la vida de los que han inventado las armas mas mortíferas. Los poetas han divinizado, bajo el nombre de Vulcano, al primer fabricante de los rayos humanos, y el nombre de Locusto ha atravesado hartos siglos para rejuvenecerse en el nombre de la Brinvilliers.[1]

Los grandes males se remudan en la tierra: cambia la muerte sus postas sin cambiar no obstante el andar de su carrera. No bien acababa la humanidad de verse libre de aquella horrible enfermedad llamada lepra y que diezmaba todos los años las poblaciones europeas, cuando un fraile de Friburgo, por una de esas casualidades á que se deben los mas de los descubrimientos, encontró el secreto de la pólvora.

Otro hombre habria quizá enterrado en el misterio de su laboratorio este secreto espantoso; pero el fraile quiere siempre salir á luz: cuando es elocuente y docto como Lutero, lucha cuerpo á cuerpo con la autoridad del papa; cuando es envidioso y codicioso como Schwartz vende á la muerte las entrañas de la humanidad.

El fraile de que hablamos se llamaba Bertoldo Schwartz y era hermano de la órden de san Francisco en el convento mayor de Friburgo, en Alemania. Su ge-

1 *Brenvhé*, famosa envenenadora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nio tétrico, atrabiliario, estaba en perfecta armonía con su nombre que en la lengua tudesca significa "negro." Bertoldo era dado á la alquimia y dedicaba los ratos que le dejaban libres los deberes religiosos, á trasmutar los metales, á mezclar mil especies de sustancias arrancadas de los tres reinos de la naturaleza, á quemarse las pestañas leyendo unos manuscritos viejos é indescifrables que le había legado, no se sabe por qué, un rabino de Friburgo. La celda de Schwartz, atestada de retortas, alambiques, placas de metal, fuelles, hornillas y vasijas de todos tamaños, infundía á sus cofrades una aversion tan profunda, que la llamaban el Arca de Satanás. De mas á mas, Bertoldo era un mal compañero, un mal fraile y un mal cristiano, y mas de una vez su conducta irregular, su orgullo y sus costumbres demasiado libres le habian atraido castigos por parte de sus superiores espirituales: sufria la correccion él, pero no se corregia.

Este mismo fraile fué el que buscando la piedra filosofal encontró la pólvora: no queriendo sino oro, alcanzó la celebridad de Erostrato. Pasaba esto hácia fines de 1379. De una crónica alemana del siglo catorce tomamos los pormenores que vamos á relatar aquí.

Una fortuna inesperada vuelve atrevidos á los mas timoratos, y si esta fortuna recae en un corazon ya henchido de orgullo, engendra la insolencia y el furor.

Schwartz, profundamente engreido con la importancia de su descubrimiento, fué á verse con el superior de su convento.

—Vengo, dijo mirando con altanería al anciano, vengo á pediros dos cosas, mi reverendo padre.

—Si es posible otorgároslas, contestó el superior, de buena mente lo haré. Mas ante todo, hermano, dejad ese aspecto soberbio, moderad la fuerza de la voz, bajad esos ojos encendidos que no pueden estar bien en un hijo de san Francisco que ha hecho voto de castidad, obediencia y pobreza.

Vencido al pronto por la cándida mansedumbre de su superior, Bertoldo bajó los ojos, tomó una actitud mas modesta y guardó silencio; mas á poco tomó la palabra.

—Vengo á pediros dos cosas, reverendo padre, repitió con voz mas fuerte.

—¿Cuáles son? decid

—En primer lugar, mi libertad; despues mi secularizacion, dijo Schwartz con estridente voz.

Estremecióse el superior como si le hubiera picado el talon un áspid.

—¡Vuestra libertad! ¿está en mi facultad el dárosla? respondió el anciano tras un rato de meditacion. ¿No levantan los votos que teneis pronunciados una valla insuperable entre el claustro y ese mundo de que os habeis apartado voluntariamente! ¡Vuestra secularizacion! ¿No sabeis que solo al papa toca atar y desatar en la tierra, y os imaginais que me sea lícito á mí, indigno hijo de san Francisco, atribuirme la autoridad universal del vicario de Jesucristo!

—Ya no puedo mantenerme mas tiempo segregado del siglo, repuso Bertoldo, es preciso que yo torne á ese mundo cuya faz estoy destinado á cambiar; á ese mundo al cual Dios me llama para modificar, trasformar ó destruir las instituciones de los hombres, las leyes, la política y la guerra de las naciones.

Quedóse el prior mirando atónito á su fraile; creyóle loco. Penetró Bertoldo el pensamiento del anciano.

—Creeis, reverendo padre, que la locura de Saul ha pasado á mi espíritu; excuso vuestro error. Empero son preciosos los momentos, no me queda ya mas que la tercera parte de esa arena que veis caer (é indicaba Bertoldo con el dedo la ampolleta que estaba encima del reclinatorio del guardian), y quiero consagrar ese instante á cumplir con mi voto de obediencia por la última, la suprema vez. ¿Me otorgais, reverendísimo padre, mi doble peticion?

—No lo puedo, replicó friamente el prior, extendiendo su mano sobre la regla de san Francisco trazada sobre la pared de la celda.

—¡No lo podeis!... exclamó Bertoldo. Escuchad, reverendo padre; todo servicio merece un salario, todo favor merece recompensa. Yo intento probar que no soy un ingrato: una parte de vuestro claustro amenaza ruina, vuestra iglesia está sin acabar... os haré de nuevo el claustro y acabaré la iglesia... y esto dentro de un año á mas tardar. ¿Consentís en solicitar mi secularizacion en la corte de Roma, consentís en darme mi libertad al punto, en la hora, lo entendeis?

—Os otorgo lo primero, os niego lo segundo, respondió el prior cuyo semblante habia recobrado toda la autoridad y toda la inflexibilidad del mandato.

—¡Imprudente viejo! exclamó Bertoldo sonriéndose á la manera de los demonios, ¿no sabes por ventura que yo tengo aquí, agregó enseñando las anchas mangas de su hábito, con qué vencer tu terquedad? Yo podria si quisiera derribar estas paredes, hacer temblar la ciudad de Friburgo hasta sus cimientos, hacer que los sepulcros despidiesen las osamentas que encierran, y esto tan prontamente como si la trompeta del valle de Josafá anunciase el gran dia del juicio del mundo.

Una leve sonrisa de incredulidad pasó por los labios del anciano y fué á perderse entre las ondas incultas de su blanca barba.

—¡Dudas cual otro santo Tomás, prior! prosiguió Bertoldo, quien parecia obrar y hablar por un extraño influjo; norabuena, pues que quieres pruebas evidentes, palpables; ¡mira, escucha y tiembla!

Y mas pronto que el relámpago, el fogoso Schwartz saca de su hábito una caja de carton alquitranada y rematando en una mecha, acércala á la lámpara que arde perpetuamente ante la imágen de san Francisco... Al pronto se oye una horrible detonacion, zarandéanse los muebles de la celda como los pálidos actores de la danza *macabra*, pártense los vidrios de su ventana y caen en polvo de diamante, tiembla el piso y un humo denso, humo semejante al que despide el infierno, oscurece los rayos del dia.

El viejo prior aterrorizado con la vista de este prodigio habia caido de rodillas.

—¡Idos, idos, hermano Bertoldo! exclamó pegando á sus trémulos labios la cruz de su rosario, ¡idos! la casa del Señor no puede ya ser vuestra casa... ¡Marchaos! ¡y Dios tenga misericordia de vuestra alma!...

—A dios, prior, dijo Schwartz. Bien hubiera yo querido ahorraros esta leccion; pero vos la habeis querido: ¡á dios!.. Obedezco á la órden que me habeis dado, acordaos bien, y voy á cumplir la encomienda que me ha confiado el cielo.

Retiróse al punto el atrevido fraile, y aprovechándose del desórden que una explosion tan súbita y nueva habia causado en el convento, salvó sin trabajo los límites del sagrado asilo adonde no debia de tornar nunca.

Bertoldo Schwartz se presentó en Italia. A la sazon los venecianos hacian la guerra á los genoveses y fluctuaba indecisa la victoria entre los dos ejércitos. Escribe Bertoldo al consejo de los Diez y á las pocas horas de haber echado su carta en la terrible boca de bronce, admítesele á explicar su aventura ante el dux y sus impenetrables ministros. Parece excelente la invencion del fraile aleman, pues las

naciones mercantiles hacen muy poco caso de la sangre humana; y Bertoldo Schwartz, colmado de oro, de promesas y de dignidades, es enviado, bajo la conducta, ó mas bien bajo la custodia de un proveedor de la república, al campo del ejército veneciano.

El infierno y Schwartz habian dado la receta de la pólvora; un griego de Corinto, llamado Pérdicas, tomó á su cargo el hacer la aplicacion de ella: hizo este griego unos tubos largos de hierro á que llamaron CULEBRINAS por su forma larga, y amontonó en estas máquinas unos pedazos esféricos de plomo y de bronce que la pólvora arrojaba con estruendo. Desde este año, 1380, quedaba inventada la artillería.

Con semejantes auxiliares los venecianos no podian dejar de triunfar: por tanto los genoveses, intrépidos y superiores como eran á los esclavones y á las tropas mercenarias de Venecia, no tardaron en declararse vencidos, aceptando de la serenísima República un tratado de paz mas oneroso y mas bochornoso que una derrota.

Bertoldo Schwartz, siempre bajo la conducta de su provedor, fué despachado á Candia y á algunas islas de la Grecia, en donde la dominacion veneciana, aun mal consolidada, ahogaba á duras penas los gérmenes de rebelion: en una de estas islas fué donde el fraile apóstata, el inventor de la pólvora desapareció el dia menos pensado como Rómulo en medio de una fiesta militar. Los mismos que tanto provecho habian sacado de su diabólica invencion, no otorgaron á su memoria ni una estatua ni un duelo público; lo cual hizo presumir á los políticos del siglo catorce que la serenísima República, ingrata y recelosa siempre, se habia deshecho de Bertoldo para gozar á sus anchuras del sangriento monopolio de su secreto.

Lo que hay de singular es que por el año de 1383 los franciscanos de Friburgo recibieron por una via incógnita una suma de cuarenta mil ducados destinada á reedificar su convento y su iglesia. ¿Seria esta una obra de agradecimiento y de expiacion del fraile Bertoldo? Esto nunca han logrado ponerlo en claro los anallistas de Alemania.

Se ha disputado al fraile aleman la prioridad de la invencion de la pólvora: sin contar á los chinos que con su modestia ordinaria pretenden estar haciendo uso de la pólvora desde hace mas de tres mil años, los moros, si hemos de creer á Pedro Mexía, la descubrieron antes que él: estos moros, sitiados en 1343 por Alfonso XI, rey de Castilla, tiraron sobre las tropas cristianas "ciertos" morteros de hierro que hacian un ruido semejante al trueno. Este hecho singular le confirma don Pedro, obispo de Leon, en la crónica del rey Alfonso, asegurando que en un terrible combate que se dieron el rey de Tunez y el rey moro de Sevilla, los soldados tuneces tenian ciertos toneles de hierro de donde despedian rayos. Por otro lado, nuestro sabio y juicioso Ducange afirma que los registros de la cámara de Cuentas, en Francia, hacen mencion de pólvora en el año de 1338; en fin, y esto es de un peso muy mas considerable, parece que Rogerio Bacon[1] tuvo conocimiento de la pólvora mas de ciento cincuenta años antes del nacimiento de Schwartz, pues aquel sabio y hábil religioso hace la descripcion de ella en términos expresos en su tratado de *Nullitate Magiæ*, publicado en Oxford en 1216. Podeis, dice, excitar truenos y relámpagos cuando querais: no teneis que hacer mas que tomar azufre, nitro y carbon, que separadamente no producen ningun efecto, pero que mezclados juntos y

1 *Bacon.*

encerrados en algo hueco y tapado, hacen mas ruido que un trueno.

Como quiera, Bertoldo Schwartz, á pesar de los chinos, de los moros, de Pedro Mexía, del arzobispo de Leon y aun del mismo ilustre Rogerio Bacon, ha quedado en posesion de la honra, lúgubre y deplorable honra! de haber inventado la pólvora. Esta invencion que con el descubrimiento de la brújula y de la imprenta ha trastornado tan fuertemente al mundo, y traido el milagro naval de Cristóbal Colon y la reforma de Lutero, ha inulizado todas las cualidades heróicas, todas las fuerzas naturales individuales. En efecto, desde que hay pólvora, desde que las hachas, las lanzas, las picas, las espadas, los arcos y las dagas han cedido su lugar á los fusiles de mecha y de rueda, á los trabucos, á las escopetas, á las pistolas, á los arcabuces, á las carabinas, y por último á los fusiles de piedra ó de percusion, la fuerza muscular, el vigor leonino, como decia Montaigne, están demás. No consiste ya el valor en ir á desafiar á la muerte, sino en esperarla y verla venir á pié firme. La valentía que sin cesar se mueve ha tenido que ceder ante la intrepidez que no se mueve mas que una piedra. Esta política militar ha sido quizá muy favorable á las naciones flemáticas, pero ha sido generalmente aciaga para los franceses.... El francés gusta de correr en pos de todo: en pos del amor, de la gloria, de la muerte; enfríase con esperar, consúmese con la inmobilidad.

La revolucion operada en las armas de guerra ofensivas y defensivas por el descubrimiento de la pólvora se extendió hasta al ataque y defensa de las plazas fuertes. Los formidables castillos, las enormes ciudadelas levantadas por la feudalidad en todos los puntos de Europa, vinieron desde entonces á ser casi todos unos antemurales débiles y unos refugios inseguros. Tornóse el arte de los sitios una verdadera ciencia en que la pólvora hizo el primer papel, no ya solo por la artillería sino tambien por la mina y la contramina. La intrepidez del soldado no consistió ya en plantar escalas contra unas murallas que despedian plomo derretido, aceite y pez hirviendo, sino que fué empleada toda entera en practicar en las entrañas de la tierra unos caminos tortuosos y en arrostrar por entre densas tinieblas, agachado entre el azadon y el mosquete, la explosion de su propia mina ó de la contramina del enemigo.

Pero si la humanidad tuvo que verter lágrimas de sangre con motivo de la invencion del fraile de Friburgo, tuvo tambien que glorificarse por el auxiliar poderoso, enérgico que el acaso habia dado á la civilizacion para colmar los precipicios, cerrar abismos y establecer buenos gobiernos entre las naciones. Merced á la pólvora, pudiéronse colmar precipicios, cerrar abismos y volar rocas tan antiguas como el mundo. Aníbal abrió un paso estrecho á su ejército hendiendo los Alpes con vinagre; y esta empresa temeraria, que un puñado de hombres podia desgraciar, costó á Aníbal y á Cartago esfuerzos y sumas inmensas. En el siglo diez y ocho, la pólvora, dócil á la voz de Napoleon, niveló el monte Cenis y el Simplon, y reunió como por encanto la Italia y la Francia.

Las fiestas nacionales y las festividades populares debieron tambien á la pólvora sus mas ricas y brillantes magnificencias. Desde 1450, en una fiesta que en Florencia dió Cosme de Medicis á unos embajadores turcos, un lombardo nombrado Bartolomé Capolini ofreció una muestra de esa industria maravillosa en que siempre han aventajado los italianos á todas las naciones: hablamos de los fuegos artificiales, los cuales desde el siglo quince son

en cierto modo el complemento de todas las solemnidades públicas. Bartolomé Capolini tomó por asunto de su descomunal trabajo la divina comedia del Dante, el purgatorio, el infierno, el paraiso. Inspiraron tan felizmente al "artillero" los versos del poeta, que la trilogia[1] pirotécnica[2] representada ante mas de un millon de espectadores que habian acudido de todas partes de Italia, arrancó mil y mil gritos de terror y de júbilo á aquel pueblo, tan apasionado en sus furores como en sus admiraciones.

1 Tres tragedias, ó diálogo entre tres interlocutores.

2 Lo que pertenece á la PIROTECNIA ó arte de toda suerte de invenciones de fuego.

Mucho mal y mucho bien ha producido la pólvora: no estará demás sin embargo notar un hecho consolante para la humanidad, á saber: que desde la invencion de la pólvora y desde su aplicacion á las máquinas mas rápidamente mortíferas, ninguna gran batalla ha costado la vida á toda una multitud como en aquella sangrienta batalla ganada por Mario contra los Bárbaros, en la cual cien mil cimbros y teutones quedaron en el campo; y eso es en realidad porque respecto de la pólvora, lo mismo que respecto de muchos hombres que tambien tienen salitre en la palabra, puede decirse que "mas es el ruido que las nueces."

AJEDREZ.

V.

REGLAS GENERALES, OBSERVACIONES.

Jugar es con acierto el enrocar al principio del juego, y generalmente es preferible enrocar con la torre del rey. Si no hubiéseis enrocado antes de haber hecho el cambio de las reinas, vale mas muchas veces jugar el rey que no enrocar, y la 2ª casa del alfil del rey es en general la mejor posicion para el rey.—Con frecuencia es provechoso el no comer al peon contrario que se halle delante del rey, pues sirve de resguardo al rey.—No podeis emplear al rey en la defensa de una pieza atacada de otras dos piezas, porque no le está permitido el comer y el darse á comer como á las otras piezas.—Hácia la conclusion del juego, y sobre todo despues que se han cambiado las reinas, debeis emplear activamente al rey, pues la suerte del juego estriba generalmente en este caso en lo acertado de las jugadas del rey.—En general vale mas quitar un jaque con una pieza que ataque á la que da el jaque que no con otra que no la ataque.—Con frecuencia es jugar bien, aunque salga sacrificada una pieza, el forzar al rey contrario á entrar en la medianía del tablero, de donde no puede huir, como se le pueda atacar con dos ó tres piezas, sino perdiendo mucho.—Muchos jugadores dan jaque al rey contrario cuantas veces se les proporciona, pensando ganar así un tiempo: á veces lo contrario es lo que sucede, pues á veces una pieza ó un peon que antes estaba fuera de juego viene á interponerse y á obligar á la pieza que da el jaque á retroceder; ó bien el rey

puede tomar una posicion mas segura, ó al apartar al rey puede desembarazarse otra pieza que estaba inutilizada por la anterior posicion del rey. Sin embargo, en general es cuerdo el dar jaque al rey cuando así se le obliga á mudar de lugar para ponerse en salvo, ó impedirle así que enroque. Tambien es bueno poner al rey en jaque cuando así se le obliga á desistir de un ataque ó á ir en auxilio de una pieza que atacais al mismo tiempo, ó á avanzar hácia la medianía del tablero.

LA REINA.

Como la reina es la mas poderosa de todas las piezas, nunca deberia ser empleada para defender una pieza ó una casa cuando hay medio de servirse para lo mismo de una pieza inferior.—No es bueno avanzar á la reina al principio del juego, porque vuestro adversario atacándola con piezas inferiores y forzándola á retirarse os hará perder mucho tiempo, colocando de paso ventajosamente sus propias piezas. La mejor posicion para la reina, durante las primeras jugadas, es generalmente en la 2ª casa del rey ó en la 3ª de su caballo.—No os empeñeis en comer un peon ó una pieza con la reina, si es preciso para lograrlo que esta salga del lugar en que está toda la accion del juego. Un jugador hábil os permitirá comer un peon con vuestra reina como pueda impedir á esta pieza el volver con tiempo para evitar su ataque.

LA TORRE.

Rara vez se puede jugar la torre con provecho al principio del juego. Esta pieza viene á ser mas útil despues de algunas jugadas, pero llega á toda su fuerza cuando está el juego al concluir.—Es necesario hacer por doblar las torres, es decir situarlas en la misma línea para que se presten mutuo apoyo.—Cuando háyais tomado posesion de una línea abierta con una de vuestras torres, si el contrario coloca una de sus torres en la misma línea, es generalmente mejor que os defendais con la otra torre que no que comais la suya ó que aparteis la vuestra.—Con frecuencia es jugar bien el situar una de las torres en la 2ª hilera del contrario (ocupada al principio por los peones de este), pues las mas veces se tiene preso al rey con esto, y á la conclusion del juego viene á ser generalmente un golpe decisivo.—Al hacer marchar una torre á la casa de la reina, generalmente es mejor elegir la torre de la reina que no la del rey; de otro lado, si colocais una torre en la casa del alfil del rey, es mejor elegir la del rey.

LOS ALFILES.

El alfil del rey tiene alguna superioridad sobre el de la reina al principio del juego, porque puede jaquear al rey contrario antes que este se mueva de su casa, y aun despues de haber enrocado. Es pues generalmente útil cambiar el alfil ó el caballo de la reina por el alfil del rey del contrario.—La mejor posicion para el alfil del rey al principio del juego, es en la 4ª casa del alfil de la reina, donde amenaza al peon del alfil del rey contrario. Si no podeis situar el alfil del rey en dicha casa, ó si os veis precisado á apartarle de ella, procurad ponerlo en la 3ª casa de la reina, que es la mejor posicion despues de la primera.—Generalmente es preciso jugar el alfil del rey antes de avanzar á una casa el peon de la reina, pues el peon así avanzado tiene preso al alfil del rey y solo le permite situarse en la segunda casa del rey, de donde no puede atacar.—Es mucho mejor llevar al alfil de la reina á la 3ª casa de vuestro rey que no á la 4ª del caballo del rey de vuestro contrario: esta última jugada se hace con frecuencia, y acarrea las mas veces la pérdida de una pieza y del ataque.—A la conclusion del

juego, si sois fuerte en peones, debeis hacer por llevaros los alfiles de vuestro contrario, porque impiden que avancen los peones mas que los caballos, ó no pueden hacerlo las torres.—Cuando al fin del juego os quedan un alfil y algunos peones, suele ser útil el situar los peones en casas de un color diferente del de vuestro alfil, porque entonces vuestro alfil puede impedir al rey de vuestro adversario el atacarlos; pero si vuestro contrario os llevase ventaja, es generalmente mejor el situarlos en casas del color del alfil, para que pueda este defenderlos.

Los caballos.

La marcha tan particular de los caballos hace sumamente difíciles todos los cálculos relativos á estas piezas, y nos explica por qué pocas personas las juegan bien.—Hay poca ventaja en situar los caballos en las columnas de las torres, pues disminuye considerablente la fuerza de ellos en la orilla del tablero.—El mejor lugar para el caballo del rey, al principio del juego, es la 3ª casa del alfil del rey, porque ataca al peon del rey contrario, cuando este ha avanzado á dos casas, y porque al mismo tiempo impide que la reina contraria venga á situarse en la 4ª casa de la torre de vuestro rey. Algunas personas son de parecer que el caballo no debe llevarse á la 3ª casa del alfil antes que el peon del alfil haya marchado, y por esta razon colocan generalmente al caballo en la 2ª casa del rey; esto es un error de gran tamaño: jugar el caballo del rey á la 2ª casa del rey es en general una mala jugada, pero es una excelente jugada el situarle en la 3ª casa del alfil del rey. El caballo de la reina está ordinariamente en una buena posicion de ataque, cuando está situado en la 4ª casa de la reina de vuestro adversario: esta es en general una posicion muy ventajosa para vuestro caballo, sobre todo si el peon de la reina contraria ocupa todavía su casa.—Un caballo con tres ó cuatro peones, al concluir el juego, lleva la ventaja en los mas de los juegos, sobre un alfil con el mismo número de peones: esto proviene principalmente de que el caballo puede situarse ó en una casa blanca, ó en una casa negra, y por tanto atacar á los peones en cualquiera casa, mientras que el alfil no puede atacarlos sino en las casas de su color.—Un caballo defenderá menos bien que un alfil ó una torre, porque si se le obliga á cambiar de casa, ya no defiende. No sucede lo mismo con el alfil ni con la torre, que pueden muchas veces defender en varias casas.—Los ataques del caballo son peligrosos, sobre todo para el rey y la reina, porque primeramente atacan sin correr riesgo, y en segundo lugar porque no se pueden evitar sus ataques interponiendo una pieza.

El caballo no puede nunca ganar un tiempo, es decir que el que juega el caballo no tiene nunca el arbitrio de situarle en una casa dada en un número par ó en un número impar de jugadas. Supongamos que tengais un caballo en la casa de vuestro rey y que deseeis hacerle llegar en un número par de jugadas á la 2ª casa del alfil de vuestra reina; es imposible que lo hagais (suponiendo, se entiende, que no tengais otra cosa que jugar), pues como el caballo se sitúa en un color diferente del de la casa que ocupa, es evidente que si á la primera jugada va á una casa blanca, irá necesariamente á la segunda jugada á una casa negra, á la 3ª á una casa blanca, á la 4ª á una casa negra, etc., etc. No sucede lo mismo con las otras piezas; por ejemplo: Si teneis un alfil en la casa de vuestro rey, podeis avanzarle á la casa del caballo del rey en una sola jugada, ó en dos, situándole primero en la 2ª casa del alfil del rey ó en la 4ª casa de la torre del rey.—Si al concluir el juego teneis un peon menos que vuestro contrario, no cambieis todas vuestras piezas inferiores, sino al conservad una de ellas para sacrificarla, en caso de necesidad, por un peon; por ejemplo: Supongamos que vuestro contrario tenga una torre, un caballo y un peon, y que vos no tengais sino una torre y un caballo; no debereis cambiar vuestro caballo por el suyo, porque entonces él podria ganaros el juego; sino que deberiais hacer por cambiar vuestro caballo por su peon, porque no podria ganar con una torre y un caballo contra una torre.

Los peones.

Es difícil jugar bien los peones, pero es absolutamente necesario conocer á fondo sus combinaciones particulares y complicadas para llegar á ser un jugador de primer órden.—Teniendo el peon un valor infinitamente menor que las demás piezas, sigue de esto que es mejor emplear un peon que no otra pieza para defender.—Ninguna pieza puede atravesarse para resguardar del ataque de un peon, por lo cual puede emplearsele con mucho provecho para dar jaque al rey.—Cuidad de impedir que dos de vuestras piezas sean atacadas de un peon, pues esto tan tas veces el cambio de una pieza por un peon.—Es generalmente provechoso el ocupar con peones el centro del tablero, porque así no pueden avanzar las piezas del contrario.—Los peones del rey y de la reina están generalmente bien situados "en la 4ª hilera," pero es difícil conservarlos en esta posicion, y si os veis obligado á avanzar uno, su fuerza disminuye considerablemente. No deis pues mucha importancia á situar dos peones de frente en el centro del tablero.—En una línea diagonal de peones, procurad conservar el mas avanzado.—Un peon doblado no es siempre desventajoso, sobre todo si está unido con otros peones. La peor especie de peones doblados es la del peon del caballo en la hilera de la torre. El peon doblado del alfil del rey en la fila del rey es generalmente útil porque fortifica á los peones del centro y abre una fila á la torre.—Los peones cuando están unidos tienen una fuerza grande, la cual se disminuye con su separacion.—Un peon pasado es muy útil si está sostenido por otro.—Como el peon del alfil del rey no tiene mas apoyo que el del rey, es generalmente el objeto de los primeros ataques, por lo que se le debe proteger con esmero.—Es mala jugada el avanzar á una casa el peon del caballo del rey ó de la reina: el peon del caballo del rey avanzado á una casa debilita vuestra posicion, y permite á vuestro contrario el situar el alfil de su reina en la 3ª casa de la torre de vuestro rey, lo que con frecuencia es muy peligroso despues de haber enrocado vuestro rey.—Es las mas veces imprudente el avanzar los peones del lado de la reina al principio del juego.—Muchas personas, y aun algunos jugadores bastante buenos tienen la costumbre de avanzar el peon de la torre del rey y el peon de la torre de la reina al principio del juego: esta jugada es generalmente mala y muchas veces peligrosa. Algunas veces es bueno jugarla para atacar á una pieza, y tambien se la puede jugar con provecho cuando ha dado una pieza.—Cuando tengais dos peones de frente, por ejemplo, los peones del rey y de la reina en la 4ª hilera, si vuestro contrario ataca á uno de los dos con un peon, con frecuencia es mejor avanzar el peon que está atacado que no comer el peon contrario.—No se debe avanzar demasiado los peones hasta que puedan ser convenientemente sostenidos por las piezas. Las peones en la 4ª hilera son mas fuertes que en la 6ª.—Despues de haber enrocado es bueno no jugar el peon del caballo ni el de la torre que están delante del rey, á menos que se vea uno obligado.

REGLAS GENERALES APLICABLES A TODAS LAS PIEZAS.

A efecto de evitar olvidos trascendentales, es bueno, antes de tocar una pieza, examinar si hay piezas en riesgo, sea de las vuestras, sea de las contrarias.—Evitad el poner una pieza en una casa donde impida ó estorbe el movimiento de otra pieza.—No estrecheis vuestro juego conservando demasiadas piezas arrimadas unas á otras; ciertas piezas obran tan eficazmente de léjos como de cerca.—Es imprudente el introducir en medio del juego de vuestro contrario una pieza que no esté sostenida.—Cuando esté en vuestro arbitrio el comer una de las piezas de vuestro contrario con una de las vuestras, examinad con cuidado lo que pueda resultar si la comeis con la una mas bien que con la otra: pierdese con frecuencia, comiendo con un caballo, un juego que se ganaria comiendo con un alfil.—Cuando una de las piezas de vuestro contrario está en vuestro poder con frecuencia es útil no comerla inmediatamente, pues tal vez podrá haceros perder una jugada provechosa; en cualquiera debeis tener la certeza de que no puede escaparseos la pieza del contrario.—Cuando esteis amagado de un mate seguido, es generalmente útil cerrar las demas piezas.—Al cambiar de piezas, debeis atender tomar cuenta, no solo de su valor absoluto, sino tambien de su valor relativo en la posicion que ocupen, pues á veces es provechoso el cambiar una torre por un caballo ó un alfil, aunque la torre sea de un valor mucho mas considerable. Tambien suele ser útil, cuando están atacadas dos de vuestras piezas, el dejar que vuestro contrario tome la pieza superior, por la razon que se acaba de dar.—Cuando ataqueis á una pieza, si vuestro contrario se defiende con otras tantas cuantas empleeis para atacarle, no podreis comer con provecho, á menos que sus piezas fueren de una fuerza mucho mas considerable que las vuestras. Por ejemplo: Supongamos que le ataqueis con dos caballos y un alfil, y que él se defienda con el rey, la reina y una torre; en este caso podeis comer, porque su reina ó su torre son mas fuertes que vuestras tres piezas. Para defenderos bien, tened tantas piezas como vuestro contrario; para atacar con ventaja, tened una pieza mas que él.—Cuando tengais una pieza mas que vuestro contrario, haced lo posible por cambiar, pues así será mas fuerte vuestro juego.—Acostumbrad á jugar con los negros tan bien como con los blancos.—Debeis procurar jugar bien con todas las piezas. Hay personas que tienen predileccion á la reina, otras al caballo, etc.: por lo tanto, si lo advierten sus contrarios, procurarán cambiar una de sus piezas por la que aquellas personas juegan ó creen jugar mejor.

Los jugadores jóvenes suelen incomodarse mucho cuando pierden, y á veces abandonan completamente el juego del ajedrez desesperanzados de adelantar en él, no teniendo presente que es indispensable perder muchos juegos antes de poder jugar bien, pues es imposible adelantar si no se juega con personas mas capaces que uno.—No juegueis un juego demasiado difícil, ó en otras términos, no jugueis al igual con los que pueden daros ventajas considerables, pues jugando así no tendrías ninguna probabilidad de salir bien y sacarísis poco provecho del juego. Los juegos mas instructivos son los que son difíciles para ambos jugadores, los cuales se ven en el caso de jugar lo mejor que saben. Por la misma razon no jugueis nunca mano á mano cuando podeis dar ventaja (á menos, sin embargo, que sean pequeñas las ventajas, tales como un peon y el ser mano), pues eso engendra el descuido, el cual á poco se hace habitual y

ORRA PARA HOMBRE.

ro ó trenzilla de seda color de oro; flete de oro y borlas. Debes he-
rense con mucho esmero y cósense con trenzilla las junturas.

Sajou, rue Rambuteau, 82, à Paris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAMU. 50 Rue de Rambuteau a Paris

ERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
IRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ORRA PARA HOMBRE.

REGLAS GE

A efecto
les, es buen
examinar si
las vuestras
tud el pone
de implda
pieza.—No
servando de
nas á otras;
cazmente d
imprudente
go de vuest
esté sosteni
arbitrio el c
tto contrari
tras, examii
resultar si l
que con la
comiendo c
ganaria co
una de las
tá en vues
til no con
vez podre
vechosa;
teza de qu
za del con
do de un
te útil can
biar de pie
no solo de
de su valor
supon, que
biar una te
aunque la
mas consid
til, cuando
piezas, el d
la pieza sup
de dar.—C
vuestro co
tantas cuar
podreis comer con provecho, á menos que

DISEÑO DE BORDADO DE TRENCILLA PARA CAPA

Copiarse el dibujo en papel de calca. (Cuando sobre el terciopelo ó el paño y cosarse después el trencillo perfilando.)

ORRA PARA HOMBRE.

ro ó trencillo de seda color de oro; filete de oro y borlas. Deben ha-
senar con mucho esmero y cósanse con trencilla las junturas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISEÑO DE BORDADO DE TRENCILLA PARA CAPA

Cópiese el dibujo en papel cebollino. Calcarse sobre el terciopelo con el lado y color derecho; el trencilla perfilándolo. Antiguamente, según el gusto que la trencilla de moda.

GORRA PARA HOMBRE.

Terciopelo púrpura y trencilla de oro ó trencilla de seda color de oro; fleco de oro y borlas. **Deben hacerse** cinco divisiones: pégranse con mucho esmero y cósense con trencilla las junturas.

CHALECO DE HOMBRE.

Casimir violeta ó negro y trencilla de seda. Dibujeo el d seño sobre la tela ó cópiese poniendole encima papel de China

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A DOÑA YNES

Cancion

Con acompañamiento de

PIANO Ó GUITARRA

Por

B GOMEZ.

Propiedad de la Semana de las Sras.

Lit. Tacubaya N.º 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOÑA ISABEL

Valse para

PIANO

Por

BERNARD.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA LAGRIMA PERDIDA.

Canción con acompañamiento

de

Forte Piano

O GUITARRA

Compuesta

Por

J. ARRONIZ.

Propiedad de la Sem.ª de las Stas *1 en C. de Tacuba N.º 3.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONCHA.

POLKA

Compuesta por

T. ITURRIA

y la dedica a la Señorita Doña

CAROLINA PATIÑO.

Propiedad de los Sres. de las Notas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Piano.
2.
f
fin.
pp
ff
p
ff
f
3.
8va
ff
p
ff
f
U.C.

retarda todo adelantamiento. Siempre me ha parecido muy poco cuerdo el convidar á un jugador superior á jugar con fuerzas iguales: pues ¿para qué se juega al ajedrez, si no es para divertirse é instruirse? y ¿qué diversion ó qué instruccion puede proporcionar un partido fácil? El jugador inferior puede en verdad hallar lo uno y lo otro, pero seguramente que no se debe esperar que una persona juegue únicamente para divertir á otra.—Cuando no podais reducir á una persona á que acepte una ventaja, proponed el jugar por dinero, por mínima que sea la suma, que al punto os pedirá aquella ventaja.—Jugad siempre conformándoos extrictamente con las reglas del juego, pues así comprometereis á vuestro contrario á hacer lo mismo. He visto á muchas personas rehusar ventajas, pero que rehacen las jugadas, como si esto no fuera aceptar una ventaja, y harto grande.—Nunca os quejeis de vuestro contrario porque juegue lentamente, pues esto es un homenaje que tributa á vuestra habilidad. Sin duda es bueno desear el jugar bien y aprisa, pero pocos buenos jugadores hay que no jueguen despacio; y en verdad, que ¿cómo sería dable otra cosa? Un jugador hábil calcula muchas ocasiones de cinco á veinte jugadas y aun mas de cada parte, y esto no puede hacerse en un instante. Es harto fácil el jugar aprisa contra un jugador inferior, pero contra un jugador igual ó un jugador excelente no se puede jugar aprisa sin perder.—Solerá suceder que perdais jugando con personas con quienes teneis costumbre de ganar. No os incomodeis demasiado por eso; no siempre está el entendimiento en disposicion de jugar, y aun circunstancias muy ligeras pueden disponeros mal para tal ó cual juego, y por último no hay quien juegue siempre bien. —Un jugador de ajedrez debe tener tanto de confiado como de desconfiado. El que es demasiado confiado está inclinado á menospreciar á su contrario, y el demasiado tímido se dificultades en lo mas fácil. Es útil emprender cosas difíciles lo mismo que cosas fáciles y vice versa.—Solereis encontrar jugadores que no sabiendo la manera de entrar en juego, comenzarán, para desconcertaros, de un modo extraordinario y de que no hay ejemplos en los libros. Es menester obrar con semejantes jugadores conforme á los principios generales: así, debeis hacer por ocupar con vuestros peones el centro del tablero, hacer entrar prontamente vuestras piezas en accion, estorbar el juego á vuestro contrario, etc., etc.

VI.

SOBRE LAS DIVERSAS SALIDAS Ó PRINCIPIOS DE LOS JUEGOS.

Hay varias maneras de comenzar un juego: las siguientes son las principales:

1. Cada jugador comienza por avanzar el PEON DEL REY A DOS CASAS, luego el primer jugador lleva el ALFIL DEL REY A LA 4ª CASA DEL ALFIL DE LA REINA: eso se llama el partido del alfil del rey.

2. Cada jugador comienza avanzando el PEON DEL REY A DOS CASAS, y entonces el primer jugador juega el CABALLO DEL REY A LA 3ª CASA DEL ALFIL DEL REY, eso se llama el partido del caballo del rey.

3. Cada jugador comienza por avanzar A DOS CASAS EL PEON DEL REY, y el primer jugador AVANZA A UNA CASA EL PEON DEL ALFIL DE LA REINA; lo cual se llama el partido del peon del alfil de la reina.

4. Cada jugador comienza por avanzar A DOS CASAS EL PEON DEL REY, y lue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go el primer jugador AVANZA A DOS CASAS EL PEON DEL ALFIL DEL REY; á lo cual llaman el gambito del rey.

5. Cada jugador comienza por avanzar A DOS CASAS EL PEON DE LA REINA, y después el primer jugador avanza A DOS CASAS EL PEON DEL ALFIL DE LA REINA; á lo cual se llama el gambito de la reina.

Además de estos métodos, algunas personas comienzan avanzando á dos casas el peon de la reina, y juegan después el alfil de la reina á la 4ª casa del alfil del rey. Otras comienzan por avanzar á dos casas el peon del alfil de la reina, y luego juegan el caballo de la reina á la 3ª casa del alfil; ó bien comienzan por avanzar á dos casas el peon del alfil del rey, y luego juegan el caballo del rey á la 3ª casa del alfil.

De los métodos que acabamos de enumerar, los cuatro primeros son adoptados mas comunmente, el quinto suele serlo, los otros rara vez lo son. Los mas instructivos son los cuatro primeros, que deben comprenderse bien. El gambito de la reina tambien es un juego seguro y bueno, pero debe tenerse presente que los juegos que comienzan avanzando dos casas el peon de la reina no ofrecen ni tantas facilidades para el ataque como los que comienzan avanzando á dos casas el peon del rey: por lo mismo, rara vez se juegan.

VII.

ABREVIATURAS Y SIGNOS MAS USUALES EN LAS ANOTACIONES DEL JUEGO.

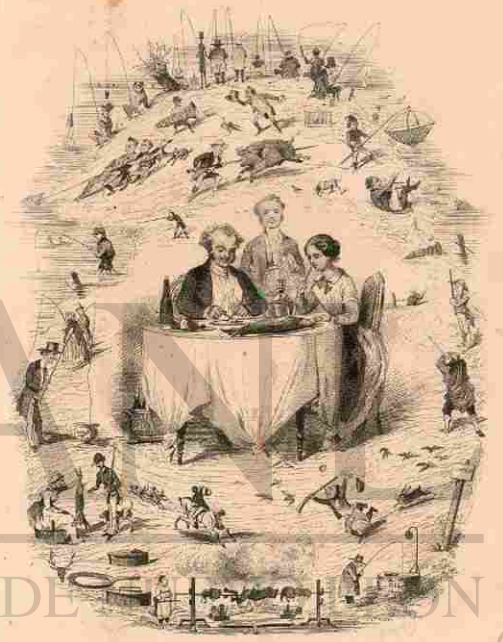
A	denota	la torre de la reina,	c	„	el peon del alfil de la reina,
B	„	el caballo de la reina,	d	„	„ peon de la reina,
C	„	alfil de la reina,	e	„	„ peon del rey,
D	„	la reina,	f	„	„ peon del alfil del rey,
E	„	el rey,	g	„	„ peon del caballo del rey,
F	„	„ alfil del rey,	h	„	„ peon de la torre del rey,
G	„	„ caballo del rey,	×	„	jaque,
H	„	la torre del rey,	—	„	presa, comida,
a	„	el peon de la torre de la reina,	‡	„	jaque y come,
b	„	„ peon del caballo de la reina,	*	„	mejor jugada.

FIN DEL AJEDREZ.

LA CAZA Y LA PESCA.

La caza es muy provechosa, si no á los conejos y demás animales comestibles llamados irracionales, sí al hombre que la practica y regala con ella su estómago.

Como ejercicio, la caza es uno de los mas útiles, pues da vigor al individuo, da incremento á sus sentidos y á su organizacion entera. El cazador se acostumbra á desafiar los calores mas ardientes, los fríos mas crudos; expuesto sin cesar á la lluvia, á los temporales, se hace insensible á sus efectos. Vuélvese ágil, diestro; agrándase su vista, afínase su oido. Este violento ejercicio excita siempre en el cazador un vivo apetito, digiere él con facilidad, siendo enérgicas la circulacion, la



LA CAZA Y LA PESCA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
RED DE BIBLIOTECAS

respiracion y la absorcion; porque con frecuencia pierde mas de lo que repara. Duérmese profundamente al punto que se acuesta, y representansele en la mente las imágenes de la caza. El cazador apasionado no conoce la ambicion, ni la avaricia ni la envidia. No desgarra el amor su corazon.

El hombre dado á este ejercicio, es de un carácter áspero, altivo y tosco; como cultiva poco su entendimiento desprecia sobremanera las ciencias y las bellas artes.

El sistema muscular en el cazador es muy enérgico: como la caza á pié reune en sí la carrera, el salto y la marcha, procura todos los beneficios de estos al que la acostumbra.

No obstante tiene sus inconvenientes la caza: muchos individuos contraen enfermedades crónicas, tales como reumatismos, inflamaciones catarrales crónicas etc., cuando se ven precisados á atravesar pantanos ó á estarse en ellos. La inmobilidad que con frecuencia exige una presa que se espera y que hace que no se atreva uno á respirar, impide que el cazador se sustraiga al aire frecuentemente frio y húmedo de la atmósfera, de donde le vienen neumonías[1], pleuresías,[2] etc.

Todo cazador debe observar un régimen muy sustancial sin ser cálido. Dese con frecuencia baños tibios; vista con frecuencia de lana, sobre todo en las estaciones en que son frecuentes las variaciones atmosféricas; guárdese del abuso de las bebidas alcohólicas, etc.

En cuanto á los pescadores, su ejercicio de humildad y paciencia tiene los inconvenientes de una vida sedentaria.

1 Inflamacion del pulmon con fiebre aguda y escupidura de sangre: PULMONÍA.

2 Inflamacion de la pleura (membrana que viste interiormente las costillas): DOLOR DE COSTADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONSIEUR BALZAC,

ESPECIERO.

POR JORGE GUÉNOT.

Honorato de Balzac, el afamado novelista francés que murió el año pasado, supo toda su vida el deseo estrafalario de hacer caudal; y prueballo de una manera que no admite duda su afan constante por cosas de industria.

No hay quien no tenga presente que cuando la Restauracion, se le metió al hombre en la cabeza el hacerse impresor en compañía del baron Trouvé[1], antiguo prefecto del imperio, pero lejos de ganar dinero en su empresa, se arruinó completamente.

Entonces fué cuando á consecuencia de tamaña catástrofe comenzó á ganar su vida con la pluma.

Otra ocasion, en tiempo de Luis Felipe, ocurrióle meterse á hostelano en Ville-d'Avray, y ganar veinticinco mil francos[2] de renta en el arte de criar piñas.

En el invierno de 1839, desanimado y enfermo el desdichado, privado de ricos bienes muebles, expuesto á mil persecuciones de parte de sus inciviles acreedores, se echó á ojos cerrados en una nueva ilusion.

Oíasele á la sazon hacer largos soliloquios sobre las esperanzas inmensas que ofrece el comercio.

—Pues que este miserable siglo la da por las especias, exclamaba, ¿por qué no habia yo de ser especiero? ¿No se metió Mirabeau[3] á pañero? Millones pueden sacarse de las mercaderías de las colonias. Todo consiste en saber manejarse. Veamos.

Volviendo despues al mismo asunto,

—Sí, prosiguió, eso es. Una hermosísima tienda en los *bulevares*. El rotulon siguiente en letras de oro:

BALZAC Y COMPAÑIA,
ESPECIERÍA POR MAYOR Y MENOR.

En el fondo del almacen, como de dama del mostrador, madama Jorge Sand, con su rosa blanca en la cabeza; á la puerta, Teófilo Gautier[4], en traje de neófito, haciendo tostar café Borbon en un molino de palastro; Cárlos Lassailly[5], otro discípulo, pesando cogucho[6], y yo, mi propia persona, yo cronista del mundo, con delantal y gorra de nutria, paseando el ojo del uno por todo el establecimiento. Si todo eso no produce dinero, yo soy un tonto.

De veras que siempre habria estado concurrido el almacen de especias.

Pero este plan se desbarató como un castillo de naipes, porque Balzac no halló bastante resolucion en sus amigos.

—Para ser un legítimo especiero, decia él, debe uno por principio de cuentas peinarse á lo Tito. Ahora bien, ese majadero Teófilo Gautier tiene la debilidad de no soltar sus cabellos.

1 *Trouvé*.—2 Cinco mil pesos.—3 *Mirabó*.

1 *Gotié*.—2 Lassalli.—3 Azúcar negra.

FIN DEL TERCER TOMO.

INDICE DE ESTE TOMO.

Introduccion, 3.

ADIVINANZAS.

Amor y dinero, 173.
Camila, 58.
Camisa (la), 314.
Clavel (el), 31.
Cuaresma (la), 203.
Eva, 195.
Galga (la), 203.
Lima (la), 13.
Lirio, 76.
Llave (la), 252.
Mediterráneo (el), 124.
Pájaro, 294.
Pambazo, 323.
Papayo (el), 220.
Serafina, 44.
Silencio (el), 93.
Sombra: enigma escrito en inglés y traducido al castellano, 143.
Sombra (la), 264.
Tiempo (el), 156.

BORDADOS.

Dibujo para blusas de niños y otros varios objetos, 59.
Dibujos para las esquinas de los pañuelos, 174 y 320.
Letras iniciales para bordar, 31, 143, 233 y 326.
Se han dado separadamente varios diseños, algunos iluminados para bordar en *canevá*, y son de:
Chaleco para hombre.
Gorra ídem, ídem.
Banda ó maya para un tapete de mesa.
Trencilla para alamares de capa.
Un pastor.
Un perrito.
Una flor.

BOTANICA.

Aureliana canadensis ó ginseng de los chinos, 40.
Floricultura. Seccion primera, 64.
——— Seccion segunda, 120 y 267.
Manzanilla (la), 74.

HISTORIAS, NOVELAS, CUENTOS MORALES, ETC.

Angelica Catalani, 178.
Artículo de estampa ó la obesidad y la flaqueza, con estampa y dos grabados, 319.
Doña Luisa, novela por la señorita M. de la S. G., 67 y 94.
El anhelo de saber, 196.
El Chuchito, con estampa, 204.
El grillo del hogar, en tres chillidos ó partes, 14, 46 y 77.
El menor de los hermanos ó la filosofía del amor, con un grabado, 259.
Episodio tauril, en dos partes y con doce grabados, 145 y 193.
La batalla de la vida, en tres partes y con un grabado, 300, 324 y 354.
La canonesa y el caballero de Malta, 113.
La excelente parroquia, 243.
La hija de Sedeine, 337.
La incógnita, con un hermoso grabado en acero, 5 y 32.
La isla desierta, 213.

MONSIEUR BALZAC,

ESPECIERO.

POR JORGE GUÉNOT.

Honorato de Balzac, el afamado novelista francés que murió el año pasado, supo toda su vida el deseo estrafalario de hacer caudal; y prueballo de una manera que no admite duda su afan constante por cosas de industria.

No hay quien no tenga presente que cuando la Restauracion, se le metió al hombre en la cabeza el hacerse impresor en compañía del baron Trouvé[1], antiguo prefecto del imperio, pero lejos de ganar dinero en su empresa, se arruinó completamente.

Entonces fué cuando á consecuencia de tamaña catástrofe comenzó á ganar su vida con la pluma.

Otra ocasion, en tiempo de Luis Felipe, ocurrióle meterse á hostelano en Ville-d'Avray, y ganar veinticinco mil francos[2] de renta en el arte de criar piñas.

En el invierno de 1839, desanimado y enfermo el desdichado, privado de ricos bienes muebles, expuesto á mil persecuciones de parte de sus inciviles acreedores, se echó á ojos cerrados en una nueva ilusion.

Oíasele á la sazon hacer largos soliloquios sobre las esperanzas inmensas que ofrece el comercio.

—Pues que este miserable siglo la da por las especias, exclamaba, ¿por qué no habia yo de ser especiero? ¿No se metió Mirabeau[3] á pañero? Millones pueden sacarse de las mercaderías de las colonias. Todo consiste en saber manejarse. Veamos.

Volviendo despues al mismo asunto,

—Sí, prosiguió, eso es. Una hermosísima tienda en los *bulevares*. El rotulon siguiente en letras de oro:

BALZAC Y COMPAÑIA,
ESPECIERÍA POR MAYOR Y MENOR.

En el fondo del almacen, como de dama del mostrador, madama Jorge Sand, con su rosa blanca en la cabeza; á la puerta, Teófilo Gautier[4], en traje de neófito, haciendo tostar café Borbon en un molino de palastro; Cárlos Lassailly[5], otro discípulo, pesando cogucho[6], y yo, mi propia persona, yo cronista del mundo, con delantal y gorra de nutria, paseando el ojo del uno por todo el establecimiento. Si todo eso no produce dinero, yo soy un tonto.

De veras que siempre habria estado concurrido el almacen de especias.

Pero este plan se desbarató como un castillo de naipes, porque Balzac no halló bastante resolucion en sus amigos.

—Para ser un legítimo especiero, decia él, debe uno por principio de cuentas peinarse á lo Tito. Ahora bien, ese majadero Teófilo Gautier tiene la debilidad de no soltar sus cabellos.

1 *Trouvé*.—2 Cinco mil pesos.—3 *Mirabó*.

1 *Gotié*.—2 Lassalli.—3 Azúcar negra.

FIN DEL TERCER TOMO.

INDICE DE ESTE TOMO.

Introduccion, 3.

ADIVINANZAS.

Amor y dinero, 173.
Camila, 58.
Camisa (la), 314.
Clavel (el), 31.
Cuaresma (la), 203.
Eva, 195.
Galga (la), 203.
Lima (la), 13.
Lirio, 76.
Llave (la), 252.
Mediterráneo (el), 124.
Pájaro, 294.
Pambazo, 323.
Papayo (el), 220.
Serafina, 44.
Silencio (el), 93.
Sombra: enigma escrito en inglés y traducido al castellano, 143.
Sombra (la), 264.
Tiempo (el), 156.

BORDADOS.

Dibujo para blusas de niños y otros varios objetos, 59.
Dibujos para las esquinas de los pañuelos, 174 y 320.
Letras iniciales para bordar, 31, 143, 233 y 326.
Se han dado separadamente varios diseños, algunos iluminados para bordar en *canevá*, y son de:
Chaleco para hombre.
Gorra ídem, ídem.
Banda ó maya para un tapete de mesa.
Trencilla para alamares de capa.
Un pastor.
Un perrito.
Una flor.

BOTANICA.

Aureliana canadensis ó ginseng de los chinos, 40.
Floricultura. Seccion primera, 64.
——— Seccion segunda, 120 y 267.
Manzanilla (la), 74.

HISTORIAS, NOVELAS, CUENTOS MORALES, ETC.

Angelica Catalani, 178.
Artículo de estampa ó la obesidad y la flaqueza, con estampa y dos grabados, 319.
Doña Luisa, novela por la señorita M. de la S. G., 67 y 94.
El anhelo de saber, 196.
El Chuchito, con estampa, 204.
El grillo del hogar, en tres chillidos ó partes, 14, 46 y 77.
El menor de los hermanos ó la filosofía del amor, con un grabado, 259.
Episodio tauril, en dos partes y con doce grabados, 145 y 193.
La batalla de la vida, en tres partes y con un grabado, 300, 324 y 354.
La canonesa y el caballero de Malta, 113.
La excelente parroquia, 243.
La hija de Sedeine, 337.
La incógnita, con un hermoso grabado en acero, 5 y 32.
La isla desierta, 213.

La novena de la Candelaria, en dos partes, 126 y 157.
La pólvora, 299.
Las dos amigas, 224.
Las tres cintas, 235.
Las tres damas, 217.
Lo noveleson de un casamiento en segundas nupcias, con estampa, 271.
Lucía ó la historia de la vida de un dia, 42.
Rosa Clifton, 327.

MISCELANEA.

Aeronautas (aviso á los), 172.
Agudeza (comparacion de la), 59.
Agüero de miss Penélope Chickering, 267.
Aire de mar, 142.
Ajedrez, Orígen de este juego, 230.
—— Marcha ó alcance de las piezas, 322.
—— Nombres de las mismas, 315.
—— Reglas del juego reviesdas por una junta de Londres desde 1307, 334.
—— Reglas generales para jugar bien las piezas, 404.
—— Términos técnicos de dicho juego, 360.
Alimento de los canarios, 264.
Amabilidad (la), 234.
Amor desinteresado, 142.
Angel de la muerte y ángel del sueño, 175.
Agustas (las), 93.
Arbol mecánico para los suscritores de este periódico, con un grabado, 141.
Arte de vivir complacido, 156.
Ascensiones aerostáticas, 141.
Avaro (el), 266.
Bailes, 211.
Baño (órden inglesa del), 284.
Bruja (la) y el juez, 155.
Campanas (antigüedad de las), 58.
Canto gregoriano, 171.
Capilla (orígen de la voz), 105.
Carta mercantil y sumtoria, 192.
Casamientos (la realidad de los), 185.
Clasificacion moral, 199.
Caza (la) y la pesca, con dos grabados, 419.
Clima agradable, 124.
Coquetería (la), 222.
Criados y amos, 93.
Criados de mala índole, 172.
Cinturas molestas, 320.
Crónica musical, 13.
Cruz de un sepulcro, 351.
Dechat de la infancia, 203.
Dentadura (la), 173.
Deseo de una monja, 172.
Despotismo atroz, 171.
Diamante (lo que es el), 30.
Dignidad papal, 58.
Educacion física de las jóvenes, 206.
Efectos comestibles vendidos en la exhibicion de Londres, 203.
Efectos fatales del cloroformo en un oso, 173.
Ejercicio (el), 269.
Eleccion de marido, 122.
Embarcacion (nuevo género de), 203.
Enamorado constante, 59.
Entusiasmo religioso, 171.
Epocas de las mujeres, 171.
Equitacion, 234.
Espíritu de hablar, 199.
Etimología de la flor de lis, 76.
Exhibicion (un artículo de) con quince grabados, 82 y 166.
Exhibicion pública de la Academia nacional de san Cárlos en 1851; 281, 295 y 317.
Exhibicion universal en Londres, con estampa, 167.
Exhibiciones, 172.
Familia china en Londres, 44.
Fenimore Cooper, 172.
Fidelidad (recompensas de la), 388.
Flores emblemáticas, 105.
Flores (lenguaje de las), 93.
Galantería ó excusa, 156.
Galantería (rasgos célebres de), 142.
Globos aerostáticos, 152.
Gota (la), 172.
Hermosura (la), 223 y 314.
Héroes de novela (cómo viven los) con un grabado, 393.
Hielo (causa de la ligereza del), 142.
Humildad verdadera, 223.
Impertinencia (la), 24.
Iglesia griega, 44.
Infancia (la), 156.
Instruccion (la verdadera), 44.
Irecundos (los), 252.
Joyas (las), 251.
Lector impaciente y preocupado, 172.
Libros (los), 13.
Lid de bobos con ratones, 382.
Luis Kossouth, 223.
Luis Napoleon, 171.
Luna (la), 136.
Mariposa (á una), 288.
Matrimonio (el), 58.
Máximas chinas, 264.
Meteoros eléctricos (Estudios científicos de los), 230.
Modas de Paris, con estampas; 61, 125, 190, 265, 325 y 391.
Monsieur Balzac, especiero, 412.
Mujeres de edad avanzada, 199.
Naranjo (el primer), 30.
Naturalistas (la junta de), 172.
Novia y bígamo, 58.
Obsequio costoso, 203.
Opera nueva, 223.
Paciencia (la), 36.
Palabras postreras pronunciadas al morir por personajes célebres, 170.
Parientes pobres (los), 76.
Petimetre de antaño, 58.
Petulancia ejemplar, 171.
Pianos mejorados, 30.
Pintura sublime, 76.
Pio IX, 172.
Placeres (los), 212.
Pléyades (las), 142.
Plumas de marabú, 221.
Preocupaciones (las), 104.
Primavera (la), 358.
Pro y contra, 173.
Problemas de ajedrez, con dos grabados, 299 y 359.
Pulga (la), 191.
Raíces bulbosas, 156.
Rapidez del sonido, 173.
Reidores (los), 66.
Rembrandt, 252.
Respuesta (una bonita), 264.
Ricardo Corazon de Leon, 171.
Salsas para un guisado de lengua castellana; 12, 28, 168 y 324.
Sátira, 203.
Silencio (el), 25.
Sociedad de los aborcados, 361.
Solteranes (los), 105.
Sumar (el) de un ciego, 9.
Telégrafo en Méjico, 30.
Telégrafos (orígen de los), 353.
Terciopelo (el), 264.
Tertulia en casa de Rossini, 150.
Una para otro, 252.
Uniformes (antigüedad de los), 93.
Velocidad del viento, 124.
Vénus y Júpiter, 44.
Vénus (la) de Médicis, 173.
Vernet (los), 223.
Viajeros mentirosos, 320.
Visitas, 314.

MUSICA.

Separadamente se han repartido con algunas entregas las piezas siguientes:

DOÑA INES, cancion con acompañamiento de piano ó guitarra.

DOÑA ISABEL, valse para piano; por Bernart.

LA CONCHA, polca para piano.

LA LAGRIMA PERDIDA, cancion con su letra y acompañamiento de piano ó guitarra.

POESIAS.

A la señorita doña Carolina Coronado, 297.
A mi amada, 215.
A Sofía, 393.
A un colaje, 318.
A una rosa, 216.
Al irse la tarde, 333.
Canto sáfico, 37.
Contemplacion, 123.
El sueño del mendigo, 103.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el carnaval.—A una máscara, 352.
En el cumpleaños de P. T. y R., 212.
En mi destierro.—Un recuerdo á Elvira, 318.
Ilusion, 212.
Influencias, 297.
Los placeres del dolor, 293.
Plegaria á mi madre en el sepulcro de mi hijo, 43.
Un secreto, 63.

RECETAS.

Agua aromática para la cara, 112.
Agua de alhucema sin destilacion, 253.
Agua de Botot para la boca, 363.
Almendras azucaradas, 232.
Arsénico (para descubrir la presencia del), 29.
Arte de guisar. Preceptos generales, 11.
Asados, 75.
Baños de piés, 29.
Barniz para cuoba, 141.
Boca (la). Prescripciones para conservarla en buen estado, 26.
Bollo exquisito de almendras, 202.
Bolitas de olores. *Dos recetas*, 363.
Cadenas de oro (para limpiar las), 253.
Camarones (para preservar los), 144.
Cardenillo (remedio contra el envenenamiento del), 222.
Cepillos de cabeza (para limpiar los), 253.
Cerveza de jengibre, 202.
Cosmético, 144.
Crema de anís, 379.
Crema de arrurrú, 176.
Cútis (para dar lustre y blancura al), 75.
China (para limpiar la), 379.
Dibujos de lápiz (preparacion para fijar los), 176.
Empeines (método para curar los), 241.
Encaje blanco (para lavar el), 379.
Ensalada de langosta, 75.
Fierros de aplanchar (para limpiar los), 60.
Flores artificiales. Composicion de los colores para fabricarlas, 254.
Flores (manera de conservar las), 45.
Fresas á la Lúculo, 29.
Huevos frescos durables, 29.
Jalea de bayas de saúco, 144.
Jarabe para licores, 45.
Jabon trasparente, 45.
Lengua cocida, 253.
Licor de almendras llamado de Noyau, 60.
Licor para quitar las manchas de grasa, 176.
Lisiones de gasa (para renovar los), 29.
Mantequilla de harina, 45.
Mariposas (manera de conservar en buen estado las), 144.
Mármol (operacion para limpiar el), 92.
Mataduras de caballo por efecto de la silla, 176.
Melon (para conservar un), 69.
Oidos (enfermedades de los), 286.
Pan italiano, 206.
Pasta de almendra y miel, 253.
Pasta de dátiles, 202.
Pasta para dar negro al calzado, 202.
Pastillas de ipecacuana, 176.
Pastillas de nitro, 144.
Pegamento muy bueno para la loza, 45.
Picaduras de abejas, abispas y mosquitos, 112.
Píldoras estomacales, 60.
Piña en rebanadas (para conservar una), 60.
Polilla (remedio contra la), 75.
Pomada contra la calvicie, 144.
Pomada de romero, 176.
Pudin de Eva, 253.
Pudin de Sáisex, 60.
Ratafia de azahar, 379.
Sabañones (remedio contra los), 233.
Sagú con vino, 92.
Salmon cocido en horno, 45.
Tabaco de olor, 75.
Tabaco económico, 11.
Tarta de limon, 75.
Tijeretas (manera de destruir las), 29.
Tinta para el pelo, 253.
Tortilla de huevo sopiada, 202.
Toses, 253.
Vinagre de saúco, 29.
Vinagre de zarzamora, 144.
Zumo de limon purificado, 176.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS